



Juan Muñoz y G.ª Lomas

JUZGADO INSTRUCTOR DE SANTOÑA

AUDIENCIA DE SANTANDER

PROCESO DE MIERA

SEGUIDO CONTRA

D. Aurelio Pozas, (médico, Alcalde de Miera.)—Braulio Mier, (Juez municipal de Miera.—Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, (guardias civiles del puesto de Liérganes)

A CONSECUENCIA DE LA MUERTE DE

D. JUAN DE LA MAZA SAMPERIO

Sumario — Juicio oral — Sentencia



Imp. de LA VOZ MONTAÑESA, San Francisco, 29

1884



de los sitios del Suceso, levantado á instancias de la acusacion y de las defensas por los Ingenieros señores Sanchez y Quevedo.



INTRODUCCION



Esta causa ha adquirido celebridad y despertado la pública atención, teniendo ya nombre propio, como generalmente acontece á los procesos célebres. Se la conoce con la denominación *La causa de Miera*.

Ha tomado el nombre del pueblo en donde se desarrolla este lúgubre drama. Miera, capital del ayuntamiento del mismo nombre, está situado en las montañas de las cabeceras de Pas, y á sus moradores, los *merachôs*, por más que los conocedores del país les atribuyan cualidades propias de los pasiegos y trasmerranos, es lo cierto que ni aquellos ni estos se avienen á que se les confunda con los *merachos*.

Estos forman un pueblo limítrofe á dos regiones, dentro de esta misma provincia; de modo que en un pequeño territorio existen dos razas distintas por costumbres y modo de ser.

En Miera, como en todo el país, se sienten desgraciadamente las consecuencias de ese cáncer social que ha introducido la perturbacion más honda en todos los pueblos de la nacion, conocido con el nombre de caciquismo, que se viene desarrollando progresivamente con el sistema centralizador que rige los destinos del país. Miera es víctima de esta desgracia; sus vecinos se encuentran divididos en dos bandos, y á tal extremo ha llegado la guerra que se hacen, sobre todo desde el mes de Mayo de 1883, en que se celebraron las elecciones municipales, que ha dado por resultado varios procesos que llamaron la atención general.

Dícese que figura como jefe de uno de los bandos don Aurelio Pozas; y del otro don Pedro Mora. Desde la época de las elecciones municipales, que dieron el triunfo al bando donde milita don Aurelio Pozas, han sido mayores los disgustos; y el orden público no era satisfactorio, perturbándose con frecuencia durante las noches con cantares, tiros y pedradas arrojadas á las casas de los vecinos, incluso la del señor Pozas, con cuyo motivo

el alcalde se vió precisado á dictar órdenes y bandos encaminados á perseguir á los autores de estos escandalosos atentados.

Juan Maza Samperio, figuraba en el bando opuesto al de Pozas: y al amanecer del día 23 de Julio de 1883 fué encontrado moribundo y mor talmente herido junto á la Fuente Sagrada, en el campo de la Iglesia de Miera. El carácter de las heridas y otras circunstancias hicieron suponer la existencia de un crimen; esta idea se fué robusteciéndose, su gravedad aumentando y la celebridad extendiéndose, bien por el horroroso drama que encierra el proceso ó bien por los funcionarios que en su formacion han intervenido, pues el sumario consta de dos voluminosas piezas: una formada por el juez instructor de Santofia y otra por un magistrado de esta Audiencia, nombrado juez especial, en atencion á la gravedad del hecho que se persigue.

Considerable es el número de testigos que han sido examinados, luminosos informes periciales han sido emitidos para ilustrar en la resolucion de las cuestiones jurídicas de los debates, que han sido muy notables.. Integro publicamos el resultado del juicio oral, sirviendole de antecedentes lo más importante extractado del sumario, pero como la sentencia no es ejecutoria cuando escribimos estas líneas, seria muy aventurado adelantar juicio ninguno por nuestra parte, y como no pretendemos influir en lo más mínimo en el ánimo de nadie, nos concretamos á publicar el resultado del juicio.

Comenzó este en 30 de Junio de 1884, pero á los dos dias y despues de haberse examinado á los procesados y á varios testigos de cargo, tuvo que suspenderse, debido, segun de público se ha dicho, á haber sufrido alteracion en la salud, el Presidente de la Sala don Nicolás Octavio de Toledo.

La indisposicion de este magistrado continuó bastantes dias, hasta que en 8 de Agosto fué trasladado á la Audiencia de lo criminal de Avila, nombrándose en su reemplazo al señor don Ildefonso Lopez Aranda.

La suspension de dicho juicio, y la traslacion del presidente de la Sala, ha motivado el que se comience de nuevo el día 25 de Agosto del año corriente, y mucho celebrariamos que nuevas indisposiciones no vinieran á hacer más afflictiva la suerte de los procesados, que son quienes sufren más principalmente las consecuencias de tal demora en la terminacion del proceso.

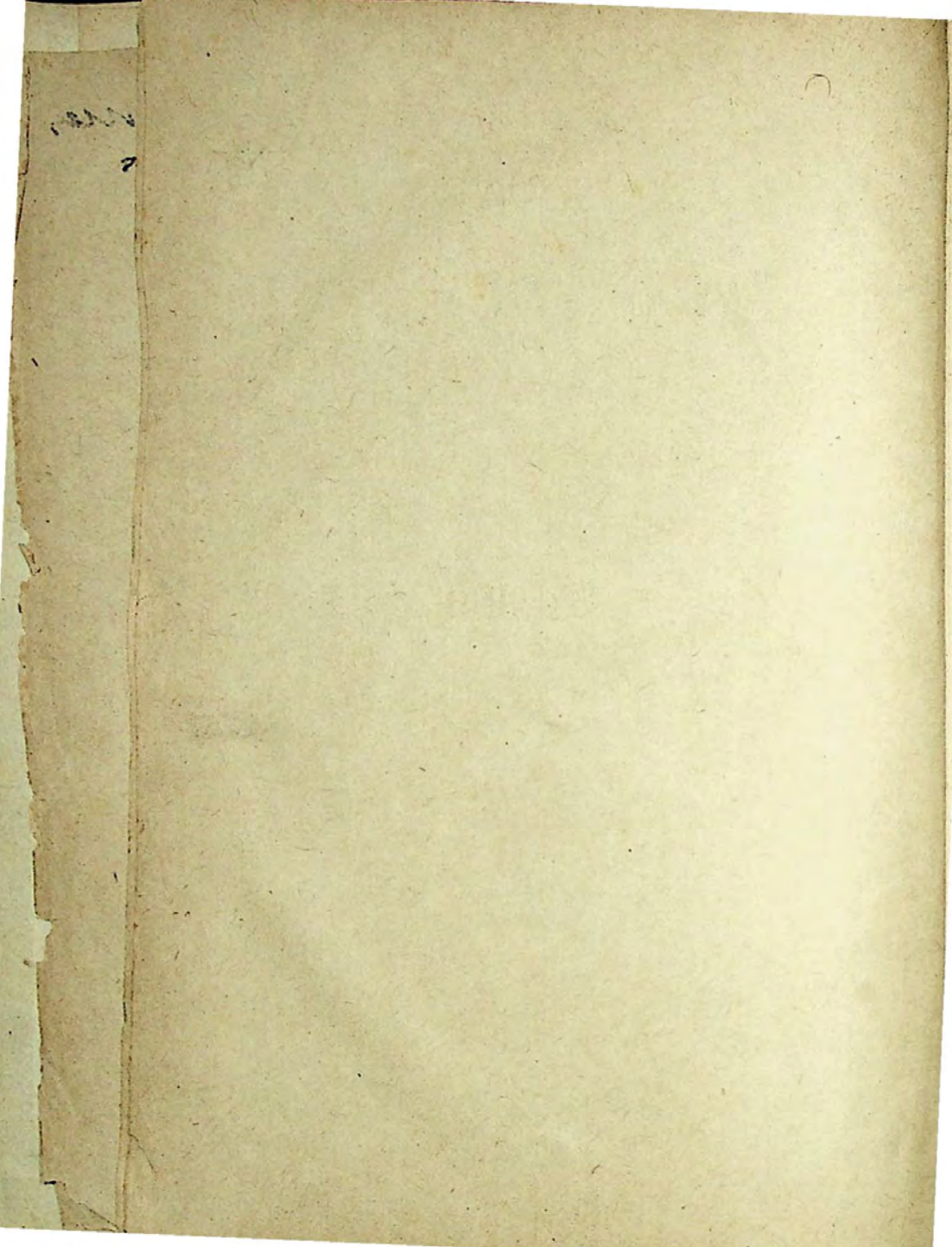
Es de lamentar que hasta pueblos de muy escaso vecindario como el de Miera, cuyas gentes viven la vida laboriosa, modesta

y tranquila del agricultor, se vean hoy tan hondamente perturbados por consecuencia de mezquinas luchas, mal llamadas políticas, á que les conduce la exagerada centralizacion en que están calcadas las leyes político económico y administrativas que rigen los destinos de nuestra patria.

Y cuando á estos pueblos, tan alejados de los grandes centros como acontece al de Miera, llegan los efectos desmoralizadores que está fomentando el caciquismo, acompañados de constantes perturbaciones y de actos criminales como el que motiva este proceso, fuerza es reconocer que el mal ha tomado incremento tan poderoso, que exige pronto y eficaz remedio antes de que se propague en términos que desaparezca por completo la seguridad individual, y nuestra patria se coloque al nivel de los pueblos menos civilizados del Africa.

Numerosos son ya los procesos que la estadística criminal registra por causas análogas á las que ha motivado el crimen cometido en el pueblo de Miera, y el deseo de que pueda ser ésta conocida del público y estudiada hasta en sus menores detalles por el legislador, es lo que más principalmente nos ha movido á formar el libro que a continuacion publicamos, cuyo mérito se reduce á no haber omitido sacrificio alguno para trasladar al mismo, con la segura exactitud con que ha sido tomado por dos taquígrafos, cuanto ha ocurrido durante la sustanciacion del juicio oral.





SUMARIO

LAS PRIMERAS DILIGENCIAS

Comunicacion dirigida por el Juez municipal de Miera al instructor de Santoña

Hay un sello que dice: Juzgado municipal de Miera.—Pongo en su superior conocimiento de V. S. que en este mismo momento me hallo instruyendo diligencias sumarias que á virtud de un parte verbal que me ha dado el alcalde del barrio de la Cárcoba don José Higuera Prado, ha aparecido don Juan Maza Samperio, natural de este pueblo, al parecer muerto, inmediato al sitio denominado La Fuente Sagrada, contigüo á la iglesia parroquial de referido pueblo.

Y lo participo á V. S. en el momento de partir para el sitio en que se halla el presunto cadáver á los fines consiguientes, como está prevenido, poniéndome siempre á sus superiores órdenes.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Miera y Julio 23 de 1883 —Alejo Gomez.

Sr. Juez de primera instancia de Santoña.

*
* *

Diligencia.—Hoy, dia 23 de Julio de 1883, siendo las ocho y media de la mañana, se personó el Juzgado con las personas auxiliares en el sitio nominado Ermita de San Roque, término jurisdiccional de este pueblo, provincia de Santander, partido judicial de Santoña; y apoyada la espalda y cabeza contra la pared de la misma y al Noroeste, se halló el cadáver de Juan Maza Samperio, de esta vecindad, el que, según declaración facultativa, acababa de morir, y con grandes heridas en la cabeza y con manchas grandes de sangre en las ropas.

El señor Juez le llamó en voz alta varias veces y viendo que no contestaba dispuso le reconociera el médico don Aurelio Pozas Gomez, quien manifestó se hallaba muerto. En seguida se re-

conoció el sitio donde estaba y los terrenos inmediatos; se hallaron como á treinta y seis metros de distancia y en el Campo de la Iglesia y á igual distancia de la Torre y de la pared de la casa titulada de la Celda, varias manchas de sangre diseminadas por el campo y extendiéndose con grandes intervalos hasta la fuente llamada Sagrada, á unos veintiseis metros de distancia. Registradas las ropas del cadáver se hallaron cinco cápsulas de revolver ó pistola del número doce, cargadas con bala; una petaca de cuero con el nombre de Juan Maza de Irias, librillo de papel y caja con fósforos, una piedra de lumbre, tres sortijas al parecer de cobre, doce reales en dos monedas de plata y doce cuartos en diferentes monedas de cobre, dentro todo de un porta-monedas viejo, un mechero viejo de hoja de lata sin mecha y una carta de Florentina y Teresa Trueba con expresiones carinosas y fechada en Rasines á 8 del corriente.

El señor Juez preguntó á los concurrentes si conocian al difunto y contestaron afirmativamente. En tal estado mandó el señor Juez que, si en opinion del médico no habia peligro, se levantase el cadáver y se condujese al sitio acostumbrado para depósito y quedasen depositadas las monedas y demás objetos en poder del Secretario, habiendo manifestado el facultativo que no habia inconveniente en practicar referidas diligencias.

Así lo mandó el señor Juez y se dió por terminada esta, dando de ella lectura; y despues de quedar todos enterados y conformes firmaron, de que certifico —Alejo Gomez.—Marcelino de la Higuera.—Aurelio Pozas —Manuel Higuera.—Juan Lastra.— Simon Acebo. ---José Gomez.

Declaración de Aurelio Pozas

Dijo: Que se afirma y ratifica en la declaracion que tiene prestada en el Juzgado Municipal, y á otras preguntas del Juzgado dijo: Que por consecuencia de la insistencia con que en aquel pueblo de Miera se venian desobedeciendo, particularmente por la noche, los bandos de buen gobierno que el declarante en calidad de Alcalde constitucional de dicho pueblo habia dictado para tranquilidad de todos sus vecinos, consideró conveniente y hasta de necesidad rodearles en su casa de la fuerza material combinada con la moral, avisando con tal objeto á la fuerza de la guardia civil del puesto de Liérganes para que en alguna hora dada se presentase en Miera, observara y patrullara, á fin de averiguar quiénes venian siendo los perturbadores del orden

autores de atentados á las moradas de otros convecinos;

Que con este expresado fin, el dia 22 de Julio último, despues de celebrar sesion del ayuntamiento, mandó extender, ó mejor dicho, recuerda haber extendido él en persona un parte al comandante del puesto precitado, manifestándole el objeto que de a referido y el dicente se proponia con el auxilio de la fuerza citada; parte cuya conduccion encargó al guarda municipal Daniel Gomez, encargándole que procurara entrar en Liérganes despues que hubiesen salido del mercado de la Cabada las personas de aquel pueblo, para que no le vieran y presumieran en tal caso del objeto que hubiese podido llevar, y sobre todo, que no viesen á la guardia civil.

Que á esta fuerza la prevenia el declarante que procurase estar en Miera la noche del ya citado 22, como á las once de la misma, y que efectuase su entrada en Liérganes, dijo al guarda conductor del parte, por el punto de Castrejon para sustraerse mejor de la vista de las gentes de Miera.

Que como á la hora de las once ya referida y estando el deponente en su casa-habitacion de Miera, segun tiene ya manifestado en la declaracion en que acaba de ratificarse, llamaron á la puerta del jardin, habiendo contestado la señora y hermana del que dice, pues este se hallaba entonces profundamente dormido, y averiguado por aquellas que era la guardia civil quien llamaba, despertaron al deponente, el cual, asomándose desde la habitacion en que se hallaba, preguntó por su parte quién era y qué se ofrecia, habiéndosele contestado que la guardia civil que venia á ponerse á sus órdenes.

Que el dicente se levantó en seguida, y hablando con la pareja de la guardia desde la ventana de su referida casa, dicha pareja le pidió auxilio para mejor realizar los fines de vigilancia y de patrullar por determinados barrios del pueblo de Miera, y en su consecuencia el deponente dispuso acompañarles hasta la casa del alcalde de barrio llamado Ramon Gomez, á la que se dirigieron los tres en seguida, habiendo en el tránsito llamado el que dice á la puerta del expresado guardia municipal Daniel Gomez, y preguntándole si habia sentido algun ruido ú otro extraño ruido, pues debe advertir que la guardia acababa de manifestar al declarante que habia oido tiros á su entrada en el pueblo en distintos puntos del mismo; pero el guarda le contestó que él se habia dormido y nada habia oido, mandando el declarante que se volviese á acostar.

Que llegados á la casa del alcalde de barrio los guardias y el que depone llamaron en esta, habiéndoles contestado aquel desde dentro en palabras poco inteligibles, pero al fin nada respetuosas y obedientes, pues sin embargo de haberle manifestado desde fuera que estaban allí el alcalde y guardias que necesitaban su auxilio, les contestó *que no abría al alcalde ni á la guardia civil*, y al retirarse ante tan inesperada como desatenta contestacion salió á la puerta su hija Encarnacion, diciéndoles en prueba de satisfaccion *que su padre se hallaba beodo y en un estado ridiculo é inservible, por lo que le dispensaran*.

Que retirados de allí, no sin que antes se le hubiese preguntado si en aquella noche habia habido en su casa vecinos ó domiciliados de Miera, pues solia ser el punto en que ó se fraguaban ó que partian las personas; autores, cómplices ó encubridores de los atentados á las puertas y moradas de otros vecinos pacíficos, pero la Encarnacion le dijo que no, se dirigieron hácia la morada del declarante sin haber encontrado, visto ni apercibido de cosa alguna que los hubiese llamado su atencion, y empleando en recorrer el trayecto indicado como unos tres cuartos de hora, poco más ó menos, al cabo de cuyo tiempo ó más, entre doce ó doce y media, ya como nada se hubiese oído, visto ni observado se disponian á retirarse, á cuyo efecto la pareja de la guardia civil preguntó al dicente que dónde se alojarian, proponiéndola que podian verificarlo en casa de su convecino don Braulio Mier, hácia la que se dirigieron, quedando el declarante en su casa, de la que no volvió á salir ya durante aquella noche, sin haber visto ni oído en la misma nada de extraordinario, y como á las cuatro y media ó cinco de la mañana siguiente, segun tambien tiene manifestado en la declaracion en que acaba de ratificarse, llamó nuevamente á la puerta de su citada casa uno de los guardias citados diciéndole que hiciese el favor de levantarse y de salir á prestar los auxilios de la ciencia á un hombre que se hallaba herido aquí abajo, designándole como hácia la iglesia, y efectivamente, ante esta sorpresa, el dicente se levantó en el acto y dirigió hácia el punto designado por el guardia sin recordar si si este le esperó y acompañó, y al llegar al sitio de junto á la iglesia se encontró con el hoy finado Juan de la Maza, á quien conoció en seguida, sentado y medio acostado, arrimado á la pared de la Ermita de San Roque, todo bañado en sangre y presentando al parecer una grande herida en la cabeza, sugeto á quien rodeaban entonces, entre otras personas que recuerda, á

Juan Chaves, Julita (hermana del Maza) y los dos guardias, que solo conoce de vista y que uno de estos se apellida Uzal, creyendo sea Fernandez el otro, cuyas cuatro dichas personas se retiraron al llegar e lque dice, á excepcion de la Julita que continuó teniéndole de la cabeza, pero quedando aquellas á la próxima presencia, y el que declara sin hacer en el Juan ningun reconocimiento minucioso despues de haberle visto la herida que deja indicada y de apercibirse que dejaba reclinar su cabeza hácia el pecho en algun movimiento de agonía, le pulsó, cerciorándose entonces de que estaba espirando y con el estertor de la muerte, por lo que dispuso á los que allí se hallaban presentes que llamasen al señor cura para auxiliarle expiritualmente, habiéndose presentado allí don Francisco Higuera y seguidamente don Cristóbal Samperio, auxiliándole el primero, despues de lo cual se retiró en seguida el dicente, y despues de dejar la caja de instrumentos de su profesion en su casa volvió á salir en seguida para ejercer la autoridad de alcalde.

Que la herida que presentaba el Maza en la cabeza y su parte superolateral parecia cortante y como de un hachazo, y otra se le veia tambien hácia la nuca.

Que no recuerda si en el momento de llegar el declarante al punto en que se hallaba el Juan Maza, antes ó inmediatamente despues, se hallarian allí tambien, además de las personas indicadas, don Braulio de Mier y su mujer Balbina Higuera, aunque cree en la posibilidad y facilidad por la pequeña distancia (unos doce metros) á que se halla la casa morada de estos de la Ermita de San Roque y por la importancia del sugeto.

Que en los momentos en que el declarante permaneció junto al Maza no vió que nadie se hubiese intentado dar á este

ningun golpe, ni que se le hubiese aplicado ningun remedio. Que el Maza se encontraba en plena agonía, con la circunstancia de que en aquellos momentos se le hicieron algunas preguntas, pero á ninguna contestó; mas que sabe que en aquellos momentos se hallaban algunas personas que antes de habersele trasladado al Hospital de la Iglesia á la Ermita de San Roque se le auxilió por alguien con alguna taza de té, y dícese que aun pudo tomar algo de este líquido, pero ignora quien hubiese sido.

Que ignora á qué hora de la noche del 22 ya citado llegaria á Miera de Liérganes la aludida pareja de guardia civil, pero cree hubiera sido casi á las once, por ser esto lo que les estaba preve-

nido en el parte de que tiene hecho mérito, y porque, con efecto, esta misma hora era la en que la pareja llamó en casa del declarante á decirle que estaba ya á sus órdenes.

Que en aquella noche referida y en el trayecto y recorrido que los guardias y el deponente hicieron por el pueblo de Miera con el objeto ya mencionado, no se les ofreció ni ocurrió para nada pasar por junto á la calleja de Pereda, la cual se halla como de 300 á 500 metros distante y más abajo de la morada del declarante, y sobre todo no pasaron junto á la casa de Anastasio, sita en el barrio de Pereda.

Que no presenció la autopsia que al parecer practicaron en el cadáver de Juan Maza los facultativos don Severiano Sotorrio y don Domingo Fernandez, y por consiguiente no ha podido apreciar en su calidad de comprofesor la importancia de las heridas que pudieron producir la muerte del citado Maza, pero que ha oído de referencia á estos que algunas eran mortales por necesidad; que no sabe ni ha oído por quién ni por qué causa pudo el referido Maza ser lesionado, pero en general venia gozando el concepto de díscolo y pendenciero, teniendo la última un día antes con otros dos muchachos de Miera, á quienes expulsó del juego de bolos, y prestábase á ser instrumento de avisar intenciones de terceras personas y muy particularmente de cuanto don Pedro Mora le mandase hacer ó ejecutar en tal concepto.

Que ha llegado á su noticia que por el joven José Acebo, de dicha vecindad, declarando en estas diligencias se habian hecho aserciones é imputaciones á terceras personas relacionadas con el hecho que se persigue, alcanzando algunas de aquellas al declarante; y efectivamente, ante la indignidad que en la conciencia de este produjeron y solo en la duda de que hubiera podido hacérselas, no pudo contenerse y trató de inquirir del mismo Acebo si podia ó no ser cierto que este hubiese declarado lo que se decia, á cuyo fin pasó recado á la madre del Acebo para que dijese á este que pasara á tener una entrevista con el que dice, mas pensando en que la madre del Acebo que no está bien de la cabeza ni podria dar recado á su hijo, se le encargó el que depone á la hermana de aquella y tía de este María de las Nieves, y sabe el declarante que cumplió ese encargo, pero el José Acebo rehusó acudir al llamamiento; que en su vista el que depone se decidió á pasar á la casa de la María, en la que se hallaba el Acebo, el cual se encontraba precisamente recostado sobre un arca, y al interrogarle é increparle el que dice, si era cierto lo

que se decia respecto de su declaracion, esto es, que habia visto la noche del 22 y entre nueve y media ó diez de la misma á la guardia, al declarante y alguna otra persona conducir por junto á la calleja de Pereda, preso y maniatado, al preindicado Juan Maza, y como en la afirmativa se habia atrevido á faltar tan solemnemente á la verdad en absoluto y á lo que era un imposible en cuanto al dicente, por lo menos, creyendo lo fuese tambien respecto de los guardias, el citado Acebo le contestó asombrado y como descompuesto que él, el Acebo, de todos modos estaba perdido, porque efectivamente habia declarado tal cual se suponía sin ser verdad y solo por instigacion y mandato de Pedro Mora y Tomás Higuera, con quienes habia estado desde las nueve y media á las once y media de la noche referida, añadiendo y conviniendo en que cuando los guardias y el que dice subian por el camino de la Maza bajaban ellos por el de la Callejuela, habiendo permanecido hasta las once y media delante de la casa de Mateo.

Que en consecuencia de esta espontánea confesion y retractacion del Acebo en la declaracion de que queda hecho mérito, es cierto que el declarante, para dejar las cosas en su verdadero lugar y ser, propuso al Acebo que el lunes siguiente á la hora ó noche en que el que depone estuvo con él en casa de la tía, bajasen á esta cabeza de partido (Santoña) para manifestar ante el Juez instructor la verdad de lo ocurrido y deshacer la maléfica *ulimbre* que le habian inspirado, quedando así convenidos delante de la tía Nieves y de su hijo mayor, cuyo nombre no recuerda, ó sí que se llama Venancio, debiendo hacer presente que en su ida á la casa de ella llevó para su propia defensa una escopeta de su uso, pero de todo punto incierto es que ni con esta arma ni de palabra le hubiese hecho amenaza alguna en aquel entonces ni para más adelante.

Que el domingo, 29 de Junio último por la tarde el expresado Venancio, por encargo de su primo Acebo, llevó recado al declarante, como podrán decir Matías Maza y María Nieves, diciéndole que á las dos de la mañana siguiente salia para esta de Santoña á expresar y rectificar en su declaracion lo verdadero y lo que en tal concepto habian acordado, pero el declarante le contestó que él no salia á aquella hora por lo molesto de la misma y por la inseguridad de su persona tambien, no habiendo vuelto á ver á uno ni á otro, aunque se le dijo al Venancio que si el Acebo queria venir aquí á Santoña le esperase en el puente

de la Cabada siendo ya de día, y para averiguarlo mandó el dicente á Matías Maza á dicho sitio, pero no estaba ni pareció por allí, habiendo salido despues que se habia venido solo, ó mejor dicho acompañándole parte del camino el precitado Pedro Mora.

Declaracion de Braulio Mier Maza

Dijo: Que se afirma y ratifica en la declaracion que tiene prestada en estas diligencias á los fólíos ocho al diez vuelto.

A otras preguntas relacionadas con el hecho que se persigue dijo: Que la noche del 22 de Julio último la habia pasado en su casa morada de Maza, únicamente en compañía de su mujer Balbina Higuera, habiendo cerrado la puerta, segun costumbre y en obediencia además á los bandos de orden y buen gobierno, por tener el declarante establecimiento público: entre ocho y media y nueve de dicha noche.

Que estando dentro de su casa y desde la misma oyó como dos ó tres tiros hácia el barrio de la Cárcoba y de la Carrera, distantes del barrio de Pomares como medio kilómetro, suceso que pudo tener lugar entre diez ó diez y media de la noche y el cual no llamó mucho la atencion del que dice por la frecuencia con que venian haciéndose disparos durante la noche en el referido pueblo de Miera, especialmente desde las últimas elecciones municipales y aun algunos dias antes de aquella fecha, sin saber ni haber oido á quien culpan de tales perturbaciones del orden público y aun de atentados contra las personas y cosas:

Que á poco de esto, desde su citada casa volvió el dicente á oír algun otro tiro que resonó hácia los puntos ya mencionados, acostándose y durmiéndose en seguida, ó mejor dicho, estos últimos tiros los oyó ya desde la cama, en la que durmiendo se hallaba cuando á eso de las doce y media de dicha noche, segun tiene expresado ya en su declaracion en que acaba de ratificarse, llamaron á su puerta despertándole, y preguntando desde arriba quién era y qué se ofrecia, contestaron que la guardia civil, y mirando para reconocerla se cercioró de que era cierto, manifestándole á la vez que traian orden del alcalde constitucional don Aurelio Pozas para alojarse allí, por lo que sin más el declarante les mandó dirigirse hácia la puerta del saliente de la casa y que saliesen por allí, bajando á abrírsele el mismo depnente, y una vez dentro los referidos guardias, á quienes conocia de vista y sabe que uno se apellidaba Fernandez y otro

Uzal, le pidieron un poco de sidra, la bebieron y se acostaron, como hizo de nuevo el declarante, sin haberles este preguntado otra cosa sino la de manifestarles su extrañeza de que anduviesen tan tarde por allí, y díchole la pareja que cosas del servicio de su instituto.

Que como á las cuatro de la mañana siguiente, estando el deponente levantándose para abrir su tienda se apercibió de que llamaban á la puerta de esta y al declarante por su nombre, habiendo conocido por la voz que era Manuela Lavin la cartera, la cual le decia que allí en el Campo de la Iglesia ó Fuente Sagrada habia un hombre que se quejaba mucho y le parecia Juan el correo, por la elástica que este solia llevar, ó sea el hoy finado Juan Maza Samperio, por lo que el declarante le preguntó qué tiene ó tendria, mas aquella le contesta que no sabia; que esta novedad la comunicó seguidamente á la pareja que se hallaba en una habitacion inmediata, y por el encargado de la misma se ordenó al declarante que saliese á llamar al alcalde de barrio, lo cual hizo el testigo, y en seguida se presentó el Higuera alcalde de barrio, no habiéndose dirigido el declarante desde luego hácia el sitio en que la cartera decia hallarse el hombre quejándose, por lo muy temprano que era aun y por las seguridades de su persona; que desde el momento que llegó el Higuera con este y la pareja salió el dicente hácia el citado Campo de la Iglesia, y allí, sentado sobre una piedra ó albardilla inmediato á la referida Fuente Sagrada se hallaba sentado y con la cabeza reclinada hácia el pecho el á quien el declarante conoció en seguida ser el expresado Juan Maza Samperio, y á preguntas que le hicieron dijo que nadie le habia herido y que se habia caído él; estando conforme en un todo con la relacion que han hecho los guardias y añadiendo que nadie durante dicha noche llamó á la puerta de su casa fuera de la guardia civil; al venir el alba que no vió tampoco en ningun punto á José Acebo ni á otra persona alguna; que del mismo modo ni habia oído ni sabe lo que respecto al suceso de autos ó cuanto al mismo se relacione hubiese podido declarar ante el municipal de Miera el testigo José Acebo, ni que por nadie se hubiesen hecho sugestiones á este ó ruegos y amenazas al fin para que retractase su declaracion y omitiese en la misma algun detalle ó circunstancia que hubiese manifestado.

Declaracion del guardia civil Vicente Fernandez Ledo

Seguidamente compareció ante el señor Juez y de mí el Secretario, el sugeto que al margen se expresa, á quien el señor Juez enteró de la obligacion de ser veraz y de las penas señaladas para el delito de falso testimonio en causa criminal.

Enterado, prestó juramento en nombre de Dios de decir verdad en todo cuanto sepa y le sea preguntado, y al efecto dijo: Que se llamaba Vicente Fernandez Ledo, de 48 años de edad, casado, guardia civil de segunda clase de la sétima compañía y comandancia de Santander, residente en el puesto de Liérganes y que no le comprenden ninguna de las generales de la ley, y le fueron explicadas.

Preguntado por los antecedentes que tuviera de la muerte del cadáver que fué depositado en el de este pueblo, dijo:

Que habiendo llegado á este pueblo á las once de la noche de ayer acompañado del de igual clase don Sebastian Gonzalez Uzal, que antes de llegar al pueblo, como á la distancia de un kilómetro próximamente, oyó unos silbidos y dos disparos de arma de fuego al mismo tiempo hacía la parte del barrio de Irias, y al llegar al centro del pueblo oyó otros silbidos y relinchar y tras ellos tres disparos de arma de fuego, visto lo cual dispuso el declarante llamar al señor alcalde constitucional de este Ayuntamiento don Aurelio Pozas Gomez, el cual en union del declarante y de su compañero dispusieron recorrer la poblacion con objeto de enterarse de lo que deja dicho, haciendo estas observaciones hasta las doce de la misma noche, y viendo que no se podia encontrar nada, pues como tan pronto hacian los disparos y demás ya á una parte ya á otra no era fácil conseguirlo, y viendo que ya no continuaban estos dispuso el alcalde retirarse á su casa, y ordenando al declarante y su compañero pasasen alojados á la casa de don Braulio de Mier, verificándolo así hasta las cuatro de la mañana de este dia, que al levantarse el referido y abriendo una de las ventanas de su casa que miran á la iglesia parroquial de este pueblo manifestó que se oía lamentar á un hombre al parecer, y que al momento dispuso llamar al alcalde de este barrio don José Higuera Prado para que se presentara á reconocer el campo, pues el expresado Mier no quiso hacerlo por sí solo, y en union de este y del declarante pasaron

al Campo de la Iglesia, hallando al pié de la Fuente Sagrada que existe en el mismo campo, á un jóven que dijo llamarse Juan Maza Samperio, al parecer gravemente herido en la cabeza, y todo su cuerpo ensangrentado, visto lo cual dispuso el declarante tomar declaracion al herido delante de los testigos D. Braulio de Mier Maza, Manuel Lavin Barquin, Juan Lavin Samperio y el referido alcalde de barrio José Higuera Prado, y á presencia de estos manifestó bastante acorde que nadie le habia herido, que él se habia caído allí cerca, que teniendo sed se acercó á la fuente con objeto de beber agua, que allí le habia dado mucho mal, que á pesar de las repetidas preguntas que se le han hecho no declaró más, disponiendo el que declara sacarlo de aquel punto y trasladarle á la Ermita de San Roque, á cuyo punto le condujeron los mismos testigos que presenciaron su declaracion; una vez allí dispuso el declarante hacerle una taza de té, que tomó como la mitad y observando el mal estado en que cada vez más se ponía llamó al facultativo don Aurelio Pozas Gomez, el que se presentó al momento, y viéndole en tal estado dispuso que al momento se presentase el señor cura para auxiliarle, pues que tenia vida para muy poco tiempo, y verificado esto falleció.

Enterado él que podia leer la declaracion, y no habiendo hecho uso de este derecho, se leyó por el infrascrito y dijo que estaba conforme.

El señor Juez le hizo saber la obligacion que tenia de presentarse al juzgado cuando fuese requerido y avisar si variaba de punto durante la sustanciacion de esta causa, bajo apercibimiento de la multa de cinco pesetas; quedó enterado, se afirmó y ratificó en todo su contenido de esta diligencia y la firmó el señor Juez y declarante, de que certifico. —Alejo Gomez. —Vicente Fernandez Ledo. —José Gomez.

Declaracion del guardia civil Sebastian Gonzalez Uzal

Dijo: Que habiendo venido á este pueblo á las once de la noche de ayer acompañado del de igual clase don Vicente Fernandez Ledo, que antes de llegar al pueblo, como á la distancia de un kilometro próximamente, oyó silbar varias veces y dos ó tres disparos de armas de fuego hácia el barrio de Irias, uno de los de este pueblo; que al llegar como al medio de esta poblacion oyó tambien silbar y relinchar y detonacion de armas de fuego co.

mo hacía el barrio de los Plumares. En este estado, el compañero dispuso llamar al señor alcalde constitucional don Aurelio Pozas, el que en union del declarante y su compañero dispusieron recorrer la poblacion con objeto de enterarse de lo que se lea referido, habiendo hecho estas observaciones hasta las doce y media de la noche próximamente, no habiendo conseguido el hallar nada, porque en seguida que se hacian los disparos en un punto se hacian en otro; no era posible por tal circunstancia el conseguirlo, y despues que ya no continuaban estos dispuso el referido señor alcalde retirarse á su casa, y ordenando á la pareja pasasen alojados á la casa de don Braulio Mier, verificándolo así hasta las cuatro de la mañana próximamente de hoy; que al levantarse el Braulio abriendo una de las ventanas de la casa que dan vista á la iglesia parroquial de este pueblo, dijo que se sentia quejar una persona al parecer; que en seguida el compañero, como encargado de pareja, dispuso llamar al alcalde de barrio don José Higuera Prado á fin de que se presentara para reconocer el campo, porque el expresado Braulio no quiso hacerlo por sí solo; y en union del alcalde de barrio, el Braulio y la pareja pasaron al Campo de la iglesia, y al frente de la fuente titulada Sagrada, que se halla en expresado campo, estaba un jóven, que á preguntas del encargado de la pareja dijo: que se llamaba Juan Maza Samperio y que al parecer estaba herido gravemente en la cabeza y su ropa muy ensangrentada; en este estado le recibió declaracion el compañero del declarante ante él y varios testigos, como eran el referido alcalde de barrio don José Higuera Prado, Braulio de Mier, Manuel Lavin Barquin y Juan Lavin Samperio, é interrogado á que manifestase quien le habia herido respondió *despreocupadamente* que nadie, que se habia caído él, y le preguntó que si habia sido allí, contestó que por allí cerca, que habia tenido sed y luego se habia acercado á la fuente con objeto de beber agua, habiéndole dado mal en aquel punto; que habiéndole hecho varias preguntas no declaró más; que en seguida, el referido encargado dispuso trasladarle de aquel punto á junto á la Ermita de San Roque y al propio tiempo hacerle una taza de té, de la cual tomó próximamente la mitad; que luego, viendo que se le iba aproximando la muerte, dispuso llamar al facultativo don Aurelio Pozas Gomez, quien en seguida se presentó y dijo que tenia pocos momentos de vida y que llamaran al cura para auxiliarle; que verificado esto falleció.

Quedó enterado, se afirmó y ratificó en las diligencias de sus declaraciones y la firmó el señor Juez y declarante, de que certifico.—Alejo Gomez.—Sebastian Gonzalez Uzal.—José Gomez.

Declaracion de don José Higuera Prado

En acto seguido, y previa citacion ante el señor Juez y de mí el Seerretario, compareció el testigo y alcalde de barrio que arriba se expresa, á quien el señor Juez enteró de la obligacion que tiene de ser veraz, de las penas señaladas para el delito de falso testimonio en causa criminal.

Enterado, prestó juramento en nombre de Dios de decir verdad en todo cuanto sepa y le sea preguntado, y al efecto dijo: Que se llamaba José Iguera Prado, de 59 años de edad, viudo, labrador, alcalde de barrio de la Cárcoba y domiciliado en este pueblo, pero que no le comprenden las demás generales de la ley que le fueron explicadas.

Preguntado por los antecedentes que tenia para pasar el parte verbal respecto al hallazgo del cadáver depositado, dijo: Que esta mañana, como á las cuatro de la misma, estando acostado en su lecho sintió llamar á la puerta y preguntó las palabras de: ¿quién está ahí? y contestaron: Braulio; y le dijo que se levantara, que habia sentido como quejarse un hombre en el Campo de la Iglesia y que no se habia él determinado á ir allá para ver quién era, que estaba la guardia civil en su casa y que tampoco se habia determinado á llamarlos por no despertarlos; le dijo el que declara que se marchara que en seguida bajaba; se preparó y bajó, y al llegar á la casa de Braulio le llamaron los guardias y le preguntaron que si era el alcalde de barrio, les contestó que sí, y luego le dijeron que fuera con ellos; lo verificó y lo hallaron junto á la Fuente Sagrada recostado, y luego la guardia civil hizo al declarante la pregunta de que si conocia á aquel hombre, habiéndoles contestado que sí, y que era Juan Maza Samperio, de esta vecindad; en seguida uno de los guardias le llamó y le preguntó que quién le habia pegado, al verle todo manchado de sangre y cerca muerto, y él contestó que nadie; el guardia le exhortaba para que dijera la verdad, y contestaba que nadie le habia pegado, y luego le dijo el guardia: aquí te has caído, y contestó que sí; á esta sazón se hallaba presente Juan Lavin Samperio, y como el guardia preguntó si el herido tenia familia en el pueblo y se le dijo que sí, le ordenó los avisara

así se verificó; que después anduvo practicando diligencias que le encomendaba la autoridad local superior.

Enterado que podía leer la declaración y no habiendo hecho uso de este derecho, se leyó por el infrascrito Secretario y dijo que estaba conforme.

El señor Juez le hizo saber la obligación que tenía de presentarse al Juzgado cuando fuese requerido, y avisar si variase de domicilio durante la sentencia de esta causa, bajo la multa de cinco pesetas; quedó enterado y firmó esta declaración el señor Juez y testigo, de que certifico. —Alejo Gomez.—José de la Higuera.— José Gomez.

Declaracion de Venancio Perez Acebo

Examinado á tenor de la cita que resulta. declara:

Que el último sábado, según le parece, del mes de Julio del corriente año, se presentó en la casa de María Nieves Acebo, madre del testigo, el que fué alcalde de Miera, don Aurelio Pozas, preguntando si estaba en dicha casa José Acebo, y como le contestasen afirmativamente pasó adelante, no sin entregar al hacerlo una escopeta de dos cañones que llevaba consigo, la cual recogió el declarante para arrimarla á un rincón; que dirigiéndose el Pozas seguidamente al citado José, que se hallaba sobre un arca y arrimado á una cama, le dijo con frase cariñosa, poniéndole al mismo tiempo la mano sobre el hombro, «pero hombre, cómo tú me levantas una calumnia, á un hombre honrado como yo, sin ser verdad, al que estuvo toda la noche en su casa?» Al que Acebo contestó: No, señor, yo no le he visto á usted — Luego, replicó el Pozas, á tí te han engañado ¿no es verdad? Diciendo entonces el Acebo: Sí, señor, me han engañado; que en seguida añadió el don Aurelio: Mañana es mal día de caminar; te vas primero á misa y te andas por ahí, y no te vuelvas á arrimar á gente que te enrede; pasado mañana á las tres ó cuatro de la mañana saldremos; Mateo Maza y tú ireis á pie y yo á caballo, de manera que el caballo no correrá más que vosotros; dime la verdad pura de los pasos que diste y con quién estuviste aquella noche para que no te venga ningún perjuicio; contestando el José que había subido en compañía de Pedro Mora y Tomás Higuera á la Matanza y á la Cabadilla, permaneciendo un rato delante de la casa del tío Mateo; que á las once y media de la noche bajaron hacia la iglesia, y que Pedro Mora se fué por la Cárcoba á su casa, bajando él solo con Tomás

Higuera y marchando el Tomás á dormir á casa de su hermana; que el Acebo indicó además que iria á declarar á Santoña; pero tan pronto como se retiró el don Aurelio de la casa se dejó decir que no pensaba hacer semejante cosa, porque de todas maneras estaba perdido, á pesar de lo que en el siguiente dia, variando sin duda de propósito, pidió dinero á la madre del declarante con objeto de comprar unas alpargatas y emprender el aludido viaje, que no sabe el testigo si al fin hizo, porque desapareció de su compañía en el inmediato lunes y no le ha vuelto á ver en quince dias; que cuando el Pozas dijo al Acebo que fuese á declarar, la tía, invitada tambien para que despues se dedicase al trabajo en la muralla de Santoña ó en las minas de Somorrostro ó que se volviese é hiciera allí lo que quisiera; que despues de retirarse el don Aurelio, la madre del declarante reconvino al Acebo por haber declarado falsamente, y este le dijo: Que estaba perdido de todas maneras y que si se volvía atrás no podia salir á la calle.

Declaracion de Anastasio Lastra

Examinado como la anterior, dijo: Que el mismo dia en que apareció muerto Juan Maza y antes de romper el alba, dejó el testigo la casa en que vive, lo propio que su hermano Santiago, para recoger la red que habian tendido cerca del puente que une el barrio de Sinso con las bajadas de la iglesia, siguiendo, como tiene costumbre de hacerlo por la noche, no el camino que marcha por el prado que llaman del Herrero sino por el campillo de la indicada iglesia; y al pasar cerca de la entrada de esta, como notasen que se abria la puerta de la casa donde vivia Braulio Mier, ó mejor dicho, que salió de dicha casa alguna gente, y observaron al mismo tiempo que llevaban como presa á alguna persona, por ver lo que ocurría, y temerosos á la vez, trataronse de ocultar arrimándose á la pared del cementerio y quedando dentro del campo de la iglesia; que á los pocos momentos, las personas que traian presa á la que hizo mérito y que no eran otras que don Aurelio Pozas y un guardia cuyo nombre desconoce el testigo y á quien no podria reconocer por más que le tuviese á la vista, debido á que se fijó tan solo de que era de estatura regular, pasaron cerca del punto que ocupaba el declarante y su hermano sin apercibirse de su estancia allí, por ocultar á uno y otro la pared que termina dicho cementerio y forma

ángulo con la más larga que le presta cierre y cae sobre el aludido campo.

Que siguiendo el Pozas y su acompañante el camino que llevaban á unos 8 ó 10 metros del sitio donde se hallaban escondidos el que da cuenta y su hermano Santiago, y en un punto del referido campo que está en medio de la celda y de la torre se detuvieron el Pozas y su compañero, y haciéndose aquel dos ó tres pasos atrás dijo á media voz: «Tengo ganas de hacer un escarmiento en Miera,» y disparó seguidamente dos tiros, uno despues de otro, sobre el Juanin el correo, que no era otro el sugeto á quien llevaban preso: que despues de oir los disparos se retiró el que da cuenta con su hermano para la casa en que viven, dejando en el expresado Campo de la Iglesia al guardia civil y al don Aurelio; que dicho guardia llevaba tambien un arma, pero el testigo no ha visto que hiciera uso de ella contra el Juan Maza; que al volver á su casa siguió camino distinto del que habia llevado y tomó por el que conduce al prado del Herrero; que una vez en casa, como su tía Baltasara Gomez, que les abrió la puerta, les preguntase al que dice y al Santiago sobre la causa que motivase los tiros que escuchó tambien sin duda, ambos le contestaron que mataron á Juanin el del correo, y como inquiriese la Baltasara sobre las personas que habian dado muerte al Juan, y el punto donde lo hicieran, de nuevo contestó el Santiago, y no el exponente, segun le parece, que mataron al Juan don Aurelio Pozas en el antedicho campo, encargándoles su repetida tía, al oir estos detalles, que no contasen á nadie lo que habian visto; debe añadir el testigo que cuando salieron el Pozas y el guardia de la casa de Bráulio Mier, hallándose en el puentedonde mataron al Juan, y despues de haber hecho el primer disparo, oyeron, el que habla y su hermano, que el D. Bráulio, á quien han conocido por la voz, decia, no sabe si por la puerta ó la ventana de dicha casa, las palabras siguientes: *Matar no, don Aurelio, no mate V.*; que al retirarse á su casa, y antes de hablar con su tía, el exponente y su hermano oyeron dos ó tres tiros más que salian tambien, al parecer, del mismo sitio donde se habian hecho los anteriores, y sobre el particular no debe caberle duda, porque cuando escucharon esos nuevos disparos acababan de salir del Campo de la Iglesia; que una vez en su casa, despues de haber tenido con la Baltasara la conversacion de que hicieron referencia, se acostaron el Santiago y el que declara sobre un banco, pero antes de salir el sol se dirigieron nuevamente en busca de

la red y de unas vacas que habian dejado al pasto, observando con tal motivo á su regreso que arrimado á la pared de la hermita de San Roque se hallaba sentado sobre un cajon el Juan Maza Samperio, *dando algunos quejidos*, y teniendo cerca de sí á Juan Lavin, dos guardias civiles y don Aurelio Pozas que le tomaba al parecer el pulso y decia que buscasen pronto á un cura para darle la uncion; que no recuerda si le contó á su dicha tía esos detalles; que más tarde fué el testigo á una casa de los Moras para secar la red, llevándola él solo en un cuévano y marchando solo tambien; mas al regresar y visto que la Baltasara salia tambien de su casa y con la propia direccion que el expone habia llevado y con el objeto tambien de secar alguna ropa; que al pasar frente á la casa de Eusebio Higuera observó que estaba en la escalera exterior de la misma con su mujer Agustina Gomez, pero no sostuvo conversacion con uno ni con otro. ignorando si lo habria hecho más tarde su expuesta tía, pues ni esta acompañó al declarante cuando fué á sacar la red ni el declarante acompañó á la Baltasara cuando la misma ha ido á secar la ropa; que sobre los hechos expuestos no hizo conversacion con ninguna otra persona que no fuese la enunciada Baltasara; y refiere todo lo que llevo dicho en la forma que lo expone porque cree así debe ejecutarlo.

Que se afirma y rectifica á esta declaracion, pero queriendo se entienda que los quejidos de que hizo relacion los ha oido al Juan Maza cuando cayó al suelo por consecuencia de los tiros, y no cuando le ha visto arrimado á la capilla, añadiendo tambien en este acto que al Maza no le oyó decir la menor *cosa ni hacer ademan ninguno* despues que el don Aurelio indicó que tenia ganas de hacer un escarmiento en Miera.

Declaracion de Santiago Lastra Mora, de 17 años, hermano del anterior

Examinado como el anterior dijo: Que en la misma fecha en que se encontró á Juan Maza muerto, y antes de romper el dia, salió de casa el testigo con su hermano Anastasio para recoger la red que habian tendido cerca del puente que une el barrio de Sinto con el camino que baja de la iglesia de Miera; que con tal motivo y al pasar frente á la puerta de dicha iglesia advirtieron que salia gente de la casa de Bráulio Mier, notando que dos personas conducian preso al enunciado Juan Maza, sujetándole cada uno por un brazo; que para saber en qué paraba aquello y

temerosos al propio tiempo de lo que pudiera ocurrir, se ocultaron el declarante y su hermano detrás de la pared del cementerio de Miera, escogiendo al efecto el punto donde termina la que linda con el Campo de la Iglesia y ocultándose á favor de dicha pared.

Que las personas que llevaban preso al Juan Maza eran don Aurelio Pozas y un guardia civil, á quien conoció por su traje, pero en las señas no se fijó, tanto que aunque se le pusieran á la vista no le reconocería; y debe expresar tambien que tanto el guardia como el Pozas, ó mejor dicho este último, llevaba consigo una escopeta, ignorando si dicho guardia tenia del mismo modo fusil ú otra arma en aquel momento: que escondidos el Anastasio y el compareciente en la forma que deja indicado, han visto muy luego que los don Aurelio, el guardia y el Maza pasaron muy cerca del recitante y como á un metro de distancia con dirección á un punto que está en medio de la torre de las campanas y la celda, no apercibiéndose de que los veían sin duda por la *ligera sombra* que les daba la *pared del cementerio*; que al llegar los que conducían al Maza al punto designado, ó sea al que media entre la torre y la celda aludidas anteriormente, se hizo dos ó tres pasos atrás el don Aurelio Pozas y diciendo, *ya tenia ganas de hacer un escarmiento en Miera*, descarga con el arma que llevaba dos tiros sobre el Maza, *sin que este por su parte hiciera movimiento alguno ni digese la menor palabra*, limitándose á exhalar un apagado quejido cuando cayó al suelo por consecuencia de las heridas que sin duda recibió; que los dos tiros se dispararon uno inmediatamente despues del otro, casi sin mediar tiempo entre ambos, y don Bráulio Mier, luego que se apercibió de ellos y en momentos que el exponente y el Anastasio salían escapados del Campo de la Iglesia, dijo en *voz bastante alta para que pudieran oírle*, y no sabe si desde su casa, pero sí que muy inmediato á ella cuando menos: *D. Aurelio, no le mate, no le mate, matar no.*

Que al don Bráulio Mier no le ha visto en esa ocacion el testigo conociéndole perfectamente por la voz; que al llegar á casa les abrió la puerta su tía Baltasara Gomez, preguntándoles por qué se habian hecho los tiros que habian oido, contestándole el que habla, y no sabe si tambien su hermano, que acababan de matar á Juanin el del correo; que su expresada tía les *llamó entonces bribones* y les indicó á la vez que *eso no se decia*, encargándoles muy especialmente que no contasen nada á su tío Antonio Mo-

ra, pero como le preguntase en seguida la propia Baltasara dónde mataron á Juan, contestó el que da cuenta que en el Campo de la Iglesia; refiriéndose tambien con posterioridad y en otro día que el don Aurelio, acompañado de un guardia, fuera quien habia dado muerte al desgraciado Maza; que antes de llegar á casa y después de haber escapado con su hermano del aludido campo, oyeron dos nuevos disparos que parecieron salir del repetido campo, y sobre el particular apenas puede caberle duda, porque estaban muy cerca de él todavía cuando tuvieron lugar; que no sabe si antes de lo que refirió llevaron preso á Juan Maza á la casa de Bráulio Mier; y hace constar así bien que sobre los extremos enunciados no hizo conversacion con persona que no fuese la expresada Baltasara.

Que después de haber referido los sucesos de que hizo mencion á Baltasara Gomez, se retiró con su hermano Anastasio á la cocina, sentándose sobre un banco, haciendo allí tiempo y quedándose algo dormido, hasta vió bien el día, marchando entonces en busca de la red acompañado de su hermano, que recogió del pasto unas vacas; que al regresar de nuevo á su casa, vió tendido cerca de la Ermita de San Roque á Juanin el del correo, y con él varias personas, entre las que únicamente conoció á Francisco y Víctor Higuera, don Cristóbal Samperio, don Aurelio Pozas y la pareja de la guardia civil que andaba por las inmediaciones.

Que su hermano vino entonces por *diferente camino* que el declarante, y no recuerda si con él estuvo algun tiempo; que vió á Juan Maza tendido al lado de la capilla, no haciendo memoria tampoco de quién de los dos se encargó más tarde de secar la red; que tampoco recuerda si en ese día acompañó á la Baltasara para tender ropa en otra casa de los Moras, ni sabe tampoco si su repetida tía sostuvo ó no alguna conversacion con Eusebio Higuera sobre los hechos relacionados.

Declaracion de Tiburcio Lastra y Mora

Examinado á tenor de las citas que se le hacen, declara:

Que en uno de los días correspondientes al mes de Julio último, cuya fecha no acuerda á fijar con precision, aunque recuerda perfectamente que fué posterior al de Santiago Apóstol, recibió de quien era entonces Alcalde, don Aurelio Pozas, el encargo de que dijese á María Nieves Acebo, cuando el testigo se retirase á Irias, que encargase á su sobrino José Acebo que se pre-

sentase al Pozas en el camino real antes de ponerse el sol, manifestándole que por ello no habia de pasarle daño, y que si abrigaba algun recelo podia ir acompañado de la expresada María Nieves; que el exponente cumplió con la indicacion que le habia hecho el don Aurelio Pozas, pero ignora cuál haya sido el resultado de sus gestiones, como ignora tambien cuál fuese la razon ó motivo que el don Aurelio tuviese para dar al Acebo semejante aviso; que nada sabe respecto á la muerte de Juan Maza.

Declaracion de Maria Nieves Acebo y Ruiz

Examinada á tenor de la cita, que recuerda el hecho, en ella declara:

Que uno de los últimos dias del mes de Julio del corriente año se acercó á la exponente don Tiburcio Lastra, rogándola en nombre de don Aurelio Pozas que dijese á José Acebo se presentara en la alcaldía de Miera, con objeto de escuchar breves momentos al don Aurelio, añadiéndole que no le vendria por ello ningun perjuicio; que la que habla cumplió desde luego el encargo para José Acebo, rehusó ir á donde se le llamaba, incomodándose fuertemente con la que expone por haberse convertido portadora de semejante encargo.

Que pasados quince dias despues del en que ocurrió lo expuesto, se acercó á la casa donde vive la que dice el expresado Aurelio Pozas, y despues de entregar la escopeta que llevaba consigo á un hijo de la exponente llamado Venancio Perez, se aproximó al José Acebo, quien estaba en una habitacion interior, arrimado á una cama y sentado en un arca; que al entrar el Pozas en dicha casa y al verle el repetido Acebo, este ni siquiera se levantó, y aproximándosele el Pozas le tocó suavemente con la mano en el hombro, y empleando con el José un tono cariñoso le dijo: Pero hombre, Pepe, ¿cómo me has levantado una calumnia siendo yo un hombre honrado, con cinco hijos? Mi nombre está pregonado inocentemente por todas partes, pues yo estaba con mi familia en mi casa; contestando el Acebo tan solo que no era verdad, que no habia dicho nada él ni le habia visto; que el don Aurelio añadió entonces: *á ti te han engañado*; replicando el José: *sí, señor*; que el repetido Pozas le indicó seguidamente que le habian engañado y que debia concurrir ante el juez de primera instancia sin dar lugar á que sus manifestaciones le irroguen perjuicios, conviniendo en ello el expresado Acebo; que el don Aurelio se ofreció entonces á acompañarle á Santoña, y pregun

tando al mismo tiempo al José por qué aseguraba haberle visto si este hecho no era cierto, el Acebo le contestó que, en efecto, no le viera, que habia estado acompañado de Pedro Mora y Tomás Higüera frente á la casa de Mateo Gomez, sobre las once ó las once y media de la noche, y que en ese momento precisamente debia, sin duda, subir el Pozas por el Callejuelo, bajando ellos por otro camino; que en el siguiente dia pidió dinero el Acebo á la declarante para comprar unas alpargatas y emprender el viaje, dinero que le facilitó la que habla; pero como pasado otro dia más desapareciese el José de la casa donde vive la exponente y no volviese á ella en quince dias, ignora si cumplió ó no la palabra empeñada con el Pozas.

Que despues de esa conversacion que habia tenido con el Pozas el José Acebo, la que da cuenta le reconvino por haber manifestado ante el juez cosas contrarias á la verdad, y su expuesto sobrino se limitó á contestarla que estaba perdido, y que si se desdecia no podria salir á la calle; que ninguna otra cosa sabe que pueda relacionarse con los hechos de esta causa, etc.

Que es cuanto puede manifestar; adelantando que quiere se entienda que la conversacion de que hizo mérito, habida entre el Pozas y Acebo, tuvo lugar la noche correspondiente al mismo dia en que habló con la declarante don Tiburcio Lastra, y no quince despues como se indica.

Declaracion de José Acebo (a) el Mantequero

Preguntado, dijo: Que la noche del dia 22 del corriente y como á las diez de la misma, yendo el que declara á por tabaco, no estando abierto el estanco, encontró á la guardia civil, al médico de este pueblo y otro á quien no conoció, que le traian preso por el Callejo de Pereda, frente á la casa de Juan Higüera; que al ver esto, el declarante se retiró por otro camino; que con respecto á la muerte nada sabe; que estando ya en su casa sintió un tiro, sin que pueda saber el punto en que fuera.

*
* *

Ampliacion de la anterior

Leida que le fué la anterior declaracion dijo ser, en efecto, la misma que habia rendido ante el juez municipal de Miera, y en ella se afirma y ratifica, si bien con algunas rectificaciones y adiciones que pasa á hacer.

Rectifica ante todo la hora que se ha fijado en su citada declaracion como punto de salida de su casa de Miera al estanco del mismo pueblo, pues si no está equivocado; cuando de su citada casa salió la noche del 22 de Julio último desde el barrio de Irias, en que aquella se encuentra en direccion al estanco que en el centro de dicho pueblo tiene don Manuel Lavin, con objeto de tomar tabaco, de que no se proveyó al fin, pues llamó y no le contestaron; seria como á las nueve y media de dicha noche, y al tornar solo tambien á su referida casa, distante del estanco como unos veinte minutos, y pasar por la calleja de Pereda, pudiendo ser entonces las diez menos algunos minutos, *se apercibió claramente, al trasponer el por dicha calleja, que por la inmediata y casa de Anastasia venian en direccion opuesta una pareja de guardia civil, el alcalde constitucional de Miera y médico don Aurelio Pozas, otro hombre que no conoció pero que por la estatura se le figuró Bráulio Mier, de dicha vecindad, y el jóven Juan de la Maza, tambien domiciliado en la misma y su barrio de Irias, cuyo sugeto traia las manos como esposadas, y se apercibió el dicente de que dijo á la sazon: pero ¿por qué me llevan ustedes preso?* Sin que el declarante hubiese oido contestacion ninguna, pues tampoco se detuvo en su marcha, por lo que hace tambien en esta parte la rectificacion y adiccion á su declaracion citada, de que no se expresó en ella, sin embargo de haberlo manifestado, la circunstancia de que hubiese conocido además de los sujetos allí nombrados, al Juan Maza, hoy finado, y figurándosele haber conocido tambien al mencionado Mier, especie de relacion que adiciona aquí, creyendo no se hubiese consignado así en su declaracion ante el municipal de Miera por falta de claridad en la expresion del declarante ó por mala inteligencia ó error material del Secretario del Juzgado; que continuando en dicha noche el camino hacia su casa sin ver ni apercibirse de otra cosa alguna, luego de entrar ya en aquella se apercibió de la detonacion de un tiro, el cual no pudo referir hacia algun punto determinado, pero sí á alguna distancia, acaeciendo esto á las diez, poco más ó menos, de la noche, durante la que ya no volvió á salir el que dice de su casa, visto ni oido otra cosa alguna hasta las nueve de la mañana siguiente, en que habia oido de un modo público que habia aparecido muerto el Juan de la Maza en el Campo de la Iglesia; que de una manera pública se dice tambien, sin que el declarante sepa el origen, que al referido Maza, la noche ya precitada, le condujeron dos guardias y demás sugetos que le

traían preso á la casa del Bráulio Mier, habiéndole tenido allí; y dice á preguntas del juzgado que el Campo de la Iglesia, en que el Maza apareció, dista de casa de Bráulio Mier unos veinte ó treinta metros; que tres ó cuatro dias despues de este suceso, figurándosele haber sido el 26 de Julio último, recibió el declarante aviso del juez municipal, por conducto del portero Manuel Gomez, diciéndole que se presentase en la casa de ayuntamiento; y al dirigirse al poco rato á este punto, cumpliendo con el aviso indicado, y pasar por delante de la puerta del precitado Bráulio Mier, hallábanse juntos á la misma una pareja de la guardia civil del puesto de Liérganes, conociendo al cabo, que llaman Chaperó, la mujer de Bráulio, llamada Balvina Higuera, y Pío Lavin, de la expresada vecindad; y el Chaperó preguntó al que declara á dónde iba, contestándole que al ayuntamiento, y entonces le replicó diciéndole de nuevo: *pues es necesario que quites ó rectifiques la declaracion que has dado en las diligencias que se instruyen sobre muerte de Juan Maza, y si no ya verás dentro de pocos dias*, manifestándole en tono de amenaza, y aún le añadió, tratando de desmentirle, que no podia ser que el que dice hubiese visto, á las diez de la noche del 22, una pareja de la guardia civil en el pueblo de Miera y demás, como al parecer manifestó dar en su declaracion, porque en dicha hora no habia pareja alguna en el pueblo citado; mas el declarante contestó al Chaperó que él habia declarado la verdad de lo que habia visto y sabia, y no tenia por qué rectificar su declaracion, y comprendiendo á la vez, que acaso en prueba de esto se le hubiese llamado al ayuntamiento, ya no acudió allí siquiera; que el sábado, 28 de Julio último, hallándose el declarante, entre nueve y media á diez de la noche, en casa de su tía María de las Nieves Ruíz Acebo, de sorpresa se entró por la cuadra en dicha casa el alcalde-médico citado Pozas, llevando consigo una escopeta de dos cañones y preguntando por el declarante, y presentado que se le hizo este, le dijo:

Mira, me has perdido y has perdido á mi familia con tu declaracion, y aún te has perdido tú más con la misma, por lo que es necesario que la rectifiques y omitas cuanto en ella has dicho, á cuyo efecto iremos pasado mañana á Santoña; yo te pagaré el coche y no andarán pegando así las puertas como ahora, y despues te vas á Bilbao cuatro meses ó seis, y si así no lo hicieres, el primer tiro que yo dispare será sobre tu cabeza; pero el que dice, fuerte con su conciencia y la verdad de los hechos que habia visto, le con-

testó que no variaba en nada su declaracion, por lo que el Pozas se retiró; y debe advertir que antes de haber estado con el que declara en casa de su tía María Nieves con el objeto referido, habia ya, al parecer, á primera hora de dicha noche, estado aquel con su dicha tía, y encargándola dijese al declarante que se fuese hacia el callejo de la Hoz, donde él le aguardaria con don Francisco de la Higuera, el Pío Lavin y Luis Acebo, pues tenia que hablarle; pero el declarante contestó á su tía que no acudia á la cita que se le hacia ni tenia por qué, y de aquí sin duda el que al poco rato se hubiese presentado el Pozas en la forma que ya tiene dicho.

Diligencia de careo entre Maria Nieves Acebo y José Acebo

Leidas que les fueron sus respectivas declaraciones, se afirmaron y ratificaron en ellas. Hécholes saber por su señoría las contradicciones en que incurren, é invitados para que se pusiesen de acuerdo entre sí, no fué posible, insistiendo una y otro con energia en lo que primeramente tienen manifestado, adelantando el José Acebo, el que solo explica el que su tía María Nieves Acebo hubiese declarado en la forma en que lo hizo, teniendo en cuenta que algunas veces dispensó ya sus favores á don Aurelio Pozas, prestándose á lo que solo debia prestarse siendo mujer legítima de aquel, lo cual asegura, por más que le sea imposible citar testigos del hecho.

Otro careo entre el mismo José Acebo y Venancio Perez Acebo

Leidas que les fueron sus declaraciones, se afirmaron y ratificaron en ellas. Hécholes notar por su señoría las contradicciones en que incurren, é invitados para ponerse de acuerdo entre sí, no fué posible lograrlo, á pesar de los cargos y recomendaciones que recíprocamente se dirigieron los careados.

Declaracion de Leoncio Higuera Acebo

Examinado á tenor de la conducente, declara: Que la noche en que mataron al Juan Maza la pasó el testigo velando en el sitio de la Cueva y barrio de Linto, con ocasion de la muerte de su tío Pedro Acebo; que desde la casa, que fué de este, percibió con tal motivo dos disparos de arma de fuego, hecho sobre las

once poco más ó menos, y, al parecer, cerca de la iglesia de Miera; que sobre las dos ó dos y media de dicha noche cogió el sueño, como las demás personas que estaban en dicha casa, y hasta la madrugada siguiente no percibió cosa alguna que llamase su atención; que á las cinco de la mañana, poco más ó menos, salió del barrio de Linto con direccion á la expresada iglesia, al objeto de buscar las insignias parroquiales, llegando á ella cerca de las cinco y media, y en el momento en que don Aurelio Pozas pedía que enviase á buscar un cura para que le aplicasen la unción al desgraciado Maza, que se hallaba en el pórtico de la ermita de San Roque mal herido, y, en concepto del que dice, sin vida ya, porque tratando de cogerle luego por la cabeza en unión de Juan Lavín para llevarle á una casa inmediata, notó que estaba ya frío; que despues de aplicar la unción al desgraciado Maza, se retiró el que habla á la casa de Bráulio Mier, y observando que con Miguel de la Higuera hacia allí conversacion uno de los guardias que viera antes en el Campo de la Iglesia y de los dos que prestaban allí servicio el más grueso y corto de estatura, diciéndole al expresado Higuera que el herido habia hablado cerca de la Fuente Sagrada, intervino en la conversacion el declarante, y dijo al referido guardia: «Ese ha hablado como habla mi padre, que hace veinte años que se ha muerto;» que el repetido guardia contestó al testigo, diciéndole: «Que mirase lo que hablaba, porque le iba á llevar arrestado;» que deseoso el recurrente de evitar cuestiones dijo al guardia por de pronto: *Bueno, bueno*; pero al momento añadió, dirigiéndose al repetido guardia: «Pues ya que usted dice que ha hablado, ¿cómo no le auxiliaron con los sacramentos estando el cura y el médico tan cerca? De ese modo acaso hubiera declarado quién se lo habia hecho y evitaba muchos líos y que pagasen justos por pecadores;» y el aludido guardia replicó entonces: «Yo con una cuartilla de papel pago,» á lo que repuso el que da cuenta: «V. pagará con una cuartilla de papel, ó si mal no viene, con cuatro;» despues de lo que, saliendo el sacerdote, ó mejor dicho para que pudiera salir de la iglesia el sacerdote, se acercó á ella el exponente con objeto de recoger las insignias; que en el momento en que el declarante y Juan Lavín desviaron al Juan Maza como á un metro de distancia del punto en que le encontraron sentado, pues más adelante ya no pudieron seguir, por haber dicho el mismo guardia, de que hizo mérito, que lo dejase, porque era ya cadáver, notó el que habla que el repetido guardia estaba como acobarda-

do, temblando un poco, bastante pálido y como sobresaltado, concibiendo por ello algunas sospechas desfavorables aquel sobre la participacion que hubiese podido tomar en el suceso desgraciado que motiva su comparecencia en esta Sala; que ni en don Aurelio Pozas ni en el otro guardia notó el que dice la menor cosa que merezca consignarse; que el Miguel Higuera Mier, citado anteriormente, pudo escuchar muy bien la conversacion que el recitante tuvo con el tantas veces repetido guardia.

Declaracion de Eusebia Higuera Prado

Preguntada si sabe quién fuera, como vecina próxima al sitio donde se halló Juan Maza, la causa de su muerte, dijo: Que lo ignoraba, que no le vió ni por el día ni por la noche, que no sintió esa noche ni tiros en el pueblo ni bulla, y que ni tiene antecedente alguno de quién le produjera la muerte al Juan Maza. Se afirma y ratifica; no firma por no saber.

Declaracion de Julita de la Maza Samperio

Seguidamente, y ante referido señor Juez y secretario, compareció, previa citacion en forma, la que al margen se expresa, á quien el señor juez enteró de la obligacion que tiene de decir verdad y de ser veraz, y de las penas señaladas para el delito de falso testimonio en causa criminal. Enterada, prestó juramento en nombre de Dios de decir la verdad en lo que sepa y la sea preguntado, y al efecto dijo: Que se llamaba Julita de la Maza Samperio, de cuarenta y seis años de edad, soltera, dedicada á las ocupaciones propias de su sexo y domiciliada en este pueblo. Preguntada si conoce el cadáver que se halla depositado en el de este pueblo, dijo: Que le conoce perfectamente por ser hermano carnal de ella y se hallaba en su compañía; preguntada cuándo y á qué hora estuvo en casa el finado Juan, dijo: Que estuvo sobre las ocho de la noche del día de ayer á cenar y le dijeron que se fuese á la cama, y contestó que iba por allí afuera un poco, que en seguida volvía, cuya vuelta no la verificó, como es de verse, por el punto donde se le halló; que no sabe con quiénes se acompañara dicha noche.

Preguntada si sospecha en alguna persona que le pudiera herir, dijo que de nadie absolutamente, y que su hermano con nadie se mezclaba en ningún asunto. Preguntada si como hermano y á falta de padres, quiere mostrarse parte en esta causa, contestó

que no, y sin perjuicio de ejercitar las acciones que la competen cuando hubiera de convenirla en derecho. Se afirma y ratifica en esta declaracion; no firma por no saber, haciéndolo el señor Juez, de que certifico.---Alejo Gomez.—José Gomez.

Declaracion de Baltasara Gomez y Lastra

Examinada á tenor del hecho de autos, declara: Que en la noche dal 22 al 23 de Julio último, antes de amanecer, salieron sus sobrinos Santiago y Anastasio Lastra Mora de la casa en que viven con la declarante, sita dicha finca en el lugar de Meza, y dando frente á la iglesia y á la casa de don Aurelio Pozas; que la salida de sus citados sobrinos obedeció al deseo de recoger, antes que terminara la noche, una red que habian tendido en el río y muy cerca del puente, que dista de la iglesia un cuarto de legua poco más ó menos; que á los pocos minutos de salir de casa los Anastasio y Santiago sintió la que lo cuenta la detonacion producida por dos armas de fuego que se dispararon simultáneamente, pareciéndole muy fuerte el ruido que produjeron, y á la vez que aquel partia de las inmediaciones de la iglesia; que apenas habia trascurrido como un cuarto de hora, á contar desde la salida que hicieron los Santiago y Anastasio y antes tambien de que rompiese el dia, regresaron sus dichos sobrinos á casa, manifestándole á la exponente que no habian cogido la red porque acababan de ver que el médico don Aurelio Pozas y un guardia civil habian descargado dos tiros sobre Juanin el correo, dejándole muerto, al parecer; que los Anastasio y Santiago le dijeron, además, que el guardia aludido y el Pozas llevaban consigo al Juan Maza antes de disparar sobre él, y que por haber sentido miedo se retiraron á casa por el sitio que nombran el prado de Herrera, renunciando á seguir el camino que llevaban cuando salieron para el puente por no tropezar con las indicadas personas; que adelantaron tambien los expuestos Santiago y Anastasio, que el Pozas y dicho guardia dispararon sobre el Maza hallándose en el punto que está intermedio entre la iglesia y la casa de ayuntamiento, y que sus repetidos sobrinos se hallaban á la sazón, segun le refirieron, entre la iglesia y el campo-santo; que la testigo, lejos de alargar la conversacion, temerosa de que aquellas manifestaciones pudieran causarles perjuicio, reconvinó á los Santiago y Anastasio, indicándoles que no podia ser cierto lo que contaban; pero ellos insistieron en sus primeras aseveraciones; por más que no adelantaron, ni la exponente les preguntó,

si con el expresado guardia y el don Aurelio Pozas iba en esa ocasion alguna otra persona; que tan pronto como tuvo las noticias consignadas, se asomó al balcon y observó con tal motivo, por hacer luna y aunque el cielo estaba cubierto con algunos nubarrones, que un grupo de personas que no sabe si le constituian dos ó tres ó más personas, ni tampoco si algunas de ellas vestian ó no el uniforme de guardia civil, llamó con la mano á la puerta de la cochera que el don Aurelio Pozas tiene contigua á su casa y que presta á la misma servicio de entrada, por más que la casa tiene otra puerta principal; que abierta en seguida la puerta indicada de la cochera se metió dentro de ella el aludido grupo, cerrándose inmediatamente, y como no llamase la atencion de la que habla otra particularidad, cerró la ventana y volvió á acostarse sin haber podido conciliar el sueño nuevamente; que despues de romper el dia, los Anastasio y Santiago Lastra fueron de nuevo á buscar la red, regresando con ella, segun le parece, el Santiago, y con las vacas que habian quedado al pasto en un pedazo de prado y monte que pertenece á la familia de Antonio Mora y radica donde está el puente indicado, el Anastasio, por más que no está muy segura de si fué el Anastasio el que condujo las vacas y el Santiago la red, ó vice versa; pero sí está cierta, en cambio, de haber oido decir á sus recordados sobrinos que, cerca, ó mejor dicho, arrimado á la pared de la ermita, se hallaba tendido el Juan Maza, y á su lado, tomándole el pulso, don Aurelio Pozas; que á la vez indicaba que llamasen á un cura para darle la uncion; debe adelantar tambien, volviendo á los hechos expuestos, que sobre las seis ó siete de la mañana salió la declarante de su casa en compañía de Anastasio Lastra para tender de nuevo la red, ó mejor dicho, secar la red indicada en otra casa que pertenece á la familia de los Moras, llevando el aparejo en un cuévano su repetido sobrino; pero al pasar frente á la casa de Eusebio Higuera vió á este con su mujer, y no recuerda tambien si con la mujer del maestro de escuela, llamada Juana Mier Gomez, sentado en la escalera exterior de dicha casa, y como al pasar la declarante la preguntase qué la parecia de lo ocurrido, dándose la misma por sabedora de los hechos que ocurrieran, contestó que en Miera no habian ocurrido nunca tales hechos; que en ese momento se acercó tambien Antonio Mora, marido de la testigo, que habia dejado su casa pocos momentos despues de hacerlo la que repite y que no tuvo noticia de los hechos por entonces, debido á que la testigo no quiso enterarle de

lo que sus sobrinos la habian manifestado, no pudiendo apercibirse su expuesto marido de que abriera el balcon la declarante durante la noche y á tiempo en que pudo observar lo que deja reseñado, porque duerme en habitacion diferente de la en que está la ventana abierta por la que dice, ignorando, así bien, si se apercibió ó no del ruido que produjeron los disparos; que el Eusebio, despues de contestar la deponente en los términos que deja consignados, expuso por su parte que antes de aclarar bien el día y por haber oido su mujer cinco ó seis tiros á las tres de la mañana, se habia asomado al balcon de la casa en que vive, sita frente á la iglesia de Miera, y que habia observado entonces que conducian tres ó cuatro personas una cosa desde la torre de las campanas á la Fuente Sagrada, y que para averiguar mejor lo que pudiera ser aquello saliera de su casa dirigiéndose á la iglesia: viendo luego á Juan Maza mal herido, y que por ello habia ido á dar aviso al párroco don Cristóbal Samperio con objeto de que aplicase la extrema-uncion; que despues de tener lugar esa manifestacion, la testigo siguió hácia la casa donde iba con su sobrino Anastasio para colgar la red, desviándose asimismo del Eusebio el Antonio Mora, con quien la declarante hizo posteriormente conversacion sobre el suceso, pero sin decirle nunca lo que sus sobrinos la habian contado; que desconoce por completo las causas que pudieran motivar la muerte del Juan Maza, y nada más sabe que lo expuesto en orden de los hechos que motivan la instruccion de este sumario.

Otra de Vicente Fernandez Ledo, guardia civil

Leida que le fué la declaracion que habia prestado ante el Juez Municipal de Miera, se afirmó y ratificó en ella, y contestando á otras preguntas del Juzgado, dijo: Que en la tarde del 22 de Julio último se llegó al puesto en que el declarante se halla, en el pueblo de Liérganes, un guardia municipal de Miera con un pliego cerrado para el comandante de dicho puesto, y en seguida de haberse este enterado de lo que contenia, previno á la pareja formada por Sebastian Gonzalez Uzal y el que declara, que cenasen y se preparasen para pasar al referido pueblo de Miera y hacer allí que se respetasen los bandos de buen orden y buen gobierno que tuviese dictados el alcalde de dicho pueblo, á las órdenes del que se pusiesen desde luego, y para lo cual iba el que dice encargado de la pareja, habiéndoles prevenido el citado comandante del puesto que fuesen poco á poco y procurasen lle-

gar de noche y con el mayor sigilo, para ver, de tal suerte, observar y apreciar cualquier acto de circunstancias y personas á quienes pudiera considerarse como perturbadores del orden; que cumplieron fielmente las órdenes é instrucciones de su comandante, marchando en compañía del citado guardia municipal hasta cerca del Puente Nuevo ó principio de la subida á Miera, y allí, aun cuando el expresado guardia parecia como que tenia miedo de continuar solo y deseaba ir en union de la pareja, el que declara le dijo que él podia adelantarse, pues la pareja no tenia prisa ni sabia cuándo habia de entrar, y queriendo con esto significarle que no les convenia á su objeto de cumplir las ya repetidas instrucciones el que aquel fuera acompañándoles; y, efectivamente, aquel se adelantó y ya no volvieron á verle en el camino; aun la pareja se detuvo en aquel mismo punto y fué haciendo tiempo subiendo poco á poco la cuesta, y como á un kilometro oyó, y oyó su compañero, dos disparos de arma de fuego, seguido uno de otro de un pequeño intervalo, los cuales referian hácia el centro del pueblo, cosa que, naturalmente, llamó la atención del que declara, y más y más excitó su curiosidad y su deseo de cumplir las ya referidas instrucciones y de llegar cuanto antes á ser la garantía del orden y de la proteccion á quien pudiera haber menester, por lo que continuaron su marcha sigilosamente hasta entrar en la primera casa de dicho pueblo, sin ver, notar ni apercibirse hasta allí de otra cosa alguna; mas pasando por aquel punto volvió y volvieron á oir otros dos disparos, con más intervalo uno de otro, los cuales refirió el declarante hácia el barrio de la Matanza, y á poco de esto, momentos antes de llegar á la casa del alcalde, se oyó otra fuertísima detonacion, como de trabuco, la cual referia el testigo como hácia la parte Norte del pueblo, sin que sepa el barrio ó calle en que tuviera lugar; que luego de esto llamaron al alcalde, poniéndose desde entonces á sus órdenes; y sucedió ni más ni menos en el discurso de la noche lo que deja el que declara referido en la declaracion en que acaba de ratificarse; que el declarante, con su compañero, llegó á Miera, segun tambien tiene dicho, como á las once de la noche del ya expresado dia 22; que desde casa del alcalde, y con este, se dirigieron hácia el barrio de la Matanza, observando y vigilando quién ó quiénes pudieran ser los autores de los ya referidos disparos y pudieran serlo de otros nuevos, de cualquier motivo de perturbacion y desorden, empleando en esto como cinco cuartos de hora, sin que en todo este tiempo hubie-

sen visto persona alguna, fuera del guardia municipal, con quien á la puerta de su casa habló el alcalde á solas, y sin saber de qué el que declara, y del alcalde de barrio y su hija, con quienes ocurrió tambien lo ya referido en la declaracion ratificada del deponente, oido ni apercibido de otra cosa alguna; y á la vista de semejante tranquilidad, dispuso el alcalde que se retirasen á su alojamiento, el cual les expresó les diese de su orden don Bráulio Mier, y, efectivamente, en seguida de haberle acompañado hasta entrar en su casa al referido alcalde, se dirigió la pareja á la casa de Mier, á cuya puerta llamó, contestándole y abriéndole aquel; refrescaron y tomaron un poquito de descanso, habiéndose acostado acto continuo y dormidos, el que dice por lo menos, sin haber vuelta á oír ninguna otra cosa en el resto de la noche; y debe expresar y añadir á su declaracion ratificada, que como á las cuatro de la mañana siguiente llegó y llamó á la puerta del Bráulio, y á este al poco tiempo por su nombre, una mujer que no conocia el declarante, si bien por la voz se le figuró ser la cartera, cuyo nombre no sabe, pero sí que era esta misma persona, diciéndole repetidamente: ¡Bráulio! ¡Bráulio! Pero como este se hallaba levantándose á la sazón, de todo lo cual se apercibió el dicente desde la habitacion inmediata en que se hallaba con su compañero, tan pronto como aquella le llamó, abrió el Bráulio la ventana de su habitacion, que mira al campo próximo de la iglesia, y le decia: AHÍ, refiriéndose al expresado sitio, hay un hombre que está quejándose mucho, á lo cual repuso el Bráulio que seria tal vez algun borracho; pero ella insistia en que no, retirándose en seguida y como asustada; que el Bráulio, acto continuo, se entró en la habitacion en que se hallaba el declarante y su compañero, les llamó y les dijo lo mismo de que ya se habia apercibido el que dice; que este entonces le dijo al Bráulio que saliese á enterarse de lo que ocurría, mas el Bráulio manifestó tenia miedo y no atreverse á salir solo por lo muy temprano que era y no le preparasen tal vez alguna celada, pero que iria, sin embargo, como fué en seguida á llamar al alcalde de barrio José Higuera, el cual se presentó allí en el acto; y con estos dos sugetos se dirigió la pareja hácia el Campo de la Iglesia, encontrando junto á la Fuente Sagrada, sentado sobre una piedra y medio recostado, todo ensangrentado y con una herida grande en la parte superior de la cabeza, al hombre á quien el declarante se refiere en su anterior declaracion, el cual, interrogado por el que dice, y á presencia de los testigos que en aque-

lla menciona, contestó aun con bastante energía que nadie le habia pegado y solo él se habia caido allá adelante, sin expresar el punto, á pesar de habérselo preguntado tambien el que dice, ni manifestado otra circunstancia alguna; que el dicente no sabe ni tiene noticia de la forma en que hayan podido declarar en estas diligencias, y acerca del hecho que las motiva, otros testigos, y con ninguno de estos, por tanto, habló; ni sabe quién hubiera podido hablar, al efecto, de que declarasen en determinado sentido, omitiendo alguna circunstancia importante ó rectificando la misma, y por último, que aun cuando el que dice no conocia ni trataba al hoy finado Juan de la Maza, ha oido, y hasta al mismo cabo del puesto que le conocia, que era un hombre de buenas circunstancias, honrado y pacífico, por más que tuviera sus afeciones hácia alguna de las parcialidades ó bandos en que parece se halla dividido el pueblo de Miera.

Otra de Sebastian Gonzalez Uzal, guardia civil

Leida la anterior declaracion dada por él en estas diligencias, dijo: Que era la misma que habia prestado ante el Juzgado Municipal de Miera, en cuyo contenido se afirmaba y ratificaba, reconociendo por suya, y de su puño y letra, la firma y rúbrica puesta al final de la misma; y examinado como el anterior, declaró de conformidad con lo expuesto por su compañero Vicente Fernandez Ledo.

Otra de Bráulio Mier Maza

Preguntado si como vecino inmediato al sitio del hallazgo de Juan Maza Samperio, sabe quién ó quiénes le maltrataron produciéndole la muerte, dijo: Que lo ignora, pues cerró su establecimiento á las ocho y media de la noche de ayer próximamente, en cuyo acto se acostó á dormir; que sobre las diez y media sintió tiros como hácia la carretera, y otros hácia el barrio de la Cárcoba; pero que como continuamente se sienten estas detonaciones, no se fijó, ni le llamó la atencion en nada; que no oyó bulla ni alboroto alguno; que como á las doce y media de la noche llamó la guardia civil á su puerta; se levantó y les dijo qué se les ofrecia, le contestaron que venian alojados á su casa; que á las cuatro de la mañana se levantó, le llamó Manuela Lavín, la que le dijo que habia un hombre quejándose, que le parecia era Juan Maza, y en todo lo demás lo mismo que el anterior.

Declaracion de Pedro Mier Gomez, padre de Braulio Mier

A preguntas del juzgado, dijo, leida que le fué la declaracion, se afirmó y ratificó en ella, y leidas por mí el actuario, dijo: Que las denuncias indicadas no las presentó él ni sabe quién lo haya hecho, desconociendo por tal razon de quién puedan ser las firmas y rúbricas que con el nombre y apellido del que habla parecen autorizarlas, pues en el distrito de Miera no existe otra persona del nombre y apellido expresado que no sea el compareciente.

Declaracion de Clementina Lastra Mora

Declara que de la muerte de Juan Maza Samperio no sabe nada, puesto que se acostó el 22 de Julio último y no se levantó hasta otro dia, y que al otro dia salió de casa á las ocho ó las nueve de la mañana.

Declaracion de Crisanta Lavin Ruíz

Declara lo mismo, sobre poco más ó menos, como la anterior.

Declaracion de Miguel Lavin Lastra

Dice que no sabe nada de lo que ocurrió en la noche de autos; que sobre las nueve y media de la misma sintió un tiro, sin que pueda precisar el sitio donde sonara aquel, pues es sordo; que nada sabe de la muerte de Juan Maza y nada ha oído á ninguna persona por ningun concepto.

Declaracion de Ramona Lavin y Gomez

Declara que se afirmaba y ratificaba en la declaracion antedicha; que se acostó en la noche del 22 temprano, y no oyó nada en toda la noche referente á la muerte de Juan Maza.

Declaracion de Ramona Gomez y Perez

Dice que durante la noche de autos, su hijo Tomás se retiró á casa temprano; á su parecer antes de las diez.

Informe pericial

En el pueblo de Miera á 25 de Julio de 1883, ante el señor Juez municipal y del infrascrito Secretario, comparecieron don

Severiano de Sotorrío y Coteró, médico-cirujano titular del ayuntamiento de Liérganes, donde es vecino, y don Domingo Fernandez, cirujano de la villa de San Roque de Riomiera, de la que también es vecino, casados, mayores de edad.

Dijeron: Que en cumplimiento de lo que se les ha prevenido por el Juzgado, han reconocido é inspeccionado con todo cuidado y exculpabilidad el cadáver de Juan Maza, vecino que fué de este pueblo de Miera, de la que resulta: Que camiseta, camisa, chaleco y elástica de punto estaban agujereadas por dos puntos en la dimension de media pulgada cuadrada por delante y por detrás, así como también el pantalon y calzoncillo al nivel de la parte media y posterior del muslo izquierdo, correspondiendo la rotura de la camiseta, camisa, chaleco y elástico de punto en su parte posterior, con una herida de forma ovalada de dos centímetros y medio de longitud por un centimetro de ancho. Por debajo de la escápula izquierda dos pulgadas próximamente, cuya herida fué hecha con arma de fuego del sistema moderno. El agujero anterior corresponde también con otra herida situada en el tórax, como á pulgada y media de la tetilla izquierda, de forma irregular, y que es, sin duda alguna, la salida del proyectil de la ya descrita. En la region parietal izquierda, otra herida como de tres pulgadas, que interesaba hasta el periostio, la que ha sido producida por un cuerpo contundente. En la region cervical posterior, otra herida, también de forma irregular, como de dos pulgadas de profundidad y como de tres centímetros de ancha, de cuya herida fué extraído un proyectil que se encontró en la apófisis espinosa del áxis, de centimetro y medio de largo por medio de circunferencia, lanzado sin duda alguna por arma de fuego del sistema antiguo. En la parte media y posterior del muslo izquierdo dos heridas, hechas también con arma de fuego, de un centimetro de circunferencia y como tres de profundidad, de las cuales se extrajeron dos pedacitos de plomo de forma indeterminada. Esto en cuanto se relaciona con el hábito exterior.

Puesta de manifiesto la masa encefálica, resultaba congestionada profundamente la parte posterior del cerebro y cerebelo, en su lado izquierdo. En la cavidad torácica, correspondiendo con las heridas descritas en el hábito exterior, se encontró el pulmon congestionado y dislacerado con una herida de más de una pulgada de diámetro que le atravesaba por completo, y coincidiendo con la herida ya descrita en la parte anterior del tórax,

en cuya cabidad no se encontró proyectil alguno, por haber salido, sin género de duda, fuera; en dicha cabidad habia derrame bastante pronunciado de sangre. En la cabidad abdominal no resultaba lesion alguna, y solo estaba ocupado el estómago por una cantidad pequenita de papilla como de alimentos á medio digerir, sin que apareciera líquido alguno.

De lo expuesto deducen: Que el finado Juan Maza ha muerto á consecuencia de las heridas que le han sido inferidas; que dado el número, extension, profundidad y regiones que ocupan estas, su vida pudo ser corta, pues eran mortales por *esencia*, no por accidente; que las heridas se han ocasionado por detrás, y de ningun modo puede sospecharse hayan sido producidas por él mismo, ni mucho menos haya dado lugar á lucha ni defensa, más que la consiguiente de huida.

Que lo expuesto es la verdad y cuanto pueden decir; y leida que les fué esta declaracion se afirmaron y ratificaron en su contenido, y firman con el señor Juez, de que certifico.—Alejo Gomez.—Licenciado Severino Sotorrío.—Domingo Fernandez.—José Gomez.

* * *

Seguidamente, y ante los expresados don Ricardo Lavaca, magistrado de la Audiencia de lo criminal de Santander, don Buenaventura Muñoz y Rodriguez, fiscal de dicha audiencia, y de mí, el escribano, comparecieron los facultativos don Domingo Fernandez, don Severino Sotorrío, don Florentino Diaz, don Mariano Centeno y don Agapito Santamarina, cuyas circunstancias personales constan en esta causa, se afirman y ratifican en las que tienen prestadas, pero queriendo se entienda que las dos heridas situadas en la parte posterior del muslo izquierdo y que presentan igual forma, no tienen en su entrada un centimetro de circunferencia, sino cinco milímetros próximamente, y una profundidad de 15 milímetros; que el ancho de la herida observada en la region cervical es tan solo de un centimetro; que en la del pecho, junto al orificio de salida, se notó el desprendimiento de una esquila en el borde superior de la costilla correspondiente; que al hablar de las heridas observadas en el tórax y debajo de la escápula izquierda, usaron impropriamente de aquel término, pues debe entenderse que una y otra, más bien que heridas son agujeros de salida y de entrada, respectivamente, de la que interesó el pecho atravesando el pulmon, y finalmente, que al ha-

blar de armas antiguas se refieren á las de carga irregular, y que por el contrario, designan con el nombre de modernas á las que tienen proyectiles propios.

**Ampliacion de la declaracion de los facultativos
don Severiano Sotorrio Coteró y don Domingo
Fernandez y Alonso**

En Santoña y 18 de Agosto de 1883, ante el señor Juez y de mi el secretario, comparecieron los expresados al margen, habiendo asistido el Fiscal Delegado, vecinos de Liérganes y San Roque, mayores de edad, casados, licenciados en cirugía y medicina el primero y solo en cirugía el segundo, á quienes su señoría instruyó de la obligacion que tienen de decir la verdad, y de las penas señaladas para el delito de falso testimonio en causa criminal, y recibiéndoles juramento que prestaron en legal forma; manifestaron no haber sido procesados y que no les comprende ninguna de las generales de la ley, que les fueron explicadas; pués toles de manifiesto el informe de autopsia obrante en estos autos, que afirman y ratifican. Preguntados cuál era la verdadera forma y dimensiones de la herida, que ya en parte describen en su citado informe, que encontraron situada en el interfecto Juan Maza Samperio, debajo de la escápula izquierda de este individuo, considerándola como punto de entrada, así como el de salida otra correspondiente en el tórax, como á pulgada y media de la tetilla izquierda; dijeron que, segun creen haber expresado ya en su anterior declaracion, la forma de la herida por que se les pregunta en la entrada ya referida era elíptica ú oval, pudiendo tener de longitud como dos y medio centímetros por uno de latitud, poco más ó menos, y en su salida á esta herida se ofrecia irregular y con más dislaceracion en los tejidos, teniendo poco más ó menos las propias dimensiones que en la entrada, y en el trayecto que recorrió el proyectil que estas heridas ocasionó, segun principalmente observaron, en el pulmon del Maza; esta citada herida aun ofrecia mayores dimensiones y las mismas irregularidades que á su salida, habiendo sido esta la causa, ó más bien observacion, que les obligó á creer que dicha herida hubie-ra sido causada por arma del sistema moderno y de bastante calibre ó fuerza, sino en la explosion; preguntados cuál fuese igualmente la forma y dimensiones de la otra herida, que se encontraron en la region parietal del interfecto Maza, que manifiestan haber interesado en este hasta el *perioisto*, expresando haber de-

bido ser producida por un cuerpo contundente, y si esto no obstante, esta dicha herida podria haber sido ocasionada por el roce de algun proyectil que le hubiese atravesado en su marcha sobre el cuero cabelludo, dijeron que la forma y dimensiones de esta herida era la primera, segun creen haber manifestado en su anterior informe, y regular y como de unas tres pulgadas de longitud por un centimetro de latitud poco más ó menos, habiendo entonces creido, por el exámen del reconocimiento que igualmente hicieron de ella, que debia de haber sido producida por un cuerpo contundente, como palo ó piedra ú otro de parecida resistencia, pues los bordes de esta herida se ofrecian como las de su clase, con retraccion en lo seguido y ligero, magullamiento, por lo que no pudieron suponer, ni creen que esta citada herida se hubiese ocasionado con ningun proyectil rozando el punto en que aparecia lesionado, pues las heridas de esta suerte causadas, producen de ordinario más separacion en los bordes de ellas, por el mismo efecto que produce el cuerpo lanzado por materias explosivas. Preguntados á qué se asemejaba más la herida irregular, que igualmente encontraron en el expresado Maza en la region cervical, cuáles podrian ser próximamente sus dimensiones en los puntos ó lados mayores, y cuáles la razon ó fundamento en que los informantes se apoyaran para sentar que esta herida hubiera sido producida por arma del sistema antiguo, y qué clase de arma en tal caso; en razon de sus dimensiones, sobre todo; dijeron tambien unánimemente, que la herida por que se les pregunta presentaba una especie de *zig zag*, como entre líneas seccionadas, ó más bien una sola cortada en tres puntos, pudiendo tener la dimension longitudinal como unos tres centimetros por dos de latitud, con la profundidad que desde su entrada á la apófisis espinosa del áxis, expresan en su anterior informe que el proyectil que esta herida produjo se hallaba situado, y extrajeron de la region cervical, era tambien irregular y parece como que habia perdido su primitiva forma, como si hubiese chocado en un trayecto con algun objeto duro, esto es, de rechazo, antes de herir al Maza, pues en el hueso vertebral no observaron contusion especial, ni creen tampoco que este cuerpo hubiera podido producir las impresiones que en el proyectil se advierten, y puéstoles de manifesto por su señoría en este acto el proyectil ó cuerpo de plomo que con otros efectos se remitió con estas diligencias por el Juez municipal de Miera, como el que por dichos peritos se habia extraido de esta herida del Maza, y que de ser el mismo

enviado doy fé yo, Secretario, que le tenían y reconocían por el propio que de aquella herida habían extraído al hacer la autopsia del expresado Maza; que al manifestar, como manifestaron en su anterior declaración, que este proyectil á que se refiere le creían procedente de un arma del sistema antiguo, tuvieron solo en cuenta la irregularidad de dicho proyectil, y porque solia á veces usarse (á veces) en estas armas cuerpos informes ó irregulares, á diferencia de las del sistema moderno, que se cargan con sus propios proyectiles exclusivamente, y que en todo caso creen que si este proyectil no hubiese sido lanzado por un arma del sistema antiguo, ó entonces por algun revolver de grueso calibre ó pistola de *Lefauchaux*, pero en tal caso habiendo antes chocado con algun cuerpo duro. Preguntados con qué clase de arma creen que hubiesen sido producidas las heridas, que igualmente observaron y reconocieron en la parte media y posterior del muslo izquierdo del citado Maza, atendidas las dimensiones y profundidades de las mismas, dijeron: Que así podria haber sido con un arma de poco calibre ó poca longitud de cañon y no á mucha distancia en tal caso, como con otra de mayor calibre y longitud y á más distancia del blanco, pues estas heridas eran poco más ó menos de un centimetro de dimension por dos ó tres de profundidad, y los cuerpos vulnerantes que extrajeron de las mismas eran, como antes de ahora, tienen manifestado, heridas de plomo irregulares. Preguntados si en el reconocimiento del hábito exterior de dicho interfecto Maza, notaron alguna otra lesion en la pantorrilla izquierda y de qué clase podria ser aquella, dijeron que no; preguntados en que tiempo, inmediatamente despues de haber sido causadas, conceptúan mortales de necesidad las dos heridas que el Maza recibió en la region cervical y pectoral, dijeron: Que no podrian precisar el tiempo que el Maza pudiese haber sobrevivido á dichas heridas, pues ocurre á veces que hallándose un individuo experimentando una hemorragia, por cualquier accidente sobrevenga un síncope y la paralice por breves momentos, prolongándose su existencia durante estos, pero de cualquier modo, son de opinion que la vida del Maza debió ser muy corta, despues de sufrir las lesiones ya citadas; preguntados si el Maza, cualquiera que hubiese sido el tiempo que hubiese sobrevivido á dichas lesiones, podria haberse trasladado por su propio pié despues de recibirlas al Campo de la Iglesia de Miera, donde apareció, recorriendo para esto una distancia de cien metros, por ejemplo, dijeron: Que tam-

poco podrian precisar la distancia que hubiese recorrido; pero juzgando por el decaimiento que inmediatamente debió de experimentar, á la vez que por los igualmente efectos que debió sufrir por la conmocion cerebral, poco, muy poco podia ser el espacio que recorrió por sí, y aun este con gran dificultad y vacila- cion, ados si puede la ciencia averiguar y resolverlo de las observaciones que hubie-

ran Maza, si las heridas que en haber sido causadas simultá- los unas de otras, dijeron: Que cunstancias, y solo si por los carac- téres de como heridas, que fueron producidas en vida; preguntados si dada la hemorragia pulmonar que necesariamente vino á experimentar el Juan Maza despues de la lesion que le atravesó el tórax, dada tambien la conmocion y congestion profunda de la parte posterior del cerebro y cerebelo en su parte izquierda, que igualmente debió sufrir inmediatamente despues de la herida de la region parietal, podria hablar, les parece bastante difícil que poco despues ya de estos accidentes de la vida hubiese podido hablar, y sobre todo coordinar las ideas que hubiesen venido á su mente, y en todo caso, nunca con energía, por el estado de abatimiento en que debia encontrarse; mas no tienen por imposible que no hubiese articulado algunas palabras, siendo sobre todo con poco intervalo de tiempo despues de recibidas las lesiones; preguntados si por la idea ó presuncion que han formado de las armas con que se ha disparado sobre el Juan Maza, de la clase de herida que produjeron en este los proyectiles y de la profundidad que aquellos tenian respectivamente han inferido ó inferir pueden la probable distancia á que podria hallarse el interfecto Maza de los que le hubiesen disparado y vice-versa, como tambien digan por qué presumen que estas referidas heridas las hubiese recibido el Maza huyendo, dijeron: Que como no tienen una completa seguridad de las armas con que se hicieron los disparos mencionados y de su fuerza y alcance, tampoco pueden precisar la distancia á que los disparos de unas y otras se hubiesen hecho, mas teniendo en cuenta que el Maza parece que ha sido herido de noche, es de suponer que no haya sido desde larga distancia, por la dificultad de hacer blanco con precision, y menos con armas de cañon corto; y que han manifestado en su anterior declaracion que probablemente se le hubiese disparado huyendo, como en su citada declaracion tienen dicho, á más de

haber sido por la espalda, lo cual creen tener demostrado, por que en el reconocimiento practicado en el demás hábito exterior del referido Maza no encontraron ni notaron otro signo alguno de violencia, que parece deberia suponerse, habiéndole disparado estando sujeto ó defendiéndose.

Que lo expuesto es la verdad.

Se firman y ratifican en su contenido y firma despues del señor Juez y Fiscal, de que doy fé.—Hidalgo D. de Ulzurrun.—Licenciado Severino Sotorrió.—Domingo Fernandez.—Ante mí, Sebastian Olózabal.

Denuncia al señor Fiscal de la Audiencia de Santander

Véase si en todas sus partes es cierta la relacion que á V. S. le nicimos hace dias: que el malogrado Juan Maza habia sido villanamente *asesinado* por los guardias Uzal y Ledo, el alcalde Pozas y el presunto Juez municipal Mier, cuando resultando con cuatro heridas de arma de fuego, cuyos proyectiles hemos visto y tenido en nuestras manos, extraídos en la autopsia por los médicos, dicen los guardias en su parte dado al señor gobernador, que declaró el *muerto* haberse producido la muerte él mismo, efecto de una caída... Nunca hizo el demonio empanada que no comiera de ella.

En la conciencia pública está que han sido los causantes de este asesinato los mencionados criminales; no obstante, como Pozas tiene amigos en la Comision y Diputacion, entre otros á los diputados Fernandez, Cárcoba y otros, recelamos los hombres honrados que este inaudito crimen quede impune. Por Dios, señor Fiscal, castiguese como merece á estos alevosos asesinos si hemos de vivir los vecinos honrados tranquilamente en Miera.

Todavía, señor Fiscal, se me olvidaba algo; estos señores iban por las casas cuando oian que algun testigo tenia que venir á declarar, metiéndoles miedo que les iban á llevar amarrados á la cárcel de Santoña, así es que un testigo ha declarado todo lo expuesto aquí; tres veces han subido para que renuncie á su declaracion, echándole amenazas que le iban á llevar en seguida amarrado; este individuo se está temiendo que vayan á hacer con él lo que hicieron con el pobre Maza.

Tambien al Juez municipal que hoy está ejerciendo, le hicie-

ron suspender las declaraciones y que llevara las que habían tomado al Juzgado de primera instancia, donde se dice que en el camino le han arrancado las declaraciones que aclaraban el hecho, ó sea el crimen. ¿Será posible, señor Fiscal, que á estos alevosos criminales no se les castigue? ¿Será posible que los encargados del orden público se conviertan en asesinos, como son los cuatro que llevo dichos atrás? Esperamos de V. S. se encargue de ver si estos señores hacen alguna diligencia por averiguar quién es el autor del crimen; lo que se prueba es que lo están tapando con amenazas de que no ha de ser aquel solo.

Vamos á ver por qué el señor de Pozas, á las cinco de la tarde, por el guardia municipal, que bajó por un bosque ó somo escondido á buscar la guardia civil estando el pueblo en paz, sin haber bulla en estos honrados vecinos; y suben estos escondidos tambien; y al salir del cuartel dicen no bajaremos sin carne. ¿Tanta dificultad hay en probarles que los cuatro son los criminales, cuando á los ciento cincuenta piés donde ellos estaban fué cometido el crimen? Pues á las nueve y media fué amarrado y fué conducido á casa del Mier, donde le tuvieron hasta las tres, que fué asesinado; á las once salieron á registrar una casa, donde les parecia que había más mozos, para ser asesinados como el pobre Juan Maza — Pedro Maza. — Pedro Mier.

* *

Hay dos denuncias idénticas á la anterior; una dirigida al Gobernador civil de esta provincia y otra al señor Juez instructor de Santoña.

Anónimo

Espero el que se llame á declarar á Domingo el pasiego, criado de Ramon Perez y Gomez, pues estuvo de ronda en casa de Manuel de Mier en Pereda; á Eusebia Higuera Prado, á Juan Lastra Chaves, á Pedro de Mier y su familia, á José Gomez y su mujer y familia, á Braulio de Mier y su familia, á José Gomez y su mujer y familia, y á Catalina la panadera en su casa esa misma noche; á Domingo Gomez y Maza y Anastasio Higuera y su familia, á las hijas de Simon de la Higuera, Agustina Gomez y Gomez y su esposo, y demás vecinos inmediatos.

Anónimo al señor Fiscal de la Audiencia de Santander

En Miera hubo unas reñidas elecciones municipales, venciendo el partido del hoy alcalde Aurelio Pozas y del nombrado Bráulio Mier, Juez municipal para el próximo bienio; pues bien; estos dos señores, acompañados de los guardias civiles del pueblo de Liérganes Fernandez Ledo y Gonzalez Uzal, han asesinado con alevosía á un hombre honrado que con su trabajo se proporcionaba su sustento y el de su familia, encontrando su muerte por prestar servicios al partido contrario, compuesto de don Manuel Lavin, el cura párroco don Cristóbal Samperio, los señores Mora y otros; si los vecinos honrados han de vivir en Miera, es necesario, señor Fiscal, que V. S. haga activas medidas, poniendo á buen recaudo á esos señores

No firmamos, pues de hacerlo correríamos la suerte que el asesinado, el pobre Juan Maza.

*
* *

Hay otros dos anónimos, conformes en un todo con el anterior; uno dirigido al Juez de Santoña y otro al gobernador civil de esta provincia.

Anónimo al señor Juez de la Audiencia de Santander

Dice: En la noche del 22 al 23 de los corrientes se cometió un asesinato en la persona de Juan Maza Samperio, joven de 24 á 26 años de edad, natural de este pueblo.

Los asesinos le asentaron tres tiros de arma mayor por la espalda, atravesándole el proyectil de una parte á otra por el lado izquierdo del pulmon, desapareciendo dicho proyectil; otro en el pescuezo y otro en un muslo, con otras varias contusiones graves.

Los asesinos huyeron; pero el autor del crimen es, sin duda alguna, don Aurelio Pozas Gomez, Bráulio Mier (nombrado Juez municipal), y no pude ver si estaba Pío Lavin, esto es, que no pude conocerle ó distinguirlo.

La guardia civil de Liérganes es cómplice en dicho asesinato, y para comprobarlo no hay más que ver la consigna que tienen del autor del crimen don Aurelio Pozas Gomez, la falsa declara-

cion que han depuesto estos, y otras cosas que de suyo están comprobando de consuno la verdad de hecho tan criminal.

No admitiendo duda que el autor del crimen es el Pozas, deben juntarse á esto los antecedentes de haber atentado contra la vida de Juan Higuera Mora, vecino de este pueblo, de cuyo atentado tiene V. S. conocimiento; de haber salido al camino al párroco á intimarle que pocos dias de vida le restaban; y no habiéndosele presentado ocasion lo ha hecho en su sobrino Juan Maza Samperio, jóven honrado y pacífico, y otro sinnúmero de abusos y atropellos que viene cometiendo sobre este indefenso é intimidado vecindario, valiéndose al efecto de la guardia civil de Liérganes, la que en vez de perseguir á los criminales se han convertido ellos en foragidos.

Siendo la verdad desnuda lo que llevo dicho á V. S., preciso es que despliegue su acostumbrado celo para averiguar hecho tan criminal, á fin de que crueldades de este género no se queden impunes.

No extrañe oculte mi nombre en esta denuncia, porque ocultándole me libraré de la saña de tan feroces criminales.

Le suplico á V. S. tome con todo interés la causa.

Dios guarde á V. S. muchos años. Miera 27 de Julio 1883.

LA JUSTICIA

Otro dirigido al Juez de primera instancia de Santoña

Dice: El asesinato cometido en la noche del 22 al 23 de los corrientes en la persona del jóven Juan Maza Samperio, en el pueblo de Miera, ha llenado de terror pánico á estos pacíficos moradores.

El autor de tan terrible crimen es don Aurelio Pozas Gomez, patrocinado por Bráulio de Mier (Juez municipal elegido), Pío Lavin, etc., siendo cómplices de tan horrible crimen la guardia civil de Liérganes, de quienes se ha valido para autorizar su indigno proceder.

Para probar mi aserto examine V. S. cuidadosamente la con-signa que el Pozas dió en dicho dia á la guardia civil, lo falso de su declaracion y otras cosas que atestiguan con toda claridad lo dicho.

Sí, señor Juez, con la guardia civil de citado puesto viene haciendo tiempo el Pozas Gomez intimidando y arrollando á los hijos pacíficos de este desgraciado suelo, que deplora amargamente la

inocente víctima que con su sangre ha regado el campo que hay en derredor de la santa iglesia que le reengendr6; como ha llegado á conocimiento de V. S., el Pozas Gomez dispar6 un tiro hacia la persona de Juan Higuera Mora, cuyo crimen está aun impune, no estando á 20 metros del suceso la guardia civil de Liérganes, cuyo atentado y la detonacion del tiro fué sabido y oido por ellos y no cumplier6n con su obligacion, pues si hubiesen cumplido con esta no hubiese sucedido la desgracia que nos ocupa. A don Crist6bal Samperio, presbítero, tío del asesinado, le sali6 cuando iba á celebrar la santa misa y le dijo con su criminal atrevimiento: *prepárate, que ya son pocos los dias de vida que te restan*; y no habiéndosele presentado ocasion en este, lo ha hecho en el sobrino.

A Tomás Gomez Mora, vecino tambien de este pueblo, le dispar6 otro tiro, cuyo atentado declaró el dicho Pozas Gomez á don Domingo Fernandez Alonso, cirujano, vecino de San Roque de Rio Miera.

Estos y otros antecedentes comprueban hasta la evidencia la verdad del hecho. En fin, señor Juez, puedo asegurar á V. S. ante Dios, que el autor del asesinato de Juan Maza Samperio fué don Aurelio Pozas Gomez y asociados.

No extrañe oculte mi nombre, etc., etc., como el anterior:

Denuncia firmada por Julita Maza Samperio

Dice: Despues del horroroso crimen que se cometió en la noche del 22 al 23 de Julio próximo basado en la persona de mi caro hermano Juan Maza, que nunca tendré bastantes lágrimas para deplorar pérdida tan irreparable, despues de haber pruebas que presenciaron el hecho y citas en bastante número más que suficiente para probarlo, no se llaman á declarar los testigos, y si alguna declaracion hay se la retira á beneplácito de los criminales. Se sabe quiénes son los criminales, y sin embargo se pasean por la calle á sus anchas, sin que se haya dictado auto de prision contra los criminales, cuando este se dicta por meras sospechas. ¿Por qué don Aurelio Pozas Gomez, alcalde de Miera, Bráulio Mier (Juez municipal), la guardia civil de Liérganes y otros que ejecutaron el crimen de asesinato en el cementerio de Miera; por qué estos alevosos, que á título de autoridad le cogieron en la calle, y destrozándole su cuerpo con golpes enormes, y por fin le asentaron por las espaldas seis tiros, uno en la cerviz que le fractur6 los huesos de esta y de la cabeza, penetrando

en la masa *céfalo raquidiana*, otro le atravesó el pulmon izquierdo, sin darle tiempo para articular una sola palabra, y los otros en varias partes de su despedazado cuerpo, están en libertad, perturbando el orden y llenando de terror pánico á estos pacíficos habitantes?

Suplico á V. S., señor Fiscal, pida sin contemplacion de ningún género castigo para los criminales, segun acostumbra su reconocida rectitud y exquisita administracion en la justicia.

Dios guarde á V. S muchos años. Miera 6 de Agosto 1883.—
Julita Maza.

Anuncio recibido por el Magistrado Sr. Labaca y del que mandó se testimoniara en estos autos

Dice así: Sr. Labaca, un Magistrado joven, con talento, que se presta á que crimen como el cometido en Miera quede sin correctivo, por más que todos sabiamos que vuestro nombramiento de Juez especial era sinónimo de encargarse se juzgasen á sí propios los criminales Pozas, Mier y beneméritos civiles se olvidan de lo que deben á la toga que visten, y créalo V., no es el mejor medio de ascender en tan brillante carrera cuando no se cumple con el deber que al abrazarla se imponen. Sabemos que en los careos, en las declaraciones y en cuantos actos el especial Juez y abogado fiscal llevan á cabo, no se consigna lo que los testigos declaran, si es procedente á que el justamente horroroso crimen cometido en la persona del malogrado Maza, se vea con toda la claridad de loor más deshojado, á que aparezcan los criminales con horrible desnudez del crimen cometido. Hoy está el asunto en sumario; nada podemos hacer, Sr. Labaca; V. se despacha á su gusto y nosotros tomamos notas de lo que V. hace; cuando la causa pase á plenario, cuando sea del dominio público, entonces haremos público lo que ocurra, entonces se ocupará la prensa de los esforzados trabajos llevados á cabo por el digno Sr. Juez especial, y el no menos digno abogado fiscal para neutralizar las terminantes declaraciones de los testigos que han depuesto en la causa: porque bien sabemos y es públicamente notorio que cuando aparece uno ó más testigos consignando que ellos saben, que ellos vieron quién ó quiénes cometieron el delito y su digno adláter, se encierran y buscan y rebuscan el medio ó medios de neutralizar las terminantes declaraciones aprovechándose de la circunstancia de ser los testigos ignorantes, y que no recuerda por el tiempo trascurrido algunos detalles en los que *joh hallaz-*

gol cree V. encontrar falsedad en la declaracion ó por lo menos atenuar sus terminantes conclusiones.

Nada más podemos hacer por hoy que prevenirle que seguimos estudiando lo que V. hace; que ponerlo en conocimiento de la autoridad superior los esfuerzos que nos hacen para encubrir ese horroroso crimen y en su día defender á dos infelices criaturas á quienes se les ha arrebatado su único sosten.

Podia V., Sr. Lavaca, cuando tanto trabaja para impedir se castigue el asesinato cometido en el interfecto Maza Samperio, figurarse que este era un hermano suyo, que este y solo este trae á casa de V. lo necesario para la vida; en este caso trabajaria V. tanto para que el delito quedase impune.

No le conceptuamos con tanta abnegacion; tenemos que emplear el anónimo por hoy; más tarde le diremos cara á cara y frente á frente mucho más.—El Portero.

Ampliacion de la declaracion de Juan Lavin Samperio

Leida que le fué su declaracion, se afirmó y ratificó en ella, y ampliada esta, declara: Que la primera frase dirigida por el guardia civil que interrogó al Juan Maza despues de haberse enterado por el exponente de quién era, fué la que sigue: ¿Quién le ha puesto á V. tan maltratado como se encuentra? contestando el Maza: «yo me caí;» que en seguida dijo el guardia, «vean Vds. cómo dice:» «yo me caí;» que el herido preguntó entonces dónde estaba su gorra, y cogiéndola el testigo del suelo se la puso en la cabeza al desgraciado Maza; que dicha gorra se hallaba á los pies del herido, ó cerca de ellos; y al ponerla el que habla notó que tenia una gran berida en uno de los lados de la cabeza, llamando tambien la atencion la circunstancia de que no tuviese el lesionado tan manchada de sangre la cara como debia esperarse de aquel golpe, pues tan solo se advertia unos pequeños puntos rojos en los carrillos; que no se fijó en si denotaba ó no el estado de la cabeza y cara del repetido Maza que le hubiesen lavado despues de golpearle, y menos se fijó todavía en si las manos presentaban señales de haberse mojado en agua recientemente, aunque sí recuerda que presentaban las uñas negras como si hubiesen sido golpeadas.

Que el mencionado Maza no dijo otras palabras que el testigo oyese, más que de las que dió cuenta, pronunciadas con bastante

claridad y entereza, como no era de esperar pudiese hacerlo, dado la gravedad de sus heridas, y asegura desde luego que la entonacion de la voz era igual á la que ordinariamente le daba el aludido Maza cuando hacia conversacion, pudiendo oírsele muy bien á la distancia de 10 ó 12 pasos; que las expresiones consignadas las dijo el Maza hallándose cerca de la *Fuente Sagrada*, y despues que le trasladaron de allí al pórtico de la ermita, ya no articuló otra palabra, al menos que por tal se tenga un «sí» ligeramente perceptible que dió por contestacion al recitante cuando este le preguntó si estaba demasiado caliente el *the* que le sirvió, del cual apenas pudo tomar en el primer momento un pequeño sorbo, pero que bebió más tarde hasta consumir las dos terceras partes de que le pusieron en la tacilla.

Inspeccion Ocular

En Miera á 4 de Junio 1884, constituida la comision encargada por la Audiencia de practicar la inspeccion ocular en dicho pueblo, compuesta del Sr. Magistrado D. Manuel Herrera y de mí el Secretario; estando presente D. Ramon Polanco, abogado Fiscal de la misma, en representacion del ministerio público; los abogados Sres. D. Mariano García del Moral, D. Habencio Cárabes, D. Justo Colongues y D. Tomás Agüero, el primero acusador privado y defensores los demás de los procesados; estando asimismo presentes los procuradores D. Leocadio Reguera de la acusacion privada, y D. Gregorio Fernandez, por sí y en sustitucion de sus compañeros D. Fernando Alvarez y don Marcelino Aparicio, representantes como él de los procesados, siendo la hora de la una tarde, el Sr. Magistrado ordenó que se procediera á la práctica de las diligencias acordadas, y al efecto ordenó que los peritos ingenieros, D. José Sanchez y D. Francisco G. de Quevedo, procediesen á levantar el plano y demás operaciones solicitadas por el Ministerio Fiscal y estimadas por la Sala, segun los datos y antecedentes que se les han suministrado, lo cual ejecutaron á presencia de todos los interesados, y concluidas que fueron las operaciones de estos expusieron que necesitaban tiempo para formalizar el croquis y confeccionarle con arreglo á sus facultades, por no poderlo hacer en el acto; lo que se estimó así.

En seguida se dió principio á la inspeccion ocular con intervencion de las personas de este pueblo convocadas al efecto, y con este fin se constituyó el Sr. Magistrado y demás personas

referidas en el punto llamado la «Castañera», ó sea en el que se reunen ó confluyen el camino que baja del «Barrio de Irias,» una senda denominada «Callejuelo» que baja á su vez desde las casas llamadas de «Mora» al lado de la pared que cierra unas tierras de labor y forma ángulo con el camino que desde el punto de confluencia referido descende al «Barrio de Pereda,» desde ese mismo ángulo bajaron el Sr. Magistrado y demás personas asistentes á este acto, hasta el punto en que se encuentra un avellano delante de la casa que habita Anastasio Higuera, haciéndose constar que desde la «Castañera» ó confluencia de los dos caminos antes dichos, hasta desembocar delante de la citada casa de Anastasio, el camino recorrido está limitado á derecha é izquierda por dos paredes ó muros y su suelo es de piedras rodadas y sueltas, sin que para subir del «Avellano» haya otro camino más que el descrito.

A instancia de la acusacion fiscal, de conformidad con la privada, se hizo constar que llegando desde las casas de Pedro Mora por el callejuelo Sobre la Corte á la afluencia de este camino con el que viene de Irias, ó sea á la Castañera, se encuentra en su confluencia un terreno espacioso, formando plazuela ó plazaleta, en cuyo centro se halla un grupo de castaños.

Colocados en el sitio del Avellano, y bajando á la izquierda por entre la casa de Manuel Mier y unas tierras de labor cerradas, se llegó al punto por donde cruza ó atraviesa la calle ó camino que desde la casa de Domingo Gomez se dirige al Fontano, llamado callejo de la Fragua ó Fragona, haciéndose constar que en el trayecto recorrido por este camino, desde la casa del Domingo Gomez al Fontano, solo se ve el avellano y camino que se baja de Irias desde el punto que antes se indicó, ó sea el en que con dicho camino se reúne al que baja del Avellano.

Volviendo desde el Fontano al punto que se acaba de determinar, se llamó la atencion por las defensas, é hizo constar que en la larga extension que recorre el camino de Irias por medio de un bosque frondoso de altos árboles y maleza, no se divisa desde estos parajes casa, choza ó vivienda alguna, siendo todo el trayecto que la vista puede apreciar altamente sombrío y solitario.

Seguidamente, y volviendo al sitio del Avellano, se continuó bajando por la denominada calleja de Pereda, que se ensancha algo más frente á la casa de Anastasio Higuera, por hallarse esta algo más retirada de la línea de las otras, hasta el punto en

que desemboca en una plazuela ó bolera denominada de Lavin, y delante de esta plazuela y á la izquierda del camino, bajando, se hizo notar por las acusaciones la existencia de una alcantarilla, cuyo suelo forma ángulo recto con la seccion vertical del camino, de tal suerte, que por la altura ó la distancia que media entre la rasante de la vía y de la alcantarilla, lo mismo que en la boca de esta puede esconderse una persona, en el primer punto encogiéndose algo, y en el segundo, evidentemente más, hasta el extremo de poder ocultarse por completo.

Que colocada una persona en posicion natural sobre el pavimento á la boca de la alcantarilla, no puede divisarse ninguna de las entradas de la casa de Bráulio Mier, pero avanzando un metro próximamente y dominando el declive del terreno del lado izquierdo, se ve perfectamente la parte media superior de la entrada accesoria de repetida casa, y toda esta entrada se descubre y aun la del Mediodía ó principal, avanzando en la misma direccion de la alcantarilla, en toda la extension que permite el terreno allí enfrente.

A su vez, y seguidamente por las defensas, se hizo constar:

1.º Que una persona, colocada naturalmente en posicion recta, es vista ó puede verse por otra que baje por la carretera de Pereda, desde cualquiera de los puntos que comprende la latitud ó ancho de esta.

2.º Encogida ó acurrucada una persona en este sitio, puede tambien ser vista por otra que baje por la orilla izquierda del camino.

Y 3.º Que entre el espacio que hay desde la casa de José Gomez y de la alcantarilla al camino de Pereda, que baja á desembocar á la plaza de Lavin y sitio de la alcantarilla, no existe ningun otro punto donde ocultarse más que en la alcantarilla repetida. Que entre la alcantarilla y la fachada de la casa de Bráulio Mier, en la que existe la puerta accesoria, cuya parte superior se ve desde el punto designado por las acusaciones, hay un extenso terreno de labor bastante más alto que la carretera, en el cual terreno no existian en este dia más plantíos que unos maizales nacieses, como de unos cuatro á seis dedos de altura.

Que la fachada donde está la entrada principal, dado su emplazamiento con relacion á la Calleja de Pereda y curso de la alcantarilla, no puede divisarse sino avanzando hasta trasponer la alineacion de aquella fachada.

Tambien hicieron constar las defensas que desde cualquiera

de los cuatro primeros peldaños de la escalera que en la casa de Bráulio Mier sube á la entrada accesoria de la misma, se ve la fachada principal de la iglesia y el campo que se extiende por delante de dicha fachada, y que además, colocada una persona á la puerta principal de la casa del Bráulio y como á un metro delante de su dintel, se ve á una persona que baja desde la Cárcoba, al entrar por la primera de las escaleras en el Campo de la Iglesia, así como al atravesar este por delante de la casa de ayuntamiento, y por último, que tambien se ve á esa persona en toda la extension que recorre para llegar al cementerio, excepcion hecha de lo que la oculta la ermita de San Roque.

Por las acusaciones se hizo constar, que situado á la entrada de la iglesia, y en sus lados laterales, se divisa perfectamente toda la fachada principal de la casa de Bráulio Mier, por estar situada frente al templo y no haber entre ambos obstáculo alguno que lo impida.

A instancia tambien de las acusaciones se hizo constar que desde la pared que termina el cementerio, en el sitio que forma ángulo con la más larga que le presta cierre, se descubre ó se divisa todo el Campo de la Iglesia en toda la extension que corresponde al frente de su entrada, y además el que se extiende hasta la torre y la celda, menos un pequeño trozo unido á la pared de la torre.

Por las defensas se expuso en este momento que para la perfecta fijacion de ciertos y determinados sitios que importa saber con precision matemática, creian oportuno, y suplicaban, se hiciese comparecer á los testigos que por parte suya se designaran, para que marcasen sobre el terreno el punto ó puntos de referencia de sus respectivas declaraciones: en cuya virtud el señor Magistrado, oído el parecer de las acusaciones pública y privada, dijo: Que considerando que la pretension de las defensas no se ha interpuesto en tiempo ó en sus respectivos escritos de calificacion, en cuya época se hubiese declarado pertinente ó impertinente la prueba ahora propuesta, y que además seria una cuestion propia del juicio oral el examinar en este acto á ciertos testigos que han depuesto en el sumario, pudiendo las partes hacer en este acto las observaciones convenientes en aclaracion de su derecho, no há lugar al exámen de testigos solicitado para este acto. Las defensas establecen la oportuna y respetuosa protesta, que se les admite.

Despues de esto, por las mismas defensas se señaló un punto

determinado en el terreno contiguo á la torre y en la parte que esta mira á la celda, debajo de un ventanillo, único que existe en la pared de referida torre, solicitando su determinacion en el plano que del Campo de la Iglesia han de levantar los señores peritos ingenieros.

A instancia de las acusaciones se hizo constar que desde la bajada de la Cárcoba se ve un banco adosado á la pared del Campo de la Iglesia, y en el interior de esta, que termina en uno de sus extremos, al frente é inmediato á la Fuente Sagrada, no descubriéndose desde aquel punto otro banco de menos altura, situado al pié de citada Fuente.

Continuando en la diligencia, y al llegar á la casa de Antonia Samperio, se hizo constar por las acusaciones que desde el balcon y la ventana de aquella casa se ve en bastante extension la subida de la Cárcoba y unos avellanos situados en diferentes puntos allí inmediatos, y algunos de estos próximos á la casa de don Aurelio Pozas y á la distancia de unos 50 pasos próximamente de esta.

Por las defensas, á su vez, estando en dicha calle de la Cárcoba y delante de la casa de la Antonia Samperio, que al Este de la misma desemboca, próxima más una de otra en dicha calle de la Cárcoba, tres sendas ó veredas que bajan desde las casas de los Moras en el barrio de Sobre la Corte, y descienden por dicha calle de la Cárcoba en direccion á la iglesia, como á unos 35 ó 40 pasos de la casa de Antonia Samperio, hay á la derecha del camino un portillo que da acceso por medio de dos peldaños ó pasaveras á una senda peonil que conduce á la miés que baja ó se extiende hasta el puente llamado de Linto, y que desde este puente á la iglesia, bajando por la calle de la Cárcoba, se recorre una distancia como de 100 pasos.

Por último, y mediante acuerdo del señor Magistrado, se procedió á practicar la diligencia de disparos en el Campo de la Iglesia, para determinar si desde el balcon ó ventana de la casa de Antonia Samperio podia verse el humo, y al efecto se constituyeron en dicho balcon y ventana el señor Magistrado, representante del Ministerio Fiscal, con el defensor de la acusacion privada y los de los procesados Pozas y Mier; mientras se situaron en el Campo de la Iglesia, entre la celda y la torre, el vicesecretario que suscribe, el abogado señor Agüero y los procuradores Reguera y Fernandez, y previo el aviso oportuno, se hicieron por mí cuatro disparos consecutivos, con escopeta del

mismo sistema y calibre que la recogida á don Aurelio Pozas, y que obra como pieza de conviccion en esta causa, con proyectiles aglomerados y carga ordinaria de pólvora, resultando, segun manifestacion del señor Magistrado y demás personas constituidas en el balcon y ventana de la casa de Antonia Samperio, no se habia notado ni visto subir humo en el momento de las detonaciones ni minutos despues que continuaron observando, oyéndose estas distintamente hácia el sitio donde habian salido los disparos.

De conformidad las acusaciones y las defensas, solicitaron, por considerarlo conveniente, que se fijasen por los señores peritos ingenieros las distancias de los puntos fijados en esta inspeccion, y que asimismo y para mayor claridad se levantase un pequeño cróquis ó plano de algunos accidentes y detalles del terreno inspeccionado; el señor Magistrado accedió, desde luego, á esta solicitud.

Con lo cual se dió por terminada lo inspeccion, y firman los concurrentes, de que certifico.—Mannel Herrera Pascual.—Ramon Polanco.—Licenciado, Tomás C. Agüero.—Licenciado, Habencio Cárabes.—Licenciado, J. Colongues Klimt.—Licenciado, Mariano García del Moral.—Gregorio Fernandez.—Leocadio Reguera.—Leopoldo Ballestero.



PREPARACION DEL JUICIO ORAL

Elevada la causa á la Audiencia, y decretada la terminacion del sumario, se presentaron los siguientes escritos:

Conclusiones del Fiscal

1.^a Resulta del sumario que el dia 22 de Julio último el Alcalde de Miera, D. Aurelio Pozas, reclamó del Comandante de la Guardia civil de Liérganes el auxilio de una pareja de dicha Guardia que consideró necesaria para hacer observar los bandos de buen gobierno, y para sorprender alguno de los que casi todas las noches turban el reposo del vecindario con gritos, canciones y disparos de arma de fuego, siendo portador del oficio el guardia municipal Daniel Gomez Higuera, y cumplido el mandato entregando la comunicacion al Comandante del puesto de Liérganes regresó á Miera con los Guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, llegando al sitio denominado Cuesta de la Hoz á las primeras horas de la noche.

Habiendo patrullado la pareja de la *Guardia* civil acompañada del Alcalde Aurelio Pozas, Bráulio Mier y de algun otro vecino de Miera por diferentes barrios y á diversas horas de la noche, al amanecer del 23 de Julio fué hallado moribundo el jóven Juan Maza Samperio en el sitio denominado *Fuente Sagrada* y próximo á la Iglesia Parroquial del pueblo de Miera, y trasladado por orden de la pareja á la ermita de San Roque falleció á consecuencia de las diferentes heridas que se le infirieron por arma larga de fuego, presentando entre otras una por debajo de la escápula izquierda con salida junto al tórax: otra en la region cervical posterior, de forma irregular, de la que se extrajo un proyectil; otras dos en la parte media y posterior del muslo izquierdo, de cinco milímetros de circunferencia y quince de profundidad, de la que se extrajeron tambien dos pedacitos de plomo, causadas estas por disparo de arma de fuego, presentando además otra en la region parietal izquierda de dos pulgadas, interesando el periostio, inferida por un cuerpo contundente, sien

do las indicadas heridas mortales por esencia ó necesidad, in-feridas por detrás, sin poder sospechar fueran ocasionadas por el mismo Juan de la Maza Samperio ni menos como resultado ó consecuencia de lucha ó defensa, sino al huir de sus agresores, habiendo fallecido á las dos hora escasas á consecuencia de las heridas descritas, que produjeron gran conmocion cerebral y he-morragia pulmonar con gran derramamiento de sangre, obser-vándose gran charco del mismo líquido en el suelo y diversos puntos de la Fuente Sagrada á la Iglesia y pisadas cuyas huellas revelaban manchas del mismo color, teniendo el interfecto la ca-beza mojada y lavadas la cara y las manos.

2.^a El delito que se persigue y motiva la formacion de esta causa merece la calificacion de *asesinato*, pues concurre en la co-mision del mismo la cualificativa 1.^a del art. 418 del Código pe-nal vigente.

3.^a De lo actuado en este proceso y antecedentes sumariales resultan cargos directos de culpabilidad, y ante los que aparecen como autores el alcalde don Aurelio Pozas Gomez, y los guar-dias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, y cómplice Bráulio Mier Maza.

4.^a Además de la alevosía, circunstancia que cualifica el ho-micidio en asesinato, deben estimarse las agravantes *de abuso de superioridad*, por ir armados los procesados de escopetas y carabinas y ser más de uno; la de precaverse Pozas del *carácter oficial* de alcalde, y Vicente Fernandez Ledo y compañero Se-bastian Gonzalez Uzal del de guardias civiles, resulta que el asesinato se cometió antes de amanecer el dia 23, es decir, de *noche*, siendo indudable que la comision del delito fué precedida de una verdadera *premeditacion conocida*, concurriendo por con-siguiente las circunstancias agravantes 7.^a, 9.^a, 11 y 15 del ar-tículo 10 del Código penal, no estimando ninguna eximente ni atenuante de los artículos 8 y 9.

5.^a Los procesados Aurelio Pozas Gomez, Vicente Fernan-dez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, en el concepto jurídico de autores, determinado por el art. 13 del Código Penal, y tenien-do presentes los artículos 418 y las reglas 3.^a y 6.^a del 82 deben sufrir la *pena de muerte*, que se ejecutará en la forma estableci-da por los artículos 102 y 103 del Código precitado, y caso de ser indultados, la accesoria inhabilitacion absoluta perpétua, si en la Real Gracia no se remitiera especialmente; y al cómplice Bráulio Mier Maza, teniendo presente el art. 18 del Código Pe-

nal deberá ser condenado á 17 años 4 meses y un día de cadena temporal, accesorias del artículo 97, y abonar los cuatro procesados á la familia del interfecto Juan de la Maza Samperio 2.700 pesetas, por vía de indemnización, y que sean decomisadas las armas ocupadas á Aurelio Pozas y Bráulio Mier, entregándose las carabinas pertenecientes á los Guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, al Sr. Comandante Jefe de la guardia á los efectos oportunos, y pago de costas procesales por cuartas partes.

Conclusiones del acusador privado

Las conclusiones que formula el acusador privado D. Mariano García del Moral, dicen así:

1^a El día 22 de Julio de 1883 el guardia municipal del pueblo de Miera, Daniel Gomez Higuera, fué encargado por el Alcalde de este pueblo, el procesado Aurelio Pozas, que entregara un oficio al Comandante del puesto de la Guardia civil para que le prestara auxilio é hiciera cumplir las disposiciones que habia dictado con el objeto de evitar que se turbara el reposo del vecindario y no tuvieran lugar los gritos, canciones y disparos de armas de fuego que se venian verificando, dirigiéndose con este motivo los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, en compañía del expresado Gomez Higuera al pueblo de Miera, abandonando á este último antes de llegar al mismo con el pretexto de que no les urgía la entrada en él, lo que verificaron solos en las primeras horas de la noche, recorriendo en esta misma el pueblo en union del Alcalde Aurelio Pozas y Bráulio Mier.

Al amanecer del siguiente día 23 de Julio fué encontrado moribundo en el sitio llamado *Fuente Sagrada*, inmediato á la Iglesia parroquial de Miera, el jóven Juan de la Maza Samperio, y trasladado desde este punto á la Ermita de San Roque por órden de la pareja de la Guardia civil, falleció á consecuencia de las heridas que presentaba y que se le habian inferido con arma de fuego, observándose entre otras una por debajo de la escápula izquierda con salida junto al tórax: otra en la region cervical posterior de forma irregular de la que se extrajo un proyectil: otras dos en la parte media y posterior del muslo izquierdo de cinco milímetros de circunferencia y 15 de profundidad, de las que se extrajeron tambien dos pedacitos de plomo, causadas lo mismo por disparo de arma de fuego, apreciándose

además otra herida en la region parietal izquierda de dos pulgadas que interesaba el periostio y causada con un cuerpo contundente, siendo las expresadas heridas mortales por necesidad, inferidas por detrás, sin que pueda atribuirse se las ocasionara el mismo Juan de la Maza Samperio ni menos fuera resultado de la lucha ó defensa que sostuviera, sino por el contrario al huir de los que le acometieran.

El interfecto falleció á las dos horas escasas á consecuencia de las heridas reseñadas que le produjeron gran conmocion cerebral y una abundante hemorragia, observándose grandes charcos de sangre en el suelo y diversos puntos de la *Fuente Sagrada* á la Iglesia, y pisadas cuyas huellas revelaban manchas del color de aquel líquido, teniendo el Maza la cabeza mojada y lavadas las manos y la cara.

2.^a La calificacion legal de los hechos punibles expuestos es la que determina el art. 418 del Código penal, y por consecuencia el delito que constituyen es el de *asesinato*, pues concurre en la comision del mismo la circunstancia cualificativa de alevosía que expresa la regla 1.^a del citado artículo.

3.^a De las diligencias practicadas y antecedentes que obran en el proceso, resultan cargos directos de culpabilidad contra el Alcalde D. Aurelio Pozas Gomez y los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, lo mismo que contra Bráulio Mier Maza, que revelan que la participacion que los tres primeros han tenido en el hecho que se persigue, es la de autores y el último la de cómplice.

4.^a Además de la circunstancia agravante de alevosía con cuya concurrencia el hecho procesal constituye el delito de *asesinato*, concurren además la circunstancia agravante de haberse ejecutado ó de haberse procedido en la comision del delito con *premeditacion conocida*, la de prevalerse los culpables del carácter público que ostentaban y tambien la de haberse ejecutado de *noche*, todas las cuales se hallan establecidas en las reglas 7.^a, 11.^a y 15.^a del artículo 10 del Código penal, no apreciándose ninguna circunstancia atenuante ni eximente de responsabilidad criminal.

5.^a La pena que deben sufrir los procesados Aurelio Pozas Gomez, Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, por razon de la participacion que tomáran en el delito que se persigue, y por la que deben considerarse como autores con arreglo al art. 13, es la de *muerte*, con sujecion á lo establecido en el art. 418

y en las reglas 3.^a y 6.^a del S2, que deberá ejecutarse en la forma establecida en el art. 102 y 103 del repetido Código, y caso de ser indultados, la accesoria de inhabilitacion absoluta perpétua si en la real gracia no se remitiera expresamente; y el cómplice Bráulio Mier Maza la de 17 años, 4 meses y un día de cadena temporal y las accesorias del art. 57, debiendo abonar los cuatro procesados á la familia del interfecto Juan Maza Samperio, en concepto de indemnizacion, la suma de 2.700 pesetas; decomisarse las armas ocupadas á Aurelio Pozas y Bráulio Mier, y entregarse las carabinas pertenecientes á los guardias Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal al señor comandante jefe de la fuerza, y condenarse al pago de las costas por cuartas partes.

Conclusiones de las defensas

El letrado don Habencio Cárabes formula las siguientes, á nombre de don Aurelio Pozas:

«La defensa de Aurelio Pozas, no conformándose con las conclusiones del Ministerio Fiscal, establece las siguientes:

El día 22 de Julio próximo pasado, don Aurelio Pozas, despues de celebrada la sesion ordinaria del ayuntamiedto que presidia, escribió de su puño, y dirigió al jefe de la guardia civil de Liérganes, un oficio previniéndole que aquella noche, para las once de la misma, subiese á Miera una pareja con objeto de hacer cumplir las órdenes y bando de buen gobierno que recientemente se habia visto obligado á dictar contra los que venian perturbando la tranquilidad y sosiego del vecindario, disparando armas de fuego contra sus moradas y cometiendo otros excesos, cuyo oficio fué conducido por el guardia municipal Daniel Gomez.

A las once poco más ó menos, llamaron á la puerta del jardin de la casa de Pozas dos guardias civiles, que manifestaron iban á ponerse á sus órdenes y reclamarle auxilio para patrullar mejor, en cuya vista resolvió acompañarles hasta la casa del Alcalde de barrio Ramon Gomez. Al dirigirse á esta, pasando por la que habita el guardia municipal Daniel Gomez, preguntó á este si habia oido tiros, y contestándole que se habia dormido le mandó que volviera á acostarse, y continuaron á la casa del Ramon Gomez. Este, segun manifestó su hija Encarnacion despues de algunas contestaciones, estaba borracho, por lo que no pudo acompañarlos; y como en ese tiempo trascurrido no se hubiese

notado ningun desórden ni se hubieran oído tiros, volvieron en direccion á la casa del señor Pozas, en la que este penetró despues de manifestar á los guardias civiles que podian alojarse en le establecimiento ó casa de Bráulio Mier.

No volvió á salir el Pozas hasta que, como á las cuatro y media ó cinco de la mañana llamó á su puerta uno de los guardias civiles, diciéndole que hacía allá abajo (en direccion á la iglesia) estaba un hombre herido, que fuera á asistirle como médico, y en el acto se levantó y acudió al sitio indicado, donde halló á Juan Maza, á quien rodeaban la hermana del mismo, Julita, y otras personas; le pulsó, y observando que espiraba, dispuso que se avisara á un sacerdote para prestarle los auxilios espirituales.

A poco se presentó el cura don I. J. Higuera, que le administró la extrema-uncion, y más tarde acudió el presbítero don Cristóbal Samperio, retirándose luego el Pozas, que fué á dejar en su casa la caja de instrumentos, y hecho así se dedicó á cumplir las funciones que como Alcalde le tocaban y correspondian, y sin haber podido averiguar quién ni por qué causa habrá ocasionado la muerte de Juan Maza, y solamente se le informó de que en la tarde anterior habia tenido una reyerta con otros dos muchachos, á los cuales arrojó del corro de bolos.

2.^a De estos hechos solo se deduce la existencia del delito de homicidio, que define el art. 419 del Código.

3.^a D. Aurelio Pozas no tuvo ninguna participacion en la muerte de Juan Maza Samperio.

4.^a No puede por lo tanto apreciarse en cuanto á él circunstancias modificativas de responsabilidad.

5.^a Procede absolver libremente á don Aurelio Pozas, haciendo todos los pronunciamientos favorables.

* * *

El letrado don Justo Colongues Klimt formula las siguientes, á nombre de don Bráulio Mier:

La defensa de Bráulio Mier presenta escrito de calificacion comprensivo de las siguientes conclusiones:

1.^a En el pueblo de Miera venia observándose una conducta reprensible y alarmante por parte de algunas personas que se permitian atentar contra las propiedades de sus convecinos, hacer por las noches disparos de armas de fuego y faltar de distintas maneras á las exigencias del órden y buen gobierno, por cuyas razones se publicaron por los alcaldes don Manuel Lastra y

don Aurelio Pozas bandos encaminados á prevenir la repeticion de todo abuso.

El dia 22 de Julio de 1883, despues de presidir la sesion que celebró el ayuntamiento, dirigió don Aurelio Pozas una comunicacion al comandante del puesto de la guardia civil en Liérganes, reclamando que aquella noche, y para las once de la misma, saliese á Miera una pareja de aquel instituto con objeto de hacer cumplir las órdenes y bandos de buen gobierno y ver de reprimir á alguno de los alborotadores.

La comunicacion fué conducida á su destino por el guardia municipal Daniel Gomez

A las once próximamente de la noche llamaron los guardias civiles á la puerta del jardin de la casa de don Aurelio Pozas, manifestando que iban á ponerse á sus órdenes y reclamándole auxilio para patrullar mejor.

El Pozas, no teniendo personas de quienes disponer en el acto, resolvió acompañar á la pareja hasta la casa del alcalde de barrio Ramon Gomez, y verificándolo así, pasaron primero por la que habita el guardia municipal, llamando á su puerta y preguntándole si habia oido tiros, y como contestara que se habia dormido, le mandó el alcalde que volviese á acostarse.

Llegados á la casa del Ramon Gomez, manifestó su hija Encarnación que su madre estaba indispuerto por abuso de bebida; pero como no ocurriera desórden alguno, ni se acordó de lo que habia pasado, decidió el Pozas retirarse á su casa, donde se alojara en la habitacion de

Manuel, y llegados los guardias á la casa de Mier, y al ver que los guardias no obedecian sus órdenes que llevaban del alcalde, les fué franqueada la puerta, penetrando en la habitacion y acostándose, como lo verificó tambien Bráulio Mier, que desde las ocho y media de la noche, poco más ó menos, tenia cerrado su establecimiento taberna.

Sobre las cuatro de la madrugada se levantó el Bráulio, en ocasion en que pasó junto á su casa la conductora del correo Manuela Lavin Perez, quien le dijo que en el Campo de la Iglesia habia un hombre dando quejidos, y que le parecia era Juan Maza.

Bráulio Mier puso el hecho en conocimiento de la guardia civil y del alcalde de barrio José Higuera Prado, y se trasladaron al Campo de la Iglesia, acompañados de los vecinos Juan Lavin

Samperio y Manuel Lavin Barquin, hallando al Juan Maza *recostado al pié de la Fuente Sagrada*; é interrogado que fué por uno de los guardias contestó que no le habia herido nadie; que él se habia trasladado hasta la fuente, con objeto de beber agua; que al llegar allí se habia sentido mal.

Avisados el sacerdote y el médico, falleció el Juan Maza al poco rato, despues de haberle administrado la Santa Uncion, sin que el Mier tenga noticia directa ni indirecta, de quién ó quiénes y por qué causas dieran muerte al Maza.

2.^a De estos hechos, se deduce la existencia de un delito; mas como quiera que no se conocen las circunstancias en que se cometió, puede ser el de asesinato, el de homicidio, ó el de homicidio por imprudencia.

3.^a D. Bráulio Mier no tiene noticia de la comision de este delito, ni participacion de ninguna naturaleza en el mismo, ya sea como autor, cómplice ó encubridor.

4.^a No hay por tanto términos hábiles para apreciar, respecto de él, circunstancias modificativas de una responsabilidad que no existe.

5.^a Procede en justicia absolver libremente y con todos los pronunciamientos favorables á Bráulio Mier Maza, declarando que en nada puede perjudicar á su buen nombre la instruccion de este proceso.

Además la defensa se adhiere á las pruebas propuestas por el letrado de don Aurelio Pozas.

El letrado D. Tomás C. Agüero formuló las siguientes á nombre de los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal.

La defensa de los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, establece las conclusiones siguientes:

1.^o Que no aprecio cierta la historia de los hechos formulados respectivamente por el Ministerio público y por el acusador privado, y estoy perfectamente conforme en un todo, por lo contrario, con las que á su vez establecen las defensas de D. Aurelio Pozas Gomez y D. Bráulio Mier Maza.

2.^o Ni convengo tampoco, en la calificacion con que aquellos definen la muerte de Juan de la Maza Samperio, que así pudo ser debida á un accidente esencialmente casual y ageno de toda culpa, como producida con ánimo intencional y deliberado.

3.º Niego la participacion que se atribuye á mis defendidos en aquel suceso.

4.º Y, por lo mismo, claro es que no he de apreciar, con respecto á ellos, circunstancias modificativas de responsabilidad.

5.º En consecuencia de esto, lejos de considerar procedente la imposicion á los mismos de la grave pena, que con poco meditado consejo indican de consuno ambas acusaciones, creo de absoluta justicia la absolucion libre de los mencionados Fernandez Ledo y Gonzalez Uzal.

Ultimada la lectura se abrió el

JUICIO ORAL

Sesion primera, 25 de Agosto de 1884

La importancia de este proceso llevó al acto del juicio oral un público numeroso que se disputaba la entrada en el local horas antes de la señalada para celebrar la sesion.

A las doce de la mañana comenzó esta: constituian la Sala los señores D. Manuel Herrera, presidente, y los magistrados don Emilio Fernandez Carranza y D. César Hermosa.

Ocupaba la tribuna de la acusacion pública el Fiscal D. Juan Lopez Serrano, y la privada D. José Suarez Quirós, en sustitucion de su compañero D. Mariano García del Moral, que se hallaba enfermo. Procurador D. Leocadio Reguera.

La tribuna de la defensa ocupanla D. Habencio Cárabes, defensor de D. Aurelio Pozas; D. Justo Colongues, de Bráulio Mier, y D. Tomás C. Agüero, de los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal. Los procesados estaban representados por los procuradores D. Marcelino Aparicio, D. Fernando Alvarez y D. Gregorio Fernandez.

En la mesa del secretario se encuentran las piezas de conviccion descritas en la diligencia del Sumario del modo siguiente:

Piezas de conviccion

Las ropas que el finado Maza vestia y con que se encontró la mañana del veinte y tres de Julio; una camisa de fondo blanco con rayitas encarnadas á cuadros completamente manchada de sangre por la parte de la espalda y costado izquierdo, estándolo además en su parte anterior y lado derecho de la pechera, en

cuya camisa existe en el fondo de esta primer mancha de sangre, á cuatro dedos del sobaco izquierdo hácia la espalda un agujerito de forma elíptica y unos dos céntímetros de longitud por uno ó uno y medio de latitud con el cual corresponde otro agujerito de igual forma y dimensiones existente á igual distancia del sobaco y parte anterior del pecho, y en la misma posterior y superior de la espalda hácia su centro, aparece tambien otra rotura denotando haberse producido con violencia y con un cuerpo de formas regulares á juzgar por los bordes de aquella, que mide unos cuatro centímetros de largo por uno de ancho, revela que esta rotura ó agujero, lo mismo que el anterior, debe haber sido producido por un cuerpo, violento; de un calzoncillo manchado de sangre por la cintura y en su parte posterior y media del muslo izquierdo, en medio de cuya mancha se notan dos agujeritos circulares, á distancia de cuatro dedos entre sí, como causados por perdigon grueso, ó posta más bien, y en la parte correspondiente á la pantorrilla izquierda, tiene tambien el citado calzoncillo otro agujerito como de perdigon, de una elástica de estambre, color chocolate, igualmente empapada en sangre seca ó consistente, como la que aparece en las dos anteriores prendas, notándose en esta que se describe otro agujero en la parte media y superior de la espalda, que corresponde exactamente con el ya descrito de dicho punto, en la camisa, y de alguna más dimension que este en su latitud, y otro agujero circular debajo del sobaco izquierdo, sin notarse ninguna otra especial circunstancia en esta elástica, en que se echan de ver, como dicho se está, los dos agujeros restantes que existen en la camisa; de una almilla de algodón blanco, igualmente manchada de sangre por toda la espalda y labio izquierdo, conteniendo tambien en su parte posterior y superior media, un agujero como los ya descritos en la camisa y elástica, y otros dos agujeritos en un todo correspondientes en sitio y dimensiones á los otros dos relacionados de la camisa; de un chaleco color gris con rayas á cuadros, en la espalda del que existe igualmente un agujero como el mayor de los que quedan ya descritos en la camisa y elástica referidas, correspondiendo con el de las mismas, echándose de ver en la espalda y lado izquierdo de esta prenda el agujero existente en la camisa y almilla, en su punto de entrada al menos; mas en la parte anterior y citado lado izquierdo, existe un agujerito correspondiente al que en dicho punto hay en la camisa y almilla precitadas; tambien está manchada de sangre por la espalda; de un pantalon

color gris, remontado ó remendado con paño del mismo color, en cuya posterior y superior del muslo izquierdo existe un agujero circular, más ó menos regular, correspondiente á uno de los ya descritos en el calzoncillo, pero de alguna más dimension, y al lado de este agujero, próximo al mismo, aparece una grande rotura ó rasgon en dicho pantalon, por la que pudo acaso penetrar el cuerpo que causó en el calzoncillo el agujero que en el pantalon se echa de ver; de una boina color azul, de tejido fuerte y consistente, en uno de cuyos lados superiores al círculo de entrada existen, á distancia de doce centímetros entre sí, dos agujeros de forma, aunque algun tanto irregular, circular, de dos á tres centímetros de extension ó rádio; y de una faja morada de dos metros de largo, en la que no existe nada de particular, con más dos pañuelitos blancos de bolsillo con cenefa encarnada, uno de estos, y con algunas manchas de sangre, y en fin, unas botinas de becerro remendadas.

Efectos contenidos en los bolsillos de estas ropas y como propias del finado Maza; es á saber: una petaca de cuero, con algun tabaco picado; un mechero sin mecha, una caja de cerillas manchada de sangre en un extremo; un pedacito de un librito tambien manchado de sangre; un pedernal ó piedra de fuego; tres sortijas de metal dorado en una de las que hay grabados sobre fondo negro «recuerdo» y en otra dos iniciales TT; cinco cápsulas de revolver ó pistola Lefauchaux, de á doce milímetros; un portamonedas de piel negra vieja, con una pieza de dos pesetas, otra peseta, y treinta y cuatro céntimos en calderilla, más una carta fecha en Rasines á ocho de Julio último escrita con tinta color morado suscrita por Teresa y Florentina Trueba.

Piezas de conviccion ó sea cuerpos vulnerantes extraídos y recogidos del interfecto Maza: un pedacito de plomo que se dice ser extraído de la lesion que aquel tenia frente al hueso áxis, y otro fragmentito tambien de plomo.

Recogidas por el Juzgado instructor de los procesados Pozas y Mier. Del primero, una escopeta de dos cañones, del sistema *Lefauchaux* con culata de nogal de la fábrica de Unzueta é Hijos—Eibar, segun el rótulo de la misma en letras doradas, siendo los mismos de los llamados damasquinos; del sistema de palanca la escopeta con porta de correa y clavitos dorados y dos cartuchos metálicos y de cartulina, del número 16 cargados de perdigon al parecer con tapas cartulina azul y número 2 en cada una; y del segundo ó sea Mier, un fusil con bayoneta y vai-

na y porta de correa, siendo el primero de sistema giratorio ó de tornillo, de modo que recibe su carga por la parte posterior, y una cartera de suela de la propia forma que las del ejército, la cual contiene cinco cartuchos metálicos y de cartulina dejando ver en su carga una bala grande y de forma cónica, con más otra bala suelta de la misma forma y dimensiones, apreciándose en esta bala una cintura ó ramiza en su base y que se halla hueca una parte de la misma.

Y denuncias anónimas y seupdónimas relacionadas con el hecho de autos, directamente recibidas por este Juzgado y remitidas al mismo por el Sr. Fiscal de la Audiencia provincial, Gobernador Civil de la misma provincia, una hermana del finado Maza y el procesado Pozas que el Juzgado conservaba como documentos reservados, sin figurar en la causa, su totalidad de más y otras diez y seis.

DECLARACIONES DE LOS PROCESADOS

Don Aurelio Pozas

Fiscal.—Sírvaselo el procesado manifestar dónde estuvo la noche del 22 de Julio de 1883, hasta las ocho de la noche.

Pozas.—El día 22 de Julio, después de comer, monté á caballo y fui á hacer una visita á casa de Ignacio Cuevas, y de allí, de retorno hacia mi casa, hice algunas otras visitas. En aquellos momentos ya anochecía. Bajé á casa de Bráulio Mier á ver si habia cumplido una orden que le habia dado para que recorriera los establecimientos públicos, y viendo que lo habia hecho, sin que en ellos encontrara borrachos ni personas sospechosas, me retiré á mi casa.

F.—El declarante estuvo á las nueve de la noche en la fuente de la Hoz?

P.—No, señor.

F.—¿Cuándo fué la primera vez que salió de su casa?

P.—A las once de la noche.

F.—Puede expresar el procesado cuál es el origen de la division en bandos ó partidos que tienen agitados los ánimos en el pueblo de Miera?

P.—Es sencilla la explicacion. A ello han dado lugar esas

pequeñas pasiones, esas luchas de intereses que hay en los pueblos, donde unos son obstáculo á la ambicion de otros. Muchas veces, sin querer uno, da lugar á eso; y como en las aldeas el nivel moral está muy poco elevado, ocurre que por pequeñas causas se crean situaciones difíciles. Esto ocurre en la generalidad de las aldeas; y en lo que respecta al pueblo de Miera, la formación de bandos se explica sencillamente. Yo tengo por enemigos á la familia del cura Simon, que es el que me ha hecho la oposicion y se ha puesto al frente de todos los enemigos que yo tengo en el pueblo. Ese señor tiene un sobrino que está para concluir la carrera de médico, y este es el que lucha contra mí con el deseo de ocupar la plaza de médico titular que yo desempeñaba. Esa familia lucha contra mí constantemente, y á ella se ha unido la familia de Mora, cuyo miembro Antonio Mora queria ser alcalde y fué derrotado por mí en las elecciones. Y se ha unido á esas dos familias las de Lavin é Higuera, cuyo hermano ha tenido una cuestion ruidosa con mi hermana, sobre una tienda llamada «El Toison.» Por consiguiente, el origen de esas divisiones son las pasiones que he mencionado.

F.—¿Es cierto que en vista de los trastornos que ocurrían en el pueblo de Miera, se publicaron bandos encaminados á corregirlos? ¿Existían esos trastornos antes de las elecciones?

P.—Los trastornos venían repitiéndose en el pueblo hacia medio año, y para evitarlos habia dado un bando el alcalde que me precedió. Con anterioridad á las elecciones, mucho antes, existían ya esos trastornos.

F.—¿Cuál fué la medida adoptada por usted para reprimirlos?

P.—A raíz de tomar posesion del cargo de alcalde, llamé á los padres de los jóvenes que se indicaban como trastornadores del orden público en el pueblo. Entre los que llamé estaban Pedro Higuera Prado, Mateo Gomez y otros varios; y luego publiqué un bando sobre la embriaguez y sobre las horas en que habian de cerrarse las tiendas en el pueblo.

F.—Y en alguna consecuencia de los disparos de armas de fuego, que en á balazos algunas de las casas del pueblo, ¿dió lugar al asesinato ó noticia al gobernador civil?

P.—En consecuencia de esas á consecuencia de esos disparos, el alcalde, se formó causa sobre disparos en mi casa. Mientras yo fui alcalde no me acordar parte alguno.

F.—¿El declarante influyó directa ó indirectamente en el nombramiento de cartero á favor de Manuel Lavin?

P.—Manuel Lavin hace siete años lo menos que es cartero, y no influyó para nada en su nombramiento.

F.—¿No influyó en algo para que se privara de la cartería á Maza Samperio?

P.—Nada, absolutamente.

F.—¿Qué motivos tuvo para ser enemigo de la familia de Samperio?

P.—No he tenido enemistad con esa familia

F.—¿Recuerda si hacía el mes de Febrero, hace tres años, intentó pegar á Juan de la Maza Samperio?

P.—No, señor. No lo intenté.

F.—¿Recuerda haber golpeado á Julita de la Maza?

P.—No, señor; no es cierto.

F.—¿El declarante consideró alguna vez á Juan de la Maza Samperio como enemigo suyo en la cuestion política?

P.—No tenia objeto, ni para qué figurar Maza en esa cuestion; por consiguiente no pudo ser enemigo mio.

F.—¿Pero no consideraba que pudiera influir más ó menos en la familia de los Moras?

P.—Nada; nunca se le vió figurar en elecciones.

F.—¿Qué fundamento tuvo para considerar á Juan de la Maza Samperio como persona de aviesa intencion y capaz de ejecutar cuanto Mora le indicase?

P.—Juan de la Maza Samperio andaba en rondas y esparcimientos con otros varios jóvenes; la voz pública venia designándoles como autores de los atropellos que se cometian en el pueblo. Ese el motivo que tenia yo para considerarlo como compañero de Pedro Mora.

F.—¿Puede el declarante recordar haber tenido alguna cuestion con Juan Higuera?

P.—Nunca; no, señor. Juan Higuera es el que me denunció como autor de un delito cuya causa se vió en esta Audiencia

F.—¿Recuerda si hace unos tres años disparó un arma de fuego en el sitio del Pilon contra Tomás Gomez Maza?

P.—No es cierto.

F.—¿Recuerda haber hablado sobre este particular con Domingo Fernandez Alonso, explicando el por qué habia obrado de semejante manera?

P.—No, señor.

F.—En el oficio dirigido con fecha 22 de Julio al comandante del puesto de guardia civil de Liérganes, ¿es cierto que se decía que se impetraba el auxilio de la guardia civil á fin de hacer observar los bandos de buen gobierno y para ver si podían ser sorprendidos algunos de los que durante la noche turbaban el reposo público?

P.—Debe figurar en autos el oficio. Yo no recuerdo su contexto; el espíritu, sí; pero las palabras no las recuerdo.

F.—¿Hizo alguna prevencion al guardia municipal respecto de lo que habia de manifestar al comandante del puesto de Liérganes?

P.—Ninguna.

F.—¿El oficio; le extendió el declarante por su propio puño?

P.—Me parece que sí.

F.—¿Qué motivos tiene el procesado para sospechar que en la noche del 22 de Julio, varios jóvenes de Miera, y entre ellos el Juan Maza Samperio, estaban dispuestos á turbar el orden público?

P.—Yo no he sospechado en concreto de Juan de la Maza Samperio: el ser dia festivo fué el que me movió á llamar la guardia civil, y respecto de la hora de las once de la noche, era precisamente la en que se verificaban los atropellos.

F.—¿Quiénes eran, en concepto del procesado, los más indicados como perturbadores del orden público?

P.—Pedro Mora, Tomás Higuera, el llamado Mantequero, Elías Gomez y otros varios mozos de la familia de Mora, que seguían sus indicaciones.

F.—¿Se reunían en alguna casa para concertar los medios de aturdir al vecindario, ó era con otro objeto particular?

P.—Ordinariamente se reunían en la casa de una denominada «La Zorra,» por apodo; un establecimiento público, y el otro sitio donde se reunían tambien, era la casa del alcalde de barrio Ramon Gomez.

F.—Entre los jóvenes á que se ha referido anteriormente como sospechosos de perturbadores del orden público, ¿figuraba Juan Maza Samperio?

P.—El rumor público le designaba como á todos los demás

F.—Antes de la noche del 22 de Julio, ¿sorprendió el declarante á Juan de la Maza Samperio con algunos otros jóvenes disparando armas de fuego?

P.—Nunca; no, señor.

F.—¿Patrulló por el barrio de la Matanza en la noche del 22 de Julio?

P.—En la noche del 22 de Julio acompañé á la guardia civil á casa del alcalde de barrio, y estando este borracho, no pudo salir. Di órden á la guardia civil para que se alojase, y me retiré á mi casa.

F.—¿No recuerda haber manifestado que patrulló aquella noche?

P.—Si por patrullar se entiende acompañar á la guardia civil, patrullaria; pero yo no hice más que lo que he dicho: acompañarles á casa del alcalde de barrio.

F.—¿Les acompañó la precitada noche Bráulio Mier?

P.—Es falso, completamente falso.

F.—¿Prendieron aquella noche á alguna persona, yendo con la pareja por los Barrios.

P.—A nadie absolutamente: no he ido por ese camino.

F.—¿Estuvo en la calleja de Prado?

P.—No, señor.

F.—Cuando salió el procesado, ¿oyó muchos ó pocos disparos de armas de fuego?

P.—Yo no he oído ningun disparo de armas de fuego.

F.—En la noche del 22 de Julio, ¿subió acompañado de los guardias el camino de la Maza, de diez á once de la noche?

P.—No, señor; despues de las once, hora en que llegaron los guardias, los acompañé á casa del alcalde de barrio; y próximamente á las doce se fueron á alojar á casa de Bráulio Mier.

F.—¿No se apercibió si á las once bajaron por la callejuela José Acebo, Tomás Higuera y Pedro Mora?

P.—El Mantequero me refirió que esa noche, á eso de las once, habia estado con ellos frente á casa de Matías Gomez; delante de su tío me hizo esa manifestacion.

F.—El declarante, ¿no hizo preso en la noche del 22 de Julio á Juan de la Maza Samperio?

P.—No, señor; es falso, completamente falso.

F.—En la tarde del 22, ¿adoptó alguna determinacion respecto de Juan de la Maza Samperio por haber promovido este una cuestion en el juego de bolos?

P.—Cuando yo volví de la visita que habia hecho, me dijeron que habia habido una cuestion en el juego de bolos; y cómo yo no estuve allí, no adopté medida alguna.

F.—En la noche del 22, ¿sorprendió á Juan de la Maza Samperio disparando tiros?

P.—Ya he dicho que no he visto á Juan de la Maza ni le he cogido disparando tiros. Es falso todo cuanto se diga sobre eso.

F.—Cuando V. se retiró á su casa, ¿quién le abrió á V.?

P.—Mi señora y mi hermana.

F.—Y en la mañana del 23, ¿quién le abrió á V. la puerta?

P.—Fué á llamar la guardia civil, me llamó á mí la criada, abrí la puerta y salí.

F.—¿Qué hora sería?

P.—No puedo precisar la hora; próximamente serian las cinco de la mañana.

F.—Y ¿cuál de los dos guardias fué el que se dirigió allá?

P.—El mas viejo: ese señor (señalando á Vicente Fernandez Ledo.)

F.—Cuando el procesado se presentó á prestar auxilio al herido, ¿es cierto que le dirigió alguna pregunta?

P.—No estaba en estado de contestar; no hice más que mirarle, tomarle el pulso, y en vista de que no le encontraba mandé que viniera el cura: el herido estaba en el estertor de la agonía.

F.—¿Sabe usted quién hirió á Juan de la Maza?

P.—No, señor.

F.—Y usted, ¿indagó directa ó indirectamente con objeto de averiguar quién pudiera ser el autor de las lesiones inferidas á Juan de la Maza Samperio?

P.—El Juez municipal empezó á tomar declaraciones; en aquellos momentos no se designaba á nadie; yo creo que seria alguna imprudencia temeraria entre los mismos jóvenes.

F.—De modo que usted, como alcalde, no practicó ninguna diligencia?

P.—Yo practiqué diligencias auxiliando á la autoridad judicial; puse el hecho en conocimiento del señor gobernador civil de la provincia y mandé practicar la autopsia del cadáver.

F.—¿Tiene usted alguna intervencion directa ó indirecta en la práctica de las diligencias?

P.—Ni directa ni indirecta. Ni presencié siquiera la autopsia.

F.—Cuando usted estuvo en la ermita de San Roque, ¿recuerda quiénes eran las personas que allí se encontraban?

P.—Había varias personas, lo menos doce ó catorce, y entre ellas Julita, hermana del muerto.

F.—V., ¿dónde vió al herido, en la fuente ó en la ermita? Recuerda cuál era su actitud?

P.—En la ermita, recostado contra la pared.

F.—¿Recuerda usted el traje que llevaba cuando salió de su casa avisado por la guardia civil?

P.—No recuerdo el traje que llevaba; probablemente el que usaba todos los días.

F.—Cuando salió aquella noche, ¿llevaba armas?

P.—La escopeta, para cuyo uso tenía licencia.

F.—En la noche del 22 de Julio, cuando patrulló usted con la guardia civil, ¿condujo preso á Juan de la Maza á casa de Braulio Mier?

P.—Ya he dicho que ni he patrullado con la guardia civil ni he llevado á nadie preso.

F.—¿No sabe usted tampoco quién hiriera á Juan de la Maza Samperio?

P.—Se decía desde un principio que seria un accidente fortuito entre los mismos mozos, puesto que ellos tenían armas de fuego del sistema moderno.

F.—¿Es cierto que al ser registrado se le encontró alguna arma?

P.—En la Secretaría ví algunas cápsulas.

Acusador privado (D. J. S. Quirós).—¿Usaba con frecuencia la escopeta?

Pozas.—Con mucha frecuencia.

A.—¿Puede recordar cuándo hizo el último disparo?

P.—En una de mis declaraciones consta; en la época de la siembra del maíz disparé á una pareja de palomas y maté una.

A.—El día 22 de Julio ¿hizo algun disparo?

Pozas.—No, señor.

A.—Entre las armas que se encuentran ahí, alguna de ellas ¿es la que usaba frecuentemente el procesado?

P.—No sé sí... (Examina las armas) esta es ella, ó muy parecida.

A.—¿No puede asegurarse que sea la de V.?

P.—No recuerdo que tuviera ninguna seña especial para conocerla; pero era de este sistema y hasta de esta forma los gatillos.

A.—¿La noche del 22 de Julio, recibió V. algun recado ó contestacion del portero del Ayuntamiento respecto del oficio que V. le habia mandado entregar al jefe del puesto de la guardia civil?

P.—No señor.

A.—¿Estuvo en su casa á alguna hora de la noche el guardia municipal?

P.—No, señor.

A.—¿Le vió V. aquella noche despues de salir con la guardia civil?

P.—Al ir á casa del alcalde de barrio.

A.—¿Qué hora seria?

P.—Las once y media próximamente,

A.—¿Se encontraba en su casa ó en la calle?

P.—En su casa; junto al camino para ir á casa del Alcalde de barrio, que es donde él vive.

A.—¿Dió V. orden de que al llegar la guardia civil al pueblo de Miera, se detuviese hasta cierta hora en punto fijo?

P.—No, señor; la órden como consta ahí es un oficio diciendole que á las once de la noche se presentara á hacer cumplir los bandos de buen gobierno.

A.—Despues del suceso, ¿ha tenido V. alguna conversacion referente á esto mismo con ese á quien ha denominado el Manquero?

P.—Sí; á raíz de la primera declaracion que el Mantuero dió contra mí, le mandé que se presentara con objeto de que dijera en qué se fundaba; ¿cómo te atreves á levantarme una calumnia? le dije, y me contestó: «Yo no he dicho eso.»—A mí me consta, le dije, que tú lo has dicho—Y repuso: «Es cierto que yo lo he dicho; pero lo he dicho porque me mandaron decirlo Pedro Mora y Tomás Higuera.» Esas fueron sus palabras. Y le dije «Bueno»; puesto que no es cierto, preséntate al Juez de Santoña y declara la verdad, modificando así lo falso de tu declaracion anterior. Y me dijo: mañana mismo iré á Santoña; manifestándole yo que no fuera por ser domingo, y que lo dejara para el dia siguiente. En ese dia me dandó un recado diciéndome que me esperaba á las dos de la mañana y en el sitio de la Hoz: yo iba á contestar ya que sí, que me esperase, cuando vino en aquel momento Bráulio Mier, y me dijo: «No salga V., porque corre peligro su existencia». Y yo reflexioné, y le dije que no iria hasta el dia siguiente. El se fué con Pedro Mora y otros; salieron an-

tes del amanecer, y estuvieron ocho dias en Santoña, quedando á deber la comida y el gasto que hicieron en aquel pueblo.

A.—La noche que tuvo V. la entrevista con el Mantequero ¿le amenazó V. con la escopeta para obligarle á dar esa declaracion?

P.—Tan lejos de eso que al entrar entregué la escopeta al primo del Mantequero y le dije: toma la escopeta y pónla por ahí; no hubo una sola amenaza.

A.—Despues de convenir que iria á Santoña á dar declaracion ¿le prometió V. que se fuera á Bilbao y que V. le daria lo necesario para su sustento?

P.—En el acto precisamente de hacerme la manifestacion le dije: desde Santoña te marchas á Bilbao; porque mientras no te separes de esas compañías no puedes ser bueno.

A.—¿Y por qué le constaba la declaracion que habia prestado el Mantequero?

P.—Con dificultad se hace nada en las aldeas que no llegue á saberse; sin poder precisar de dónde dimanaba me dieron ese rumor en mi casa, mi familia.

A.—¿Juan de la Maza Samperio es sobrino de don Cristóbal Samperio?

P.—Sobrino me parece que es.

A.—¿Juan de la Maza demostraba gran cariño al cura Samperio?

P.—He oido referir de público que hacia 10 ó 12 dias le habia echado de su casa el señor cura; y le habia pronosticado lo que iba á suceder.

A.—Don Cristóbal Samperio ¿es enemigo de V.?

P.—No, señor; no es amigo ni enemigo; hace 6 años que no nos hablamos.

A.—Tuvo V. denuncia de la existencia de algunas armas de fuego en poder de algunos vecinos que no estuvieran autorizadas para usarla?

P.—Sí, señor.

A.—¿Se encontraban entre esos denunciados Juan de la Maza Samperio?

P.—Sí, señor. Se dijo que habia distintas armas de fuego en el pueblo, y mandé que se recogieran; á un vecino que tenia una le avisé; supe que don Cristóbal tenia una de dos cañones, y le llamé á la casa capitular, y me dijo que se la habia dado á Mirones para que la echara una chimenea.

A.—La noche del 22, cuando los guardias llegaron á casa de V., ¿le manifestaron que habian oido disparos de armas?

P.—Sí, señor.

A.—¿Y oyó V. esos disparos?

P.—Yo estaba durmiendo: no oí esa noche ningun disparo. Me acosté á las nueve, y hasta las once, hora en que me dijo mi señora que estaba allí la guardia civil, no supe nada. Los guardias me dijeron que habian oido varios disparos de armas de fuego hácia la Hoz y por los barrios de más arriba; y con este motivo me pidieron los guardias que les facilitara una persona que los acompañase aquella noche; y no encontrándose allí presente ninguna, les acompañé yo á casa del alcalde de barrio.

A.—Como individuo de la policía judicial, ¿no pudo adquirir noticia ninguna que pudiera inducir al descubrimiento de los autores de la muerte de Juan de la Maza?

P.—Solo lo que he dicho antes. Ese rumor público que consideraba el hecho producido por una imprudencia temeraria.

Declaracion de Bráulio Mier

Fiscal —¿A cuál de los dos bandos que en las últimas elecciones lucharon en Miera pertenece?

Mier.—Al del médico.

F.—¿Recuerda V. quién se interesó por que se le nombrara Juez municipal de Miera?

M.—D. José Ramon Fernandez Baldor, diputado provincial.

F.—¿A qué hora de la tarde del día 22 de Julio de 1883 conferenció V. con el alcalde don Aurelio Pozas?

M.—No recuerdo; si conferencié con él, seria cerca del anochecer.

F.—¿Habló usted en la misma tarde con el guardia municipal Daniel Gomez Higuera?

M.—No lo recuerdo.

F.—¿Supo usted la marcha de Gomez Higuera á Liérganes?

M.—No, señor.

F.—¿Salió usted de su casa en la noche del 22 de Julio?

M.—Para nada.

F.—¿No estuvo usted en la cuesta de la Hoz?

M.—No, señor.

F.—¿Tenia usted algun antecedente de la venida de la guardia civil?

M.—Ninguno.

F.—¿Sabe usted quién se interesó en favor de Manuel Lavin para que le encargasen de la estafeta de correos?

M.—No recuerdo nada de eso; hace bastante tiempo que tiene la cartería.

F.—¿Es cierto que su hija Manuela Lavin Perez desempeñaba y desempeña el cargo del padre?

M.—Ella y sus hermanos.

F.—¿Habló usted con Manuela Lavin Perez en la noche del 22 de Julio de 1883?

M.—A las cuatro de la mañana próximamente.

F.—¿Qué sabe usted del suceso de autos?

M.—Nada sé; ninguna cosa.

F.—¿Acompañó usted al alcalde y á la guardia civil en la noche del 22 de Julio?

M.—No, señor; no le ví en toda la noche.

F.—No le acompañó usted á casa de Daniel Gomez Higuera y Ramon Gomez?

M.—No he salido de mi casa en toda la noche.

F.—¿No vió usted aquella noche á los jóvenes Juan Maza, José Acebo y Pedro Mora?

M.—A nadie ví. ¡Si no salí de mi casa!

F.—¿Sabe usted ó ha oído decir si de nueve y media á diez estuvieron reunidos esos jóvenes en alguna parte?

M.—No, señor; no sé nada.

F.—¿Sabe usted si Eusebio Higuera y Manuel Lavin son amigos y correligionarios del alcalde don Aurelio Pozas?

M.—Lo ignoro.

F.—¿Sabe usted si Juan de la Maza era discolo, pendenciero y uno de los perturbadores del orden público? ¿Qué concepto le merecia?

M.—Bueno.

F.—¿Sabe usted si en la tarde del 22 de Julio de 1883 tuvo Juan de la Maza alguna cuestion en el corro de bolos?

M.—Lo sé de referencia; no lo ví.

F.—Y ¿qué es lo que usted oyó? ¿Puede precisarlo?

M.—Fuí á dar un paseo con el maestro de escuela, y cuando regresé me dijeron que habia habido un alboroto en el corro de bolos.

F.—¿Sabe usted quién hirió á Juan de la Maza?

M.—No, señor.

F.—¿Cree el declarante que al pasar por la calleja de Pereda

una persona puede ser vista por otra oculta en la Castañera?

M.—Lo ignoro; no he hecho esa experiencia.

F.—Hay alguna alcantarilla detrás del cementerio?

M.—Sí, señor; por debajo de la plaza sale una alcantarilla.

F.—¿Cree usted que cualquier persona puede ocultarse allí?

M.—Yo no he hecho la experiencia; pero me parece que no cabe allí una persona sino extendida en el suelo.

F.—¿Cree el declarante que desde aquel sitio puede verse su casa?

M.—Me parece que no.

F.—¿Qué orden llevaban los guardias para alojarse en su casa?

M.—Me manifestaron que traían orden del Alcalde; les abrí la puerta, entraron, les serví una botella de sidra y se acostaron.

F.—¿Puede exhibir el declarante la boleta de alojamiento que le presentaron los guardias?

M.—No la traían.

F.—La casa del declarante, ¿está muy distante de la iglesia?

M.—Está próxima.

F.—¿Qué distancia habrá?

M.—Unos treinta metros próximamente.

F.—¿Sintió usted disparos de armas de fuego en la noche del 22 de Julio?

M.—Sí, señor, de nueve y media á diez.

F.—¿Y de dos y media á tres de la mañana?

M.—Ninguno.

F.—¿Se apercibió usted en las primeras horas de la noche de los ladridos de los perros de sus convecinos?

M.—Están á larga distancia de mi casa, y no puede oírse nada.

F.—¿Se apercibió usted de alguna reyerta en la calleja de Pereda?

M.—Desde mi casa no se puede oír nada.

F.—¿No oyó usted pasos de personas calzadas con botas y zapatos claveteados?

M.—No, señor.

F.—¿Se ofreció usted á patrullar con el Alcalde?

M.—No, señor; no me he ofrecido, ni he ido, ni aunque me lo exigieran hubiera ido, porque no me creo dispuesto para patrullar.

F.—¿Para nada franqueó usted las puertas de su casa en la precitada noche?

M.—A la guardia civil nada más.

F.—¿No estuvo preso en casa de usted Juan de la Maza Samperio?

M.—No, señor; es falso completamente.

F.—¿Recuerda usted las palabras de Manuela Lavin Perez cuando le llamó á usted para pres'ar auxilio al herido Juan de la Maza?

M.—Me llamó y me dijo que en el Campo de la Iglesia se quejaba un hombre que parecia Juan de la Maza Samperio; y en seguida desapareció.

F.—¿Tuvo usted miedo en acompañarla?

M.—Ni yo la propuse acompañarla, ni ella me dijo que la acompañara.

F.—¿Sabe usted quién lavó la cara y la cabeza al herido Juan de la Maza?

M.—No, señor; no sé nada.

F.—¿Fué usted á avisar al alcalde de barrio José Higuera Prado?

M.—Sí, señor

F.—¿Y no se le ocurrió avisar al Juez municipal ó al alcalde constitucional?

M.—El Juez municipal estaba á bastante distancia. Yo creí mi deber avisar al alcalde de barrio en cumplimiento de los bandos, que encargaba que cualquier hecho de que tuviera noticia el vecindario se pusiese inmediatamente en conocimiento de la autoridad.

F.—¿Recuerda usted las palabras que pronunció cuando llamó al alcalde de barrio?

M.—Le dije que viniera hacía el Campo de la Iglesia, que había allí un hombre que se quejaba; se levantó y bajamos al mismo sitio donde estaba el herido.

F.—¿Es cierto que aquella mañana, de dos y media á tres, oyó usted disparos de armas de fuego y pronunció aquellas palabras de «don Aurelio, matar no, no mate usted?»

M.—No, señor; estuve durmiendo en mi casa; yo no he pronunciado esas palabras.

F.—¿Prestó usted algun auxilio al herido Juan de la Maza Samperio?

M.—Ninguno más que en la Fuente Sagrada.

F.—¿Recuerda usted qué palabras pronunció el herido antes de espirar?

M.—Al llegar la guardia civil y yo, acompañados del alcalde de barrio, se adelantó uno de los guardias y le preguntó: «¡Ehl paisano, ¿cómo se llama usted?»— Juan de la Maza, dijo — «¿Quién le ha herido?» Y contestó: «Nadie: yo me lo he hecho, me sentí mal, bajé á beber agua y me caí.»

F.—¿Conoce usted á Catalina la panadera?

M.—Muy poco; es vecina de San Roque.

F.—¿Sabe usted el motivo de que Calixta exclamara al dirigirse á casa en la noche del 22: «¡Ay, Dios mio! ¡Ay, Dios mio! han matado á mi hermano ó al alcalde?»

M.—Segun me ha indicado mi padre, Calixta no salió de casa, y no es cierto que haya gritado ni llorado.

F.—¿De modo que no sabe usted quién fué la persona que llamó á la puerta de su casa?

M.—Yo no he oído ni ví nada de eso.

F.—¿Y no sabe usted por qué razon uno de los guardias, al dirigirse de su casa de usted al Campo de la Iglesia, llevaba un papel en la mano?

M.—Yo no le ví llevar ningun papel en la mano. En la Fuente Sagrada sí; le ví sacar uno y apuntar algunas palabras.

F.—¿No sabe V. si miró hácia casa del Alcalde pronunciando alguna blasfemia, y diciendo «esto alguno lo ha de pagar?»

M.—No, señor; no es cierto nada de eso.

F.—¿Recuerda V. haber prevenido á Catalina la panadera para que declarase en determinado sentido?

M.—Es falso; no la he visto.

F.—¿Qué más sabe V. acerca del suceso de antos?

M.—Nada sé.

*
* *

Acusador privado.—Cuando la *cartera* le avisó á V. de hallarse un hombre herido en el Campo de la Iglesia, ¿estaba V. acostado ó levantado?

M.—Me parece que me habia levantado en aquel momento.

A.—¿Llamó á la puerta ó llamó dando voces?

M.—No recuerdo si llamó á la puerta; lo que si es que oí la voz de ella.

A.—¿Se asomó V. á alguna puerta, ventana ó balcon?

M.—A una cristalera.

A.—¿Avisó V. á la guardia civil al tener conocimiento de hallarse un hombre herido en el Campo de la Iglesia?

M.—Sí, señor; inmediatamente.

A.—¿En dónde se encontraba?

M.—En una habitacion, durmiendo.

A.—¿Se dirigió V. despues á casa del alcalde de barrio?

M.—Sí, señor.

A.—¿Esperó V. á que se vistiera y bajó con él?

M.—Sí, señor.

A.—¿Recuerda la conversacion que tuvieron?

M.—No, señor; *no la recuerdo*

A.—¿Dónde se encontraba la pareja de la guardia civil, al llegar ustedes?

M.—Cuando llegamos junto á la Ermita concluia la guardia civil de bajar la escalera de mi casa y fuimos juntos.

A.—¿En qué sitio del Campo de la Iglesia vieron ustedes al herido?

M.—Junto á la Fuente Sagrada.

A.—Despues que pronunció el herido las palabras á que ha hecho V. referencia, ¿qué auxilios le prestaron?

M.—Dijo un guardia que era mejor llevarle á un sitio más apropiado; se le levantó, anduvo diez ó doce pasos, y le llevamos á la Ermita de San Roque.

A.—¿Volvió á hablar el herido estando en la Ermita de San Roque?

M.—Sí, señor.

A.—¿Recuerda usted qué palabras pronunciara?

M.—Las mismas que en la Fuente Sagrada.

A.—¿Le dieron algun medicamento?

M.—Sí, señor; una taza de té que le hizo mi mujer.

A.—¿Trascurrió mucho tiempo desde ese momento hasta que llegó don Aurelio Pozas?

M.—No, señor; poco tiempo.

A.—¿Prestó don Aurelio alguna asistencia al herido?

M.—Yo habia ido por orden del alcalde á avisar al guardia municipal, y cuando volví ya le estaban asistiendo los curas.

A.—¿Tenia usted armas en su casa en la noche del 22 de Julio?

M.—No, señor; no tenia más que un fusil que habia depositado en mi casa el ayuntamiento.

A.—¿Es alguno de los que existen allí? (Señalando á la baran-

dilla, sobre la que están apoyados los fusiles como cuerpos del delito.)

M.—No le reconoceré, porque nunca le he tenido en la mano.

A.—¿Con qué motivo depositó el ayuntamiento ese fusil en casa de usted?

M.—No lo sé.

A.—¿Recibió usted alguna orden de la autoridad para que le retuviera en su poder?

M.—Creo que se acordó que le guardara yo hasta determinar qué se habia de hacer con él.

A.—¿Le exigieron algun recibo ó le entregaron alguna orden?

M.—Me lo ordenaron verbalmente.

A.—¿Existian en casa de usted municiones propias para aquella arma.

M.—No, señor; no gastaba yo ni municiones ni pólvora.

A.—¿Cuántos dias le tuvo usted en su poder?

M.—No recuerdo; pero fueron muy pocos.

* * *

El señor Presidente.—¿Estaba usted en la Ermita de San Roque cuando falleció Juan de la Maza?

M.—No, señor; estaba á avisar al guardia municipal por orden del Alcalde.

P.—¿Cuánto tiempo cree usted que tardó en morir desde que usted le vió en la Fuente Sagrada?

M.—Media hora ó tres cuartos de hora próximamente.

Se suspende el juicio por diez minutos.

Declaracion de Vicente Fernandez Ledo

Fiscal.—¿Sabe usted si Daniel Higuera llevó algun oficio para el comandante del puesto de Liérganes?

Fernandez Ledo.—Sí, señor; me dijeron que le habia llevado.

F.—¿Sabe usted si llevaba alguna instruccion reservada que comunicar al jefe del puesto?

L.—No, señor; yo no sé nada de eso.

F.—¿A qué hora llegaron usted y su compañero á la cuesta de la Hoz?

L.—A las nueve y media próximamente.

F.—¿Qué distancia hay desde la cuesta de la Hoz á Irias?

L.—Nunca he estado yo en ese barrio de Irias, porque no he ido nunca por allí.

F.—¿Se dirigió usted la noche del 22 de Julio hácia el sitio de Irias?

L.—Sí, hácia la parte de Irias sí; pero no he estado en ese barrio.

F.—¿Qué motivos tuvieron los guardias para disponer que Daniel Higuera se fuese á su casa y les dejase solos?

L.—Ninguno. Le hice presente que podía marcharse si tenia prisa, que nosotros no la teníamos para ir á donde íbamos.

F.—¿Qué observó usted al patrullar por el barrio de Irias?

L.—Como no he patrullado por Irias ninguna cosa he podido observar.

F.—¿Bajó en la noche del 22 de Julio por la calleja de Pereda en direccion á la iglesia y observó ó tuvo noticia de alguna re-
yerta?

L.—No, señor.

F.—Antes de dirigirse usted á casa del alcalde don Aurelio Pozas, habló con alguna persona?

L.—No, señor.

F.—Cuando usted y su compañero se encontraban en la cuesta de la Hoz, ¿salió alguna persona á hablar con ustedes?

L.—No, señor.

F.—¿Recuerda usted cuántas veces ha estado en Miera?

L.—Muy pocas, porque llevaba poco tiempo en el puesto; una docena de veces próximamente.

F.—¿Adquirió usted alguna informacion, en las veces que estuvo en Miera en el desempeño de su cargo, respecto de las personas que mereciesen ser anotadas en el libro de registro?

L.—No, señor; porque no habia personas sospechosas; lo único que existía eran los alborotos de los jóvenes del pueblo, según se decía.

F.—¿De manera que en concepto de usted no habia personas sospechosas en Miera?

L.—No, señor, porque no he encontrado ninguna.

F.—En la noche del 22 de Julio de 1883, ¿detuvo usted en Miera á alguno de los jóvenes que perturbaban el pueblo?

L.—No, señor; no vimos á ninguno.

F.—¿Recuerda usted á qué hora se puso á las órdenes del alcalde, de don Aurelio Pozas?

L.—A las once de la noche, próximamente, porque daban las once cuando nosotros entrábamos en el pueblo.

F.—¿Recuerda usted quién les abrió la puerta?

L.—La puerta no la abrió nadie; llamamos á la del jardin, se asomó una señora al balcon, la dije que avisara al señor alcalde, y este bajó al momento y nos acompañó.

F.—¿Bajó en seguida?

L.—Tardó unos minutos.

F.—¿Recuerda usted las palabras que mediaron entre usted y el alcalde, no bien se pusieron ustedes á sus órdenes?

L.—No hemos tenido ninguna palabra; solo le manifesté que habíamos oído algunos disparos, cuando veníamos, hácia el barrio de la Matanza.

F.—¿Por dónde patrullaron ustedes aquella noche?

L.—Desde la casa de don Aurelio hácia el barrio de la Matanza.

F.—¿No estuvieron ustedes en el de Pomares?

L.—No, señor.

F.—¿Ni en el de Pereda?

L.—Tampoco.

F.—Cuando V. iba con el señor alcalde, llevaban ustedes las carabinas y él la escopeta?

L.—Si, señor.

F.—¿Recuerda V. qué traje llevaba el alcalde aquella noche?

L.—No lo recuerdo.

F.—¿Oyeron ustedes muchos ó pocos disparos?

L.—Unos cinco ó seis disparos creo que oí en distintos puntos.

F.—¿Y sabe V. de qué punto procedían los disparos?

L.—Cuando llamé al señor alcalde sonaron dos que me parecieron uno hácia el centro y otro hácia otro lado.

F.—¿Cree el procesado que los disparos eran de carabina, ó de revolver?

L.—Debieron ser de todo; uno de ellos, por el estrépito que hizo, debía ser de arma mayor; mas los primeros no lo puedo asegurar porque estábamos bastante distantes del pueblo?

F.—¿Subieron ustedes aquella noche por la cuesta ó por el camino de la Maza?

L.—No, señor.

F.—Vieron bajar por el callejuelo alguna persona?

L.—No, señor.

F.—¿Sabe V. cuál era la causa ó motivo de los desórdenes que se promovían en Miera?

L.—No, señor.

F.—¿Se dirigió usted la noche del 22 de Julio hacia el sitio de Irias?

L.—Sí, hacia la parte de Irias sí; pero no he estado en ese barrio.

F.—¿Qué motivos tuvieron los guardias para disponer que Daniel Higuera se fuese á su casa y les dejase solos?

L.—Ninguno. Le hice presente que podía marcharse si tenia prisa, que nosotros no la teniamos para ir á donde íbamos.

F.—¿Qué observó usted al patrullar por el barrio de Irias?

L.—Como no he patrullado por Irias ninguna cosa he podido observar.

F.—¿Bajó en la noche del 22 de Julio por la calleja de Pereda en direccion á la iglesia y observó ó tuvo noticia de alguna re-verta?

L.—No, señor.

F.—Antes de dirigirse usted á casa del alcalde don Aurelio Pozas, habló con alguna persona?

L.—No, señor.

F.—Cuando usted y su compañero se encontraban en la cuesta de la Hoz, salió alguna persona á hablar con ustedes?

L.—No, señor.

F.—¿Recuerda usted cuántas veces ha estado en Miera?

L.—Muy pocas, porque llevaba poco tiempo en el puesto; una docena de veces próximamente.

F.—¿Adquirió usted alguna informacion, en las veces que estuvo en Miera en el desempeño de su cargo, respecto de las personas que mereciesen ser anotadas en el libro de registro?

L.—No, señor; porque no habia personas sospechosas; lo único que existia eran los alborotos de los jóvenes del pueblo, segun se decia.

F.—¿De manera que en concepto de usted no habia personas sospechosas en Miera?

L.—No, señor, porque no he encontrado ninguna.

F.—En la noche del 22 de Julio de 1883, ¿detuvo usted en Miera á alguno de los jóvenes que perturbaban el pueblo?

L.—No, señor; no vimos á ninguno.

F.—¿Recuerda usted á qué hora se puso á las órdenes del alcalde, de don Aurelio Pozas?

L.—A las once de la noche, próximamente, porque daban las once cuando nosotros entrábamos en el pueblo.

F.—¿Recuerda usted quién les abrió la puerta?

L.—La puerta no la abrió nadie; llamamos á la del jardín, se asomó una señora al balcon, la dije que avisara al señor alcalde, y este bajó al momento y nos acompañó.

F.—¿Bajó en seguida?

L.—Tardó unos minutos.

F.—¿Recuerda usted las palabras que mediaron entre usted y el alcalde, no bien se pusieron ustedes á sus órdenes?

L.—No hemos tenido ninguna palabra; solo le manifesté que habíamos oído algunos disparos, cuando veníamos, hácia el barrio de la Matanza.

F.—¿Por dónde patrullaron ustedes aquella noche?

L.—Desde la casa de don Aurelio hácia el barrio de la Matanza.

F.—¿No estuvieron ustedes en el de Pomares?

L.—No, señor.

F.—¿Ni en el de Pereda?

L.—Tampoco.

F.—Cuando V. iba con el señor alcalde, llevaban ustedes las carabinas y él la escopeta?

L.—Sí, señor.

F.—¿Recuerda V. qué traje llevaba el alcalde aquella noche?

L.—No lo recuerdo.

F.—¿Oyeron ustedes muchos ó pocos disparos?

L.—Unos cinco ó seis disparos creo que oí en distintos puntos.

F.—¿Y sabe V. de qué punto procedían los disparos?

L.—Cuando llamé al señor alcalde sonaron dos que me parecieron uno hácia el centro y otro hácia otro lado.

F.—¿Cree el procesado que los disparos eran de carabina, ó de revolver?

L.—Debieron ser de todo; uno de ellos, por el estrépito que hizo, debía ser de arma mayor; mas los primeros no lo puedo asegurar porque estábamos bastante distantes del pueblo?

F.—¿Subieron ustedes aquella noche por la cuesta ó por el camino de la Maza?

L.—No, señor.

F.—Vieron bajar por el callejuelo alguna persona?

L.—No, señor.

F.—¿Sabe V. cuál era la causa ó motivo de los desórdenes que se promovían en Miera?

L.—No, señor.

F.—¿Se dirigió usted la noche del 22 de Julio hacia el sitio de Irias?

L.—Sí, hacia la parte de Irias sí; pero no he estado en ese barrio.

F.—¿Qué motivos tuvieron los guardias para disponer que Daniel Higuera se fuese á su casa y les dejase solos?

L.—Ninguno. Le hice presente que podía marcharse si tenia prisa, que nosotros no la teniamos para ir á donde íbamos.

F.—¿Qué observó usted al patrullar por el barrio de Irias?

L.—Como no he patrullado por Irias ninguna cosa he podido observar.

F.—¿Bajó en la noche del 22 de Julio por la calleja de Pereda en direccion á la iglesia y observó ó tuvo noticia de alguna re-verta?

L.—No, señor.

F.—Antes de dirigirse usted á casa del alcalde don Aurelio Pozas, habló con alguna persona?

L.—No, señor.

F.—Cuando usted y su compañero se encontraban en la cuesta de la Hoz, ¿salió alguna persona á hablar con ustedes?

L.—No, señor.

F.—¿Recuerda usted cuántas veces ha estado en Miera?

L.—Muy pocas, porque llevaba poco tiempo en el puesto; una docena de veces próximamente.

F.—¿Adquirió usted alguna informacion, en las veces que estuvo en Miera en el desempeño de su cargo, respecto de las personas que mereciesen ser anotadas en el libro de registro?

L.—No, señor; porque no habia personas sospechosas; lo único que existia eran los alborotos de los jóvenes del pueblo, segun se decia.

F.—¿De manera que en concepto de usted no habia personas sospechosas en Miera?

L.—No, señor, porque no he encontrado ninguna.

F.—En la noche del 22 de Julio de 1883, ¿detuvo usted en Miera á alguno de los jóvenes que perturbaban el pueblo?

L.—No, señor; no vimos á ninguno.

F.—¿Recuerda usted á qué hora se puso á las órdenes del alcalde, de don Aurelio Pozas?

L.—A las once de la noche, próximamente, porque daban las once cuando nosotros entrábamos en el pueblo.

F.—¿Recuerda usted quién les abrió la puerta?

L.—La puerta no la abrió nadie; llamamos á la del jardín, se asomó una señora al balcon, la dije que avisara al señor alcalde, y este bajó al momento y nos acompañó.

F.—¿Bajó en seguida?

L.—Tardó unos minutos.

F.—¿Recuerda usted las palabras que mediaron entre usted y el alcalde, no bien se pusieron ustedes á sus órdenes?

L.—No hemos tenido ninguna palabra; solo le manifesté que habíamos oído algunos disparos, cuando veníamos, hácia el barrio de la Matanza.

F.—¿Por dónde patrullaron ustedes aquella noche?

L.—Desde la casa de don Aurelio hácia el barrio de la Matanza.

F.—¿No estuvieron ustedes en el de Pomares?

L.—No, señor.

F.—¿Ni en el de Pereda?

L.—Tampoco.

F.—Cuando V. iba con el señor alcalde, llevaban ustedes las carabinas y él la escopeta?

L.—Sí, señor.

F.—¿Recuerda V. qué traje llevaba el alcalde aquella noche?

L.—No lo recuerdo.

F.—¿Oyeron ustedes muchos ó pocos disparos?

L.—Unos cinco ó seis disparos creo que oí en distintos puntos.

F.—¿Y sabe V. de qué punto procedían los disparos?

L.—Cuando llamé al señor alcalde sonaron dos que me parecieron uno hácia el centro y otro hácia otro lado.

F.—¿Cree el procesado que los disparos eran de carabina, ó de revolver?

L.—Debieron ser de todo; uno de ellos, por el estrépito que hizo, debía ser de arma mayor; mas los primeros no lo puedo asegurar porque estábamos bastante distantes del pueblo?

F.—¿Subieron ustedes aquella noche por la cuesta ó por el camino de la Maza?

L.—No, señor.

F.—Vieron bajar por el callejuelo alguna persona?

L.—No, señor.

F.—¿Sabe V. cuál era la causa ó motivo de los desórdenes que se promovían en Miera?

L.—No, señor.

F.—Pasaron ustedes aquella noche por enfrente ó por un punto próximo á la casa de Mateo Gomez'

L.—No sé cuál es la casa de Mateo Gomez.

F.—¿Vieron ustedes algun jóven de los que disparaban?

L.—No, señor.

F.—¿No se encontraron con Pedro Mora, Tomás Higuera, José Acebo, Ramon Acebo Lastra y algun otro?

L.—Con ninguno absolutamente.

F.—Además de los sitios por donde rondó ó patrulló, estuvo usted detenido en la calleja de Pereda?

L.—No, señor.

F.—¿Qué personas acompañaron á V. y al otro número?

L.—El señor alcalde D. Aurelio Pozas nada más.

F.—¿Tampoco Bráulio Mier?

L.—No señor, tampoco.

F.—¿A qué hora se retiraron ustedes?

L.—Sobre las doce y media nos retiramos, y el señor alcalde nos ordenó que pasásemos alojados á casa de Bráulio de Mier.

F.—¿Se encontraba en casa Bráulio Mier cuando ustedes llegaron?

L.—Sí, señor.

F.—¿Quién les abrió la puerta?

L.—El mismo.

F.—Le presentaron alguna órden escrita para que les alojase ó solo le hicieron una manifestacion verbal?

L.—Verbal; nada más que si tenia á bien admitirnos de órden del señor alcalde.

F.—¿Recuerda usted haber estado antes en casa de Encarnacion Gomez Higuera, y en la del guardia municipal?

L.—En casa del guardia municipal sí, señor; Encarnacion no sé dónde vive

F.—¿No estuvo V. en ninguna otra casa?

L.—No, señor.

F.—Despues que se alojaron en casa de Bráulio Mier, ¿no se apercibió de nada que llamase su atencion?

L.—No, señor; no oí nada más.

F.—¿No oyó V. ladrar á los perros de las casas inmediatas?

L.—No, señor, tampoco.

F.—Refiera V. cómo supo la desgracia ocurrida á Juan de la Maza Samperio.

L.—Pues lo ocurrido no fué más que á la mañana llamó á la

puerta de la casa una mujer, segun nos manifestó Bráulio Mier, diciendo que habia un hombre lamentándose, como si estuviera herido, en el Campo de la Iglesia. Bráulio fué á llamar al alcalde de barrio, y cuando regresó con él ya bajábamos nosotros armados.

F.—Oyó V. á Manuela Lavin Perez cuando esta fué á casa de Bráulio?

L.—La oí llamar, pero no la ví.

F.—¿Conocia V. entonces al padre de Manuela Lavin Perez?

L.—No, señor.

F.—¿Y á Leoncio Higuera?

L.—No conozco á ninguno de ellos

F.—¿Y á Julita Maza?

L.—Ahora sí la conozco, porque la ví aquel día cuando preguntaba yo por la familia del herido.

F.—¿Recuerda V. qué hora era cuando fué á prestar auxilio al herido Juan de la Maza?

L.—Las cuatro de la mañana.

F.—¿Dónde se encontraba el herido?

L.—Al pié de la Fuente Sagrada, sentado en un poyo de piedra.

F.—¿Pero próximo á la Fuente Sagrada?

L.—Al mismo pié de la Fuente.

F.—¿Y recuerda V. cuál era la actitud ó postura que tenia?

L.—Sentado, recostado contra la pared.

F.—¿Qué le llamó á V. la atencion al ver al herido?

L.—Me llamó la atencion que tenia en la cabeza una grande herida, como si hubiese sido causada con un hacha ó con un machete; y ordené sacarle de allí y trasladarle á la Ermita de San Roque. El herido dió unos cuantos pasos; pero como estaba muy débil no pudo continuar, en vista de lo cual se llevó en brazos. Despues se le dió una taza de té que trajo la esposa de don Bráulio Mier

F.—¿No le reconoció V. la herida á Juan de la Maza Samperio?

L.—No habia para qué reconocerle, porque tenia la herida á la vista

F.—¿Recuerda V. las palabras que pronunció el herido cuando V. le encontró?

L.—Le pregunté que quién le habia herido, que quién le habia hecho aquello, y me dijo que ninguno.—«Pero, hombre, al

guno será,» le dije yo;—y dijo «Ninguno, yo me cai.» ¿En qué punto?—le pregunté; pero no me quiso decir en dónde. Le pregunté también que cómo se llamaba, y me contestó que Juan de la Maza Samperio.

F.—¿Hablabla con energía? ¿Se le entendía perfectamente?

L.—Sí, señor. Despues de levantado y cogido por los brazos pidió la boina, que yo habia cogido y no le habia puesto por no lastimarle; hablaba con energía, sí, señor.

F.—Y al disponer V que fuese trasladado á la Ermita de San Roque, ¿dió el herido algun paso por sí mismo?

L.—Dió, segun he dicho ya, como unos diez pasos; pero yo no dejé que le molestaran más, y mandé que le llevaran en brazos hasta la Ermita.

F.—Y ya en la Iglesia de San Roque, ¿pronunció algunas palabras?

L.—Le volví á interrogar, y no dijo más que lo que habia dicho.

F.—¿Qué personas estaban presentes?

L.—Como pasamos allí un largo rato, se juntó mucha gente; no puedo determinar quiénes eran.

F.—¿Observó usted si el herido tenia la cara lavada y mojado el pelo cuando le encontró?

L.—No, señor.

F.—¿Sabe usted si alguna persona le limpió la cara ó le lavó la herida?

L.—Su hermana doy fé que al besarle le limpió la cara con un pañuelo.

F.—¿Sabe usted quién hirió á Juan de la Maza?

L.—No, señor.

F.—¿Qué sabe usted que directa ó indirectamente se relacione con la muerte de Juan de la Maza?

L.—Ninguna cosa puedo decir.

F.—¿Tampoco sabe usted entonces quién podría levantarle del sitio cuando cayó al ser herido?

L.—Levantarle del sitio, yo mandé que le levantaran cuando le llevamos á la Ermita.

F.—¿No sabe usted si Juan de la Maza fué herido por arma de fuego ó de alguna puñalada?

L.—Eso no lo sé; yo le ví una herida en la cabeza, pero no sé con qué clase de instrumento fuera hecha.

F.—¿Usted, como guardia civil, al tener conocimiento del hecho, practicaria algunas diligencias?

L. — Sí, señor; no por escrito; sino verbales; se depositó el cadáver, se llamó al médico, se dió parte al señor Juez municipal y despues hice varias preguntas por el pueblo, hasta que á las doce se presentó el comandante de mi puesto, á quien habia mandado un recado verbal por una mujer.

F. — ¿Recuerda usted haber amenazado aquella noche á alguna de las personas porque se mostraban desobedientes?

L. — No, señor; porque no habia motivo para ello

F. — ¿Hizo usted alguna indicacion respecto á si el herido habia podido ó no hablar?

L. — Sí, señor; unas palabras dije en casa de Bráulio Mier, porque allí decian si no habia hablado, y yo dije que sí, que habia hablado; que vinieron los párrocos y estaba vivo.

F. — ¿Recuerda usted quién avisó á Julita Maza dándole conocimiento de la muerte de su hermano?

L. — No puedo decir yo quién; lo único que recuerdo es que pregunté si tenia familia el herido, y al poco tiempo se presentó su hermana.

F. — ¿Le hizo su hermana alguna pregunta?

L. — No le hizo pregunta ninguna; solamente le dijo: ¡Hermano mío! ¿Quién te ha matado?

F. — Y Juan de la Maza, ¿habló entónces?

L. — No, señor; cuando habló fué cuando yo le senté y le dije: «¿Quién le ha causado á usted esas heridas?» Y dijo: «Nadie.»

F. — ¿Avisó usted al alcalde y al Juez municipal?

L. — No, señor; avisé al médico.

F. — ¿Tardaron mucho tiempo en venir?

L. — El alcalde, un rato.

F. — Y el Juez municipal, ¿á qué hora llegó?

L. — Próximamente, á los pocos momentos

F. — ¿Estaba usted presente cuando el Juzgado se constituyó en el sitio de la desgracia?

L. — Sí, señor

F. — ¿Y el compañero tambien?

L. — Tambien, hasta que falleció el herido; despues se instruyeron las primeras diligencias y se depositó el cadáver; y no me marché hasta que se le dió sepultura, que fué el día que vino el jefe de mi puesto.

F. — ¿Recuerda usted haber hablado despues del suceso con José Acebo?

L. — No, señor; no le conozco

F.—¿No le hizo usted alguna indicacion en sentido de que retirara su declaracion?

L.—No, señor; no conozco á ninguno de los testigos.

F.—¿Y conoce usted á la panadera?

L.—Tampoco.

F.—¿No ha hablado usted nada con ella?

L.—No, señor; no la conozco.

F.—¿Cuándo puso usted en conocimiento del cabo comandante del puesto de Liérganes lo ocurrido en la noche del 22 de Julio?

L.—Aquella mañana, despues de trasladado el herido á la Ermita de San Roque, pasó por allí una mujer que me dijo que iba á Liérganes, y entonces la manifesté que dijera lo que habia ocurrido al comandante del puesto para que fuera á Miera. Asi lo hizo, y me obligó á que pusiese un parte detallado de lo que habia ocurrido desde que salí del puesto hasta el dia del suceso, expresando los servicios que yo habia prestado.

Acusador.—¿Cuándo llegó el ^{***}cabo á Miera?

L.—Sobre las doce próximamente.

A.—¿Sabe usted si el cabo Martiniano practicó tambien indagaciones en el pueblo?

L.—No solo en el pueblo, sino en todos los inmediatos; y no se pudo poner ninguna cosa en claro, en los seis dias que estuvimos por allí.

A.—En la mañana del 23 de Julio, quién les avisó que se encontraba un hombre herido?

L.—D. Bráulio Mier.

A.—¿Estaban ustedes acostados ó levantados?

L.—Durmiendo en mi cama estaba con mi compañero.

A.—¿Le manifestó Bráulio Mier temores de ir él solo al Campo de la Iglesia á ver al herido?

L.—No, señor; me dijo que acababa de avisarle la peatona de que se quejaba un hombre en el Campo de la Iglesia.

A.—Al tener usted noticia de ese suceso, ¿ordenó á Mier que fuese á avisar al alcalde de barrio para que se personase en el sitio de la desgracia?

L.—El fué el que dispuso ir; nosotros en el ínterin nos armamos.

A.—¿Vió usted cuándo regresó Bráulio Mier de avisar al alcalde de barrio?

L. — Sí, señor.

A. — ¿Iba con el alcalde de barrio ó iba solo?

L. — No recuerdo bien; al presentarnos en el Campo de la Iglesia se presentó él también y el alcalde de barrio; no sé si venían juntos ó separados.

A. — ¿Ayudó Bráulio Mier á trasportar al herido desde la Fuente Sagrada á la ermita de San Roque?

L. — Sí, señor.

A. — ¿Trascurrió mucho tiempo desde esa traslación hasta que usted avisó á don Aurelio Pozas para que reconociera al herido?

L. — Un buen rato; mientras le hice yo las preguntas que dejo referidas.

A. — ¿Qué tiempo pudo haber trascurrido, aproximadamente?

L. — Aproximadamente, media hora

A. — ¿Recibió usted orden de entrar en Miera á alguna hora determinada en la noche del 22 de Julio?

L. — La orden del jefe del puesto era que no teníamos prisa hasta las once para llegar al pueblo.

A. — ¿Hizo V. algun disparo con su carabina el día 22 de Julio ó en alguno de los días anteriores?

L. — No, señor, no habia hecho uso de ella despues de los ejercicios al blanco.

A. — ¿Salió V. con los cartuchos reglamentarios y volvió con ellos al puesto de Liérganes?

L. — Sí, señor

A. — ¿Es alguna de las armas que están ahí, la que usted usaba?

L. — Del mismo sistema, sí, señor; si se me permitiera tomarla en la mano ... (*La examina*) Esta es.

A. — ¿Sabe á quién pertenecen las demás armas y á quiénes fueron ocupadas?

L. — No, señor.

* *

Agüero. — Puede V. decirme cuántos guardias constituyen el puesto de Liérganes?

L. — Cuatro individuos.

A. — ¿Es el comandante del puesto quien designa las parejas que han de hacer este ó el otro servicio?

L. — Sí, señor; cuando les corresponde por su turno reglamentario.

A.—¿Después de estar ustedes frente á la casa del guardia municipal Daniel Higuera, estuvieron frente á alguna otra?

L.—No, señor el señor alcalde no llamó más que en esa casa.

A.—¿Quién respondió cuando llamó el señor Pozas en esa casa?

L.—Una mujer.

A.—¿Era joven ó vieja?

L.—Era joven.

A.—¿Sabe V. cómo se llama esa mujer?

L.—No, señor, no lo sé.

El Sr. Presidente.—Cuando vinieron ustedes de Liérganes y llegaron á Miera y oyeron los tiros en la parte de Irias, ¿no se dirigieron á ese punto en busca de los autores de los disparos?

L.—No, señor; seguimos el camino recto.

P.—Y después que estuvieron ustedes con el alcalde y le dijeron lo que habian oído, no fueron ustedes ya con él ó bien solos, al barrio de Irias á buscar á los perturbadores del orden?

L.—No, señor; porque cuando nosotros nos retiramos no oímos ya disparo ninguno; los últimos los oímos hácia el barrio de la Matanza.

P.—Pero, ¿fueron ustedes al barrio de la Matanza?

L.—Sí, señor.

P.—¿Y al barrio de Irias?

L.—No, señor.

Declaracion de Sebastian Gonzalez Uzal

Fiscal.—¿Recuerda usted á qué hora salió de Liérganes para Miera el día 22 de Julio de 1883?

Uzal.—Supongo que serian las siete y media de la tarde.

F.—¿Recuerda usted qué tiempo empleó en el trayecto que media desde Liérganes á la cuesta de la Hoz?

U.—El tiempo que hay, desde las siete y media á las nueve y media ó diez, próximamente.

F.—¿Fué con ustedes alguna persona desde Liérganes á Miera?

U.—El guardia municipal de Miera.

F.—Estaba usted en el cuartel cuando llegó el guardia municipal?

U.—No lo puedo decir, porque no le ví llegar.

F.—¿No sabe usted si conferenció con alguno, particular ó privadamente?

U. — No, señor.

F. — ¿Sabe usted si llevaba alguna comunicacion ú oficio?

U. — Así lo tengo entendido; pero yo no ví la comunicacion.

F. — ¿Oyó usted las órdenes que el comandante del puesto dió al jefe de la pareja respecto á la manera de prestar el servicio?

U. — No, señor.

F. — ¿Hasta qué tiempo estuvieron ustedes en la cuesta de la Hoz?

U. — Como una hora, próximamente.

F. — ¿Se quedó con ustedes el guardia municipal Higuera?

U. — No, señor.

F. — ¿Se fué solo á su casa, ó no sabe usted á dónde fué?

U. — Supongo que marcharía solo.

F. — ¿Qué hora sería?

U. — No lo recuerdo

F. — ¿A qué hora comenzaron ustedes el servicio?

U. — A las once de la noche, minutos más ó menos.

F. — ¿Oyeron ustedes muchos disparos?

U. — No puedo precisarlos; pero serian unos cinco ó seis.

F. — ¿Y sabe usted, poco más ó menos, el punto de donde procedian?

U. — Procedian de diversos puntos, y como no conozco los barrios de Miera, no sé de qué parte procedian.

F. — ¿Qué diligencias practicaron en averiguacion de los autores de los disparos?

U. — Así que salimos de casa del señor alcalde, recorrimos dos ó tres barrios con ese objeto, sin que yo pueda decir los nombres de ellos, porque no sé cómo se llaman.

F. — Recorrieron ustedes los diversos puntos de la poblacion con objeto de hacer averiguaciones ó sorprender á alguno?

U. — Sí, señor, Los Barrios.

F. — ¿Qué hora sería cuando estuvieron ustedes en casa del alcalde de Miera?

U. — He dicho que llegamos á las once de la noche, próximamente. No he entrado yo en la casa del alcalde.

F. — ¿Tardó mucho en bajar el alcalde?

U. — Un ratito.

F. — ¿Y á dónde se dirigieron ustedes desde allí?

U. — Hacia arriba, hacia el barrio que creo llaman de la Matanza.

F.—¿Estuvieron ustedes despues en casa de Daniel Gomez Hignera?

U.—Yo no, señor; el alcalde creo que llamó á la puerta; mas yo estuve separado ocho ó diez metros de la casa.

F.—¿Estuvieron ustedes en casa de Ramon Gomez Perez?

U.—Estuvimos á la puerta.

F.—¿Oyó usted la contestacion de Ramon Gomez Perez al no querer acompañarles?

U.—No puedo recordar la expresion que dijo su hija; pero sí que manifestó que su padre estaba borracho y que no podia levantarse.

F.—¿Recuerda usted que la hija manifestara al alcalde que podia retirarse, que buena compañía llevaba, refiriéndose á ustedes?

U.—Lo ignoro.

F.—¿A dónde se dirigieron ustedes desde casa de Ramon Perez?

U.—Nos retiramos á casa de Mier y el señor alcalde á su casa.

F.—¿A qué hora les despidió el señor alcalde?

U.—De doce y media á una menos cuarto.

F.—¿Y dónde se alojaron luego?

U.—En casa de don Bráulio Mier.

F.—Y durante la estancia de ustedes en casa de Mier aquella noche, ¿no sintió usted disparos ni otra cosa que llamara su atencion?

U.—Me quedé dormido en seguida y no oí nada.

F.—¿No oyó usted disparos de dos y media á tres de la mañana?

U.—No, señor.

F.—¿No oyó usted á los perros de las casas inmediatas ladrar sobrexcitados?

U.—No, señor.

F.—¿No oyó usted transitar personas con zapatos claveteados?

U.—He dicho que no he oido nada.

F.—¿A qué hora se levantó usted?

U.—No puedo decir la hora con exactitud; pero supongo que serian las cuatro de la mañana.

F.—¿Quién le avisó á usted?

U.—Mi compañero de pareja.

F.—¿Estaba levantado Bráulio Mier cuando usted se levantó?

U.—Sí, señor.

F.—¿Y qué hicieron ustedes?

U.—Nos vestimos, nos armamos y en seguida salimos á la calle.

F.—¿Sabe usted quién avisó á Bráulio Mier de hallarse alguna persona herida?

U.—Como yo estaba durmiendo, no lo puedo saber; pero he oído decir que fué la *Correa*.

F.—¿Tardaron ustedes mucho tiempo en dirigirse al punto en que estaba herido?

U.—En seguida nos dirigimos al Campo de la Iglesia.

F.—¿Se presentó en casa de Bráulio Mier alguna persona para ir con ustedes á donde se encontraba el herido?

U.—Ninguna.

F.—¿Dónde estaba el herido?

U.—Arrimado á la Fuente Sagrada.

F.—¿Recuerda usted cuál era su actitud?

U.—Estaba sentado en un poyo de piedra, recostado sobre el hombro derecho.

F.—Y cuando V. le vió ¿echaba mucha sangre?

U.—No, señor.

F.—¿Tenia la cara ó el pelo mojados?

U.—No, señor; es decir, mojados de sangre, sí.

F.—¿A qué atribuía las heridas de Juan de la Maza Samperio? ¿No sabe cómo fué herido?

U.—No, señor; no sé mas que lo que se ha explicado allí.

F.—¿Tardaron mucho en constituirse allí las autoridades?

U.—En seguida que fueron avisadas, se constituyeron.

F.—¿Qué clase de auxilios prestaron V. y su compañero?

U.—Levantarle de donde estaba, porque era un sitio húmedo y trasladarle á la Ermita de San Roque.

F.—¿Recuerda V. qué palabras pronunció el herido en la Fuente Sagrada?

U.—Al llegar nosotros allí fué interrogado por mi compañero, que le preguntó cómo se llamaba, y contestó que Juan de la Maza Samperio. Le preguntó que de dónde era y dijo que de allí, á lo que añadieron los que estaban presentes que vivía en un barrio inmediato, en el barrio titulado de Irias. Se le preguntó que quién le había herido y dijo que ninguno. Se le preguntó también que dónde se había herido y dijo: ahí adelante, y que había ido allí á beber agua.

F.—Cuando fueron ustedes á la Fuente Sagrada, ¿habia alguna persona que les dirigiera hácia donde se hallaba el herido?

U.—No recuerdo si estaban ya en nuestra compañía Bráulio y el alcalde de barrio.

F.—¿Se dirigieron ustedes directamente al punto donde estaba el herido?

U.—Precisamente al punto donde estaba, no; pero nos dirigimos al Campo de la Iglesia, donde decian que se ballaba.

F.—Reconoció usted al herido?

U.—No, señor.

F.—¿Tardó mucho tiempo el herido en morir?

U.—No puedo precisar la hora en que murió.

F.—Murió en la Fuente Sagrada?

U.—No, señor; en la Ermita de San Roque

F.—¿Habló tambien en la Ermita de San Roque?

U.—No puedo decir fijamente si habló allí, porque se juntó mucha gente alrededor del herido.

F.—¿Conoció alguna de las personas que se encontraban allí?

U.—No, señor; no recuerdo haber conocido á ninguna.

F.—¿Recuerda usted si de dos y media á tres de la mañana oyó usted exclamar: «Matar no, don Aurelio; no le mate usted?»

U.—No he oido nada de eso.

F.—Usted por su parte despues de tener conocimiento de la desgracia, ¿qué clase de auxilio prestó al herido?

U.—Yo, por mi parte, ninguno. En union de mi compañero le trasladamos á la Ermita de San Roque y se mandó hacer una taza de té, de la cual solo tomó la mitad próximamente, porque era una taza como de un cuartillo.

F.—¿Avisaron ustedes al médico y al sacerdote?

U.—Sí, señor.

F.—¿Tardó el médico mucho tiempo en llegar?

U.—No, señor; poco rato.

F.—¿Usted sabe cuál pudo ser la causa de la muerte de Juan de la Maza Samperio?

U.—Lo ignoro.

F.—¿Sabe usted si murió á consecuencia de heridas hechas por él mismo, ó á consecuencia de disparos de arma de fuego, hechos por otra persona?

U.—Lo ignoro; no puedo decir nada de eso.

F.—¿No sabe nada directa ó indirectamente que se refiera á la muerte de Juan de la Maza Samperio?

U.—No, señor.

Acusador privado.—¿Oyeron ^{* *}ustedes disparos al llegar á la cuesta de la Hoz?

U.—Sí, señor.

A.—¿Volvieron ustedes á oírlos más tarde?

U.—Sí, señor.

A.—¿Hacia dónde oyeron los segundos disparos?

U.—Los segundos se oyeron hacia la Iglesia; uno hacia la mano derecha y otro hacia la izquierda

A.—¿Trascurrió mucho tiempo desde los primeros á los segundos disparos?

U.—Unos momentos; un ratito.

A.—¿Estuvieron ustedes parados algun tiempo en el alto de la Hoz?

U.—No recuerdo.

A.—¿En dónde se separaron ustedes de don Aurelio Pozas al retirarse este?

U.—A la puerta de su casa, ó sea en la verja de hierro que está allí

A.—Al salir usted y su compañero de casa de Bráulio Mier, ¿se les unió alguna persona antes de llegar al Campo de la Iglesia?

U.—No recuerdo; pero creo que Bráulio y el alcalde de barrio fueron los que se reunieron á nosotros.

A.—¿En qué sitio se reunieron á ustedes?

U.—Cerca de la Ermita de San Roque

A.—¿Permaneció al lado del herido desde que fué hallado hasta que falleció?

U.—No, señor; estuve allí, en las inmediaciones del herido, separando un poco á la gente, que se agolpaba á verle, hasta que dijeron que habia fallecido.

A.—¿A qué hora se retiró usted de aquel sitio?

U.—Si mal no recuerdo, despues de haber depositado el cadáver.

A.—¿Hizo usted algun disparo con su carabina el dia 22 de Julio ó en algunos de los dias próximos anteriores?

U.—No, señor; hice los últimos disparos cuando se practicaron los últimos ejercicios al blanco en el sitio de la Cavada, y

desde entonces no he vuelto á hacer uso de la carabina para nada.

A. — ¿En qué tiempo se practicaron esos ejercicios al blanco?

U. — Puede que haga dos años.

A. — ¿Reconocería usted su carabina si la viese en este sitio?

U. — Podría reconocerla si no están borrados los números.

A. — ¿Es la que usted usaba alguna de las que están allí? (Señalando á las piezas de convicción.)

Sr. Presidente — Adelántese usted y examínela.

Uzal. — Esta es. (Después de examinar las carabinas.)

Acusador. — ¿Qué número de cartuchos llevaba usted cuando salió de Liérganes el día 22 de Julio de 1883?

Uzal. — Cuarenta cartuchos.

A. — ¿Cuántos devolvió usted?

U. — Los mismos que llevaba.

A. — ¿No llevó usted ninguno suelto?

U. — No, señor; que para llevarlos me cuesta los cuartos, y hay pocos posibles para comprarlos.

PRUEBA TESTIFICAL

Daniel Gomez Higuera

28 AÑOS, CASADO Y LABRADOR

Señor fiscal. — ¿A qué hora salió usted de Miera para Liérganes el 22 de Julio y á qué hora regresó?

Testigo. — Salí á las tres y volví á las nueve y media ó las diez.

F. — ¿Qué instrucciones recibió usted del alcalde?

T. — Que llevara un parte al comandante del puesto de Liérganes.

F. — Al volver con los guardias, ¿qué motivo tenían estos para decir á usted que se retirase en la cuesta de la Hoz?

T. — No lo sé.

F. — Después de llegar usted á Miera, ¿tardó mucho el alcalde en ir á su casa?

T. — Serian las once.

F.—¿Qué le preguntó?

T.—Si habia oido tiros ó ruido de gente.

F.—¿Por qué no acompañó usted al alcalde?

T.—Porque no me lo mandó

F.—¿Qué motivos tenia para ir á casa de usted á aquella hora?

T.—Los ignoro.

F.—¿Qué le dijo á usted Mier el 23 por la mañana?

T.—Que de orden del alcalde fuera á la iglesia, donde estaba espirando Juan Maza Samperio.

F.—¿Usted vió al herido?

T.—Sí, señor; en la Ermita.

F.—¿Hablabas?

T.—No, señor.

F.—¿No ha oido usted que el alcalde y los guardias llevaban preso á Juan Maza y que iba con ellos Lavin?

T.—Lo oí cuando ya estaban presos los procesados

F.—¿Sabe usted que Juan estuvo preso en casa de Mier desde las diez de la noche?

T.—No, señor.

*
* *

El señor Cárabes —Con la vénia de la Sala Ha dicho el testigo que al separarse en el sitio de la Hoz de la pareja de la guardia civil, se marchó por el atajo. ¿Qué motivo tuvo usted para elegir ese camino?

Testigo.—Yo tenia miedo, porque todas las noches andaban tirando tiros, y me fuí por ese atajo para evitar cuestiones.

C.—¿Es cierto que durante noches anteriores se venian haciendo disparos?

T.—Sí, señor; y antes de anoche tambien se oyeron.

C.—¿Es cierto que durante las noches habia gran trastorno del orden, que se turbaba el sosiego público y que los vecinos pacíficos no se atrevian á salir de sus casas?

T.—Sí, señor.

C.—¿Recuerda usted á quiénes se señalaba como autores de esos alborotos?

T.—A los mozos del pueblo.

C.—Y entre esos mozos, ¿recuerda usted los nombres de algunos?

T.—Sí, señor; Pedro Mora, Tomás Higuera, el difunto Juan Maza y otros varios

C.—¿Sabe usted si esos ú otros vecinos tenían armas de fuego del sistema moderno?

T.—Sí, señor; las tenían Daniel Ruíz, Aquilino Gomez, Tomás Higuera y los Moras.

C.—¿Había enemistad entre Pozas y Maza?

T.—Ninguna.

C.—¿Qué conducta observaba el alcalde?

T.—Buena.

C.—¿A quién oyó usted que los presos eran los autores de la muerte de Maza?

T.—A Ramon Gomez, que era enemigo del alcalde.

C.—¿Qué se dice ahora en el pueblo?

T.—Que los procesados son inocentes.

C.—Los que dicen eso, ¿son amigos?

T.—No, señor.



El señor Colongues.—¿Quién le nombró á usted guardia municipal?

Testigo.—Me adjudicaron el nombramiento mediante pliego cerrado.

C.—¿Era entonces alcalde Pozas?

T.—No, señor; don Manuel de la Lastra.

C.—¿Qué nombre se les da á los dos bandos en que se divide el pueblo?

T.—A unos los llaman *chaqueteros* y á otros de la *Mano Negra*. (*Risas.*)

C.—¿Quiénes son los de la *Mano Negra*?

T.—Los Moras, Lavin y otros.

C.—¿Qué concepto le merece á usted Mier?

T.—Bueno.



El señor Agüero.—¿Fué usted de Liérganes á Miera poco á poco ó de prisa?

T.—A paso regular; unas veces delante de los guardias y otras detrás

A.—Ha oído usted en Miera que la noche del 22 entraran los guardias antes de las once?

T.—No, señor.

A.—El cura don Simon, párroco de Los Barrios, estuvo en Miera cuando las elecciones?

T.—Sí, señor; capitaneando el bando contrario al del señor Pozas, y hasta mandó á buscar electores á Vizcaya.

A.—¿Ha oído usted que la causa de la enemistad de don Simon es que tenía un hermano que estaba concluyendo la carrera de médico y quería para él la plaza de Pozas?

T.—Sí, señor.

A.—No tengo más que preguntar.

El señor presidente.—Se suspende la sesión, que continuará mañana á las doce

Eran las cuatro de la tarde.

Sesion segunda, 26 de Agosto de 1884

José Higuera Prado

DE 59 AÑOS DE EDAD, VIUDO, CANTERO Y LABRADOR.

El Sr. Fiscal. —¿Cuándo fué V. nombrado alcalde de barrio en el pueblo de Miera?

Testigo. —Hace cerca de cinco años y medio.

F.—¿En la tarde del 22 de Julio, vió V. al señor alcalde constitucional?

T.—Sí, señor.

F.—Usted durante la noche del 22 de Julio de 1883 rondó ó patrulló con el alcalde y la pareja de la guardia civil?

T.—No, señor.

F.—¿A qué hora fué V. avisado por Bráulio Mier en la madrugada del 23 de Julio?

T.—Serian las cuatro ó cuatro y media de la mañana.

F.—¿Cuál fué el objeto de la llamada?

T.—Me dijo que estaba un hombre quejándose de muerte en el Campo de la Iglesia; y que la guardia civil estaba durmiendo en su casa y no se habia atrevido á despertarla.

F.—Siga V. expresando las palabras que dijo Bráulio Mier, si es que V. las recuerda.

T.—Me preguntó si había oído tiros en aquella noche, y yo le dije que no, á lo que contestó él: «Pues esta noche ha habido gran alboroto.»

F.—¿Recuerda V. si Bráulio Mier le dijo: «Levántate cuanto antes, y baja al Campo de la Iglesia, donde hay un hombre quejándose de muerte!» ¿Fueron esas sus palabras?

T.—Sí, señor; esas palabras dijo.

F.—¿Y le dijo á V. además que no se había atrevido á bajar por tener miedo?

T.—Sí, señor; lo dijo.

F.—Cuando V. llegó á la Ermita de San Roque, ¿observó algo de particular?

T.—Estaba la mujer de Bráulio al balcon y me hizo así con la mano (llamando) para que fuese allá; y al mismo tiempo estaba Bráulio al balcon y me dijo que subiera por la escalera de piedra. Así lo hice, y entonces ví á la pareja de la guardia civil que me preguntó si era yo el alcalde pedáneo; á lo que contesté que sí. «Pues venga V. con nosotros ahora,» me dijeron; — y fuimos ellos y yo en direccion de la Iglesia, entre esta y la casa ayuntamiento; fuimos mirando á todos lados, y en la Fuente Sagrada ví á un hombre, á un hombre sentado en un poyo de piedra; y me dijo un guardia: «¿Conoce V. á ese hombre?» á lo que contesté: «sí, señor; le conozco» — «¿Es del pueblo?» — «Sí, señor» — «¿Tiene aquí familia?» — Sí, señor. — Despues asomó un vecino — Juan Lavin Samperio — y le mandaron que fuese allá, preguntándole tambien que si le conocia; y él dijo: «me parece que aunque mal tratado estás, ¿no eres Juanin el del correo?» y el herido pronunció mal: sí.

F.—La palabra sí, oyó que la pronunció bien? ¿Usted la percibió claramente?

T.—No, señor; muy claramente no, señor; porque hablaba bajo y lastimoso

F.—De modo que V. cree que era la expresion de la situacion verdaderamente angustiosa en que se encontraba el herido.

T.—Sí, señor;

F.—¿Sabe quién hirió á Juan de la Maza?

T.—No, señor.

F.—¿Se fijó en si tenia muchas ó pocas heridas?

T.—No me fijé en ninguna, porque no me acerqué.

F.—Alguno de los guardias le reconoció la herida ó heridas que tuviera en la cabeza ó en la espalda.

T.—Sí, señor; porque una ó dos veces le miró la cabeza el guardia moreno.

F.—¿Sabe V. cuál de los dos guardias? ¿Cómo se llama?

T.—El más moreno

F.—¿Le reconoce V. ahí? ¿Es alguno de los que están ahí sentados?

T.—El de allá me parece que es (señalando á Vicente Fernandez Ledo).

F.—En el sitio donde se encontraron á Maza Samperio observó V. que habia manchas de sangre y charcos.

T.—No he comprendido.

F.—Repita la pregunta.

T.—Al lado de la Fuente habia como algo de sangre.

F.—¿Usted vió que se socorriera al herido y si se le prestó algun auxilio ó socorro por los guardias?

T.—Yo no lo ví; porque en seguida me mandaron que fuese á buscar una de las hermanas del herido; y cuando volví ya estaba en la Ermita de San Roque, sentado en un taburete de madera con bien de gente alrededor.

F.—¿Qué diligencias le encomendó á V. el alcalde cuando se personó V. en la Fuente Sagrada?

T.—En la Fuente Sagrada ninguna

F.—¿Y en la Ermita de San Roque?

T.—En la Ermita de San Roque me mandaron que fuera á buscar al señor cura Higuera, y á otro le mandaron buscar á don Cristóbal, por lo que nada observé hasta que volvimos y estaba fuera de la Ermita tapado con una cosa blanca.

F.—¿Usted dió parte al Juez municipal don Alejo Gomez?

T.—Sí, señor; me mandó el alcalde que fuese á buscar al Juez.

F.—¿Qué le dijo V. al Juez municipal?

T.—Que habia dicho el alcalde que fuese allá.

F.—¿No recuerda V. haberle dicho más?

T.—No lo recuerdo.

F.—¿Recuerda V. qué le dijo Daniel Gomez Higuera cuando usted regresó á su casa?

T.—Sí, señor; á los pocos minutos de llegar á mi casa, fué llorando y me dijo que habia dicho el alcalde que fuese allá, y qué me parecia, que ayer tarde le mandaron á buscar la guardia civil, y vino con esta hasta la cuesta de la Hoz, y qué me parecia lo que habia sucedido.

F.—¿Y sabe V. por qué lloraba?

T.—No, señor.

F.—¿Y usted sabe ó comprendió el sentido ó la intencion que expresaban las palabras de Higuera?

T.—No, señor.

F.—¿Crée usted que pudiera hacer referencia á los guardias respecto de la muerte ocurrida en la madrugada del día 23 de Julio?

T.—Yo eso no lo puedo penetrar; no lo puedo decir.

F.—¿Y sabe quién ó quiénes hirieron á Juan de la Maza Samperio?

T.—No, señor.

F.—¿Usted sabe qué personas se hallaban viendo al herido cuando V. fué allí?

T.—Estaban los dos guardias, y se acercó tambien allí Manuel Lavin Barquin, y Juan Lavin Samperio. Yo no sé si estaba ya allí Bráulio.

F.—¿Y usted sabe á quién se atribuye la muerte de Juan de la Maza Samperio?

T.—La mayor parte á los procesados (la generalidad).

F.—¿Qué es lo que se dice por el pueblo ó qué se decia en aquellos momentos? En el vecindario del pueblo de Miera, ¿se atribuia la comision del delito á los cuatro procesados?

T.—Por lo general, lo decian

F.—Yo desearia que el testigo contestara categóricamente si se atribuia ó no la muerte de Maza Samperio á los cuatro procesados.

T.—Pues sí, señor; por lo general esos decian que eran.

F.—¿V. estaba afiliado á algun partido de los que lucharon en las últimas elecciones?

T.—No, señor; no pertenezco á ningun partido.

F.—¿V. votó ó no votó?

T.—Sí, señor.

F.—¿A favor de qué candidatura?

T.—A favor de don Manuel Lavin.

F.—¿Usted tiene noticia ó ha oido á quién debe el nombramiento de cartero el padre de Manuela Lavin?

T.—No, señor.

F.—¿Y qué más sabe usted sobre el suceso de autos, por conocimiento propio ó de referencia?

T.—No puedo decir más.

El señor Presidente.—Cuando usted fué con los guardias á la Fuente Sagrada, ¿preguntaron ellos algo al herido?

T.—Sí, señor.

P.—¿Qué le dijeron?

T.—Le dijeron que quién le habia hecho aque'lo, y respondió bajo, moribundo y lastimoso que ningún.

P.—¿Vió usted si tenia el herido en la cabeza manchas de sangre, ó si tenia agua con que le hubiesen lavado ó se hubiese lavado él?

T.—Que le hubiesen limpiado, no; pero estaba lavado y mojado el pelo por delante.

P.—A las palabras que dirigió el guardia al herido, ¿respondió este con otras claras é inteligibles?

T.—Muy claras no, señor; porque no estaba para hablar muy inteligible.

*
* *

Acusador privado.—Despues de haberle avisado Bráulio Mier, ¿quedó esperando á la puerta de su casa, y juntos se dirigieron á casa de Bráulio?

T.—No, señor; yo fui solo.

A.—A qué distancia del herido se quedó usted cuando fué al Campo de la Iglesia y le encontró en la Fuente Sagrada?

T.—Pues, próximamente, á tres ó cuatro metros de distancia.

A.—¿Qué tiempo permaneció usted cerca del herido antes de ir á buscar á la hermana del mismo, por orden del guardia?

T.—Como un cuarto de hora poco más ó menos.

A.—En ese cuarto de hora que permaneció allí el guardia más moreno que antes designó usted, ¿le dirigió al herido más preguntas que la de quién le habia herido?

T.—Sí, señor.

A.—¿Qué otra pregunta le dirigió á que contestó el herido?

T.—Le preguntó: «Conque ninguno te lo ha hecho» 'Te lo has hecho tú solo? Y respondió, moribundo, que sí; y despues el guardia sacó un papel, yo no sé para qué, y le volvió á decir: «Conque ninguno te lo ha hecho, ¿verdad?» Y contestó con la misma palabra moribunda: «No, no.»

A.—Luego, ¿usted al herido no le oyó pronunciar más palabras que las que ha dicho, que «ninguno,» «sí, sí» y «no, no.»

T.—No, señor; yo no le oí más mientras estuve allí.

A.—En el tiempo que usted permaneció allí, la guardia civil, ¿intentó levantar al herido para trasladarle á otro sitio?

T.—No, señor.

A.—Cuando usted se ausentó del Campo de la Iglesia, ¿permanecía todavía sentado en la Fuente Sagrada el herido Juan de la Maza?

T.—Eso no lo puedo decir con certeza; estaban allí, alrededor de él, los guardias, y me dijeron: Vaya usted volando á buscar á la hermana; y yo fui á escape á buscarla.

A.—Cuando usted se marchó, ¿qué más personas que los guardias habia alrededor del herido?

T.—Juan Lavin Samperio, Manuel Lavin Barquin ..

A.—Y á Bráulio Mier, ¿le vió usted allí?

T.—Yo no recuerdo si estaba allí á lo último.

A.—Al herido, ¿le vió usted hacer algun movimiento con los brazos ó con las piernas, como si intentara levantarse?

T.—No, señor.

A.—Y cuando usted volvió á la Ermita, ¿cuánto tiempo habia transcurrido desde que fué á buscar á la hermana de Juan?

T.—Próximamente, un cuarto de hora ó veinte minutos.

A.—Y cuando usted regresó de la Ermita y vió á Juan de la Maza en la posicion que antes nos ha dicho, ¿estaba ya cadáver ó todavía tenia vida?

T.—No le puedo decir á usted

A.—¿Le oyó pronunciar alguna palabra ó le vió hacer algun movimiento?

T.—No, señor.



El señor Cárabes.—La candidatura de Lavin, que apoyó en las últimas elecciones, ¿era la contraria á la de don Aurelio Pozas?

T.—Sí, señor.

C.—¿Oyó usted al guardia más moreno que preguntara en la Fuente Sagrada á Samperio cómo se llamaba?

T.—Eso no lo recuerdo yo, señor.

C.—¿Oyó usted que le preguntara de dónde era?

T.—Eso me lo preguntó el guardia á mi.

C.—¿Al herido Juan Maza, ¿le oyó preguntárselo tambien?

T.—No, señor.

C.—¿Recuerda usted haber manifestado al Juez municipal de

Miera que el guardia Ledo le habia preguntado á Juan Maza Samperio cómo se llamaba y de dónde era? ¿Recuerda haber prestado esa declaracion?

T.—No lo tengo presente; ¡como hace tanto tiempo!

C.—Ha dicho V. que es voz pública ó que era voz pública que la muerte de Juan Maza la habian ocasionado los cuatro procesados; ¿puede usted determinar por sus nombres algunas de las personas á quienes V. oyera esa version?

T.—No, señor; yo lo oigo, pero hago poco caso.

C.—No es esa la pregunta. Esta defensa solo pregunta el nombre de alguna de esas personas que culpan á los procesados, segun V. ha dicho.

T.—No puedo decir ninguna persona, porque no recuerdo.

C.—¿Si se le concediese á V. algun término para refrescar su memoria, recordaria uno siquiera de los sugetos á quienes ha oido V. culpar á los procesados?

T.—No, señor.

C.—De modo que le seria á V. imposible determinar ninguna persona?

T.—Sí, señor.

C.—¿Recuerda V. haber oido, despues que prestó la primera declaracion ante el Juzgado municipal, y antes de ir á Santofia, que el médico que habia hecho la autopsia á Juan de la Maza dijera que no podia haber hablado, y que si habia hablado seria por monosílabos?

T.—Sí, señor; eso lo oí.

C.—¿V. sabe lo que quiere decir la palabra *monosílabos*?

T.—No, señor.

C.—¿Recuerda V. haber hablado con don Francisco Higuera, el cura, aquella mañana del 23 de Julio, y haber hecho conversacion sobre las palabras que hubiera vertido ó proferido ó dicho Samperio en el sitio de la Fuente Sagrada? ¿Recuerda V. haber hablado de esto con Higuera aquella mañana?

T.—Aquella mañana, sí, señor, porque fui á buscarle y le encontré en el camino.

C.—Y al encontrarle y volver con él, ¿recuerda V. si habló y contó lo que acababa de presenciar en el Campo de la Iglesia y sitio de la Fuente Sagrada?

T.—En aquel dia no volví á hablar con él nada. El marchó derecho á la iglesia, y á mí me mandaron á buscar al Juez municipal.

C.—Pregunto—fijese V. bien—si en esa ocasion, cuando vol-
vian ustedes hácia la ermita en esa mañana, ó en otro dia, re-
cuerda V. haber hablado con D. Francisco del suceso.

T.—En otro dia sí, señor, recuerdo de eso; junto á su casa.

C.—¿Recuerda haber dicho á don Francisco Higuera que al
acercarse al sitio de la Fuente Sagrada, el guardia habia pre-
guntado al herido cómo se llamaba; de dónde era y quién le ha-
bia herido?

T.—No, señor; nada más que habló, que pronunció esas pa-
labras que he dicho; lo demás no he hablado yo con nadie sobre
ese particular.

C.—¿Sabe usted si en el pueblo de Miera, antes del 22 de Ju-
lio, se venia alterando el orden y perturbando el sosiego de los
vecinos con disparos de armas de fuego durante las noches?

T.—Estando en mi casa oia yo disparos de armas de fuego.

C.—¿Oyó usted alguna vez, ó trató de inquirir como alcalde
de barrio, quiénes eran los autores de los disparos?

T.—No, señor; porque los sentía siempre cuando estaba en la
cama.

C.—Y despues, cuando usted se levantaba de la cama, ¿no
trataba de inquirir ó averiguar quiénes eran los que hacian dis-
paros durante las noches?

T.—Sí, señor; preguntaba algunas veces quiénes eran; pero
no pude averiguarlo.

C.—¿Nunca le dijeron á usted el nombre de alguno?

T.—No, señor.

C.—Usted por sí mismo, ó por conocimiento que tuviera de
los vecinos, sospechaba qué clase de personas eran las que pro-
movian esos alborotos?

T.—Como se reunian jóvenes de todos los barrios, no puedo
yo saber...; pero los viejos no serian; sino los jóvenes que anda-
ban á rondar.

C.—¿Entre esos mozos figuraban Pedro Mora, José Acebo,
Juan Maza y otros?

T.—Eso no lo puedo decir yo, porque no lo veia.

C.—Digo que si entre los jóvenes de Miera, entre esa juven-
tud que podia rondar, se contaban Tomás Higuera, José Acebo,
Pedro Mora, Juan Maza Samperio y otros muchos.

T.—Por lo regular, siempre se reunian para divertirse.

C.—No es eso lo que pregunta esta defensa.

T.—Pues yo no puedo saber si estaban ó no estaban.

C.—No es eso tampoco. Pregunto si entre los jóvenes de Miera están esos que yo he designado.

T.—Sí, señor, allí estaban; pues claro, como mozos..

C.—Esos cuatro, ó, mejor dicho, los tres que viven, el Tomás Higuera, José Acebo y Pedro Mora, ¿sabe usted qué relaciones venian sosteniendo con don Aurelio Pozas?

T.—No, señor.

C.—¿Sabe si eran amigos ó enemigos?

T.—No, señor.

C.—Sabe si don Aurelio, como alcalde, dictó bandos y órdenes contra ellos?

T.—Sí, señor; el bando contra la embriaguez; y para el orden tambien encargaba á los alcaldes de barrio que cuidasen de que no se perturbara

C.—En el concepto de usted, ¿don Aurelio Pozas cumplia bien sus deberes, cuidaba de la moralidad de las costumbres y de lo que debia ocupar la atencion de un buen alcalde?

T.—Sí, señor.

C.—Como particular, ¿sabe usted si don Aurelio Pozas ofendia á los demás, ó tenia algunos defectos de esos que rebajan en el concepto público?

T.—No, señor, no le he visto hacer mal.

C.—¿Hace mucho que tiene la cartería Manuel Lavin Barquin?

T.—No, señor; pero ya hará lo menos tres años.

* * *

El señor Colongues. —¿El testigo recuerda haber hablado la mañana del suceso de autos de las palabras que pronunciara el finado Samperio en la Fuente Sagrada?

T.—No, señor.

C.—Cuando el testigo bajó de casa de Mier, ¿oyó quejidos que salian de la Fuente Sagrada?

T.—Sí, señor; á la parte de abajo de la casa de don Aurelio sentí como quejarse á una persona; miré hácia el Campo de la Iglesia y no ví nada.

C.—¿Qué distancia habrá, próximamente, si la puede decir el testigo por unidades de medida, y si no con relacion á un punto conocido, qué distancia aproximada habrá desde el punto en que oyó los quejidos hasta el en que se hallaba Juan Maza Samperio?

T.—Cuarenta ó cincuenta metros, próximamente.

C.—Cuando el testigo bajó de su casa con Bráulio Mier, ¿quién llamó al testigo? ¿la mujer de Bráulio Mier, ó los guardias civiles?

T.—Los guardias civiles, no, señor; Bráulio y su mujer.

C.—Señor Presidente: existe una contradicción entre este punto concreto de la declaración que ahora presta el testigo con la que dió ante el Juez municipal. Si la presidencia cree que se puede leer aquella declaración, la defensa lo desearía, á fin de que el testigo pueda ponerse de acuerdo consigo mismo.

Presidente.—Léase la declaración en ese solo particular.

(Se lee, y resulta que el testigo ha declarado que le llamaron los guardias civiles)

C.—En esa declaración dijo el testigo que al llegar frente á la casa de Mier le llamaron los guardias civiles, y en este acto declara que le llamó la mujer de Bráulio Mier.

P.—¿Qué dice el testigo respecto de eso?

T.—Que me llamó, sí, señor, desde el balcón con la mano así, (indicando con la mano).

P.—¿Usted no vió á los guardias que le llamaran?

T.—No, señor; porque estaban á la parte de adentro de la sala; allí los ví cuando entré en la sala.

C.—Cuando el testigo estuvo en el Campo de la Iglesia, ¿notó que los procesados estuvieran intranquilos ó se advirtiera en sus fisonomías algo que denotara haber pasado mala noche?

T.—No, señor; yo no noté nada.

* * *

El señor Agüero.—¿Cuándo oyó usted por primera vez en Miera que los procesados eran los autores de la muerte de Maza?

T.—A los cuatro ó seis días.

A.—Antes de los cuatro ó seis días, ¿no oyó absolutamente nada?

T.—No, señor.

A.—En esos días, ¿vió usted en el pueblo de Miera al cura de Los Barrios don Simon R. Perez?

T.—No; en esos días no, señor; cuando la votación sí, señor.

A.—¿Permaneció muchos días en Miera?

T.—Yo le ví un día allí.

A.—¿Estuvo usted varias horas en el colegio cuando la votación?

T.—No, señor; una vez estuve allí.

A.—¿Estaba entonces allí el cura don Simon?

T.—No le puedo decir á usted.

A.—¿No ha oído usted decir que el cura don Simon está altamente enemistado con Pozas?

T.—No, señor.

A.—¿No ha oído usted decir que el cura Simon trata de colocar á un hermano suyo en la plaza de médico titular que desempeñaba Pozas?

T.—No, señor.

A.—¿Ha oído usted decir qué interés pudiera mover á los procesados para llevar á cabo la muerte de Juan de la Maza?

T.—No, señor.

A.—¿Presume usted que pudiera tener algun interés don Aurelio Pozas ó los otros procesados en realizar ese suceso?

T.—No, señor.

A.—¿Ha oído usted decir en Miera que esa desgracia fué producida por una imprudencia temeraria?

T.—No, señor.

A.—¿Cree usted posible que haya podido ser así?

T.—Yo no lo puedo decir.

A.—¿No cree usted que puede dispararse una escopeta ó una carabina por simple casualidad?

T.—Por una casualidad sí, señor; ya le he visto disparar y matar á un hombre.

A.—¿Ha oído usted á alguna persona que viera á los guardias civiles, la noche del 22 de Julio, estar en Miera antes de las once de la noche?

T.—No, señor.

A.—Para llegar al pueblo de Miera, ¿se tiene que pasar por cerca de varias casas?

T.—Sí, señor; por más arriba.

A.—¿Es ese un sitio generalmente concurrido, sobre todo en los días de fiesta y especialmente en el verano?

T.—Por ese punto transita mucha gente de una parte á otra.

* * *

El señor Presidente.—¿En qué barrio ó calle de Miera vive usted?

T.—En la Cárcoba; más arriba de la casa de don Cristóbal.

P.—¿Qué distancia hay desde la iglesia á casa de usted?

T.—Hay una distancia algo larga.

P.—Y desde la iglesia á casa de Bráulio Mier, ¿hay poco?

T.—Sí, señor; hay poco.

P.—¿Y á la del alcalde don Aurelio?

T.—Próximamente... hay algo más á la casa de don Aurelio.

P.—¿Es decir, que está más cerca de la iglesia la casa de don Aurelio que la de usted?

T.—Sí, señor, hombre; sí, señor!

P.—Basta. Vaya usted con Dios.

Declaracion de Cristóbal Samperio

56 AÑOS, SACERDOTE

Señor Fiscal.—¿Conocia usted á Maza?

Testigo.—Sí, señor; era pariente mío en tercer grado.

F.—¿Qué concepto le merecia á usted?

T.—Bueno.

F.—¿Se embriagaba, era díscolo, revoltoso, etc?

T.—No, señor.

F.—¿Tenia enemigos?

T.—Lo ignoro.

F.—Entre los jóvenes que alborotaban por las noches, figuraba Juan Maza Samperio?

T.—No lo sé.

F.—¿Tenia armas?

T.—Yo no se las ví nunca.

F.—¿Sabe usted si fué preso en la noche del 22 de Julio?

T.—Así se ha dicho; pero yo no lo sé.

F.—¿Habló usted del asunto con el cabo Martiniano Chaperó?

T.—No lo recuerdo.

(El señor Fiscal pide que se lea la declaracion escrita, en la que se ratifica el testigo.)

F.—¿Frecuentaba Maza la casa de Ramon Gómez?

T.—Los mozos solteros van á donde hay jóvenes solteras, principalmente en la época del deshojo, y suelen ir y venir cantando y bromeando, sin que esto se considere punible.

F.—¿Sabe usted si Julita fué maltratada por Pozas alguna vez?

T.—Así lo oí; pero yo no lo puedo asegurar.

F.—¿Oyó usted tiros en la noche del 22?

T.—De nueve y media á diez oí dos disparos de arma de fuego y otro á las once de arma mayor.

F.—¿Quién pudo influir para quitar á Maza la cartería?

T.—Unas veces se dijo que Pozas y otras que el cartero de Liérganes.

F.—La plaza de médico titular, ¿la desempeñaba Pozas?

T.—Sí, señor.

F.—¿Aspiraba á ella Santiago Perez, hermano del cura don Simon?

T.—Se decia que estaba esperando á concluir la carrera para ocupar dicha plaza.

F.—¿Vió usted herido á Maza Samperio?

T.—Sí, señor. Tenia una herida en la cabeza. Cuando le hicieron la autopsia le ví varios agujeros, uno de ellos en la nuca.

F.—¿Podia el herido hablar cuando usted le vió.

T.—No, señor.

F.—¿Fué sacramentado *sub-conditione*?

T.—Sí, señor.

F.—¿Le sacramentó usted?

T.—No, señor; mi compañero.

F.—¿Cuál es el origen de la enemistad que existia entre Pozas y el cura don Francisco Higuera?

T.—No lo sé, pero á mi juicio la enemistad viene desde la excomunión de LA VOZ MONTAÑESA, porque Pozas no desistia de leerla á pesar de las exhortaciones de don Simon.

F.—¿A quién se atribuye la muerte de Maza?

T.—Hay varias versiones; unos á Pozas y los demás procesados, y otros dicen que son inocentes.

F.—¿Manifestó usted al cabo Martiniano sospechas acerca de si los procesados eran los autores de la muerte de Maza?

T.—No lo recuerdo.

(El señor Fiscal pide á la Sala que no se retire el testigo hasta no oír la declaracion de Martiniano. Así lo acuerda el señor presidente.)

*
* *

Acusador privado.—¿Oyó usted tiros en la mañana del 23?

Testigo.—No, señor.

A.—¿A qué hora salió usted de casa?

T.—A las cuatro de la mañana, próximamente.

A.—¿Encontró alguna persona?

T.—Al alcalde de barrio, al cual le pregunté á dónde iba, y me contestó que le habia avisado Mier de lo ocurrido.

A.—¿Fué usted al lugar del suceso?

T.—Sí, señor. Encontré al herido en mal estado; yo le absolví y mi compañero le dió la Extrema Uncion. Luego fuí al sitio de la ocurrencia y ví pisadas, pero como era en la yerba no pude apreciar la direccion que tenian.

A.—¿Quién estaba al rededor del herido?

T.—Mucha gente. D. Aurelio Pozas estaba tomándole el pulso cuando yo llegué.

A.—¿Prestó usted algun arma de fuego á Juan?

T.—Le dí una para que la llevase á arreglar.

A.—¿Sabe usted si hizo uso de ella?

T.—No, señor.

A.—¿Tiene usted noticia de que Juan Maza estuviera preso la noche del 22 en casa de Mier?

T.—Oí que lo habian llevado amarrado Pozas y los dos guardias civiles.

* *

El señor Cárabes.—En las últimas elecciones, ¿presentaban como candidato los adversarios de Pozas á don Antonio Mora?

Testigo.—No lo sé.

C.—¿Existe enemistad entre los Moras y Pozas?

T.—Yo no sé más sino que, como facultativo, dejé de entrar Pozas en la casa de aquellos.

C.—La perturbacion del sosiego ¿venia verificándose en Miera antes del 22 de Julio?

T.—Sí, señor, antes de esa fecha era muy frecuente oír tiros por las noches.

C.—¿De carabina?

T.—No recuerdo bien.

C.—¿Habia en el pueblo algunas personas que tuvieran armas del sistema moderno?

T.—Lo ignoro.

C.—¿No trajo un pariente de usted una escopeta de Bilbao?

T.—Sí, señor, la tuve en la mano; era una escopeta de un cañon.

C.—¿Ha conferenciado el testigo con su colega D. Simon respecto á las causas de la muerte de Maza Samperio?

T.—Ha habido algunas reyertas entre ambos sobre si estaba

ó no estaba muerto el interfecto al suministrarle los últimos auxilios de la religion.

C.—¿Cuándo fué la última conferencia?

T.—Por lo general cuestionamos siempre que nos reunimos.

C.—Bien; ¿pero cuándo es la última vez que han cuestionado ustedes?

T.—La última vez fué en San Roque; pero discutimos sobre la luz, la filosofía, etcétera. Hará próximamente unos quince días.

C.—¿Hablaron ustedes sobre la causa?

T.—De ahí venia la cuestion.

C.—¿Hubo discordia sobre si serian culpables Pozas, Mier y los guardias sosteniendo el testigo que no y el otro que sí?

T.—No lo recuerdo. Hemos tenido palabras, pero sin afirmar ni negar nada de lo que no podiamos estar seguros.

C.—¿Le ha hecho á usted reconvenciones D. Simon sobre las declaraciones prestadas en este proceso, diciéndole que no habia usted declarado como era debido?

T.—No, señor; yo he dicho la verdad; y apelo á todo el mundo para que diga si yo soy capaz de mentir.

C.—Recuerda el testigo la calificacion de *chaquetero* que le hizo Mora?

T.—Estaba yo delante de mi casa con Agustin y Pablo Gomez cuando Mora empezó con *chaqueteros* aquí y allá, por lo que nos incomodamos. Luego me dió á mí una satisfaccion, diciendo que lo habia dicho por Pablo Gomez por haber votado en favor de Pozas.

C.—¿Ha oido usted nombrar á los de Mora los de la *Mano Negra*?

T.—Yo no conozco más que *manos blancas*. (Risas.)



El señor Colongues.—¿Frecuentaba Juan Maza la casa del testigo?

T.—Iba muchas veces. Ultimamente estuvo y se marchó antes de la catástrofe.

C.—¿No le despidió usted diciéndole que tendria un fin funesto?

T.—No es exacto. El chico quiso salir un dia y no le dejé. Luego se marchó sin que yo le despidiera.

C.—¿Era Juan Maza influyente en las elecciones?

T.—No, señor; nada. Era un infeliz.

C.—¿Es cierto que la opinion pública dice que han perjurado los enemigos de Pozas, por lo que el declarante ha pronunciado un sermon aconsejando decir la verdad sin faltar al juramento?

T.—Yo he pronunciado un sermon; pero en cumplimiento de mi deber y sin relacion alguna con esta causa.

C.—¿No le movió á pronunciarlo la circunstancia de decirse que habia perjuros?

T.—No, señor; yo predico siempre sobre los temas adecuados al dia, segun el Evangelio. Seria una coincidencia.

*
* *

El señor Agüero.—¿Cuánto se tarda desde Liérganes á Miera á paso regular?

Testigo.—Unas dos horas.

A.—¿Oyó usted decir que los guardias estuvieron en Miera antes de las once de la noche?

T.—No lo he oido

A.—¿Qué interés tenia la guardia civil en la muerte de Maza?

T.—Creo que ninguno.

A.—¿Le levantó á usted la mano el cura don Simon, acusándole de haber declarado mal?

T.—¿A mí? No, señor. Aunque soy viejo no me dejo pegar de nadie. (*Risas.*)

A.—¿A qué bando pertenece su colega don Francisco Higuera?

T.—Está apartado de las luchas.

A.—¿Se halla en buenas relaciones con unos y con otros, si bien últimamente dejó de estarlo con Pozas por leer este LA VOZ MONTAÑESA?

T.—Sí, señor.

El señor Presidente.—Puede usted retirarse.

T.—Deseo que se me abone la indemnizacion, si hay lugar á ella.

P.—Constará la reclamacion.

Se suspende la sesion por diez minutos.

*
* *

Abierta de nuevo fué llamado á declarar

Juan Acebo Higuera.

Cuando llegó á la ermita de San Roque dijo que estaban administrando la Unción á Maza; que Pozas estaba enemistado con los Moras, y que uno de ellos pretendia la secretaría del ayuntamiento. Que la muerte de Maza unos la atribuyen al partido del médico y otros al contrario. Que veló la noche del 22 y no oyó tiros. Que tenían armas del sistema moderno Aquilino Gomez, Daniel Ruíz y otros varios. Que Pozas y Mier le merecen buen concepto. Que los mozos hacian disparos y hay señales en la casa de Pozas.

Manuel Lavin (a) Carriles.

Que la mañana del 23 supo lo ocurrido en Miera por dos mujeres. Que acerca de la muerte de Mora corren varias versiones; unas la atribuyen á los procesados, la mayoría los considera inocentes, otros que fué debido á las imprudencias de los mozos. Que Pozas y Mier le merecen buen concepto de intachable conducta. Que Catalina Lavin no tiene criterio fijo, que ha oído es tonta y además llena de picardías.

Encarnacion Gomez Higuera

22 AÑOS, SOLTERA, LABRADORA.

El señor fiscal.—¿Conocia V. á Maza?

T.—Sí, señor.

F.—¿Le vió V. en la tarde del 22?

T.—En la Plaza de Lavin.

F.—¿Bailó V. con él?

T.—Sí, señor.

F.—¿Observó usted si estaba embriagado?

T.—No lo estaba.

F.—¿Oyó usted tiros aquella noche?

T.—Sí, señor; á las diez, poco más ó menos.

F.—¿Estuvieron á la puerta de su casa de usted Pozas y los civiles?

T.—Sí, señor

F.—¿Llevaban armas?

T.—Todos.

F.—¿Por qué fueron á su casa de usted á aquella hora?

T.—No lo sé.

F.—¿Quién abrió la puerta?

T.—Estábamos acostados y llamaron. Mi padre no quería que abriera; pero yo salí y me preguntaron si había oído tiros, á lo que contesté que no. Despues me preguntó Pozas si estaba mi padre bebido, y le contesté que sí.

F.—¿Qué oyó usted acerca de quién había herido á Maza?

T.—Oí que la guardia civil y el alcalde.

F.—¿Maltrató Pozas á Julita?

T.—No lo sé.

F.—¿Sabe usted algo más?

T.—Cuando el alcalde me preguntó si había oído tiros me dijo... *chist... chist...*, para que no hablara alto.

F.—¿Qué armas llevaba Pozas?

T.—Una carabina y un palo.

F.—¿Recuerda usted qué traje vestía?

T.—No recuerdo sino que llevaba un sombrero blanco.

*
*
*

Acusador privado.—¿Vió la testigo pegar á Catalina Lavin?

T.—La ví llorar por haberla pegado el padre de Mier, segun dijo.

A.—¿No sabe usted la causa?

T.—No la dijo ella. Solo la oí decir: «Muchos están en *sudio* y otros han de ir.»

*
*
*

El señor Cárabes.—¿Tuvo usted el año pasado relaciones amorosas con Higuera?

T.—Sí, señor; ¿pero eso qué tiene que ver con la muerte de Maza? (*Risas.*)

C.—¿Fué usted despues de bailar en el corro en la tarde del 22 á comprar petróleo en casa de Lavin?

T.—Sí, señor.

C.—¿A qué hora?

T.—No sé la hora que sería, pero á mi casa llegué á las ocho.

C.—¿Vió usted en el establecimiento á Maza?

T.—No, señor; yo no entré porque me sacaron el petróleo fuera.

El señor Cárabes pide lectura de la declaracion escrita, y la testigo dice que se afirma en lo que ha declarado ahora.

C.—Después de los disparos, ¿fue cuando se presentó Pozas en su casa?

T.—Sí, señor.

C.—¿Qué le dijo usted á Pozas?

T.—Que no los habia oido.

C.—¿Por qué razón dijo usted á Pozas que no habia oido los disparos?

T.—Porque me pareció bien no decirle la verdad.

C.—Dijo usted antes que habia oido en Miera que se culpaba á Pozas y demás procesados. ¿A quién se lo oyó usted?

T.—No recuerdo ni una persona.

* *

El señor Colongues.—Cuando le dijo usted á Pozas que su padre estaba borracho, ¿oyó usted decir á Pozas: «Vámonos que va á servirnos de estorbo más que de provecho»?

T.—Sí, señor.

* *

El señor Agüero.—Su padre de usted ¿es amigo ó enemigo de Pozas?

T.—Amigo.

A.—¿Por quién votó en las últimas elecciones?

T.—Por Manuel Lavin.

A.—Estar á *sudio* ¿qué quiere decir?

T.—Estar en la cárcel.

(La testigo pide indemnización)

Julita Maza

46 AÑOS, SOLTERA.

El señor fiscal.—¿Hace dos ó tres años trató de pegar Pozas á Maza?

T.—Sí, señor; y á mí me dió palos y me amenazó con un puñal

F.—¿Qué motivos tenia para hacer eso?

T.—No sé. No le habia ofendido. Le habia hecho mucho bien llevándole encargos en el correo.

F.—¿Quién les dió á ustedes la cartería?

T.—El correo de Liérganes.

F.—¿Y quién se la quitó?

T.—Pozas.

- F.—¿Tomó su hermano de usted parte en las elecciones?
T.—No, señor; no tenía voto.
F.—¿Qué datos tiene usted de la cuestion en el juego de bollos?
T.—Ninguno, señor.
F.—¿Bailó Maza con Encarnacion?
T.—Sí.
F.—¿Usaba armas?
T.—No.
F.—¿Las cápsulas que le encontraron en la mañana del 23 eran suyas?
T.—No, señor; debieron de metérselas en el bolsillo.
F.—¿Quiénes?
T.—Los que le mataron.
F.—¿Quién la dió noticia de la desgracia?
T.—José Higuera Prado, que fué á mi casa estando yo en la cuadra, y me dijo: «Julita, ven al Campo de la Iglesia, que está tu hermano muerto.
F.—¿Cuando fué al sitio donde estaba su hermano, ¿le hizo alguna pregunta?
T.—Le dije: —¿Quién te ha matado, hermano?
F.—¿Podía hablar?
T.—Hacia rato que no, y tenía lavada la cara.
F.—¿Quiénes fueron los autores de la muerte?
T.—Yo sospeché en Pozas.
F.—¿Qué fundamento tenía usted?
T.—Que en Cagigal le juró que le había de matar hace cinco ó seis años, y luego que había allí junto á mi hermano algunos rostros más desfigurados que el suyo.
F.—¿Qué personas eran las que tenían los rostros desfigurados?
T.—El médico y los guardias
F.—¿Hizo la guardia civil de Liérganes algunas detenciones para exhortar á que declararan algunos en cierto sentido?
T.—Oí que á Lastra le querían hacer decir lo que ellos querían, y Lastra se negó. Yo lo he comprendido así.
F.—¿Hubo amenazas de Pozas al Mantequero?
T.—Así lo he oído.
F.—¿A quién?
T.—Al Mantequero.
- * *

Acusador privado.—¿A qué hora salió Maza de su casa el 22 de Julio?

T.—A las ocho de la noche.

A.—¿Dónde pasó las primeras horas?

T.—Dijeron que lo habian cogido cinco ó seis hombres.

A.—¿Quiénes?

T.—Los guardias civiles, Pozas, Mier y Lavin.

A.—¿Y qué hicieron?

T.—Que lo llevaron á matar á tiros.

* *

El señor Cárabes.—Cuando entró Pozas de alcalde, ¿tenian ustedes la cartería?

T.—Ya nos la habian quitado.

C.—¿Hacia mucho tiempo?

T.—Más de dos años.

C.—Su hermano de usted, ¿se recogia temprano?

T.—Unas veces á las once, otras á las diez.

C.—¿Oyó usted la declaracion de Daniel Gomez Higuera y demas testigos?

T.—Sí, señor

C.—¿Dijo usted al juez municipal que no se llamara á Mora y Tomás Higuera, porque esos no sabian nada?

T.—Al contrario; pedí que llamaran á esos y no los avisaron.

C.—¿Supo que Santiago habia visto á la guardia civil entrar en casa de Mier conduciendo á su hermano?

T.—Lo oí decir.

C.—¿Habló usted con Mora acerca de lo sucedido?

T.—Pedro Mora, en la ermita, destapó la cara á mi hermano y dijo: «Bueno te han puesto. Sobre poco más ó menos ya sé quién.»

C.—¿A quién pidió usted que se les pidiera declaracion?

T.—Al secretario, y contestó que no habia lugar.

(El señor Fiscal pide á la Sala que conste la declaracion de la testigo acerca de la conducta del juzgado.

El señor Cárabes, en nombre de las defensas, se asocia á la peticion del fiscal y desea que conste tambien la declaracion en lo que se refiere al proceder de la guardia civil de Liérganes con Ramon Gomez.)

* *

El señor Colongues.—Cuando la pegó á usted Pozas, ¿fué fuerte?

T.—Sí, señor; en los brazos.

C.—¿Dió usted parte?

T.—No, señor.

C.—¿Se lo contó usted á alguna persona?

T.—A nadie.

C.—¿Quién le contó á usted la conversacion de Aurelio Pozas con el cartero de Liérganes?

T.—Uno que se fué á la Habana.

* * *

El señor Agüero.—¿Ha oido usted decir que los civiles fueran vistos en Miera antes de las once de la noche?

T.—Oí que habian entrado á las diez en casa de Mier.

A.—¿Sospechó usted en Pozas desde el primer momento?

T.—Sí, señor.

A.—¿Por qué no lo afirmó usted en su primera declaracion?

T.—Porque tuve miedo á las amenazas de la familia de Pozas.

Sesion tercera, 27 de Agosto de 1884

CONCURRE D. MARIANO GARCÍA DEL MORAL, EN CONCEPTO DE
ACUSADOR PRIVADO

Cándida Perez Mier

**23 AÑOS, SOLTERA, LABRADORA Y PRIMA CAÑAL DEL PROCESADO
BRÁULIO**

El señor fiscal.—¿Oyó usted disparos de arma de fuego en la noche del 22?

T.—Sí, señor.

F.—¿A qué hora y cuántos?

T.—Serian las diez menos cuarto cuando oí dos tiros.

F.—¿Quién estuvo en casa de usted aquella noche?

T.—Domingo Ortiz que venia de la taberna de Bráulio.

F.—No la dijo á usted Domingo Ortiz que le habia venido siguiendo una persona?

T.—Sí, señor.

F.—¿Oyó usted ladrar á los perros de Anastasia Higuera y demás vecinos?

T.—Sí, señor, ladraban mucho y hacian esfuerzos para saltar por la balaustrada

F.—¿Se aproximó alguna persona á su casa como para oír hablar á Domingo Ortiz?

T.—Así fué, sí, señor; y lo notamos bien por una losa que se movia y hacia ruido cuando se pisaba en ella.

F.—¿Sabe usted qué motivos tenia esa persona para escuchar?

T.—No lo sé.

F.—¿Qué sabe usted de la muerte de Maza?

T.—Yo no sé más sino que al entrar en mi casa Domingo Ortiz la noche del 22, me dijo que nunca habia visto en Miera tanta agitacion, y que algun pobre lo iba á pagar.

F.—¿Tiene usted alguna noticia de quiénes fueran los autores de la muerte de Maza?

T.—Segun la voz pública, los procesados.

* *

Acusador privado.—¿A qué hora se retiró de casa de usted Domingo Ortiz?

T.—A la una de la noche, y como dijo que tenia miedo, al salir le aconsejé que fuera por el monte á su casa.

A.—¿Y por qué tenia miedo?

T.—Creo yo que seria por los tiros que disparaban por las noches los mozos, pero no me dijo por qué.

* *

El señor Cárabes.—Ha dicho la testigo que oyó decir en el pueblo que los procesados eran los autores de la muerte de Maza.

¿A quién se lo oyó?

T.—Era la voz del pueblo. Lo oí muchas veces.

C.—¿Hace poco tiempo ó mucho?

T.—Mucho.

C.—¿Cuándo la última vez?

T.—No lo recuerdo.

C.—Si la dieran á usted tiempo para pensarlo, ¿lo recordaria?

T.—No, señor; tampoco.

C.—¿Qué relaciones existían entre Pozas y la familia de los Moras?

T.—Pozas les visitaba como médico.

C.—¿Cuándo?

T.—Yo no sé cuándo, pero se lo oí á Pedro Mora.

C.—¿Sabe usted si antes del 22 de Julio andaban haciendo disparos Higuera, Mora, el Mantequero y otros?

T.—No, señor.

C.—¿Tampoco lo ha oído usted decir?

T.—No, señor.

*
**

El señor Colongues.—Al atribuir la opinion pública á los procesados la muerte de Maza, ¿no se exceptuaba á Mier?

T.—Sí, señor.

*
**

El señor Agüero.—¿Dónde estaban Ortiz y usted cuando oyeron ladrar á los perros de Anastasia Higuera y de otros vecinos?

Testigo.—Dentro de la cocina.

A.—¿Tenía la ventana cerrada ó abierta?

T.—Cerrada.

A.—¿Cómo vieron ustedes entonces á los perros que se querían tirar por la balastrada?

T.—Nos pareció así, porque ladraban mucho y además nos parecía que estaban forcejeando.

A.—¿Nunca sintió usted tiros por la noche antes del 22 de Julio?

T.—No, señor, nunca.

A.—Ha oído usted que alguno viera á la guardia civil en Miera antes de las once de la noche del 22?

T.—No, señor.

A.—¿Los padres de la testigo no estaban con ella y Ortiz en la cocina?

T.—No, señor, no estaban.

Leoncio Higuera Acebo

30 AÑOS, CASADO Y LABRADOR

El señor fiscal.—Oyó usted disparos de arma de fuego la noche del 22 de Julio?

Testigo.—Hagan ustedes el favor de hablarme alto, que soy algo sordó.

(El señor presidente le manda acercarse.)

F.—¿A qué hora oyó usted los tiros?

T.—Oí tres á eso de las once.

F.—¿A qué hora fué usted al Campo de la Iglesia en la mañana del 23?

T.—Entre cinco y cinco y media de la mañana.

F.—¿Qué personas habia allí?

T.—Don Aurelio, los guardias y otros.

F.—¿Estaba herido Maza Samperio?

T.—Sí, señor.

F.—¿Vivia ó no vivia?

T.—No tenia trazas de vivir. Unicamente cuando le dieron la Union movió algo el labio de arriba

F.—¿Ayudó usted á trasladar el cadáver?

T.—Sí, señor.

F.—¿Con qué palabras intervino usted en una conversacion que tenian Miguel Higuera y uno de los guardias?

T.—Estaban conversando sobre si habia hablado ó no el muertoy dije:—Sí, como mi padre que está enterrado hace ya mucho, tiempo.

F.—¿Qué replicó el guardia?

T.—No lo recuerdo bien; como ha pasado tanto tiempo ya....

F.—Al decirle usted que cómo no auxiliaron al herido si habia hablado, no contestó él:—«Yo con una cuartilla de papel pa go?»

T.—No lo recuerdo.

(El señor fiscal pide que se lea la declaracion del testigo, que figura en los autos; accediendo el señor presidente.

El señor Cárabes hace observar que no procede la lectura de aquella declaracion, por no haber habido contradicciones en el testigo.)

El señor presidente.—Ya está acordado.

El señor Cárabes.—Pues suplico que conste mi protesta.

P.—Constará en el acta.

(Se lee la declaracion y se ratifica en ella el testigo.)

El señor fiscal.—¿Qué ha oido usted acerca de quiénes son los culpables de la muerte de Maza Samperio?

Testigo.—Unos dicen que son los procesados y otros que es tan inocentes.

* *

Acusador privado.—¿Notó usted algo de particular en los guardias cuando estaba usted con ellos en la ermita?

Testigo.—Noté que estaban así como que temblaban y cogí sospechas.

A.—¿Oyó usted decir que Maza habia hablado en San Roque?

T.—Unos dijeron que sí y otros que no.

A.—¿Sabe usted si el padre de Mier salió un dia al encuentro de Catalina Lavin y la maltrató?

T.—Encontré á Catalina llorando y me dijo que la habian pegado.

A.—¿No expresó quién habia sido?

T.—No dijo más que «el que está allá arriba,» sin nombrar á nadie.

A.—¿Sabe usted si Maza tenia armas?

T.—No, señor.

A.—No tengo más que preguntar.

T.—Mis perjuicios...

Presidente —Aguarde usted un poco.

...

El señor Cárabes.—¿Recuerda usted á quiénes oyó culpar á Pozas de la muerte de Maza?

T.—No lo recuerdo.

C.—¿Sale de los Moras y de Lavin ese rumor?

T.—No lo sé.

C.—¿Habia disparos de armas de fuego por las noches en Miera, antes del 22 de Julio?

T.—No, señor.

C.—¿No ha oido usted que han sido ametralladas algunas casas?

T.—Sí lo he oido, pero no me he hecho cargo.

C.—¿Qué conducta ha observado Pozas?

T.—Buena.

C.—¿Sabe usted si atentó alguna vez contra alguna persona?

T.—No, señor.

..

El señor Colongues.—¿Se habla de Mier y Lavin en Miera como autores de la muerte de Maza?

T.—No, señor.

* * *

El señor Agüero.—El rumor de que los procesados sean culpables ¿va aumentando ó decreciendo?

T.—No lo puedo decir. Unos siguen diciendo que lo son y otros que no lo son; pero ignoro si aumentan ó disminuyen respectivamente.

P.—Puede usted retirarse.

T.—Y mis perjuicios...?

P.—Bueno; constará la reclamacion de usted.

Manuela Lavin Perez

30 AÑOS, SOLTERA, PEATONA

El señor fiscal.—¿Qué sabe usted de la muerte de Juan Maza Samperio?

T.—Bajaba yo con el correo y le vi.

F.—¿Salió usted en la noche del 22 de su casa?

T.—No, señor.

F.—¿Quién le confió á usted el servicio del correo?

T.—Manuel Lavin.

F.—¿A qué bando pertenece su padre de usted? Por quién votó en las últimas elecciones?

T.—No sé por quién votaria. Yo no entiendo de esas cosas.

F.—¿Qué hizo usted cuando vió á Juan Maza herido?

T.—Avisar á Mier.

F.—¿Desde qué punto le vió usted?

T.—Entre la celda y la casa de Pozas.

F.—¿Desde dónde oyó usted los quejidos?

T.—Desde más arriba de la casa de don Aurelio.

F.—¿Cómo conoció usted que era Maza el que se quejaba?

T.—Lo creí por la ropa que llevaba puesta.

F.—¿Qué distancia habia?

T.—40 ó 50 piés, próximamente.

F.—Cuando fué usted á avisar á Mier, ¿sabia usted que la guardia civil estaba alojada en su domicilio?

T.—No, señor.

F.—¿Sabe usted si Maza habló algo?

T.—Oí decir que sí á mi padre.

F.—¿A quién se culpa de la muerte de Maza?

T.—En los cuatro ó cinco días primeros no se habló de nadie, pero despues unos empezaron á culpar á los procesados y otros á decir que los mismos mozos que le acompañaban le matarian sin querer, á consecuencia de los disparos que hacian continuamente.

F.—¿Quiénes dijeron esto último?

T.—No lo recuerdo.

* * *

Acusador privado.—¿Conoció usted desde luego si los quejidos eran de hombre ó de mujer, jóven, viejo, etc?

T.—No, señor.

A.—¿Qué posicion tenia el herido?

T.—Estaba sentado junto á la Fuente Sagrada.

A.—¿Le vió usted todo el cuerpo?

T.—Sí, señor.

* * *

El señor Cárabes.—¿Cuánto tiempo hace que usted desempeña la cartería?

Testigo.—Unos siete años.

C.—Antes del día 22 ¿se oyeron tiros en Miera?

T.—Sí, señor; tiraban muchos. Los oí bastantes veces.

C.—Entre Pozas y la familia de Mora ¿habia amistad ó enemistad?

T.—Enemistad.

C.—La opinion pública en estos últimos meses ¿se inclina á creer que los procesados son culpables ó inocentes?

T.—Todos opinan que son inocentes, fuera de dos ó tres familias.

C.—¿Qué familias son esas?

T.—La de Mora y la de Lavin.

* * *

El señor Agüero.—Después de avisar á Mier que habia un hombre quejándose en el campo de la Iglesia, ¿á dónde se dirigió la testigo?

Testigo.—A Liérganes.

A.—¿Se paró usted en el cuartel de la guardia civil?

T.—Sí, señor; para entregar una carta de don Cristóbal.

Antonia Perez Mier

Dijo á las preguntas del señor presidente que tenia 36 ó 40 años *ya* que era casada y labradora; que padecía algo de sordera y que era tia de Bráulio.

El señor fiscal.—¿Vió usted á Maza herido en la mañana del 23?

Testigo.—Le ví muerto.

F.—¿Oyó usted decir que habia hablado antes de espirar?

T.—Sí, señor; oí eso.

F.—De diez á once de la noche del 22 ¿oyó usted ladrar á los perros?

T.—Los oí de nueve á nueve y media. Luego me acosté y no oí nada.

F.—Cuando dijo la testigo:—«Bien podia ponerse la mano encima del culpable,» ¿á quién se referia?

T.—A nadie.

F.—Recuerda usted si hizo alguna indicacion respecto á si la muerte de Maza pudo obedecer á disensiones por cuestion de los bandos en que el pueblo se dividia?

T.—No lo recuerdo.

(El señor fiscal pide que se lea la declaracion de los autos en que la testigo afirmaba el hecho de la pregunta.

Se lee la declaracion y resulta que la testigo no hablaba por sí, sino refiriéndose al rumor público.

La testigo dice que esa es la verdad de su declaracion)

*
* *

Acusador privado.—En la mañana del 23, ¿vió usted pasar á Julita Maza hácia el Campo de la Iglesia?

Testigo.—Sí; pasó llorando por delante de mi casa con José Higuera Prado y otra persona. Pregunté por qué lloraba y me dijeron lo ocurrido.

A.—¿Usted fué al Campo de la Iglesia tambien?

T.—Sí, señor.

- A.—¿Quién habia allí cuando usted llegó?
T.—Mucha gente.
A.—¿Qué oyó usted sobre si habia hablado ó no el interfecto?
T.—Oí más tarde que habia hablado.
A.—¿A quién?
T.—No recuerdo; á muchos, entre ellos á Juan Lavín.

* * *

El señor Cárabes.—¿Qué relaciones le unen á usted con Cándida Mier?

Festigo.—Es mi hija.

C.—¿Se habia usted acostado cuando llegó á su casa Domingo Ortiz?

T.—Sí, señor.

C.—¿A qué hora se marchó?

T.—No lo sé.

C.—¿La dijo á usted Cándida al otro dia que por la noche, cuando estaba con ella Ortiz, habia habido gente escuchando en la puerta?

T.—Sí, señor.

C.—¿Se lo dijo antes ó despues de pasar Julita?

T.—No recuerdo.

C.—¿La dijo á usted tambien su hija que habia aconsejado á Ortiz que se marchara á su domicilio por el monte y no por el pueblo?

T.—Sí, señor.

C.—¿Y sabe usted por qué se lo aconsejó así?

T.—Tal vez porque tendria miedo.

C.—¿Iba Ortiz á casa de usted todas las noches?

T.—Sí, señor.

C.—¿Se quedaba siempre hasta la misma hora?

T.—Más tarde ó más temprano, segun le daba.

C.—¿Ha oido usted decir que los procesados están presos injustamente?

T.—Muchas veces lo he oido.

C.—¿Se lo ha oido usted á personas imparciales?

T.—A la familia de ellos.

C.—¿Y lo contrario, ¿á quién se lo ha oido usted?

T.—Pues al otro partido. Yo no tengo partido ninguno.
(Risas.)

C.—¿Ha oído usted disparos en el pueblo antes del 22 de Julio?

T.—Sí, señor, en las noches de Navidad; sobre todo, y algunas otras veces.

C.—¿Y en los días inmediatos al 22?

T.—Nada, yo vivo en sitio muy retirado.

C.—¿Oyó usted que Pozas hubiera maltratado alguna vez á Maza ó á su hermana Julita?

T.—Respecto á Julita he oído algo.

C.—¿A quién se lo oyó usted?

T.—No me acuerdo.

* *

El señor Colongues.—Siempre que se oían tiros por la noche ¿se hablaba de ello al día siguiente?

Testigo.—Sí, señor.

C.—¿Y no se trataba de averiguar quiénes eran los que disparaban los tiros?

T.—Yo no lo sé. A mí no me importaba averiguarlo.

Alfonso Cárcoba Higuera

17 AÑOS, SOLTERO Y CANTERO

A este testigo, por más excitaciones que le hizo el señor presidente, no fué posible conseguir que levantara la voz, y apenas se le oía.

El señor Fiscal.—¿Estuvo usted jugando en la tarde del 22 de Julio con Maza Samperio en el juego de los bolos?

Testigo.—Sí, señor.

F.—¿Quiénes más jugaron?

T.—Márkos Gomez, Lastra, el *Mantequero* y José Acebo.

F.—¿Notó usted si Juan Maza estaba bebido?

T.—Algo estaba, sí, señor.

F.—¿Tuvo alguna cuestion?

T.—Sí.

F.—¿Era pendenciero, díscolo, etc.?

T.—No, señor.

F.—¿A quién se atribuye su muerte?

T.—Unos á Pozas y á Mier. La mayor parte que no tienen culpa ninguna.

* *

Acusador privado.—¿Ha oído usted decir si Maza habló ó no habló cuando estaba herido?

Testigo.—No he oído nada.

* *

El señor Cárabes.—¿Se hacían disparos antes del 22 de Julio?

Testigo.—Sí, señor.

* *

El señor Colongues — En esa pequeña disputa que hubo en el juego de bolos, ¿oyó usted decir á Maza: «A mí lo mismo me da dormir en la cama que en el cementerio?»

Testigo.—Sí, se lo oí decir.

* *

El señor Agüero.—Al retirarse usted del juego de bolos, y más tarde al ir al barrio de Irias, ¿encontró usted á la pareja de la guardia civil?

Testigo.—No, señor.

Juan de la Lastra Chaves

70 Y TANTOS AÑOS, VIUDO, LABRADOR

El señor Fiscal.—El día 23 de Julio por la mañana, ¿vió usted al alcalde de barrio?

Testigo.—Sí, señor; á las cinco ó cinco y media.

F.—¿Qué le ordenó?

T.—Que fuera á auxiliar á Maza que estaba muy malo en el Campo de la Iglesia

F.—¿Quiénes rodeaban al herido?

T.—Leoncio Higuera, Juan Lavin, el juez municipal y Daniel Gomez.

F.—¿Usted le oyó hablar?

T.—No, señor.

F.—¿Registró usted el cadáver?

T.—Sí; le encontré en los bolsillos un portamonedas; una petaca con tabaco; cinco ó seis cápsulas; un mechero con piedra y eslabon para hacer lumbre, librillos de fumar y tres anillos.

F.—Mientras estuvo usted al lado del cadáver, ¿vió usted por allí á los guardias?

T.—Sí, señor

F.—¿En qué se ocupaban?

T.—Yo los ví andar por allí al redor.

F.—¿Observó usted si estaban afectados?

T.—No lo observé.

F.—¿Qué se decia en el pueblo acerca de quiénes eran los culpables?

T.—Unos decian que los procesados y otros que no. Yo no puedo saberlo.

F.—¿Por quién trabajó Maza en las últimas elecciones?

T.—Por los contrarios de Pozas.

* *

Acusador privado.—Cuando vió al herido, estaba en la ermita de San Roque?

Testigo.—Sí, señor.

A.—¿Oyó usted decir si habia hablado?

T.—Se lo oí á Juan Lavin... á Leoncio Higuera... no, mientto; á...

A.—Bien; déjelo usted si no lo recuerda. ¿Qué oyó usted que le habian preguntado al herido?

T.—Que quién le habia hecho daño, y contestó:—«Yo mismo me lo he hecho.»

* *

El señor Cárabes.—En las últimas elecciones, ¿votó usted en favor de Pozas?

T.—Yo no voté por nadie.

C.—¿Qué conducta observaba Pozas en el pueblo?

T.—Buena.

C.—¿Tiene usted noticia de que atentara contra alguna persona?

T.—No, señor.

C.—En la noche del 22 de Julio, despues de salir de la taberna, donde estuvo usted hasta la hora señalada por el bando para cerrar los establecimientos de bebidas, dirigiéndose por la calleja de Pereda, ¿oyó usted ladrar á los perros al llegar á su casa á las nueve y media de la noche?

T.—No.

C.—¿Ladraban otras noches los mismos perros?

T.—Sí, señor.

C.—¿A quién encontró usted en el camino de Pereda hasta su casa?

T.—A nadie

C.—¿No oyó usted ruido de pisadas tampoco?

T.—Nada.

C.—Mientras usted se acostó, ¿tampoco oyó ningún ruido en la calle?

T.—No, señor; como iba cargado de bebida, me tumbé como un madero (*Risas.*)

C.—¿Estaba vivo ó muerto Maza cuando usted llegó?

T.—Todavía parece que respiraba algo.

El señor Colongues.—Alejo Gomez y Pedro Samperio, que salieron con usted de la taberna, ¿a dónde se dirigieron?

T.—A su casa, en el barrio de Irias.

C.—¿Hay más caminos para ir á ese barrio que el que llevaban yendo con usted?

T.—Rodeando mucho, sí, señor.

El señor Agüero.—Cuando fueron ustedes al establecimiento de bebidas, ¿encontraron á la pareja de la guardia civil?

T.—No, señor.

A.—Mientras estuvieron allí, ¿la vieron pasar?

T.—Tampoco.

Manuel Lavin Barquin

63 AÑOS Y PICO, CASADO, CANTERO

El señor Fiscal.—¿Dónde se encontraba Maza cuando usted le vió en la mañana del 23?

T.—En la Fuente Sagrada, pero le llevaban ya para la ermita de San Roque.

F.—¿Cuál de los dos guardias le dijo usted y qué le dijo?

T.—Vicente Fernandez Leñero me dijo si conocia al herido, y yo le contesté:—«Si estaba vivo, ¿no les sucedería eso.»

F.—¿Qué preguntó?

T.—«Paisano,

¿Quién le ha pues-

«Maza» —
«Asmo.»

F.—¿Recuerda usted si Maza, al ser trasladado de la Fuente Sagrada á la ermita, dió algunos pasos?

T.—Pocos dió; no recuerdo si dos ó tres.

F.—¿Qué auxilios se le prestaron?

T.—Se le sirvió té, y el mismo guardia fué á buscar al médico.

F.—¿Usted mismo le dió el té?

T.—Sí, señor, y bebió un poco. Al dárselo le dijo Juan Lavín:—«Tómalo,» y contestó el herido:—«Está muy caliente.»

(El señor Fiscal pide que consten estos últimos detalles, y así lo determina la Sala.)

F.—Desde que usted vió al herido hasta que murió, ¿cuánto tiempo transcurriría?

T.—Así como un cuarto de hora.

F.—¿Y desde que le vió hasta que llegaron el alcalde y los sacerdotes?

T.—No sé.

F.—Sobre poco más ó menos.

T.—Más de un cuarto de hora, á mi parecer; no puedo asegurarlo.

F.—¿Quiénes figuraban en el bando de Pozas?

T.—Yo no sé nada.

F.—¿No sabe usted quiénes figuraban en ese bando?

T.—Ya ve usted, todos son labradores allá en el pueblo. No hay personas de alta categoría (*Risas.*)

* *

Acusador privado.—¿Estaba Pozas en buenas relaciones con Maza?

Testigo.—Yo solo puedo decir que cuando Julita tenía el correo solía comer en casa de Pozas.

A.—¿Sabe usted si la maltrató?

T.—Nunca lo he oído.

A.—¿Habló el herido en la Fuente Sagrada y en la ermita de San Roque?

T.—A mí me dijeron que había hablado en la Fuente Sagrada.

* *

El señor Cárabes.—¿Cuántos años hace que tiene usted la cartaría y que se la quitaron al otro?

Testigo.—De seis á siete años.

C.—¿Manuel Lavin, que le dió á usted la cartería, era sobrino de usted?

T.—Sí, señor.

C.—¿Era contrario á Pozas?

T.—Sí tal.

(El testigo confirma que antes del 22 habia disparos; que estos los producian los ¡mozos Mora, Tomás Higuera, *Mantequero* y otros; que ametrallaron casas, entre ellas la de Pozas, la del declarante y las de otros vecinos; que la conducta de Pozas era honradísima, y otros detalles de menos importancia.)

*
* *

El señor Colongues.—Cuando oyó que los guardias y Pozas habian matado á Maza oyó decir lo mismo de Mier y de Lavin?

Testigo.—No, señor.

C.—¿Qué conducta observaba Mier?

T.—Buena.

Eusebio Higuera Maza

NO SABE LA EDAD QUE TIENE; UNOS 34 Ó 35 AÑOS, CASADO,

LABRADOR Y PRIMO DE MIER

El señor Fiscal.—¿Oyó usted disparos el día 22?

Testigo.—Sí, señor.

F.—¿De dónde procedían?

T.—Lo ignoro.

F.—¿Observó usted algo de particular?

T.—No; como todos los días sucedía lo mismo, ni hice aprecio.

F.—¿Quién le dijo á usted que estaba herido Maza?

T.—Bráulio Mier.

F.—¿A qué hora se retiró usted el 22?

T.—A las diez menos cuarto.

F.—¿No volvió usted á salir?

T.—No, señor.

F.—¿A quién encontró usted?

T.—A Tomás Higuera, Pedro Mora y otro que no conocí.

F.—¿A dónde iban?

T.—Hacia el barrio de Matanzas.

F.—¿Llevaban armas?

T.—No lo pude apreciar. Yo iba con una res que habia comprado, y uno de ellos me dijo: «No arrastres la res, que carne arrastrada no sirve.»

* *

Señor Cárabes.—¿A qué hora salió usted de la casa donde habia comprado la res?

Testigo.—A las nueve y media.

C.—¿Qué res era?

T.—Lanar; un carnero que llamamos allí. (*Risas.*)

C.—¿Quién le dijo que no arrastrara la res?

T.—Me parece que fué Pedro Mora.

C.—¿El día 23, despues de levantarse, vió á Mora?

T.—Sí, señor.

C.—¿Qué habló usted con él?

T.—Le pregunté: «¿Qué te ha parecido lo que ha pasado?» «Mal,» me contestó: Le pregunté luego: «¿Quién era aquel que iba anoche con vosotros, que no le conocí?» y me dijo: «El Mantiguero.»

C.—¿Qué le dijo á usted Tomás Higuera?

T.—Me preguntó: «Fuíste á declarar?» «Sí.» «Digiste que nos hallastes?» «Sí.» «Hombre, para qué digiste eso?» «Para decir la verdad.»

C.—¿No lo oyó nadie?

T.—No, señor; estábamos aparte.

* *

El señor Colongues.—¿Ha oído usted que se atribuya la muerte de Maza á Mier y Lavín?

T.—No lo he oído á nadie.

* *

Acusador privado.—¿Se asomó usted al balcon de su casa en la mañana del 23 y vió conducir un bulto por entre la Celda y la Torre?

T.—No era bulto; era una persona que conducian entre unos cuantos. Yo bajé con un pretexto á ver lo que ocurría.

A.—Cuando vió conducir á esa persona ¿qué hora era?

T.—Las cuatro de la mañana.

Martiniano Chapero Arroyo

CABO DE LA GUARDIA CIVIL, CASADO, DE 35 AÑOS DE EDAD.

El señor fiscal.—¿En la tarde del 22 de Julio de 1883, el guardia que declara recibió alguna comunicacion ú oficio dirigido por el alcalde de Miera al encargado del puesto de Liérganes?

T.—Sí, señor.

F.—¿V. se enteró, ó quién se enteró?

T.—Un servidor.

F.—¿Recuerda usted los términos en que estaba redactada la comunicacion?

T.—Se referia á pedir el auxilio de una pareja para hacer observar los bandos de buen gobierno dictados por la alcaldía.

F.—¿Se indicaba en la comunicacion el objeto de ir á sorprender á alguno de los que perturbaban el orden público?

T.—Sí, señor; tambien se referia á eso.

F.—Como encargado del puesto, ¿dispuso que inmediatamente saliera la pareja?

T.—Sí, señor; despues que me enteré de la comunicacion, dispuse que saliera la pareja—como salió—á las siete y media, poco más ó menos.

F.—¿A qué hora recibió usted la comunicacion?

T.—Serian las seis y media próximamente.

F.—¿Quién se la entregó á usted?

T.—Un guardia municipal.

F.—¿Recuerda usted quiénes eran los individuos que formaron la pareja que salió para prestar el servicio?

T.—Sí, señor; Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Fernandez Uzal.

F.—El guardia municipal Daniel Gomez, ¿sabe usted si les acompañó?

T.—No sé si al salir la pareja saldria con ella; yo estaba hácia el balcon, y me parece que debieron salir juntos.

F.—Ademas de la comunicacion oficial que recibió el declarante, el guardia municipal le dió de palabra alguna instruccion ó manifestacion reservada de la alcaldía?

T.—Ninguna.

F.—¿No le hizo indicacion respecto á que saliera la pareja de modo que no fuera vista al penetrar en Miera?

T.—Ninguna.

F.—Los guardias ¿qué noticias le comunicaron á usted respecto de la muerte de Juan de la Maza Samperio?

T.—Al dia siguiente, serian sobre las siete y media de la mañana y estaba todavia en la cama cuando me entregaron una carta del cura de Miera. Yo estuve esperando hasta las ocho ú ocho y media, por ver si regresaba la pareja, y en vista de que no bajaba, me decidí á marchar á Miera, encontrando en el camino á una mujer á quien no conozco, que me dijo que los guardias la habian encargado que me hiciera una referencia de lo que habia ocurrido aquella mañana.

F.—El declarante, en cumplimiento de su mision, ¿qué diligencias practicó no bien llegó á Miera?

T.—En el momento de entrar en Miera, lo primero que hice fué avistarme con Ledo, encargado de la pareja, y me dijo todo lo que habia ocurrido. Pasé á estar con el juez municipal y con el alcalde y con el cura Samperio y Manuela del Cañizo.

F.—¿Qué noticias le suministraron esas personas á quienes se ha referido?

T.—El guardia me dijo que sobre las once de la noche habian llegado á casa del alcalde, y que le manifestaron que habian oido algunas detonaciones; que en vista de esto estuvieron patrullando por el pueblo, y no viendo á nadie por allí, se retiraron; que al dia siguiente habian sido avisados, por el mismo amo de la casa donde estaban alojados, de que habia un herido en la Fuente Sagrada, por lo que se arreglaron y salieron al sitio del siniestro, donde encontraron al herido y le preguntaron, y que á lo que le preguntaron, les contestó. Eso fué lo que me manifestó el encargado de la pareja. El juez municipal nada me dijo, porque ignoraba las causas de lo que habia ocurrido, y el Alcalde me dijo lo mismo.

F.—¿A qué hora habló usted con el Juez municipal?

T.—Entre once y doce de la mañana, cuando llegué á Miera.

F.—Y Samperio, ¿no le hizo alguna indicacion respecto á quién pudiera haber sido el causante de la muerte de Juan de la Maza?

T.—D. Cristóbal Samperio me dijo que sobre las nueve de la noche habia sentido *jujear* á su sobrino, y dijo refiriéndose á él: «Por ahí va ese tonto.» Le pregunté si sabia quiénes pudieran

haberle muerto, y me dijo: «Pues ¿quiénes habian de ser sino los que andaban de noche por el pueblo?» Le insté á que me indicara quiénes eran esas personas que andaban de noche por allí, y me contestó que la guardia civil.

F.—¿No hizo indicacion á que la guardia civil pudo haber obedido ó cedido á indicaciones de otras personas?

T.—No me refirió más palabras que las dichas.

F.—Y usted en las noticias que adquirió en Miera ¿no notó que existiese alguna contradiccion?

T.—Muchas.

F.—¿Puede explicar alguna?

T.—Varios testigos á quienes traté de examinar, se ocultaron. En primer lugar Pedro Mora, á quien fuí á buscar á su casa, y se ocultó, siendo así que estaba en ella; volví despues y le encontré, dirigiéndole varias preguntas referentes á la muerte de Samperio, á lo que me contestó que no tenia de responder; que lo diria donde debiera; y nada quiso decir por más que le hice notar que á mi podia y debia decirme lo que supiera, por ser yo representante y funcionario de la autoridad. Procuré buscar á otros, y tambien se ocultaban todos, excepto Tomás Higuera, que fué el único á quien conseguí ver, y le pregunté y no recordo ya, ni puedo precisar lo que contestó, por el largo tiempo que desde entonces ha transcurrido

F.—¿Recuerda usted qué personas son las que figuraban en el registro del puesto como sospechosas?

T.—Sospechosas no habia ninguna en el pueblo de Miera.

F.—¿Y como causantes de esos desórdenes ó trastornos nocturnos?

T.—Como causantes de los desórdenes, eran, segun mis antecedentes, algunos jóvenes: Pedro Mora, Tomás Higuera y otros que salían á hacer sus rondas y hacían disparos.

F.—¿Y usted practicó alguna diligencia para favorecer el reposo público?

T.—Sí, señor; una noche que al entrar en el pueblo oí varios disparos, hice varias pesquisas por el pueblo, sin poder averiguar quiénes alborotaban, y tuve conocimiento de que eran frecuentes los tiros en los dias de fiesta; aquel dia no pude precisar el sitio donde sonaron á causa de lo malo del terreno.

F.—¿Qué dia fué eso?

T.—No lo recuerdo.

F.—¿Puede usted acreditar de alguna manera la práctica de esas diligencias?

T.—Sí, señor; con el guardia que iba en mi compañía.

F.—¿Extendió usted diligencias por escrito formando algún expediente ó atestado?

T.—No, señor.

F.—¿Estuvo usted presente cuando se empezaron á instruir las diligencias en Liérganes, en virtud de órdenes superiores?

T.—No lo recuerdo.

F.—¿Recuerda usted que se haya detenido ó maltratado alguno de los testigos en el puesto de Liérganes?

T.—No, yo no recuerdo eso.

F.—¿No recuerda usted si se amenazó á alguno de los testigos con ponerle esposas y grillos si no declaraba en determinado sentido?

T.—Es incierto eso.

F.—Recuerda si alguno de los guardias que hoy figuran en este proceso atemorizó aquella noche á Encarnacion Gomez Higuera?

T.—Lo ignoro.

F.—¿Recuerda usted si transcurridos unos dias, encontrándose usted en Miera, pasó Pío Gomez Acebo, y le hizo usted alguna indicacion acerca de la muerte de Juan de la Maza?

T.—Sí, señor; le habia buscado yo por la mañana para ver si sabia algo sobre lo ocurrido, y enfrente de la casa de Mier le ví y le hice algunas preguntas sobre el caso.

F.—¿V. recuerda haber dicho á José Acebo (a) el Mantequero. «Es preciso que quites la declaracion que has Jado, y si no ya verás dentro de pocos dias»?

T.—Es falso.

F.—¿Recuerda si le amenazó, y luego quiso ocultar la amenaza diciendo que era imposible que nadie hubiese encontrado á los guardias?

T.—Yo le dije que á las nueve de la noche era imposible que hubiesen encontrado en el sitio de la Hoz á los guardias, puesto que no habian tenido tiempo de subir allá.

F.—¿Recuerda usted si el José Acebo le desmintió á usted de una manera enérgica?

T.—Eso no lo recuerdo; más bien se calló, que no desmintió lo dicho por mí.

F.—A usted, ¿qué concepto le merecia Juan de la Maza Samperio?

T.—Excelente concepto; le conocia mucho y á fondo

F.—¿Cree usted que fuera de los que durante las noches perturbaban el reposo público?

T.—Unido á otros, sí, señor.

F.—¿Sabe si tenia armas?

T.—Lo ignoro.

F.—En la mañana del 23, ¿practicó usted un minucioso y escrupuloso exámen de las armas que llevaba la pareja de la guardia civil?

T.—Sí, señor; despues que examiné al guardia encargado de la pareja, y enterado de lo que me dijo sobre el asunto D. Crisóbal y doña Manuela Cañizo, examiné las carabinas y pude observar que no se habia hecho fuego con ellas al parecer desde hacia bastante tiempo; examiné además las carteras de los cartuchos y estaban completos tambien.

F.—Y sabe usted si los guardias pudieron averiguar quiénes fueron los verdaderos causantes de la muerte de Juan de la Maza Samperio?

T.—Ellos practicaron algunas diligencias, porque despues del 23 estuvieron constituidos en Miera cuatro dias con ese objeto. Nada, sin embargo, pudieron sacar en consecuencia, porque unos decian una cosa y otros otra.

F.—¿Recuerda usted si las diligencias instruidas por la jurisdiccion militar se incoaron á virtud de una denuncia anónima que fué recibida por el Comandante?

T.—Lo ignoro.

F.—¿Recuerda usted si el gobernador civil tuvo que mandar un fiscal para que incoara las diligencias?

T.—Lo ignoro.

F.—Desearia que este testigo, que ha hecho afirmaciones en contradiccion con lo que afirma otro testigo que ha de declarar, permanezca aquí hasta la ocasion oportuna.

*
* * *

Acusador privado (García del Moral).—Supo el testigo el sentido de la declaracion que habian prestado algunos en la instruccion de las diligencias de esta causa?

Testigo.—Lo ignoro, puesto que se instruyeron reservadamente.

A.—¿No supo la forma en que habia declarado José Acebo (a) El Mantequero?

T.—Lo ignoro.

* *

El señor Cárabes.—El 22 de Julio de 1883 ¿hacia mucho tiempo que estaban en el puesto de Liérganes los guardias Vicente Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal?

Testigo.—El guardia Vicente Ledo entró ó llegó el día 10 de Julio de 1880, y Sebastian Uzal llevaba más tiempo, sin que yo pueda decir cuánto, porque no lo recuerdo

C.—¿Sabe el testigo si esos dos guardias tienen algun género de relacion con Pozas?

T.—Lo ignoro.

C.—¿Habian prestado muchas veces servicio en el pueblo de Miera?

T.—Los que les correspondian en turno.

C.—¿Tenia conocimiento don Aurelio Pozas, al reclamar esos servicios el día 22 de Julio, que correspondia prestarle á esos mismos guardias?

T.—Es imposible porque eso es reservado para el comandante del puesto.

* *

El señor Agüero.—Pido al señor Presidente se sirva disponer que se lea el oficio del Alcalde de Miera al comandante de la guardia civil del puesto de Liérganes reclamando el auxilio de una pareja para conservar el orden público en aquel pueblo. (Se lee) Presidente.—¿Es ese el oficio que usted recibió. (al testigo)

Testigo.—Ese es el oficio del cual dí yo traslado al señor Juez de primera instancia de Santofia.

Agüero.—Viendo lo que el señor Alcalde de Miera decia en ese oficio, ¿indicó á la pareja, ó al menos al jefe de ella, que no entrara en Miera antes de las once de la noche?

Testigo.—No, señor.

A.—¿Entre las personas en que usted practicó averiguaciones, hubo una sola que le dijese á usted que habia visto á la pareja antes de las once de la noche?

T.—Hubo más de uno, puesto que lo dijeron Tomás Higuera, José Acebo, y tambien otros varios que no recuerdo.

A.—La pregunta que yo le hacia á usted es distinta; es si

alguno les habia visto entrar en Miera antes de las once de la noche?

T.—Antes, en Miera, ninguno

A.—¿Hizo usted esta pregunta á algunos vecinos de Miera?

T.—A varios, sí, señor.

A.—Usted que conoce los antecedentes de los guardias tiene motivo alguno para presumir que, instigados por el interés ó por otro móvil cualquiera, faltaran á la consigna que usted los habia dado de entrar en Miera á las once de la noche.

T.—No, señor; no es posible creerlo.

A.—¿Vicente Fernandez Ledo lleva veinte y tantos años en el servicio?

T.—Lleva veinte y cuatro años

A.—¿Tiene en su hoja de servicios el más insignificante hecho, la menor tacha que pueda empañar el brillo de tantos años de honradez y pundonor?

T.—No tiene ni la mas mínima tacha en el tiempo que lleva.

A.—Y para que esto se aprecie, ¿puede decirnos qué correccion se impuso al otro guardia.

T.—En el tiempo que ha estado á mis órdenes solo se le impuso un correctivo, no por faltas en el servicio, sino en los actos de la Academia, que no merece casi llamarse correctivo.

A.—¿Tiene noticia de que habiéndose prevenido por los jefes que no montaran los guardias en los coches, el guardia de que se trata, dijo que por dos pesetas se podia ir en coche?

T.—Sí, señor; y de eso dí yo cuenta á la superioridad.

A.—Ruego á la presidencia se sirva mandar que se dé lectura del oficio pasado por el gobernador á la autoridad militar excitando su celo, si es que el señor Secretario le encuentra en el proceso.

Presidente.—¿Para qué?

Agüero.—Sí, con el objeto de esclarecer una pregunta hecha al testigo por el señor fiscal y repreguntar yo sobre ese mismo asunto.

P.—A ver si le encuentra usted.

(El Secretario hojea el proceso sin hallar el oficio.)

A.—Yo tampoco he visto ese oficio en el proceso; sin embargo si el señor Fiscal que le ha citado, cree que existe, puede indicar dónde está.

Fiscal.—Lo que puedo dar á conocer es la correspondencia seguida entre el Fiscal y el Gobernador civil; y entre ella está

el oficio en que excitaba el celo de la autoridad militar para que practicase averiguaciones.

P.—Está terminado este incidente,—(Al testigo) usted tiene obligacion de venir diariamente aquí hasta tanto que se practique el careo que ha indicado el Ministerio Fiscal.

Eusebia Higuera Prado

NO SABE SI TIENE 50 Ó 45 AÑOS, SOLTERA Y LABRADORA.

El señor Fiscal.—¿Vió usted á Maza en la mañana del 23?

Testigo.—Sí, señor; estaba sentado

F.—¿Vivia?

T.—Sí, su hermana Julita le preguntó y él volvió la vista hacía ella.

F.—¿Qué personas habia allí?

T.—Juan Lavin, su esposa y los guardias.

F.—¿Ha oido quiénes pudieran ser los autores?

T.—En las primeros días nada. Despues que los testigos declararon se empezó á decir que los procesados eran los culpables. El Mantequero era uno de los que lo decian.

* * *

Acusador privado.—¿Sabe usted si Maza habló en la Fuente Sagrada?

T.—Se lo oí á mi hermano y á otros.

A.—¿Con quién decian que habia hablado?

T.—Con un guardia civil.

A.—Oyó usted tambien que anduviera algo al ser trasladado á la ermita?

T.—Sí, señor; tambien lo oí

* * *

El señor Cárabes.—¿José Higuera Prado es hermano de usted?

Testigo.—Sí, señor

C.—¿Es al que oyó decir que Maza habia hablado?

T.—Sí.

C.—Ha sido usted reconvenida por Pedro Mora á causa de la declaracion que prestó usted en Santaña?

T.—Despues de volver yo de declarar se acercó á mi casa y me dijo que cómo habia tenido yo valor para declarar contra él

y me quiso maltratar, viéndome obligada á decirle que no habia declarado en contra suya, y que viniera conmigo á Santoña y se convenceria.

C.—¿Antes del 22 de Julio se oian disparos en Miera por las noches?

T.—Sí, señor; muchas veces y ahora tambien.

Sesion cuarta, 28 de Agosto de 1884

Susana Perez Higuera

DE 60 AÑOS, LABRADORA.

El señor fiscal.—A qué hora fué usted á misa en la mañana del 23 de Julio?

T.—De cuatro y media á cinco.

F.—¿Qué observó usted al ir á la Iglesia?

T.—Que en la Fuente Sagrada estaba Maza herido y con él ví á los guardias y á Bráulio Mier. Despues lo trasladaron á la ermita donde le dieron un poco de té. Luego vino su hermana y le preguntó quién le habia matado, volviendo él la vista hácia ella. Cuando ya no decia nada el herido le sacaron fuera y vino el cura y le dió la Uncion.

F.—¿Vió usted si le dieron alguna medicina?

T.—Le dieron té nada más.

F.—¿Quién se lo dió?

T.—Mi marido y Juan Lavin. El herido, al tomar el té, dijo que estaba caliente y Lavin le contestó que él lo soplaría.

F.—¿Oyó usted misma decir á Maza que estaba caliente el té?

T.—No, señor; se lo oí contar á Juan Lavin.

F.—Cuando usted llegó al lugar donde se encontraba Maza ¿estaba ya allí su marido de usted?

T.—Bajaba por una escalerilla que hay allí cerca, y le llamó un guardia para que fuera con él á donde estaba el herido, y fué en seguida, porque como hay que obedecer... pero yo no me atreví.

F.—¿Qué más observó usted junto al herido?

T.—Yo no tuve valor para estar allí y me marché en seguida.

F.—¿Sabe usted quiénes fueron los que mataron á Maza?

T.—Los contrarios de Pozas y Mier echan la culpa á estos; pero la mayor parte dicen que estan inocentes

* * *

Acusador privado.—¿Ha oido usted que Maza habló en la Fuente Sagrada?

Testigo.—Oí á mi marido y á Lavin que habia hablado; que le preguntaron los guardias que quién le habia herido y contestó que él mismo y nadie más.

A.—¿Sabe usted si usaba armas?

T.—Yo le ví una en cierta ocasion que estaba cuidando unas vacas en un prado.

A.—¿Qué clase de arma era la que usted le vió?

T.—No sé si era escopeta ó fusil.

Juan Higuera Maza

37 AÑOS, CASADO, CANTERO

El señor Fiscal.—¿Sabe usted si Juan Maza fué muerto violentamente?

Testigo.—He oido que fué asesinado por Pozas y los guardias.

F.—¿Qué motivo cree usted que pudo tener el autor de la muerte de Maza para llevarla á cabo?

T.—No calculo. Aunque eran contrarios en la cuestion de elecciones, no sé si seria por esto ó por alguna otra cosa.

F.—¿Sabe usted si Pozas maltrató alguna vez á Maza y á su hermana Julita?

T.—Acerca de que le maltratara á él no he oido nada. De su hermana sí se lo he oido á varias personas.

F.—¿Qué ha oido usted?

T.—Que la habia pegado unos palos en el Cagigal.

F.—¿Sabe usted si Pozas en alguna otra ocasion disparó algun tiro contra alguien?

T.—Sí, señor; contra mí.

F.—¿Y de otras personas, no sabe usted que hiciera lo mismo contra ellas?

T.—He oido que á Tomás Maza tambien le disparó, pero no lo sé de cierto

F.—¿No ha oido usted tambien que huyendo de Pozas Tomás Maza pasó una noche en una peña porque le tenia miedo?

T.—Sí, señor; lo he oído.

F.—¿Qué motivos hubo para ese acto de agresión por parte de Pozas?

T.—Que Pozas había cerrado una orilla y le habían tirado la cerca, por lo que sospechó que fuera Tomás.

F.—¿Sabe usted si era Maza de los que perturbaban el pueblo por las noches?

T.—Yo nunca lo ví. Paro poco en el pueblo.

F.—¿Ha oído usted decir que después del delito fuera maltratado algún testigo por las declaraciones que habían prestado?

T.—Oí que á Catalina la había maltratado el padre de Mier, pero á mí no me consta nada.

*
* *

Acusador privado.—¿Sabe usted si habló Maza en la Fuente Sagrada y en la ermita?

Testigo.—A José Higuera le he oído decir que sí y á otros que no.

*
* *

El señor Cárabes.—¿Votó usted contra Pozas en las últimas elecciones?

Testigo.—Sí, señor.

C.—¿Presentó usted denuncia criminal contra Pozas cuando le disparó el revolver?

T.—Sí la presenté.

C.—Cuando ocurrió la muerte de Maza, ¿estaba usted en el valle de Toranzo?

T.—Sí, señor.

C.—Tardó usted mucho en volver á Miera después del 22 de Julio?

T.—No recuerdo bien, pero no debí tardar.

C.—¿Siguió usted después en el valle de Toranzo mucho tiempo?

T.—Sí, señor; bastante.

C.—¿Dónde oyó usted referir á Santiago y Anastasio Lastra Mora los detalles sobre la muerte de Maza?

T.—En mi casa; no recuerdo en qué fecha.

C.—¿Fue en el primer viaje?

T.—Sí, señor.

C.—¿Cuántos días estuvo usted en Miera?

T.—Tres ó cuatro. Todavía no estaban reducidos á prision los procesados.

(El señor Cárabes pide que se consigne en el acta esta última manifestacion del testigo.)

C.—¿Es cierto que el Mantequero, desde dias inmediatos á la muerte de Maza, ha estado al lado de usted trabajando en las obras de Toranzo y viviendo en la misma casa donde usted vivia?

T.—Sí estuvo en Toranzo; pero no viviendo conmigo, sino con otros.

C.—¿Cuánto tiempo hace que Pozas amenazó á Santiago Higuera con un revolver?

T.—Hace ya mucho tiempo. A poco de ir al pueblo don Aurelio Pozas.

* * *

El señor Colongues.—¿Se culpaba á Mier y á Lavin de la muerte de Maza al atribuir el hecho á los procesados la voz pública?

Testigo.—No he oido nada acerca de ellos.

* * *

El señor Agüero.—¿Es usted amigo del cura de los Barrios don Simon Perez?

Testigo.—No, señor.

A.—¿No ha gestionado don Simon en una causa criminal que se le seguia al testigo para que saliera bien?

T.—No, señor.

A.—¿El cura don Simon no buscó cartas de recomendacion en Madrid en favor de usted?

T.—No es cierto.

A.—¿Quién escribió la denuncia de que Pozas habia disparado contra el testigo?

T.—El cura don Simon.

A.—¿Y no acudió usted despues á retirar la denuncia manifestando que la habia producido bajo una impresion extraña?

T.—Es cierto que retiré la denuncia, pero lo hice por no tener una cuestion de tal naturaleza con un señor como Pozas.

A.—¿Quién escribió la retractacion? ¿El mismo cura don Simon Perez?

T.—No, señor; la escribió el mismo secretario.

Fermin Gomez

DE 35 Á 38 AÑOS, CASADO, CANTERO

El señor fiscal.—¿Qué sabe usted de la muerte de Maza?

Testigo.—He oído decir á Eduardo Fernandez, cuñado de Pozas, que á Maza le habian quitado una pistola, unas cápsulas y un puñal.

F.—¿Quiénes estaban delante cuando dijo eso?

(El testigo cita algunos nombres que no pudimos retener)

F.—¿Sabe usted cómo murió Maza?

T.—Le dispararon 7 ú 8 tiros.

F.—¿Y á quiénes se les considera autores del hecho?

T.—Unos culpan al alcalde y á los guardias, y otros no.

* * *

Acusador privado.—Esa manifestacion de Eduardo Fernandez, cuñado de Pozas, ¿no la hizo al oír que habian matado á Maza alevosamente ó indefenso?

T.—Sí, señor; y hasta dijo que era mentira

A.—¿A donde dijo que habian llevado las armas?

T.—A la secretaria.

A.—¿Sabe usted quién las llevó allí?

T.—No, señor.

* * *

El señor Cárabes.—¿A quién oyó usted en Miera que fueran Pozas y los guardias los autores de la muerte de Maza Samperio?

T.—No lo recuerdo.

C.—Si le dieran á usted algun tiempo, ¿lo recordaria?

T.—No, señor.

C.—¿Cuándo lo oyó usted la última vez?

T.—Hace ya mucho tiempo. Creo que lo oí el día que dieron tierra al cadáver.

C.—¿Dónde?

T.—En la puerta de la Iglesia.

* * *

El señor Colongues.—¿Qué es lo que dijo Eduardo Fernan-

dez al referir lo de las armas de Pozas? ¿Que se las habian quitado ó que se las habian encontrado?

T.—Que se las habian quitado.

C.—¿Pero fué estando vivo Maza ó cuando ya estaba muerto?

T.—No lo dijo.

C.—¿Ha oido usted culpar de la muerte de Maza á Mier y á Lavin?

T.—No, señor.

El testigo pide la indemnizacion de gastos.

..

Se lee por el señor secretario la declaracion de Domingo Fernandez Alonso, fallecido.

Tomás Gomez Maza

40 AÑOS, CASADO CANTERO.

El señor fiscal —¿Estuvo usted el 22 por la tarde en el establecimiento de Lavin?

T.—No, señor; me marché á mi casa.

F.—¿Salió usted por la noche?

T.—No, señor.

F.—Desde su casa, ¿oyó usted disparos de arma de fuego?

T.—No, señor, ninguno.

F.—¿Sabe usted si ha oido que la guardia civil entró en el pueblo y prendió á Maza aquella noche?

T.—Lo oí.

F.—¿Dónde oyó usted que lo habian detenido?

T.—No recuerdo.

F.—¿Sabe usted si lo llevaron por el callejo de Pereda á la Iglesia?

T.—Así lo oí.

F.—¿Oyó usted tambien que lo habian tenido encerrado en casa de Mier?

T.—Sí, señor.

F.—¿Lo sacaron despues y lo condujeron á la Iglesia?

T.—No lo he oido.

F.—¿A quiénes ha oido usted culpar de la muerte de Maza?

T.—A la guardia civil y al alcalde.

F.—¿Usted recuerda haber sido amenazado alguna vez por el alcalde don Aurelio Pozas?

T.—Pues hace cuatro años, el 21 de Abril, despues de salir de la sesion del Ayuntamiento, siendo yo regidor, fui nombrado por la corporacion para recibir, con otros dos compañeros, una escuela que se habia construido en el barrio bajo. De regreso entramos en casa de Bráulio Mier, donde tomamos un vaso de vino y mandamos que nos prepararan algo que comer. Al despedirnos de Mier, á eso de las doce ó doce y media, me dijo este: «Esta noche te quedas en casa», á lo que le contesté: «A nadie he hecho daño y no creo que nadie me lo hará á mí.» «Pues ya que te empeñas en ir, me replicó, lleva este palo y al menor bul-to que veas en el camino refrate.» Salí solo, y en el punto donde yo tenia sospechas ya me recelé un poco, y me salí fuera del camino. Seguí andando, y como á treinta pasos, poco más ó menos, ya se me figuró ver un bulto y otro que iba parándose fuera del camino. Me dispararon sin herirme, y al mismo tiempo se oyó una voz que dijo muy alto: «¡A él!» Yo no seguí, y esa noche la tuve que pasar escondido en una peña, porque cogí miedo de que me siguieran. Más tarde se reunieron la guardia civil, el alcalde y el señor Pozas con motivo de una denuncia sobre corta fraudulenta en el monte, y entonces yo le dije á Pozas que por qué causa me habia disparado los tiros, y me contestó que era cierto y que no habian de ser los últimos.

F.—Sabe usted algo respecto á la muerte de Maza?

T.—Sobre eso yo no sé más que lo que dice la voz pública.

F.—Pero cuál es la opinion que más prevalece en el pueblo?

T.—Que fueron los procesados.

* * *

Acusador privado.—¿Recuerda el testigo haber estado con Pedro Mora la noche del 22?

T.—No, señor.

A.—¿Vió usted ó recuerda que aquella noche Pío Lavin y Bráulio Mier corrian detrás del Mantenero?

T.—No.

* * *

El señor Cárabes.—¿Figuraba usted en la candidatura de los amigos de D. Aurelio?

T.—Los contrarios de don Aurelio me dieron los votos.

C.—¿Es usted cuñado de Mora?

T.—Concuño.

C.—¿A qué distancia de la Iglesia está la casa de usted?

T.—A tres cuartos de legua ó una legua.

C.—¿Ha oído usted á Mora culpar á los procesados?

T.—A Mora no le he oído nada de eso.

C.—¿Sabe usted si sus compañeros de ayuntamiento propo-
nían para alcalde al concañado de usted?

T.—No recuerdo.

C.—No era también uno de los que se votaban por sus amigos
de usted para concejales?

T.—Creo que sí.

C.—¿Es cierto que Mora marchó á Méjico á fines de Setiem-
bre?

T.—Sí

C.—¿No coincidió su marcha con el nombramiento de un juez
especial en Liérganes para continuar el sumario de este pro-
ceso?

T.—No lo recuerdo.

* * *

El señor Colongues.—¿Cuántos tiros le dispararon á usted la
noche á que se acaba de referir en su declaración?

T.—Recuerdo uno y no sé si fueron más.

C.—Cuando el testigo habló con Pozas de este suceso y don
Aurelio no negó el hecho, estaban delante los guardias civiles?

T.—Allá adelante estaban.

C.—¿No se culpa ni directa ni indirectamente á Bráulio Mier
y á Lavin?

T.—No, señor.

El testigo pide indemnización de gastos.

Agustín Cárcoba Gómez

36 AÑOS, CASADO Y LABRADOR

El señor fiscal.—¿Sabe usted á qué hora entró la guardia ci-
vil en el pueblo de Miera?

T.—No lo sé.

F.—¿Cuándo supo usted la muerte de Maza?

T.—Al otro día del suceso.

F.—¿Le vió usted en el Campo de la Iglesia?

T.—No le ví hasta que no le hicieron la autopsia.

F.—¿Qué conversacion sostuvo usted con otros, por el monte de la Toba?

T.—Íbamos cinco por el monte y dijo Ramon Perez: «¿No parece mentira que aquel hombre indefenso le ¡mataran así?» Y dijo el chico: Indefenso no, que le registraron el alcalde y un guardia civil, y le encontraron un puñal, unas cápsulas y una pistola.

F.—¿No desmintió nadie esa afirmacion?

T.—No observé que nadie contestara.

F.—¿Oyó usted á D. Eduardo Fernandez?

T.—Sí, señor; le oí.

* * *

Acusador privado.—¿Habló Maza en la Fuente Sagrada y en la ermita?

T.—Le oí á José Higuera Chaves que habia hablado.

A.—¿Sabe usted si pidió la boina?

T.—Lo he oido aquí á Juan Lavin.

A.—¿En dónde decian que habia hablado Maza?

T.—En la Fuente Sagrada.

A.—¿Y en la ermita?

T.—No lo he oido.

A.—¿Sabe usted si Pozas maltrató á Julita en alguna ocasion?

T.—Yo no he sabido nada de eso hasta que lo leí en los periódicos.

* * *

El señor Cárabes.—¿La mayor parte del pueblo cree culpable ó inocente á Pozas?

T.—Inocente.

* * *

El señor Colongues.—¿Lo que dijo Eduardo Fernandez acerca del registro en que se encontraron las armas á Maza, era estando este muerto ó herido?

T.—Despues de herido.

* * *

El señor Agüero.—Cuando Eduardo Fernandez manifestó que le habian sido cogidas las armas á Maza, ¿dijo que le constaba ó que lo habia oido decir?

T.—Que lo habia oido decir.
Presidente.—Puede usted retirarse.

Agustina Gomez

34 AÑOS, CASADA, LABRADORA.

El señor fiscal.—¿Salió usted de su casa en la noche del 22?

T.—No, señor.

F.—¿A qué hora llegó su marido de usted?

T.—Serian las diez menos cuarto.

F.—¿Qué la dijo á usted su marido?

T.—Que habia encontrado á Pedro Mora, Tomás Higuera y otro á quien no habia conocido.

F.—¿Sabe usted qué amistad existe entre Pozas y su marido de usted?

T.—Lo ignoro.

* * *

Acusador privado.—¿Recuerda usted si en la mañana del 23, antes del amanecer, oyó disparos hácia la Iglesia?

T.—Oí dos; pero no puedo decir hácia qué punto.

A.—¿Salió su marido de usted á averiguar la causa de aquellos disparos?

T.—No, señor.

* * *

El señor Cárabes.—¿En la mañana del 23 vió usted á su marido hablar con Mora delante de la casa donde usted vive?

T.—Sí, señor.

C.—¿Oyó usted lo que se decian?

T.—Mi marido le preguntó: «¿Quién era el que iba anoche con vosotros?» y contestó Mora: «El Mantequero.»

C.—¿Ha oido usted decir que alguno viera á Pozas y á los guardias civiles llevar preso á Maza?

T.—No, señor.

* * *

El señor Agüero.—¿Despues de los disparos que oyó usted en la mañana del 23, ¿se volvió usted á quedar dormida?

T.—Sí, señor.

A.—¿En qué se funda usted para decir que era antes del

amanecer cuando oyó los tiros?

T.—¿Cómo?

A.—Digo si sabia usted por el reloj ó por cualquier otro medio que era antes de amanecer cuando oyó los disparos.

T.—No, señor; yo no sé la hora que era.

Balbina Higuera.

28 AÑOS, CASADA, LABRADORA.

El señor fiscal.—¿Estaba usted en Miera la noche del 22?

Testigo.—No, señor; en una cabaña fuera del pueblo.

F.—¿Qué ha oido usted de la muerte de Maza?

T.—Que los que están presos le mataron.

F.—¿Sabe usted si se maltrató á algun testigo por causa de haber declarado de esta ó de la otra manera?

T.—No sé nada de eso.

* *

Cárabes.—¿Es usted sobrina de Juan Higuera?

Testigo.—Sí, señor.

C.—¿A quién oyó usted decir que los autores del hecho son los procesados?

T.—No lo recuerdo.

C.—¿Lo recordaria usted si le dieran tiempo para pensarlo?

T.—No, señor, no puede ser.

* *

El señor Agüero.—Cuando Agustina Gomez dijo en la taberna de Antonia Samperio que habia oido cinco tiros, ¿qué dijo la Antonia?

Testigo.—Que tambien ella los habia oido, y hasta habia visto el humo.

A.—¿Se suelen reunir en esa taberna los contrarios de Pozas?

T.—Sí, señor.

A.—¿Para allí tambien el cura don Simon Perez?

T.—Sí, señor, tambien pára.

El presidente.—Se puede usted retirar.

La testigo.—Mis gastos....

P.—Bueno; constará la reclamacion de usted.

Manuela Gomez Perez

44 AÑOS, CASADA, LABRADORA.

El señor fiscal.—¿A qué hora estuvo en casa de usted el día 23 el guardia municipal?

Testigo.—No estuvo.

F.—¿Quién fué á casa de usted el día 22 por la noche?

T.—Una panadera llamada Catalina.

F.—¿Llamó alguna persona?

T.—Nadie.

F.—A hora avanzada de la noche, ¿no se acercó á casa de usted una mujer que llaman Calixta?

T.—No, señor.

F.—¿Qué sabe usted acerca de la muerte de Maza?

T.—Una vecina me mandó hacer una taza de té y se lo llevó despues de hecho. Entonces supe que era para Maza y que estaba herido.

F.—¿Quién sirvió el té?

T.—Lavin.

*
* *

Acusador privado.—La casa de usted y la de Mier están muy distantes?

Testigo.—Inmediata una á otra.

A.—¿Notó usted en la noche del 23 como ruido de gente dentro de la casa de Mier?

T.—Nada.

A.—Catalina, que durmió en casa de usted aquella noche, ¿no quiso marchar y usted se lo impidió?

T.—No, señor, no es exacto.

*
* *

El señor Cárabes.—¿Son más los que dicen que los procesados son culpables ó los que dicen que son inocentes?

T.—Son más los que dicen que son inocentes.

C.—¿Quiénes les acusan?

T.—Los del partido contrario á Pozas.

*
* *

El señor Colongues.—¿Duerme usted en la misma habitacion que su marido?

T.—Sí, señor.

C.—¿Pudo salir de casa sin que usted le viera?

T.—No.

C.—¿Pudo hablar con alguna persona sin V. saberlo?

T.—Tampoco.

Manuel Acebo Perez

29 AÑOS, CASADO, COMERCIANTE.

El señor fiscal.—¿Vió usted á Maza en la tarde del 22.

T.—Sí, señor.

F.—¿Qué hacia?

T.—Bailar cerca de mi establecimiento.

F.—¿Recuerda usted si Maza bebió vino?

T.—No lo recuerdo.

F.—¿Hasta qué hora estuvo Maza en casa de usted?

T.—Despues que se marchó del baile, volvió antes de las nueve y media, y luego se volvió á ir sin que yo sepa á dónde.

F.—¿Llevaba armas ó algun palo?

T.—No recuerdo.

F.—¿Sabe usted quién prendió á Maza?

T.—Se dijo que el alcalde y los guardias lo habian llevado amarrado por el callejo de Pereda y que lo habian tenido preso en casa de Mier.

F.—¿A quién se atribuye la muerte de Maza Samperio?

T.—A los procesados.

F.—¿Sigue prevaleciendo esa opinion?

T.—Yo, al menos, no he oido á nadie otra cosa.

*
* *

Acusador privado.—¿Sabe usted si Pozas maltrató alguna vez á Julita, hermana del interfecto?

T.—Se decia que la habia pegado en el monte Cagigal.

A.—¿Ha oido usted si Maza habló en la ermita?

T.—He oido á unos que sí y á otros que no.

*
* *

El señor Colongues.—¿En la fecha del 22 de Julio era usted dependiente de Lavín?

T.—No, señor; yo era y soy independiente.

C.—¿Pero en la casa de don Manuel Lavin es donde tiene usted su establecimiento en la planta baja, no es eso?

T.—Sí, señor; eso es

C.—¿Votó el señor Lavin en contra de Pozas?

T.—Sí, señor.

C.—¿Al cerrar usted la puerta de su establecimiento en la noche del 22, qué personas se encontraban dentro?

T.—Alejo, Simon Acebo y Juan Lastra.

C.—¿Qué les dijo usted para que salieran?

T.—Acebo me habia pedido unas alpargatas, encargándome que las echara cintas; pero cuando estaba en esta operacion dieron las nueve y media, y dije: «Mañana llevarás las alpargatas, que ha dado la hora y voy á cerrar.»

C.—¿Tardaron mucho en salir?

T.—No, señor; en seguida.

C.—Despues de cerrar usted, ¿les encontro de nuevo?

T.—Encontré á Juan Lastra y á otro.

C.—¿Qué direccion llevaban?

T.—La de su casa.

C.—Vió usted á Maza Samperio?

T.—No, señor.

* *

El señor Agüero.—Por quién tuvo usted noticia de la prision de Maza?

T.—No recuerdo.

A.—¿Qué distancia hay desde el barrio de Pereda al pueblo de Irias?

T.—No lo puedo apreciar.

Ramona Gomez Perez.

El señor Presidente.—¿Qué edad tiene usted?

Testigo.—No lo sé, señor.

P.—Pero será usted mayor de veinticinco años?

T.—Jesús! Y tambien mayor de cincuenta! (*Muchas risas.*)

P.—¿Estado?

T.—Viuda.

P.—¿Qué oficio?

T.—Labradora.

* *

El señor fiscal.—¿Habló usted el día 23 con Catalina Lavin?

T.—Sí, señor.

F.—Oyó usted que Catalina dijo que había oído disparos?

T.—Dijo que había estado á disgusto en la posada, porque toda la noche había habido movimiento y que había ido una mujer diciendo: «¡Ay, Dios mío, que han matado á mi hermano ó á Pozasi»

F.—¿Fué Calixta esa mujer?

T.—No me pregunten, que yo no sé nada.

F.—¿Qué se decía en Miera el día que enterraron á Maza Samperio?

T.—Oí que le habían matado Pozas y los guardias.

F.—¿Cuál fué la causa que pudieron tener para matarle?

T.—¡Ay, yo no sé, señor!

F.—¿Usted conocía á Maza?

T.—No le había de conocer, si era vecino?

F.—¿Sabe usted si intervino en las elecciones á favor de determinada candidatura?

T.—No, señor.

F.—¿Ha oído usted si fué preso y conducido por el callejo de Pereda á casa de Mier?

T.—No, señor, no; yo estoy en mi casa y no hago caso de cuentos!

*
* *

Acusador privado.—¿Tiene usted un hijo que se llama Tomás?

T.—Sí, señor.

A.—¿A qué hora se retiró la noche del 22 de Julio?

T.—Cenamos y salió y luego volvió á las diez ó diez y cuarto.

A.—¿No le contó su hijo lo que había visto?

T.—No, señor; no me dijo nada.

A.—¿Oyó usted decir á Julita que la había pegado Pozas?

T.—Dijo que la habían pegado, pero no dijo quién, ni dónde.

A.—¿Qué oyó usted contar á acerca del herido?

T.—Nada, nada; yo no me he indicado en eso.

*
* *

El señor Carabes.—¿Es usted madre política de Manuela Lavin?

T.—No, señor, suegra.

C.—La familia de Lavin, ¿no tenía un pleito con la hermana de Pozas?

T.—Sí señor.

C.—¿Estaban enemistados á causa de ese pleito?

T.—No sé

El señor Colongues.—A qué hora cenaron ustedes la noche del 22?

T.—A las nueve y media.

C.—Y otros días ¿á qué hora suelen ustedes cenar?

T.—A la misma hora, poco más ó menos.

Esperanza Cárcoba Lavin

19 AÑOS, SOLTERA, LABRADORA

El señor fiscal.—¿Oyó usted tiros en la noche del 22?

T.—Estando de sobremesa oí dos á eso de las nueve y media ó las diez.

F.—¿De qué parte procedían?

T.—No sé, creo que del lado de la Iglesia.

F.—¿A qué hora salió usted de casa el día 23?

T.—Temprano

F.—¿A qué?

T.—A arreglar los ganados á la cabaña.

F.—¿Encontró usted á Julita?

T.—La oí llorar y la pregunté: «¿Qué tienes?» Y respondió: «¡Que han matado á mi hermano!»

F.—¿A quién se echaba la culpa aquel día?

T.—A Pozas, á Bráulio Mier y á los guardias.

Acusador privado.—¿Sabe usted si habló el herido cuando estaba en la Fuente Sagrada?

T.—A unos he oído decir que sí y á otros que no.

A.—¿Recuerda usted á quiénes oyó decir que no?

T.—No recuerdo.

A.—¿Qué expresiones eran las que atribuían á Maza?

T.—Contaban que había dicho, respondiendo á uno de los guardias, que él mismo se había herido; pero otras personas decían que el otro guardia estaba detrás de una cruz y era el que contestaba. (*Murmillos*)

A.—¿Quién dijo eso?

T.—No recuerdo.

A.—Estaba Pozas en buenas relaciones con Julita'

T.—He oído que la había maltratado en el Cagigal.

A.—¿Sabe usted si Pozas disparó tiros alguna vez contra alguna persona?

T.—Sí, señor; contra Juan Higuera.

A.—¿Contra nadie más?

T.—No, señor.

* *

El señor Cárabes.—Cuando oyó usted esas cosas que ha dicho, ¿estaba usted de criada en casa de D. Manuel Lavín?

Testigo.—Sí, señor.

C.—¿Y ahora?

T.—También.

C.—Está Manuel Acebo de dependiente en la casa en que usted sirve?

T.—Manuel Acebo es independiente. Tiene arrendado el local que ocupa.

C.—¿Pero ha comido en casa de sus amos de usted?

T.—Ha comido, pero pagando.

C.—Usted le ha servido alguna vez la comida?

T.—Sí, señor.

* *

El señor Agüero.—Su señora de usted ¿esperaba á un hermano suyo la noche del 22?

Testigo.—Sí, lo esperaba.

A.—¿Y llegó?

T.—No, señor.

A.—Durante la noche ¿llamó alguno en la puerta?

T.—Nadie

A.—No tengo más que preguntar.

Celestina Lastra.

Fiscal.—¿Conocía usted á Maza?

Testigo.—Sí, señor.

F.—¿Sabe usted quién le hirió?

T.—Don Aurelio y los guardias civiles.

F.—¿Estuvo preso?

T.—Así lo oí.

(También dice la testigo que oyó que había sido encerrado en casa de Mier y que había sido fusilado entre la celda y la torre por Pozas acompañado de los dos guardias ó de uno solo.)

F.—¿Ha oído usted que al oírse las detonaciones se oyó la voz de Mier que decía: «No, don Aurelio; matar no?»

(Falta en nuestras notas la contestación de la testigo á esa pregunta.)

F.—Fué el mismo día 23 cuando oyó usted que los procesados habían matado á Maza?

T.—Sí, señor.

* *

Acusador privado.—¿Ha oído usted que Pozas había maltratado á Julita?

Testigo.—Sí, señor; he oído que la maltrató en el monte de Cagigal.

A.—¿A quién se lo oyó usted?

T.—No recuerdo.

A.—Ha oído usted decir que el herido habló en la Fuente Sagrada?

T.—He oído decir que no habló.

A.—¿A quién se lo oyó usted?

T.—No recuerdo á quién sería.

* *

El señor Cárabes.—¿Es usted sobrina de Pedro Mora?

Testigo.—Sí, señor.

C.—¿Vive usted en su casa?

T.—Sí.

C.—¿Es usted hermana de Anastasio y Santiago?

T.—Sí, señor.

C.—¿Dónde estuvo usted en la tarde del 22?

T.—En la cabaña.

C.—¿A qué hora regresó?

T.—Al anochecer.

C.—¿Estaban en casa sus hermanos de usted?

T.—Sí.

C.—¿Duerme usted cerca de su tía Baltasara?

T.—No; su cuarto está distante del mío.

C.—¿Reparó usted en la tarde del 22, al volver de la cabaña, si estaba en su sitio la red de pescar?

T.—Sí, señor; al oscurecer fueron á echarla al río mis hermanos.

- C.—¿Cuál de los dos la llevaba?
T.—No lo sé.
C.—Lo que usted oyó de que los guardias y Pozas habian da-
do muerte á Maza, ¿se lo contaron á usted sus hermanos?
T.—No, señor.
C.—¿Nunca le hablaron á usted de eso?
T.—Nunca.
C.—¿Bajaron á Mortesante sus hermanos á los pocos dias del
suceso?
T.—No lo sé
C.—¿Y su tío Pedro Mora?
T.—No lo sé tampoco.
C.—Cuando fueron sus hermanos á declarar á Liérganes,
¿quién les acompañaba?
T.—Nadie: fueron solos.

* *

El señor Colongues.—¿A quién oyó la testigo decir al dia si-
guiente del suceso lo que habia ocurrido?

T.—Yo á bien de ellos se lo oí.

C.—Al dia siguiente ¿á quién se lo oyó?

T.—A bien de ellos.

C.—¿No puede designar una sola persona?

T.—No, señor; no lo recuerdo ya

C.—¿Recuerda si lo oyó dentro ó fuera de casa?

T.—Fuera, fuera.

C.—Cuando fué á declarar á Santoña, sabia ya la testigo por
oidas lo mismo que ha declarado en este acto, ó sea que Pozas
y los guardias civiles habian sido los causantes de la muerte de
Maza Samperio?

T.—No, señor.

C.—¿No lo sabia cuando fué á Santoña?

T.—No, señor.

C.—¿Cuándo fué á Santoña la declarante?

T.—En el mes de Setiembre.

C.—La defensa de Bráulio Mier desea que consten esas dos
manifestaciones que ha hecho la testigo; es decir, que oyó al si-
guiente dia del suceso que Pozas y los guardias civiles fueron
los autores, y que cuando en el mes de Setiembrs fué á Santoña
no lo habia oido

Presidente.—La testigo está llorando. No tenga miedo la tes-

tigo; declare lo que sepa.

Cárabes.—Las defensas protestan de esa afirmacion. La testigo está tranquila y serena.

P.—La veo yo llorar.

Testigo.—No, señor; ¿por qué he de llorar?

Colongues.—Señor presidente, ¿va á constar la indicacion de la defensa, segun antes he pedido?

Cárabes.—Ruego que conste la protesta de que no lloraba la testigo, segun manifestacion de ella misma.

Acusador.—Entiendo que la testigo ha incurrido en contradiccion acerca de ese extremo, y en ese caso ruego á la presidencia la invite para que la explique.

Colongues.—La defensa de Bráulio Mier cree que la contradiccion no puede ponerse de manifiesto más que cuando resulte de las declaraciones prestadas en este acto y en el sumario. Si la testigo ha dicho aquí que sabia un dia despues de la muerte de Maza, quiénes se decia que fueron autores de ella, y que cuando declaró en Santoña no sabia tal cosa, en el criterio del tribunal quedará estimar cuál sea la fuerza de la declaracion de esta testigo.

Señor presidente.—El presidente no puede hacer otra cosa que decir á usted manifieste la contradiccion en que ha incurrido la testigo.

Colongues.—La testigo, al ser interrogada por el señor fiscal respecto á qué sabia de la muerte de Maza Samperio, dijo que al dia siguiente de ella oyó, mejor dicho, dijo que sabia; despues rectificó y dijo que lo habia oido, que habia oido al dia siguiente del suceso que don Aurelio Pozas y los guardias civiles fueron los autores; la defensa la preguntó si se lo habian dicho sus hermanos, si lo oyó dentro de su casa, y ha dicho que fuera y á muchas personas en aquel mismo dia; despues, al preguntarla si cuando fué á Santoña á declarar ya lo sabia, contesta que no. Hay una contradiccion notoria: la de saberlo al dia siguiente del suceso y no saberlo cuando fué á Santoña.

P.—Explique la testigo esa contradiccion. ¿Lo sabia usted al dia siguiente de la muerte de Maza?

T.—Lo he oido despues.

P.—Lo supo usted á los cuatro ó cinco dias despues de la muerte de Maza? Usted diga la verdad y no se acobarde. Nada de imposiciones; nada más que la verdad! (*La testigo no contesta ó no se la oye.*)

C — Eso quieren las defensas, la verdad, porque ella es el arma con que cuentan para el fin que se proponen.

P.—Constará la contradiccion, y queda terminado este incidente.

..

El señor Agüero.—Acostumbraban sus hermanos de usted á tender las redes en el río de Miera muy á menudo?

T — No, señor, muy á menudo, no.

A.—¿A qué hora solian ir?

T.—Al amanecer.

A.—Iban muy de tarde en tarde?

T.—Solian ir de ocho en ocho dias.

El señor presidente.—Se suspende la sesion, que continuará mañana á las doce.

Sesion quinta, 29 de Agosto de 1884

Santiago Lastra Mora

DE 17 AÑOS, SOLTERO Y LABRADOR.

El señor fiscal.—¿A qué hora salió usted de su casa en la madrugada del 23 de Julio para ir á buscar la red al río?

Testigo —No sé que hora seria; no conozco el reloj.

F.—¿Faltaba mucho para amanecer?

T.—No, señor; poco.

F.—¿En qué sitio del río tenian ustedes echada la red?

T.—En el puente, á la parte baja.

F.—¿Despues de echada la red volvieron ustedes á casa por el mismo camino que por donde fueron?

T.—No, señor.

F.—¿Cuando salieron ustedes por la mañana, estuvieron fuera de su casa mucho tiempo?

T.—No, señor; poco.

F.—¿Y cuando regresaron ustedes era todavía de noche?

T.—Todavía no habia aclarado.

F.—Qué les llamó á ustedes la atencion en el Campo de la Iglesia?

T.—Vimos salir gente de la casa de Mier y nos retiramos allí á un lado detrás del cementerio.

F.—¿Qué personas vieron ustedes salir de la casa de Mier?

T.—A don Aurelio Pozas y á un guardia civil que llevaban á Maza.

F.—Cuando les vieron ustedes salir, ¿se metieron en el rincón ó ángulo que forma el cementerio con la Iglesia?

T.—Sí, señor; en el rincón.

F.—¿Recuerda usted si en aquellos momentos llovía ó hacia luna?

T.—Hacia luna todavía.

F.—¿Y viento?

T.—No recuerdo.

F.—¿Recuerda usted si Maza llevaba atadas las manos?

T.—No sé; yo ví que lo llevaban cogido por los brazos.

F.—¿Qué más observaron ustedes?

T.—Que le llevaron á Maza entre la torre y la celda; le arriaron á la pared, y Pozas, echándose dos pasos atrás, dijo: «*Ya era hora de que yo hiciera un escarmiento en Miera,*» y disparó dos tiros. Maza cayó al suelo dando un quejido (el testigo lo expresa guturalmente.) Nosotros echamos á correr hácia abajo, y luego oímos la voz de Mier que decía:—«*Matar no, don Aurelio; matar, no; no mate usted,*» y despues sentimos otros dos tiros.

F.—¿Recuerda usted el punto ó sitio donde cayó Maza?

T.—Debajo de las campanas.

F.—¿Cuando se marcharon ustedes de allí quedaba Maza tendido?

T.—Sí, señor.

F.—¿El otro guardia llevaba tambien carabina?

T.—Llevaba una arma, pero no sé si era carabina ó escopeta.

F.—¿Al volver á su casa dijeron ustedes á su tía lo que habian visto?

T.—La digimos que habian matado á Maza; pero no sé si se lo dije entonces ó despues.

F.—¿Disparó el alcalde contra Maza por la espalda ó de frente?

T.—Le arriaron á la pared y fué cuando dijo: «*¡Ya tenia ganas de nacer un escarmiento en Miera!*» dió dos ó tres pasos atrás, y...

F.—Cuándo volvió usted á salir de casa en la mañana del 23, ¿fué usted á la Fuente Sagrada?

T.—Sí, señor.

F.—¿Estaba el herido en el mismo sitio donde cayó?

T.—Cuando yo llegué ya estaba en la ermita.

F.—¿Ha oído usted quién le levantó del sitio en que fué muerto?

T.—No lo he oído.

F.—¿Sabe usted quién le lavó la cara y la cabeza?

T.—No, señor.

F.—¿Recuerda usted si Pedro Mora ó alguna otra persona, hallándose ustedes en Liérganes, les indicó cómo habían de declarar?

T.—No recuerdo.

F.—Se les indicó á ustedes que debían ponerse de acuerdo para decir la hora en que oyeron á Mier: «*Matar no, don Aurelio!*»

T.—No, señor. Yo no sé tampoco qué hora sería.

F.—¿Después que ustedes declararon, hubo alguien que les instigara á retractarse de lo que habían dicho?

T.—Nadie; á mí nadie me ha amenazado.

F.—¿Ha oído usted si Antonia Samperio, después de declarar en Santofía, fué maltratada?

T.—No he oído nada de eso.

*
* *

Acusador privado.—¿Recuerda usted cuántos tiros le dispararon á Maza?

Testigo.—Dos primero y luego oímos otros dos ó tres cuando íbamos para abajo.

A.—Después de los dos tiros primeros ¿Maza cayó?

T.—Sí señor.

A.—¿Cayó hacia adelante?

T.—No sé; él cayó é hizo... (*vuelve á expresar guturalmente el quejido de Maza.*)

A.—¿Está usted seguro de no haber confundido la voz de Mier con la de alguna otra persona?

T.—Sí, señor.

A.—¿Qué distancia hay desde el punto en donde estaban ustedes al sitio en que Maza fué muerto?

T.—No sé; poco.

A.—¿Era mayor que esta sala?

T.—No, señor.

A.—¿No hay en el Campo de la Iglesia un recodo formado por dos paredes que cierran el cementerio?

T.—Sí, señor; está cercado.

A.—¿En qué punto estuvieron usted y su hermano?

T.—Detrás de la escalerilla que está á la entrada del Campo de la Iglesia.

A.—¿Tuvieron ustedes que violentarse para ver á Pozas, Maza y el guardia civil?

T.—No, señor; estábamos bien.

A.—¿Conoceria usted al guardia si le viera?

T.—No, señor; no recuerdo ya.

A.—¿Era alto ó bajo?

T.—Una estatura regular.

A.—¿Cómo conocieron ustedes que era guardia civil?

T.—Por el traje le conocí.

A.—Y Pozas ¿cómo llevaba la escopeta?

T.—En una mano.

A.—¿A qué distancia le tiraron á Maza?

T.—Unos dos ó tres pasos de la pared á donde le arriaron.

A.—Ha oido usted que Maza habló en la Fuente Sagrada ó en la ermita?

T.—No lo he oido.

A.—¿Ha oido usted que amenazaron al Mantequero, por haber declarado en contra de Pozas, y que se le ofreció pagarle los gastos si se marchaba á Bilbao?

T.—Sí, señor; lo oí; pero no recuerdo á quién ni en dónde.

A.—¿Cuándo lo oyó usted?

T.—No recuerdo cuándo.

A.—Y qué es lo que oyó?

T.—Que le habian amenazado al Mantequero, y que le pagaba los gastos si se iba á otra parte.

A.—¿Quién?

T.—Don Aurelio Pozas.

A.—¿Y á quién se lo oyó usted?

T.—No recuerdo á quién se lo oí.

A.—¿Hace mucho tiempo que lo ha oido el testigo?

T.—No recuerdo cuándo.

A.—¿Ha oido si don Aurelio Pozas maltrató en el monte del Cagigal á Julita Maza, hermana del muerto.

T.—Sí, señor, lo he oido.

A.—¿Dónde lo ha oido?

T.—No recuerdo.

A.—¿Lo ha oido más de una vez?

T.—No, señor, me parece que no; no lo recuerdo,

A.—¿Tampoco recuerda á qué persona se lo ha oído?

T.—No, señor.

A.—¿Ha oído el testigo que Pozas amenazara ó disparara algún arma de fuego contra algún vecino de Miera?

T.—Contra Juan Higuera he oído que disparó un tiro.

A.—¿No recuerda el testigo á quién se lo ha oído?

T.—No recuerdo á quién ni en dónde.

A.—¿Era Juan Maza camorrista, ó era, por el contrario, un muchacho tranquilo y de buenas costumbres?

T.—Sí, señor.

A.—¿Tenía armas de fuego Juan de la Maza?

T.—Nunca se las ví.

A.—¿Ha habido en el pueblo durante la causa alguna disputa á consecuencia de haber declarado unos en un sentido y otros en otro.

T.—No, señor.

A.—¿Conoce el testigo á un tal Valeriano Acebo Gomez?

T.—No, señor, no sé quien es.

A.—¿No había en Miera, y acaso hay todavía, una division de opiniones que formaban dos bandos, uno que se interesaba en favor de Pozas y otro en sentido contrario?

T.—Yo no entiendo nada de eso; me he hecho poco caso de esas cosas.

A.—¿Sabe V. si Pozas estaba en buenas relaciones con don Cristóbal Samperio, ó si eran amigos ó enemigos?

T.—No sé si eran amigos ó enemigos.

A.—¿Que rumores circulaban en el pueblo á raíz de la muerte de Juan Maza?

T.—Yo hago poco caso de eso. ¡Como le ví matar no hice caso de nada!

* * *

El señor Cárabes.—¿Es usted sobrino de Pedro Mora?

T.—Sí, señor.

C.—¿Huérfano de padre y madre?

T.—De madre.

C.—¿Y su padre de usted?

T.—Nos abandonó.

C.—¿Es cierto que fueron ustedes recogidos por su tío Pedro Mora?

- T.—Sí, señor.
C.—¿Viven ustedes como criados en su casa?
T.—Sí
C.—¿Recuerdan ustedes lo que hicieron usted y su hermano Anastasio la tarde del 22 de Julio?
T.—No recuerdo.
C.—¿En dónde estuvieron ustedes?
T.—No recuerdo.
C.—¿Fueron ustedes al Rosario?
T.—No recuerdo.
C.—¿Oyeron ustedes misa?
T.—No recuerdo.
C.—¿Estuvieron ustedes en la cabaña?
T.—No recuerdo.
C.—¿Comieron ustedes con sus tíos?
T.—No recuerdo.
C.—¿Fueron ustedes aquella tarde á echar la red?
T.—Sí, señor.
C.—¿A qué hora fueron ustedes?
T.—No sé.
C.—¿Era de noche ó de día?
T.—No recuerdo.
C.—¿Por dónde se dirigieron ustedes al río?
T.—No recuerdo.
C.—¿No hay dos caminos para ir?
T.—Sí, señor.
C.—¿Por cuál de ellos fueron ustedes?
T.—No recuerdo.
C.—¿Quién echó la red, usted ó su hermano?
T.—No recuerdo.
C.—¿Cogieron ustedes pesca?
T.—No recuerdo.
C.—¿En qué llevaron la red?
T.—No recuerdo.
C.—¿Quién la llevó?
T.—No recuerdo.
C.—¿Encontraron ustedes alguna persona en el camino?
T.—No recuerdo.
C.—¿Por dónde volvieron á casa?
T.—No recuerdo.
C.—¿A quién encontraron en casa al volver del río por

la noche?

T.—No recuerdo.

C.—¿A qué hora se acostaron ustedes?

T.—No recuerdo.

C.—¿Cenaron ó no cenaron?

T.—No recuerdo.

C.—¿Quién despertó primero en la mañana siguiente?

T.—No recuerdo.

C.—¿Quién les abrió la puerta para salir?

T.—No recuerdo.

C.—Y para entrar cuando volvieron, ¿quién les abrió?

T.—Mi tía Baltasara.

C.—¿Estaba ya levantada su tía?

T.—No recuerdo.

C.—Al salir, ¿dejaron la puerta abierta, ó llamaron para cerrarla, ó la cerraron ustedes?

T.—No recuerdo.

C.—¿Cuando volvieron á casa, vieron á su hermana Clementina?

T.—No recuerdo.

C.—¿Han hablado con ella alguna vez de este asunto?

T.—No recuerdo.

C.—Pocos dias despues, ¿estuvieron ustedes en casa de Juan Higuera Maza y le contaron lo que habian visto?

T.—Sí, señor.

C.—¿En qué habitacion de su casa hablaron ustedes con él?

T.—No recuerdo.

C.—¿Qué le dijeron ustedes?

T.—Que habian matado á Maza don Aurelio y un guardia civil.

C.—¿Le dijeron ustedes que lo habian visto?

T.—No recuerdo.

C.—¿Dormian ustedes ordinariamente los dos hermanos en la misma habitacion?

T.—Sí, señor.

C.—¿Cerca de su tío y de su tía?

T.—Sí, señor; poco distante.

C.—¿Y cerca de su hermana Clementina?

T.—Sí.

C.—¿Avisaron ustedes que se marchaban á buscar la red?

T.—No, señor.

C.—¿Hacia luna?

T.—Sí.

C.—¿Empezaba á salir ó trasponia?

T.—No recuerdo.

C.—En el sitio desde donde vieron la muerte de Maza, ¿les daba á ustedes la luna de espalda ó de frente?

T.—No recuerdo.

C.—¿Estaban ustedes colocados detrás de la escalerilla arri-
mados á la pared ó un poco más adelante?

T.—A la parte de abajo de la escalera.

C.—¿Detrás del muro?

T.—Sí.

C.—¿Estaban ustedes de espaldas á la pared ó de cara?

T.—No recuerdo.

C.—¿Muy arrimados á la pared ó más adelante?

T.—Arrimados.

C.—¿Cuál de ustedes estaba más cerca de la escalerilla?

T.—No recuerdo; juntos.

C.—Si la presidencia lo permite, que se acerque el testigo
á cualquier lado de la sala para que diga prácticamente cómo
estaban colocados.

Presidente —Concedido.

Cárabes (al testigo).—Acérquese usted á ese ángulo y póngase
usted en la misma actitud en que estaban.

El testigo sube al estrado y se acerca al ángulo de la izquier-
da de la presidencia indicando la posición en que estaban él y
su hermano.

C.—¿Estaban ustedes sentados ó de pié?

T.—De pié.

C.—¿Cuál de los dos que conducian á Maza iba del lado en
que se encontraban ustedes?

T.—Don Aurelio, y al otro lado el guardia.

C.—¿A qué pared le arrimaron?

T.—A la del lado de la celda.

C.—¿Y cuando le arrimaron se estuvo quieto?

T.—Sí, señor.

C.—¿Le sujetaba el guardia?

T.—No.

C.—¿De modo que el guardia se retiró y le dejó solo?

T.—Sí, señor.

C.—¿Y se estuvo quieto Maza? ¿No hizo ningún movimiento

ni profirió palabra ninguna?

T.—Se estuvo quieto

C.—¿Recuerda usted haber bajado ocho dias despues á Mortesante con Pedro Mora y otros?

T.—No.

C.—¿No recuerda ó no bajó?

T.—No recuerdo; no es cierto.

C.—¿Habló usted en los primeros dias despues del suceso con Mora acerca de lo que vieron ustedes?

T.—No; lo que yo dije á los tres ó cuatro dias de declarar al preguntarme qué habia declarado yo, fué que habian matado á Maza.

C.—Cuando fueron ustedes á casa de Higuera y le contaron lo sucedido, ¿habian pasado ya muchos dias del hecho?

T.—No recuerdo.

C.—¿Les llamó á ustedes Higuera ó fueron espontáneamente á su casa?

T.—No recuerdo.

C.—¿Sabe usted si su tío Pedro bajó con ustedes á Liérganes?

T.—No, señor.

C.—¿Estuvo él allí?

T.—No recuerdo.

C.—¿No estuvo en la misma posada que ustedes?

T.—No recuerdo.

C.—¿Habló usted con el mantequero antes de declarar en Liérganes?

T.—No recuerdo.

C.—¿No dijo usted á Julita que habia visto entrar en casa de Mier á la guardia civil conduciendo á Maza?

T.—No recuerdo.

C.—¿Con quién bajó usted á Liérganes?

T.—Con mi tía Baltasara.

C.—¿Y con su hermano?

T.—Sí, señor.

C.—¿Estaba Mora en la casa donde durmieron?

T.—No recuerdo.

C.—¿No vió usted á Julita?

T.—No recuerdo.

C.—En estos dias últimos ¿ha hablado usted con ella?

T.—No recuerdo.

C.—¿Es cierto que su tía les dijo cuando volvieron por la mañana que eran unos bribones y que no contarán nada de lo que habían visto?

T.—Es cierto.

C.—¿Cumplieron ustedes el encargo de su tía?

T.—No recuerdo.

C.—¿Quién les habló para que fueran á declarar á Liérganes?

T.—No recuerdo.

C.—¿Quién les mandó que fueran á declarar?

T.—No recuerdo.

C.—Después de la mañana del 23, ¿usted y su hermano han hablado de lo que vieron y de si debían ó no contarlo ó callarlo?

T.—No recuerdo.

C.—¿Sabe usted cómo llevaba el arma el guardia civil?

T.—En la mano.

C.—¿En qué mano?

T.—Así la llevaba (*Indicando la izquierda.*)

C.—¿En qué mano llevaba Pozas la escopeta?

T.—En la izquierda.

C.—Cuando pasaron al lado de ustedes Pozas, Maza y el guardia, ¿á qué distancia pasaron?

T.—Casi pegados.

C.—¿Iban hablando?

T.—Sí, señor.

C.—¿Sabe usted qué decían?

T.—No recuerdo.

C.—¿Quién de ellos hablaba?

T.—No recuerdo.

C.—¿Maza hizo algun movimiento para desprenderse de los que le llevaban cogido desde que pasó al lado de ustedes hasta que llegó á la pared de la celda?

T.—No hizo ninguno.

C.—¿No lanzó ninguna exclamacion ni dió gritos pidiendo auxilio, ni nada?

T.—No, señor.

C.—¿No pedia siquiera que le soltasen?

T.—No, señor.

El señor Colongues. — Ha dicho el testigo que para bajar al río hay dos caminos; ¿por cuál de ellos acostumbraban á bajar para tender la red?

Testigo. — Unas veces por uno y otras por otro.

C. — ¿Siempre recogian la red antes de amanecer?

T. — Sí.

C. — ¿La echaban todos los días festivos?

T. — Sí; cuando hacia buen tiempo.

C. — ¿Quién se lo mandaba?

T. — Nadie; salia de nosotros.

C. — ¿En qué parte del río echaban la red?

T. — En la parte de abajo del puente.

C. — Para echar la red ¿no hay necesidad de dos personas, una de las cuales tiene que pasar al otro lado del río?

T. — Sí, señor.

C. — ¿Quién de ustedes pasó al otro lado?

T. — No recuerdo.

C. — ¿En qué punto estaban los procesados cuando ustedes los vieron?

T. — Salian de la casa de Bráulio.

C. — ¿Cómo estaba la puerta, abierta ó cerrada?

T. — Abierta.

C. — ¿No conoció usted á las personas que habia á la puerta?

T. — No.

C. — ¿Ni á Juan de la Maza tampoco?

T. — Sí.

C. — ¿Les vieron ustedes andando ó parados?

T. — Andando.

C. — ¿Quién les vió primero?

T. — No recuerdo, pasábamos por la Iglesia cuando ellos salian.

C. — ¿Cree usted fácil que á la luz de la luna y donde ustedes estaban les viera Pozas?

T. — Sí, señor; era fácil.

C. — ¿De qué hermano partió la idea de esconderse?

T. — De los dos. No recuerdo si nos lo digimos.

C. — Cuando salieron ustedes del Campo de la Iglesia, despues de lo ocurrido, ¿iban ustedes corriendo?

T. — Sí, señor; corriendo.

C. — ¿Descalzos ó calzados?

T. — No recuerdo.

C.—¿Quién iba corriendo delante?

T.—No recuerdo.

C.—¿A dónde llegaban ustedes cuando oyeron los otros dos tiros?

T.—Abajo de la reja de ..

C.—¿Por qué echaron ustedes á correr?

T.—Porque vimos á Pozas y á los guardias.

C.—¿Visita Pozas como médico la casa de su tío de usted Pedro Mora?

T.—No recuerdo.

C.—¿Qué médico le visita?

T.—No recuerdo.

C.—¿Oyó usted á Mora en su casa antes de declarar ustedes, decir algo acerca de la muerte de Maza?

T.—No recuerdo.

C.—¿No oyó usted decir á Mora que el hecho se atribuía á Pozas y á los guardias?

T.—No recuerdo.

..

El señor Agüero.—Ha dicho el testigo que el motivo de haberse escondido detrás de la escalera era para ver en qué paraba aquello. ¿Fué este el objeto con que se escondieron efectivamente?

T.—Porque les vimos venir hacia nosotros.

A.—¿No hay una carretera entre la casa de Bráulio Mier y el Campo de la Iglesia?

T.—Sí

A.—¿Medió mucho tiempo entre los dos tiros?

T.—Fueron seguidos... *Trás trás.*

A.—¿Cuándo oyeron ustedes á Mier decir: «*No mate usted, don Aurelio, etc ?*»

T.—Después de haber oído los dos tiros primeros y cuando íbamos abajo

A.—¿No hay en el Campo de la Iglesia muchos sitios donde esconderse?

T.—Lo serán.

A.—¿Pudieron esconderse ustedes en alguno de esos sitios con más probabilidad de no ser vistos que no allí por donde tenían que pasar Pozas y el guardia con Maza?

T.—Sí, señor.

A.—No tengo más que preguntar.

Anastasio Lastra Mora

DE 15 AÑOS, CANTERO.

El señor Presidente.—¿Ha sido usted procesado?

T.—Sí, señor; he estado en la cárcel.

P.—¿Cuanto tiempo?

T.—Veintisiete días.

P.—¿Por qué?

T.—Por haber pegado un *zurrido* á un muchacho. (*Risas.*)

El señor fiscal.—¿Salió usted de casa en la mañana del 23 de Julio una hora antes de amanecer?

T.—Sí, señor.

F.—¿A dónde?

T.—A sacar la red al río.

F.—¿Qué observó usted?

T.—Que sacaban á Maza de casa de Bráulio Mier entre don Aurelio Pozas y un guardia.

F.—¿Y qué hizo usted entonces?

T.—Nos retiramos detrás del cementerio.

F.—¿A qué personas conoció usted de las que salían de casa de Bráulio?

T.—A Pozas, á Maza y al guardia civil por el uniforme.

F.—¿Qué más vieron ustedes?

(Hace una relacion del hecho muy parecida á la que hizo su hermano.)

F.—¿Maza cayó herido en seguida que le dispararon los dos tiros?

T.—Sí, señor.

F.—¿En qué punto cayó?

T.—En el suelo. (*Risas.*)

F.—¿Continuó usted allí mucho tiempo con su hermano?

T.—No, señor; echamos á correr, y cuando íbamos allá abajo oímos otros dos tiros. Llegamos á casa y mi tía que nos abrió nos dijo que no dijéramos nada de lo que habíamos visto, por que eso iba á traer perjuicios á algunas personas.

F.—¿Tardaron ustedes mucho tiempo en volver á salir?

T.—Nos acostamos en un banco, y luego nos levantamos y fuímos á buscar la red.

Acusador privado.—¿Cuando vieron ustedes el grupo que salía de casa de Mier, cuántos guardias vieron ustedes salir? Uno ó dos?

T.—No me fijé.

A.—¿Quiénes atravesaron el Campo de la Ig'lesia?

T.—Maza, Pozas y un guardia.

A.—¿En qué punto se escondieron ustedes?

T.—Bajando la escalera, á la izquierda.

A.—¿Qué distancia habria entre donde estaban ustedes escondidos y por donde ellos pasaron?

T.—No sé.

A.—¿Cuántos pasos habria?

T.—No entiendo de pasos.

A.—¿Habria tanto como desde donde está usted á este sitio donde estoy yo?

T.—Más.

A.—¿Dónde estaba Maza cuando le dispararon los tiros?

T.—Al lado de la torre debajo de las campanas.

A.—¿Cuántos tiros le dispararon?

T.—Dos.

A.—¿Cayó Maza hácia adelante ó hácia atrás?

T.—No sé.

A.—¿Qué traje llevaba don Aurelio Pozas?

T.—No me fijé en el traje.

A.—¿Y arma?

T.—Una en la mano izquierda.

A.—¿Y el guardia civil dónde llevaba la suya?

T.—En la mano derecha.

A.—¿El guardia civil era alto ó bajo?

T.—Regular.

A.—¿Ha hablado usted con alguna persona acerca de lo que vió?

T.—Con quien tenia confianza.

A.—¿Con quién?

T.—Con Juan Higuerá.

A.—¿Le dijeron á usted algo sobre la hora en que debia usted decir que habia oido pronunciar á Bráulio Mier aquellas palabras de *matar no, don Aurelio*?

T.—No señor, nadie me ha dicho nada.

A.—¿Por mandato de quién fueron ustedes á declarar á Liérganes?

T.—No sé

A.—¿Quién les avisó á ustedes?

T.—Creo que Julita Maza se lo dijo á mi hermano.

A.—¿Pero á usted quién le avisó?

T.—No recuerdo.

A.—Cuando fué usted á la ermita ¿quién estaba allí?

T.—Pozas, Juan Lavin, José Higuera y otros.

A.—¿No estaba tambien Julita y Leoncio Higuera?

T.—Sí.

A.—¿Habló Juan Maza estando usted presente?

T.—No, señor.

A.—¿Tenia muchas neridas?

T.—Una grande en la cabeza.

A.—¿Oyó usted decir que habia hablado en la Fuente Sagrada?

T.—Sí.

A.—¿Qué palabras son las que oyó usted que dijo?

T.—No recuerdo.

A.—¿Cuando cayó quedó en el mismo sitio?

T.—Sí, señor.

A.—¿No lo trasladaron á otro?

T.—No sé; yo me marché en seguida.

A.—¿Tardó mucho en amanecer despues que salieron ustedes de casa?

T.—Más de media hora.

A.—¿Hacia luna?

T.—Sí, señor, clara.

* * *

El señor Cárabes.—¿Es usted sobrino de Mora?

T.—Sí, señor.

C.—¿Vive usted en su casa?

T.—Sí.

C.—¿De criado?

T.—Sí.

C.—¿Es cierto que le abandonó su padre?

T.—Sí, señor.

C.—¿No tiene usted madre?

T.—No.

C.—¿Le recogió á usted Pedro Mora, que es quien le alimenta y le viste?

- T.—Sí, señor
C.—¿Dónde estuvo usted la tarde del 22 de Julio?
T.—No recuerdo.
C.—¿Estuvo usted en el Rosario?
T.—No.
C.—¿Estuvo usted con Santiago?
T.—Un rato en casa y luego me marché al ganado.
C.—¿A qué hora?
T.—Después de comer.
C.—¿A media tarde ó al oscurecer?
T.—No recuerdo.
C.—¿Y á qué hora volvió?
T.—Temprano.
C.—¿Qué hizo después?
T.—Antes de anochecer fui á echar la red al río.
C.—¿Dónde la echaron?
T.—Abajo del puente.
C.—¿Quién pasó al otro lado del río para echar la red?
T.—No recuerdo.
C.—¿Quién la llevó?
T.—No recuerdo.
C.—¿En qué la llevaron ustedes?
T.—En un cuévano.
C.—¿Por qué camino fueron ustedes al río?
T.—Me parece que por el de Herrero.
C.—¿No encontraron alguna persona?
T.—No recuerdo.
C.—¿A qué hora volvieron de echar la red?
T.—No recuerdo; temprano.
C.—¿Cenaron en casa?
T.—Sí.
C.—¿Vieron en casa á Pedro Mora?
T.—A cenar estuvo.
C.—¿Oyeron abrir la puerta después de acostarse?
T.—No, señor.
C.—¿Sintieron entrar á Mora?
T.—No.
C.—¿Salió por la mañana su tía á abrir la puerta cuando salieron?
T.—Me parece que sí.
C.—¿La cerró ella?

T.—Sí.

C.—Cuando volvieron á casa despues de ver la escena que ha referido, ¿dónde encontraron á su tía?

T.—Llamamos á la puerta.

C.—¿Estaba cerrada?

T.—Sí, señor.

C.—¿Con qué llamaron?

T.—No recuerdo.

C.—¿Contaron á su tía Baltasara lo que acababan de ver?

T.—La dije yo que habian matado á Maza.

C.—¿Entonces ó más tarde?

T.—Entonces.

C.—¿Habló usted con su-hermana Clementina?

T.—No, señor.

C.—¿Habló usted con su tío Pedro del asunto antes ó despues de declarar?

T.—Despues de haber declarado, nos preguntó qué habiamos dicho y entonces se lo digimos todo.

C.—¿El mismo dia?

T.—No recuerdo.

C.—Antes de declarar en Liérganes, ¿no se lo contaron á nadie?

T.—No, señor.

C.—A los ocho ó diez dias de la muerte de Maza ¿no estuvieron juntos en casa de Juan Higuera?

T.—No, fué despues de declarar.

C.—¿En qué parte de su casa?

T.—No recuerdo.

C.—¿Les habia llamado á ustedes él?

T.—No, señor.

C.—¿A qué fueron ustedes?

T.—No recuerdo á qué iriamos.

C.—Cuando se escondieron ustedes detrás de la escalerilla, ¿estaban arrimados á la pared ó más adelante?

T.—Mirándolos.

C.—¿Los veian ustedes bien?

T.—Sí, señor.

C.—Y ellos; ¿no podian ver á ustedes?

T.—Podian y no podian.

C.—¿Quién estaba más arrimado á la pared, usted ó su hermano?

T.—A la par.

C.—¿No llevaban ustedes algo para traer la red?

T.—Nada.

C.—¿Y el cuévano?

T.—Lo habíamos dejado en el río.

C.—Cuando al pasar por delante de la Iglesia vieron á Pozas, á Maza y á los guardias, ¿dónde estaban ellos?

T.—Salían de la casa de Mier.

C.—¿Quién salía delante?

T.—No me fijé en ello.

C.—¿Conoció usted á Maza en el momento en que le vió?

T.—No; le conocí cuando le llevaban por el Campo de la Iglesia.

C.—¿No reparó usted al verles salir de casa de Bráulio si le sujetaban?

T.—Sí

C.—Cuando pasaban al lado de ustedes junto á la escalerilla, ¿iban hablando ó callados?

T.—No recuerdo.

C.—¿Oyó usted decir á Maza algo?

T.—No, señor.

C.—¿No pidió auxilio ni trató de defenderse?

T.—No.

C.—¿Le arrimaron á la misma pared de la Torre?

T.—Sí, señor

C.—¿El guardia le tenía agarrado ó se separó de él?

T.—Se separó unos pasos.

C.—¿Y Maza se estuvo quieto?

T.—Sí.

C.—¿Qué traje llevaba Pozas? ¿Era blanco ó negro?

T.—No me fijé.

C.—¿El guardia llevaba gorra ó tricornio?

T.—No recuerdo.

C.—¿Llevaba correas?

T.—No recuerdo tampoco.

C.—¿Hay dos caminos para ir de su casa al río? No solían ustedes ir por el de prado Herrero, que no pasa por la casa de Mier?

T.—De noche íbamos por allí. De día por el Campo de la Iglesia.

C.—¿Cogieron ustedes pesca?

T.—No recuerdo.

C.—¿Fué usted á sacar la red?

T.—Sí, señor.

C.—¿Solo?

T.—Con mi tía Baltasara.

C.—Señor presidente; el testigo incurre en contradiccion. Ha dicho en el sumario que habia ido solo. Pido que se lea la declaracion del sumario y que explique la contradiccion.

Se lee la declaracion del sumario y á la pregunta del señor presidente contesta el testigo que ahora ha recordado que fué con él su tía.

T.—Recuerda usted si á los ocho ó diez dias de la muerte de Maza bajó usted á Mortesante?

T.—No recuerdo.

C.—¿Salió usted de Miera con Santiago, Pedro Mora y Julita Maza?

T.—No fuí con ellos.

C.—¿Habló usted con Julita Maza antes de declarar en Liérganes lo que habia visto en la mañana del 23?

T.—No recuerdo bien. Creo que no.

C.—¿Habló usted con el Mantequero?

T.—No.

C.—¿Quién acompañó á usted en la tarde del 22 para ir á cuidar el ganado?

T.—Es ganado menudo.

C.—Bueno, al ganado menudo.

T.—Nadie, fuí yo solo.

C.—¿No le acompañó á usted Clementina?

T.—No, señor.

C.—¿Clementina iba por las noches á cuidar el ganado?

T.—¿Iba á cuidar las vacas.

* *

El señor Colongues.—¿Cuando vieron á Pozas, á Maza y al guardia salir de la casa de Mier, no vieron más gente?

T.—No, señor.

C.—¿Cuándo oyó usted la voz de «matar, no;» antes ó despues de los dos tiros primeros?

T.—Cuando íbamos hácia abajo despues de los dos tiros.

C.—Señor presidente: el testigo ha dicho en el sumario que el grito que oyó fué despues del primer tiro. Que se lea su declara-

racion y que explique la contradiccion que resulta.

Se lee por el señor secretario, y el testigo dice que lo declarado ahora es la verdad.

Las demás preguntas carecen de interés.

*
* *

El señor Agüero encuentra una sustancial contradiccion entre lo declarado ahora por el testigo de que Maza fué arrimado á la pared de la torre y, lo que declaró en el sumario, diciendo que habia sido en el punto intermedio de la torre y la celda.

Leida la declaracion no pudimos entender, por el ruido que habia, la terminacion del incidente.

Elias Gomez Acebo

DE 24 AÑOS, SOLTERO Y LABRADOR

El señor fiscal.—¿A qué hora salió usted de su casa la noche del 22?

Testigo.—Antes de amanecer.

F.—¿Qué le sorprendió á usted antes de llegar á la huerta de don Cristóbal?

T.—Dos disparos que sonaron hácia la Iglesia.

F.—¿Faltaba como una hora ó cosa así para amanecer?

T.—Sí, señor.

F.—¿Oyó usted otros dos tiros al llegar cerca de la casa de Pozas?

T.—Sí, señor.

F.—¿Vió usted algunas personas?

T.—Ví á don Aurelio y á los guardias.

F.—¿No iban más?

T.—Iban detrás de ellos otros dos ó tres, pero no les conocí.

F.—¿Vió usted llevar presa alguna persona?

T.—No, señor.

F.—¿Qué distancia habia de usted á la de Higuera?

T.—Medio caño.

F.—¿Hal?

T.—No, señor.

F.—¿Para qué?

¿Usted á comprar?

T.—Para dos primos que me habian avisado para que me ayudaran á segar aque-

F.—¿El testigo vió herido á Maza?

T.—No.

F.—¿Ha oído á quién se imputa su muerte?

T.—A don Aurelio Pozas y á los dos guardias

* *

Acusador privado.—¿Qué trajes y armas llevaban las personas que vió?

T.—Arma mayor la guardia civil

A.—¿Y qué traje llevaba Pozas?

T.—Solo recuerdo haberle visto el sombrero, que era blanco,

A.—¿Qué direccion llevaba el grupo?

T.—Hacia arriba. Yo me retiré á casa al oír los disparos.

A.—¿Fueron á segar sus primos aquel día?

T.—No, señor; fui á buscarles y me dijo su hermana que habían marchado á Santoña.

* *

El señor Cárabes.—¿Es usted primo carnal de Mora?

T.—No, señor.

C.—¿De Baltasara, su mujer?

T.—Sí.

C.—¿El 23 de Julio, cuando salió usted de casa, dijo á su familia dónde iba?

T.—No.

C.—¿Dejó usted la puerta abierta?

T.—Dejó abierto el postigo.

C.—Cuando volvió usted, ¿dijo algo á su padre?

T.—No, señor.

C.—¿Dijo usted algo á alguna otra persona antes de declarar en Liérganes?

T.—Tampoco.

C.—¿Llevaba usted alguna vasija?

T.—Una botella.

C.—¿No le preguntó á usted su familia por qué había salido?

T.—No, señor.

C.—Desde Cabadilla donde usted vive hasta Linto ¿no se encuentran tres ó cuatro tabernas, entre ellas la de Antonia Samperio?

T.—Sí.

C.—¿No acostumbraba usted á comprar vino en casa de esos?

T.—En las de todos.

C.—¿Había usted ido alguna otra vez á Linto á buscar vino?

T.—No, señor; nunca.

C.—¿Dónde estaba usted situado cuando vió al guardia y á Pozas?

T.—En la carretera, cerca del cementerio.

C.—El día 23 cuando usted se levantó y fué á casa de sus primos, ¿no dijo á su prima Cesárea que no fueran á segar por que no había vino?

T.—No, señor; ella es la que me dijo que habían ido á Santoña, y yo no dije más.

El señor Cárabes pide lectura de la declaracion del sumario y el testigo confirma lo que acaba de exponer.

C.—¿Su prima Cesárea estaba en la cama?

T.—Sí, señor.

C.—¿La vió usted ó se lo dijo ella?

T.—Me lo dijo ella desde dentro.

*
* *

El señor Colongues.—¿Cuando bajaba usted había luna clara?

T.—Sí, señor.

C.—¿Vió usted salir á alguna persona ó personas de la casa de Mier?

T.—No.

C.—¿Entró usted en el Campo de la Ig'esia?

T.—No, señor; no entré.

*
* *

El señor Agüero.—¿Desde que se oyeron los tiros hasta que vió aparecer á Pozas y al guardia, cuánto tiempo pasaria?

T.—Cuatro ó cinco segundos.

A.—¿No puede usted indicar las señales de las personas que venian detrás de ellos?

T.—No, señor.

A.—¿Cuántas personas eran?

T.—Dos ó tres.

A.—¿Venian aprisa los guardias y Pozas?

T.—Silenciosos y andando.

A.—¿Qué distancia hay de la casa de usted al pueblo de Linto?

T.—Media hora para ir y media para volver.

A.—Por qué teniendo más cerca otras tabernas iba usted á Linto aquella madrugada?

T.—Porque no me abrían á aquellas horas en los establecimientos de Miera.

A.—¿Y el de Linto creyó usted que estaría abierto?

T.—Me figuré que al llegar yo ya lo estaría.

A.—¿En qué conoció usted á Pozas?

T.—En su fisonomía, en su modo especial de andar y en el sombrero blanco.

A.—¿Tiene algún modo especial de andar? cojea, va de lado, echado hacia adelante ó de algún modo que llame la atención?

T.—No, señor.

A.—No tengo más que preguntar, señor presidente.

José Acebo Ruiz (a) el Mantequero

23 AÑOS, SOLTERO Y CANTERO.

El señor fiscal. —¿A qué hora salió usted de casa para el estanco en la noche del 22?

T.—A las nueve y media

F.—¿Por dónde se dirigió usted al estanco de Lavin?

T.—Por el Cagigal.

F.—¿Desde qué sitio vió usted á la pareja de la guardia civil y otras personas conducir preso á Maza?

T.—Delante de la casa de Pedro Mier. Delante de la de Anastasio Higuera preguntó Maza que por qué le llevaban preso.

F.—¿Qué más observó usted.

T.—Después dí la vuelta por una calleja y vino uno detrás de mí.

F.—¿Quién era?

T.—Me pareció Bráulio Mier.

F.—¿Qué actitud ó qué propósito llevaba?

T.—No sé.

F.—¿Encontró usted á Emeterio Higuera?

T.—No, señor.

F.—¿Vió usted á Pedro Mora y Tomás Higuera en el callejo?

T.—Tampoco.

F.—¿Cuándo vió usted la última vez á Maza?

T.—Cuando le llevaban preso

F.—¿Iba con las manos atadas?

T.—Sí, señor.

F.—¿Le reconvenían ó maltrataban los que le conducían?

T.—No pude observar nada porque en seguida tuve que escapar.

F.—¿Conoció á alguna otra persona además de las que ha dicho?

T.—No, señor.

F.—¿Iban armados todos?

T.—Llevaban carabinas con el cañón abajo.

F.—¿Marchó usted despues á su casa?

T.—Sí, señor; llegué á las diez y cuarto y me metí en la cama. Despues oí un tiro.

F.—¿Qué traje llevaba Pozas?

T.—No recuerdo más que sombrero blanco.

F.—¿Por qué le prendieron á Maza, sabe usted?

T.—No, señor.

F.—¿Tuvo en la tarde del 22 una cuestion en el juego de bolos?

T.—Se picaron él y otro que le llamó *méndigo*, pero no hubo nada.

F.—Procuró Pozas con halagos y despues con amenazas hacerle rectificar á usted su primera declaracion?

T.—Sí, señor.

F.—¿Qué hubo?

El testigo cuenta con minuciosos detalles que Pozas fué á casa de la tía de aquel, María Nieves, que le recriminó por haber declarado en contra suya; que le instó para que fuera á retractarse, y que despues se marchara á Bilbao, que él le pagaría el coche, y que si no se retractaba el primer tiro seria para él.

F.—¿Recuerda usted si María Nieves, su tía, declaró en favor de Pozas?

T.—Sí, señor.

F.—¿Qué razones tuvo?

T.—No sé.

F.—¿No ha manifestado usted que no le extrañaba, porque su tía debía muchos favores á don Aurelio?

T.—Sí, señor.

F.—¿Recuerda usted si cuando se encontró en Liérganes le amenazaron los guardias si no declaraban como ellos pretendian?

T.—Sí, señor; es verdad.

F.—¿Recuerda usted si el cabo Chapero le amenazó tambien el 26 de Julio?

T.—Sí, señor.

F.—¿Cuando fué conocida su declaracion tuvo que huir de Miera?

T.—Sí, señor; me marché á Toranzo.

F.—¿Es cierto que en el juzgado municipal de Miera no se redactó la declaracion de usted como usted la habia hecho?

T.—Sí, señor.

F.—¿Es cierto que omitieron pormenores que eran contrarios á Pozas?

T.—No recuerdo.

F.—¿Oyó decir que Pozas y la guardia civil habian llevado á Maza á la casa de este?

T.—Sí, señor.

* * *

Acusador privado.—¿Cuando el cabo de la guardia civil le encontró á usted, le dijo que si no rectificaba su declaracion le llevaria arrestado?

T.—Sí, señor.

Acusador privado.—Señor presidente; ruego se celebre un careo entre el testigo y el cabo de la guardia civil Martiniano Chaperó, porque acerca de este extremo están ambos en contradiccion.

Presidente.—Concedido.

(Comparece el cabo Martiniano Chaperó.)

Presidente (*al acusador privado*).—Explíquele usted la contradiccion.

Acusador privado.—El testigo José Acebo, lo mismo en la declaracion prestada ante el juez de instruccion que en este acto, afirma que cuando se encontró con el cabo Chaperó frente á casa de Mier, dirigiéndose el testigo á prestar declaracion, Chaperó le amenazó, diciéndole que si no variaba la declaracion, le llevaria codo con codo y que ya lo veria dentro de pocos dias.

Presidente.—¿Es cierto?

Testigo.—Sí, señor.

Chaperó.—Es incierto; las palabras que yo he dicho son las siguientes: Le pregunté que dónde habia estado la noche del 22 y me dijo que en el estanco de Lavin, desde donde se dirigió á su casa, y que en la calleja de Pereda habia encontrado á los guardias á eso de las nueve y media «¿Es posible—le dije—que encontraras á las nueve y media á los guardias en la calleja de Pe-

reda? y dijo que sí. Y yo le repliqué: «Eso no puede ser; mírese bien antes de declarar y no obre por sugestiones particulares que le pueden perjudicar. Es imposible que la pareja estuviese a tal hora en ese sitio, dada la hora en que salió de Liérganes.» Estas fueron mis palabras.

Acebo Ruiz. Eso no es verdad; usted me manifestó que si no quitaba la declaracion que habia dado, me llevaba preso codo con codo, y que ya lo veria.

Chapero. —Eso es completamente falso; las palabras que yo pronuncié han sido las que acabo de referir; son esas mismas. Habia allí seis ó siete personas que lo presenciaban. ¿Estaba yo armado ó desarmado? Diga usted qué hora seria. ¿Cuántas personas habia allí?

Acebo Ruiz. —Serian las seis ó seis y media de la tarde.

Chapero. —Y cómo es posible que habiendo personas allí presentes —seis ó siete personas— cómo es posible creer que yo le pudiera amenazar exponiendo mi conducta? Examine usted su conciencia, meta usted la mano en su corazon.

Presidente (á Acebo Ruiz). —¿Se afirma usted en lo declarado?

Acebo Ruiz. —Sí, señor.

Presidente. —Queda terminado el careo.

Chapero. —¿Puedo yo retirarme á mi puesto, señor presidente?

Presidente. —No se han solicitado más careos; creo que puede usted retirarse.

(Se retira el guardia Chapero.)

Acusador privado. —Yo rogaria á la presidencia que se hiciese constar en el acta la actitud de los careados, y que el testigo José Acebo, especialmente, ha sostenido su declaracion con perfecta energía.

El señor presidente. —Eso queda á la apreciacion del tribunal.

Acusador. —¿Pasaron á mucha distancia de usted el alcalde y los guardias con Maza?

T. — A unos siete ú ocho pasos.

A. — Qué direccion llevaban?

T. —Hácia la Iglesia.

A. —Por dónde les vió usted bajar?

T. —Por el callejo de Pereda.

Señor Cárabes.—Pido que se consignen en el acta las manifestaciones anteriores del testigo sobre el tratamiento de que fué objeto por la guardia civil y sobre la conducta que observó el juzgado.

Presidente.—¿Ha dicho usted que le dirigieron amenazas ó que malos tratamientos

T.—Me amenazaron y hasta sacó la espada el comandante. Malos tratamientos tambien.

P.—¿Y ha dicho usted tambien que el juez no puso en la declaracion lo que usted dijo?

T.—Sí, señor; no pusieron que llevaban preso á Maza.

P.—Constarán en el acta esas manifestaciones.

* *

Señor Cárabes.—¿La tarde del 22 estuvo usted hasta las ocho y media en el estanco de Lavin?

Testigo.—No, señor, hasta las siete y media.

C.—Señor presidente: En el sumario ha declarado el testigo que estuvo hasta las ocho y media. Que se lea su declaracion.

(Se lee y el testigo confirma lo declarado ahora.)

C.—¿Notó usted al salir que no tenia tabaco?

T.—No lo noté.

C.—¿Dónde lo notó?

T.—En casa de Alonso.

C.—¿A qué hora?

T.—A las ocho.

C.—¿Y cómo desde esta hora no se le ocurrió ir á buscar tabaco hasta las nueve y media, sabiendo que estaba mandado cerrar á esa misma hora los establecimientos públicos? ¿Porqué no fué usted á buscarlo antes?

T.—Porque suelen dejar la llave allí.

C.—¿No es Acebo el estanquero?

T.—Sí, señor.

C.—¿No se marcha á su casa despues de cerrar?

T.—Sí.

C.—¿A quién dejaba la llave?

T.—A su prima.

C.—¿Tardó usted mucho despues de muerto Maza en ver á Mora?

T.—Cinco ó seis dias.

C.—¿Qué habló usted con Mora é Higuera lo primero?

T.—No recuerdo.

C.—¿No le dijeron si habian visto bajar á Pozas y á los guardias por el callejo de Pereda?

T.—Yo fui quien se lo dije á ellos.

C.—¿Habló usted con Anastasio ó Santiago y le dijeron que habian visto salir á Pozas, á un guardia y á Maza de la casa de Mier?

T.—Sí, señor.

C.—¿Hacia muchos dias de la muerte de Maza?

T.—Cuatro ó cinco.

C.—¿Cuál de ellos se lo dijo á usted?

T.—Anastasio.

C.—¿Lo refirió todo?

T.—Sí.

C.—Señor presidente; pido que se consigne en el acta que Anastasio se lo contó todo á los cuatro ó cinco dias de la muerte de Maza.

Presidente.—Se consignará.

C.—Al bajar usted por el callejo de Pereda aquella noche, ¿se detuvo usted frente á la casa de Mier, desde donde vió en un sitio que se llama el Avellano á las personas que dice?

T.—Allí los ví, pero no se detuvieron.

C.—¿Cuando pasaron delante de usted echó á correr ó se detuvo?

T.—Me quedé mirando un poco y luego eché á correr.

C.—¿Cuánto tiempo estaria usted parado?

T.—Tres ó cuatro minutos.

C.—¿Antes de pasar ellos por delante?

T.—Sí.

C.—¿Quién le siguió á usted?

T.—Uno.

C.—¿Cómo conoció usted que le seguian?

T.—Por las pisadas.

C.—¿Cómo estaba la noche?

T.—Hacia luna y habia nubarrones.

C.—¿Qué traje llevaba Pozas?

T.—No recuerdo.

C.—¿Recuerda usted qué sombrero llevaba?

T.—Uno de paja, blanco.

C.—¿Y el resto del traje?

T.—No me fijé.

C.—¿Llevaba zapatillas ó botas?

T.—No recuerdo.

C.—¿Y qué llevaba en los piés Maza?

T.—No sé qué llevaría.

C.—Señor presidente: el testigo dice ahora que no sabe qué llevaba en los piés Maza y en el sumario ha dicho que llevaba botitos de goma con los tacones ladeados. Pido que se lea lo declarado entonces y que explique la contradicción.

Se lee y el testigo dice que la verdad es que no sabe si llevaba botas ó qué llevaba.

C.—¿Ha dicho usted que creía que su tía Nieves había declarado en contra de usted por haber recibido favores de Pozas?

T.—Sí, señor.

C.—¿No es verdad que ha dicho usted también que ella, su tía había hecho favores á don Aurelio de esos que solo conceden lícitamente las mujeres á sus maridos? ¿Cuál de las dos cosas es la verdadera?

T.—Yo he dicho eso porque no sale ella de casa de Pozas.

C.—¿Quién más iba con Pozas, Mier y los guardias cuando usted les vió?

T.—Nadie.

C.—¿Cómo iban?

T.—Maza en medio, Mier y Pozas á los dos lados y los guardias detrás.

C.—¿Le sujetaban los guardias?

T.—No; Maza llevaba una cosa blanca en la cara.

C.—Señor presidente: la defensa no tiene más preguntas que dirigir al testigo; pero hallándose la declaración de este en contradicción completa con las manifestaciones hechas por el procesado don Aurelio Pozas, suplico á la presidencia se sirva disponer un careo entre mi defendido y el declarante, á fin de que puedan ponerse de acuerdo ambos y el tribunal apreciar la verdad de los echos.

Presidente.—Concedido. Señale usted la contradicción á que se refiere.

C.—Las contradicciones son muchas, señor presidente; pero lo que resulta de la declaración de este testigo en la parte que se refiere á la conferencia que tuvo con don Aurelio Pozas en casa de María Nieves y al resultado de la misma conferencia, está en completa contradicción con lo manifestado por mi defendido.

Presidente.—(dirigiéndose al testigo)—Don Aurelio Pozas ha dicho que usted le llamó al sitio de la Hoz, no él á usted, como usted ha manifestado, sino usted á él; ¿no es verdad, don Aurelio?

Pozas.—Si sencillamente nos limitamos á decir sí ó nó; si la presidencia no se digna concederme mayor extension, nada puede conseguirse; es inútil el careo; el testigo contestará «no» á todas mis afirmaciones, sin fijarse siquiera en cuáles sean ellas.

Presidente.—El careo debe limitarse al punto de la contradiccion, á ponerse ambos de acuerdo acerca de ese extremo.

Pozas.—Todas son contradicciones, señor presidente, puesto que el testigo comienza por afirmar un hecho falso. Yo no salí de casa la noche á que él se refiere. Dice el testigo que esa noche salió de su casa á las nueve en punto y que tardó veinte minutos en llegar al estanco. ¡Veinte minutos dice que tardó en llegar al estanco!

Testigo.—No, señor; yo no he dicho veinte minutos.

P.—Veinte minutos dice que empleó en llegar de su casa al estanco; así consta en la declaracion. Si la presidencia quiere convencerse de ello, yo le ruego que mande leerla. Yo nunca miento. Dice que se emplean veinte minutos en llegar desde su casa al estanco.

T.—No es verdad, no he dicho yo eso.

P.—¿Que no has dicho eso?

T.—Yo no he dicho veinte minutos.

Presidente.—Concrétese usted al punto de la contradiccion.

P.—Para mí este testigo es de la mayor importancia, porque afirma falsedades que yo puedo demostrar ahora mismo al tribunal. (El presidente le interumpe.) Necesito, señor presidente, exponer los hechos con cierta latitud para que la verdad resplandezca. Yo estoy seguro de convencer á la Sala de la falsedad de este testigo, y no solamente á la Sala, sino al testigo mismo. Si para ello se me concede la extension necesaria, yo convenceré al testigo de que miente, de que son falsas sus afirmaciones.

Presidente.—Concrétese usted; no se trata sino de lo que ocurrió en casa de María Nieves.

P.—Vamos á ese punto, ya que otra cosa no me es posible, y por más que estaba seguro de poder hacer patente la falsedad del testigo. Referiré sencillamente el hecho relativo á la entrevista con el Mantenero. El dia que este declaró habia salido yo del pueblo á hacer varias visitas en Liérganes. Cuando regresé

por la tarde, me dijo mi familia que el Mantequero habia declarado contra mí; esta noticia me afectó y le mandé inmediatamente un recado por conducto del secretario del ayuntamiento; me devolvieron el recado diciendo que el Mantequero me esperaba en la Hoz; llegue á la Hoz al anochecer con otros dos que me acompañaban, y á nadie encontramos allí, resolviéndome entonces á ver al Mantequero en su misma casa

Al llegar vi á Venancio y le pregunté por dónde entraba— porque la casa de Julita Maza se ve desde la puerta principal —y me indicó que entrara por la parte del pajar, poniéndome, al efecto, una escalera de mano. Al subir la escalera entregué la escopeta á Venancio, que estaba arriba, diciéndole: «ponme por ahí la escopeta hasta que salga.» Entré y hallé al Mantequero en la sala recostado sobre un arca, y apelo al testimonio de Venancio al relatar lo que pasó entre ambos, así como al de su tía María Nieves, única familia que tiene, y á la que el Mantequero tuvo la avilantez de deshorrar, sosteniendo que me concedia cierto género de favores que solo otorga la mujer legítima. Dice que me concedia esos favores una mujer que tiene más de 56 años! Me dirigí al Mantequero, que estaba, como digo, recostado sobre un arca, y poniéndole la mano en el hombro, le dije así: «¿Conque has declarado contra mí esta tarde?»

Me contestó que no era cierto, y le repuse que me constaba que habia declarado contra mí. Por fin lo confesó, confesando tambien que habia ido con Mora, y le dije: ¿Cómo te has atrevido á calumniarme, á deshorrar con una falsedad á un padre de familia, á un padre de cinco hijos? El inclinaba la cabeza hácia el suelo, no levantando la vista. «Yo iré mañana mismo con usted á Santoña, me dijo, y desharé la declaracion.» — «No, le dije, mañana es domingo y no es necesario que vayas mañana mismo; pero el lunes vas á Santoña, preséntate y declara la verdad.» Me prometió que lo haria, y le dejé, saliendo á la calle y encontrando allí á Luis Acebo. Recuerdo un detalle que hoy me parece un aviso de la Providencia. Luis Acebo, al llegar yo á la calle, me preguntó? y yo le conté lo ocurrido con el Mantequero y el resultado de la conferencia, y al decir yo que el Mantequero me habia confesado lo que habia hecho, ofreciéndome ir el domingo á anmendar su falta, y que yo le habia hecho dilatar el viaje á Santoña hasta el lunes próximo, Luis Acebo me dijo: «Pues ha hecho usted muy mal. don Aurelio: debe usted ir con él á Santoña mañana mismo.» Yo le repliqué: «No, hombre; yo

creo que no es tan urgente; ya cumplirá su palabra el lunes. Luis Acebo, por invitación mía, se quedó en mi casa aquella noche porque era ya bastante tarde y por temor al estado de desorden del pueblo de Miera.

Presidente (al Mantequero).— Qué contesta usted á lo relatado por don Aurelio Pozas?

T.—Yo digo que no es verdad nada de eso. El señor Pozas me mandó buscar por tía María Nieves al callejo de la Hoz; estaban allí el médico, Luis Acebo, Pío y don Francisco, y mi tío me dijo que don Aurelio había dicho que si no iba allá, el primer tiro que tirara sería para mí.

Pozas.—Yo no puedo responder de que no dijera eso María Nieves, que por su cuenta pudo decir lo que quisiera; pero yo protesto de que jamás he amenazado al Mantequero. Es una falsedad.

T.—Es verdad; mi tía me dijo que si no quitaba la declaración que había dado en Santoña me iba á hacer y deshacer don Aurelio.

P.—Eso es falso, completamente falso.

T.—Es verdad; yo digo tanta verdad como usted. Y me dijo mi tía Nieves que me daban dinero para marcharme á la parte de Bilbao mientras pasaba esto.

Presidente.—Es decir, que no se ponen ustedes de acuerdo en nada. Puede continuar interrogando la defensa.

* * *

El señor Colongues pide que se consigne en el acta, y así se acuerda, la contestación del testigo de que en Santoña amenazó Pío Lavín á Tomás Higuera con un puñal al pecho cuando fué á prestar declaración, diciéndole que si no le quitaba de este asunto le mataría.

Después pregunta:

Colongues.—¿Iba muy distante de usted la persona que le seguía?

Testigo.—No, señor, me siguió hasta el Fontano.

C.—¿No pronunció las palabras *Date, date?*

T.—No.

C.—¿Llevaba armas Mier?

T.—Sí, señor.

* * *

Señor Agüero — ¿Qué cosa blanca era la que llevaba Maza en la cara?

T. — No sé; sería algun pañuelo.

A. — Si llevaba la cara cubierta, ¿cómo le conoció usted?

T. — En el hablar.

A. — Al sacarle á usted la espada el cabo, ¿logró su deseo?

T. — No comprendo.

A. — ¿Accedió usted á lo que pretendia?

T. — Sí, le dije que pusiese lo que quisiera.

A. — ¿Desde el principio conoció usted que uno de los del grupo era Bráulio Mier?

T. — Sí, señor.

A. — ¿Se cercioró usted?

T. — Sí.

A. — ¿Sin duda ninguna?

T. — Alguna tuve.

A. — ¿Y luego esa duda desapareció?

T. — Sí, señor.

A. — ¿Qué motivos hubo para que desapareciera?

T. — Porque era verdad.

A. — ¿Le conocia usted antes y le trataba?

T. — Sí.

A. — ¿Cuánto tiempo hacia que le habia visto?

T. — Un dia ó dos.

El testigo pide la indemnizacion de gastos.

El señor presidente. — Siendo dias festivos mañana y pasado mañana, se suspende la sesion hasta el lunes á las doce. Eran las cuatro y quince.

Sesion sexta 1.º de Setiembre de 1884.

Pedro Mora Higuera

DE 28 AÑOS, SOLTERO Y PROPIETARIO.

Dijo en las preguntas generales de la ley que le dirigió el señor presidente, que era pariente del procesado Bráulio Mier en tercer grado de consanguinidad.

El señor fiscal. — ¿Conocia usted á Juan Maza Samperio?

Testigo. — Sí, señor.

F. — ¿Sabe usted si antes de la noche del 22 de Julio de 1883

fué objeto de algun atentado por parte de Pozas?

T.—Lo he oído.

F.—Diga usted lo que haya oído acerca del particular

T.—He oído decir que fué atropellado por Pozas cuatro días antes en el sitio del Regato y que así se le avisó á don Cristóbal Samperio por José Acebo

F.—¿Ha oído usted decir que Pozas pegase alguna vez á Julita Maza?

T.—Sí, señor, en el Cagigal. Así lo he oído.

F.—¿Es cierto que Maza acostumbraba á rondar de noche por las calles del pueblo y que solia ir armado?

T.—No, señor; rondaba, sí; pero sin armas.

F.—¿El testigo y otros jóvenes solian reunirse en casa de Ramon Gomez?

T.—En invierno, sí.

F.—¿Con qué objeto?

T.—Con el de rondar á las chicas y divertirnos.

F.—¿En la tarde del 22 de Julio jugó usted con Maza á los bolos?

T.—No, señor; á la baraja.

F.—¿Observó usted si Maza estaba embriagado y tuvo una cuestion?

T.—No.

F.—¿Fué expulsado Maza del juego de bolos aquella tarde?

T.—No, señor.

F.—¿Recuerda usted ó sabe si Maza bailó con Encarnacion Higuera?

T.—No recuerdo.

F.—¿A qué hora salió usted de casa de Lavin?

T.—A las ocho.

F.—El 22 de Julio por la noche, ¿vió usted á Tomás Higuera y á José Acebo?

T.—No, señor.

F.—¿No rondó usted con ellos llevando armas?

T.—No, señor.

F.—¿A qué hora prendieron á Maza los guardias y el a'calde?

T.—No sé á qué hora seria.

F.—¿A qué hora le vió usted conducir?

T.—Sobre las diez de la noche.

F.—¿Desde qué sitio vió usted al alcalde y á la guardia civil cuando conducian á Maza?

T.—Desde la Castañera.

F.—¿Qué más gente iba con ellos?

T.—Yo ví á Juan Maza, á Pozas y á los guardias. Más adelante iban otras dos personas, á las que no pude conocer, porque las ocultaba el maíz.

F.—¿Iban todos armados?

T.—Sí, señor.

F.—¿Qué direccion fué la que usted tomó despues de verlos?

T.—Fuí hácia casa de mi prima Petra Higuera, y en la esquina de la de Bráulio Mier encontré á Domingo Gomez, que me preguntó: «¿Qué hay?» y le contesté: «Pues, nada; que el alcalde y la guardia civil llevan preso á Maza.»

F.—¿Sabe usted quiénes fueron los autores de la muerte de Maza Samperio?

T.—Yo solo puedo decir que mi sobrino me dijo que Pozas y un guardia civil habian sido los autores del crimen.

F.—¿Recuerda usted haber hablado alguna vez con Antonio y Santiago Higuera Mora acerca de la muerte de Maza Samperio?

T.—No, señor; solo cuando les pregunté que qué habian declarado, porque en el pueblo de Miera empezaron á llamarme falso y otros insultos.

F.—¿Quién?

T.—La familia del señor. (*señalando á Pozas*) su señora y.... (*Pozas se levanta del banquillo fuera de sí, y dice dirigiéndose al testigo impetuosamente:*)

— Miente usted, c ...! ¡Mi señora jamás ha podido hablar con él! ¡Miente usted. infame, miserable!

(*El señor presidente llama al órden al procesado, que se sienta, Sus compañeros le instan tambien á que se siente cogiéndole por la levita.*)

F.—¿Habló el testigo el domingo con el Mantequero sobre los sucesos de la noche del 22 de Julio?

T.—No, señor.

F.—Pasados algunos dias ¿conversó usted en Liérganes con alguna persona acerca de la muerte de Maza?

T.—No, señor.

F.—En la noche del 18 de Setiembre, hallándose en Liérganes, ¿no habló usted con algunas personas acerca de acordar la manera en que habian de declarar los chicos?

T.— No, señor; es falso.

F.—¿Ha oído usted que al reconocer al muerto le encontraron Pozas y los guardias civiles un puñal, unas cápsulas y una pistola?

T.—Lo he oído así.

F.—¿Sabe usted si Maza respondió á las preguntas que le dirigieron en la Fuente Sagrada y en la ermita?

T.—No lo sé. He oído á unos decir que sí y otros que no.

T.—Sabe usted si Antonia Samperio, despues de declarar, fué amenazada por alguien?

T.—No, señor; de quien he oído hablar respecto á amenazas ha sido del Mantequero.

*
*
*

Acusador privado.—¿Qué forma presenta el terreno desde donde vió usted á Pozas y á los guardias conduciendo á Maza Samperio y cómo se escondió usted para que no le vieran?

T.—Yo no me escondí (*Refiere, acompañándose con la accion, la posicion que ocupaba y cómo les vió pasar.*)

A.—¿No habia ningun obstáculo entre ellos y usted?

T.—No, señor; ellos me pudieron ver á mí fácilmente.

A.—¿Recuerda usted el traje que llevaban Maza y Pozas?

T.—Maza no recuerdo Pozas llevaba un saco *blanquízco* y sombrero de paja blanco.

A.—¿Cómo iban?

T.—En medio de los guardias civiles, Maza, y Pozas detrás.

A.—¿Llevaba las manos amarrados el priso?

T.—No me fijé en ese detalle.

A.—¿Llevaba la cara tapada con algo?

T.—Sí, señor.

A.—¿Toda ó parte de ella?

T.—La parte inferior nada más

A.—¿Estuvo usted en el Campo de la Iglesia en la mañana del 25?

T.—Junto á la ermita.

A.—¿Qué es lo que vió usted allí?

T.—Nada, á Maza tendido en el suelo

A.—¿Quiénes estaban allí?

T.—Las tres hermanas, la guardia civil y otras personas

A.—¿Sabe usted si habló Maza?

T.—Lo he oído.

A.—¿Ha oído usted decir tambien que no?

T.—Tambien.

A.—¿A quiénes.

T.—No recuerdo.

El señor Moral le dirige otra serie de preguntas, referentes á los disparos hechos por Pozas contra varios vecinos en distintas ocasiones. Le pregunta tambien sobre otros particulares, conocidos ya de nuestros lectores, por formar parte de las declaraciones prestadas por la mayoría de los testigos, y que son de referencia.

A todo contesta el declarante que lo ha oído.

A.—¿Le ocurrió á usted algo con Pozas al tener con él un ca-reo en Santoña ó Liérganes?

T.—Sí; al entrar yo en Santoña en el juzgado dijo Pozas: «Aquí está la hez del pueblo, señor juez.»

A.—¿Juan Lavin era amigo de Pozas?

T.—No sé.

A.—Y Barquin, qué relaciones tenia con él?

T.—No sé tampoco.

* .

El señor Cárabes.—¿A qué personas de las que formaban el grupo á que se ha referido usted vió más de cerca?

T.—A los tres ó cuatro á la misma distancia.

C.—¿Vió usted con distincion á Pozas?

T.—Sí, señor.

C.—¿Qué traje llevaba?

T.—Ya lo he dicho; saco *blanquizco* y sombrero de paja blanco.

C.—¿Son sobrinos de usted Anastasio, Santiago y Clementi-na Lastra?

T.—Sí, señor.

C.—¿Es cierto que son huérfanos y que usted los ha reco-gido y los alimenta y los viste, teniéndolos como criados?

T.—Sí, señor.

C.—¿Baltasara es cuñada de usted y vive en su casa?

T.—Sí, señor.

C.—¿Juan Higuera y José Gomez Acebo son primos carna-les de usted?

T.—No, señor.

C.—¿Tienen con usted algun parentesco?

T.—Ninguno.

C.—¿Lo tienen con su hermana Antonia?

T.—No sé; yo conozco pocas personas en el pueblo.

C.—¿Lo tienen con su cuñada Baltasara?

T.—No lo puedo decir.

C.—¿Sabe usted si en esta causa han declarado diez individuos de la familia de usted?

T.—No lo sé.

C.—¿Recuerda usted haber estado con Manuel Lavin Perez y Remigio Perez el 24 de Julio del año anterior en casa del panadero de San Roque, y haber tratado allí de la manera de presentar pruebas contra Pozas?

T.—No es cierto.

C.—¿Sabe usted si han declarado contra Pozas siete individuos de la familia de Lavin y dos de la familia de don Simon Perez?

T.—No lo sé.

C.—¿No es verdad que en esta causa no ha habido más cargos contra Pozas que los hechos por la familia de usted, por la de Lavin y por la de don Simon, y además de todos ustedes el Mantequero, con quien sostenia usted frecuente é íntimo trato?

T.—Frecuente é íntimo, no.

C.—¿No rondaba usted con él por las noches?

T.—Eso nada quiere decir, porque rondaba con treinta ó cuarenta.

C.—¿Gestionó usted en el distrito de Miera para obtener declaraciones en contra de Pozas?

T.—No, señor.

C.—Usted, Baltasara, sus sobrinos y Clementina ¿viven en el sitio llamado Sobre la Corte?

T.—Sí, señor.

C.—El barrio de Matanza, donde vive Eleuterio Gomez, ¿qué dista del de Corte, donde usted vive?

T.—Unas 300 ó 400 varas.

C.—Y la casa de Tomás Gomez, ¿cuánto dista de la de usted?

T.—Una media legua.

C.—Es cierto que mes y medio, próximamente, despues del 22 de Julio, fueron á Santoña á declarar usted, el Mantequero y otros?

T.—Sí, es cierto.

C.—¿Les acompañó á ustedes el cura don Simon?

T.—No, señor.

C.—¿Tuvo usted alguna conferencia con el cura á propósito de esta causa?

T.—No,

C.—Recibió usted en Santoña el encargo de don Simon para que fuera usted á aleccionar á sus sobrinos respecto á lo que debían de decir cuando declarasen?

T.—No es cierto.

C.—¿No lo es que careciendo usted de dinero para el viaje, le prestó Lavin veinticinco pesetas?

T.—No, señor, no es verdad.

C.—¿Es cierto que se presentó usted en la cárcel de Santoña para indicar á Mier que hiciera revelaciones, manifestándole que ustedes declararían en favor suyo porque no tenían contra él animadversión ninguna, y sí contra Pozas?

T.—No es cierto; fui á visitarle nada más y no le hice ninguna proposición.

C.—¿No le dijo usted que lo único que ustedes se proponían era deshacerse de Pozas?

T.—No; Pozas ha sido siempre amigo mio y aun hoy lo es todavía. (*Movimiento de sorpresa en el público.*)

C.—¿Recuerda usted que el 11 de Marzo del año actual cenaron en casa de Antonia Samperio (a) la Zorra, el cura don Simon, su hermano el médico, Manuel Higuera, usted y otros para celebrar la sentencia de muerte que pedía el señor fiscal contra Pozas en su escrito de calificación?

T.—No, señor.

C.—No salieron ustedes luego de la casa donde cenaron y fueron á la de la señora é hijos de Pozas, enfrente de la cual estuvieron cantando algunas coplas alusivas, y entre ellas una que decía:

« Ya los tenemos las cadenas
y los grillos arrastrando. »

Añadiendo despues en forma de estrivillo:

« Ay Manolé
ay Manolé,
no le volverá á ver usted? »

T.—No es verdad.

C.—¿Ha tenido usted tratos matrimoniales con una joven meracha?

T.—Sí, señor.

C.—¿Es cierto* que ha reconocido usted un hijo natural habiendo con ella?

T.—Sí.

C.—¿No la ha dicho usted que si no conseguía la plaza de secretario del ayuntamiento no podía casarse?

T.—No, señor; tengo mejores destinos que ese ¿Cómo lo había de decir?

C.—¿Ejerce usted alguna profesion?

T.—No, señor; vine enfermo de Méjico hace año y medio, y me dijo el médico que no podía salir.

C.—¿Su hermano de usted, Antonio Mora, no marchó á Méjico el 23 de Setiembre del año pasado?

T.—Sí, señor.

C.—¿No se le presentó candidato en las elecciones municipales.

T.—No es cierto.

C.—¿En Méjico, no recibió usted una puñalada, cuya cicatriz tiene usted en el pecho?

T.—No, señor.

C.—¿Recuerda usted si amenazó y maltrató usted en cierta ocasion á Tiburcio Lastra siendo este secretario del ayuntamiento?

T.—No, señor; vine al pueblo hace año y medio.

C.—En las noches en que salían ustedes á rondar por las calles de Miera, ¿no hicieron ustedes disparos contra la casa de Pozas?

T.—Nunca.

C.—¿Es cierto que duerme usted de día y pasa la noche en la calle?

T.—No, señor; en la calle no; en algunas casas... de visita. (*Risas.*)

C.—¿Habló usted con Tomás y Julita Maza indicándoles qué debían declarar respecto á los malos tratamientos de Pozas?

T.—No, señor.

C.—¿A qué hora salió usted en la tarde del 22 de Julio de casa de Lavin?

T.—A las ocho de la noche.

C.—¿Desde casa de Manuel Lavin no hay un camino por Pareda en el cual se encuentra la casa de su prima de usted Petra Gomez?

T.—Sí, señor.

C.—¿A qué hora pasó Tomás Higuera por delante de la casa de usted?

T.—Habian dado las nueve y media.

C.—Señor presidente: el testigo ha declarado en el sumario que entre nueve y nueve y media, y ahora dice que habian dado las nueve y media cuando pasó Tomás por delante de su casa. Pido que se lea su declaracion.

T.—Yo no puedo recordar con exactitud la hora. Serian las nueve, las nueve y media menos minutos ó las nueve y media dadas.

Presidente.—Está explicado

C.—¿Se detuvo Tomás Higuera al lado de usted?

T.—Mientras fumamos un cigarro.

C.—¿Oyó usted pisadas de otras personas que iban delante de los guardias?

T.—Sí, señor; y además las ví, pero no llegué á conocerlas.

C.—En la noche del 22, ¿cenaron ustedes juntos todos los individuos de su familia y estaban sus sobrinos tambien?

T.—No recuerdo.

C.—Despues que Tomás se separó de usted, ¿fué usted á ver á su prima para visitarla?

T.—Sí, señor.

C.—¿En qué conoció usted á Maza?

T.—En la boina, en el traje, en todo. Además le oí disputar en la Castañera.

C.—¿Le conoció usted por la fisonomía?

T.—Sí, señor.

C.—¿Está usted seguro de que era él?

T.—Completamente.

* * *

El señor Colongues — Cuando vino usted de Méjico con el padecimiento penoso que usted traia, ¿qué médico le asistió?

T.—Pozas.

C.—¿En el espacio de este año y medio?

T.—Sí, señor.

C.—¿Iba él á casa de usted, ó iba usted á la suya?

T.—Yendo yo á la suya.

C.—Cuando habló usted en la puerta con Tomás, ¿no le dijo usted que iba á visitar á su prima?

T.—No recuerdo.

—C.—¿Qué conversacion sostuvo usted con Domingo Gomez cuando le encontró?

T.—Me preguntó: «¿Qué hay?» y le contesté: Nada, que llevan preso á Maza.»

C.—¿No hicieron ustedes algun comentario acerca de este incidente?

T.—No, señor.

C.—Cuando vió usted bajar el grupo hácia la Castañera, ¿había luna?

T.—Sí, señor.

C.—¿Recuerda usted si daba en la pared donde usted ha dicho que se encontraba?

T.—No recuerdo.

C.—¿Les vió usted de cara?

T.—Sí, señor.

C.—¿Veian ellos la pared?

T.—Sí, señor.

C.—¿Sobresalia usted por encima de ella, ó estaba más alta?

T.—Estaba más alta por fuera.

C.—¿No riñó usted alguna vez con el cura don Cristóbal Samperio?

T.—No, señor.

C.—¿No le llamó usted *chalequero* en cierta ocasion?

T.—Si se lo llamé, seria en broma.

C.—Cuando declaró usted en Santoña. ¿dijo usted que Maza llevaba una cosa blanca puesta en la boca?

T.—No sé si me lo preguntaron. Si no lo dije, no me acordaria.

C.—¿Ha declarado eso el testigo ahora, despues de leer LA VOZ MONTAÑESA en que está la declaracion del Mantequero?

T.—Yo no me he guiado por la declaracion del Mantequero ni por la de nadie.

C.—No ha leído usted LA VOZ MONTAÑESA estos dias en el Puente á varias personas, y entre ellas á sus sobrinos?

T.—No, señor, la he comprado en el Puente, pero la he leído en otra parte.

C.—¿Ha leído usted la declaracion del Mantequero?

T.—No recuerdo.

C.—¿No le queda á usted duda del traje que ha dicho que llevaba Pozas?

T.—Ninguna absolutamente.

C.—¿Tampoco abriga usted duda de que Pozas, Maza y los guardias estuvieran detenidos en el Avellano tres ó cuatro minutos?

T.—No me queda ninguna duda.

C.—Señor presidente; la defensa solicita que se hagan constar en el acta estas dos últimas manifestaciones del testigo.

Presidente.—Constarán.

*
*
*

Señor Agüero.—¿Estaba usted asalariado con Pozas para la asistencia facultativa?

T.—Yo no; asalarié á mi madre.

A.—¿Le recetó á usted Pozas?

T.—Sí, señor.

A.—¿En qué botica compró usted los medicamentos?

T.—Voy á verlo. *Saca una receta del bolsillo, la mira y dice:*
En Liérganes.

A.—Señor presidente, deseo que la receta presentada por el testigo se una á los autos.

Presidente (al testigo).—¿Tiene usted inconveniente en que esa receta se una al proceso?

T.—No, señor; aquí está. *(Se la entrega al señor secretario.)*

A.—¿De qué color era la boina que llevaba Maza?

T.—No lo recuerdo.

A.—¿Por qué le conoció usted por la boina?

T.—Yo no he dicho tal cosa.

A.—¿Conoció usted á los guardias en el traje?

T.—Sí, señor.

A.—¿Está usted seguro de que eran guardias?

T.—No, señor.

A.—¿Se fijó usted en su fisonomía?

T.—No.

A.—¿Podría usted reconocer en los guardias que usted vió á los procesados?

T.—No, señor.

A.—¿Por qué se escondió usted cuando les vió bajar con Maza y Pozas?

T.—Yo no me escondí. Ya lo he dicho tres veces.

A.—¿Por qué se detuvo usted entonces?

T.—Porque les ví venir y quise saber lo que ocurría.

A.—¿Siguió usted andando?

T.—No, señor; estuve parado y no ví lo que hacían.

A.—No le sorprendió á usted que Maza llevara parte de la cara cubierta? Qué supuso usted?

T.—Que le habían amordazado ó que tal vez sería una bufanda que acostumbran á llevar por la noche los mozos del pueblo.

A.—¿Encontró usted á Eusebio Higuera aquella noche?

T.—No, señor.

A.—¿No le vió pasar cuando estaba usted parado en su casa?

T.—No.

A.—¿A quién oyó usted que el Mantequero había sido maltratado por Pozas?

T.—A varios.

A.—¿Cuándo habló usted del suceso por primera vez con el cura don Simon?

T.—No recuerdo.

A.—¿Le ha visto usted aquí?

T.—Sí, señor; estamos en la misma posada.

A.—¿Es pariente el cura don Simon de Antonia Samperio?

T.—Antonia es sobrina suya.

A.—¿Para allí cuando va á Miera?

T.—No sé.

A.—¿En dónde pareció la llave de la puerta de Juan Maza el día despues de su muerte?

T.—No sé tampoco.

El señor Cárabes había pedido careo del testigo con Eusebio Higuera, por decir este que le había encontrado la noche del 22, y negarlo aquel.

Compareció, al efecto, Eusebio Higuera, que sostuvo enérgicamente su afirmacion de que había encontrado al testigo, á Tomás Higuera y á otro que no conoció. Recordó todos los detalles del encuentro y se ratificó en que al día siguiente, al preguntar al testigo que quién era el que iba con ellos, le contestó este que el Mantequero.

El testigo niega en absoluto todos estos particulares, y sostiene que es falso cuanto dice Eusebio Higuera.

Ambos quedan á disposicion del tribunal, á peticion, uno de la defensa de Pozas, y otro de la acusacion privada, para cuando declaren otros testigos.

Domingo Gomez Maza

DE 34 AÑOS, CASADO Y LABRADOR.

El testigo declara que es primo carnal de Bráulio Mier.

El señor fiscal —¿Salió usted en la noche del 22 de Julio de su casa á la fuente?—Testigo —Sí, señor.—¿Vió usted pasar un grupo de personas por la calleja de Pereda?—Al salir por agua ví un grupo de cuatro personas; y al volver, sentí que bajaba una persona á escape. Despues encontré á Pedro Mora y le pregunté: ¿Qué hay? y me contestó: «Aurelio Pozas y la guardia civil y dos personas que no conozco y que van delante».—¿Vió usted en dicha noche y por aquellas inmediaciones á José Acebo y Tomás Higuera?—No recuerdo.—¿Habló usted de eso al dia siguiente?—No, señor.—¿Recuerda usted con quién habló en las primeras horas de la mañana del 23?—Salí de casa al mismo tiempo que Chaves. De allí á poco encontramos al alcalde de barrio que nos dijo que fuéramos á auxiliar á Maza que estaba muy mal en el Campo de la Iglesia. Yo me disculpé diciendo que mi mujer estaba enferma, pero fui y allí ví á Pozas que estaba tomando el pulso al herido y dijo: «Id á buscar al cura, que se muere por momentos.»—¿Oyó usted hablar al herido?—No, señor.—¿Sabe usted quiénes fueron los que mataron á Maza?—Segun la voz pública, los procesados.

* * *

Acusador privado.—¿Cuando Pedro Mora le habló de la gente que habia visto, le dijo á usted que iba tambien Juan Maza?—Testigo.—Me dijo que le llevaban preso.—¿Le dijo á usted que llevaba amarradas las manos.—No, señor.—¿Usted cogió en la fuente el agua que iba á buscar?—Sí, señor.—¿Habló usted con Mora antes ó despues de coger el agua?—Despues.—¿Qué direccion tomó el grupo?—Pa la iglesia.—¿Cuando usted vió al grupo en el Avellano permaneció usted parado?—No, señor; le ví muy poco, al pasar.—¿No conoció usted á nadie?—No.—¿Despues de hablar con Mora se retiró usted á su casa?—Sí, señor.—¿Vió usted desde la ventana que por la calleja en donde habia estado con Mora perseguia alguno al Mantequero?—No; subí y ví que pasaba gente, pero solo puedo decir que á un hombre alto que iba corriendo se le cayó la boina.—¿Cuántas personas vió usted?—Dos, corriendo á cual más.—¿Uno delante de

otro?—No, señor; á la par, se puede decir.—¿Se sentia ruido de otras personas detrás de ellos?—No, señor.—¿Iban armados?—A uno sí le ví un arma; al otro no me fijé.—¿Qué clase de arma era la que usted vió?—No sé.—¿En qué conoció usted que era una arma?—En la forma de ella.—(Las demás preguntas son las generales de referencia dirigidas á todos los testigos.—El declarante ha oído todo lo que se dice contra Pozas en el pueblo.)—¿Qué concepto le merece á usted Pozas?—Que es muy *rigoroso* con la gente.—¿Qué quiere usted decir con eso de que es *rigoroso*?—Pues que cuando alguno le hace algo se la guarda para cuando llegue una ocasión.—¿Vamos, que es rencoroso querrá usted decir?—Eso, sí, señor.

..

El Sr. Cárabes.—¿Votó usted en las últimas elecciones contra Pozas?—Sí, señor.—¿Su mujer de usted, es prima de Mora?—Sí.—¿Fué usted recaudador de los impuestos municipales en Miera durante año y medio, allá del año 1876 al 1877?—Sí, señor.—¿Liquidó usted las cuentas?—No.—¿Sabe usted si se formó un expediente en que figuraba usted como acreedor del ayuntamiento por ciertas cantidades?—No recuerdo.—¿Anunció Pozas á hacerse cargo de la alcaldía que iba á hacer efectivostodos los créditos que tenia á su favor el ayuntamiento, y entre ellos el de usted, para invertir su producto en obras municipales?—Conmigo no habló don Aurelio de eso.—¿Sabe usted si de público se dijo que Pozas iba á tomar esa determinacion?—Sé que don Aurelio, antes de ser alcalde, hizo una solicitud para que se pagara al Ayuntamiento lo que se le debía, pero salvándome á mí.—¿Dónde obra esa solicitud?—En la secretaría, porque Pozas se presentó como un vecino y pidió que se reuniera el ayuntamiento.—¿Era alcalde Pozas?—No, señor; no ejercia ningun cargo.—¿Cómo se han tratado usted y Pozas, en sus relaciones de amistad?—Lo mismo hoy que siempre; con un cariño profundo (*Risas.*)—¿Se saludaba usted con él?—Hace mucho que no le ha saludado?—No, señor, no le he saludado hace mucho tiempo. Éramos amigos, pero no nos saludábamos más que cuando nos encontrábamos uno al otro.—¿Ha tenido usted algun trato con él?—Sí, señor, le debo atenciones y hasta me ha dado dinero á préstamo. (*Risas.*)—¿Cuando vió usted pasar al grupo de que se ha hablado, iba usted por agua ó volvía?—Iba á buscar agua.—¿Y cuándo encontró usted á Mora?—Fué al volver.—Estando to-

mando el agua ¿no oyó usted ningún ruido?—Luego que la tomé ví pasar una persona.—¿Después que entró en su casa y vió pasar otras dos personas corriendo, permaneció usted en la ventana?—No, señor.—¿No sabe usted si se volvieron ó qué dirección tomaron?—No lo sé.

*
*
*

El señor Colongues.—¿Estaba Juan Maza vivo cuando usted le vió en la ermita?—Testigo.—Parecía vivo.—¿Le vió usted los ojos?—No recuerdo.—¿Movía la cabeza?—No daba señales. Por su *carácter* parecía que estaba vivo.—¿Qué noche hacía?—Nubarrones.—¿Pero la noche era clara ó oscura?—No digamos que estaba *escampada*. En la luna no me fijé.—¿Oyó usted tiros?—No, señor.—¿Cuando volvió usted del Fontano no encontró á nadie en la calleja?—No.—¿Vió usted al grupo como un paso antes de llegar al Avellano?—Sí, señor, á un paso estarían.—¿Se detuvieron allí ó pasaron sin detenerse?—No lo sé.—(El señor Colongues hace observar que anteriormente manifestó que no se habían detenido.)—¿Qué distancia habrá desde la ventana de la casa de usted al punto en que se cayó la boina?—Doce metros.—¿Distinguió usted el color del traje de los que pasaban?—No sé qué color sería el de la ropa, pero ni blanca ni colorada era.—Señor presidente: desearía que constara en el acta esta manifestación.—El señor presidente se cerciora, haciendo ratificar al testigo, de que no ha entendido mal la pregunta, y accede á que conste en el acta lo que afirma.

*
*
*

El señor Agüero.—Cuando vió usted á los guardias civiles cerca de Maza, ¿notó usted algo que le llamara la atención?—Testigo.—Ví á uno de los dos guardias que miraba, así como triste, á la casa de Mier.—¿Ha leído usted ó ha oído leer en los periódicos la declaración que ha prestado el Mantequero en la sesión última?—Sí, señor.—¿Le sorprendió á usted cuando se asomó á la ventana, ver correr á dos hombres?—No, señor; yo me quedé en el mismo estado en que estaba.—¿Qué razón tuvo usted para ocultar este detalle al juzgado de instrucción de Santofía?—Que no me acordé de decirlo.

*
*
*

Señor presidente.—¿Dónde se acostumbra en Miera á encer-

rar á los^vpresos ó detenidos?—Testigo —Allí decimos la perre-
ra.—Bueno; puede usted retirarse.

Agustin Gomez Higuera

DE 57 AÑOS, VIUDO Y LABRADOR.

Señor fiscal.—¿Salió usted de casa en la noche del 22?—Tes-
tigo.—No, señor.—(Todas las preguntas del señor fiscal son
acerca de lo que el testigo ha oído referir acerca del suceso).

*
* *

Acusador privado —¿A qué hora salió Daniel Gomez Higue-
ra para Liérganes en la tarde del 22?—Testigo.—A las tres.—
¿Qué encargo le dió Pozas?—Que llevara un oficio para la guar-
dia civil.—¿A qué hora volvió?—Serian las nueve y media —(El
testigo sigue confirmando todo lo declarado por el mismo Daniel
Gomez Higuera y Pozas en la intervencion del guardia munici-
pal en el asunto.)

*
* *

Señor Cárabes.—¿Existe enemistad entre la familia de Mora
y Pozas?—Me parece que sí.—¿Esa enemistad se extiende al
cura don Simon y á la familia de Manuel Lavin?—Sí, señor.—
¿Ha oído usted hacer apreciaciones respecto á que sean autores
de la muerte de Maza los procesados?—Sí.—¿A quiénes?—Las
familias *intrigadas* dicen eso.—Y á las demas personas, ¿no ha
oído usted nada?—De trescientos vecinos que tiene el pueblo, no
se lo he oído á nadie, fuera de esas familias --- (Las demás pre-
guntas son las generales á casi todos los testigos. El que declara
refiere todo lo que ha oído respecto á los alborotadores nocturnos,
á los disparos á varias casas del pueblo, la de Pozas inclusive, y
otros detalles de interés para las defensas.)—¿Tiene usted noti-
cias de que recientemente, cuando se supo la acusacion fiscal en
que se pedia la pena de muerte para Pozas, se entonaran cancio-
nes dirigidas á la señora é hijos del procesado?—En los meses
de Marzo, Abril y Mayo, segun oí decir, sí, señor, se cantaban
canciones.—¿Recuerda usted qué cantaban?—Una cosa así como
arrastrando cadenas y prision le tenemos ya, etc.

Tomás Higuera Gomez.

DE 23 AÑOS, SOLTERO Y LABRADOR.

El señor fiscal.—¿Dónde pasó usted la tarde del 22 de Julio?—
Testigo.—En Pereda.—¿Vió usted á Maza?—Sí.—¿Qué hacia?—
Le vi jugando en la taberna.—¿Tuvo alguna cuestion?—No.—
¿A dónde fué despues Maza?—No sé.—¿Habló usted despues
con Pedro Mora?—No.—¿Estuvo usted aquella noche en la ca-
lleja de Pereda?—No, señor.—¿En la noche del 22 de Julio, vió
usted á Pozas y á la guardia civil?—Sí.—¿Dónde se ocultó usted?
—En una alcantarilla.—¿A quién más vió usted con Pozas y
los guardias?—A Pío Lavin, á Bráulio Mier y á Maza.—¿Lle-
va ba Maza las manos atadas?—Sí, señor.—¿Sabe usted por qué le
llevaban preso?—Lo ignoro.—¿A dónde fué Maza conducido?—
A casa de Bráulio.—¿Quién le abrió? No sé.—¿Vió usted su-
bir á Maza por la escalera exterior de piedra?—Sentí las pisa-
das cuando subian.—¿Estuvo usted oculto mucho tiempo?—No,
señor; poco.—¿A dónde se fué usted desde allí?—Junto á los ála-
mos.—¿Y luego?—A casa.—¿Qué camino llevó usted para ir á
su casa?—Todo derecho.—¿A la mañana siguiente vió usted al
herido?—No, señor.—¿Habló usted con José Higuera Prado?—
No, señor.—¿Despues de que usted declaró ha sido usted ame-
nazado por alguno?—No.—¿Qué ha oido usted acerca de quiénes
podian ser los autores de la muerte de Maza?—Los procesados
y Pío Lavin.

*
* *

Acusador privado.—¿Antes de venir por la calleja de Pereda
estuvo usted en el callejuelo Sobre la Corte?—Testigo.—No, se-
ñor.—¿No estuvo usted allí fumando un cigarro con Pedro Mo-
ra?—Fué á la puerta del mismo Mora.—¿De qué hablaron uste-
des?—Pues... de muchachas.—¿A dónde se dirigia usted?—Iba á
casa de mi hermana porque mi cuñado estaba en Santander, pe-
ro no me quedé.—¿Pues cómo?—Porque yo bajé por delante de
la casa de Aurelio, y delante de la de mi cuñado ví un grupo de
gente y me quedé suspenso al ver á los guardias y á Pozas y
me escondí.—¿Y dónde se escondió usted?—En la boca de la al-
cantarilla.—¿A la derecha de la alcantarilla no hay un terreno
un poco más alto?—Sí, señor.—¿Asomó usted la cabeza por en-
cima de aquel terreno?—No, señor; yo estaba en esta forma.

(*Se pone en cuclillas.*) —¿Los? vió usted de espaldas ó de cara?—Al pasar.—¿Se levantó usted despues que pasaron?—Sí, señor.—¿Les vió usted entrar en casa de Mier?—No.—¿Fué usted á Santoña á declarar?—Sí.—¿Le amenazó á usted con un puñal Pío Lavín?—Sí, señor; varias veces.—¿Por qué?—Por haber declarado en contra.

* *

El Sr. Cárabes.—¿Cuando vió usted bajar al grupo, qué traje llevaba Pozas? No recuerdo.—¿No declaró usted en el sumario que llevaba traje negro y sombrero negro?—No lo tengo presente.—A petición del señor Cárabes se lee su declaración donde afirma que Pozas llevaba el traje y el sombrero negros.—Presidente: ¿Que dice usted de esa contradicción?—T. Que no recuerdo el traje que llevaba.—¿Ha leído usted que Mora y el Mantequero declararon que Pozas llevaba el traje blanco?—No, señor.—¿Ha oído usted leer las declaraciones que publican los periódicos?—No recuerdo.—¿Desde que estuvo usted con Pedro Mora en la noche del 22 hasta que llegó usted al punto en que ha dicho, encontró alguna persona?—No, señor; no me detuve hasta llegar á la alcantarilla, y fui á un paso regular.—(El señor Cárabes pide que conste en el acta esta manifestación del testigo.)—¿Qué orden llevaba el grupo cuando usted le vió bajar?—Pozas delante, guardia civil y Maza despues y detrás Mier y Lavín.—¿Conoció usted á estos últimos?—Sí, señor.—Señor presidente: en la declaración del sumario ha dicho que no los conoció.—(Se lee la declaración del sumario y en efecto, así consta.)—Los conocí perfectamente, pero no recuerdo las ropas que llevaban.—¿Por qué no declaró usted así?—Porque Pío Lavín me sacó el puñal y me dijo que si no quitaba ambas declaraciones me quitaba la vida.—(El señor Moral pide que se consigne en el acta esa manifestación, á cuyo deseo se asocian las defensas, y así lo acuerda el señor presidente.)—¿Recuerda usted haber encontrado de nueve y media á diez de la noche á Eusebio Higuera conduciendo una res lanar?—No, señor.—¿Le encontró usted algun tiempo despues y le preguntó qué declaración habia prestado en Santoña?—No, señor.—Señor presidente: Pido para cuando lo disponga la presidencia, un careo entre este testigo y Eusebio Higuera.—P.—Despues se verificará.

* *

Señor Colongues.—¿Llevaba algo Maza en la cara?—Testigo —No reparé.—¿No tiene usted miedo ahora á las amenazas de Lavin?—Sí, señor.—¿Qué motivos tuvo usted para esconderse al ver á la guardia civil?—Que habia echado un bando el alcalde para que no se anduviera por la calle de noche.—¿Tiene usted miedo á la guardia civil?—No, señor, pero me han amenazado.—¿En dónde le han amenazado á usted los guardias civiles?—En Miera.—¿Quién?—Un capitán.—Señor presidente; deseo que se consigne en el acta esta manifestacion del testigo.—Presidente: Se consignará.

*
* *

Señor Agüero.—¿Con qué objeto salió usted de su casa en la noche del 22?—Con el de quedarme en casa de mi hermana —¿Dónde se arrepintió usted de dirigirse á casa de su hermana?—Yo me dirigia á su casa —¿Siguió usted despues Sobre la Côte, habló usted con doña María y fué usted luego á ver á otra persona á la que pensaba visitar aquella noche?—No, señor.—Al llegar á casa de su hermana, vió usted á los guardias civiles que bajaban y no se retiró usted detrás del derrumbadero que hay en frente de la misma casa de su hermana, sino que atravesó el camino por delante de los guardias y vino á esconderse en la alcantarilla?—Sí, señor.—Pido á la presidencia, porque creo que este es el momento oportuno para ello, que conste en acta la posicion que el testigo dice que adoptó en la alcantarilla cuando pasaron los guardias civiles y don Aurelio Pozas por el camino de Pereda al campo de la Iglesia, por delante de la casa de Bráulio Mier.—Presidente (al secretario): ¿Se ha fijado usted en la posicion que indicó el testigo al declarar?—El secretario: Como la defensa no me indique la forma de ponerlo en el acta—Agüero: Creo que puede redactarse describiendo la postura que adoptó el testigo.—Presidente: La defensa puede dictar.—Agüero: Puede el testigo repetir la demostracion —Fiscal: Yo creo que el testigo hizo la relacion y demostracion referente á ese particular de la postura que adoptó en el momento crítico en que pasaban el alcalde y los guardias civiles, y me parece que el señor secretario lo ha visto tambien y debe certificar de lo que ha visto.—Agüero: Conste, señor presidente, que la defensa no ha solicitado que se la faculte para redactar ese particular, y que lejos de eso, invitada á hacerlo por la presidencia, ha guardado silencio.—Presidente: El secretario se

encargará de redactar el particular.—Agüero: ¿Qué amenazas le hizo á usted el oficial de la guardia civil á que se ha referido?—Que si no quitaba la declaracion que habia prestado....—¿Y consiguió su objeto?—No, señor.—¿Dónde están los álamos á que se retiró usted cuando salió de la alcantarilla?—A un lado á la izquierda yendo á la iglesia.—¿Qué razon tuvo usted para no subir á casa de su hermana, yendo á ella precisamente?—Por miedo.—¿Habian pasado ya la guardia civil y las personas que la acompañaban?—Sí, señor.—¿Y por qué el miedo le hizo á usted marchar al monte y no subir á casa de su hermana, que era lo más sencillo?—Yo tenia miedo.—Señor presidente: ¿Qué sitio hay destinado para encerrar en Miera á los detenidos por la autoridad?—La perrera, que está en la Celda.

*
* *

El señor Cárabes.—Me permite la presidencia hacer una pregunta en vista de la que ella ha dirigido al testigo?—Presidente: Concedido.—Cárabes: ¿Por dónde tiene la entrada ese local; por la parte de arriba ó por la de abajo?—Testigo. Por la de arriba.

*
* *

Se procede al careo entre el testigo y Eusebio Higuera.

El desacuerdo está en que el testigo niega que aquel le encontrara en la noche del 22 con Pedro Mora y otro, negando tambien que el 15 de Agosto se acercara el testigo á Eusebio y le preguntara si habia declarado que les habia encontrado, á lo que el segundo contestó afirmativamente.

Ambos sostienen su declaracion manifestando repetidas veces el Eusebio que lo que dice es la verdad, y contestando Tomás Higuera que es mentira.

El señor Moral pide que este testigo quede á disposicion del tribunal para cuando sea oportuno.

Sesion sétima, de 2 de Setiembre de 1884.

Anastasia Higuera Maza

DE 37 A 40 AÑOS DE EDAD, CASADA Y LABRADORA

Presidente: Continúan las diligencias de prueba. El minis-

terio fiscal tiene la palabra.—Fiscal: ¿En la noche del 22 de Julio de 1883, de nueve á diez se encontraba en su casa la testigo?—Testigo.—No, señor.—¿No estaba en su casa en la noche del 22 de Julio?—Sí, señor; estaba en casa á esa hora.—¿A esa hora, oyó ladrar los perros de las casas inmediatas y los de la suya, y oyó personas que transitaban por la calle?—Sí, señor; á esa hora oí ladrar los perros y sentí pasos.—¿Cree usted que las personas cuyos pasos oía iban calzadas con zapatos?—Con zapatos, sí, señor.—¿Y cuál era la direccion que llevaban esas personas?—Hacia la Iglesia y hacia el callejo.—¿Salió la testigo la mañana del 23 con direccion á la Iglesia?—No, señor.—¿Vió usted á Julita Maza?—Sí, señor; la ví pasar por la puerta llorando.—¿Y por qué lloraba?—Yo no la pregunté nada; pero sí á otra que bajaba con ella, la cual me dijo que porque estaba su hermano muerto en la parte de la Iglesia.—¿Oyó usted decir en aquella mañana quiénes pudieran ser los autores de la muerte de Juan de la Maza?—En aquella mañana, no señor; lo oí de allí á tres ó cuatro dias.—¿Y oyó á quién se imputaba la muerte de Maza?—A don Aurelio Pozas y los guardias civiles.—¿Sabe si Juan de la Maza fué maltratado anteriormente por don Aurelio Pozas?—No, señor; no sé nada.—¿Sabe si Juan de la Maza fué hecho preso en la noche del 22?—No, señor.—¿Sabe si Maza fué conducido por la calleja de Pereda en direccion á la Iglesia, y desde allí en direccion á casa de Bráulio Mier?—Lo he oido así.—¿Sabe si en aquella noche ó en la madrugada del 23 fué conducido desde casa de Mier á la Iglesia y fusilado entre la torre y la celda?—Así lo he oido.—¿Ha oido que en aquel sitio Pozas disparó contra Juan de la Maza?—No, señor; no lo he oido.—¿Sabe alguna cosa más acerca del asunto?—No, señor; nada más.

* * *

Acusador privado: ¿Ha oido la testigo si Juan de la Maza, despues de herido, habló en el Campo de la Iglesia?—No, señor.—¿Ha oido usted decir que no habló?—No, señor; no lo he oido.—¿Qué distancia hay desde la casa de usted á la calleja de Pereda?—Muy poca distancia.—¿Mayor que la anchura de esta Sala?—No, señor.—¿Menor?—Sí, señor.—¿No hay inmediato á casa de usted un avellano que llaman de las Animas?—Sí, señor.—¿El ruido que usted oyó cesó un momento ó fué continuando?—Muy continuado.—¿Se reunian en casa de usted durante algunas no-

ches varios de los jóvenes que rondaban por el pueblo?—No, señor.—¿Sabe usted si se reunian en alguna otra casa?—No, señor.—¿Sabe usted si don Aurelio Pozas estaba enemistado con don Cristóbal Samperio?—No, señor; no lo sé.—¿Sabe usted si Pozas amenazó á don Cristóbal Samperio?—No, señor.

*
* *

El señor Cárabes: ¿Está usted casada con Juan Higuera Maza?—T: Sí, señor.—¿Sabe usted si Juan Higuera Maza presentó una denuncia criminal contra don Aurelio Pozas suponiendo que le habia hecho un disparo?—No, señor.—¿Sabe usted si denunció á D. Aurelio?—No, señor.—¿No sabe si se siguió causa en la cual fué absuelto don Aurelio Pozas?—No, señor.—¿Es usted prima de don Pedro Mora?—Sí, señor.—¿En qué habitacion de su casa estaba usted y en qué se ocupaba la noche del 22 de Julio cuando dice que oyó pasos por la calle?—Yo estaba ya acostada.—¿Los perros de la vecindad, no se oian latir en otras noches?—Todas las noches; pero aquella ladraban más continuamente.—¿Despues de esa hora estuvo usted despierta mucho tiempo?—No, señor; despues no.—¿A qué hora se durmió usted?—Sobre las once, poco más ó menos.—¿Despues, no volvió á despertarse?—No, señor.—Sabe usted si don Aurelio Pozas y la familia de los Moras tienen enemistad y los ha excluido del contrato celebrado como médico con los demás vecinos?—No, señor, no sé nada.

*
* *

El señor Colongues: ¿Nada decia la opinion pública de Bráulio Mier con motivo de la muerte de Juan de la Maza?—Testigo: No señor.—¿No se decia que hubiera contribuido á esa muerte?—No, señor.—¿Se hablaba solamente de don Aurelio Pozas y de los guardias civiles?—Sí, señor.—¿Prestó usted atencion cuando oyó pasos en la calleja de Pereda?—No, señor.—¿Oia usted pasos otras veces á esas horas?—Sí, señor; oia pasar á dos ó tres, pero nada más.

Catalina Lavin

60 AÑOS, SOLTERA, PANADERA

El señor fiscal: ¿Dónde se hospedó usted en la noche del 22?—Testigo: En casa de Pepe Gomez.—¿Oyó usted tiros durante

la noche aquella?—Sí, tres ó cuatro.—¿A qué hora los oyó?—No sé fijamente; sobre las nueve ó las diez.—¿De qué parte procedían los disparos?—De hacia la Iglesia.—¿A qué hora se recogió José Gomez?—No sé qué hora sería.—¿Después de acostada quiso usted marcharse?—Sí, señor; pero no me dejó el amo de la casa.—¿Por qué quería usted marcharse?—Porque habia salido á la puerta y ví que la iba á hacer alguno.—¿Durante la estancia de usted en casa de Pepe Gomez llegó Calixta Mier á la puerta?—Sí, señor.—¿A qué hora?—No recuerdo. Estaba á la puerta de Pepe y dijo: «¡Ay, Dios mio, que han matado á mi hermano ó al médico!»—¿Vió usted si antes de amanecer estaban asomados á la ventana José Gomez, su mujer y sus hijos?—Sí, señor; los hijos se levantaron, en el balcón ella lloraba y él la dijo á su mujer: *¡No llores, aunque se maten todos!*—¿Y por qué lloraba?—Porque mataron á ese muchacho. (Lo demás que añadió la testigo no lo pudimos comprender).—¿Recuerda usted si Pepe le dijo á su mujer: «¿Qué te importa que maten á cualquiera?»—Sí, señor; y dijo tambien *«Mas que les maten á todos.»*—¿A qué hora se levantó usted?—A las cinco de la mañana, y pregunté á Manuela: *¿Dónde está Pepe?* y me contestó: *«Se ha ido á los ganados. No diga nada; han matado á un hombre. Si te preguntan donde te has quedado esta noche di que has dormido aquí.»*—¿Habia salido Pepe cuando usted se levantó?—¿Pues no digo que estaba en los ganados?—¿Sabe usted á quién mataron aquella noche?—A uno de esos que llaman Mazas.—¿A quién se atribuía su muerte?—A Pozas y á los civiles.—¿Se decia ya eso el día 23?—Sí, señor, sí.—¿Cuando la testigo se separó de Pepe, observó si estaba de mal humor, disgustado ó incomodado?—No, señor; de eso yo no me acuerdo.—¿A cuál de los dos guardias vió usted en la mañana del 23 al dirigirse usted al Campo de la Iglesia venir con un papel en la mano?—A la puerta de Mier estaba un guardia, y otro venia por detrás de la Iglesia con un papel asina, y dijo:—«¡Ay, alguno de esta tierra pagarla tiene!»—Después del 23 de Julio, ¿la recomendaron á usted Pepe Gomez y Bráulio Mier que dijera que solo habia oido un tiro y visto á un guardia?—No.—¿Quiénes fueron los autores de la muerte de Maza Samperio?—El médico y los guardias civiles.—Presidente: ¿Usted lo vió matar?—Testigo: No, señor.

*
*
*

Acusador privado: ¿Oyó usted tiros á las tres de la mañana?

—Testigo: A las dos —¿De qué parte procedían?—De la Fuente Sagrada. —¿Cuántos tiros oyó usted?—Tres. —¿Oyó usted alguna conversacion acerca de Maza?—Oí junto á la carretera quejarse, y luego bajar un tropel como si fuera de caballos. —¿A qué hora?—A las tres de la mañana. —No es eso lo que yo iba á preguntar á la testigo. ¿Oyó usted hablar de Maza?—No, señor. —¿A qué hora vió usted á Pío Lavin?—No le ví. —Ha hablado usted despues de la muerte de Maza con la hermana de Pozas, Josefa?—Sí, señor; y me ofreció 8.000 reales. —¿Por qué?—¿Qué se yo!—¿Cuánto tiempo hace de eso?—No lo sé fijamente; nueve ó diez meses. —¿Dónde la encontró usted?—A la puerta de Pozas. —¿Por la mañana ó por la tarde —De diez á once. —¿Quién estaba con doña Josefa?—Nadie. Fué á la puerta de su casa. —¿Por qué presume usted que la ofrecería dinero?—Para que no aclarara yo lo que era verdad. —¿Al ofrecerla á usted los 8.000 reales, no la dijo nada?—Nada más que ofrecérmelos. —¿Habló usted con Bráulio Mier en alguna ocasion?—Varias veces. —¿La dió á usted dinero?—No, señor. —¿La amenzó á usted Bráulio alguna vez? —El no; su padre en la noche de Navidad *al medio día* me tiró á un callejo, y luego la mujer á poco tiempo me amenzó en el sitio que llaman el Prado del Campo. —¿La pegó á usted Pedro Mier?—Sí, señor, me dió unas coces y tengo testigos. —Lo vieron Esperanza, Encarnacion y Leoncio Higuera?—Sí, señor, sí. —¿La madre de Bráulio no la dirigió á usted tambien algunas expresiones?—Me dijo que me habia de acordar de ella por haber declarado como lo habia hecho, y yo la contesté que habia dicho la verdad y no *queria perder mi alma*. (El señor Moral pide que cuando la presidencia lo tenga á bien se verifique un careo entre la testigo y Manuela Gomez Perez.) (El señor presidente dice que despues de las preguntas de las defensas)

*
* *

El señor Cárabes: Señor presidente; ha dicho la testigo, contestando al señor fiscal, que la hora en que oyó los tiros fué de nueve á diez, y en la declaracion del sumario dijo que de once y media á doce de la noche. —Testigo: Yo oí de diez á once dos tiros muy fuertes *de mi alma*. —Ahora dice la testigo que de diez á once. ¿En qué quedamos?—Presidente: A ver, diga usted la verdad, ¿á qué hora oyó usted los tiros?—Testigo: Yo no me acuerdo si eran las diez ó era entre once y doce. ¿Cómo me voy

á acordar despues de tanto tiempo?—P.: Adelante. —Cárabes: Los tiros que oyó por la mañana, sobre las dos ó las tres, ¿cuántos eran?—Testigo: Tres —¿Uno tras otro, seguidos ó muy separados?—Uno primero, y despues de un rato otros dos, casi juntos. —Cree usted que los dos últimos serian por no haber acertado al primero?—Sí, no acertarian al primero.—¿Conoce usted al cura don Simon?—Sí, señor, no lo he de conocer si es de mi tierra? —¿Ha hablado usted en alguna ocasion con él?—Nos hemos encontrado en el camino y no ha habido más que vaya usted con Dios y venga usted con Dios.—¿Habló con usted de esta causa el cura don Simon?—Nada, señor, nada; crea usted que digo la verdad, porque la verdad....—Presidente: Basta, basta; conteste usted nada más á lo que se la pregunta. —Cárabes: La mujer que usted dice haberse acercado á la puerta de Gomez, ¿pasó de largo ó se detuvo?—Testigo: Se detuvo, y dijo: «Ay, Dios mio, que han matado á mi hermano ó al médico», y se abrió dos veces la puerta. —Señor presidente Esta testigo en su primera declaracion dijo lo mismo que ahora; pero en la segunda rectificó y declaró que la mujer no se habia detenido. Ahora vuelve á decir lo primero. Manifiesta tambien que la mujer aludida era la hermana de Bráulio y en las declaraciones anteriores ha dicho que oyó á una mujer y no la conoció. Suplico á la presidencia que se sirva interrogar á la testigo sobre estas contradicciones —Presidente: Vamos, diga usted la verdad. —Testigo: Yo declaré que la conocí; pero que no la ví —(La testigo divaga sobre este punto y no explica la contradiccion que resulta.) —Cárabes: ¿Cómo conoció usted á Calixta si no la vió?—Testigo: Por los lloros —Hay otra contradiccion, señor presidente, en las declaraciones de esta testigo. Aquí ha dicho que las palabras pronunciadas por Calixta fueron: «Ay, Fulana, que han matado á mi hermano ó á Pozasi» y en el sumario consta que lo que Calixta dijo fué: «Ay, Dios mio! qué ha sido esto esta noche?» —(Se lee la declaracion, que está en los términos manifestados por la defensa.)—Presidente: Vamos á ver, ¿qué es lo que usted ha dicho?—Testigo: Yo he dicho que las palabras de Calixta fueron: «Han matado á mi hermano ó á Pozas.»—Cárabes: ¿Declaró usted eso en Santoña la última vez?—Testigo: Sí, señor.—La última declaracion que prestó en Santoña es la misma á que se acaba de dar lectura; la testigo dice que su última fué aquella y pido que se consigne así en el acta —El señor Moral.—Pido la palabra, señor presidente. —Presidente: No hay palabra. Adelante. —Cárabes: Cuan

do en la noche del domingo trató usted de marcharse, es que tenía miedo ó motivo para sospechar algo?—Testigo: Sí, señor. Tenía motivos para sospechar que iban á matar á alguno.—¿Por qué?—Por las trazas de reirse y de pasear.—¿Nada más?—Y por unas palabras que oí pronunciar á Bráulio.—¿Qué palabras eran esas?—Que aquella noche la iba á haber redonda.—Cuando usted oyó esas palabras á Pozas y á Mier, ¿que hora sería?—Entre noche y día, delante de la casa de Nela y estando yo á la puerta de Pepe Gomez.

* *

El señor Colongues.—¿Qué distancia hay de San Roque á Miera?—Tres horas.—¿Ha oido usted llorar á Calixta antes del día 28?—Sí, señor.—¿Dónde?—En los prados del Campo.—¿Y por qué lloraba?—No lo sé.—¿Es que se habia caído, ó la habia pegado, ó por qué era?—No lo puedo decir.—¿No confundiría usted el lloro de Calixta con algun otro?—No, señor.—¿Está usted segura?—¡Vaya! esto sí que es.—¿A qué hora marchó usted de Miera el día 23 por la mañana?—A las cinco.—¿Volvió usted á Miera?—A los ocho dias.—¿Pues cómo oyó usted el mismo día 23 que los autores de la muerte de Maza eran los guardias y Pozas?—Se lo oí á la tía Ramona Gomez.—¿El día 23?—Sí, señor.—¿Dónde?—En la puerta de su casa. Me marché yo por allí.—¿Estaba usted despierta antes de oir los tiros?—No, señor; los tiros fueron los que me despertaron.

* *

El señor Agüero: En qué época vió usted por última vez á Julita?—No recuerdo.—¿Con quién hizo usted el viaje á Santander?—Con nadie.—¿Con quién vive usted aquí?—Yo sola.—¿Conoce usted á algun pariente de don Simon?—A nadie conozo.—¿Qué distancia habrá entre...?—Yo no conozo nada, ni la calle.—¿Estuvo usted detenida en Santoña por órden judicial?—Sí, señor; ocho dias estuve allí.—¿Estuvo usted presa en Santoña por órden del señor juez de primera instancia?—Sí, señor; me tuvo veinticuatro horas porque me queria sacar lo que yo no sabia.—Fiscal: Pido la palabra.—Presidente: No hay palabra.—¿El juez de Santoña queria que usted dijera lo que no sabia?—Lo que no sabia. Pues, señor; hasta tres veces han preguntado ustedes eso!—¿Cuando el juez de primera instancia le tomó declaración, dijo usted la verdad?—La testigo contesta afirmativa-

mente, interrumpida por el señor presidente, que dice: Es impertinente esa pregunta; no la conteste usted.—Protesto, señor presidente.—Presidente: Consígnese la protesta, y consígnese también que no admito la pregunta por impertinente.—En qué sitio la tuvieron á usted presa en Santoña?—En un cuarto, no sé en que sitio sería; me tuvieron veinticuatro horas porque querían que dijese lo que no era cierto —¿La dejaron á usted en libertad despues que hubo prestado otra declaracion?—Sí, señor; y en seguida me marché á mi casa — Señor presidente: Gravísimas en alto grado las manifestaciones de la testigo, respecto de que el juzgado de Santoña quería exigirla, á la fuerza, una declaracion en un sentido en que no podía declarar sino faltando á la verdad, ruego á la presidencia que se haga constar este particular en acta para que surta los efectos oportunos.—Fiscal: El fiscal se asocia á lo solicitado por la defensa —Presidente: Consígnese en acta en este sentido.—Acusador privado: la testigo, al hacer esas manifestaciones, incurre en contradiccion acerca del particular á que se ha referido la defensa. Ruego al señor presidente mande leer esa declaracion y las providencias del juzgado de Santoña —Presidente: Se consignan las protestas y surtirán los efectos convenientes. (El señor presidente manda comparecer á Manuela Gomez para el careo con la testigo Catalina Lavin. Uno de los puntos de divergencia consiste en que Catalina ha manifestado que Calixta llegó á la puerta de Manuela Gomez en la noche del 22, llorando, y que pronunció las palabras: «Ay, Dios mio, que han matado á mi hermano ó al médico,» y Manuela, al ser preguntada, en su declaracion sobre este particular lo ha negado rotundamente. El otro punto de divergencia está en que Catalina dice que el 23 por la mañana oyó hablar á la mujer de José Gomez, á la que la dijo el marido: «No llores aunque se maten todos,» acerca de lo cual ha dicho Manuela Gomez que es inexacto de todo punto. Puestas una enfrente de otra, se traba una verdadera batalla entre las dos, hablando ambas á un tiempo, gritando y gesticulando desaforadamente y sin llegar á ponerse de acuerdo en nada. Fué una verdadera lucha mujeril para cuya terminacion hubo que apelar á todos los recursos y á todos los esfuerzos presidenciales. Si dura un poco más se arrancan los moños. Al fin el presidente consigue restablecer el orden y las manda que se retiren.

Antonia Samperio Lastra

DE 55 A 56 AÑOS, CASADA, LABRADORA Y UN POCO DE TABERNA.

Señor fiscal: ¿Oyó V. disparos en la noche del 22 y en la mañana del 23 de Julio?—Testigo: Sí, señor, cinco.—¿De nueve á diez de la noche?—Dos, de diez y media á once.—¿A qué hora se asomó usted á la ventana de su casa?—Iba á beber agua, que la tenia en la ventana al sereno y ví al alcalde y á los guardias.—¿Qué traje llevaba Pozas?—Pantalón y chaqueta de color blanquizco. Le ví la chaqueta bien, porque la llevaba abrochada por delante.—¿Vió usted tambien á la pareja?—Sí, señor.—¿En qué conoció usted que eran guardias civiles?—En el uniforme que vestian.—¿Reconoceria usted á los guardias si los viera?—No; uno dijo al pasar: «Hombre, aquí están afuera todavía.»—¿Qué más observó usted?—Que estando acostada desperté por recogerme temprano y oí un tiro muy atroz á las once y media que parecia que se iba á hundir el mundo. Despertó mi marido y fui á beber agua, como he dicho, viendo entonces por casualidad pasar á los guardias y al alcalde. Luego me volví á acostar despues de estarme un rato en la ventana á ver si pasaban otra vez.—¿Estaba la noche clara cuando se asomó usted á la ventana?—Habia luna clara y sin viento.—¿Antes de amanecer vió usted venir á alguna persona?—Despues de oír los cinco tiros ví una persona parada, á la que no conocí.—¿Tampoco conoció usted á los que llegaron al jardín de la casa de Pozas?—No ví á nadie.—¿Quién disparó contra Maza?... No lo ví.—¿Qué ha oído usted acerca del suceso?—El día de la autopsia toda la gente dijo que le habian matado la guardia civil y el alcalde.—¿Y despues de la autopsia qué más ha oído?—Que lo habian llevado preso á casa de Bráulio y que lo sacaron por la mañana para fusilarle.—¿En la noche del 22 sabe usted si anduvieron rondando Maza, Mora, Higuera y Acebo?—No lo he oído, ni lo sé.—¿Sabe usted si algunos testigos fueron amenazados despues de declarar, por no haberlo hecho segun pretendian los que les amenazaban?—No, señor: ni comprendo por qué. Yo creo que todos los testigos habrán dicho la verdad.

..

Acusador privado: ¿Hacia qué punto sonaban los tiros que oyó usted?—Testigo: Hacia la Iglesia.—¿Sabe usted si Pozas en

cierta ocasion maltrató á Julita, hermana de Maza?—Lo he oído.—Vamos á ver; ¿qué oyó usted?—Que la cogió de una mano, la llevó al monte y la dió una paliza. (El señor Moral hace á la testigo varias preguntas que se refieren á las generales del proceso).—¿Ha oído usted que Pozas habia dicho que le quedaban pocos dias de vida á don Cristóbal?—Sí, señor.—¿Es cierto que don Cristóbal no se atreve á salir, por miedo á Pozas, de noche?—Ni de dia.—¿Sabe usted si estuvo enfermo don Cristóbal á consecuencia de las amenazas que le hizo Pozas?—Así lo he oído.—¿Acostumbraba Pozas á ir armado?—Sí, señor, hasta en la iglesia entró alguna vez con armas á oír misa.—¿En qué relaciones estaba Pozas con Julita y Juan Maza?—Mal, por cuestiones del cura.—¿Sabe usted si la muerte de Maza fué debida á ser defensor de don Cristóbal?—Así se dice.

* *

Señor Cárabes: ¿Tiene usted apodo?—Testigo: No, señor.—¿No se la conoce á usted por un apodo, además del nombre y apellido que usted lleva?—Usted dirá.—¿Cómo la llaman á usted en el pueblo?—La zorra, pero como las zorras son las .. y yo no lo soy...—Presidente: Conteste usted con moderacion á lo que se la pregunta.—¿Tiene usted parentesco con don Simon?—Es sobrino carnal de mi marido.—Votó don Simon en las últimas elecciones contra Pozas?—Sí, señor.—¿Se reunian en tiempo de elecciones en casa de usted los contrarios de Aurelio?—Sí.—¿Su sobrino don Simon, cuando va á Miera, vive y duerme en casa de usted?—Sí, señor.—¿El dia 11 de Marzo último no se celebró en casa de usted una cena á la que asistió Pedro Mora?—Pedro Mora no.—¿Y el cura don Simon?—No recuerdo.—¿No es cierto que en la casa de usted se celebró con una cena la noticia de la sentencia que habia pedido contra Pozas el señor fiscal en su escrito de calificacion?—No, señor; no es cierto. Nadie se alegra de cosas malas.—La carretera que pasa por delante de la casa de usted, por donde vió pasar al alcalde y los guardias, ¿no es el camino recto para ir á la casa del alcalde de barrio?—Sí, señor.—¿Con qué motivo ó por qué se despertó usted la segunda vez aquella noche?—Porque me cansé de dormir.—¿No hubo motivo alguno especial?—No, señor, nada; me desperté por mi *despótica voluntad*.—La testigo, señor presidente, está en contradiccion ahora con lo que dijo en la declaracion del sumario en que manifestó que se habia despertado la segunda vez por causa

del niño —Esa es la verdad; ahora lo recuerdo.—¿Se despertó su marido de usted la segunda vez?—No recuerdo si se despertó.—En la declaracion del sumario ha dicho que no se habia despertado su marido. ¿Sabe usted si los jóvenes de Miera, Mora, Higuera y José Acebo, rondaban por las noches desobedeciendo las órdenes del alcalde, que habia dictado un bando para evitar los escándalos que se promovian?—No tengo noticia de eso.—Aquí hay otra contradiccion manifiesta con lo declarado en el sumario. Allí dijo que se habian dictado órdenes por el alcalde y que los jóvenes citados no las obedecian. (Despues de un breve incidente entre la presidencia, el señor Cárabes y la testigo, esta se ratifica en lo dicho en la declaracion firmada.)—¿Cuántas veces vió usted salir humo del Campo de la Iglesia?—Una.—¿Vió usted el humo de los dos primeros tiros ó el de los últimos?—Despues que sonaron todos fué cuando ví el humo.—Señor presidente: otra contradiccion. Ha declarado en el sumario que vió el humo dos veces.—Yo siempre he dicho que una sola vez; lo que digo ahora dije entonces.—Ya se verá. ¿Vió usted en la mañana del 23 á Catalina Lavin?—No recuerdo.—¿Estuvo en el establecimiento de usted?—Estaria, porque la tomo el pan.—¿La ha visto usted en Santander?—Sí, señor.—¿Ha hablado usted con ella?—Sí. (Las demás preguntas son de escaso interés (El señor Cárabes pide que conste en el acta la manifestacion de la testigo, de que no ha dicho nunca que viera dos veces el humo.)

* *

Señor Colongues: ¿Contó usted á alguna persona lo que vió en la noche del 22, al día siguiente?—Testigo: No recuerdo.—¿En qué fecha fué usted á declarar la primera vez?—No recuerdo.—¿Habian declarado ya los chicos?—No recuerdo tampoco.

* *

Señor Agüero: ¿Sabe usted si Juan Higuera denunció á Pozas por supuesto disparo de arma de fuego?—Testigo: No sé.—¿Intervinó don Simon en esa denuncia?—No tengo noticia.—¿Vino de testigo á la vista?—Sí, señor.—¿Prestó declaracion acusando á Pozas?—Sí.—¿Tiene usted noticia de que Pozas fué absuelto?—No señor.—Presidente: ¿Está usted despachada.

Maria Gomez Perez

DE 24 AÑOS, CASADA, LABRADORA.

Esta testigo es la mujer del guardia municipal Manuel Gomez Higuera, y confirma lo declarado por este y por Pozas acerca de que su marido llevó un oficio á la guardia civil del puesto de Liérganes, que Pozas estuvo á la puerta de su casa de once á doce y media de la noche y otros particulares ya conocidos.

* *

Acusador privado: ¿Quiénes son los contrarios de Pozas á quienes usted se ha referido?—Testigo: Las familias de don Simon, Lavin y de Mora.—¿Desde cuándo viene la enemistad de Mora con Pozas?—Desde hace mucho tiempo.—¿Cuánto hará?—Unos 7 ú 8 años.—¿La consta á usted?—Sí.—Sabe usted la causa?—No sé.—Señor Presidente; Pedro Mora dijo en su primera declaracion que hasta época reciente habia tenido buena amistad con Pozas y hasta enseñó una receta que este le habia formulado. La testigo dice que la enemistad data de 7 ú 8 años. Yo deseo que se verifique un careo entre Mora y la testigo para ver si se ponen de acuerdo.—Señor Presidente: La presidencia no encuentra esencial el careo que la acusacion privada pide.—Señor Moral: Pues que conste mi protesta.—Presidente: Constará (El señor Moral dirige á la testigo varias preguntas sobre lo que ha oido acerca de las relaciones entre don Cristóbal y Pozas.)—Acusador: Es cierto que don Cristóbal no se atrevia á salir de noche ni á prestar los auxilios espirituales á los enfermos de peligro?—Testigo: Desde que vino Mora al pueblo, hace dos años, no salen de noche de sus casas ni médicos ni curas.—¿Por qué?—Porque hay muchos tiros.—¿Quiénes son los que los disparan?—La juventud.—¿Y esa juventud quiénes la componen?—Mora, Maza, el Mantequero, Higuera y otros.—¿Solo rondan estos?—Si los otros rondan no meterán tanta bulla. (Las preguntas que siguen son de referencia sobre hechos generales)

* *

El señor Cárabes: ¿Viven ustedes cerca de don Cristóbal?—Testigo.—Sí, señor; un poco más arriba.—¿Hay trato frecuente y se llevan bien como vecinos?—Sí, señor.—¿Ha oido usted can-

tar desde el mes de Abril algunas canciones?—Sí.—¿Recuerda usted esas canciones qué dicen?

— *Ya les tenemos
bajo cadenas.
Ay Manolé,
ay Manolé.*

Cárabes: ¿Y quiénes eran?—Testigo: Mora, el Montequero y los que les acompañaban.

Testigos presentados por la acusacion privada.

Eleuterio Gomez Lastra

DE 29 AÑOS DE EDAD, SOLTERO, LABRADOR Y CANTERO.

Acusador privado: ¿El testigo habitaba ó tenía una cabaña en la noche del suceso de autos?—Testigo: Sí, señor. —En esa noche, ¿vió llamar en casa de Daniel Gomez?—Sí, señor, oí llamar. —¿Quiénes eran los que llamaban? y ¿qué hora seria?—No los conocí, ni sé qué hora era. —¿A qué hora bajaba usted?—No lo sé. —¿Oyó esa noche á alguna persona hablar, ó á alguno de los mozos del pueblo?—Cuando yo, venian cerca de casa, llamaron en la de Ramon Gomez. —¿Cuando venian quiénes?—Venian una pareja de la guardia civil y el alcalde. —Bien; refiera el testigo. —Iban diciendo que á un pájaro ya le habian cogido. —¿Y no reuerda el testigo qué hora seria próximamente?—No, señor; no ví el reloj. —¿A dónde se fué el testigo?—A casa despues. —¿A qué hora entró en casa?—No supe la hora. —Salió de su casa en la mañana del 23 de Julio?—Sí, señor. —¿A dónde se dirigió?—A la Iglesia. —¿Y qué vió?—Cuando bajaba por el cote-ro de la Iglesia, ví venir por allí abajo al médico y uno ó dos guardias civiles, que traian un hombre agarrado; me paré despues á una tierra de José Gomez y ví que le arrimaron allí, se hicieron para atrás y le dispararon dos tiros. —¿Quién le disparó los tiros?—El médico don Aurelio. —¿Vió caer al herido?—No, señor; como le habian arrimado á la pared no le ví caer. —¿A cuál de las paredes?—A la de las campanas. —¿Cuántos disparos oyó el testigo?—Tres ó cuatro. —En el acto de los disparos ó momentos antes ¿oyó decir algo á don Aurelio Pozas?—Sí, señor, dijo: «Ya tenia gana de hacer un escarmiento en Miera.»

—¿A dónde iba el testigo esa mañana?—Yá he dicho que iba á ver si habian cogido algun preso y á ver dónde le tenian.

(Las demás preguntas son de referencia á lo que ocurrió en el Campo de la Iglesia y ermita de San Roque, y la enemistad de Pozas y don Cristóbal y que este se ausentó del pueblo por temor á las amenazas de Pozas)

El señor fiscal: ¿Ha oído el testigo si don Aurelio Pozas ha amenazado á alguno de los que han declarado en esta causa, y entre ellos al Mantequero?—Testigo: Lo he oído decir.—¿Y cómo ha oído referir ese particular acerca del que se le pregunta?—Se lo he oído decir al Mantequero.—¿Y en qué forma ha oído que amenazara Pozas al Mantequero?—Que si no quitaba la declaracion iba á hacer no sé qué con él.—¿Ha oído usted si en alguna ocasion maltrató Pozas á Julita Maza, hermana de Juan de la Maza?—Sí, señor; tambien lo he oído que la encontró en el monte del Cagigal y la dió de palos.—¿Ha oído el testigo si el mismo don Aurelio á un Tomás Gomez Maza y á un tal Valeriano, al primero le disparó tiros y al segundo le tiró á un calero?—Se lo he oído á ellos mismos, que en el sitio del Puyo, le disparó un tiro ó dos, y cuando Tomás echó á correr dijo: «¡á él!» y que luego se habia subido á una peña y tuvo que dormir allí, porque tuvo miedo de volver á casa, y Valeriano que estaba á la boca de un calero, le tiró abajo.—¿Ha oído si Pío Lavin amenazó á Tomás Higuera al ir á prestar declaracion á Santoña?—Así lo he oído decir, que le amenazó con un puñal — Cuando el testigo vió salir el grupo que menciona de casa de Bráulio Mier y dirigirse al Campo de la Iglesia, ¿sabe si con don Aurelio Pozas iban uno ó dos guardías?—No ví más que uno; se quedó otro detrás.

*
* *

El señor Cárabes: ¿Es usted hermano de Baltasara Gomez Lastra? Sí, señor.—¿Es usted cuñado de los hermanos Mora?—Sí, señor.—¿Vive usted separado de la casa de estos?—Sí, señor.—¿En qué barrio vive usted?—En el barrio de la Matanza.—¿Cuánto dista el barrio de la Matanza del de la Iglesia?—Mas de 300 varas.—¿Ha declarado usted alguna vez con motivo de esta causa en Miera ó en Santoña?—No, señor.—¿Es esta la primera vez que usted declara?—Sí, señor.—¿Por dónde bajó usted aquella mañana desde el sitio de la Matanza al barrio de la Iglesia? ¿por la calle de la Cárcova?—Sí, señor.— ¿En

qué punto de la calle de la Cárcova estaba, cuando vió usted pasar hacia la iglesia á don Aurelio Pozas y á la guardia civil? ¿dónde estaba usted?—Estaba en el Cotorro de la Iglesia.—El Cotorro ¿es delante de casa de don Aurelio Pozas?—Sí, señor.—¿Y estaba usted delante de Pozas cuando le vió?—Sí, señor; delante; un poco más abajo.—¿Cuánto más abajo?—Tres ó cuatro varas.—¿Estaba usted en la carretera ó fuera de ella?—En la carretera.—¿Por dónde bajó usted al Campo de la Iglesia, por la primera escalerilla ó por la segunda?—Por detrás de la casa ayuntamiento.—¿Vió usted en el Campo de la Iglesia á más personas que las que usted ha citado?—No, señor.—No, vió usted dos niños?—No, señor.—¿Tardó mucho tiempo en amanecer ó era de día?—No, señor; no era de día.—¿Cuánto tiempo, sobre poco más ó menos, tardó en amanecer?—Como tres cuartos de hora.—¿Había usted tenido algun motivo especial para salir de su casa á aquella hora á averiguar la persona á quién se refirió el alcalde al manifestar que ya tenía un pájaro cogido?—No, señor; no tenía ningun motivo.—¿No recuerda usted por qué salió á esa hora y no esperó á que fuese de día?—No lo recuerdo.—¿Estuvo usted esperando delante de casa de Pozas á que salieran el señor alcalde y la guardia civil?—Salieron y yo bajé para abajo entonces.—¿Á dónde se dirigia usted para averiguar á quién había cogido Pozas y lo que hubiera podido ocurrir?—A ver si estaba en la perrera ó á ver dónde le tenían.—¿Habló usted con alguna persona más tarde de los sucesos que dice usted haber presenciado?—No recuerdo si he hablado con alguno.—¿Oyó usted decir antes de ahora que sus sobrinos Anastasio y Santiago Lastra Mora hubiesen presenciado tambien ese mismo hecho á que usted acaba de referirse?—Sí, señor.—¿Ha oído usted decir que los sobrinos de su hermana, Anastasio y Santiago, habían visto bajar tambien á Maza al Campo de la Iglesia en la mañana del 23 de Julio y dispararle allí unos tiros, diciendo don Aurelio esa expresion que acaba usted de repetir de «ya tengo ganas de hacer un escarmiento en Miera»?—No, señor; yo de eso no sé nada.—¿Nada de esto ha oído usted decir en Miera?—En Miera sí lo he oído decir.—¿No ha hablado usted con esos muchachos?—Hablar, sí, señor.—¿Ha hablado usted con ellos alguna vez?—Sí, señor.—¿Ha hablado usted con ellos de este asunto?—No, señor.—¿Recuerda usted haber hablado de esta causa con su hermana Baltasara?—No, señor; de esta causa no.—¿Y á Pedro Mora, su cuñado, le ha hablado de es-

te asunto?—No, señor.—¿Nada recuerda usted haberle dicho?—No, señor.—¿Es que no recuerda habérselo dicho ó que está usted seguro de no haberle dicho nada?—No lo recuerdo.—¿Sabe usted que todo el que tiene noticia de la comision de un delito está obligado á denunciarle á los Tribunales?—No, señor; no lo sabia.

*
*
*

El señor Colongues: ¿Bajó usted por alguna escalera al campo de la Iglesia?—Testigo: No, señor.—¿A qué distancia de Pozas estarían los guardias cuando este disparó sobre Juan de la Maza? No sé á qué distancia estarían.—Estaba de frente ó de espalda?—De frente.—¿Hacia luna?—Sí, señor.—¿Puede usted señalar la distancia á que se hallaban de usted?—Como de aquí allí (indicando una distancia de cuatro varas próximamente).—¿Estaba usted al descubierto en el campo?—No, señor; junto al Campo de la Iglesia.—¿Pero estaba usted en el mismo Campo de la Iglesia?—No, señor; bajé por el Campo de la Iglesia y luego me metí en la mies.—¿Tenia maíz el Campo de la Iglesia?—No, señor.—Cuando usted atravesó el campo de la Iglesia, por dónde iban Pozas la guardia civil y Maza?—Pasaba yo por el Campo de la Iglesia cuando ellos venian.—¿Usted bajó desde la carretera al Campo de la Iglesia, y desde el Campo de la Iglesia saltó á la mies. Cuando usted atravesó ese campo, ¿por dónde iban Pozas y los demás?—Por cerca de la Campana.—¿De manera que á un mismo tiempo estuvieron ellos y usted en el Campo de la Iglesia?—Sí, señor.—¿No habia ningun objeto que en aquel momento le cubriera á usted?—No, señor. entonces no.—Cuando bajó usted de su casa aquella mañana, ¿encontró en el camino á Elías Gomez Acebo?—No, señor.—¿Oyó usted pronunciar algunas palabras á don Bráulio Mier en el momento de dispararse los tiros?—No, señor; se oia ruido, pero no comprendí nada.—¿Y ese ruido era de una persona que habla calurosamente?—Eran gritos como de una persona; pero yo no supe quién era, ni pude entender nada.

*
*
*

El señor Agüero: ¿Puede usted decir cómo estaban colocados Pozas, Maza y el guardia en el momento de acercarse á la pared?—Testigo: Sí, señor; le llevaban en medio; uno iba á un lado y otro al otro.—¿A qué lado iba el guardia? ¿á la derecha?—No

recuerdo, no me fijé. —¿Le tuvieron así hasta colocarle en la mismapared? — Sí, señor. —¿Notó usted si iba atado ó que le sujetaran de algun modo contra la pared? — No, señor. —¿No le sujetaron? — No señor. —¿Qué hizo entonces Pozas? ¿Dónde se colocó para hacer los disparos? — Se hizo atrás unos pasos para disparar. —¿En qué sentido? Figúrese usted que esos fusiles son Maza, y marque la direccion en que se hizo atrás. (El testigo ejecuta el movimiento indicado.) —¿A qué distancia se retiró, próximamente? — No puedo fijar la distancia que era. — Próximamente. — Serian tres ó cuatro varas. —¿Le arrimaron de cara, ó de espalda á la pared? — No lo sé. —¿Hizo Juan Maza algun movimiento para huir? — No, señor; no hizo ningun movimiento. — Hizo Pozas los dos disparos en el momento de arrimarle de espalda á la pared, ó grito primero: Tengo ganas de hacer un escarmiento en Miera? — Primero gritó esas palabras. —¿Hacia qué lado se colocó el guardia? — Hacia la Fuente Sagrada. —¿Muy cerca de la Fuente Sagrada? — No, señor; muy cerca no. — Despues de oír los dos disparos, ¿creyó el testigo que Juan de la Maza estaba herido? — Sí, señor, lo creí. —¿En qué pudo conocerlo ó comprenderlo el testigo, puesto que dice que Maza no cayó al suelo? — No lo sé. —¿Le vió sangre? ¿le vió hacer algun movimiento especial ó extraordinario? — No, señor. —¿Le oyó gritar diciendo: «me han herido» ó alguna otra cosa por el estilo? — No, señor, no le oí gritar. —¿En qué conoció el testigo que habia sido herido por los disparos, cuyos proyectiles lo mismo podrian haber dado en el cuerpo de Maza que en la pared de la torre? — Entonces no hice aprecio de eso; como estaba arrimado á la pared y yo á distancia no puedo saberlo. — Daba la luna en la pared de la torre? es decir, el sitio que ocupaban Maza, Pozas y los guardias civiles, ¿estaba iluminado por la luna? — No, señor. —¿Habia allí sombra? — Sí, señor. — Al salir de su casa dijo usted á su familia, ó á alguno de ella, ¿cuál era el motivo que le hacia salir? — No, señor; no dije nada. —¿Se levantó alguno al oírle? — No, señor. —¿Dejó usted la puerta abierta ó cerrada? — Cerrada. —¿Llevó usted la llave en el bolsillo? — No; la dejé allí. — Cuando usted volvió á casa ¿estaba su familia levantada? — Yo me marché á la cabaña; tuve que ir á segar. —¿Cuánto tiempo transcurriria desde que oyó usted los primeros disparos hasta que oyó los segundos? — Poco tiempo; unos momentos. —¿Momentos nada más? — Sí, señor. —¿Quién hizo esos segundos disparos? — No lo sé, no supe quién hacia los otros. —¿Cuántos pasos habia usted dado cuando oyó los segundos dispa-

ros?—Pocos pasos.—¿Ha hablado usted á Julita de la Maza contándole lo que dice que vió en el Campo de la Iglesia la noche del 22 de Julio?—No, señor.—Habiendo sido citado para declarar en esta causa ¿sabia usted que venia á declarar acerca de esos sucesos?—No, señor; no sabia á qué venia.—Un momento despues de aquel suceso. ¿pasó usted por el sitio donde habia caido herido Juan de la Maza?—No, señor.—¿No se acercó usted al sitio en que habia caido?—No, señor.—¿Ni al sitio donde habia sido herido?—Tampoco.—¿Recuerda usted haber notado manchas de sangre en sus propios zapatos?—No recuerdo.—¿Recuerda usted haber oido que Julita Maza vió las huellas de unas *chátaras* ó alpargatas, en algunos puntos ensangrentadas?—No recuerdo.

Dominica y Gilberto Gomez y Gomez

DE 10 Y 12 AÑOS RESPECTIVAMENTE.

Que la noche del 22 de Julio durmió en su casa la panadera de San Roque, que marchó las cinco de la mañana, y no volvió tres ó cuatro dias despues, y dijo que Julita Mora la habia encargado que dijera que Pozas y los guardias habian llevado preso á Juan y le habian matado despues. Que no oyeron llamar, nadie se levantó de noche, ni vieron llorar á su madre.

Baltasara Gomez Lastra

32 AÑOS, CASADA, LABRADORA.

Acusador privado: ¿Oyó usted algun disparo en la noche del 22 de Julio?—Testigo: Sí, señor.—¿A qué hora?—A las diez, poco más ó menos.—¿Viven en casa de usted Santiago y Anastasio Lastra?—Sí, señor.—¿A qué hora salieron?—Antes de amanecer, á buscar la red al río.—¿Les vió usted salir?—Les abrí la puerta para salir y para entrar.—¿Despues de salir los sobrinos de usted, oyó tiros?—Sí, señor.—¿Tardaron en volver?—No.—¿Qué la contaron á usted?—Que Maza habia sido muerto por el alcalde y un guardia.—¿Y qué les dijo usted á ellos?—Que no se lo contaran á nadie por los perjuicios que podria traer.—¿Salió usted despues al balcon?—Sí, señor.—¿Y qué vió usted?—Subir gente á la casa de D. Aurelio.—¿Cuántos serian?—No sé.—(La testigo añade que fué al Campo de la Iglesia en la mañana del 23; que ya estaba Maza muerto en la ermita; que

oyó á unos que habia hablado y á otros que no, etc., etc.—Acusador: ¿El rumor público, á quién atribuye la muerte de Maza?—Testigo: La mayor parte del pueblo á los procesados. Solo sus familias son las que dicen que son inocentes. (El señor Moral sigue preguntando acerca de los hechos que se atribuyen á Maza, de su carácter, de sus relaciones y demás detalles ya conocidos.)

*
*
*

El señor Cárabes: ¿Es usted mujer de Antonio Mora?—Testigo: Sí, señor. —¿Su esposo de usted marchó á Méjico precipitadamente?—Precipitadamente no. Tenia que ir.—¿Habia anunciado con anticipacion su viaje?—Sí, señor.—¿Es cierto que habia sido propuesto para alcalde en las últimas elecciones?—Yo no entiendo de eso.—¿Vive usted en la misma casa con Pedro Mora?—Sí, señor.—¿Dónde vive Eleuterio, su hermano?—En el barrio de la Matanza (Siguen varias preguntas sobre parentesco entre algunos individuos y otras acerca de la enemistad con Pozas.)—¿Ha visto usted antes de ahora á su hermano Eleuterio?—Le veo con frecuencia.—¿Han hablado ustedes de esta causa?—No recuerdo.—¿No le dijo nunca que habia visto bajar á Pozas y á un guardia llevando á Maza preso, y que luego habia visto tambien á Pozas disparar contra Maza dos tiros entre la torre y la celda?—No, señor.—¿Santiago y Anastasio, se tratan con Eleuterio, su hermano de usted?—Sí, señor.—¿Sabe usted si se han visto?—No lo sé.—¿Va Eleuterio algunas veces á casa de usted?—Algunas veces.

..

Señor Colongues: ¿Recuerda usted cómo la contaron sus sobrinos lo que habian visto al volver á casa en la mañana del 23?—Testigo: Segun entraron les pregunté, por haber oido los tiros, y me dijeron que era que habian matado á Maza un guardia y el alcaide.—¿En ese momento no les llamó usted bribones?—Puede que se lo llamara, no estoy fija; pero me acuerdo que les dije que no se lo contarán á nadie.

Sesion octava, de 3 de Setiembre de 1884.

Pedro Samperio Perez

DE 60 AÑOS, CASADO, LABRADOR.

Tío carnal de Juan Mora, este contribuiría con mil reales anuales; que rondaba como todos los jóvenes; que oyó referir lo ocurrido en el Campo de la Iglesia, y que la pareja de la guardia civil habia estado en Miera la noche del 22. Que el testigo estuvo en la taberna de Lavin hasta las nueve y media, y despues de apagar la luz salió con Alejo Gomez, Juan Lastra y Ramon Acebo, dirigiéndose á sus casas; fueron por la calleja de Pereda y no encontraron á nadie, ni oyó nada que le llamase la atencion.

Eleuteria Revuelta Fernandez

DE 36 AÑOS, VIUDA, INDUSTRIAL.

Que desde el balcon de su casa vió á D. Severino Sotorrió y otros hablar delante de su casa: no oyó la conversacion; pero sí doña Josefa Pozas, que dijo hablaban ciertas cosas que afectaban á su hermano, y que trataban de la conveniencia de instruir á los chicos para que declarasen bien. Este último extremo le manifestó despues de leerla la declaracion del sumario, que ratificó, y que le fué leída por las contradicciones que se observaban.

Eugenia Puente Palacios

DE 40 AÑOS, VIUDA, SIRVIENTE.

Confirma la declaracion de la anterior, despues de leérsela la del sumario, que ratifica; recuerda haber estado en el balcon con doña Josefa Pozas.

Ramon Perez Gomez

35 AÑOS, CASADO, CANTERO.

Acusador privado: ¿Recuerda usted si en la tarde del 25 de Julio iba usted en compañía de Agustin Cárcoba, Fermin Go-

mez, Eduardo Fernandez y otros?—Sí, señor.—¿Por dónde?—Por el monte Toba.—¿Qué conversacion tuvieron ustedes acerca de la muerte de Maza?—Yo dije: «Vaya una muerte tan infame que le han dado á ese pobre chico sin defensa.» Y el cuñado de Pozas exclamó: «Sin defensa, no, que el alcalde y los guardias le han quitado unas cápsulas, un puñal y una pistola.»—¿No dijo á dónde habian llevado esos efectos?—A la secretaría.—¿Presenció usted la autopsia del cadáver?—Sí, señor.—¿Qué tenia?—Un tiro en la nuca y varios agujeros, así, en el pecho.—¿Qué más observó usted?—La mano derecha tenia los dedos como *denegridos* y dos como machacados.—El rumor público, ¿á quién atribuía la muerte de Juan de la Maza?—Testigo: A los procesados.—Además de ese rumor público ¿ha formado por sí mismo alguna idea sobre el particular?—Sí, señor; yo la formé en mi misma casa, sin tomar parecer de nadie.—¿Qué idea formó el testigo acerca de quiénes fueran los autores de la muerte de Maza?—En primer lugar la formé de que habia sido Pozas por el género *violentado* que tiene.—¿Qué motivos tiene usted para suponer á don Aurelio Pozas ese carácter violento?—Encontrándome en una llanada del sitio de Solana, llegaron don Aurelio Pozas y Mier. No sé si á cierta distancia percibirían unas palabras que dijo Valerio, y eran: «Ya asomó por allí el demonio;» el caso es que le dijo á Bráulio «Mira, á ver si han deshornado la tejera;» á lo que repuso Valerio que estaba subido á una pared haciendo un cigarro: «Pues qué, ¿piensa usted que va á llevar todos los ladrillos como los del otro horno?» y sin más hechó á andar á escape y de un boticón le embocó allá de cabeza. Otro día le encontré en el Monte de la Toba, y como estaba en cuestion con don Cristóbal, le pregunté: «¿qué tal va esa cuestion, don Aurelio? y me dijo: «si le cogiera como te cojo á tí, le pegaría cien tiros, Y luego, siendo yo de Ayuntamiento, nos nombraron para el reconocimiento de una escuela, y estuvimos hasta cierta hora en casa de Bráulio Mier; serían las doce ó doce y media, cuando le ví asomar entre la puerta y sospechándome algo, dije: «Me parece una hora extralimitada para andar este hombre por aquí.» Luego Bráulio dijo á su primo que se quedara, y él dijo que no.—¿Quién era el primo?—Tomás Gomez Maza. Le invitó lo menos dos veces á quedarse, y él dijo que no; le dije si queria que le acompañásemos, y contestó que no. Se fué, y á los pocos días oí que le habian tirado un tiro y que habia sido Pozas, y en el sitio más apropiado y alevoso para asaltar á cualquiera; y

despues de esto, le oí decir á Tomás Gomez que aquella noche no fué á casa por miedo, y que se habia quedado en una peña por temor de que le asaltaran.—¿Fué el testigo al Campo de la Iglesia en la mañana del 23 de Julio?—Sí, señor.—¿Qué personas estaban allí y qué observó?—Yo lo primero encontré á don Aurelio Pozas, y conocí en su *carácter* que no habia descansado; y luego ví al guardia civil que estaba recostado contra el cementerio que hay como quien va á la Fuente Sagrada, y me hice aprecio de esa persona y conocí igualmente un rostro desconocido, como aquel que no descansa, y formé una presuncion en quienes podian haber sido los que le habian..... en fin.—¿Notó demacracion ú otro signo exterior en Pozas y en los guardias, por el cual se coligiese que habian pasado la noche sin dormir?—Un *carácter* oscuro, como el que no descansa, como el que no duerme.—Expresé usted la razon que tuviera para sospechar que esas personas no habian dormido aquella noche.—Yo tomé á reflexion á ver si veia que no hubiesen descansado, sobre la presuncion que habia formado; yo conocí en algo que no habian descansado en toda la noche, á mi modo de entender.—¿Sabe si Pozas estaba en buenas relaciones con don Cristóbal Samperio?—No, señor; no han estado en buenas relaciones, sino que por miedo de don Aurelio tenia don Cristóbal en su casa un pasiego de San Roque, y luego á Juan Maza le tenia últimamente.—¿Ha oido usted decir si don Aurelio Pozas amenazó en alguna ocasion á don Cristóbal?—Sí, señor; al mismo don Cristóbal le he oido decir que en cierta ocasion le encontró don Aurelio, y poniendole la mano sobre el hombro le dijo: «Pocos dias te quedan de vida.»

(Continúa el señor Moral preguntándole si don Cristóbal habia tenido que tomar precauciones de defensa contra Pozas; si se habia ausentado de Miera y si habia pedido la traslacion, á todo lo cual contesta el testigo afirmativamente.)

Preguntado sobre si Pozas habia ejercido algun acto de violencia contra Julita Maza, dice el testigo:

—Me lo contó ella viniendo de Santoña. Que en el Cagigal la habia amenazado con un puñal y con una carabina y que le habia preguntado de quién era un chico que tenia, maltratándola mucho.

(Las demás preguntas se refieren á lo que se ha dicho sobre amenazas á algunos testigos y otros incidentes.)

Acusador: ¿Esas versiones corren de público y por nadie se ponen en duda?—Testigo: ¡Ya lo creo!

(El señor Moral pide que se quede á disposicion del tribunal el testigo, para practicar un careo en caso necesario)

* *

Señor Cárabes: ¿Es usted vecino de Miera?—Testigo: Sí, señor.—¿Hermano de don Simon?—Hermano.—¿Tiene usted otro hermano que es médico?—Todavía no. Está estudiando medicina.

* *

Señor Colongues: ¿Qué mano de Maza era la que vió usted que tenia los dedos ennegrecidos?—Testigo: La derecha.—¿Usted se lo hizo observar al médico?—Sí, señor.—¿Tenia las partes blandas de los dedos con signos de haber sido machacadas?—Sí, señor; porque los dedos cuando se machacan se quedan denegridos.

* *

Señor Agüero: ¿Cuántos años hace que su hermano de usted está estudiando medicina?—Testigo: Once ó doce años.—¿Cuántos agujeros tenia en el pecho Maza?—Tres, ó cuatro, ó cinco; no me fijé.—Conste la declaración de este particular y la de que tenia las uñas machacadas.—Presidente: Constarán las dos manifestaciones —Agüero: ¿Sabe usted si el oficial de la guardia civil que fué á instruir las primeras diligencias de sumario, amenazó á algun testigo con motivo de las declaraciones?—Testigo: Así lo he oído.—¿A quién?—No recuerdo —¿Andaba su hermano de usted don Simon buscando votos en las últimas elecciones?—No sé decir á usted.—¿Sabe usted si es cierto que mandó á buscar diez electores á Vizcaya?—Sí, señor.—¿Por quién votó usted?—Por los contrarios de Pozas.—¿Qué distancia hay de Miera á Liérganes?—Dos leguas; no lo puedo afirmar.—¿Cuánto tardaría usted en ir de un punto á otro?—Dos horas.—¿Era Pozas enemigo de usted?—No, señor.

Prueba de la defensa de Aurelio Pozas.

Juan Lavin Samperio

55 AÑOS, CASADO Y CANTERO.

Señor Cárabes: ¿Era usted pariente de Juan Maza?—Testigo:

Sí, señor.—¿Qué parentesco era el suyo?—Su madre, prima carnal mía.—¿Votó usted en las elecciones en favor de Pozas ó en contra?—En contra.—¿En la mañana del 23 de Julio estuvo usted en el Campo de la Iglesia?—Sí, señor.—¿Dónde?—En la Fuente Sagrada -- Diga usted lo que en ese momento vió y observó en Juan Maza Samperio.—Fué de este modo En la tarde del 22 murió mi padre político y el 23 fui yo á abrir la sepultura. Me encontró un guardia civil, y me dijo: «¡Eh, paisano, venga usted acá!» Obedecí y me preguntó: «¿Es usted del pueblo?» Sí, señor. «¿Conoce usted á este hombre? Hombre, dije, le conozco y no le conozco. Entonces llamé al herido y le dije: «¿Eres Juanin el Correo? y dijo que sí. Le dijo despues el guardia: «¿Quién le ha hecho á usted eso?» «Yo me caí,» dijo, y despues: «¿Y la mi gorra?» «Aquí está, Juanin,» le contesté yo; se la puse y con su mano la echó arriba, viéndole yo entonces una herida muy grande que dije que parecia mortal. No volvió á hablar más, y los guardias entonces preguntaron si no habria medio de conducir aquel hombre á la ermita. Le llevamos á la ermita y le sentamos, mandando un guardia que le hicieran una taza de té; la trajo la mujer de Bráulio. Se lo dí y tomó un poquito; hizo así como si estuviera muy caliente, y comprendiéndolo yo así lo posé encima de la albardilla del cementerio; y despues volví á darle y tomó otro poquito; en fin, tomó como las dos terceras partes y despues volví á dejar la taza sobre la albardilla. Uno de los guardias mandó que viniera el médico; vino don Aurelio, le tomó el pulso, y dijo: «El cura, sin parar, que se muere.» Yo fui á dar una vuelta para ver si encontraba estopa para la Uncion. Un guardia dijo que era mejor llevarle á la casa más próxima para que estuviera con más comodidad mientras le daban la Uncion. Le cogimos yo y Leoncio—que le sostuvo hasta que volví de buscar la estopa—y al llegar á la fuente llegaron los curas con la Uncion, y despues espiró. —Oyó que en la Fuente Sagrada preguntaron los guardias á Maza quién le hirió?—Ya lo he explicado.—¿Contestó entonces Juan Maza que ninguno?—Dijo: «yo me caí».—¿Cree usted que entendió las preguntas que se le hicieron?—Yo no lo puedo decir.—¿Cómo pidió la gorra? Dijo: «¿Y la mi gorra?»—Sí, señor.

* * *

Señor Colongues: ¿Estuvo usted velando en la noche del 22 el

cadáver de su padre político?—Sí, señor.—¿Oyó usted tiros?—Yo no; los otros lo dijeron.

*
* *

Señor fiscal: ¿A qué hora llegó usted á la Fuente Sagrada?—Testigo: De cinco á cinco y media.—Recuerda usted la posición del herido cuando usted llegó?—Estaba tirado á la larga.—¿Próximo á la Fuente?—Sí, señor.—¿Qué distancia habria?—Dos metros.—¿Cuando usted llegó, quién se encontraba allí?—Dos guardias y el alcalde de barrio. (El testigo reproduce lo anteriormente manifestado. El fiscal pide que conste en el acta que el herido preguntó por la gorra; esto dió lugar á un ligero incidente del que resultó, que el herido dijo: ¿Y la mi gorra? que se la puso el testigo, que observó que estaba húmeda. Que á su juicio la cara estaba lavada y tenia tres gotas de sangre; las uñas de los dedos de la mano denegridas; desde que vió al herido hasta que falleció trascurriría un cuarto de hora.

*
* *

Acusador privado: Conste en el acta la declaración del testigo, de que el herido no anduvo un solo paso al ser trasladado á la ermita.—Presidente: Conste.—Acusador privado: ¿No perdió usted de vista al herido un momento?—Testigo: Siempre estuve allí.—Señor presidente: el testigo ha contestado á las preguntas de la defensa de Pozas que el herido no habló en la ermita. Los guardias han declarado que sí habló. Pido que se practique un careo entre el testigo y el guardia Vicente Fernandez Ledo.—Agüero: El testigo ha dicho también que fué á buscar estopa. Pudo, mientras tanto, hablar el herido, sin que él lo oyera.—Acusador privado: Dos palabras, señor presidente.—Presidente: No hay palabra. Practíquese el careo.

Se verifica un careo entre Juan Lavin y el guardia Vicente Fernandez Ledo, sosteniendo este que Maza anduvo algunos pasos en la Fuente Sagrada y que habló en la ermita, y negando aquel estas afirmaciones.

El guardia procuró convencer á Lavin, recordándole algunos detalles, así como la circunstancia de que dicho Lavin fué á buscar un taburete para el herido. Lavin se encierra en sus negativas.

El señor presidente da por terminado el careo en vista de que no se ponen de acuerdo el testigo y el procesado.

Hé aquí el incidente que se promueve después:

Agüero: Antes de que el testigo se retire, tengo que hacer una observacion. Este testigo ha dicho *hasta cuatro veces* que el herido Juan Maza no habló en la ermita de San Roque, y debo observar que el mismo testigo, en su declaracion del sumario, afirma que al dar el té al herido en la ermita de San Roque, dijo que estaba caliente. Ruego á la presidencia que me oiga.—Presidente (al testigo): ¿Cómo ha dicho usted?—Testigo: Yo, señor, le pregunté: ¿Está muy caliente, Juanin? y él no contestó; no hizo más que retirar la taza.—Agüero: Señor presidente: Creo que las defensas tienen el derecho de deducir la consecuencia que de aquí se deriva. O mintió el testigo al prestar la declaracion del sumario, ó ha mentido en este momento, y debe hacerse constar en acta.—Presidente: Los letrados pueden en tiempo oportuno hacer el uso que tengan por conveniente de su derecho, porque no va á hacerse un juicio escrito.—Agüero: Señor, este es el momento en que el letrado puede invocar tal derecho, porque mañana se habrá llevado el viento estas palabras, dichas en un juicio oral, no escrito.—Presidente: Consígnese en acta.—Cárabes: señor presidente, antes de que el testigo se retire, pido que conste en acta otro extremo: que el declarante, segun ha manifestado, se separó de la ermita para ir á buscar á una casa el taburete ó banco en que sentaron al herido.—Presidente: Es verdad. Consígnese tambien.

* * *

José Gomez y Gomez

DE 40 AÑOS, CASADO Y SECRETARIO DEL JUZGADO MUNICIPAL.

Señor Cárabes: ¿Estuvo usted en la mañana del 23 en la ermita?—Testigo: Sí, señor; de cuatro á cuatro y media de la mañana.—¿Vió usted al herido?—Sí, señor.—¿Vivo?—Sí, señor, vivo todavía.—¿Le oyó usted hablar?—Le oí.—¿Qué es lo que oyó usted?—El guardia Lledo me preguntó primero á mí si le conocia, y yo le dije al herido: «Juan, ¿quién te ha puesto así?» «Nadie», me contestó.—¿Estaba allí Juan Lavín?—No lo ví.—¿Ha

visto usted en los rastros del sitio del Campo de la Iglesia señales de sangre?—Sí, señor; frente á la torre, por la parte que mira á la casa de ayuntamiento.—¿A qué distancia de la pared estaba el charco de sangre?—Vara y media ó dos varas.—¿Intervino usted en las primeras diligencias que practicó el juzgado?—Sí, señor.—¿Recuerda usted si se halló presente Julita cuando el juzgado practicaba esas diligencias?—Sí, señor.—¿Qué motivo hubo para que estuviera presente?—No recuerdo.—¿Lo solicitó ella?—No sé.—¿Manifestó desconfianza de que no se consignaran bien las declaraciones de los testigos?—Daba por lo menos señales de desconfiar.—Además del rumor que atribuía á Pozas y á la guardia civil la muerte de Maza, ¿no ha oído usted alguna otra version?—Sí, señor; que ha podido ser casual la muerte á consecuencia de los disparos que hacían los jóvenes cuando rondaban.—¿Decían eso personas imparciales?—Sí, señor.—¿Sabe usted si aspiraba Pedro Mora á la secretaría del ayuntamiento?—Así lo he oído.—¿Ha oído usted también que Mora acometió á Tiburcio Lastra, secretario del ayuntamiento, dejándole mal parado?—Se lo oí contar al mismo Mora, el cual dijo que la cuestion había sido por una cédula personal; pero no sé más detalles.—¿Es cierto que Pozas fué presentado candidato para alcalde por personas del pueblo, que, conociendo sus buenas condiciones, le consideraban el único que podía evitar los atropellos que causaban los jóvenes en el vecindario?—Sí, señor.—¿Es cierto que los atropellos eran frecuentes y que Pozas y otras personas no podían salir por la noche sino muy acompañados?—Cierto es.—Recientemente, ¿ha oído el testigo cantar coplas alusivas á los procesados delante de la casa donde vive la familia de Pozas?—Sí, señor; en las inmediaciones.—¿Qué palabras ó qué conceptos se emitían en las canciones esas?—No lo sé con precision, pero yo oí cantar no sé qué de grillos, de cadenas ó algo por el estilo.



El señor Colónques: La casa del testigo está próxima á la Iglesia?—Testigo: Sí, señor.—Oyó usted tiros en la noche del 22?—Sí, oí dos de diez á once.—¿Se quedó Catalina Lavin á dormir en casa de usted?—Sí, señor.—¿Oyó usted á Calixta llorar á la puerta de su casa y decir: «¡Ay, Dios mio, que han matado á mi hermano ó al médico?»—No, señor.

*
* *

El señor fiscal: ¿Qué personas imparciales decían que la muerte de Maza pudo ser producida por los tiros que disparaban los jóvenes? Juana Higuera, Emeterio del Casal y no recuerdo otros.—¿Por qué razón el cura don Simon y Pozas no podían salir por las noches?—Por los disparos.—¿Quiénes los hacían?—No sé.—¿Tenían armas?—Lo ignoro.

*
* *

Acusador privado: ¿Pasó usted en vela la noche del 22 de Julio?—No, señor.—¿A qué hora se acostó usted?—A las ocho y media.—¿A qué hora se levantó?—De cuatro á cuatro y media.—¿Marchó usted en seguida de levantarse?—Sí, señor; á los ganados.—¿En la mañana del 23 se presentó á usted Bráulio y le dijo que tenían preso á Maza en su casa?—No es cierto.—¿Notó usted alguna particularidad en su mujer aquella noche?—No, señor.—¿Y en la mañana del 23 la vió usted llorar?—No, por cierto.—¿Green las personas imparciales que fué casual la muerte de Maza?—Presidente: Esa pregunta está hecha y contestada ya.—¿Por qué les juzga usted imparciales?—Porque no son parientes ni amigos de los procesados.—¿A qué hora fué Catalina Lavin á casa de usted?—No lo sé.—¿Dónde durmió en casa de usted?—Lejos de la habitación donde usted duerme.—Un poco distante.—¿Oyó usted cuando se levantó?—Sí.—¿Manifestó deseos de marcharse aquella noche?—No, señor.

Manuel Higuera Ruiz

DE 40 AÑOS, CASADO, PORTERO DEL JUZGADO MUNICIPAL

Dice á preguntas del señor Cárabes. Que fué colocado por Manuel Lavin, que era amigo de Pozas, que hace año y medio son enemigos. Que estuvo en las elecciones de Miera, vió trabajar al cura don Simon, que no era elector, que estuvo en el colegio electoral con más desórden que orden; que tiene un hermano estudiando medicina, para el que pretende la plaza de médico, y para conseguirlo ha andado recogiendo firmas.

Que ha oído á los Mora manifestar deseos de que Pozas fuese condenado, que harían suspender el juicio y que le habian de hacer estar más tiempo preso.

Que don Simon recriminó á don Cristóbal, diciéndole que ha-

bia declarado en favor de Pozas, y don Cristóbal decia que no le habia favorecido en nada.

Que su casa está tabique por medio de la de Ramon Gomez, en la que ha visto se reunian los Mora, el Mantequero etc.; que la noche del 22^o vió entrar á tres que no conoció. Que como portero del juzgado municipal vió á Julita presenciar algunas declaraciones y designar algunos testigos. Que ha oido las canciones con que mortifican á la familia de Pozas, y las refiere como otros testigos.

Que ha reconocido el terreno y que desde el rincon de la iglesia no se ve el espacio entre la celda y la torre; no se ve más que el machon, no la puerta.

A preguntas del fiscal: que supo el suceso á las ocho y media y se puso á las órdenes del juez; que los desórdenes de don Simon en el colegio electoral fué hablar fuerte; que los mozos Maza, Tomás Higuera y el Mantequero, se reunian en casa de Ramon Gomez, con objeto de rondar y disparaban tiros al entrar y salir.

A las del acusador privado: que hasta que ha leído LA VÓZ MONTAÑESA, no supo que habian declarado algunos testigos que Pozas y los guardias habian matado á Maza. Que la observacion de la iglesia la hizo por curiosidad despues de leer la declaracion de los chicos Lastra.

Esperanza Casal Gomez.

Que la mañana del 23 de Julio oyó á Eusebio Higuera preguntar á Pedro Mora quién era uno que iba la noche anterior con él y Tomás, y Mora contestó: el Mantequero.

Juan Mier Gomez.

Declara como la anterior, á preguntas del acusador privado; dice que oyó decir á Eusebio que á las nueve y media los habia visto en el callejuelo yendo al barrio de la Matanza.

Ramon Gomez Lastra

63 AÑOS, VIUDO.

Contestando á la presidencia, dijo:

—Estuve casado, pero ahora estoy soltero.

El señor Cárabes: ¿Se reunían en casa de usted algunos jóvenes por las noches?—Testigo: En invierno.—¿En verano no?—No, señor.—La última noche que se reunieron, ¿cuándo fué?—El 26 ó el 27 del mes que mataron al difunto. (*Risas*)—¿No dijo usted en una declaracion que la última vez habia sido el 19 de Julio?—No recuerdo.—Que se lea la declaracion del sumario, en la que manifestó que del día 19 al 20. (Se lee la declaracion.)—No está bien; yo dije el 16 ó el 17.—Presidente: ¿Esa es la verdad?—Testigo: Sí, señor, esa.—Cárabes: ¿Recuerda usted si viniendo de Santoña usted y Daniel Gomez, encontraron á dos mujeres que iban en direccion contraria, y habló usted con ellas?—Daniel Gomez venia conmigo, pero no hablé con ninguna mujer.—¿Y no dijo usted que usted no podia declarar que los jóvenes habian estado en su casa, porque estando prohibido por el bando tener abierto á aquellas horas, iba usted á perjudicarse?—No, señor.—Suplico al señor presidente que disponga se quede estetestigo, por incurrir en contradiccion con Rosa Mier y María Gomez Cañizo. Presidente: Se quedará.

* *

El señor Colongues: ¿No ha sufrido usted la rotura de una clavícula á consecuencia de un golpe?—Testigo: No, señor.—¿No le pegó á usted un golpe Pedro Mora?—No.

* *

El señor fiscal.—En la noche del 22 al 23, de diez á diez y media, ¿no llamó el alcalde en casa de usted?—Testigo: Tocaron á la puerta, yo estaba acostado y dije: No abrir esta noche al alcalde, ni á la guardia civil, ni al demonio!—(Refiere lo que le dijo su hija de su entrevista con el alcalde y que concuerda con la declaracion de ella.)—¿Dónde vió usted al cadáver de Maza?—Junto á la ermita.

* *

Acusador privado: ¿Es cierto que al ir usted á Liérganes á prestar declaracion le amenazó Chapero, el cabo de la guardia civil, hasta el extremo de decirle que le iba á poner cabeza abajo y piés arriba, y que el mismo cabo mandó traer unas esposas?—Testigo: Ese señor no; pero el jefe me lo dijo. Me cogieron en los prados, y me llevaron entre tres guardias al cuartel, donde me tuvieron hasta la una y media de la mañana, y á

cada declaracion que me tomaban, un juramento, y diciendo tambien: «Traer las esposas para este testigo, porque no declara la verdad!»—Fiscal: Señor presidente: Desearia que hiciese constar en acta esa manifestacion del testigo.—Cárabes: Las defensas se asocian á los deseos del señor fiscal.—Acusador privado: Siga usted relatando lo que le ocurrió al prestar esa declaracion.—Testigo: Despues era ya la una de la mañana cuando todavía no habia salido. A cada declaracion me tomaban juramento. Me dijeron que me iban á llevar á Santoña y contesté que no tenia á qué ir, que declaraba la verdad, diciéndome ellos que me llevarian á la fuerza. Me decian tambien que me darian el dinero que yo deseara y que me acompañaria una pareja á mi casa. Despues vino mi hija á buscarme.—¿Mandó Chaperero traer las esposas para sujetarle?—Sí; las mandaron traer por tres veces.—¿Prestó usted tres declaraciones?—Sí, porque dijeron que una se habia manchado.—¿Decia usted en ella algo que perjudicara á la guardia civil?—No, señor; nada más que habian llamado á mi puerta.

Rosa Mier

DE 32 Á 33 AÑOS CASADA, LABRADORA.

El señor Cárabes: Yendo usted un dia el año pasado con María Gomez Cañizo, ¿encontró usted á Ramon Gomez Lastra que venia de Santoña con Daniel Gomez?—Testigo: Sí, señor.—¿Qué palabras le oyó usted decir?—Solo dijo: Si yo declaro contra los muchachos, somos perdidos ellos y yo.—¿A quién se lo dijo?—A nosotras. Yo iba á la Cavada.—Está determinada la contradiccion.—Presidente: Que venga Ramon Gomez. (Comparece este último y se entabla la disputa negando Ramon que hubiera encontrado á las mujeres Rosa insiste en que sí con energía, Ramon Gomez dice por último: No la conozco á usted. Ahora la veo por primera vez. *(Grandes risas. Rosa hace indicaciones de asombro persignándose.)*

El presidente da por terminado el careo y la testigo reekama la indemnizacion de gastos.

Maria Gomez Cañizo

DE 34 AÑOS CASADA, LABRADORA.

Declara idénticamente como la anterior y se verifica otro careo que tiene el mismo resultado.

La única novedad es que el señor Cárabes le pregunta á Ramon Gomez:

—¿Conoce usted á esta?

Y dice el testigo:

—A esta sí; solo que el cuñado y esta se querian casar con mi hija....! (*Risas generales.*)

La testigo María Gomez reclama los gastos.

El señor presidente: —Se suspende la vista que continuará mañana á la misma hora.

Sesion novena, de 4 de Setiembre de 1884.

Luisa Lavin Higuera

DE 46 AÑOS, SOLTERA Y PEONA.

Dijo que su hija tenia relaciones con Pedro Mora; que la estropearon la puerta de su casa, no sabe si con hacha ú otro instrumento; no sospechó en nadie.

Que acostumbraba á reforzar la puerta de miedo que habia cogido á los que armaban los alborotos.

Que antes del atentado llamaron, y conoció á Pedro Mora, que la dijo abriera, y le contestó no abria; que despues, á las cinco de la mañana, rompieron la puerta.

Que de once á once y media oyó llamar á la puerta del alcalde de barrio á Pozas y los guardias la noche del 22 de Julio, y oyó dos disparos á las diez de la noche; que ha oido que los autores de la muerte de Maza fueron los guardias.

María Higuera Maza

DE 28 AÑOS, SOLTERA, LABRADORA Y PRIMA DE MIER.

Conoce á Luisa Lavin; la ha oido decir que Mora habia ido á su puerta y la habia dicho: «Abre, ó si no ya verás lo que te pasa.» Da buenos informes de la conducta de Pozas; y al preguntarla el señor Cárabes si ha oido explicar la muerte de Maza de otro modo que los que culpan á aquel, dice:—Yo solo he oido decir que murió *matado*. Oyó llamar en la noche del 22 á la puerta de Encarnacion Higuera; no sabe quién, ni la hora. Ha oido

decir que los procesados eran inocentes á Nazario Higuera y á María Cárcoba, que no pertenecen á bando ninguno y están bien con todos.

María Cárcoba

DE 40 AÑOS, CASADA, LABRADORA.

Señor Cárabes: ¿Vió usted el domingo 22 de Julio por la noche á Eusebio Higuera?—Testigo: Sí, señor; fué á comprarme un carnero como á las siete de la noche. Estuvo mirando el ganado y no nos ajustamos en el precio. Luego volvió de nueve á nueve y media y le dije que aquella noche no me atrevía á darle el lanar, y él me contestó que no tuviera miedo que él se quedaría hasta que yo volviera á entrar en casa. Al fin le entregó el carnero y se marchó de nueve á nueve y media; que tenía miedo de salir á darle el lanar á Eusebio, porque no está usada á salir de noche.

La testigo añade que la conducta de Pozas ha sido siempre buena; que oyó disparos en el pueblo antes del 22 de Julio, y que no sabe nada de la enemistad entre Mora y Pozas

*
* *

A preguntas del acusador privado, dijo: que en la noche del 22 oyó á la pareja de la guardia civil llamar en casa del alcalde de barrio de once á once y media próximamente. No sabe á qué iban. Su dormitorio da enfrente de la casa del alcalde de barrio y oyó una voz quedijo: «La guardia civil.»

La testigo ha oído decir á unos que los procesados eran los autores de la muerte de Maza, y á otros que no lo eran. No cree á ninguno.

María Nieves Acebo

DE 56 A 58 AÑOS, CASADA, LABRADORA.

Señor Cárabes: ¿Tiene usted noticia de que despues de la muerte de Maza celebrarán una entrevista Pozas y el Mantequero?—Sí, señor.—¿Dónde?—En mi casa.—¿Presenció usted esa conferencia?—Sí, señor.—¿Y qué fué lo que ocurrió?—Señor: el secretario del ayuntamiento me dió noticia que avisara á José Acebo que don Aurelio Pozas quería hablar con él dos palabras en el camino real; le avisé y no quiso salir. Dijo el secreta-

rio que D Aurelio tenia que verle, si no aquella noche al otro dia, porque le habian levantado una calumnia. Despues que cenamos, mi hermano vió al alcalde que pasaba por enfrente de casa, y le dijo que arriba estaba el Mantequero. Dijo él entonces que por dónde subiria, y se le puso una escalera de mano por el pajar y subió, dando á mi hijo una escopeta de dos cañones para que la pusiera donde no lastimara á nadie. Entró y estaba mi sobrino recostado sobre una arca y no se levantó. Don Aurelio le dijo: «Hombre, Pepe, ¿cómo me levantas esa calumnia, á un hombre con cinco hijos? Mi nombre anda por ahí deshonorado;» á lo que contestó mi sobrino: «No es verdad.» Luego le dirigió varias palabras, diciéndole: «Tambien á tí te han engañado, verdad?» Y mi sobrino concluyó por decir: «Sí, señor.» Entonces don Aurelio le dijo: «Mira, mañana es domingo, y no es dia de caminar; pasado mañana iremos á Santoña para que declares la verdad.» Despues que el señor alcalde salió de casa, me dijo José que de todos modos estaba perdido, porque si se desdecia no podría volver al pueblo. Quiso comprar al dia siguiente unas alpargatas y me pidió cinco reales; se los dí y se fué á misa primera. Cuando volvió, ya venia cambiado, ya no me habló. Segun supe despues, al otro dia marchó á Santoña con Mora y la hermana de Maza.—¿A quiénes se culpaba de la muerte de Maza?—Al principio á nadie; luego empezó á correr la voz de que le habian matado el alcalde y los guardias civiles. ¿Y despues, cuál es la opinion que ha prevalecido?—La de que son inocentes.—¿Tiene el Mantequero más familia que usted?—No, señor; yo le he criado, y buen pago me da deshonorándome con sus calumnias.—¿Es cierto que se ha separado de usted y ahora vive en compañía de Higuera?—Sí, señor.

..

El señor Colongues: ¿Ha declarado usted antes de ahora en esta causa?—Testigo: Sí, señor; en Liérganes. ¿Ha hecho usted igual declaracion que la que acaba de prestar aquí?—Sí, señor.

* * *

Señor Agüero: ¿Tenia usted la cama cerca del balcon?—Testigo: Sí.

* * *

El señor fiscal: ¿Fué usted careada en Liérganes con el Mantequero?—Testigo: Sí, señor.—¿Negó su sobrino las afirmaciones de usted?—Sí, señor; las negó.

*
* *

Acusador privado: ¿Cuando Pozas celebró la entrevista con el Mantequero le ofreció dinero para irse á Bilbao?—Testigo: No, señor.—Señor presidente: el mismo Pozas ha dicho aquí que ofreció dinero al Mantequero para que se alejara de malas compañías...—No recuerdo si le ofreció dinero; lo que le dijo fué que despues de declarar en Santoña se marchara á Bilbao para evitarse disgustos.—De todos modos existen grandes contradicciones entre la testigo y el Mantequero, por lo que suplico á la presidencia disponga un careo entre ambos, si consta, que yo no lo recuerdo, mi peticion de que se quedara el Mantequero á disposicion del tribunal. (El señor presidente ordena que se presente el Mantequero si se encuentra en el local, y comparece ante la sala.)

El señor Moral, invitado por la presidencia, le dice: Su tía de usted afirma que en la entrevista con Pozas manifestó usted que no era cierto lo que habia declarado, y qué en la noche del 22 habia usted estado sobre la Corte con Tomás Higuera y con Mora.—El Mantequero: Es completamente falso. Yo no he dicho eso. Se establece una verdadera reyerta entre tía y sobrino, sosteniendo cada cual sus afirmaciones y acusándose mutuamente de haberse vendido. El Mantequero termina diciendo:—¡Ande usted, falsaria! El señor presidente da por concluido el careo y la testigo pide la indemnizacion de gastos.

Venancio Perez Acebo

DE 18 AÑOS, SOLTERO, CANTERO.

Es primo del Mantequero; ha vivido y se ha criado en su casa, y no tiene más parientes. Despues del 22 de Julio se celebró en su casa una conferencia entre su primo y Pozas, que presenció. El testigo hace una relacion que concuerda perfectamente con la hecha por su madre; que el Mantequero durante la entrevista, estaba sentado en un arca.

Añade el testigo que anteriormente al 22 de Julio se hacian

disparos por las noches y que en una ocasion vió un arma á Tomás Higuera.

Alejo Gomez

DE 41 AÑOS, CASADO Y CANTERO.

El señor Cárabes: ¿Era usted pariente de Maza?—Testigo: Mi padre y la madre de Julita primos carnales.

Declara el testigo, contestando á varias preguntas del defensor, que la conducta de Pozas era muy buena; que no tiene noticia de que maltratará á nadie; que no trataba de ejercer influencia ni dominacion en el pueblo, y que fué excitado á ser alcalde últimamente por muchas personas de arraigo y mayores contribuyentes, confiando en que por su carácter é ilustracion cortaría los abusos y los atropellos que cometian los jóvenes perturbando el sosiego público.

Estuvo en la taberna de Manuel Acebo la tarde del 22, desde por la tarde á las tres, y se retiraron á las nueve y media que era hora de retirarse, segun lo prescribia el bando, y así se lo hizo notar el tabernero. Que estaban con él Pedro Samperio y Chaves. José Acebo fué á buscar unas alpargatas; despues de salir de la taberna, se dirigieron Perez Samperio y él á sus casas al barrio de Irias; los otros se quedaron en el barrio de Pereda, donde viven.

Fueron con mucha pausa, porque estaba un poco nublado y hay desigualdad en el piso, y por esto y por estar oscuro iban poco á poco. No encontraron á nadie en el camino, ni despues de llegar oyeron desde sus casas ruido que les llamara la atencion. Que Julita Maza vive cerca de su casa, y no notó nada en la casa ni en sus inmediaciones, ni oyó disparos de armas de fuego; intervino como juez municipal en las primeras diligencias. - C: ¿Asistió á ellas Julita?—A algunas, porque estaba á la puerta del juzgado —¿Qué hizo usted al notar que no se quitaba de allí?—Comprendí que tenia sospechas ó desconfianza de que no se consignaran bien las declaraciones —¿No la dijo usted que entrara y presenciara lo que se hacia?—Sí. —¿Presenció algunas diligencias?—Sí, señor. —La consultó sobre quiénes podian haber estado con su hermano la noche del suceso. La indicó la conveniencia de hacer declarar á Mora, Higuera y demás amigos de Maza y dijo que era excusado llamarlos, porque nada podian decir de lo ocurrido. Que la mayor

parte cree inocentes á los procesados; cita á Manuel Lastra, que ha sido alcalde tres ó cuatro años, hasta que entró don Aurelio, que se lo ha oído decir en su misma casa.

*
* *

A las preguntas del señor Agüero, contestó: que dió conocimiento al juez instructor de haber empezado las diligencias. Que recibió un oficio del Juez instructor dándole instrucciones para que tomara declaración á la familia del difunto. Hizo la designación de los médicos que practicaron la autopsia. Que cuando fué á su casa en la noche del 22 estaba oscuro el camino y tuvieron que pasar por un bosque que hay cubierto de árboles, cuya sombra se proyectaba en el camino.

..

A las dirigidas por el señor fiscal, dijo: que cuando salió de la taberna en la noche del 22, se dirigió acto continuo á su casa sin detenerse á hablar con nadie, que yendo á paso regular, desde el establecimiento de Lavin á la Castañera, se emplean seis ú ocho minutos. Que desde su casa á la iglesia hay unos 300 metros de distancia; que supo el suceso de autos á las seis de la mañana y le avisó el alcalde de barrio José Higuera Prado. Inmediatamente que se le avisó, fué acompañado de Pozas. Que no se practicó la autopsia del cadáver hasta dos días después del suceso por estar esperando aviso del juez de instrucción; que se remitieron las diligencias á los cuatro días y otro que tardarían en llevarlas; que el cabo de la pareja se puso en seguida á sus órdenes. Que no dió conocimiento del hecho al fiscal de esta audiencia, porque se dió parte al juez de instrucción.

*
* *

El señor Cárabes: Una pregunta, señor presidente.—Presidente: Puede usted hacerla —Una persona, metiéndose en la alcantarilla que está en la plaza de Lavin, ¿puede ver á las personas que pasan por la carretera? —Yo estuve también allí cuando ese chico, Tomás Higuera, se agachó, y en la posición que se puso creo que vería á una persona.—¿A todas?—No, señor; á las que pasaban por el otro lado de la carretera no las podía ver.—¿Las personas que podían ser vistas podían ver también á esa persona?—Sí, señor.

Juan Gomez Lavin

DE 66 AÑOS, CASADO, LABRADOR.

Que estuvo velando á un difunto en una casa, en el barrio de Lindo. Oyó disparos á eso de las diez.

El testigo dice que no oyó disparos á la madrugada; que conoce á Pozas hace tiempo y que siempre ha observado buena conducta; que no ha oído que maltratara á nadie; que la voz del pueblo dice que es inocente y que se lo ha oído, entre otras personas imparciales, á José Lavin, Bonifacio Lavin y Manuel Gomez Lastra, que han intervenido como testigos en este proceso.

Acusador privado: Algunos de los que velaban con usted el cadáver de un fallecido, ¿no fueron en la mañana del 23 á buscar las insignias parroquiales?—Testigo: Que á las cinco ó cinco y media salieron Juan Lavin y Leoncio Higuera á buscar las insignias parroquiales, y encontraron á Maza mal herido. Les oyó contar que lo vieron, y á Lavin que había oído hablar á Maza.

Manuela, viuda de Pedro Acebo

DE 64 AÑOS, VIUDA, LABRADORA.

Dice que estuvo velando el cadáver de su marido en la noche del 22; que oyó tiros á las diez y que no los oyó á la madrugada.

A las preguntas referentes á Pozas contesta en sentido favorable al mismo.

Márcos Gomez Ruiz.

30 AÑOS, SOLTERO, CANTERO.

Tambien estuvo velando el cadáver de Pedro Acebo en la noche del 22; oyó uno ó dos disparos hácia Miera á las diez de la noche; á la madrugada no oyó ninguno. Estuvo el domingo por la tarde en el juego de bolos y tambien Maza. Oyó disputar á Maza con sus compañeros. No sabe quién le dijo: «Ahí te llama el médico», y cogió un bolo y dijo que lo mismo le daba vivir que ir al cementerio. A Acebo Cárcoba le quiso pegar Maza por llamarle *méndigo*. No le pegó porque ellos le contuvieron diciéndole que no tenía razon para incomodarse.

Juan Gomez Samperio.

Antes del 22 de Julio se oían disparos por las noches en Miera; que se atribuían á Mora, Maza, Mantequero, Higuera y otros mozos. Dos días antes de las elecciones, á las dos de la madrugada, llegó un grupo de gente, y diciendo una voz: «*Mueran*», y contestando otras, «*Mueran*», dispararon contra su casa tres balazos; uno que penetró por la puerta principal, otro cuyo proyectil quedó clavado en la vigueta, y otra bala que obra en poder del juez municipal. Dió parte del hecho al otro día al juez. Que eran tan grandes los alborotos producidos en el pueblo por los jóvenes que rondaban, que los vecinos cerraban sus casas al anochecer y no se atrevían á salir. La causa de esos disparos y perturbaciones era la enemistad entre dos ó tres familias.

Juan Cobo Lavin

DE 60 AÑOS CASADO, LABRADOR.

Antes de la fecha del 22 de Julio no oyó ningún tiro porque está *extraviado*, queriendo decir con esto que vive en Mortesante. No ha oído nada de lo que se le atribuye á Pozas, cuya conducta le ha parecido siempre buena.

José Lavin Perez

65 AÑOS, CASADO, LABRADOR.

Señor Cárabes: ¿Qué noticias tiene usted de los atropellos que cometían los mozos en las casas de los vecinos de Miera?—Testigo: En la mia sucedió que la víspera de las elecciones llamaron á la puerta dos, y dije yo desde dentro: «¿Quién está ahí?» «Bráulio Mier», me contestaron. «No abro.» «¿No tiene usted confianza en Mier?» «A estas horas, en nadie.» «¿Va usted á votar por Mier y por Pozas?» «Sí.» «Pues la pagará usted.» Y entonces fué cuando dispararon un tiro sobre la puerta. Cree que los agresores fueran Mora, el Mantequero y los que les acompañaban. Ha oído que Mora trabaja en este proceso para acumular pruebas en contra de Pozas.

A las demás preguntas referentes á Pozas contesta en sentido favorable.

José Acebo Fernandez

DE 53 AÑOS, CASADO, LABRADOR.

Confirma lo de los atropellos de algunas casas, y ha oído culpar á Pedro Mora, el Mantenero y otros.

Habla en sentido favorable de la conducta de Pozas, y dice que votó por él en las últimas elecciones.

Mateo Gomez

DE 55 AÑOS, CASADO LABRADOR

Es padre de Elías Gomez y por afinidad de Antonio Mora y tío de Baltasara Gomez Maza.

Cárabes: ¿Recuerda usted si en la mañana del 23 de Julio del año pasado tenía usted yerba segada en el sitio de Leontaza?—

Testigo: No; la tenía segada en Noja. —¿Dió usted orden para segar el día aquel?—No, señor; no había dado orden.—¿Se ocupó usted en recoger la yerba de Noja?—Sí, señor. Los de Miera acostumbramos á bajar de las cabañas al anochecer. No suelen bajar á altas horas de la noche á no ser que tengan alguna res mala. Que ha oído á Tomás Gomez de que le habían disparado unos tiros y había tenido que pasar la noche en una peña. Que en una ocasión le llamó don Aurelio y le aconsejó que tuviera á su hijo de noche en casa. Que votó en las últimas elecciones por don Aurelio

Francisco Gomez y Gomez

DE 49 AÑOS, CASADO, LABRADOR.

Informa favorablemente acerca de la conducta de Pozas, y en este sentido contesta á las preguntas generales que le dirige la defensa. Había enemistad entre la familia de Mora y Pozas, y lo sabe de que, siendo juez municipal, se presentó don Aurelio á hacer la denuncia de que se le había tratado malamente y luego, al marchar Antonio Mora á Méjico, le dijo, hablando de esta causa, que había quince testigos falsos para declarar en contra de Pozas, y que si esto no bastaba, cuando él volviera al pueblo le mataría: que se lo dijo en la calle de la Blanca la víspera de marcharse, que vino á Santander á reclamar una cantidad de dinero que le debían. Respecto á quiénes designa la opinion como

autores de la muerte de Maza, el testigo coincide con los anteriores en sus respuestas.

Francisco de la Higuera

55 AÑOS, SACERDOTE.

No tomó parte en las últimas elecciones, ni votó. En Diciembre de 1881 rompió sus relaciones con Pozas, y desde entonces no le ha vuelto á hablar, pero no le conserva rencor ni le desea mal ninguno: que por leer los periódicos excomulgados se enemistó. Le llamó el 23 de Julio por la mañana José Higuera Prado y le refirió lo de Juan Maza, que estaba malamente herido; que le habian preguntado quién era el agresor, y que su contestacion fué que nadie, que se habia caído: que en su concepto, respiraba y aspiraba. Que Pozas le merecía buen concepto, y le cree incapaz de atentar á la vida de nadie. Que al principio nadie dijo nada; luego se habló entre familias mal relacionadas con Pozas que habian sido los procesados los autores de la muerte de Juan Maza Samperio, y otros opinaban que habia sido un hecho casual á consecuencia de los tiros que disparaban los mozos por las noches. En su calidad de sacerdote, juzga que los que dicen esto último son las personas imparciales, segun su opinion y las de muchas personas. Sabe de rumor que por algunos vecinos se ha gestionado en esta causa para acumular cargos contra Pozas.

Acerca de la conducta de Bráulio Mier, dice que siempre fué buena y que los antecedentes de su familia son honrosos. Que oyó decir á Juan Lavin en la sacristía parroquial de Miera, que habia hablado Maza y habia tomado té.

Luis Acebo

30 AÑOS, VIUDO, CAN TERC.

Todas las preguntas que le dirige el señor Cárabes son referentes á las hechos atribuidos á Mora, Tomás Higuera, el Mantequero y otros que confirma el testigo, y á los antecedentes de Pozas, sobre los cuales habla en sentido favorable.

Recuerda que sufrió una descarga en cierta ocasion yendo al barrio de Poncillo y le pasó cerca; que la descarga salió de la Cárcoba ó de sobre la Corte, de noche. Que al declarar en Santoña con motivo de este proceso no hizo manifestacion acerca del

disparo á que se ha referido. En la noche del 25 de Julio acompañó á Pozas á casa de María Nieves. Le dijo el médico que le acompañara á dar un paseo. Luego que salimos me manifestó que íbamos á la Hoz á ver al Mantenero que habia declarado en contra suya, y no estando este nos volvíamos, cuando supimos que estaba en casa de María Nieves. Subió Pozas y al bajar le pregunté el resultado de la entrevista, diciéndome que habian quedado en ir el lunes á Santoña á rectificar la declaracion. Entonces le dije yo: No lo deje usted pasar antes de que se vuelva atrás de lo dicho. Que los motivos que tenia para dar ese consejo eran que habia declarado antes lo contrario de lo que decia luego que iba á variar, y un hombre así no puede menos de inspirar desconfianza.

Daniel Maza Gomez

31 AÑOS, CASADO, CARPINTERO.

Se expresa en el mismo sentido que el anterior respecto á los atropellos de que eran autores Mora y sus amigos, así como en lo que se refiere á los antecedentes y buenas cualidades de Pozas. Este testigo dice, contestando al acusador privado, que el 22 de Julio estaba en Galdames (Vizcaya).

Fernando Maza Acebo

32 AÑOS, CASADO, CANTERO.

Iguales manifestaciones en favor de Pozas y en contra de sus adversarios.

Tiene noticia de que las familias enemigas de Pozas han trabajado contra él en esta causa y ha oído que han solicitado muchos testigos. Fué objeto de un atropello la noche del 8 de Diciembre de 1882, á las nueve y media. Al pasar por delante de la casa de don Aurelio me asaltaron Juan Higuera Maza y Felix Gomez, que me dieron tres puñaladas, y al verme mal herido me metí como pude en el jardín de la casa de Pozas, hasta que á las cuatro de la mañana volví en mí y pude marchar á mi casa penosamente. Denunció el hecho al juzgado y se practicaron diligencias, pero no sabe qué sentencia recayó.

Manuel Lastra Gomez

50 AÑOS, CONTRATISTA DE OBRAS.

El señor Cárabes: Tiene usted noticia de que en Miera, antes

del 22 de Julio, hubiese armas del sistema moderno?—Testigo: No entiendo cuál es ese sistema —.Cuál es la causa de que la mayor parte de los mozos tuvieran armas?—No sé ..—¿No ha oído usted que fueran procedentes de la guerra carlista?—No, señor.—Antonio Mora, ¿no estuvo en la facción?—Sí, señor.—¿A quiénes se culpaba de los alborotos y de los disparos que había en Miera frecuentemente?—A Mora, Higuera y otros mozos.—¿Fué usted alcalde antes de Pozas?—Sí, señor.—¿Creyó usted conveniente dictar un bando de buen gobierno?—Sí señor.—¿Qué motivos tuvo usted para tomar esa determinación?—Con el fin de intimidar á los alborotadores imponiéndoles multas de 5 á 25 pesetas —¿Tuvo usted alguna denuncia de los atropellos causados por esos mozos?—Sí, señor; tuve noticia de que habían *abarrenado* algunas casas y las reconocí —¿Qué casas reconoció usted?—La de Cosme Acebo Higuera y en la misma noche la de Pío Lavin, á quien mandé á buscar para preguntarle quiénes eran los autores y dijo que no sabia. — ¿Se le excitó á Pozas para que admitiera la alcaldía en la creencia de que por su carácter y por su ilustración conseguiría cortar de raíz los atropellos que tenían al pueblo perturbado constantemente?—Yo se lo oí á varios que decían que convenía que fuera él, por eso, porque estaba en el foco, pues yo vivo distante.—¿Qué motivos produjeron la enemistad de Pozas con las familias de Mora y de Lavin?—Con la de Mora fué porque hace cinco ó seis años se acomodaba un proyecto de atentar contra la vida de Pozas, y desde entonces perdieron la amistad, pues Pozas quería formar expediente bajo la base de haberse oído dicha manifestación. Con la de Lavin fué porque un cuñado de Pozas y un Lavin formaron sociedad y pusieron un establecimiento de telas en Santander; fueron mal los negocios, Lavin hizo embargar los géneros y de aquí sobrevino una cuestión que fué el origen de su enemistad; pero antes de esto Lavin y Pozas eran muy amigos.—¿Intervino usted en ese asunto?—Sí, para que no perdieran la amistad; pero no conseguí nada de Lavin.—Usted sostiene relaciones de amistad con esas familias?—Sí, señor.

Pío Lavin Perez

35 AÑOS, CASADO, RECAUDADOR DE CONTRIBUCIONES.

Que es falso haya amenazado á Tomás Higuera. Las preguntas son las generales respecto á los atropellos de Mora y sus

amigos y á los antecedentes, conducta y cualidades de Pozas. El testigo se expresa en todo á favor de este y en contra de aquellos. En una ocasion fuí á ver á un ahijado, y al pasar por la ermita me dieron un garrotazo en la boca del estómago, dejándome sin sentido. Se decia que habia sido un sobrino de Manuel Lavin.

*
* *

Acusador privado: Ese hecho á que se acaba usted de referir, ¿fué de noche ó de dia?—Testigo: De noche.—Señor presidente; habiendo una contradiccion radical entre este testigo, que niega que amenazara con un puñal á Tomás Higuera, y este que lo afirma, pido que se practique un careo entre ambos.—Presidente: Que venga Tomás Higuera. (Puestos uno enfrente del otro sostiene cada cual lo que ha dicho con igual energía y no se ponen de acuerdo.)

Tiburcio de la Lastra

36 AÑOS, CASADO, LABRADOR.

En conformidad con el anterior respecto á los puntos generales del interrogatorio.

En el Cagigal, yendo á su casa le salieron tres hombres, uno que estaba á la sombra de una cagiga y otros en las matas. Al decir él *buenas noches*, le dieron un garrotazo y luego otros dejándole como muerto.—¿Quiénes fueron los agresores? (No pudimos entender más que el nombre de Pedro Mora).—¿Porqué no denunció usted el hecho?—Porque otra vez tuve otra cuestion igual y dió mal resultado, y por eso no dí parte.

Simon del Cañizo

79 AÑOS, CASADO, LABRADOR.

Declara á favor de Pozas en todas las preguntas que se le dirigen. Ha oido que las causas que motivaron la muerte de Maza habian sido los jóvenes, entre ellos, por hacer disparos. Que vive en el barrio de Mirones, y allí la opinion general es que fué casual la muerte de Maza. Pertenece al bando del médico.

Juan Cobo Gutierrez

80 AÑOS, CASADO, LABRADOR.

Declara en sentido favorable á Pozas y dice que ha oido referir lo de los atropellos á las casas de varios vecinos. Es cierto

que la mayoría de los vecinos, á pesar de estar preso Pozas, no han querido concertarse con otro médico, esperando el resultado de la causa. La mayor parte de los vecinos dicen que los procesados son inocentes.

Epifanio Gomez Higuera

80 AÑOS, VIUDO, LABRADOR.

Hay muy poca diferencia entre la declaracion de este y la de anterior testigo. El fiscal le pregunta: ¿Qué razon tiene usted para decir que la mayoría de los vecinos consideran inocentes á los procesados?—Testigo: La de que tienen la opinion de que son incapaces los procesados de hacer una cosa como esa.

Antonio Gomez Cañizo

81 AÑOS.

Lo mismo exactamente que los anteriores. Le pidieron el voto los dos bandos, y dijo: ¡Pues á ninguno!... y no votó.

Nota.—Los cuatro testigos octogenarios, segun tenemos entendido, no han sido citados determinadamente por las defensas. Estas han pedido al tribunal que citara á cuatro de los más ancianos del pueblo que no estuvieran imposibilitados de hacer el viaje.

Agustin Perez Lastra

35 AÑOS, CASADO.

Todas las preguntas del señor Cárabes versan sobre puntos generales relativos á Pozas, á su enemistad con las familias de que se ha hablado tantas veces, á los atropellos y alborotos de los jóvenes, etc., etc.

La única novedad del interrogatorio es esta:

El señor Cárabes: Ha trabajado la familia de Mora en esta causa contra Aurelio?—Testigo: Sí, señor.—¿Qué motivos tiene usted para afirmarlo?—Que he oido á la familia de Mora, á Domingo Gomez Maza, hablar mal de ellos y decir que deseaba verlos degollados.—Vió usted en el Campo de la Iglesia vestigios de sangre?—Sí, señor.—¿Dónde?—Entre la torre y la casa ayuntamiento.—¿Más inmediata á la torre ó á la celda?—A la torre.—¿Al lado de las campanas ó al otro?—Al otro.—¿En el

sitio de las campanas y en la inmediacion de la pared, ha visto usted algo?—Nada.

*
* *

Señor Colongues: ¿Oyó usted disparos en la noche del 22?—
Testigo: A las diez y media, próximamente.

..

Señor fiscal: ¿Cuándo le expresó Domingo Gomez Maza deseos de ver degollados á los procesados?—Testigo: En la noche de San Pedro, el 29 de Junio de este año.—¿Qué personas habia delante?—Estábamos en la taberna de Manuel Acebo y hablando conmigo me lo dijo. Más personas habia; pero no recuerdo quiénes eran.

Gabriel Sainz Maza

DE 41 AÑOS, CASADO, MAESTRO DE ESCUELA.

El señor Cárabes: ¿Conoce usted al Mantequero?—Aquí en Santander le he conocido.—¿A Julita, Mora, Anastasio y Santiago Lastra les conoce usted?—Sí, señor.—¿Les ha visto usted en Mortesante el 1.º de Agosto como yendo en direccion á Liérganes?—Yo los he visto, pero no recuerdo bien si fué en Mirones.—¿Despues de muerto Maza?—Debió ser en aquellos dias.—¿Ha visto usted pasar á Julita y á Pedro Mora?—Sí.—¿Muchas veces?—Muchas, no; les he visto pasar por delante de mi escuela, que está en el camino.—¿En su casa de usted han estado Mora y Julita á visitar al cura don Antonio?—Les he visto; pero no sé con qué objeto.—¿Han hablado con don Antonio?—Sí; varias veces.—¿Don Antonio Lavin, cura de Mirones, es primo de don Simon?—Sí.—¿Están en buenas relaciones?—Sí, señor; se reunen.—¿Sabe usted si don Simon y su primo don Antonio Lavin han gestionado en esta causa contra Pozas?—No soy sabedor.—¿Qué ha oido usted acerca de los autores de la muerte de Maza?—De ciento treinta vecinos que hay en los barrios bajos solo cuatro ó seis dicen que son los procesados.

Las demás preguntas son de carácter general

El señor presidente: Se suspende la vista, que continuará mañana á las doce.

Sesion décima, de 5 de Setiembre de 1884.

Prueba de la defensa de Mier.

Luis Gomez Maza

DE 73 AÑOS, VIUDO, MOLINERO.

Recuerda recogió un fusil de la casa de Manuel Lavin el 8 de Julio, del año pasado, de orden del señor alcalde, y fué depositado en casa de Bráulio Mier; examina una de las armas que forman parte de las piezas de conviccion, diciendo que no puede asegurar sea aquella y que no recuerda con cuántos cartuchos se la entregó á Manuel Lavin. Dice que la conducta de Bráulio Mier era intachable.

*
*
*

El señor Cárabes hace varias preguntas al testigo sobre la conducta de Pozas y acerca de los desórdenes producidos en Miera por los mozos del bando contrario.

Los informes del testigo son favorables al primero. Dice que quizá rondarian otros jóvenes; pero que ha encontrado en el camino de la Cárcoba á Tomás Higuera, al Mantequero, á Mora y otros, y ha oido que tenían armas y eran los alborotadores.

Prueba de la defensa de los guardias.

Eleuterio Pedraja

DE 45 AÑOS, CASADO, PROPIETARIO.

Vió salir de Liérganes en la tarde del 22 de Julio una pareja de la guardia civil, y á un paisano armado, á las siete y media próximamente, y dijo que habia prestado antes de ahora alguna declaracion en esta causa.

Aureliano Gonzalez

27 AÑOS, CASADO, LABRADOR.

El dia 22 de Julio vió salir de Liérganes una pareja de la guardia civil á las siete y media y al guardia municipal de Mie-

ra, por delante del establecimiento de Cantolla, en el barrio de Lavin, á marcha regular, y podrian tardar dos horas y media ó tres en llegar á Miera.

El señor Cárabes le pregunta por la conducta de Pozas, y contesta el testigo que ha sido siempre inmejorable.

Francisco Cobo Lavin

33 AÑOS, CASADO, LABRADOR.

El 22 de Julio estaba en Mortesante y vió desde la corralada pasar una pareja de la guardia civil aquella tarde, y un poco detrás el celador de Miera, que llevaban un paso regular; que se tarda en recorrer el camino que hay de Miera á Liérganes dos horas y media ó tres; que pasó por Mortesante la pareja á las nueve, poco más ó menos; que el tiempo que se tarda en ir desde Mortesante á la cuesta de la Hoz es de cincuenta ó sesenta minutos.

Fulgencio Cobo

34 AÑOS, CASADO, LABRADOR.

Se hallaba el 22 de Julio en Mortesante á las nueve de la noche y vió pasar una pareja de la guardia civil y un paisano á cierta distancia, que llevaban un paso regular y tardarian en llegar á Miera de cinco cuartos de hora á hora y media. Que de Liérganes á Miera tardarian de dos horas y media á tres.

Los señores Colongues y Cárabes le preguntan sobre los puntos generales que se refieren á sus respectivos defendidos, contestando el testigo en sentido favorable.

Preguntado por el señor fiscal, dice que la distancia que hay de Mortesante á Miera es de una legua, y lo mismo aproximadamente á Liérganes.

Cosme Acebo Higuera

DE 42 AÑOS, CASADO, TABERNERO.

Cerró á las nueve y cuarto porque habia un bando para cerrar los establecimientos á las nueve y media, y luego se asomó al balcon y vió pasar á la guardia civil. En aquel momento sabe que eran las nueve y veinte. Añade que al paso que llegaban tardarian en llegar al Puente Nuevo de doce á catorce minutos,

y desde el Puente Nuevo á Miera de cincuenta á cincuenta y cinco minutos, lo menos. El tiempo que se puede tardar desde Liérganes á Miera, al mismo paso, es de dos horas y media á tres. Ha visto pasar por Mirones á Julita, á Mora y á dos sobrinos de este con el Mantuero el 1.º de Agosto. Pasaron en direccion á Liérganes; pero á poco tiempo, sobre las cinco, próximamente, volvieron á pasar por delante de mi casa los dos sobrinos de Baltasara. Yo me asomé á la ventana, y les dije: «Chiquitos, mucho habeis madrugado», y me contestaron una expresion mala. Llegó Mora en seguida, y le dije: «Por ahí han pasado tus sobrinos y me han dicho una expresion mala; bien podias reprenderlos.» Y continuaron el camino.

Pilar Ruiz Gomez

DE 29 AÑOS, CASADA, LABRADORA.

Estaba la noche del 22 de Julio en Mirones; vió pasar una pareja de la guardia civil una hora despues de anochecido; iban á paso regular. Que se tardará de Liérganes á Miera tres horas próximamente.

Simon R. Perez

DE 38 AÑOS, PRESBITERO

El señor Agüero: ¿Es usted hermano de Ramon Perez?—Testigo: Sí, señor.—¿Es usted sobrino de Antonia Samperio?—Sí, señor, por afinidad.—¿Tiene usted noticia de que su hermano Ramon ha declarado aquí que vió á Maza que tenia tres ó cuatro ó cinco agujeros en el pecho?—No sé...—¿Oyó usted decir á Ramon que habia presenciado la autopsia y que habia visto los agujeros?—No; yo no le he oido decir que asistiera á la autopsia, sino que solo vió las ropas y que no se fijó en las heridas.—¿Sabe usted que está desmentido por el resultado de la autopsia y por el reconocimiento de las ropas que tuviera agujeros el cadáver de Maza?—No sé; yo no he visto las ropas.—¿Tiene usted noticia de que su tía Antonia declaró en el sumario haber oido dos detonaciones hácia la Iglesia en la madrugada del 22 y otras tres luego, y que vió salir primero el humo de los primeros disparos y despues el de los otros?—Dos veces el humo, no lo he oido; una vez, sí.—¿Sabe usted que esa afirmacion de su tía Antonia está desmentida por la prueba?—No

lo sé.—¿En qué parroquia estuvo usted antes de la que ahora desempeña?—En Miera.—¿Es cierto que los feligreses elevaron una queja contra usted al señor obispo de la diócesis?—No recuerdo...—¿Fué usted trasladado de Miera á petición de usted, ó le fué impuesta esa traslacion en virtud de la queja á que antes me he referido?—No, señor; fuí trasladado porque el señor obispo lo dispuso así, en uso de las facultades que tiene para hacerlo.—¿Puede usted afirmar que no fué debido á la queja elevada contra usted al señor obispo?—Yo no he tenido conocimiento de esa queja.—¿Está usted en buenas relaciones con su tía Antonia Samperio y su hermano Ramon?—Sí, señor; como de familia.—¿Han hablado ustedes de esta causa?—Habremos hablado, pero sin injuriar á nadie.—¿Han hablado ustedes acerca de los autores de la muerte de Maza?—Sí, señor; lo que dice el público.—Siempre que ha ido usted á Miera, ¿se ha hospedado usted en casa de Antonia?—En las pocas veces que iba me quedaba en su casa, porque nada más natural siendo mi tía.—¿Escribió usted en cierta ocasion una denuncia contra Pozas suponiendo que habia disparado una arma contra un tal Higuera?—Sí, señor.—¿Sabe usted si Higuera retiró esa denuncia diciendo que enconados los ánimos habia dado al asunto una importancia de que realmente carecia?—No tuve conocimiento de eso. Solo sé que lo puso en conocimiento del tribunal.—¿Declararon ustedes en aquel proceso, usted y su tía?—Yo declaré ante la sala como firmante de la querella.—¿Sabe usted que la sala absolvió á Pozas?—Sí, señor.—¿Declaró tambien en aquel proceso su tía Antonia?—No recuerdo.—¿Tiene usted bienes en el distrito de Miera?—Son de mis padres.—¿No le han hecho á usted donacion?—No, señor.—¿Les lleva usted en arriendo?—No; los disfruto como de mis padres, y cuando hay necesidad tengo dominio.—¿Tiene usted poder?—No, señor.—En las elecciones, ¿trabajó usted contra Pozas?—Sí.—¿Recuerda usted si recorrió de noche las casas de Linto buscando votos?—No sé si de día ó de noche.—Concretaré más la pregunta para ayudarle la memoria: ¿No ha recorrido usted las casas de Linto á *allas y desusadas* horas de la noche, buscando electores?—Estuve en Linto, pero na puedo precisar la hora. Si no tuve tiempo de día, andaria de noche.—Antonio Lavin, cura de Mirones y primo de usted, ¿hizo un viaje á Vizcaya en busca de electores?—Por mi mandato, no; lo hizo acompañando á un tío que tiene casa allí y que marchó á practicar la liquidacion de una cuenta.—¿Dejó al

tío en Vizcaya y se trajo diez electores? —No sé si vinieron con él ó separados. Puede que vinieran con él. —¿Vinieron coincidiendo con las elecciones y el viaje de su tío á Vizcaya? —Sí, señor, y con el de otros varios. —¿Figuraban en el mismo bando que usted los Moras, Juan Lavin y Maza Samperio? —Sí, señor; y otros muchos. —¿Es usted amigo íntimo de Mora y enemigo declarado de Pozas? —Ni he sido enemigo de Pozas ni lo soy. Yo siempre lo he tenido por amigo, sin haber tenido con él más cuestión que la electoral, porque ha cambiado de lucha y yo nunca he cambiado de lucha. —¿Eran ustedes amigos? —Sí, señor. —¿Frecuentaba usted su casa? —Sí. —Desde cuándo dejó de frecuentarla? —Desde que noté en él cierta tibieza; pero no he tenido enemistad ni le he hecho daño. —¿Notó usted esa tibieza antes de las elecciones ó antes de escribir la denuncia acusándole de disparo de arma de fuego? —Antes habia esa tibieza sin saber yo apreciar el motivo. —¿Cuánto tiempo hace que no entra usted en casa de Pozas? —No recuerdo. —Aproximadamente. —Unos dos ó tres años. —¿Es proyecto de usted y de su familia colocar en la plaza de médico titular de Miera á un hermano de usted que debia haber concluido su carrera hace tiempo? —No es cierto que debiera haber concluido ya la carrera. Esta sigue su curso natural como corresponde. —¿Cuánto tiempo hace que empezó? —La carrera de médico, hace cuatro ó cinco años. —¿Fué Julita Maza á ver á usted con motivo de este proceso? —Ha ido á causa de tener un hijo enfermo; fué á consultar al cirujano que habia ido á hacer una visita y estaba esperándole. —¿Es esa la única vez que habló usted con Julita durante el proceso? —No, porque en algunas ocasiones la he encontrado y hablado. —¿Habló usted con ella y con Catalina Lavin cuando Julita fué á consultar por la enfermedad de su hijo? —No he hecho más que saludarla. —¿Fué usted á Miera desde Liérganes un dia con Julita Maza? —¿A qué dia se refiere usted? —El dia en que estuvo allá. —No, señor. —Hizo usted en algun otro dia ese viaje? —No recuerdo. —¿Fué usted con ella, con Mora, Anastasio y Santia-go, José Acebo y Tomás Higuera á declarar á Santoña? —No, señor. —¿Nunca ha venido usted por el camino de Miera á Liérganes en compañía de los citados? —Yo no he ido nunca con los chicos. No sé si entrarían conmigo alguna vez al entrar yo en el vapor. —¿Y con Mora? —No he hecho ningun viaje con él. —¿Y con Higuera? —Tampoco. —¿Y con José Acebo? —No. —¿Ha celebrado usted alguna conferencia con este? —No, señor. —¿Re

cuerda usted la última vez que habló con el Mantequero?—Le he hablado mientras he estado aquí.—¿Puede precisar el momento en que le ha hablado?—No, señor.—¿Habló usted con él hoy por la mañana?—No lo recuerdo.—¿Y ayer?—¿Ayer?.. Creo que sí.—¿En dónde?—Me parece que en la calle.—¿No ha estado usted hablando con él en alguna casa?—Sí... creo que en una tienda.—¿Y en alguna otra parte ¿no ha estado usted con el Mantequero bebiendo una botella de caña?—No, señor; yo no he bebido caña.—Ayer, estando usted encerrado en la sala de testigos, ¿no entró el Mantequero con una botella en la mano, aprovechando un descuido de los ugieres, y estuvieron ustedes conversando?—El señor presidente: Que conste eso en el acta.—¿Testigo: No se ha bebido botella de ningún licor. El chico entró en el cuarto; pero un ugier le echó fuera en seguida. Presidente: Señor secretario, conste así.—Agüero: ¿Qué juicio tiene usted formado de la capacidad de Catalina Lavin?—Testigo: Yo no puedo decir nada sobre eso.—¿Sabe usted qué juicio le merece á la opinion pública?—Yo no sé. Catalina se dedica á vender pan, y yo creo que para dedicarse á esa industria no será tan simple.—Presidente: Ruego al letrado que haga las preguntas con más precision y pertinentemente.—Agüero: Lamento, señor, la torpeza del letrado que no acierta á explicarse con más claridad; pero el testigo parece que ha entendido...—Presidente: Continúe usted, continúe usted...—Agüero: ¿Qué noticias tuvo usted acerca de la muerte de Maza?—Testigo: El 23 de Julio una mujer que se dirigia á San Roque dijo que habia un hombre herido en el Campo de la Iglesia, y en el mismo dia Anselmo Cárcoba manifestó que estaba muerto allí ó con heridas muy graves.—¿Oyó usted decir que habia sido preso Maza por Pozas y los guardias civiles?—Sí, señor.—¿Cuándo lo oyó usted?—A los pocos dias despues del suceso. ¿Oyó usted decir que Maza habia sido encerrado en casa de Bráulio Mier?—Tambien lo oí, sí, señor.—¿A quién?—Al rumor público; no puedo precisar nombres.—¿Oyó usted tambien que le sacaron por la mañana al Campo de la Iglesia y dispararon contra él varios tiros?—Tambien lo oí.—¿Escribió usted un anónimo injurioso para el señor juez comisionado para instruir el proceso, y para el entonces abogado-fiscal, don Buenaventura Muñoz, pocos dias despues de haber declarado Baltasara y sus sobrinos?—No, señor; yo no he formulado queja alguna.—¿Escribió usted varios anónimos al señor fiscal, al señor juez instructor, al go-

bernador y al comandante de la guardia civil, denunciando como autores de la muerte de Maza á Pozas y á los guardias civiles?—No, señor.—¿Tiene usted noticia de que por algunas personas se conspirara para acriminar á los procesados?—No la tengo.—¿Sabe usted que la opinion pública le designa á usted mismo como al principal de esos conspiradores?—La opinion pública no es suficiente para juzgar mis actos, que son del exclusivo dominio de mi conciencia.

* * *

El señor Colongues: ¿Recibe sacramentos Catalina Lavin?—Testigo: Me dijo el párroco de San Roque que cumplia con el precepto pascual.—¿Y por qué se lo dijo? ¿Qué motivo hubo para que se le hiciera esa manifestacion?—Por haberse dicho algo sobre el asunto.—¿Luego se dijo que era incapaz de sacramentos?—No lo ha dicho más que un testigo que ha declarado en esta causa

* * *

El Sr. Cárabes: ¿Estuvo usted en Miera el mes de Marzo último?—Testigo: No sé cuándo estuve con motivo de una cuestion entre varios individuos de una familia para arreglarles y que no tuvieran un pleito.—¿Tuvo usted en Miera ó en San Roque algunas conferencias con su compañero don Cristóbal Samperio mientras ha durado este proceso?—Algunas.—¿En alguna de ellas han hablado ustedes de esta causa?—Indirectamente puede que sí, porque es la conversacion general.—¿Recuerda usted los juicios ó apreciaciones que hicieran sobre la manera de verificarse la muerte de Maza?—Si hemos tenido alguna cuestion seria sobre si pudo ó no pudo hablar aquel.—¿Qué opinion fué la que usted sostuvo?—Yo sostuve, apoyado por el dictámen de un médico, que no pudo pronunciar palabras.—¿Qué médico?—Don Domingo Fernández.—¿Vive?—No, señor; ya murió.—¿Habló usted con él varias veces?—Sí.—¿Se lo dijo á usted espontáneamente ese cirujano ó se lo preguntó usted á él?—Nos encontramos cuando venia de hacer la autopsia y hablando del asunto me lo dijo.—Fundado en la opinion del cirujano ¿usted sostuvo, disputando con don Cristóbal, que Maza no habia podido hablar?—Sí, que esa era mi opinion.—¿Sabia usted que habia testigos contrarios á Pozas que afirmaban que habia hablado?—En los primeros momentos no tuve conocimiento de que hubiera testi-

gos que dijeran eso, y más tarde, ni me he enterado.—¿Preguntó á la conciencia del testigo si sabia, cuando sus conferencias con don Cristóbal, que habia testigos que afirmaban que habia hablado el interfecto?—Yo oí á unos que habia hablado y á otros que no. La version del público.—¿En qué fundaba don Cristóbal su opinion?—No llegaba nasta probar el hecho.—Yo pregunto en qué la fundaba.—Don Cristóbal no le oyó hab'ar; pero vió, segun dice, que daba señales de vida.—El testigo decia que Maza no habia podido hablar y don Cristóbal que sí. ¿En qué fundaba su opinion don Cristóbal?—En que lo habia oido.

* * *

El señor fiscal: ¿En una conversacion que tuvo usted con don Cristóbal, le dijo cuál fuera la causa de la enemistad que Pozas le profesaba?—Testigo: He oido que Pozas elevó al tribunal una queja contra él; no sé en qué estaba fundada. Yo le ví á don Cristóbal intimidado, y hasta en Santander no se atrevia á salir á la calle. Así es que le llevé á Alceda, donde estuvimos unos dias.—Sabe usted si don Cristóbal ha sido objeto de amenazas?—De ciencia propia, no; de referencia, sí. En una ocasion le oí decir que Pozas le habia puesto una mano en el hombro y le habia dicho: «Prepárate, Cristóbal, que pocos dias de vida te restan».—¿Qué ha oido usted acerca de la muerte de Maza?—Que los procesados le condujeron preso y luego le pegaron cuatro ó cinco tiros.—¿Y cuál es el juicio de usted?—Un juicio apoyado en el conocimiento de la enemistad entre Pozas y la familia de Maza.

* * *

Acusador privado: Antes de interrogar la acusacion privada se va á permitir una observacion que entraña una denuncia.

No ha pasado desapercibida la orden de la Sala para que se haga constar que el Mantequero vió por más ó menos tiempo al testigo que declara. En este momento la acusacion tiene que denunciar al tribunal que uno de los testigos que ha declarado, Eleuterio Pedraja, ha permanecido tambien con las defensas en el cuarto de los abogados. La acusacion privada le reconoció al entrar aquí.

Presidente: Que conste.—Cárabes: Pílo la palabra.—Presidente: No la hay. Adelante.—El señor Moral interroga al testigo acerca de todos los hechos que se atribuyen á Pozas contra

algunos vecinos de Miera y que ya figuran repetidas veces en estos extractos. El testigo los confirma todos. Terminadas las preguntas de la acusacion privada, dice: El señor Agüero: Tengo pedido y está estimado que el testigo celebre un careo... (El señor presidente le interrumpe. Despues continúa:) La intencion mia era expresar que de la prueba caligráfica podia prescindirse si el testigo reconociera como suyos los documentos que yo he presentado. — Testigo: Señor presidente; yo reclamo la indemnizacion de gastos de 19 dias que he estado en Santander. — Presidente: Constará; pero tiene usted que quedarse á disposicion del tribunal hasta que se practique la prueba caligráfica. (Dirigiéndose al señor Agüero) Entonces puede reconocer ó no como suyos los documentos presentados por la defensa.

Testigos que no comparecieron.

El señor presidente lee los nombres de los testigos que no han comparecido y pregunta á las acusaciones y á las defensas si renuncian á las pruebas de los mismos

Acusaciones y defensas contestan afirmativamente.

Sobre una protesta

Lee el señor presidente la resolucion de la Sala confirmando la denegacion hecha por el presidente de un careo pedido por la acusacion privada entre los testigos Pedro Mora y Maria Gomez Perez, por no considerarlo esencial y teniendo por hecha la protesta.

Esta resolucion se consigna en el acta.

Prueba documental fiscal

El señor secretario lee sucesivamente los siguientes documentos:

Declaracion de Balbina Higuera al fóllo 33 del proceso.

Un oficio al fóllo 39.

Declaracion de Julita Maza al fóllo 46

Diligencia del secretario del juzgado de primera instancia en Liérganes sobre denegacion de auxilios del puesto de la guardia civil, fóllo 184

Diligencia haciendo la descripcion del camino desde la Cuesta de la Hoz á Miera, el tiempo que se tarda en recorrer esa distancia, vías para entrar en el pueblo, etc , etc , fóllo 198.

Diligencias de careo á los folios 390 al 419 y que comprende los siguientes:

Uno verificado entre Eusebio Higuera Maza y Tomás Higuera.

Otro entre Eusebio Higuera y José Acebo.

Otro entre Eusebio Higuera y Pedro Mora.

Otro entre José Acebo Ruíz y el procesado Pozas.

Otro entre este y Tomás Higuera.

Y otro entre Pozas y Pedro Mora.

Una denuncia-anónimo con la firma de *La Justicia*, acusando como autores de la muerte de Maza á Pozas y á la guardia civil, y dirigida al fiscal de la audiencia, folio 483.

Y las declaraciones de los testigos Anastasio y Santiago Lastra Mora, folios del 549 al 561.

Terminada la lectura á las cuatro menos cinco minutos, el señor presidente suspendió la vista hasta el día siguiente.

Sesion undécima de 6 de Setiembre de 1884.

Prueba documental.

El señor fiscal manifestó que renunciaba á la lectura de varios de los documentos que habia pedido, y suplicó al señor presidente que se leyeran los demás de la lista que habia presentado.

Ordenada la lectura de dichos documentos, procedió el señor secretario á leer los que á continuacion se expresan y que, con los leídos en el día anterior, constituyen la prueba documental pedida por el ministerio público.

Fólio 1.º—Nombramiento de fiscal especial para la instruccion de esta causa.

Fólio 31.—Oficio del alcalde de Miera, don Aurelio Pozas, al comandante del puesto de la guardia civil de Liérganes pidiendo el envío de una pareja para hacer cumplir las prescripciones de los bandos dictados por aquella alcaldía.

Fólio 146.—Comunicacion del gobernador militar de la plaza de Santander trasladando el oficio de requerimiento de inhibicion de la jurisdiccion militar respecto á los dos guardias civiles en la causa por muerte violenta de Maza Samperio.

Fólio 153.—Otra comunicacion de la capitania general de Burgos, en la que se transcribe la resolucion del Consejo Supre.

mo de Guerra y Marina declarando la referida inhibicion en esta causa.

Diligencias de inspeccion ocular en Miera.

Prueba pericial médica.

Comparecieron ante el tribunal los médicos señores don Agapito Santa Marina, don Florentino Diaz, don M. Centeno, don Juan Pelayo, don Severino Sotorrío, don Juan Zorrilla, don Apelio Sainz, y don Juan Cortiguera.

El señor fiscal (al señor Sotorrío, que practicó la autopsia del cadáver): Qué heridas observó usted en el cadáver de Maza?

El señor Sotorrío.—Observé una herida contusa en el parietal izquierdo de tres y media á cuatro pulgadas que atravesó el tejido celular interesando hasta el periosteo.

Otra en la nuca que interesaba los tejidos blandos hasta llegar á la cavidad craneana.

Otra debajo de la escápula izquierda que coincidía, á mi juicio, con otra á pulgada y media por debajo de la tetilla izquierda.

Y otras dos cuyas dimensiones no recuerdo que se encontraban en la parte media del muslo izquierdo.

El fiscal.—¿Qué otras lesiones observó usted?

Señor Sotorrío.—Ninguna al exterior.

Fiscal.—¿Y al interior?

Sotorrío.—Congestionada la masa encefálica, el pulmon izquierdo atravesado y una masa informe en el estómago como á medio digerir.

Fiscal.—¿Habia congestion?

Sotorrío.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Qué posicion cree usted que tendria el herido, al serlo?

Sotorrío.—No lo sé.

*
* * *

El señor fiscal (al médico militar don Florentino Diaz).—¿Puede usted reseñar los experimentos que se hicieron en 5 de Noviembre de 1883, tirando con proyectil aglomerado sobre una tabla y despues sobre un perro?

El señor Diaz da algunas explicaciones acerca de los experimentos que se hicieron disparando á diferentes distancias dos

proyectiles aglomerados, y luego dos ó tres disparos sobre una tabla de la que se sacó un *fac simil* que debe constar en autos.

Fiscal.—¿Están conformes todos los peritos?

Sr. Pelayo.—Como son hechos que han presenciado ellos. !

* *

El señor fiscal (al señor Centeno).—¿Cree el perito que Maza pudo hablar?

El señor Centeno.—Si habló debió ser poco y con poca claridad. (Expone los fundamentos de su opinion dentro del terreno científico.)

Fiscal.—Habiendo sido colocado el herido sobre una albardi-lla, ¿pudo andar y lavarse la cara?

Centeno.—Lavarse, creo que no.

Fiscal.—¿Y levantarse y andar por sí solo?

Centeno.—Creo que tampoco.

Fiscal.—¿La traslacion de un punto á otro de un sugeto herido gravemente, aumenta el peligro de las heridas?

Centeno.—En ciertas condiciones, sí.

Fiscal.—¿Qué causas agravan las heridas del hecho?

Centeno.—En primer lugar, la abundancia de la hemorragia, y en segundo, cuando la latitud de las heridas que permitiendo el acumulo de la sangre dificultan la respiracion pulmonar. Tambien las agravan las complicaciones que se llaman enfisema pulmonar y pulmonía y pleuresia traumáticas.

Fiscal.—¿Cree usted que habria gran destruccion pulmonar?

Centeno.—Creo que habria bastante.

Fiscal.—¿Cómo se pueden calificar estas heridas?

Centeno.—De heridas graves.

* *

El señor fiscal (al señor Sotorrío).—Cuánto tiempo sobrevivió el herido al acto de la agresion?

Sotorrío.—No lo puedo determinar.

Fiscal.—¿Habiendo sido herido de tres y media á cuatro de la mañana aproximadamente, cuánto tiempo sobreviviria?

Sotorrío.—Se dan casos raros y no se puede precisar de una manera segura.

* *

El señor fiscal (á don Florentino Diaz).—¿Puede usted preci-

sar la diferencia de las heridas causadas con armas del sistema moderno de las causadas con armas del sistema antiguo?

Señor Diaz.—En las del sistema antiguo, que eran de proyectiles esféricos, el orificio de entrada era circular, no de forma ovalada como las del sistema moderno. Sin embargo, generalmente en toda clase de armas el orificio de entrada suele ser siempre circular, pero algunas veces es ovalado cuando el proyectil se atraviesa.

Fiscal.—¿Puede usted precisar á qué distancia un disparo quema la ropa y la piel de la persona á quien se dirige?

Señor Diaz.—La ropa generalmente se quema cuando se hacen disparos de 14 á 15 pasos; pero hechos de 30 á 35 centímetros, todas las experiencias han dado resultados casi nulos hasta el día.

Fiscal.—¿Pueden describir los peritos de las defensas los síntomas propios ..

Cárabes.—Señor presidente: creen las defensas que antes de interrogar el fiscal á los peritos en la forma que se propone hacerlo, debe preceder la lectura de la diligencia de autopsia, para evitar discusiones académicas y concretar la cuestión á los puntos de aplicación al caso presente.

Se lee la diligencia de la autopsia y despues dice:

Cárabes.—Si la presidencia y el señor fiscal me lo permiten, concretaré los temas que, á juicio de las defensas de los procesados, deben someterse á la deliberación de los peritos.

Las cuestiones son tres, por el orden siguiente:

1.º Dadas las señales observadas en la autopsia, ¿pudo sobrevivir? En caso afirmativo, ¿cuánto?

2.ª ¿Pudo moverse?

3.ª ¿Pudo hablar?

El señor fiscal.—Ese ha sido el propósito de la acusación al hacer sus preguntas, con el fin de esclarecer la verdad.

Presidente.—Puede usted preguntar concretando.

Fiscal.—Así lo he hecho, señor presidente

Presidente.—Bien, bien; cuanto sea posible.

* * *

El señor fiscal (á los peritos de las defensas).—¿Pueden los peritos describir los síntomas propios de la conmoción cerebral y medular?

El señor Agüero.—Pido la palabra.

El señor presidente.—Está el señor fiscal en el uso de ella.

Señor Agüero.—Es por un motivo del momento y necesario para que en estas preguntas se siga la costumbre de siempre. Creo, señor, que se debe preguntar á todos á una y que vayan contestando afirmativa ó negativamente, puesto que todos son peritos. La forma que se está siguiendo creo que es expuesta á grandes errores y contraria al esclarecimiento de la verdad.

Presidente: Ese deber es propio de la presidencia, pero no se puede interrumpir al señor fiscal, que tiene la palabra.

Agüero.—Pues conste mi protesta.

Presidente (al señor secretario).—Consígnese.

Fiscal.—Repito mi pregunta. ¿Pueden describir los señores peritos de la defensa los síntomas propios de la conmoción cerebral y medular?

El señor Pelayo.—Los síntomas de la conmoción cerebral son varios desde el aturdimiento ligero hasta perder completamente el conocimiento y la vida. Los de la conmoción medular casi siempre son pasajeros, desde el aturdimiento nervioso hasta la parálisis completa.

Fiscal.—¿Hay lesión apreciable en la autopsia cuando la muerte es por conmoción?

Pelayo.—Generalmente, no; pero la conmoción puede producirse por la causa traumática en el individuo.

Fiscal.—¿La muerte de Maza fué por conmoción?

Pelayo.—No lo creo así, porque las heridas y las condiciones de ellas, así como el resultado de la autopsia, no parecen comprobarlo. (Se extiende en largas consideraciones en apoyo de su opinión.)

El señor Santa Marina.—La conmoción no es más que la compresión general é instantánea, y los accidentes á ella consecutivos están subordinados á la intensidad del traumatismo y punto lesionado. En el momento del golpe, el cuerpo que sufre el choque se aplana en el punto de compresión y se prolonga en el lado opuesto, dando lugar á oscilaciones que se repiten con la celeridad del relámpago, hasta que la fuerza se extingue y sobreviene el reposo; dato que puede comprobarse en un cerebro de ictiocola.

En tal concepto, teniendo presente que el choque del proyectil se verificó sobre la apófisis espinosa del áxis, y que la fuerza viva del mismo, dado el peso del trozo central de ocho gramos y la velocidad de 250 metros por segundo á su salida del arma, es

aproximadamente de 500 kilogrametros, la conmocion debió ser intensa é inmediata en todo el eje cerebro-espinal, y más graduada en el bulbo raquídeo, órgano encargado de presidir la funcion de la respiracion; sobreviniendo la vibracion de toda la columna y cavidad craneana, á la manera como se verifica en las caidas sobre los talones ó el sacro. La muerte fué, pues, consecuencia de la conmocion del eje cerebro espinal, y provocada por el choque del proyectil.

Fiscal.—¿En qué consiste la diferencia de las heridas causadas en vida de las causadas en muerte?

El señor Zorrilla.—Las lesiones en vida y las producidas en el cadáver se diferencian en la hemorragia, que es más abundante en el primer caso y puede ser nula en el segundo.

Acusador privado.—(á los peritos que hicieron la autopsia y á los presentados por el fiscal).—¿Todas ó algunas de las heridas eran mortales?

Sotorrío.—No fueron mortales por esencia. Juntamente produjeron la muerte, pero cada una de por sí no se puede precisar el tiempo que tardarian en producirla.

Acusador.—Pregunto si alguna herida era mortal.

Sotorrío.—Hay mortal por esencia y *ut plurimum*.

Acusador.—¿No hay lesiones que producen la muerte por ser mortales por esencia?

Sotorrío.—Sí.

Acusador.—¿No las habia en Maza?

Sotorrío.—No las considero yo así.

Acusador.—Pido que se lea el informe del perito donde dijo que eran mortales por esencia.

Sotorrío.—Así dice el informe, en efecto, pero es refiriéndose á las heridas colectivamente. Ahora hablo de cada una de ellas en particular.

Acusador.—Léase el primer informe donde se hacen constar esas manifestaciones.

Se lee y á continuacion pregunta el acusador privado:

—¿Los demás peritos están conformes?

Señor Diaz.—Estamos conformes en que todas juntas son mortales por esencia, pero no podemos precisar que lo sean cada una de por sí. (En apoyo de esta tesis, pronuncia una brillantísima disertacion en la que revela superiores conocimientos anatómicos y fisiológicos.)

El señor Santa Marina, discrepando del anterior en algunos

puntos, dice que admitiendo que el herido experimentara alguna reaccion, no cree que pudiera articular más que palabras incompletas, si es que habló algo.

Califica la herida en la nuca como mortal de necesidad. Las del pecho no, porque hay muchos casos en que los heridos en esta region sobreviven al accidente. La del parietal la califica de grave.

El señor Diaz no está conforme con la opinion del señor Santa Marina. Cree que Maza, despues de ser herido, pudo conservar las funciones de la vida orgánica experimentar la reaccion que le hizo recobrar la vida de relacion y hablar, por lo tanto.

Acusador privado (al señor Sotorrío).—Las heridas que recibió Maza, le fueron ocasionadas por delante ó por detrás?

Sotorrío.—A mi juicio por detrás, pues así lo determinaba la forma de los agujeros de entrada y de salida.

Acusador.—Los demás peritos de la acusacion, ¿están conformes en que fueron por detrás ó por delante?

Diaz.—En que fueron por detrás estando de espalda el interfecto

Acusador.—Dada la conmocion, ¿pudo articular alguna palabra el herido?

Señor Centeno.—En el momento de la conmocion, no. Despues pudo venir la reaccion en el segundo ó tercer período, y hablar.

El señor Santa Marina.—Debemos distinguir, para contestar este preguntado, la voz, de la palabra.

La voz es el sonido producido por el aire al atravesar este la laringe. La palabra es la voz articulada. Así que, teniendo en cuenta la conmocion de los lóbulos cerebrales anteriores, ocasionó falta de ideacion; la del bulbo y cuerpo estriado falta de trasmision, y la del aparato motor falta de ejecucion, debemos concluir que el herido no habló, produciéndose tan solo sonidos inarticulados.

Acusador.—¿Qué tiempo pudo estar bajo la influencia de la conmocion?

Señor Diaz.—Pudo ser breve ó larga.

Acusador.—La acusacion quiere saber, dada la conmocion, el derramamiento de sangre y la falta de auxilios, cuál seria el estado del herido en las dos ó tres primeras horas.

Santa Marina.—No era posible que la inteligencia estuviera en condiciones de coordinar ideas.

Acusador.—¿Cuántos fueron los disparos?

Santa Marina.—Debió ser uno solo con proyectil aglomerado, el cual produjo todas las heridas.

Acusador.—¿Están conformes los demás peritos?

Señor Diaz.—Lo más probable es que no sufriera más que un disparo, pero tambien pudieron ser dos ó más.

Santa Marina.—No tengo inconveniente en admitir eso tambien.

Acusador.—¿Pudo el herido ejecutar algun movimiento de progresion?

Señor Diaz.—Ya se ha dicho que pudo quedar en vida orgánica y recobrar luego la de relacion.

Acusador.—¿Pudo ejecutar algun movimiento?

Señor Diaz.—La hemorragia puede contenerse por sí misma, y mucho más en las heridas de arma de fuego. Aquí hubo hemorragia durante la vida, deduciéndose de aquí tambien que el herido no murió instantáneamente. Lo que es difícil de resolver es que anduviera, por la debilidad de la pérdida de la sangre y por la conmocion que sufrió, pero hablar, sí.



El señor Cárabes:—Esta defensa, deseando apartar del informe facultativo todas aquellas cuestiones que solo tienen interés académico, va á presentar á la decision de los peritos los temas á que su informe ha de concretarse, reproduciendo casi los mismos que han servido para su interrogatorio á la acusacion privada. En su virtud, la primera pregunta ó tema que la defensa somete al informe pericial, es la siguiente:

Las heridas ó lesiones que se describen en la diligencia de autopsia, ¿son mortales por esencia aislada ó colectivamente? Ruego á los peritos se sirvan informar al tribunal acerca de este primer punto.

El señor don Juan Zorrilla.—Yo puedo afirmar de una manera terminante, que ninguna de las heridas que se describen en la diligencia de la autopsia es mortal de necesidad, y dicho se está que no siéndolo aisladamente, tampoco en conjunto pueden serlo.

Para sostener esta tesis me ocuparé de todas las heridas, comenzando por la de la cabeza, en donde el interfecto presentaba una de cuatro ó cinco centímetros de longitud por un centimetro de anchura, interesando los tejidos blandos.

Se dice que esta herida fué producida por un cuerpo contun-

dente; si por cuerpo contundente se entiende un proyectil impulsado por un arma de fuego, desde luego estoy conforme con la calificación de la herida; mas si se quiere que por heridas contusas entendamos, como generalmente se entiende, exclusivamente aquellas que han sido practicadas con cuerpos conocidos bajo la denominación de contundentes, como son, piedras, palos ú otros de análoga naturaleza, entonces el calificativo no estaria propiamente aplicado, pues creo firmemente que la herida se produjo por el proyectil de un arma de fuego.

Hay heridas de seccion tan lisa, aun no siendo incisas, que se confunden con estas, de tal modo, que es preciso recurrir al exámen microscópico para determinar con qué cuerpo fueron causadas. Aquí no sucede eso; los bordes de la herida se presentan de tal manera dislacerados, y desgarrados los tejidos en el trayecto recorrido por el proyectil, que no hay lugar á vacilaciones, y se puede afirmar, sin sombra de duda, que la herida fué causada por un proyectil de arma de fuego. Si esta consideracion no fuese suficiente para demostrarlo, hay otro medio de comprobacion que corroborará mi tesis: la gorra del herido, que no he visto aun, y deseo examinar.

(El señor Cárabes ruega que se ponga tal pieza de conviccion á disposicion del señor Zorrilla, y este, despues de examinarla, prosigue su discurso.)

En esta gorra, manchada de sangre, se encuentran dos roturas situadas en dos puntos opuestos. Puede considerarse esta gorra como una circunstancia que presenta, en la recta descrita del uno al otro agujero, el arco recorrido por un proyectil, presentando tambien todos los indicios que señalan el paso de un proyectil al través de las ropas de paño. Claramente se deduce, por lo tanto, y esto viene á corroborar mi juicio, que la herida fué causada por un proyectil de arma de fuego, que siendo tangente el cráneo é interesando solo las partes blandas sin producir lesion alguna del periosteo, no pudo dar lugar á congestiones cerebrales.

La razon es obvia: las conmociones cerebrales solo pueden verificarse, cuando un cuerpo en movimiento imprime vibraciones de mayor ó menor intensidad al órgano que sufre el choque. En el caso que nos ocupa, un proyectil lanzado por arma de fuego, hiere tangencialmente el cráneo en la region parietal: el hueso no ha sufrido lesion; cuando más, le ha rozado ligeramente; las láminas huesosas no han podido experimentar vibraciones que

trasmítan á su vez á la masa encefálica; no pudo haber, por consiguiente, conmocion de los centros nerviosos.

Por otra parte, la conmocion no está en relacion con la velocidad del cuerpo que contunde, sino más bien en razon de la masa y del volúmen de ese mismo cuerpo.

Ejemplo práctico: lanzada una pelota en un cristal, este se parte en mil pedazos, queda pulverizado; ha habido, pues, gran conmocion; lanzado un proyectil sobre el cristal le perfora, no hace más que atravesarle abriendo un agujero igual á su propio diámetro. No ha habido vibracion; no ha habido, por consiguiente, conmocion. Lo que sucede con el cristal es de aplicacion exacta al cráneo; por consiguiente, si los huesos del cráneo no han experimentado vibraciones, la masa encefálica no ha podido sufrir gran conmocion.

La herida del cuello, á la que tanta importancia se ha dado, no tiene ninguna; se la considera mortal, y yo ni grave la considero. Para probar mi afirmacion no he de partir de una hipótesis, como parten los peritos de la acusacion, sino de hechos ciertos, de los datos que nos suministra la diligencia de autopsia que obra en el proceso. Se dice que un proyectil habia atravesado las partes blandas, llegando á la apófisis espinosa de la segunda vértebra cervical ó áxis, sin que en ella se notase signo alguno de contusion, y que el proyectil al llegar allí habia perdido la mayor parte del movimiento en su trayecto; pero aun admitida la hipótesis de que el proyectil al chocar en la apófisis espinosa de la segunda vértebra cervical, conservase aun una parte del movimiento adquirido, este movimiento, esta accion dinámica no afectaria inmediata y directamente á la médula espinal, sino que al descomponerse en los arcos posteriores de la vértebra citada, iria á ejercer su accion utilizable en las masas laterales y cuerpo de la vértebra.

Lo único que podria haber sucedido es que hubiese cambiado momentáneamente la forma del estuche medular, disminuyendo su diámetro antero-posterior. La médula espinal, suspendida en dicho estuche medular á expensas de los ligamentos dentados, protegida por las meninges espinales y paquetes basculares que en estas existen, y tambien por el líquido encéfalo raquidiano, la médula espinal, repito, no podria haber sido afectada de conmocion, siendo consecuencia necesaria que la pérdida del conocimiento, si es que la produjo, y la pérdida de movimiento hayan sido instantáneas, volviendo luego la vida orgánica y de relacion.

Se ha citado aquí un ejemplo de descabellamiento, y voy yo á citar otro ejemplo que es tambien de esa especie. Se matan á veces novillos por lo que se llama chispa eléctrica. Consiste esto en la aplicacion de un petardo á la nuca del animal. Cuando el petardo estalla en la nuca de un novillo, el animal cae al suelo instantáneamente como herido del rayo; pero de esta muerte aparente se reconstituye bien pronto, y si el cachetero no acude en seguida á matarle con la puntilla, se levanta tan potente y con tanta energía y vigor como tuviera momentos antes.

Tratándose, por consiguiente, de una conmocion ligera como la que pudo producir el proyectil, no pudo la médula espinal ser conmovida, y el interfecto Maza necesariamente debió recobrar la vida de relacion en un corto período de tiempo, á los pocos momentos.

Por eso yo, no solamente no considero esa herida mortal, sino que ni siquiera la considero grave, y sí creo que de ella pudiera haberse curado en más ó ménos tiempo, puesto que no tenia importancia vital.

Se cita tambien en la diligencia de autopsia una fuerte congestion que existiera en el lóbulo posterior izquierdo del cerebro y el cerebelo, considerándola como causada por la conmocion cerebral.

Las congestiones producidas por la conmocion afectan forma distinta, se difunden y extienden por la periferia cerebral, afectan la sustancia cortical del cerebro.

Por el contrario, cuando observamos una congestion circunscrita, limitada á un punto de un órgano parenquimatoso cualquiera y esta observacion se hace trascurrido un tiempo largo desde la muerte, entonces puede asegurarse que estos fenómenos de congestion, más bien que fenómenos activos, son fenómenos pasivos, son verdaderos fenómenos de imbibicion cadavérica, no son causa determinante de muerte, son efectos de esta.

Respecto de la herida que recibió en el pecho el interfecto de que se trata pudo ser mortal por hemorragia; pero con el trascurso de tiempo. Por lo demás -y esto lo sabrá mejor que yo el médico militar—heridas del pecho que han atravesado el pulmon, no solamente no son mortales de necesidad, sino que curan completamente. Y habiendo probabilidades de curacion, ¿cómo vamos á admitir que esa herida fuese mortal por esencia? No puede ser.

Ahora bien; en vista de la hemorragia, ¿puede precisarse el tiempo que viviera Maza?

Esto depende de la mayor ó menor cantidad de sangre vertida en la unidad de tiempo. De aquí la imposibilidad de determinar el período de tiempo que vivió Juan de la Maza; pudo vivir durante una hora, como pudo vivir durante dos y durante diez.

La direccion de las heridas parece que nos hace sospechar que los vasos lesionados no eran de gran importancia ó de tanta al menos que la hemorragia haya sido muy rápida; y dedúcese de esto que el período de tiempo que sobrevivió Maza debió ser de larga duracion, por más que no sea fácil precisarle.

Dicho se está que si no doy á las heridas que se consideraban mortales la importancia necesaria para que causaran una muerte inmediata ó rápida, creo que el interfecto conservó el conocimiento, los fenómenos de la vida, que ejecutó movimientos y pronunció, no solo monosílabos, sino tambien palabras completas é inteligibles, puesto que donde hay articulacion de monosílabos hay movimiento de pronunciacion, y tanto pueden pronunciarse palabras como monosílabos.

Se dice que pudo pronunciar algun sonido automático, por aspiracion; pero un sonido inarticulado no es un monosílabo; un sonido inarticulado puede ser un grito, y un grito le produce á veces un cadáver por la salida de gases, producto de la descomposicion cadavérica.

El señor Cárabes.—¿Están conformes los demás peritos con las conclusiones que acaba de establecer el Sr. Zorrilla?

(Todos los peritos médicos, á excepcion del señor Santamarina, manifiestan su conformidad.)

Cárabes.—¿Entienden los peritos de las defensas que las heridas del interfecto fueron por uno ó por más disparos?

El Sr. Zorrilla.—Creo que proceden de un solo disparo, induciéndome á afirmarlo así el paralelismo que se observa en ellas, y que solo se explica de ese modo; porque aunque no es imposible que se observe el paralelismo en heridas producidas por distintos disparos, no es razonable creer, es casi imposible que despues del primer disparo, y en los sucesivos, guarden la misma relacion el agresor y el agredido.

Cárabes.—¿Están conformes los peritos con esta nueva explicacion?

Los peritos.—Conformes.

Cárabes.—Segun los datos sobre que viene versando este informe, ¿entienden los peritos que las heridas fueron inferidas por delante ó por detrás?

El Sr. Zorrilla. — Por detrás; no se concibe que fuesen inferidas por delante.

*
* *

El Sr. Agüero. — Las defensas pretenden que se consignen en el acta las conclusiones formuladas por el señor Zorrilla y aceptadas por los demás peritos, así como también las contestaciones que han dado á las últimas preguntas.

El señor presidente. — Consígnese

El Sr. Agüero. — Ruego á los señores peritos que examinen las ropas del finado Maza, especialmente la almillá, el chaleco y la camisa, y que despues de hacer ese exámen, tengan la bondad de decirme si existe alguna obicuidad en la herida del pecho, y si por esa obicuidad pueden determinar la oposicion de los puntos.

El señor Zorrilla. — Es difícil precisar lo que desea la defensa si no se visten en un molde ó en un maniquí esas ropas, ó si no se las pone un persona.

D. Florentino Diaz. — Respecto á la posicion del herido parece que ha debido ser colocado hácia la izquierda del que disparara.

El señor Zorrilla. — Por el exámen del chaleco podria presumirse que la herida seguia una direccion oblicua, hácia adelante y hácia afuera, saliendo el proyectil al nivel de la tetilla.

El señor presidente. — ¿Están conformes todos los facultativos con esas apreciaciones?

Los peritos. — Sí, señor.

El señor Agüero. — Disparando á dos ó tres pasos con arma larga y proyectil conglomerado, ¿es posible que penetre una sola partícula de ese proyectil y no los demás?

Varios peritos. — A los dos ó tres pasos no se separan los proyectiles y hubieran penetrado todos.

El señor Agüero. — Si los disparos se hubiesen hecho á esa distancia de dos ó tres pasos, con arma larga y proyectil conglomerado, los agujeros en el pecho ó en cualquiera otra parte ¿hubieran tenido las dimensiones que marca la autopsia, ú otras muchísimo mayores?

Zorrilla. — Mayores.

Agüero. — ¿Creen los peritos que hecho el disparo á esa distancia de dos ó tres pasos con arma larga, y teniendo en cuenta lo que avanza el cañon, no quedarian en las ropas señales inequívocas del fognazo?

El señor Diaz.—Necesariamente; hasta los tacos podrian haber penetrado en las heridas.

Agüero.—¿Es posible hacer disparos con proyectil conglomerado y arma del sistema antiguo?

Diaz.—Pueden hacerse si se adoptan las cápsulas; pero no de hacerse si no se carga el arma por la recámara.

Agüero.—El derrame de sangre en uno de los pulmones, ¿suspende las funciones del otro?

Diaz.—No, señor; las dificulta, pero no las suspende.

Cárabes.—Antes de que se retiren los señores peritos, rogamos las defensas que la sala se sirva acordar que se indiquen desde luego al señor secretario las mismas conclusiones aceptadas, en la manera más compendiada; y por que no se detengan los señores médicos, rogariamos que desde luego ellos mismos se encarguen de hacerlo.

Presidente.—Ya se acordará sobre eso. Se suspende la sesion por diez minutos.

* * *

Se abre nuevamente á las tres y penetran en la sala los peritos médicos.

El señor presidente:—Pueden ustedes retirarse.

Cárabes.—Habia suplicado á la presidencia que...

Presidente.—El señor secretario formulará las conclusiones

El señor Diaz.—Quisiera saber, señor presidente, si puedo ya regresar á Vitoria, de donde he venido á servir de perito en esta causa.

Presidente.—Puede usted marcharse cuando guste.

Prueba pericial de los arméros.

Se lee el informe de los mismos que consta en autos.

El señor fiscal.—¿En qué clase de armas pueden dispararse los proyectiles aglomerados?

Peritos.—En las de *Ibarra* y *Lefauchaux*.

Fiscal.—Cuando alguna arma presenta señales rojizas, puede precisarse la fecha en que ha sido lavada?

P.—No es fácil apreciarlo.

F.—Al examinar un arma que no ha sido disparada el mismo día ni el anterior, ¿creen fácil los peritos precisar la fecha del disparo?

P.—No es fácil.

F.—Cuando un fusil no ha sido disparado recientemente, ¿presenta señales que lo acrediten?

P.—Sí.

F.—El humo de un disparo, ¿se puede ver cuando sube á una altura de setenta ó noventa metros en una noche clara de verano?

P.—A esa altura, no.

F.—¿El humo puede elevarse cuando, por motivo de lluvia, hay humedad en la atmósfera?

P.—Algo.

F.—¿Los experimentos hechos, dan igual resultado en primavera cuando hay lluvias, que en verano?

P.—No, señor.

* *

Acusador privado.—Qué calibre tiene la escopeta de *Lefaucheux*?

P.—16 milímetros.

A.—Deseo que se pongan á la vista de los peritos los proyectiles que se extrajeron del cadáver.

(Los peritos los examinan)

A.—¿Qué calibre es el de esos proyectiles?

P.—Son irregulares.

A.—¿Coinciden con el calibre de la escopeta?

P.—Sí, todos en conjunto forman un diámetro de 14 ó 15

A.—¿Pueden usarse en escopeta?

P.—Sí.

* *

Señor Cárabes —¿Si el día de primavera en que se hace el ensayo no llueve, puede elevarse y distinguirse el humo?

P.—Si el día está claro, si no hay nada que lo dificulte, se eleva lo mismo. Si en este día de primavera está la atmósfera cargada, entonces varía.

C.—De modo que no depende de la estación, sino de las circunstancias del día?

P.—Eso es.

* *

Señor Colongues.—¿Pudo dispararse el proyectil aglomerado con otra arma del mismo calibre que esa?

P.—Sí, señor.

Señor Agüero. — ¿A qué altura puede elevarse el humo?

P. — Con pólvora ordinaria, en día claro y sereno, lo más de 25 á 30 metros, pero á esa altura se percibe poco.

A. — ¿Cómo es más fácil percibir el humo? ¿De día claro ó de noche con luna?

P. — No cuando está muy claro, sino cuando está en un término medio. Por ejemplo, al anochecer.

A. — ¿Se percibe mejor á la caída de la tarde cuando no hay sol radiante ni luna clara?

P. — Sí, señor.

A. — He terminado.

P. — Señor presidente, ¿tenemos algun derecho á.....

Presidente. — Se acordará por la Sala.

Prueba pericial de los sastres

Comparecen los señores don Armando Diaz Valentin y don Marcelo Aguirre.

Un uger anuncia al tribunal que no han comparecido los de Santoña.

En vista de esto renuncia á la prueba el señor fiscal y los defensores.

Reconocimiento de letra

Es llamado el testigo don Simon R. Perez y el señor secretario le exhibe tres cartas que constan en los autos firmadas por él y otro documento que no lleva su firma.

Las cartas son dos dirigidas á don José Ruiz Gomez y una á don Cosme Acebo

El testigo reconoce como suyas las tres firmadas y dice que el otro documento no lo puede reconocer porque no está firmado.

Señor Agüero. — La defensa tiene bastante con que reconozca uno.

Presidente. — Ha reconocido tres. (Al testigo.) — Puede usted retirarse.

Prueba pericial caligráfica

Se presentan los profesores don Eugenio Delgado y don Víctor Setien.

El señor presidente.—Que reconozcan los peritos la letra de esos tres documentos, cotejándola con la de los anónimos, y emitan su dictámen. (Los peritos examinan durante largo tiempo los documentos.)

Presidente.—¿Los han reconocido ustedes?

El señor Delgado.—Sí, señor.

P.—Ustedes dirán.

El señor Delgado.—Hay semejanzas tales entre la letra de las cartas y las de los anónimos que, desde luego, podemos decir que todos los documentos están trazados por una misma mano.

P.—Pueden ustedes retirarse.

Prueba documental de la defensa de Pozas

A petición del señor Cárabes, se leen la declaraciones de los siguientes testigos que no han querido comparecer:

Matías Maza (fólio 539).—Dijo que el 22 de Julio, sobre las once á once y media de la noche, hallándose el testigo en su casa de Irias, vió pasar hácia las suyas respectivas al Mantequero y Tomás Higuera, que iban hablando, aunque no se enteró de lo que decían.

Catalina Perez.—(Fólio 579).—Dijo que la noche del 22 de Julio se ocupó en arreglar la ropa de su marido, y al bajar, á eso de las once y media, á cerrar la puerta, vió pasar por delante de su casa de Irias al Mantequero y á Tomás Higuera que se dirigían á las suyas.

Josefa Acebo; madre del Mantequero, (fólio 54).—Dijo que á las nueve de la noche del 22 estuvo en su casa Juan Maza á buscar á su hijo José (a) el Mantequero, que no estaba ni vino hasta pasadas las once, y que al día siguiente ó dos días cogió este la licencia y se marchó sin decir á dónde.

Manuel Higuera.—(Fólio 79).—Dijo que el 15 de Agosto vió cómo Tomás Higuera llamó aparte, en el Campo de la Iglesia, á Eusebio Higuera y hablaron sin que se sepa de qué.

..

Terminada la lectura documental, el señor presidente declaró conclusa la prueba, suspendiendo la vista hasta el día 9, á las doce de la mañana, en que el señor fiscal comienza su discurso de acusación.

Sesion duodécima, del 9 de Setiembre de 1884.

ACUSACION FISCAL

El señor fiscal dió lectura del siguiente escrito, que modifica las conclusiones del anterior.

El fiscal de S. M., en la causa contra Aurelio Pozas Gomez y consortes, sobre asesinato de Juan de la Maza Samperio, haciendo uso del derecho que le confiere el artículo 732 de la ley de Enjuiciamiento criminal, modifica la 3.^a, 4.^a y 5.^a de sus conclusiones provisionales en la forma siguiente:

3.^a Del resultado del juicio oral aparece como único autor del delito que se persigue el ex-alcalde Aurelio Pozas Gomez. Son cómplices los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, y encubridor Bráulio Mier Maza.

4.^a No aparece justificada la existencia de la circunstancia agravante 7.^a del artículo 10, y sostiene en las demás su conclusion provisional del anterior escrito.

5.^a La pena que debe imponerse á los procesados en consideracion á la participacion con las agravantes precitadas y no resultando ninguna atenuante, debe ser la de *muerte* á Aurelio Pozas Gomez; la de *17 años cuatro meses* de cadena temporal con las accesorias del art. 57 del Código penal á los guardias Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal; y la de *10 años* de presidio mayor con las accesorias correspondientes del artículo 58 á Bráulio Mier Maza.

La Sala se ha de servir haber por hechas las anteriores modificaciones de las *conclusiones provisionales* á los efectos oportunos.

Santander 9 de Setiembre de 1884.—Dr. Juan Lopez Serrano. Acto seguido emitió el siguiente informe:

El fiscal de S. M., en la causa criminal contra el Alcalde constitucional de Miera (Santoña), don Aurelio Pozas Gomez, los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo, Sebastian Gonzalez Uzal, y el Juez municipal electo D. Bráulio Mier, procesados como presuntos reos del delito de asesinato consumado en la persona de Juan de la Maza Samperio, vecino que fué de Miera, con la pretension de que la Sala se ha de servir fallar este proceso conforme á la peticion concreta que expresará al terminar su acusacion oral.

Comparezco hoy ante este augusto recinto de la justicia en cumplimiento de un penoso deber. ¡Solemne momento es el presente! Veo delante de mis ojos una balanza: á un lado la vida; á otro la muerte de uno de los procesados: á un lado la libertad; á otro la esclavitud de la pena; hoy, como otras veces, en las que experimenté la inmensa amargura de pedir la pena de muerte, se apodera de mí un terror invencible, un profundo sentimiento que me conmueve, pero procuraré acallar mi corazón!! al intentar cumplir con un inexorable deber, muy superior á mis escasas fuerzas é inteligencia, confío en la siempre ilustrada benevolencia del tribunal. Acudo á este debate ó juicio oral, como siempre, exento de toda pasión y con la frialdad glacial de la ley penal infringida; vengo á sostener la defensa de la sociedad ultrajada, procurando por mi parte inspirarme en el elocuentísimo ejemplo legado por Mr. D'Aguesseau, Lord Brongham, Condes de Campomanes y Floridablanca, Corzo, Pacheco, Laserna, Gil Osorio y otros dignísimos jurisconsultos, funcionarios del Ministerio fiscal que me han precedido en el árido desierto de la vida; eminentes y distinguidos apóstoles de la verdad, que no tienen en el mundo más que dos destinos: el triunfo y el martirio; verdad que al ser mi égida la miro y contemplo á los ojos de la razón como una deidad vestida de radioso manto, que entre lauros y cantares provoca á mi alma á saciar su sed en el fecundísimo manantial de la sabiduría, ó como una verdadera hostia inmaculada digna de ser ofrecida ante el altar de la justicia.

Vengo á sostener la acusación pública contra cuatro seres desgraciados; á ejercer una magistratura emanada del orden judicial; á pedir la imposición de penas aflictivas que la ley determina aplicables á los procesados que la justicia humana tiene ahí enfrente confusos y palpitantes. Vengo á convencer, no á conmover; á hablar á la razón, no al corazón; por lo cual no espere el Tribunal que mis labios pronuncien un discurso afiligranado de belleza retórica; pero confíe, que tampoco emplearé la falacia ni el sofisma, pues siempre fui enemigo de los que dieron la cicuta á Sócrates; de los *sofistas* que condujeron á su patria, á los funestos campos de Queronea, ancho sepulcro de su gloria; de los *sofistas*, que barbarizaron la Francia cubriendo su frente con un velo fúnebre; de los *sofistas*, que no conciben la libertad sin la anarquía, el poder sin el despotismo. No; el fiscal de S. M., hoy, como siempre, procurará inspirarse en la ciencia pura, con rela-

cion al Derecho, y fija constantemente su atencion en los fólíos del voluminoso proceso que nos ocupa y en los hechos probados, aspira cumplir con el precepto que establece el artículo 734 de la ley de Enjuiciamiento criminal.

Existe en esta Provincia de Santander y á 6 leguas de la capital cerca del puerto de Lunedo y á la margen de un río el pueblecito titulado *Miera*, y en el profundo seno de elevadas montañas se encuentran el Campo de la Iglesia parroquial, la Fuente Sagrada, el Cementerio y la ermita de San Roque. Cuando por razon de este proceso tuve que visitar *Miera* y sus contornos en el mes de Agosto del año anterior, recordé que si el Oriente es un palacio, Francia un castillo, Italia un jardín, nuestra España en muchas de sus comarcas es un convento con sus claústros derruidos. *Miera* tiene ese tipo que caracteriza á Yuste, Miraflores, Monserrat, Escorial, Las Caldas, Poblet, Guisando..., *Miera*, en el punto donde se consumó el asesinato de Juan de la Maza Samperio, es uno de los sitios en los que parece imposible pueda anidarse el génio del mal, pues el viajero que lo visita y recorre el campizo de la *Iglesia* y *Fuente Sagrada* no puede menos de hallarse absorto y lleno de un santo recogimiento, de una verdadera inspiracion cristiana. *Miera*, con aquellos inmensos granitos de piedra separados en piezas, y cual otro Biarreo, en cada peña solitaria, en cada gruta vemos una página, un recuerdo de aquel día en el que se oscureció el sol, brillaron las estrellas en el firmamento, estremeciése la tierra, rajáronse los peñascos, salieron los muertos de las sepulturas, ¡y estremecidos bajo los pliegues de sus sudarios interrogaron al espacio con sus ojos sin pupila.

Miera es el punto designado por la fatalidad en la noche del 22 de Julio de 1883 para la consumacion de un horrendo y sangriento crimen. El crimen consumado en *Miera* formará página en la historia de los sucesos desagradables acaecidos en la provincia de Santander al agonizar el siglo XIX; su recuerdo conmoverá siempre á los hijos del valle; el suceso de autos, que se inicia por un idilio y termina por un canto fúnebre, es verdaderamente un crimen que sale de la esfera de lo vulgar logrando el triste privilegio de una funesta celebridad.

Es la tarde del domingo 22 de Julio de 1883, y los vecinos de *Miera* se hallan entregados al esparcimiento propio y natural del día festivo; el jóven Juan de la Maza Samperio con otros pasa el rato, unas veces en la casa establecimiento de Manuel La-

vin, otras jugando á los bolos con Alfonso Cárcoba Higuera, Juan Lopez Lavin, Pablo Lastra. José Acebo Ruíz; despues se marcha al baile teniendo de compañera á Encarnacion Gomez Higuera, y al retirarse á las nueve y media de la noche entra por segunda vez en el establecimiento de Manuel Lavin, y dirigiéndose al encargado ó dependiente Manuel Acebo, le interroga en tono de broma: *¿no es hora de cerrar ya?* lo cual verifica Acebo marchándose Juan Maza Samperio. Mientras tanto en aquella misma tarde el guardia municipal Daniel Gomez Higuera fué portador de una comunicacion oficial dirigida por el alcalde don Aurelio Pozas para el jefe del puesto de la guardia civil en Liérganes (oficio cuyo original obra en la pieza relativa á las diligencias practicadas por el fiscal militar), y en el que reclamaba para aquella noche mandara en su auxilio una pareja de la guardia civil que necesitaba para hacer respetar los bandos de buen gobierno dados por la alcaldía y ver si podia sorprender á alguno de los que casi todas las noches turban el reposo del vecindario con gritos, canciones y disparos frecuentes de armas de fuego.

El cabo segundo Martiniano Chaperó determinó que la pareja compuesta de los individuos Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal saliera, como lo efectuó, de seis y media á siete de la tarde, marchando tambien para *Miera* el guardia municipal Daniel Gomez Higuera, portador del oficio y órdenes reservadas. Juntos los tres llegaron á las nueve de la noche á la cuesta de la Hoz, que es la subida que da acceso al pueblo de Miera, en donde se quedan los guardias civiles con el objeto de penetrar en la aldea más sigilosamente, segun las instrucciones reservadas que tenian recibidas, marchando el guardia municipal Daniel Gomez á su casa, á la que llegó á las nueve y media.

Se aproxima la hora en la que deben los infractores de los bandos publicados por el alcalde para tranquilizar al vecindario de *Miera* expiar su loco proceder; pronto el alcalde Pozas con los guardias civiles Ledo y Uzal, acompañados de Bráulio Mier y de algunas otras personas, van á patrullar por los diferentes barrios del pueblo; todo está convenientemente preparado; Daniel Gomez Higuera cumplió las órdenes que le dió el procesado Pozas; nadie se ha apercibido de la salida de los guardias de Liérganes, ni de su llegada á *Miera*.

Van á dar las diez; ya jóvenes y aldeanas se alejaron del baile; todo el vecindario de *Miera* parece haberse recogido; sin embargo, no todos duermen. Ya es la hora en la cual se desva-

nece el bullicio del mundo por el silencio de la soledad; hora en la que mil dulces recuerdos vienen á halagar nuestra vida y parece pasar de la region de las inquietudes á la morada feliz del descanso; hora en la que renacen los recuerdos interesantes que llevan consigo la magia de un melancólico enternecimiento, y el alma como absorta hace desfilar una tras otra las suavisimas ilusiones.

La noche del 22 de Julio es suave y serena como la respiracion de un niño y clara como un cristal.

Suenan las diez en el reloj de la iglesia parroquial de *Miera*, y sus ecos pasan resbalando por las hojas de los árboles del cementerio, y van á espirar en las encrespadas grietas de las montañas; la luna envuelta en majestuoso y afligranado manto de nubes, vela y guarda el sueño de los hombres desde su trono azul purísimo, como la jóven madre guarda el sueño de su hijo, fija en él la mirada de su interés y de su ternura.

De pronto se percibe una armonía ruda producida por los ladridos de los perros de Anastasia Higuera, Domingo Gomez Maza, Antonia Perez Mier; ahullan muchísimo y se revuelven sobrexcitados al sentir los fuertes pasos de personas calzadas con botas ó zapatos claveteados que se perciben claramente y en direccion á la iglesia. Un grupo de cinco ó seis personas se divisa en la calleja de Pereda; sombras misteriosas que cruzan sin querer ser vistas van acercándose; ya sus contornos se destacan, y á pesar de la tibia luz no falta quien claramente conozca al Alcalde Pozas, Bráulio Mier, Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, conduciendo preso y maniatado á Juan de la Maza Samperio hácia la iglesia.

No todos duermen en aquella hora; todavía algunas personas, al irse retirando, ó cruzar por el centro de *Miera*, se aperciben que el jóven Juan de la Maza Samperio, sorprendido á las diez y cuarto por la ronda, es hecho prisionero; y con las manos esposadas, y sin que nada se le conteste á la pregunta *¿por qué me llevan ustedes preso?* es conducido como tal por cinco ó seis personas armadas de escopetas y carabinas.

Siéntense varios disparos de arma de fuego, que alarman y despiertan á varios convecinos, y, entre otros, á Domingo Ortiz Cobo, Agustina Gomez y Gomez, Encarnacion Gomez Higuera, Catalina Lavin Perez, Esperanza Cárcoba Lavin, Víctor Gomez Higuera, Manuela Gomez Perez, Agustina Perez Lastra, Facundo Acebo, Cándida Mier Perez, Leoncio Higuera, Elias

Gomez Acebo, José Higuera, Cristóbal Samperio, Antonia Samperio Lastra, Marcos Gomez Ruiz, Emilia Higuera y otros muchos más.

Son ya las once, y los disparos van cesando; *Miera* recobra por el momento cierta aparente tranquilidad, y el preso Maza continúa custodiado por los guardias, el Alcalde Pozas y Bráulio Mier, siendo conducido nuevamente desde el Campizo de la Iglesia hacia la casa de Bráulio Mier, en donde, según se deduce de la manifestación de algunos testigos, se le encierra hasta las dos y media de la mañana, abriendo la puerta Balbina, mujer de Bráulio.

Ya no se ven por el momento los personajes de este verdadero drama; todo ha quedado nuevamente en reposo; reina un profundo silencio; Maza, el prisionero, según Tomás Higuera, Daniel Gomez, Domingo Gomez Maza, continúa bajo la custodia de los procesados, esperando tal vez la sentencia de muerte; la casa de Bráulio Mier es, sin duda, la mazmorra en donde se delibera acerca del infausto porvenir del prisionero Juan de la Maza Samperio.

Hora y media antes que los deliciosos gorgoros de las aves anuncien la aurora del sereno día 23 de Julio; hora y media antes que la naturaleza entera con su majestuoso esplendor ofrezca el magnífico espectáculo que embelesa á los dichosos mortales; hora y media antes que la campana de la iglesia parroquial anuncie la plegaria angélica á los habitantes del pintoresco y agreste pueblo de *Miera*, es bárbara é inhumanamente fusilado por la espalda el infeliz y desgraciado joven Juan de la Maza; y, cayendo exánime en tierra, enrojece con su inocente sangre el campizo intermedio entre la Torre y la Celda. La palidez de la muerte cubre su rostro, y, sin embargo, todavía brilla en su fisonomía la serenidad de la inocencia cuando el ministro del Señor acude á recomendar el alma de un ser sacrificado á la ira comprimida. ¡Terrible espectáculo!! Semejante crimen conmueve y espanta á todos los convecinos de *Miera*, y más tarde á la provincia entera de Santander; á todo el mundo consterna menos á cuatro seres desgraciados, cuyos nombres murmuran los labios de todos en el mismo día en que es sepultado Juan de la Maza; todos, desde los primeros albores del sumario, los miran y distinguen con el estigma de *asesinos*; todos llegan á conocer el sangriento fin de Maza Samperio, porque no han faltado un Manuel Lavin, Agustín Gomez y Gomez, Baltasara Gomez Lastra, Santiago

y Anastasio Lastra Mora, Elías Gomez Acebo, Antonia Samperio Lastra, que oyeron sobresaltados las fuertes detonaciones disparadas al ser fusilado Maza, y vieron quién le disparó, retirándose el grupo y marchando los que lo formaban, unos, á casa de Bráulio Mier, otros á la del Alcalde Aurelio Pozas.

Hasta aquí la realidad del crimen consumado en *Miera* en la noche del 22 al 23 de Julio último, segun los fóllos del sumario; crimen cuya verdadera existencia se ha ratificado solmnemente en el juicio oral.

Consultemos el proceso para conocer y apreciar los cargos que resultan contra los procesados, medios ingeniosos y verdaderamente maquiavélicos empleados por Pozas y sus parciales para desvanecer aquellos cargos, robustecidos con las pruebas documental, pericial, inspeccion ocular, testifical é indiciaria.

El tribunal ha oido la relacion de uno de los crímenes que de vez en cuando vienen á conmovier la sociedad y á demostrar de cuánta perfidia en algunas ocasiones es capaz el corazon humano. El tribunal ha oido la narracion de un crimen que extremece el alma y congela la sangre Cuatro hombres hollando las garantías constitucionales consignadas en los artículos 4.º, 5.º, 16.º de la monarquía española, se conciertan y reunen para acordar la consumacion de uno de los crímenes que más afectan al ciudadano, el crimen contra la *seguridad individual, contra la vida* de Juan de la Maza Samperio. El primero concibe en su pensamiento el plan de apoderarse de varios de los jóvenes ó convencinos que, enemigos de su fraccion política y mandatos ediles, rondan por las calles de *Miera* perturbando el sosiego público con canciones, gritos, disparos de armas de fuego; los otros tres se prestan á obedecer fielmente las órdenes que se les comunican y sin temor á la inmensa responsabilidad que van á contraer, ni á los males que puedan causar; todos estos sombríos personajes ofenden la justicia y desafian el poder de las leyes de la sociedad.

Un alcalde, dos guardias civiles y un honrado industrial, juez municipal electo, afiliado al bando del primero, son los protagonistas del horrible suceso, del sangriento crimen consumado en *Miera* en la noche del 22 al 23 de Julio de 1883. Conviene ante todo, para apreciar el suceso, que el tribunal conozca *ciertos antecedentes*.

Una de las verdaderas llagas sociales que corroen los pueblos, uno de los grandes males cuyo remedio urgente reclama la atencion, la varonil iniciativa y la mision moralizadora de los go-

biernos, es esa plaga nacional llamada *caciquismo*; plaga tantas veces condenada por el Parlamento y la prensa periódica; cáncer de todas las situaciones políticas, fiebre perniciosa que exte-
núa al país y priva á los poderes de la fuerza al trocar en letra muerta las leyes.

Diariamente la prensa señala á los gobiernos contra quiénes ha de esgrimir las armas poderosas; todo el mundo sabe quiénes son los representantes del mal y cómo proceden; por regla general esos *tiranuelos* son los mismos en todas las situaciones políticas; todo el mundo conoce los grupos, camarillas y jefes de bando que alternan unas veces y otras se perpetúan en el usufructo de todos los beneficios y en la explotación de sus paisanos.

Fórmanse banderías capitaneadas por personas que se imponen por sus condiciones de carácter y prestigio basado en la importancia de la posición social, de la riqueza, relaciones de amistad, cuyo poder se manifiesta en las resoluciones y acuerdos en todos los asuntos que importan al municipio ó á la provincia. El *personalismo*, que siempre imperará, reside en los pueblos y aldeas con más orgullo y vigor que en la amplia esfera de la política.

El pueblo de *Miera* tiene también su *caciquismo*; sus *tiranuelos*, sus bandos políticos, sus jefes de grupo y su *personalismo*. Juan de la Maza Samperio era sobrino del párroco don Cristóbal Samperio, uno de los jefes del bando contrario, ó sea del que capitaneaba el alcalde Pozas.

Celebradas las últimas elecciones municipales quedaron exaltados los ánimos; entre los individuos de uno y otro bando existe la más rencorosa enemistad; los vencidos, no pudiendo resignarse con la condición de tales, manifiestan su encono con alborotos nocturnos, disparos de armas de fuego á las puertas y ventanas de las casas donde habitan los partidarios del alcalde, gritos subversivos, incendios de cabañas y trastornos de orden público que motivan la formación de varios expedientes y procesos criminales y el furor de la autoridades locales de *Miera*.

El proceso de *Miera* es la consecuencia funesta de la exaltación de una pasión política extraviada, del *caciquismo* ejercido tiránicamente por el alcalde vencedor en la última lucha electoral; su *personalismo*, verdadero foco de fuego; se hace perceptible é intenso al comprimir la agitación bullidora de sus contrarios, y envuelto en el manto de la hipocresía respecto del cumplimiento de los deberes de alcalde, impera despóticamente en

todos los contornos de Miera, y aunque afiliado á un partido liberal demócrata, en sus actos de mando es un verdadero déspota.

Continuando el exámen de los cargos que se desprenden del sumario, que es, despues de todo la piedra angular del juicio y de la sentencia que la Sala ha de dictar, aparece de autos que la jóven Manuela Lavin Perez (fólios 10-90), hija de uno de los afiliados al bando de Pozas, y cuyo testimonio es algun tanto sospechoso ante el resultado que ofrece la diligencia descriptiva de los sitios y puntos más culminantes del pueblo de *Miera*, *Manuela Lavin* que desempeña el cargo de *cartera*, en cuyo destino habia reemplazado á Juan de la Maza Samperio, á las tres y media de la madrugada del 23 de Julio, se presenta en la casa de Bráulio Mier, en donde estaba alojada la pareja de la guardia civil diciéndole que á beneficio de la luz del alba habia visto sentado en la albardilla adyacente al *cementerio* y junto á la *Fuente Sagrada* un hombre gravemente herido y que se quejaba tristemente; que le habia llamado repetidas veces y no contestaba sino que únicamente movia la cabeza haciendo signos negativos, dando á entender que no podia hablar, y que el herido creia que era Juan de la Maza Samperio Bráulio Mier, sobresaltado y no obstante hallarse acompañado de los guardias, no se atreve á bajar; y en vez de dirigirse solo ó con los guardias á reconocer el campizo de la iglesia y prestar el auxilio que solicitaba *la cartera*, en lugar de dar parte al alcalde Pozas ó al juez municipal, se dirige al alcalde de barrio (es decir á un agente de la policia judicial y particular amigo) José Higuera Prado y le dice: *levántate cuanto antes y baja aquí al campizo de la iglesia donde hay un hombre quejándose de muerte; yo no me he atrevido á ir allí, y aun cuando tengo en mi casa la guardia civil están durmiendo y no me he atrevido á despertarlos*, (1) dando esta noticia en voz baja y misteriosamente, respondiéndole José Higuera iba en seguida; lo cual efectuó dirigiéndose hácia el Campo de la Iglesia y se apercibió de los quejidos que exhalaba el herido Maza: no bien llega frente á la ermita de San Roque. Balbina, mujer de Bráulio, le llamó indicándole desde el balcon que entrara, efectuándolo José Higuera por la escalera exterior de piedra que tiene la casa del Bráulio, y se encontró junto á la puerta de la sala con los guardias civiles vestidos y armados. Marchan todos

(1) Diligencia de carco entre Higuera y Bráulio Mier, folio 603.

hacia la *Fuente Sagrada* y junto á la misma, recostado de espaldas y próximo á una ventanita, estaba Juan de la Maza Samperio con la cabeza inclinada hacia un hombro, *con la cara lavada y un poco mojado el pelo*, (1) moribundo, y al dirigirle varias preguntas solo se percibió una voz muy débil y algun sonido inarticulado, y siendo conducido por mandato del guardia Ledo á la ermita de *San Roque* espiró á la media hora rodeado de los guardias civiles Ledo y Uzal, Bráulio Mier, Manuel Lavin Barquín *el Correo*, Juan Lavin Samperio, José Higuera Prado, Susana mujer de Manuel Lavin, Balbina esposa de Bráulio Mier, el médico don Aurelio Pozas, y los sacerdotes don Cristóbal Samperio y don Francisco Higuera, quienes le auxiliaron espiritualmente, Julita Maza, la que, avisada por el alcalde de barrio José Higuera Prado, pudo llegar á tiempo de recoger el último suspiro de su hermano Juan, preguntándole *¿qué te sucede? ¿quién te ha muerto?* y solo una ligera contraccion de labios acompañada de una imperceptible espiracion fué la respuesta que obtuvo.

A las ocho de la mañana, es decir, cuatro horas despues de saberse la desgracia, se constituye el Juzgado municipal acompañado por el médico Pozas para la práctica de las diligencias sumariales, observándose en el cadáver de Juan Maza una herida en la *region temporal* causada al parecer con un cuerpo contundente; otra en la *region cervical* inferida por un proyectil de arma de fuego; otra de la misma clase y de una forma elíptica en la *espalda con salida bajo la tetilla izquierda atravesando el pulmon* y otras dos de la misma indole en la *parte posterior del muslo izquierdo*. Estas heridas, en las que al ser examinadas las regiones lesionadas se hallaron un proyectil de forma especial enclavado en la region cervical sobre el *apófisis espinosa del axis* y otros dos proyectiles en las heridas del muslo fueron consideradas (2) *mortales por esencia no por accidente, inferidas por detrás, sin que pueda sospecharse hayan sido producidas por el mismo ni mucho menos haya dado lugar á lucha indefensa más que la consiguiente herida. Sangre* junto al pórtico de la iglesia; pisadas marcadas con *sangre* hacia la *Fuente Sagrada*; otro charco de *sangre* entre la torre y la celda; manchas de *sangre* en la pared y sitios donde estuvo reclinado el cadáver; sus ropas enrojecidas por *sangre*; tal era el aspecto cruento que ofrecia el

(1) Fóllo 612 Juan Lavin Samperio y segun declaró José Higuera Prado.

(2) Fóllo 37.—Diligencia de autopsia.

sitio donde se consumó el crimen: así resulta de la diligencia de constitucion del juzgado en el precitado sitio y ante las declaraciones prestadas por el sacerdote don Cristóbal Samperio y don Juan Lavin Samperio. Registrado el cadáver se le encuentran cinco cápsulas de revolver, una petaca, librito de papel de fumar, un mechero viejo de hoja de lata, una piedra de pedernal, tres sortijas, al parecer de cobre, tres pesetas en plata, doce cuartos en un portamonedas, una carta firmada por Florentino y Teresa Trueba, escrita en términos muy afectuosos, fechada en Rasines el día 3 de Julio de 1883.

Siguiendo nuestro analítico exámen de los cargos y antecedentes sumariales, y siempre fija nuestra vista en los folios del proceso, nos hallamos en primer término con el parte dado por el juez municipal de Miera don Alejo Gomez al de instruccion de Santoña, en virtud de la denuncia formulada por el alcalde de barrio D. José Higuera Prado; siguen las declaraciones de los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, Eusebia Higuera Prado, Bráulio Mier Maza, Miguel Leon Lastra, Manuel Lavin Barquin, Juan Lavin Maza, Cristóbal Samperio, Agustin Gomez Acebo, Ramon Gomez Lastra, Daniel Gomez Higuera; declaraciones que no revelan la verdad del crimen que se persigue respecto de cuándo y por quién Juan de la Maza fué muerto, y en cuyo cadáver no se practicó la autopsia hasta dos dias despues.

Se dirige por el cabo segundo del puesto de la guardia civil de Liérganes al juez de Santoña un oficio participándole *que Juan de la Maza Samperio ha sido herido gravemente en la cabeza*, sin expresar nada respecto de las demás heridas, y que habia sido auxiliado (en lugar de abandonado) con los más eficaces socorros por los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, expresando además que falleció momentos despues, no sin que declarase antes *que él se habia herido á consecuencia de una caída por la noche*.

A los siete dias recibe el juez instructor de Santoña las precisadas diligencias sumariales, es decir, habiendo trascurrido el tiempo más que suficiente y necesario para hacer desaparecer las huellas del delito, crear atmósfera en el sentido de ser la muerte del Maza efecto de una desgracia, *del accidente casual de caerse cuando vino á tomar agua en la Fuente Sagrada donde le dió mucho mal*.

Con semejantes precauciones, con predisponer favorablemente

ciertos testigos para que declarasen en aquel sentido y preparar las coartadas; con la conducta digna de la mayor censura observada por las autoridades judiciales de Miera y Santoña, los presuntos reos se hallaban en la mejor de las situaciones posibles para encubrir el delito en la sombra del misterio y poder alejar las sospechas respecto de la participacion directa que tuvieron en la consumacion del crimen.

Sin embargo, los procesados no han podido conjurar la opinion pública, la cual, desde el principio, les fué adversa, y menospreciando el fiscal de S. M. los muchos anónimos que se le remitieron, pero fijándose, cual reclamara su deber, en las manifestaciones reservadas que se le hicieran por diferentes personas y en diversas ocasiones; teniendo presente la falta de celo, ilustracion y actividad respecto de algun funcionario en cumplir con los sagrados deberes de su cargo, y el temor de que los culpables eludieran la accion de la justicia escarneciendo la sociedad, se resolvió á ejercer la inspeccion personal que para casos especiales ordena el artículo 306 de la ley de Enjuiciamiento criminal, constituyéndose al lado del juez de instruccion y en el sitio donde se consumó el crimen, para proceder con verdadera eficacia á la investigacion sumarial.

Afortunadamente, y á pesar del temor que se apoderó de la mayor parte de los vecinos de *Miera* para declarar la verdad; no obstante los improbables esfuerzos que empezaron á desarrollarse para extraviar la opinion pública y confundir al juzgado, se obtuvo la adquisicion de importantes y preciosos datos, traer al proceso un cúmulo de graves indicios de culpabilidad y que el crimen no quedara sepulto con Juan Maza Samperio y pudiera dictarse (con verdadero fundamento legal) el auto de 9 de Agosto (1)

Adquirido el convencimiento que las diligencias practicadas ante el juzgado municipal de *Miera* eran una completa farsa; coincidir las declaraciones prestadas en Liérganes y Santoña respecto á sentirse disparos de armas de fuego hácia la iglesia en la noche del 22 de Julio precisamente en las mismas horas y momentos de ser maniatado y conducido prisionero Juan de la Maza por la pareja de la guardia civil, Aurelio Pozas

(1) A los diez y siete días de incoarse la causa, y el procesado Pozas fué constituido en prision el día 19 de Agosto, casi á los dos meses de consumir el crimen. Fólíos 51 al 55, 43 vuelto, 100, 202, 104, 110. (1.^a pieza del sumario.)

y Bráulio Mier; contradecir las declaraciones prestadas últimamente á las que antes rindieran los procesados; resultar contra los mismos gravísimos cargos, y no haber conformidad respecto de las palabras que se suponen pronunciadas por Juan de la Maza antes de espirar, semejantes *cargos* motivaron el precitado auto de 9 de Agosto.

Las declaraciones de José Acebo, de Julita Maza, Antonia Perez Mier, Valeriano Ruíz y Ruíz, Alfonso Cárcoba Higuera, Pedro Mora, aconsejaban al juzgado la conveniencia de ser tenidos muy presentes los artículos 486, 489 y 502 de la ley de Enjuiciamiento criminal, y por consiguiente era llegado el momento de dictarse el precitado auto de procesamiento.

Los fundamentos que Julita Maza tenia para sospechar que el alcalde Pozas fuera el autor de la muerte de su hermano Juan aparecian corroborados por las declaraciones de José Acebo (a) el *Mantequero*, verdadero testigo presencial, quien acusa á Pozas, á los guardias y á Bráulio Mier.

Tambien acusan á los guardias y á Pozas los testigos Antonia Perez Mier, Valeriano Ruiz y especialmente Tomás Higuera (1) quien oculto desde una alcantarilla, en donde se refugia al apercibirse que traian preso á Juan Maza Samperio, temeroso de que cometieran contra él alguna arbitrariedad, observa que el alcalde, Bráulio Mier y los guardias llevaban preso con las manos atadas á Juan Maza, al que desde la calleja de Pereda le condujeron á la casa de Bráulio Mier, oyendo llamar á Balbina para que abriese la puerta, desapareciendo aquellos.

Pedro Mora Ruíz, que habia jugado á los bolos con Juan Maza en la tarde del 22 juntamente con Alejo Gomez y Quintín Acebo, al dirigirse á visitar á su prima Petra Higuera en la noche de autos tambien se apercibió desde el sitio de la *Castañera* de algun clamoreo y hasta de riña en la calleja de Pereda, y deteniéndose *vió que un grupo de cuatro ó cinco hombres, conociendo claramente al alcalde Pozas y á los guardias civiles*, conducian preso á Juan Maza á la misma hora que refiere José Acebo, grupo que no pasa desapercibido á Domingo Gomez, si bien no pudo distinguir quiénes eran las personas que lo constituian, y evacua afirmativamente la cita de Pedro Mora, como asimismo confirma en parte lo declarado por Pedro Mora y Domingo Gomez la testigo Anastasia Higuera Maza (2).

(1) Fólío 234.

(2) Véanse los fólíos 128—131.

Prosiguiendo nuestra relacion de *cargos* contra los cuatro procesados y llamando muy especialmente la atencion de la Sala respecto de las declaraciones de Encarnacion Higuera, Catalina Lavin la *panadera*, Ramona Gomez Perez, como así mismo acerca de las declaraciones de José Acebo, Pedro Mora negando lo dicho por Eusebio Higuera sobre haber estado reunidos con Pedro Mora y Tomás Higuera en el callejo ni vieron en el mismo á Eusebio cuando Juan de la Maza fué preso, (1) y fijándose el Tribunal en las diligencias de careo (2) leídas ante el mismo á petición del fiscal de S. M., en las que los testigos presenciales insisten en cuanto declararan expresando la razon de sus afirmativas No se olviden las delaraciones de Baltasara Gomez Lastra, Anastasio y Santiago Lastra Mora, (3) Antonia Samperio Lastra, Elías Gomez Acebo. (4) Estos testigos nos refieren minuciosamente lo ocurrido despues de quedar prisionero Juan Maza hasta el momento de ser fusilado por la espalda, y por consiguiente sus declaraciones completan la relacion de *cargos gravísimos*, quedando ya perfectamente exclarecido el crimen que por un momento (ó sea desde la hora en la que segun Tomás Higuera se ocultan los procesados con el prisionero Maza en la casa de Bráulio Mier hasta las dos, dos y media de la mañana en que Maza cae mortalmente herido, á consecuencia de los disparos hechos por Pozas entre la Torre y la Celda) aparecía oculto en las sombras del misterio.

Es llegado el momento de examinar las declaraciones de los procesados, excu'paciones alegadas por los mismos para demostrar su inocencia é irresponsabilidad criminal en la comision del asesinato de Juan de la Maza Samperio, y citas evacuadas en virtud de sus afirmativas. (5)

El procesado Aurelio Pozas pretende rechazar los *cargos gravísimos* que le imputan en el sumario veinte y seis testigos, y á cuyas declaraciones me he ajustado al historiar el crimen consumado en *Miera* en la noche del 22 al 23 de Julio del año anterior. Pozas apura todos los recursos de su talento para acreditar que es inocente, y que en la precitada noche permaneció en su

(1) Fólíos 302—339—371—386—388.

(2) Fólíos 390—398—401—408—413—419—428—436.

(3) Fólíos 543—549—555.

(4) Fólíos 664—747.

(5) Fólíos 4—5—63—65—779—55—264 al 279—8 y 152 y declaraciones prestadas por los cuatro procesados ante la Sala.

casa hasta las once, á cuya hora fué avisado por la pareja de la guardia civil, saliendo á rondar con la misma por los barrios de Pumares y Matanzas, (1) patrullando hasta las doce y media que se retiró, ordenando á los guardias alojarse en la casa de Bráulio Mier, y no volvió á salir hasta las cinco de la mañana, cuando le avisaron para auxiliar al herido Juan de la Maza Samperio.

Es verdaderamente extraño, y no puede menos de causar sorpresa y admiración, que un alcalde del temple y condiciones de carácter de Pozas, tan solícito y celoso por comprimir los desórdenes nocturnos, reclamando con tal objeto el auxilio de la guardia civil, se acueste á la hora de la llegada de la pareja al sitio de la Hoz, y no se levante hasta ser avisado por los mismos guardias. Sin embargo, entre nueve y media á once ya habían golpeado en las puertas de las casas de Daniel Gomez Higuera y de Ramon Gomez, quien á pesar de saber por su hija Encarnación quién llamaba, se negó á abrir diciendo: *que ni á él ni al demonio le abría la puerta*, expresando Encarnación al cerrar el postigo é indicando al alcalde Pozas que se retirara, *buena compañía llevaba* (refiriéndose á la pareja), replicando entonces Pozas, *vámonos, tal vez nos perjudique*. Luisa Lavin también oyó, según ha declarado ante la Sala, llamar de diez á once en la casa de Ramon Gomez, y lo mismo indicó refiriéndose á la patrulla Antonia Samperio Lastra.

¿Llamó Pozas á los guardias para que desde las nueve á las once, mientras él dormía tranquilamente en su cama, aquellos se tendieran sobre la humilde yerba en la cuesta de la Hoz y contemplaran los encantos de la naturaleza en una noche estival como la del 22 de Julio? ¿esto es sério y verosímil? ¿Semejante conducta es conforme con los deseos expresados en el oficio dirigido al comandante del puesto de la guardia civil en Liérganes, y prevenciones tomadas para dar una batida por las calles de Miera contra los jóvenes revoltosos, acostarse y descansar en los momentos críticos de estar los guardias prontos á prender á los perturbadores del orden público?

¿Es verosímil no apercibirse Pozas de los disparos de arma de fuego que oyen los vecinos de Miera de diez á doce de la noche, y no rondar por la calleja de Pereda y demás sitios afluyentes á la iglesia en los que eran de donde partían las detonaciones?

(1) Fólío 12 vuelto.

¡Pozas ignora quién hirió á Juan Maza! y afirma que este gozaba del concepto de ser *discolo, pendenciero, teniendo el día antes la última cuestion con otros jóvenes á quienes expulsó del juego de bolos y prestábase á ser instrumento de aviesas intenciones, y muy particularmente de cuanto don Pedro Mora le mandase*. El procesado, en esta parte de su declaracion, difama á los muertos y calumnia á los vivos.

¡Ignora quién hirió á Juan Maza! Es muy particular que la primera autoridad de Miera, que vela sin descanso por el bien-estar y tranquilidad del vecindario, en la misma noche en que patrullaron la guardia civil, Bráulio Mier y algunen otra persona, ignore quién hirió á Juan Maza entre la Torre y la Celda, y el pueblo entero, la opinion pública le designen como al *asesino*. Semejante manifestacion solo se concibe como recurso de no querer confesar ante el juzgado instructor ser autor de la sangrienta muerte de Juan Maza.

El procesado Pozas desde los albores del sumario pretende desvanecer los gravísimos cargos que le dirigen José Acebo (a) *Manteguero*, Julita Maza, Antonia Higuera, Tomás Higuera, Pedro Mora, Domingo Gomez, Baltasara Gomez Lastra y Anas-tasio Lastra Mora, Santiago Lastra Mora, Antonia Samperio Lastra, Elías Gomez Acebo, y por si la farsa de las diligencias practicadas por el juzgado municipal de Miera no bastaban, ó eran insuficientes para convencer de la irresponsabilidad en la muerte de Juan de la Maza, era preciso agotar los recursos del ingenio para que se creyese que Maza, si no murió á consecuencia de una caida cuando fué á beber agua en la Fuente Sagrada, pudo morir riñendo con otros jóvenes que con el Maza rondaban por el pueblo perturbando el orden público, ó por una desgracia casual, producida por los mismos jóvenes, segun nos ha dicho Pozas al prestar su declaracion ante la Sala.

Sabedor el procesado Pozas de cuanto el sumario adelantaba no existiendo para él secreto alguno, segun se deduce del contexto de sus delaraciones y trabajos de propaganda para crear atmósfera en determinado sentido y poder alejar todo género de sospechas respecto de su participacion en la comision del delito, supo tambien lo que declaran contra él José Acebo y otros testigos.

Conferencia con José Acebo para que retire su declaracion ó la modifique en determinado sentido, y con tal objeto se

constituye en la casa de María Nieves; ya sabe la Sala lo que allí ocurrió. (1)

No basta que José Acebo se retracte para conseguir los propósitos que en confuso tropel se agitan y bullen en la imaginación del alcalde Pozas; nada se logra si no se desvirtúan por completo los cargos y se persuade al Tribunal que Acebo es un falsario y obra de acuerdo con Pedro Mora. .. todavía es preciso más y más; Pedro Mora (testigo también de cargo) y Tomás Higuera estuvieron reunidos desde las nueve y media hasta las once de la noche, y cuando el declarante Pozas y los guardias subían por el camino de la Maza bajaban ellos por el del callejuelo, habiendo permanecido hasta las once y media delante de la casa de Mateo, y por consiguiente es falso cuanto estos testigos declaran; (y tal vez podía haber añadido Pozas: riñendo entre sí pudieron matar á Juan Maza!!) (¡¡parece increíble que para proclamar Pozas su inocencia, y presentarse como víctima propiciatoria de la calumnia abrigue en su corazón sentimientos tan bastardos!!)

Juana Mier, vecina de Eusebio Higuera, refiriéndose á una conversacion habida entre Eusebio y Pedro Mora respecto á si en la noche del 22 de Julio del año anterior vió á Juan Maza y andubo con Tomás Higuera, y Eusebio Higuera, amigo particular de Pozas, se hacen eco en parte de los maquiavélicos planes de Pozas, é indican si vieron ó no en aquella noche aciaga en el sitio del callejuelo á los jóvenes Acebo Mora é Higuera, y si no vieron ni pudieron ver á la hora que indican á Pozas y á los guardias. En este proceso por lo visto solo hablan el lenguaje elocuente de la verdad Pozas y sus amigos; los demás todos son víctimas del error é instrumentos de una calumnia: semejante recurso no es nuevo.

Eusebio Higuera, que en la noche del 22 de Julio, no obstante vivir en un sitio no muy lejano de la iglesia, de nada se percibió ni sintió bulla, ni tuvo noticias de ningún género, sin embargo, aconsejado por Pozas ó por alguna persona que deseaba favorecer á los procesados, y después de haber declarado en Santoña José Acebo, Pedro Mora, y Tomás Higuera, es decir, cuando ya eran públicos en Liérganes y Miera los cargos que es-

(1) Fólíos 81—535—610.—Diligencias de careo fólíos 618 al 621 y careo celebrado ante la Sala entre Pozas y Acebo insistiendo este enérgicamente en lo aseverado ante el juzgado de Santoña.

tos testigos hacian á Pozas, Bráulio Mier y á los guardias, declaró en parte de conformidad con los deseos de Pozas, pero fué desmentido enérgicamente por José Acebo, Pedro Mora, insistiendo por otra parte Acebo, Higuera y Mora en sus respectivas aseveraciones. (1)

Aun en la hipótesis de ser Juana Mier y Eusebio Higuera testigos fidedignos é imparciales (que distan mucho de serlo ; aunque fuera cierto que declararon espontáneamente y sin recibir inspiraciones de nadie, si Mora, Higuera y Acebo bajaron á las once ú once y media por el callejuelo, si á esta hora la ronda ó patrulla se encontraba en la casa de Bráulio Mier con el preso Maza, ¿no podian aquellos á las diez ó diez y media haber visto á los procesados cuando conducian preso por la calleja de Pereda á Juan Maza hácia la iglesia?

Por otra parte, si Pozas (segun ha declarado ante la Sala), estuvo en su casa hasta las once, ¿cómo da crédito á lo que supone una retractacion del Acebo, que desmiente su afirmativa?

¿Cómo se explica que estando Pozas en su casa á las once de la noche subiera á la misma hora la cuesta de la Maza y asentir á lo que no vió ó sea el que bajaran á la misma hora la cuesta del Callejuelo los testigos de cargo Acebo, Mora é Higuera?

De modo que las coartadas, las exculpaciones de Pozas, los cargos gravísimos que fulmina contra Acebo, Mora é Higuera son contradichos y resultan ser falsos; Pozas, al apelar á semejantes recursos, se coloca en la nada envidiable posicion de calumniador, y quiere arrastrar en pos de su ruina y de sus desgracias á jóvenes que, á serles posible salvar la vida de Juan Maza, habrian combatido por defenderla: si no lo verificaron, fué tal vez por el temor natural que experimentarían por la presencia de los guardias.

Procuremos ultimar el exámen de las declaraciones de este procesado, para que la Sala pueda apreciar en su justo valor otros recursos tan loables como los anteriores, y que ante los fóllos del proceso resultan ser igualmente falsos.

El procesado Pozas afirma que Juan Maza Samperio era, entre otros jóvenes de Miera, uno de los que perturbaban el orden público; pero no prueba esta afirmativa: tampoco prueba tuviera armas de fuego; antes por el contrario, el tío de Maza, don Cristóbal Samperio, le contradice, expresando la razon de su aserto.

(1) Véanse los fóllos 132, 395, 398, 401, 408, 413, 708.

Respecto de armas y proyectiles, al procesado Pozas le son tan indispensables como la cartera de los instrumentos de su facultad; y al declarar ante el juzgado de Santoña que hará unos tres meses tuvo una pistola sistema Lefauchaux de dos cañones por mero capricho y para su defensa, y que la pistola se le reventó en una descarga ó puntería al blanco, inutilizándose por completo, se contradice con la declaración que prestó en causa criminal sobre disparo de arma de fuego á Juan Higuera, porque entonces dijo ante esta audiencia, y recordarán conmigo muchas de las personas que me escuchan, que la pistola que llevaba en un bolsillo alto del costado izquierdo del gaban, al caerse en la calle un día del mes de Mayo último, por llevar calzado de almadreñas, se le disparó, inutilizándosele el arma al chocar contra el suelo, y que los niños le habían perdido el cilindro.

Ultimamente, que tenía la escopeta de dos cañones que usó la noche del 22 de Julio y le fué ocupada; y respecto á si tenía proyectiles aglomerados, dijo que no entendía de este particular, por no considerarse práctico en el uso de las armas. ¡Sarcástica contestación pronunciada por una persona que no vive ni de día ni de noche sin estar armada y que profesa afición á la caza; Pozas, que está acostumbrado á vengar las ofensas y resentimientos de sus convecinos, y según han declarado Juan Higuera, Tomás Gomez Maza y Domingo Fernandez Alonso, por medio de las armas de fuego, y sin embargo, no se considera práctico en el uso de las armas ni conocedor de los proyectiles aglomerados!! (1)

Pero, ¿cómo desvirtuar las declaraciones de Baltasara Gomez Lastra, Anastasio Lastra Mora, Santiago Lastra Mora, Elías Gomez Acebo, Antonia Samperio Lastra, Fermin Gomez y Gomez, Agustin Cárcoba Gomez? (2)

La Sala recordará que de los tres primeros testigos, dos nos dicen (y casi han reproducido aquí sus declaraciones) que antes de romper el alba, es decir, de noche, observaron que salían de la casa de Bráulio Mier un grupo de personas conduciendo preso á un individuo, habiendo conocido entre otras á Pozas el alcalde y á los guardias, mejor dicho, á uno de los guardias civiles, y que á unos ocho ó diez metros del sitio donde se ocultaron, ó sea desde el ángulo más prolongado que forma la pared del cementerio, cuando llega el grupo al sitio intermedio entre la Torre y la

(1) Fólíos 769, 389 y 790.

(2) Fólíos 543, 549, 555, 664, 685, 747, 845, 921.

Celda, Pozas y un guardia se detuvieron, y haciéndose Pozas dos ó tres pasos hácia atrás, exclama: tengo ganas de hacer un escarmiento en Miera, dispara por la espalda dos tiros consecutivos contra Juanin el correo, llevando tambien carabina el guardia, y que cuando Pozas y el guardia llegaron al sitio donde mataron á Juanin, y despues del primer disparo, Bráulio Mier desde la puerta ó ventana de su casa, dijo: matar, no, don Aurelio, matar no, no mate V., oyéndose despues dos ó tres tiros más.

Para contrarestar tan gravísimos cargos, prueba tan importante, Pozas no emplea los recursos de su maquiavélico ingénio de la manera y forma que utilizó contra el testimonio de José Acebo, Tomás Higuera y Pedro Mora, no; ahora su hermana Josefa Perez Gomez escribe al magistrado juez instructor una carta participando que la noche del 18 de Setiembre último Pedro Mora, con otros convecinos de Liérganes, estuvieron concertando la manera de declarar dos chicos de Miera, citando las personas que pudieron observar el complot, ó sean Eleuteria Revuelta, María Arche Terán, Juana Ormachea, Eugenia Vicente Palacio, (1) y del contexto de sus declaraciones qué resulta? Ser falso cuanto afirma doña Josefa Perez Gomez; aquellas declaraciones nada prueban en favor de la imputacion que nuevamente se dirige contra Pedro Mora.

No hay duda, y si existiera alguna Clemente Higuera, Martin Gándara, Pedro Mora le disipan por completo. (2) Respecto de los cargos que se desprenden de las declaraciones de Elías Gomez, Ramon Gomez Lastra, Fermin Gomez (3) no han sido contradichos por los medios que ya conoce la Sala.

Tambien subsisten sin contradiccion ninguna hasta hoy los cargos de no probar Pozas cuándo fué la última vez que disparó la escopeta, cuándo la limpió despues de descargarla, y además resulta ser cierto lo afirmado por Valeriano Acebo Gomez, Fermin Gomez y Gomez, Agustin Cárcoba (4) al desmentir la negativa del cuñado de Pozas Eduardo Fernandez, Diego Lavín, cuando dijo que Juan Maza no murió indefenso, pues habia oído que le encontraron un puñal (Pozas y los guardias), una pistola y una caja de cápsulas, y todo esto se hallaba depositado en el ayuntamiento.

(1) Fólíos 698—710—772—701.

(2) Fólíos 700—706—772.

(3) Fólíos 664—685—747—845.

(4) Fólíos 688—845—921—739.

Es llegado el momento de examinar las declaraciones de los guardias Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal juntamente con las de Bráulio Mier, para apreciar igualmente su inocencia é irresponsabilidad

Los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal (1) procuran tambien, como el alcalde Pozas, por medio de una prudente reserva y combinada negativa, eludir la gravísima responsabilidad que les resulta ante las declaraciones de veinte y seis testigos, y para lograr su propósito afirman: 1.º que llegaron á Miera (cuesta de la Hoz) á las once de la noche y apercibidos de los disparos de armas de fuego procedentes del barrio de Irias dispuso Ledo llamar al alcalde constitucional, D. Aurelio Pozas, y recorrieron con él la poblacion, y como nada encontraron, á las doce y media se alojaron en la casa de Bráulio Mier hasta las cuatro de la mañana.

Sin embargo, el comandante del puesto de la guardia civil en Liérganes Martiniano Chaperó (2) nos ha dicho en autos que no bien hubo recibido el oficio que le dirigió el alcalde impetrandó el auxilio de una pareja, (oficio recibido á las seis y media de la tarde el 22 de Julio de 1883) dispuso la salida de la misma verificándolo en seguida de seis y media á siete, y anotó en la libreta la hora de la salida, y llegaron los guardias á Miera, segun las declaraciones del guardia municipal Daniel Gomez Higuera y su mujer María Gomez Perez, á las nueve y media de la noche: luego es falso lo afirmado por los guardias, y su falta de verdad se corrobora con el testimonio de Encarnacion Gomez Higuera y Tomasa Acebo Gutierrez, pues á las once de aquella noche no podian los guardias hallarse á la vez en tres puntos diferentes; en la cuesta de la Hoz, en la casa de Pozas y en la de Encarnacion Gomez Higuera.

Por otra parte, no olvide la Sala lo declarado por el procesado Pozas, Daniel Gomez Higuera, Tomás Acebo Gutierrez, y no podrá menos de reconocer que los guardias desde el principio de sus primeras declaraciones faltan á la verdad, y disienten de lo dicho por Pozas respecto de los sitios por donde patrullaron.

2.º Se retiraron á las doce y media, alojándose en la casa de Bráulio Mier, de la cual no salieron hasta las cuatro de la mañana, cuando Bráulio Mier abrió una de las ventanas que miran

(1) Fólíos 5—63—65—779—785.

(2) Fólío 225.

á la iglesia parroquial y como sobresaltado exclamara se oían lamentos de un hombre; el guardia Ledo dispuso que llamara al alcalde de barrio José Higuera Prado, para que compareciese con el objeto de reconocer el Campo de la Iglesia, pues Mier no quiso verificarlo por sí solo, y con el precitado alcalde Higuera, Bráulio Mier, y el compañero Gonzalez Uzal, se dirigieron á la Fuente Sagrada, hallando gravemente herido á Juan Maza Samperio en la cabeza, y todo su cuerpo ensangrentado. Es decir, los guardias de nada se han apercibido durante la noche, y saben la desgracia, no por la cartera Manuela Lavin Perez, sino por Bráulio Mier, que oye los quejidos del herido Maza al asomarse á la ventana; jesto es verdaderamente notable!!

Resulta, por consiguiente, que los guardias civiles que salieron de Liérganes para Miera con el objeto de prestar un servicio importante reclamado por el alcalde Pozas, no observan nada de particular durante la célebre noche del 22 de Julio, y cuando llegan á saber que un hombre aparece gravemente herido y revolcándose en su propia sangre, prescinden del alcalde Pozas y llaman á un agente de policía judicial (ó alcalde de barrio) ó subalterno, José Higuera Prado.

Los guardias deben sin duda tener el sueño muy profundo, cuando, al pernoctar junto á la iglesia de Miera, no oyeron los disparos de arma de fuego que desde las doce y media á las dos y media de aquella noche asustan á varios convecinos de Miera y muy particularmente á los que habitan en las casas próximas al sitio de la iglesia; los guardias no oyen tiros, carreras, riña y ladridos pertinaces de los perros sobreexcitados por los pasos de personas calzadas con botas ó zapatos claveteados que por la calleja de Pereda se dirigieron hácia la iglesia y casa de Bráulio Mier: los guardias no oyen lo que no quieren oír.

Veamos en presencia de las mismas declaraciones de los guardias cómo proceden en concepto de auxiliares de la administración de justicia, y si cumplieron con los deberes que les imponen los artículos 282, 283, número 4.º, 284, 287, 291, 292, 295 de la ley de Enjuiciamiento Criminal; veamos si el honor del benemérito cuerpo de la guardia civil á que pertenecen ha sido conservado puro y sin mancha, ó por el contrario, fué hollado, ultrajado y pisoteado en Miera por Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal.

Ya se encuentran al pié de la Fuente Sagrada, y, viendo al herido el guardia Ledo, dice que resolvió tomarle declaracion

delante de los testigos Manuel Lavin Barquin, Juan Lavin Samperio y José Higuera Prado, y ante estos, que le dirigió las siguientes preguntas: ¿Cómo se llama usted? respondiendo Juan Maza. ¿De dónde es usted? de aquí; ¿pero de este pueblo? sí. ¿Quién le ha herido á usted? ¿Tuvo usted alguna cuestion con alguno? que no. Y entonces, esa herida que tiene usted en la cabeza, ¿de dónde le vino? que se habia caído y que se habia lastimado, y que despues le habia dado mucha sed y que se habia acercado á la fuente á beber agua, y una vez allí le habia dado mucho mal; que anduvo cuatro ó seis pasos, y el resto de la distancia, hasta la ermita de San Roque, lo verificó siendo conducido en brazos por dos de los testigos; que tenia bañada de sangre la parte de la cara correspondiente al lado de la herida, no observando que estuviera lavado ni que otra persona lo lavase; que quien le limpió con un pañuelo la cara y la sangre que le cubria el rostro fué Julita Maza.

Fijémonos, ahora, en las declaraciones que han prestado los mismos testigos presenciales; examinemos escrupulosamente el contexto de las supuestas preguntas y respuestas dadas por el moribundo Maza, y no podremos menos de reconocer que, excepto José Higuera Prado y Leoncio Higuera, los demás, al coadyuvar á los deseos de los guardias, han faltado á la verdad, siendo desmentidos los guardias repetidas veces. (1)

Tienen razon Julita y Manuela Lavin; Maza no habló; Maza habló, segun dice enérgicamente al contradecir á uno de los guardias Leoncio Higuera, como habla mi padre, que hace veinte años está muerto; si habló, ¿cómo no le auxiliaron con los Santos Sacramentos estando el médico y el cura tan cerca? De ese modo hubiera declarado quién se lo habia hecho y evitaba muchos líos y que pagaran justos por pecadores: ¡terrible reconvenccion dirige Leoncio Higuera á los guardias!! respondiendo el más bajo y grueso: yo con una cuartilla de papel pago, replicándole Leoncio Higuera con la mayor indignacion ante semejante cinismo: usted pagará con una cuartilla de papel, y si mal no viene con cuatro.

Maza no habló, ni podia hablar; Maza, herido en la region temporal de un balazo, resultando congestionado profundamen-

(1) El fiscal lee las declaraciones folios 90, 146, 240, 242 606, 612, 652, 660, y llama la atencion de la Sala sobre las contradicciones que resaltan en las palabras pronunciadas por el herido, segun lo aseverado por los testigos que dicen le oyeron hablar.

te la parte posterior del cerebro y cerebelo; con otro balazo en la espalda con salida bajo la tetilla izquierda, congestionando y dislacerando el pulmon; con otro balazo en la region cervical, y otros dos en la region lumbar, no pudo hablar, ni lavarse la cara ni el pelo, cara y pelo que tenia mojados, segun han declarado Julita Maza, José Higuera, Juan Lavin; ni pudo levantarse por sí solo cuando fué fusilado y cayó en tierra; ni marchar pocos ni muchos pasos desde la Fuente Sagrada á la ermita de San Roque. Maza no habló, aunque lo afirmaran hoy, que no lo afirmarian, Mrs. Flourens, Gall, Berard, Cavannais con todos sus experimentos y profundos estudios fisiológicos, frenológicos y craneoscópicos.

Maza no habló; sostiene el fiscal de S. M. apoyado en los informes periciales que obran en autos y en las conclusiones que los facultativos formularon en su informe folio 801. Maza no habló, como no habla el hombre que está agonizando, el hombre inmóvil ya con las manos trémulas, pálidas y cárdenas las mejillas, sordos los oídos, agitada y convulsa la imaginacion, debilitado y oprimido el corazon, y derramando la última lágrima de sus dilatados ojos sin pupila ya. Maza no habló, ni podia ya tener ideacion su cráneo, porque dejó de ser la morada del pensamiento y en aquel cráneo no existia ya la cuerda incomprendible cuyas vibraciones nos lanzan hácia el espacio y nos ciernen en el universo, queriendo nosotros en un momento de soberbia satánica trastornar sus obras con la fuerza mágica de su imaginacion; ya en el cerebro de Maza solo se abria espacio á los gusanos que en este momento habrán roído la masa encefálica; Maza en semejantes condiciones no pudo hablar; solo podia haber hablado y hablaria hoy mismo si se lo mandara aquel purísimo y divinísimo sér, aquel Señor que al dirigirse al ciego de nacimiento le dijo vé; lávate en el baño Siloe, y vió; solo si se lo mandara aquel Todopoderoso que, á ruegos de las piadosas Marta y María, hermanas de Lázaro, pronunciando las palabras Lázaro, sal fuera, Lázaro se levantó del sepulcro y salió resucitado.

Respecto de los demás extremos que contienen sus declaraciones y resultan improbadas, me refiero á lo dicho anteriormente respecto del procesado Pozas y reproduzco cuanto afirman los testigos José Acebo Ruiz, Pedro Mora, Manuel Lavin Barquin, Tomás Higuera, José Higuera, Encarnacion Gomez, Manuel Gomez Perez, Ramon Gomez Perez, Esperanza Cárcoba Lavin,

Víctor Higuera Gomez, Baltasara Gomez Lastra, Anastasio Lastra Mora, Santiago Lastra Mora, Leoncio Higuera, Elías Gomez Acebo, Miguel Higuera Mier, cuyas declaraciones me he permitido recordar anteriormente á la Sala, llamando ahora muy especialmente su atencion sobre las declaraciones que ante la misma y ante el juzgado instructor prestó Catalina Lavín, la panadera, por los gravísimos cargos que dirige á los procesados Vicente Fernandez Ledo, Sebastian Gonzalez Uzal y Bráulio Mier (1)

Los guardias en sus respectivas declaraciones nada nos dicen ni nada prueban respecto á haber cumplido con las prescripciones establecidas en su constitucion ú ordenanza ó cartilla aprobada por R. O. de 30 de Octubre de 1879; antes por el contrario resulta que han infringido los artículos 1.º, 7.º, 8.º, 22, 25, 28, que dicen lo siguiente: (El fiscal los lee.)

Los guardias no formaron la sumaria correspondiente; no han presentado el certificado que, entregado por el alcalde, debió pasarse por el guardia Ledo al comandante del puesto, para que este lo hiciera al de la seccion, para que por su conducto llegara al jefe de la provincia. Los guardias no han presentado como debian la declaracion del herido Maza, extendida con los requisitos que prescribe el formulario publicado en la cartilla; ni prueban, con la presentacion del expediente que han debido formar, los auxilios prestados al herido y conocimiento dado al alcalde; los guardias para nada han tenido presentes los artículos 21, 35, 37 del Reglamento de 2 de Agosto de 1852 y circular de 26 de Junio de 1858; ahora comprenderá la Sala por qué el fiscal calificó de farsa el expediente ó diligencias practicadas por el juez municipal de Miera, que obran por cabeza del sumario, á cuyo juzgado se reserva exigir oportunamente la responsabilidad criminal, como igualmente la exigirá á otras personas que directa ó indirectamente han intervenido en este proceso.

Réstanos solo ya ocuparnos brevísimamente del procesado Bráulio Mier de la Maza, y digo brevísimamente, porque además de sernos conocida la participacion que tuvo en la comision del delito, segun aparece de la precedente historia del suceso, son conocidos los cargos que resultan contra los tres co delin-

(1) El fiscal lee las declaraciones fólíos 349, 324 y la prestada por la testigo ante la Sala.

cuentes, cargos que sustancialmente afectan tambien á este procesado.

Bráulio Mier es la figura menos repulsiva que ofrece el cuadro del crimen consumado en Miera; atraído Bráulio por su íntimo amigo y correligionario Pozas, como el imán atrae al acero, Bráulio Mier realizó cumplidamente la misión de auxiliar al alcalde Pozas; franquea las puertas de su casa, no con el objeto de favorecer al infeliz prisionero Juan de la Maza, para librarle de las iras, del personalismo de Pozas, sino para coadyuvar en cierto modo á que el crimen se consumara, pudiendo impedirlo: Bráulio Mier, amigo de Pozas, juez municipal electo, correligionario de Pozas, su lugar-teniente, segundo cacique del bando de Pozas, es indudablemente culpable por lo menos de haber ocultado cuanto pudo el crimen: Bráulio Mier, por su parte, y ante lo que nos dice en los folios 8 vuelto, 85 al 90, 152, 429 y 436, procura, no solo favorecer las aspiraciones del alcalde Pozas, sino que siendo la encarnación viva del pensamiento y propósitos del alcalde, se asocia al mismo, hasta el supremo instante de consumarse el crimen, hasta el momento en que se opone cuando exclama, no bien oye el primer disparo dirigido contra Juan Maza, matar no, don Aurelio, matar no, no mate V.; después hasta este instante que se halla sentado en el banquillo con los otros tres procesados, hizo cuanto pudo por ocultar el crimen en las sombras del misterio: hay momentos en los que me parece Bráulio Mier, más bien que encubridor y cómplice es co-autor.

Bráulio Mier es de las poquísimas personas que en la tarde del 22 de Julio de 1883 ven y hablan con Pozas: declara que cerró su establecimiento á las ocho y media de la noche; que oyó algunos tiros á las diez y media, pero no le llamaron la atención; se acostó y solo se levantó á las doce y media para alojar en su casa á la pareja de la guardia civil, y no vuelve á levantarse hasta las cuatro de la mañana, que es avisado por la conductora del correo Manuela Lavin Perez, por quien dice supo la desgracia acaecida á Juan de la Maza en el Campo de la Iglesia.

En la mañana del 23 afirma que fué hacia la Fuente Sagrada con los guardias Sebastian Gonzalez Uzal, Vicente Fernandez Ledo y el alcalde de barrio José Higuera Prado, y vió al herido refiriendo al folio 606 cuáles fueron las palabras que pronunció al ser interrogado por el guardia Ledo. Niega haber oído de-

naciones de arma de fuego de tres á cuatro de la mañana; afecta des conocer los planes de Pozas, é insiste en no haber acompañado á este ni á los guardias durante la noche del 22, ni que tuvo intervencion en la captura de Juan Maza, ni que este fuese encerrado en su casa antes de ser fusilado.

Sin embargo, recordará la Sala los gravísimos cargos que contra Bráulio Mier aparecen de autos y han sido corroborados en el acto solemne de este juicio, y las imputaciones que le han dirigido, Julita Maza, refiriéndose al dicho de Ramona Gomez, lo afirmado por Catalina la panadera respecto á que á las altas horas de la noche del 22, Calixta, hermana del secretario del juzgado municipal, fué á avisar llena de espanto y confusion, diciendo: ¡Ay, hermana! no sé lo que habrá sucedido, pues es fácil que hayan matado á don Aurelio ó á mi hermano Bráulio; y la grave imputacion que dirigió á este procesado José Acebo, el *Mantequero*, en la diligencia de careo fólío 431.

Bráulio Mier, segun Manuela Lavin Perez, la cartera, es la primera persona que sabe el desgraciado fin de Juan de la Maza Samperio y la última que oculta ante el juzgado y ante la Sala la verdad de la verdad. Bráulio Mier tiene miedo en bajar al campizo de la iglesia cuando fué avisado por la cartera no obstante que en su casa tiene alojada á la pareja de la guardia civil; se sobresalta y asusta y resiste ejercer la caridad que reclama la cartera, y se dirige despues, no á buscar al médico Pozas, ni al mismo Pozas, como alcalde, ó al juez municipal, sino que avisa á José Higuera Prado, alcalde de barrio, su amigo particular. Bráulio Mier acompaña á Pozas durante la noche del 22, y sin ser funcionario ni individuo de la policía judicial ó urbana, conduce preso, armado con un fusil, al jóven Juan Maza; y ante lo que declaran José Acebo Ruiz, Domingo Gomez, Tomás Higuera, Daniel Gomez Higuera, Manuela Lavin, Manuel Gomez Acebo Perez, Ramon Gomez Perez, Esperanza Cárcoba Lavin, Anastasio Lastra Mora, Santiago Lastra Mora, resulta ser, por lo menos, un verdadero encubridor del crimen y de los culpables, favoreciendo por cuantos medios puede todas las aspiraciones de los reos que se sientan á su lado. Al terminar nuestro analítico exámen séame lícito recordar á la Sala las conclusiones formuladas por los médicos que practicaron la autopsia cadavérica y las de los peritos armeros que han reconocido y examinado las armas y proyectiles ocupados á los procesados Pozas y Bráulio Mier. (1)

(1) Lee los fólíos 37, 513, 519, 792, 801.

De lo expuesto se deduce: 1.º que Juan de la Maza fué fusilado por la espalda siendo muy corta la duracion de su existencia desde el momento de recibir los disparos de arma de fuego, y dadas las heridas que le ocasionaron la muerte, no pudo trasladarse de un punto á otro, ni hablar, sino emitir sonidos inarticulados.

2.º Que la escopeta de Pozas se descargó próximamente en la fecha que ocurrió la muerte de Juan Maza.

3.º Que con la escopeta de Pozas, y solo con armas como la que se ocupó á Pozas de calibre 16 y cañon liso y de carga por la recámara, pueden dispararse proyectiles aglomerados.

4.º Que los proyectiles aglomerados no pueden dispararse con armas rayadas como las ocupadas á los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal.

(Se suspende la sesion para conceder al señor fiscal de S. M. algun descanso á la una y cuarenta y cinco minutos de la tarde, y reanudándose á las dos, concedida que le fué de nuevo la palabra, continuó el orador diciendo:)

Expuestos á grandes rasgos los puntos más importantes objeto de la investigacion sumarial, creo que ante el precedente examen analítico de los datos conducentes á comprobar la existencia del delito y de los cargos que resultan contra las personas, que ó lo han perpetrado ó tenido participacion en el mismo, es llegado el caso de dar por formulada definitivamente la primera de las conclusiones del escrito de calificacion, y al deducir oralmente la accion penal, sintetizar respecto de las demás conclusiones, cumpliendo de este modo con lo preceptuado por el artículo 734 de la ley de Enjuiciamiento criminal.

Con tal objeto, el fiscal, conocido ya el crimen consumado en Miera en la noche del 22 al 23 de Julio de 1883, cree debe fijar su atencion é inspirarse en el pensamiento del legislador respecto á la verdadera idea del juicio oral, en el cual la Sala, apreciando segun su conciencia las pruebas practicadas, las razones expuestas por la acusacion y las defensas y lo manifestado por los mismos procesados, ha de dictar su sentencia; para tal objeto, veamos cuál es el delito, cuál la responsabilidad criminal de los acusados, y ante el resultado definitivo de las pruebas, y teniendo muy presentes las circunstancias cualificativa, atenuantes y agravantes que concurren, cuál es la pena ó penas que deben imponerse.

La Sala recuerda que el legislador, en el magnífico proemio de

la ley de Enjuiciamiento criminal, dice que desde que surge en la mente del criminal la idea del delito, ó por lo menos desde que, pervertida su conciencia, forma el propósito deliberado de cometerlo, estudia cauteloso un conjunto de precauciones para sustraerse á la accion de la justicia y coloca al poder público en una situacion análoga á la de la víctima, la cual sufre el golpe por sorpresa é indefensa. ¡Sublime pensamiento, que estereotipa la realidad del pensamiento que late en el fondo de este proceso! y para estudiar aquella idea, necesario es sintetizar sobre algunas otras ideas y conceptos jurídicos.

Idea, idea; hé aquí lo que realmente es el hombre; idea, palanca del mundo físico y del mundo moral; sí; Julio César, ¿qué es sino la doble idea, la de la pluma y la de la espada? Milton es la de la poesía; Newton la de las matemáticas; Napoleon la de la guerra; Hamlet la doble idea de una máquina nerviosa gobernada por temperamento, arrastrada por pasiones sin freno, mezcla de animalidad y poesía; hombre que desprecia el mundo por que lo contempla con una carcajada de burla á través de los huecos de una calavera; idea son Orsini, Verger, Carlos Lafarge, Escot, Damiens, Louvel, Froilan Diaz, Fieschi, Candelas, Balseiro; ideas son los cuatro procesados, porque todos simbolizamos una idea, la idea del bien ó del mal; sobre todas estas ideas existe la idea cosmos, que las domina á todas, que no necesita cerebro, se basta á sí misma, es el grande rayo de luz tendido entre lo finito y lo infinito, es Dios.

Para expresar las ideas que este proceso nos inspira, y con el auxilio de la idea cosmos, acudamos á la ciencia del derecho, gran poder de la civilizacion humana, maravilloso impulso que nos dirige para encaminarnos á la perfeccion de nuestro sér, ornamento el más precioso de la gran familia humana.

Con el auxilio de la ciencia podremos reconocer cuál es la idea que asalta al pensamiento, rayo divino, lámpara eterna que, suspendida por la mano de Dios, ilumina nuestro cerebro; luz divina que es la estrella de la humanidad, la nube de fuego que nos guía en el desierto de la vida. ¿Cuál es la idea que todos los que me escuchan habrán formado respecto de la naturaleza y carácter legal del delito que motiva la celebracion de la presente causa en juicio oral y público? El artículo 418 del Código responde por mí; el artículo 418 del Código penal define el delito consumado en Miera en la célebre noche del 22 de Julio de 1883.

La muerte de Juan Maza no fué efecto de un accidente ca-

sual, no fué un suicidio, no fué un homicidio, fué un asesinato; en la muerte de Juan de la Maza concurrió, entre otras de las cinco circunstancias que cualifican el crimen, la alevosía; crimen castigado con la pena de cadena temporal á muerte.

La alevosía, muerte á traicion ó sobre seguro, segun el Código penal de 1850; muerte alevé, segun el Fuero Real; matar los homes á traicion dijeron las Partidas; seis leyes y todo un título dedicaron á su explicacion y condenacion; catorce especies de ella distinguieron y señalaron. Asesino homicida alevoso; calificativo procedente de asesinos, habitantes de los montes de la justicia de los que se servian los sarracenos para que mataran alevosamente á los príncipes cristianos. Alevosía, primera de las cinco circunstancias que enumera el artículo 418 del Código, ó sea, segun el número segundo del artículo 10, cuando el culpable comete cualquiera de los delitos contra las personas empleando medios, modos ó formas en la ejecucion que tiendan directa ó especialmente á asegurarla sin riesgo para su persona que proceda de la defensa que pudiera hacer el ofendido.

La alevosía, que no debe confundirse con la premeditacion (como la han confundido algunos), pues esta se refiere á los actos anteriores y la alevosía al momento de la ejecucion, esta circunstancia caracteriza de un modo especial el homicidio consumado en Juan de la Maza á tergo insidioso doloso, es decir, como por emboscada, segun el Código Bresileño; guet apens del Código Francés. La alevosía es una de las mayores vilezas que puede rebajar á un delincuente, y tambien uno de los peligros que más alarman á la sociedad, considerándose generalmente al asesino, al alevoso, como al reptil que llega callado arrastrándose sin anunciar su ira, sin dar lugar á la defensa; por lo mismo que le falta á él el peligro es más abyecto y odioso; de ahí que la ley penal haga con el alevoso lo que se hace con el reptil.

Juan de la Maza Samperio murió alevemente; así lo califican los folios del proceso, Maza murió á consecuencia de las heridas mortales por esencia, no por accidente, ocasionadas por detrás sin que de ningún modo (dijeron los médicos que practicaron la autopsia del cadáver), pueda sospecharse hayan sido producidas por el mismo, ni mucho menos haya dado lugar á la defensa más que la consiguiente de huida; su muerte fué efecto directo é inmediato de haberse empleado por el autor del crimen medios, modos ó formas que tendieron directa y especialmente á asegurarla, sin riesgo para el que disparó, los balazos que procediera

de la defensa del agredido. ¿Qué defensa habia de emplear Maza al ser conducido preso en la forma que revelan los testigos, sino huir, y aun huir no pudo?

Si el homicidio consumado en la persona de Juan de la Maza no es alevoso, no es un verdadero asesinato: bórrese el artículo 418 del Código, y rásquense los fólíos del proceso. Juan de la Maza es la víctima de la venganza del alcalde, venganza satisfecha al decir tengo ganas de hacer un escarmiento en Miera; ya estará satisfecho el ex-alcalde Pozas; ya su exaltada venganza se satisfizo con el plomo de su carabina; ya se realizó el escarmiento, y la tierra del campizo de la iglesia de Miera recibió en su seno la sangre de la víctima; allí entre la torre y la celda se reprodujo aquel sangriento crimen que fatigó al mundo por vez primera; crimen que nos relata de un modo conmovedor la Sagrada Escritura, y que el célebre Gesner, uno de los más fecundos génios de Alemania, nos describe con los más vivos colores de la verosimilitud y del sentimiento, y nos presenta aquel primer cadáver, cuyo anterior sér no tenia aun idea de la muerte. ¡Qué horror, qué hielo mortal, qué horrible convulsion debe apoderarse del alma del asesino!

En mi humilde opinion la calificacion legal dada al delito consumado en Miera en la noche del 22 al 23 de Julio de 1883 en el escrito presentado á los efectos del artículo 650 de la ley de Enjuiciamiento criminal, es procedente y conforme á derecho; el crimen que constituyen los hechos expuestos anteriormente, es el de asesinato; el fiscal sostiene como definitiva esta conclusion: veamos la tercera; examinemos la participacion que tuvieron los cuatro procesados en la realizacion del asesinato consumado en la persona del jóven Juan de la Maza Samperio; al efecto y sin olvidarnos de los datos y antecedentes expuestos anteriormente, concretemos por el momento la atencion en el resultado que ofrecen las pruebas articuladas en el presente juicio oral.

Hallándome en el presente momento histórico ante un tribunal de justicia sosteniendo una acusacion fiscal, y no en una cátedra explicando la ciencia del derecho, seria impropio de este augusto recinto de la administracion de justicia y una ridícula y orgullosa pretension por mi parte distraer la atencion de la Sala respecto de los nuevos horizontes que presenta la ciencia, tema que ha motivado el discurso que acaba de pronunciar Eurico Ferri en la Universidad de Bolonia, y que en estos instantes preocupa á los jurisconsultos. Es indiscutible que asistimos á una

evolucion científica, y que el último descubrimiento viene á negar la utilidad de los esfuerzos de Beccaria, Rossi, Carrara, Tisot y Ortolan; es tambien indudable que hoy se aspira á que la justicia se administre con las condiciones necesarias para responder á los altos fines de su institucion; que hoy se encomienda la averiguacion de la verdad en los juicios á los medios naturales que la razon y el buen sentido recomiendan; que se permite á los acusados una libertad casi ilimitada en la defensa; que se da á los debates una solemne publicidad y se exige á los jueces los fundamentos de su fallo, y así el poder de los tribunales está limitado en el ejercicio de su autoridad, al propio tiempo que por las reglas inflexibles de la ley, por el juicio severo de un pueblo ilustrado é inteligente.

Con semejantes condiciones, hoy nos ocupamos de este proceso, y fijada la cuestion, conocido el crimen que se persigue, ¿cuál es el grado de responsabilidad criminal de los procesados Aurelio Pozas, Vicente Fernandez Ledo, Sebastian Gonzalez Uzal y Bráulio Mier? ¿Procede considerar como autores á los tres primeros, cómplice al último; ó ante las pruebas practicadas en el presente juicio oral resulta ser autor único Aurelio Pozas, cómplices los guardias Vicente Fernandez Ledo, Sebastian Gonzalez Uzal y encubridor Bráulio Mier, ó son todos absolutamente culpables ó inocentes?

Difícil y muy delicado es apreciar en la generalidad de los procesos criminales las pruebas; las leyes que acerca de las mismas rigen son escasas y los comentadores frecuentemente se separan de los principios que no debian perder de vista para conciliar el justo castigo de los delitos con la debida proteccion de la inocencia. De los medios de prueba reconocidos y sancionados por la ley procesal, el ministerio fiscal ha utilizado las declaraciones de los procesados, los informes periciales, la prueba documental, la inspeccion ocular y la prueba testifical. ¿Cuál ha sido su resultado?

Respecto de los procesados, han insistido en las declaraciones prestadas en el sumario, segun la Sala ha podido apreciar, procurando eludir su responsabilidad por medio de una estudiada negativa y rechazando como falsos los cargos que les han dirigido los testigos, y con especialidad, los que resultan de las declaraciones de José Acebo Ruíz (a) *Mantequero*, Tomás Higuera, Pedro Mora Ruíz, Encarnacion Higuera, Catalina Lavin, Ramona Gomez Perez, Baltasara Gomez Lastra, Anastasio y

Santiago Lastra Mora, Antonia Samperio y Elías Gomez Acebo. Este ministerio insiste en su consecuencia respecto de cuanto expuso al combatir las declaraciones de Aurelio Pozas Gomez, Vicente Fernandez Ledo, Sebastian Gonzalez Uzal y Bráulio Mier.

La impresion que debe haber producido en el ánimo de la Sala la prueba testifical, debe ser, en mi opinion, la de considerarse ratificado solemnemente el sumario con algunas excepciones que no afectan sustancialmente la prueba testifical de cargo. La Sala sabe perfectamente que, segun nos enseña el distinguido juriconsulto inglés Geremías Bentham, para que demos crédito al dicho de un testigo, es preciso que sea responsivo, particularizado, distinto, reflexivo y no sugerido de una manera indebida, porque frecuentemente el que ha de declarar necesita para fijar su memoria, invocar el recuerdo de otros hechos, sobre fechas, pormenores, circunstancias; pues al evocar en este momento el testimonio de las personas que han declarado ante la Sala respecto á los tiros que se oyeron disparar de nueve á once; de las que oyeron tambien ladrar los perros y sintieron al mismo tiempo los pasos de personas calzadas con botas ó zapatos claveteados que pasaron por la calleja de Pereda en direccion á la iglesia; de las que vieron conducir preso á Juan de la Maza Samperio; de las que oyeron tiros de dos y media á tres, y de las que por último, le vieron ser fusilado por el alcalde Pozas. Ténganse muy presentes las declaraciones que respecto de haber oido tiros de nueve á once, y oido ladrar los perros, prestaron en este agosto recinto Encarnación Gomez Higuera, Cándida Perez Mier, Leoncio Higuera, Manuel Lavin, Eusebio Higuera Maza, Eusebio Higuera Prado, Manuel Gomez Perez, Esperanza Cárcoba Lavin, Catalina Lavin, Antonia Samperio, Domingo Gomez Lastra, Anastasio Higuera Maza; no se olvide cómo expresaron cuanto vieron en la noche del 22 al 23 de Julio los testigos José Acebo Ruíz (a) *Mantequero*, Pedro Mora Higuera, Domingo Gomez Lastra, que vieron conducir preso á Juan Maza por el alcalde, la pareja de la guardia civil y Bráulio Mier; Domingo Gomez Lastra, quien evacuó en sentido afirmativo la cita de Pedro Mora, si bien no conoció el grupo que le llamó la atencion y habia divisado al volver de la fuente, y se detuvo junto al avellano de las ánimas: testigo que despues vió correr á Bráulio Mier persiguiendo á José Acebo; Tomás Higuera, que claramente distinguió, oculto detrás de una alcantarilla, á la ron-

da ó patrulla cuando llevaba preso á Juan Maza, con las manos atadas ó esposadas, sintiendo despues los pasos de los procesados al subir la escalera exterior de piedra de la casa de Bráulio Mier; y por último, la Sala ha oido la firmeza y serenidad, no obstante el interminable interrogatorio dirigido á los hermanos Lastra, y Eleuterio Gomez Lastra, que han depuesto como testigos presenciales del hecho de disparar Pozas la carabina de dos cañones contra Juanin el Correo, y cuanto para completar la prueba dijeron Baltasara Gomez Lastra, Antonia Samperio Lastra y Elías Gomez Acebo, pudiendo apreciar el tribunal en su conciencia la gravedad é importancia de las declaraciones precitadas y la profunda enseñanza que revelan las diligencias de careo, y muy particularmente las que se efectuaron entre Pedro Mora y José Acebo con el procesado Aurelio Pozas. Seria molestar demasiado la atencion de la Sala, si el fiscal intentara enaltecer el grado de la fuerza probatoria que revelan las declaraciones anteriores, cuando la Sala acaba de oir á todos los testigos y fijas é indelebles quedan sus actitudes y firmeza al exponer cuanto saben y les consta sobre el crimen que se persigue. ¿Qué he de decir respecto de la prueba documental? La Sala conoce la importancia que revelan el oficio dirigido por el alcalde Pozas al jefe de la guardia civil en Liérganes, reclamando una pareja para reprimir los desórdenes que tenian lugar en el pueblo, y sorprender á alguno de los jóvenes que lo perturbaran; la Sala estimará en su verdadero valor como prueba documental el contexto de los fóllos leídos á peticion del fiscal, y particularmente los fóllos 153, 39, 46, 184, 198, 390 al 416, 483, 459 á 511, y las diligencias de inspeccion ocular y levantamiento de planos por los ingenieros nombrados á excitacion fiscal.

Ya que de la inspeccion ocular me ocupo, con el plano á la vista, teniendo presente lo espacioso del terreno ó sitio denominado la Castañera, punto de confluencia de los caminos de Irias, y callejuelo Sobre la Corte (en cuyo barrio están las casas de los Moras) se puede apreciar la verdad que ofrece la declaracion de Pedro Mora, y el que dadas las condiciones del terreno cubierto de arbolado pudiera ver (y no ser visto ú ocultarse en caso necesario) las cuatro ó seis personas que venian de la parte de Irias conduciendo preso á Juan Maza.

Bajando por la calleja de Pereda se encuentra formando ángulo la casa de Anastasia Higuera, que forma grupo ó manzana y presenta un ancho para la circulacion de dos metros y cincuen-

ta, mal empedrada y cerrada lateralmente por paredes. Desde la casa de Anastasia, teniendo presentes su emplazamiento, altura y condiciones de mal empedrado, fácilmente se comprende que no pudiera menos de sentirse los pasos de personas que transitaban á la hora en que los procesados bajaron por la calleja de Pereda y camino del barrio de Pereda hácia la casa de Bráulio Mier y la iglesia.

Encontrándose José Acebo Ruíz (a) *Mantequero* en el sitio desde el que se apercibió que venian el alcalde y los guardias (con las demás personas que conducian preso á Juan Maza), pudo al trasponer la calleja de Pereda ver sin ser visto cuando aquellos pasaron por junto á la casa de Anastasia Higuera, y huir por el callejo de la Fraguona y desde el fontano cruzar por la senda en direccion á Irias.

Continuando el descenso ó bajada por la calleja de Pereda hasta llegar á la plaza de Lavin, se encuentran á la izquierda del camino una alcantarrilla ó tagea, cuyo suelo forma ángulo recto en la seccion vertical, y dadas las dimensiones que tiene en su desagüe por la plaza como por la configuracion del terreno, permiten que una persona pueda ocultarse á la vista de otra que baja por el camino de Pereda en direccion á la Iglesia, segun declara y afirma el testigo Tomás Higuera que se ocultó, por temor á que el alcalde ó los guardias cometieran contra él alguna arbitrariedad ó le llevaran preso, expresando se hallaba cuando vió venir á los procesados conduciendo preso á Juan Maza en el sitio donde se hallan emplazadas las casas de José Gomez y Manuel Lavin. Desde la alcantarrilla, y acurrucándose, segun claramente dió á entender cuando sobre este particular declaró á instancia de las defensas de los procesados, una persona que allí se oculte puede perfectamente ver cuanto vió Tomás Higuera, y no bien pasa la patrulla, como al dirigirse esta hácia la iglesia va dando la espalda al que se halla escondido en dicha alcantarrilla, Tomás Higuera pudo fácilmente incorporarse poco á poco y ver marchar á los procesados sin que le vieran avanzar despues escasamente un metro y verlos tambien subir por la escalera de piedra que hay en la parte exterior de la casa de Bráulio Mier; cuya parte media se divisa sin necesidad de subir al camino.

Desde el ángulo al que se refieren los hermanos Lastra, como punto ó sitio donde se refugiaron y desde el que dicen que vieron en la noche del 22 fusilar á Juanin, el correo, se distin-

que perfectamente casi todo el Campo de la Iglesia, especialmente el que media entre la Torre y la Celda, siendo verosímil y creíble cuanto declararon respecto á haber podido presenciar el acto de disparar Pozas los dos tiros contra Juan Maza desde el punto mismo que señalan. También los hermanos Lastra pudieron ver á Pozas, al guardia y á Juan Maza bajar por las escalerillas que desde la casa de Bráulio Mier dan acceso al Campo de la Iglesia, después de cruzar el camino, y dirigirse al sitio del suceso de autos, ó sea al punto intermedio entre la Torre y la Celda. Pues consta al señor magistrado ponente, que estuvo en Miera para la práctica de la diligencia que nos ocupa, que la casa de Bráulio Mier está enfrente de la iglesia y muy próxima al Campo de la misma, y que por esta razón cuanto allí ocurre se oye perfectamente desde la expresada casa, lo mismo que desde la de Pozas y las inmediatas.

Bajando por la calle de la Cárcoba hay un sitio verdaderamente fijo, determinado, matemático, desde donde se ve el banco de piedra adosado á la pared que está enfrente á dicha calle, pero no otro más pequeño que se halla junto á la Fuente Sagrada, con la que forma ángulo; la Sala comprenderá por qué lo declaró por la cartera, Manuela Lavín, nos merece el concepto de ser falso que viera al amanecer á Juan de la Maza.

Situadas las personas que asistieron á la práctica de la inspección ocular en el balcón de la casa de Antonia Samperio, vieron en extensión bastante el camino ó calle de la Cárcoba y unos avellanos situados próximamente á cincuenta pasos de la casa de Aurelio Pozas; de manera que es perfectamente verosímil y creíble cuanto ha declarado Antonia Samperio Lastra. Realizada después la prueba de los disparos en el mismo Campo de la Iglesia, se oyeron perfectamente desde el balcón y ventana de la casa de Antonia, apreciándose sin dudar la dirección de donde procedían las detonaciones, si bien no se divisó el humo producido por los mismos. Pero este detalle, más ó menos importante, pueden ser muchas las causas atmosféricas que influyan para que el humo pudiera verse en una noche de plenilunio, clara, estival, apacible y serena como lo fué la del 22 al 23 de Julio de 1883, y no en una tarde al oscurecer, y cuando reinaba un temporal de Levante, que es cuando se efectuó el experimento ó prueba de este particular.

Antes de terminar el examen rápido que nos ocupa sobre el resultado de las diligencias de prueba relativas á la inspección

ocular, diremos que no es posible que José Acebo, Tomás Higuera y Pedro Mora y demás testigos que en las primeras horas de la noche del 22 de Julio pudieron ver conducir preso á Juan de la Maza Samperio, fuesen encontradas por las personas que habian salido de casa de Lavin á las nueve y media de aquella noche ¿Cómo es posible, se dirá, que no pudieran encontrarse? ¿Cómo se comprende que tanto Simon Acebo como Juan Lastra Chaves, Alejo Gomez y los demás compañeros no vieran á Tomás Higuera, Pedro Mora, José Acebo y Manuel Acebo? Pero sin necesidad de grande esfuerzos se comprende, y basta recordar los términos claros y concretos en que han declarado Manuel Acebo y José Acebo, y recordar al mismo tiempos manifestaciones que á preguntas del ministerio fiscal hicieron Alejo Gomez y los demás, teniendo en cuenta la situacion topográfica del terreno y las manifestaciones hechas respecto del punto por donde pudieron marchar Tomás Higuera y el *Mantequero*, y se reconocerá con la vista fija en el plano, que sin necesidad de llevar la direccion de la calleja de Pereda, unos y otros podían por distintos caminos marchar en direccion á sus respectivas casas sin ser vistos por los testigos Alejo Gomez, Juan Lastra Chaves, Simon Acebo y Manuel Acebo.

Restáanos solo ya para completar el rapidísimo exámen de las pruebas articuladas por el fiscal que tiene la honra de dirigir la palabra al Tribunal, ocuparnos de los informes dados por los médicos, armeros y sastres. No es este el momento oportuno de disertar sobre los particulares que comprenden los interrogatorios formulados á los peritos médicos que practicaron la autopsia del cadáver, como tambien á los demás que préviamente citados por las partes, declararon ante la Sala segun su leal saber y entender. El fiscal, respetando las opiniones que en contra de lo que resulta de las diligencias de autopsia é informes emitidos ante el Magistrado Juez instructor formularon los médicos nombrados por las defensas de los procesados, cree de su deber hacer constar como resultado de la prueba pericial médica:

1.º Que la causa próxima de la muerte de Juan de la Maza Samperio fué la de las heridas de arma de fuego que se le produjeron en la noche del 22.

2.º Que deben considerarse colectivamente mortales, y más aun mortal de necesidad de un modo mediato la herida del áxis á consecuencia de la conmocion cerebro espinal producida por el proyectil.

3.º Que el herido no pudo hablar, gritar, ni moverse efecto de la conmocion graduada, y tan solo produjo sonidos inarticulados.

4.º Que el tiempo de vida debe calcularse aproximadamente el de dos horas; vida orgánica tan solo, no de relacion no pudiendo su inteligencia en este momento ó período coordinar ideas.

5.º Que las heridas fueron causadas por disparos hechos á continuacion uno de otro con escopeta Lefaucheux de dos cañones y proyectil aglomerado.

6.º Que las conmociones son causadas por la velocidad de los móviles, siendo un absurdo considerar que efecto de la masa, puede una pelota romper un cristal, como se ha supuesto, y que si hubiéramos de calificar de leves las heridas del Maza (según uno de los señores médicos que ha disertado ante la Sala) y no admitir la conmocion cerebro-espinal como causa de su muerte, no habiendo señales en la autopsia de otra ninguna, el interfecto Juan Maza viviria en este momento, y el milagro de la resurreccion se habria realizado por la rotura de un cristal.

Respecto de los peritos sastres y armeros nada nuevo nos han dicho, nada que pueda influir en contra de los dictámenes ó informes emitidos en el sumario y que modifiquen sus conclusiones. El fiscal ante lo que dicen Mr. Adelan, Larrey, Devergue, Gavannet y Tardin (cuyas obras frecuentemente tiene que consultar y examinar) sostiene como conviccion propia y sin temor á ser desmentido por las defensas de los procesados, que es un hecho constante la quemadura de los bordes de la piel cuando el tiro se ha disparado á muy corta distancia, pero que es raro que el fuego se comunique á los vestidos, de manera que el que las ropas de Juan Maza aparezcan ó no quemadas por los agujeros hechos por los proyectiles, no tiene más importancia que la que se pretende dar por las defensas: por otra parte bueno es no olvidar que los hombres de la ciencia médica que se dedican con especialidad á examinar los efectos producidos en el cuerpo humano por los proyectiles aglomerados, cónicos, esféricos, etc. de las armas de fuego proclaman es imposible enumerar todas las particularidades que pueden presentar las heridas de arma de fuego.

Tal es el resultado que ofrecen las pruebas articuladas ante la Sala, pruebas propuestas por este ministerio no desvirtuadas por las realizadas á petición de las defensas; pero si aquellos medios probatorios no fueran bastantes para formar la conciencia judi-

cial á que se refiere el artículo 741 de la ley de Enjuiciamiento criminal, artículo que simboliza el triunfo del principio de que para el descubrimiento de la verdad no debe sujetarse el criterio judicial á reglas científicas ni á moldes preconcebidos y determinados por la ley, sino más bien deben fiarse al sentido íntimo é innato que guía á todo hombre en los actos de la vida, á falta de aquellos medios tenemos los indicios que han de contribuir poderosamente á formar la opinion del tribunal respecto del delito y personas responsables.

Nuestras leyes de Partida rechazaron la prueba de indicios, exceptuando, sin embargo, el delito de adulterio por la dificultad que ofrece á una prueba completa; pero nuestro derecho moderno se separa de esta doctrina; hoy, ante el precepto legal del artículo 741 de la ley de Enjuiciamiento criminal, artículo que me recuerda la célebre regla 45 del reglamento provisional para la administracion de justicia y aplicacion del Código penal de 1848 reformado en 1850, hoy los tribunales, ante el concurso de la prueba indiciaria, han de procurar é intentan adquirir el convencimiento por las reglas de la critica racional.

Podrá ser que los señores letrados defensores de los procesados consideren por engañosas las sospechas ó presunciones como medio de prueba, ó rechacen la prueba indiciaria por corresponder al orden moral; si tal objecion se presentara, me anticipo á contestarla, respondiendo que toda la prueba, á excepcion de las que son producto de la evidencia material, como la inspeccion ocular, la documental y la pericial, las demás son del orden moral, y la Sala sabe muy bien que la evidencia interna, externa, deduccion é induccion, son fuentes del criterio racional, y á ellas tenemos que recurrir siempre para obtener la evidencia, segun la famosa ley 12, título 14 de la partida 4.^a, evidencia á la cual se referia la precitada regla 45 del reglamento provisional, evidencia que ha de adquirir el juzgador al formar su conviccion, su conciencia, segun el espíritu del artículo 741 de la ley de Enjuiciamiento criminal, y la evidencia que rechaza la duda racional da siempre resuelto el problema de las pruebas y el de la íntima union de las presunciones ó indicios con el delito y sus agentes.

Evidencia, luz interna con cuyo resplandor percibe nuestra inteligencia las ideas con toda claridad; criterio, medio para conocer la verdad: el hombre adquiere esta verdad aplicando sus facultades, sirviéndose convenientemente de la razon que le ilu-

mina, de la imaginacion que pinta y de la religion que diviniza. Ahora bien; para que la Sala juzgue necesita conocer la verdad legal del proceso, y esta se adquiere por la prueba. La Sala sabe mejor que yo de dónde procede la teoría de las pruebas plenas y semi-plenas; la Sala sabe perfectamente que el sistema de las pruebas plenas dominó en Atenas y en Roma, especialmente antes del imperio; que en el día rige en Francia y en varios estados de Alemania, como Wurtemberg, Baden, Baviera; y el sistema de las pruebas semi plenas fué adoptado por los Pontífices en el derecho canónico, y lo está igualmente en los principales estados de Alemania, Austria y España desde la promulgacion de las últimas leyes procesales, y en especialidad desde las promulgadas en fecha posterior á 1870 y muy particularmente desde la de la novísima ley de Enjuiciamiento criminal.

La Sala conoce cuál es la diferencia entre la certilumbre que se obtiene por los indicios y la que se adquiere por la fé del testimonio; por algo y para algo el legislador escribió el art. 741 de la ley de Enjuiciamiento criminal. La Sala recuerda muy bien la ley 14 del Digesto, las opiniones de los jurisconsultos Pablo Castro, Gregorio Lopez, Sancho Llamas Molina, la teoría de los indicios necesarios, las pruebas privilegiadas que establecen las leyes recopiladas y de partida, y con especialidad, las leyes 12, título 14, partida 3.^a; la 26, título 1.^o partida 7.^a, y la 21, título 4.^o, partida 3.^a, que prescribe á los jueces el modo de inquirir la verdad por cuantas maneras pudieren, ó, sobre todo, si por privilegios ó por grandes sospechas no la pudieren saber ó por presunciones ó indicios; prueba indiciaria ó circunstancial, formada por otros tantos testigos mudos que coloca la Providencia al rededor del crimen para hacer resaltar la luz de la sombra en que los procesados se esfuerzan para ocultar el hecho principal; prueba indiciaria, verdadero faro que ilumina al juzgador y le dirige hácia los seguros vestigios para ocultar la verdad.

Teniendo la alta honra de dirigir la palabra á un tribunal ilustrado de derecho, debo prescindir de ocuparme respecto del carácter de la prueba circunstancial, ó por el concurso de circunstancias, expresion de la que se sirven algunos tratadistas ingleses, y de los diferentes sistemas que reconocian las legislaciones en materia de prueba indiciaria é importancia que siempre han dado los jurisconsultos al argumento, indicio y signo, y recordando la division de indicios anteriores, concomitantes y posteriores, atemperemos á la misma los indicios que deben enume-

rarse y ser muy tenidos presentes por la Sala al fallar este proceso, ó sean los siguientes:

1.º La enemistad del ex alcalde Pozas contra Juan de la Maza Samperio y su familia, enemistad que se manifiesta claramente por la constante y antigua persecucion contra Juan, á quien difama despues de muerto en sus declaraciones; enemistad que se evidencia por el ódio encarnizado que profesa á toda la familia, por maltratar á Julia Maza, segun esta declara, en el monte Cagigal tres años antes del suceso de autos; enemistad que se refleja, segun la misma Julia, en influir Pozas cuanto puede para privar á la familia del escaso recurso que podria ofrecerles la estafeta ó cartería, de cuyo servicio estuvo encargado Juan Maza; enemistad por la cual Pozas afirma que el interfecto Maza era discolo, pendenciero y capaz de cuanto Pedro Mora le indicara y no probar sus afirmativas; enemistad considerar á Juan Maza como á uno de los jóvenes perturbadores del órden público y de los que constantemente disparaban tiros y resultar que no tenia escopeta. (Declaraciones de los testigos, entre otros, Julita Maza, Cristóbal Samperio, Juan Lastra Chaves, Encarnacion Gomez Higuera.)

2.º Vencedor Pozas, ó sea el bando contrario al en que militaba la familia de Juan Maza Samperio y los Moras, siendo ya alcalde, y por las razones expuestas anteriormente, ocurrieron frecuentes sucesos desagradables que durante las noches perturbaron el sosiego y tranquilidad del vecindario, y para conservar el órden el ex-alcalde Pozas se desentendié completamente de lo preceptuado por los artículos 199 de la ley municipal, 14 y 19 de la provincial, interpreta despóticamente la ley de 23 de Abril de 1870, se olvida de sí propio como delegado del gobierno, como administrador del municipio y como verdadero juez en la esfera administrativa, y uo estando en suspenso las garantías constitucionales y sin temor á la inmensa responsabilidad que pueda serle exigible por el Código penal, procede en la forma que resulta de autos y han declarado los testigos ante la Sala, patrulla con fuerza armada por las calles de Miera, se erige en verdadero señor feudal de horca y cuchillo, en otro célebre alcalde Petior, da una batida, echa un verdadero ojeó, prende á Juan Maza Samperio y lo fusila por la espalda.

3.º La idiosincrasia y carácter violento de Pozas, segun se desprende de las declaraciones de Juan Higuera, Domingo Fernandez Alonso, Tomás Gomez Maza, Ramon Perez Gomez,

Julita Maza, Cándida Mier; pues ante el aserto de estas personas se deduce que, ó por sentimientos políticos ó por defender los intereses de su suegro ó de los suyos particulares, Pozas dispara armas de fuego contra quien le falta ú ofende en lo más mínimo y siempre lleva consigo el revolver ó la carabina; amenaza gravemente al sacerdote don Cristóbal Samperio, maltrata á Julita Maza, dispara tiros contra Juan Higuera y á Tomás Gomez Maza, arroja en un calero á Valerio, y amenaza con la carabina á José Acebo (el *Mantequero*).

4.º indicio. Resultar probados los cargos que enuncié al ocuparme de los fundamentos que tuvo el juez de instruccion de Santoña para acordar el procesamiento del alcalde Pozas, de los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo, Sebastian Gonzalez Uzal, y del juez municipal electo Bráulio Mier.

5.º indicio. Los deseos expresados por el alcalde Pozas en el oficio dirigido al comandante del puesto de la guardia civil de Liérganes, y resultar probado que rondó armado de carabina y acompañado de los guardias y de Bráulio Mier, y oirse disparos de arma de fuego durante la hora y sitios por donde la ronda patrullara, segun el testimonio de Manuela Gomez Perez, Manuel Lavin Lastra, D. Cristóbal Samperio, Fernando Gomez Acebo, Daniel Gomez Higuera, José Acebo Ruíz, Alfonso Cárcoba Higuera, Pedro Mora Higuera, Eusebio Higuera Maza, Josefa Higuera Perez, José Gomez y Gomez, Catalina Lavin, Antonia Samperio Lastra, Eusebio Higuera Prado, Agustina Gomez y Gomez, Agustin Perez Lastra, Emilio Higuera Gomez, Encarnacion Gomez Higuera, Esperanza Cárcoba Lavin, Víctor Higuera Gomez, Cándida Mier Perez, Leoncio Higuera Acebo, Luisa Lavin Higuera, Marcos Gomez Ruíz, Eusebio Higuera Maza y Manuela Gomez Perez. (1)

6.º indicio. Resultar probado que solo rondaron armados de escopetas y carabinas, en la noche en que fué herido por disparo de arma de fuego Juan de la Maza, el alcalde Pozas, los guardias Ledo y Uzal y Bráulio Mier, quienes condujeron preso á Maza en direccion á la casa de Bráulio Mier, á la hora en que se oyeron ladrar los perros y transitar hacia la iglesia y de la iglesia hacia la precitada casa de Bráulio Mier, segun las de-

(1) Parte de estos testigos declararon ante la Sala y otros ante el juzgado de Santoña.

claraciones de Antonia Perez Mier, Domingo Ortiz Cobo, Domingo Gomez Lastra, Anastasia Higuera Maza, Cándida Mier Perez, José Acebo Ruiz, Pedro Mora Higuera, Tomás Higuera, Eusebio Higuera Prado y Eusebio Higuera, que declaró ante la Sala haber visto desde su casa conducir una persona entre la Torre y la Celda, entre cuatro y cinco de la mañana, por varios individuos, oyendo antes varios tiros.

8.º indicio. Oir tiros á la misma hora de ser herido Juan Maza, ó sea de dos y media á tres, los testigos Agustin Gomez y Gomez, Catalina Lavin Perez, Baltasara Gomez Lastra, Elías Gomez Acebo, Antonia Samperio Lastra y Eleuterio Gomez Lastra.

9.º indicio. Ser vistos Pozas y los guardias; recorrer la poblacion, no solo á las horas que indican en sus declaraciones, sino en otras más avanzadas, por los testigos Anastasio y Santiago Lastra y Mora, Elías Gomez Acebo y Antonia Samperio Lastra.

10 indicio. Que el testigo que aseguró haber visto conducir prisionero y maniatado á Juan Maza por los cuatro procesados, le vieron otros testigos en las inmediaciones de la calleja de Pereda, lo cual corrobora la verdad de su dicho, y ser este testigo halagado primero, cohibido despues y amenazado gravemente por Pozas con dispararle un tiro con la carabina que llevaba; siendo tambien amenazado por el cabo Martiniano Chape-ro en la mañana del 26 de Julio (hallándose presentes Balbina, mujer de Bráulio Mier y Pío Lavin).

11 indicio. La marcada insistencia que revelan los guardias civiles Ledo y Uzal y el paisano Bráulio Mier en hacer constar que el herido Maza habló por la mañana y no hizo cargos á nadie, lo cual habria estando ellos delante y siendo los agresores; hecho desmentido por los informes de los facultativos que declararon ante el magistrado juez instructor, por varios testigos y por las contradicciones en que los tres procesados han incurrido en sus respectivas declaraciones.

12 indicio. Ofrecer el carácter de ser una farsa constitutiva de una verdadera falsedad las diligencias practicadas ante el juzgado municipal de Miera, segun procuré demostrar anteriormente, corroborándose, además, por las manifestaciones de José Acebo, que tuvo que rectificar varios conceptos de su declaracion ante el juzgado de instruccion, que, no siendo favorables á los procesados, no se consignaron en la primera declara-

cion extendida ante el juzgado municipal de Miera, y expresar Julita Maza no la interrogó el juez municipal sobre puntos directos relacionados con la muerte de su hermano.

13 indicio. Importante de culpabilidad contra los guardias el que, estando alojados en la casa de Bráulio Mier, muy próxima ó contigua al Campo de la Iglesia, desde la cual, aun teniendo un sueño muy profundo, pudieron y debieron oír los varios disparos de arma de fuego que oyeron muchos testigos, procedentes aquellas detonaciones del Campo de la Iglesia, hechas de dos y media á tres de la madrugada, y expresar aquellos que de nada se apercebieron.

14 indicio. De culpabilidad contra los guardias y Bráulio Mier y aun contra el alcalde Pozas, ser Manuela Lavin Perez la carterera, que sustituyó á Juan Maza en este cargo, la que al brillar la aurora avisó á Bráulio Mier diciéndole que habia oído quejarse á Juan Maza, siendo su dicho muy sospechoso por no resultar probado que viera al herido desde el único punto que podia ser visto en aquella, y saber los guardias la muerte por lo que Bráulio Mier observara desde la ventana y no por haber oído á la Manuela Lavin, (1) y semejante misterio implica cierta connivencia entre Bráulio Mier y los guardias, para que estos pudieran simular la fórmula por la cual supieron la desgracia, alegando de este modo cualquier género de sospechas respecto de su mayor ó menor intervencion ó participacion en el crimen, y poder despues incoar en la forma que resulta las famosas y célebres diligencias que sirven de cabeza á este proceso.

15 indicio. Contra los guardias: la manera y forma de incoarse el expediente ó diligencias sumariales por la jurisdiccion militar, ó sea á consecuencia de remitir el comandante de la provincia los dos anónimos que figuran al principio de la expresada pieza instruida por la jurisdiccion militar, teniendo entonces la expresada jurisdiccion de guerra un oficial fiscal especial en 6 de Agosto, es decir, quince dias despues de haberse cometido el delito, y no constar que aquellas se incoaran por iniciativa de los guardias Ledo y Uzal y cumplir estos con los deberes de su ordenanza y preceptos legales, citados anteriormente, y haberse lamentado varios testigos ante la Sala, haber sido objeto por parte del oficial fiscal militar y cabo Martiniano Chaperó de graves amenazas y coacciones.

(1) Declaraciones de los guardias ante el juzgado municipal.

16 indicio. Contra los guardias: la manera y forma de prestar el servicio que reclamara el alcalde en la noche célebre 22 de Julio de 1883, juntamente con las manifestaciones que el guardia municipal Daniel Gomez Higuera hizo á José Higuera Prado en la mañana del 23, sospechando este tuviera participacion la guardia civil en la muerte de Maza.

17 indicio. Contra los cuatro procesados: intentarse al principio crear la opinion de ser la muerte de Juan Maza efecto de un accidente casual, ó sea á consecuencia de haberse caido cuando fué á beber agua á la Fuente Sagrada, donde (dicen) le dió mucho mal, y una vez que el juzgado de Santoña empezó á conocer del proceso, se indicó fuera tal vez motivada la muerte del Juan por alguna imprudencia cometida por los jóvenes Pedro Mora, Tomás Higuera y José Acebo, que rondaran con el mismo, disparando tiros; sosteniéndose esta creencia solo por los procesados, calumniando á los precitados jóvenes.

18 indicio. No haberse desvanecido los cargos que desde un principio resultan contra los cuatro procesados y los anteriores indicios de culpabilidad, no obstante que en esta causa no hubo sigilo sumarial, y Pozas supo, tan pronto como declararon José Acebo Ruiz, Pedro Mora, Tomás Higuera y los hermanos Lastra, los gravísimos cargos que imputaban, tanto á él como á los otros procesados; apurar todos los recursos de su ingenio para desvanecerlos y no conseguirlo.

19 indicio. Las contradicciones que resultan de lo declarado por Pozas y la señora, y hermana Josefa Perez Gomez, como igualmente de lo aseverado por la criada respecto á quien abrió y cerró la puerta de la casa en la noche del 22 y madrugada del 23 en las diferentes ocasiones que salió, ya como alcalde, ó bien como médico al visitar al herido Juan Maza.

20 indicio. Contra los cuatro procesados: las declaraciones que por fama y rumor público prestaron ante el juzgado instructor treinta y dos testigos sumariales, imputándoles la prision y muerte de Juan Maza Samperio, y ante la Sala han declarado José Higuera Prado, Cristóbal Samperio, Agustín Acebo, Encarnacion Gomez Higuera, Cándida Mier Perez, Leoncio Higuera, Miguel Higuera Mier, Antonia Perez Mier, Juan Lastra Chaves, Manuel Lavin Barquin, Eusebio Higuera Maza, Eusebia Higuera Prado, Juan Higuera Maza, Fermin Gomez y Gomez, Tomás Gomez Maza, Agustín Cárcoba Gomez, Balbina Higuera Higuera, Manuela Gomez Perez, Manuel Acebo Perez,

Ramon Gomez Perez, Esperanza Cárcoba Lavin, Celestina Lastra Mora, José Acebo Ruíz, Pedro Mora, Agustín Gomez Higuera, Anastasia Higuera Maza, Catalina Lavin, Antonia Samperio Lastra.

Conocidos los indicios que elocuentemente acusan á los procesados, ¿cuáles son los contra indicios, ó contra presunciones, indicios de la inocencia? ¿Resulta probado legalmente que los testigos de cargo son falsos? ¿Se ha acreditado que Pozas no tuvo la menor intervencion, ni parte directa é indirecta en la ejecucion del hecho criminal? ¿Los guardias no cooperaron á la consumacion del delito por actos anteriores ó simultáneos? ¿Bráulio Mier no auxilió á los delinquentes, ni hizo cuanto pudo por impedir el descubrimiento del delito? pues entonces el fiscal de S. M. es el primero, y se anticipa á las defensas de los procesados, en pedir á la Sala la libre absolucion de los mismos. ¿Resultan ciertas las aseveraciones, y comprobadas legalmente las coartadas y por el concurso de las pruebas articuladas, forma la Sala en su conciencia el mismo juicio que ha formado el ministerio fiscal, que desde este puesto, y en este instante, proclama que considera á Pozas autor del delito de asesinato que se persigue, cómplices á los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, y encubridor á Bráulio Mier Maza? Pues entonces pido á la Sala que les imponga las penas señaladas en el Código.

Entre los diversos testigos de descargo, en cuyos testimonios se apoyan las defensas al solicitar de la Sala la absolucion de los cuatro procesados, se han presentado unos, como Eleuterio Pedraja, Aureliano Gomez, Francisco Cobo Lavin, Fulgencio Cobo, Cosme Acebo Higuera, para darnos una prueba privilegiada de su memoria, ó sea la de recordar haber visto en la noche del 22 al 23 de Julio de 1883 pasar á las nueve y treinta, á las nueve y veinte minutos á la pareja en direccion á Miera, la cual, segun el tiempo que afirman se emplea en recorrer el trayecto de Liérganes á Mortesante, Mirones á Miera, no debió llegar hasta las once de la noche, en lo cual han faltado á la verdad. Otros, como José Lavin Perez, Manuel Lastra y Pío Lavin, que creen serian los jóvenes, y precisamente los testigos de mayor cargo, los que en la noche del 22 dispararian los tiros, siendo de esta opinion el célebre secretario del ayuntamiento de Miera: otros, que hoy la mayoría en algunos barrios considera inocentes á los procesados, y un coro de ancianos canta ante la Sala las exce-

lencias de los buenos antecedentes de Pozas como médico y convecino.

Todos somos buenos hasta el momento desgraciado en que dejamos de serlo; tambien el médico Marthieu Bartha fué un dechado de probidad y honradez hasta que, impulsado por un fanatismo, mató al peregrino que hospedó en su casa y lo asesinó diciendo que su objeto fué estudiar la circulacion de la sangre; tambien fué bueno Luis Verger, hasta que hundió el puñal en el virtuoso monseñor Sibour, arzobispo de Paris; tambien madame Lafarge, fué reputada como una mujer virtuosa, honrada y perteneciente á una familia distinguida, y sin embargo, su nombre recuerda uno de los procesos más conmovedores, por la misma naturaleza del crimen imputado, por los extraños y multiplicados incidentes que lo rodearon, por las infinitas seducciones de la acusada de haber envenenado á su marido Mr. Cários Lafarge.

No obstante las pruebas articuladas por las defensas de los procesados, y ante el que ofrecen las pruebas compuestas de las perfectas é imperfectas de la acusacion, desgraciadamente si la Sala forma el mismo juicio y concepto que el fiscal de S. M., no podrá menos que reconocer como consecuencia lógica de aquellas pruebas, que Aurelio Pozas es autor del crimen de asesinato, cómplices los guardias Ledo y Uzal, y encubridor Bráulio Mier. Las leyes penales y de procedimientos, tienen un doble objeto; aquí venimos á proclamar la verdad, y á demostrar la seguridad de que el culpable es castigado por el brazo de la justicia vengadora, cualquiera que sea su posicion social, sábio ó ignorante, rico ó pobre, menestral ó señor, cuando resulta ser criminal, del mismo modo que el procesado que es inocente no ha de temer un fallo injusto, sino confiar en la defensa del ministerio fiscal y en el amparo de los tribunales de justicia; aquí, ante la ley, en este augusto recinto, todos somos iguales.

Fijemos la tercera conclusion; veamos cuál es realmente el grado de participacion de los cuatro procesados; cuál la conclusion definitiva que ante lo expuesto se deduce respecto de la participacion de Aurelio Pozas Gomez, Vicente Fernandez Ledo, Sebastian Gonzalez Uzal y Bráulio Mier, en el cruento drama ejecutado entre la Torre y la Celda en la noche del 22 al 23 de Julio de 1883.

La primera consideracion de toda responsabilidad en el terreno de la ley penal, es la certeza del hecho posible que dió oca-

sion á ella. Si del hecho falta, es innegable que el crimen no puede existir.

En el caso presente existen los siguientes actos principales y accesorios:

Principales: 1.º Ser preso Juan Maza y conducido á la casa de Bráulio Mier; (probado por las declaraciones de los testigos José Acebo Ruiz (a) el *Mantequero*, Pedro Mora y Tomás Higuera.)

2.º El preso Juan Maza (víctima de una verdadera detencion arbitraria) es conducido de dos y media á tres al campizo de la iglesia y fusilado por la espalda; (probado por las declaraciones de los hermanos Lastra y Eleuterio Gomez Lastra.)

¿Quién resulta autor, quién ó quiénes cómplices y encubridor?

El alcalde D. Aurelio Pozas Gomez resulta ser autor, conforme á los números 1.º y 2.º del artículo 13 del Código penal vigente; porque tomó parte directa en la ejecucion del hecho; porque indujo á los otros á cometerlo (ora por precepto ó resolucion pactada, lo que constituye una verdadera excitacion intencionada); Pozas es autor segun el artículo 13: son autores, 1.º los que toman parte directa en la ejecucion del hecho; 2.º los que fuerzan ó inducen directamente á otro á ejecutarlo.

Cómplices; artículo 15: Los que no hallándose comprendidos en el artículo 13 cooperan á la ejecucion del hecho por actos anteriores ó simultáneos

Anteriores: la prision en la forma que se verificó y mirándose el fundamento de la misma —Maza resulta hasta ahora que es inocente, porque no se ha probado lo contrario

Actos simultáneos: Sin el concurso de los guardias, el alcalde Pozas no habria ejecutado el hecho; no habria preso á Maza, no le habria intimidado hasta el extremo de matarle en la forma que lo verificó, ó sea con las circunstancias agravantes 2.ª, 9.ª, 11.ª, 15.ª, del artículo 10.

Existen además los siguientes actos anteriores: 1.º Los dos guardias contribuyeron á la prision arbitraria (sin la cual Maza no habria sido fusilado).

2.º Los guardias vigilaron al preso hasta las altas horas de la noche (cooperaron á que el preso fuera sacado de dos y media á tres acompañando uno ó los dos, segun declaró Eleuterio Gomez Lastra, hasta el Campo de la Iglesia donde se cometió el crimen).

3.º Los dos contribuyeron con su carácter de guardias civi-

les, con la influencia y prestigio de su instituto, y con el respeto y confianza que siempre infunden, á que Maza se dejara conducir á aquel sitio sin oponer la menor resistencia, ni emplear la más mínima defensa, lo que no es presumible si Juan Maza se hubiera hallado solo con el alcalde, ni este por sí solo se atrevió á cometer el crimen hasta que se vió acompañado de la guardia civil.

4.º Los guardias debían tener algun conocimiento anterior en mayor ó menor escala de los proyectos criminales, cuando el guardia que llevaba cogido del brazo á Maza se apartó al disparar el alcalde (según declaraciones de los hermanos Santiago y Anastasio Lastra Mora), y tambien se desprende algun conocimiento anterior de la exclamacion de Bráulio Mier: Matar, no, don Aurelio; matar, no; no mate usted.

5.º Los guardias no prendieron al alcalde al intentar realizar, ni después de consumado el crimen, sino que después, todos, en union de Bráulio Mier, regresaron á la casa del mismo, según se desprende de lo declarado por el testigo Elías Gomez Acebo.

Bráulio Mier y Maza.—1.º Intervino en la prision de Juan Maza.

2.º Acompañó armado á Pozas con los guardias hasta su casa, donde permaneció encerrado Juan Maza.

3.º De la casa de Bráulio Mier fué sacado el preso con conocimiento suyo: desde su casa presencié el crimen, si bien al consumarse, lleno de espanto é impulsado por el remordimiento de la conciencia, exclamó: Matar, no, don Aurelio; matar, no; no mate usted.

4.º Bráulio Mier sabe quién fusiló á Juan Maza, y ante lo preceptuado por el art. 16, núm. 3.º, resulta que ha empleado por su parte cuantos medios pudieran contribuir á favorecer al culpable Pozas; á que se borren las huellas del crimen; á que el cadáver fuese considerado como efecto natural de una desgracia puramente accidental ó resultado de una imprudencia temeraria, favoreciendo las aspiraciones del alcalde y de los guardias, ó sea de los que resultan autor y cómplices, es decir, que Bráulio Mier oculta el crimen de asesinato.

5.º No se olviden los cargos que le imputan Catalina, la panadera, José Acebo (el *Mantequero*), Elías Gomez, que vió antes de amanecer, desde la cerca de la huerta de don Cristóbal Samperio, un grupo armado compuesto del alcalde, los guardias y otras personas que subían á casa de Mier.

6.º Téngase muy presente que Bráulio Mier es la primera persona que sabe por Manuela Lavin Perez hallarse herido gravemente Juan Maza Samperio, que baja al Campo de la Iglesia con los guardias y se asocia con los mismos para representar la farsa que allí tuvo lugar.

7.º Que Bráulio Mier no debe ignorar quién fué la persona ó personas que levantaron al herido del sitio donde cayera al ser herido mortalmente por Pozas; quién ó quiénes le trasladaron á la Fuente Sagrada, junto á la que apareció sentado; quién ó quiénes, desempeñando el papel de Verónica, le limpió el rostro, lavó la cara y cabeza á Juan Maza Samperio. Además, Bráulio Mier, lo mismo que los otros procesados, pudo, si las heridas no eran tan graves como digeron los médicos que á instancia de las defensas han comparecido ante la Sala, haber contribuido por su parte en lo posible á que sobreviviera Maza ó no muriera, al menos, tan pronto.

8.º Bráulio Mier nada responde al *ubi est qui fecit*, nada contesta respecto á quién asesinó á Maza, y prefiere con su criminal silencio sentarse en ese banquillo con los otros procesados. Bráulio Mier prefiere encubrir, que segun el Diccionario de la Lengua es «tapar, ocultar, velar alguna cosa, no exponerla, »no manifestarla, impedir que se vea, que se sepa, que traspire »ó se trasluzca algo sucedido que no conviene trascienda, segun »el caso en cuestion, servir de cómplice, de partícipe, ocultador »de hechos ó manejos ruines.»

Si no hubiera encubridores, como Bráulio Mier, no habria malhechores como Aurelio Pozas, Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal. Si Bráulio Mier no fuera encubridor no habria autor ni cómplices del asesinato de Maza, porque de creer los delincuentes que no les auxiliarian posteriormente para sustraerse á la accion de la justicia, es muy posible que el crimen no se hubiese consumado; al solicitar el concurso de Bráulio Mier habria repetido Pozas aquellas palabras: Vámonos; tal vez nos perjudique... Ya conoce la Sala el grado de participacion de los cuatro procesados; tal es la tercera conclusion que el fiscal sostiene como definitiva, modificando en la precedente forma la enumerada en tercer lugar en el escrito de calificacion.

Ofenderia á la ilustracion de la Sala, si, desnaturalizando por mi parte el verdadero carácter de estos debates forenses, la verdadera idea del juicio oral, y separándome del objeto que el le-

gislador se propuso al formular el artículo 734 de la ley de Enjuiciamiento criminal, me apartara al informar de los hechos que resultan probados en el juicio, de su calificación legal, participación que en el mismo tuvieron los procesados y del exámen de la responsabilidad civil y criminal en que han incurrido. Faltaría á los deberes de mi ministerio, si, abstrayéndome de aquellos objetivos, intentara penetrar en el exámen teórico del delito, en los verdaderos fundamentos de la imputabilidad, en el sugeto pasivo del delito, en el delito de acción y de inacción. Si tal fuera mi pretensión, ¿no es verdad que no haría sino mal repetir la expuesto por nuestro inolvidable don Joaquín Francisco Pacheco en sus comentarios al derecho penal de 1850, y particularmente en lo que á todos nos enseña en aquellas elocuentísimas lecciones pronunciadas en el Ateneo Científico y Literario de Madrid? ¿No es verdad que no haría más que recordar lo que monsieur Ortolan, Rossi, Lerminier, Dupont-Wit, Stinling, Massini, Franch, Tissot y otros nos enseñan en sus obras, verdaderos monumentos de la ciencia, verdaderos sepulcros de la inteligencia de aquellos preclaros génios?

Lo que nos interesa á todos es contraernos á la demostración de las conclusiones y no desnaturalizar los debates forenses con discusiones científicas impropias de este augusto recinto; lo que interesa al fiscal de S. M. es hacer constar que resulta probado haberse consumado un asesinato; que de este crimen, según resulta de las pruebas documental, pericial, inspección ocular, testifical é indiciaria, se deduce legalmente lo contrario de lo que intentarán sostener los ilustrados defensores de los reos, es decir, que el ex-alcalde Pozas se halla comprendido en el artículo 13 del Código penal, los guardias en el 15 y el juez municipal electo Bráulio Mier en el 16, números 2.º y 3.º

Lo que interesa á la defensa de la sociedad es que el crimen no quede impune y que la pasión que lo engendrara, esa pasión que germina y late en este proceso, esa pasión que no mira al cielo, que carece de las inspiraciones de la moral, del vuelo de la inteligencia que se eleva á las puras regiones del deber, esa pasión, que es el crepúsculo sin luz, la última hora del 22 de Julio de 1883, sea reprimida con el magestuoso rigor de la ley.

Entre la torre y la celda es asesinado por Pozas un joven; allí próximo al templo del Señor, próximo al cementerio, su familia, amigos y convecinos, en confuso torbellino remolinándose como las hojas ya agotadas, y caídas de los árboles de aquel cam-

po santo, pululan y se agitan; allí en aquel sitio santificado por el dolor y humedecido por la sangre y las lágrimas, la sociedad pide el castigo de los culpables. Allí su hermana acude presurosa á socorrer al infeliz Juan Maza; le interroga y solo una mirada vaga é indescriptible es la respuesta. ¿Quién puede comprender el poema que encierra la mirada de un moribundo? ¿Quién puede leer lo que escribe el viento en las hojas sonoras de los árboles? ¿quién puede expresar los gemidos del mar en las playas?

Lo más sublime que contiene el corazón del hombre no sale jamás de él; el instrumento es de carne, la nota de fuego; entre lo que se siente y lo que se expresa media lo infinito.

Bien sé que las defensas de los procesados con su ciencia y palabra proclamarán que sus patrocinados son inocentes, y todas las partes de sus discursos tendrán por objeto la demostración de sus afirmaciones; pero al ocuparse de las pruebas, lograrán desvirtuar la fuerza legal de los gravísimos cargos, y persuadir al Tribunal que Aurelio Pozas y consortes son realmente inocentes y deben descorrerse los cerrojos del sitio donde resuenan las impías carcajadas de la maldad mezcladas con las lágrimas del dolor? Las pruebas del crimen ya las conoce la Sala; si existen las de la inocencia que se presenten inmediatamente.

Se combatirá indudablemente y con grande energía todo el conjunto de las pruebas de cargo, especialmente las pruebas testifical é indiciaria. Se considerarán inverosímiles las declaraciones de José Acebo, Tomás Higuera, Pedro Mora, Anastasio Lastra Mora, Santiago Lastra Mora, Elías Gomez Acebo, Ramon Gomez Lastra, Antonia Samperio Lastra, Fermin Gomez y Gomez, Agustin Cárcoba Gomez, quienes nos dan á conocer el crimen y participacion que en el mismo tomaron los cuatro procesados; se sostendrá tambien que no están de acuerdo respecto de los hechos que declaran y que existe divergencia en sus declaraciones. ¿Cuáles son las divergencias que afectan esencialmente al delito y son inexplicables? Recuerde la Sala sus declaraciones, y particularmente las diligencias de careo practicadas ante el juzgado y el Tribunal.

Serian inverosímiles, si estuvieran acordes todos los testigos en todas y en cada una de las circunstancias pequeñas incidentales, de verdadero detalle, como si el sombrero del procesado Pozas era blanco, de jipijapa, ó negro; si llevaba chaquet ó americana, si Pozas ó cualquiera de los otros llevaban el arma en la mano derecha ó en la izquierda, al hombro ó terciada, si era fu-

sil ó carabina, etc.; ténganse muy presentes las circunstancias de ser de noche, modo, forma y etapas del delito, situacion moral del que, lleno de temor y espanto, presencia las escenas del drama ejecutado entre la Torre y la Celda, y recuérdese en qué guisa deben ser presentados los testigos é cómo debe valer el testimonio que dijeren (ley 28, título 16 de la partida 3.^a); recuérdese que cuando hay más de dos testigos mayores de 20 años, de los que forman prueba plena, existe la evidencia, de la cual trata la ley 12, título 14 de la partida 3.^a No se olvide que los testigos son el oído y el ojo del juez, segun la gráfica expresion del jurisconsulto inglés Geremías Bertham, y contra su testimonio no deben admitirse numerosas excepciones, porque esto sería privar á los tribunales de uno de los medios más eficaces para adquirir la verdad. Tan pronto como un testigo manifiesta hallarse dispuesto á declarar la verdad y el hecho sobre el que depone aparece corroborado por otros del proceso, y que espersona fidedigna, su testimonio produce evidencia, conviccion.

Tal vez sostengan los defensores, imitando á los antiguos conjuradores ó colandantes, que sus defendidos son víctimas de una calumnia, y que el fiscal de S. M. está ofuscado y es víctima de un verdadero espegismo.

El fiscal se considera en su conciencia tan recto y honrado como el primero; y al sostener las conclusiones que viene apoyando, cree proceder con la mayor imparcialidad; podrá el fiscal preocuparse por la santa pasion de la justicia que constituye el fondo de todas sus acciones públicas y privadas, pero, ¿quién es ningun letrado, por ilustre y distinguido que sea, para decir y proclamar como precedente inconcuso que el fiscal está alucinado? ¿Dónde está ese juicio inapelable? ¿Dónde redica ese criterio indubitable é indiscutible, señores letrados? ¿Dónde la superioridad de criterio de la defensa de los reos á la defensa de la sociedad? ¿Qué le interesa al fiscal de S. M.? que la ley se cumpla; que se absuelva á los cuatro procesados si son inocentes; que se los condene conforme á la ley penal si son culpables? ¿Qué interesa á las defensas? Que se los absuelva, sean ó no inocentes. ¿Quién dirime la cuestion, el problema de la superioridad de criterios? ¿Estamos exentos de error los hombres que caminamos por el árido desierto de la vida? El don de la infalibilidad corresponde á Dios; aquí venimos á expresar conceptos jurídicos, á formular nuestros juicios ante el superior é ilustrado criterio del tribunal, el que despues de oir la defensa de la sociedad ultrajada y las de-

fensas de los reos que la hirieran en su corazón, dictará su sentencia, y en su fallo aparecerá resuelto si el defensor de los poderes públicos es el ofuscado, ó lo son las defensas de los que conculcaron la ley penal.

Dos palabras sobre la impugnación que preveo se hará á la prueba indiciaria. Antes de ahora el fiscal se ha ocupado respecto de si la prueba indiciaria es ó no engañosa por corresponder al orden moral, recordando las verdaderas fuentes del criterio racional que reclama el artículo 741 de la ley de Enjuiciamiento criminal. ¿Repugna al testimonio de los sentidos del mundo corpóreo los veinte indicios estimados; son contrarios al criterio, á la prueba de evidencia? ¿Cuál de los hechos constitutivos de los indicios aparece improbadamente ante los medios de prueba articulados por las defensas en el presente juicio oral?

Recuérdense los veinte indicios y los contra-indicios que intentarán presentar las defensas, y solo creo que puede sostenerse, como recurso más ó menos ingenioso, que la fama ú opinión pública que acusa á los procesados está debilitada por congeturas diversas, y que los hechos no se combaten por presunciones, sino con otros hechos. La fama pública, el hecho de denunciar la opinión pública, representada por 32 testigos, ¿no es un hecho? y la fama, la opinión pública, ¿no es un indicio? ¿Se objetará que el rumor público no se admite ante un tribunal de Derecho y si solo ante un jurado? Contra semejante opinión existe la jurisprudencia de todos los países, la historia de todas las legislaciones. ¿Se cree que puedan los jurados fallar á su capricho? no; por mí responden los jurados de Inglaterra (Cóman-Cos) y Francia, que reconocen una verdadera teoría de pruebas. Allí, como en todas partes, el fundamento para juzgar está en la razón, en el criterio racional, ¿y qué criterio ha de aplicar la Sala para apreciar las pruebas?

Se repetirá una vez más que en nombre de la opinión pública se han cometido grandes iniquidades. ¿A qué procesos puede referirse este terrible cargo? En mi concepto, solo á dos: al proceso de Nuestro Señor Redentor Jesucristo y al de Sócrates; ¿y habia delito en aquellos procesos? Allí solo la opinión pública pedía el sacrificio de un Dios y el de un héroe de la antigüedad, y por eso los jueces cometieron la mayor de las iniquidades. ¿Puede utilizarse como recurso de defensa en este proceso, cuando la opinión pública se funda en el testimonio de personas fidedignas, en motivos racionales, constantes, anteriores y posteriores al delito?

Semejante opinion pública no es la célebre estatua de barro con la cabeza de bronce; semejante opinion pública es la *vox populi*, es un verdadero indicio y no una mera presuncion.

¿Pueden los tribunales imponer penas afflictivas cuando solo existe prueba indiciaria? Indudablemente. ¿Qué ley establece lo contrario? La Sala sabe perfectamente cuál es que rigió durante la República de Roma; cómo consultos propendieron á establecer el sistema; y la teoría de la prueba, promulgándose en la célebre ley *Absentem de pœnis*; que Alfonso imposición de penas por indicios, aceptando Carlomagno principios para su patria, Alemania, en el célebre Código de Carlos I, y, sin embargo, se aplicó en toda Europa la pena terrible del tormento; extinguida esta los juriconsultos levantaron su voz indicando la necesidad de apelar á penas extraordinarias, incluso la de muerte, para que no quedaran impunes los delitos. porque en la mayor parte de los procesos solo concurría la prueba indiciaria, y estas doctrinas han sido acogidas en toda Europa y aceptadas tambien por nuestros tribunales, y desde entonces se estableció la jurisprudencia fija y constante de imponer por indicios penas extraordinarias, penas que ante lo preceptuado por el art. 741 de la ley de Enjuiciamiento criminal serán siempre procedentes en Derecho si la conciencia del juzgador halla probado el delito y la mayor ó menor responsabilidad de los procesados, y puede fallar con la más absoluta imparcialidad, con severidad estricta, poniendo la mano sobre su conciencia y levantando los ojos á Dios, de quien procede toda justicia.

Veamos, para terminar, cuáles son las circunstancias eximentes, atenuantes ó agravantes que concurren en el presente caso, y penas que deben imponerse á los cuatro procesados.

El fiscal no acepta ninguna de las que enumeran los artículos 8 y 9 del Código penal vigente, y cree en su opinion que, además de la precitada anteriormente como cualificativa, ó sea la alevosía, deben estimarse las siguientes agravantes:

1.^a La de abusar de superioridad ó emplear medio que debilita la defensa (9.^a del artículo 10). Los sentimientos caballerosos de la Edad Media han dejado en nuestra sociedad hondos y permanentes vestigios. Las costumbres y las leyes han conservado una parte de aquel perfume de cortesía y generosidad. Nuestros corazones laten aun, siquiera sea más tenuemente, con lo que hacia latir los de nuestros antepasados; los afectos de la

honra, esa poesía del corazón, no se ha extinguido en el mundo

Abuso de superioridad: mengua é ignominia valerse Pozas y consortes, cuatro contra uno, armados los primeros, maniatado é indefenso el preso Maza; semejante circunstancia, peculiar de seres cobardes y rebajados, existe desgraciadamente en el caso de autos.

El Tribunal Supremo, en sentencia de 25 de Febrero de 1876, declaró que si son tres los agentes del crimen contra uno solo, que no tiene manera de defenderse, no pueda menos de estimarse la circunstancia agravante de abuso de superioridad: conocidos son los personajes que actúan en el drama que empieza á las diez y cuarto, con la prision de Juan Maza, y termina con la horrible y sangrienta escena final de echarse Pozas dos ó tres pasos hácia atrás y exclamando, tengo ganas de hacer un escarmiento en Miera, fusila á Maza por la espalda entre la Torre y la Celda. ¿Es posible dudar respecto á que existe el abuso de superioridad?

2.^a Prevalerse del carácter público que tenga el culpable (11.^a del artículo 10). Los empleados públicos pueden delinquir, abusando del poder como tales, y pueden delinquir como simples individuos, que es lo que acontece en el presente caso.

La ley penal, inspirándose sin duda en que los funcionarios ó empleados públicos que se sirven de su influencia directa ó indirecta para cometer un delito obran, al prevalerse del cargo, de un modo alevé é indigno, castiga á los que, prevaleándose, delinquen. La mayor dignidad del delincuente, y sus mayores obligaciones para con la sociedad ó contra quien delinque, es una verdadera circunstancia agravante que concurre en el presente caso respecto de los procesados Pozas como Alcalde, Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal como individuos de un benemérito cuerpo al que justamente se le han otorgado todas las posibles garantías de prestigio y fuerza moral.

El caso de autos es uno de los que por razon de las funciones de alcalde y posicion oficial de los guardias al desempeñar las funciones de prestar un servicio al orden público, perturbado en Miera, pudo realizarse más fácilmente el abuso de prevalerse alcalde y guardias para consumir el crimen: estos funcionarios perpetraron un delito aprovechándose de su carácter público.

El Tribunal Supremo en varias de sus sentencias y, entre otras, en la de 13 de Junio de 1873, ha declarado de un modo conforme á lo expuesto anteriormente, cuando el procesado se

prevalece del carácter de agente de autoridad que tiene debe apreciarse la circunstancia agravante 11.^a del artículo 10 del Código penal vigente.

3.^a Ejecutarlo de noche ó en despoblado, ó en despoblado y en cuadrilla (16.^a del artículo 10).

La premeditacion, la alevosia, el desamparo de la persona asaltada, la alarma que causa al público, y la facilidad de eludir la accion de la justicia son los motivos que dan al delito cometido de noche ó en despoblado la circunstancia de agravante.

Juan de la Maza fué fusilado de noche y no hay duda que es mejante circunstancia fué escogitada, buscada de intento para procurar la impunidad del delito. ¿Por qué Maza es fusilado de dos y media á tres de la madrugada y no de diez y cuarto á diez y media ó sea al ser preso? Porque á esta hora, aunque de noche, era demasiado temprano y podian más fácilmente los agresores ser vistos y sorprendidos infraganti, y á la madrugada no acontecia lo mismo; era indispensable la magestad y misterio de la verdadera nocturnidad; era preciso que todo el vecindario de Miera se hallase entregado al más profundo descanso; era preciso que las sombras de la verdadera nocturnidad cubrieran en su espeso manto el delito. Por otra parte, ¿cómo podian luego Pozas, Mier, Ledo y Uzal eludir la responsabilidad criminal, y preparar lo conveniente para que Manuela Lavin Perez, la cartera, avise á Bráulio Mier, este á José Higuera, y acompañados de los guardias, vayan á la Fuente Sagrada y se represente por todos aquella célebre escena, aquella verdadera farsa de auxiliar al herido y este indicar serlo casualmente, farsa con la cual se ha intentado ocultar el crimen y eludir los cuatro reos su gravísima responsabilidad?

Recuérdense el tiempo y forma de ejecutarse el delito, sus dos períodos ó etapas; la detencion de Maza á las diez y cuarto hasta las dos y media ó tres que es fusilado, y lo resuelto por el Tribunal Supremo en sentencias de 27 de Enero de 1876; 9 de Noviembre de 1876; 1.^o de Diciembre de 1876; 21 de Diciembre de 1876; y otras muchas por las que resulta que ante el precepto legal y cuanto dejo manifestado es indudable que en el asesinato consumado en Juan Maza concurre, entre otras agravantes, la de nocturnidad.

Conocido el delito, personas responsables del mismo, circunstancias que caracterizan especialmente el asesinato de Maza, es

llegado el momento de formular la última de las conclusiones, ó sea la relativa á la penalidad aplicable

Basadas en leyes naturales que forman el postulado de la ciencia, la penalidad comun es innegable é indiscutible. La ciencia resuelve claramente si ha de considerarse ó no el derecho de penar como derecho natural; la ciencia resuelve si es una institucion nacida al calor de una teoría, ó una artificiosa defensa del derecho quebrantado, ó una verdadera institucion congénita con los derechos sociales. Si la sociedad no penase los delitos, seria una gran virtud el vigilar y castigar los delincuentes donde quiera y como quiera que le fuese posible al hombre honrado, dice elocuentemente Mr. Rossi al exponer el génesis de las instituciones penales. «Mario Pagano,» y antes Beccario Filangieri, Koeningswarter, Trebutien, y sobre todo Ortolan. Modernam y Tissot, atribuyen á la pena el mismo origen. Al fiscal le basta fijar su vista en el proceso y el Código penal vigente, y demostrado el grado de la responsabilidad en que han incurrido los precesados, formular su peticion de conformidad á las prescripciones ó artículos de la ley penal, es decir, en la forma siguiente:

Al procesado Aurelio Pozas Gomez, como reo-autor del delito de asesinato definido por el artículo 418 del Código penal, por concurrir la 1.^a de las cinco circunstancias que enumera este artículo, ó sea la de alevosía, y las tres agravantes de abuso de superioridad, prevalerse del carácter público que tenga el culpable y ejecutarlo de noche, (9.^a, 11.^a y 15.^a del artículo 10), debe imponérsele la pena de muerte, grado máximo de la señalada en el último párrafo del precitado artículo 418, con la accesoría de inhabilitacion absoluta perpétua, caso de indulto, si en este no se remitiera especialmente.

A los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, como cómplices del asesinato, con las precitadas circunstancias agravantes, la pena de 17 años y cuatro meses de cadena temporal, con las accesorias de interdiccion civil durante la condena é inhabilitacion absoluta perpétua

A Bráulio Mier, como encubridor, la pena de 10 años de presidio mayor (con las agravantes 9.^a y 15.^a del artículo 10), é inhabilitacion absoluta temporal en toda su extension; y á los cuatro procesados 2.500 pesetas de indemnizacion á la familia del interfecto Juan de la Maza Samperio, en la cuota correspondiente á cada uno, siendo solidariamente responsables entre sí por sus cuotas y subsidiariamente en la forma prevista por el ar-

título 127 del Código, y pago de costas procesales. Tales son las penas que el fiscal de S. M. pide contra los reos; la desarmonía, el desequilibrio del derecho se han producido, y confía que una vez más la Sala impedirá que el crimen no salga de este augusto recinto con la corona del triunfo y escudado con un bill de indemnidad; una vez más el Tribunal administrará recta é imparcial justicia.

Sesion décima tercera, del 10 de Setiembre de 1884.

Presidente.—El acusador privado tiene la palabra para informar.

Acusador privado (Sr. García del Moral).—Señores magistrados; en defensa de doña Julita Maza Samperio y hermanas, acudo ante la Sala con la pretension de que se sirva fallar esta causa, segun y cómo lo tengo solicitado en mi escrito de calificación, cuyas conclusiones mantengo como definitivas.

Ocioso es, señor, que intente encarecer la extraordinaria importancia del proceso que nos ocupa, ni que pretenda tampoco disminuir la ansiedad que reina por que la ley se cumpla, y los responsables de la muerte de Juan de la Maza Samperio sufran las severas penas á que, en concepto de esta acusacion, se han hecho justamente acreedores.

Doloroso es para la acusacion privada tener que insistir, como insiste, en las conclusiones provisionales oportunamente formuladas y solicitar, por tanto, el cumplimiento de la ley penal en el grado más severo; pero por sensible que esto sea, forzoso es proceder de esta suerte si no hemos de abrigar la idea de la impunidad al lado de un crimen cometido con horribles circunstancias; si no hemos de permanecer impasibles ante los lamentos de mis defendidas, que sumidas en el más amargo desconsuelo, contemplan sin cesar el triste fin de su hermano, y le recuerdan en los últimos instantes cuando, moribundo á consecuencia de las lesiones que alevosamente se le infirieran, exhala su último suspiro en los brazos de la que le habia prodigado su cariño fraternal.

Permitame la Sala que recuerde esta escena triste y conmove-

dora, capaz de impresionar profundamente el ánimo más grande y más sereno. Apenas se concibe que la perversidad se manifieste con tan extraordinarias proporciones, y produzca tan funestos como lamentables resultados. Pero así es, degradingamente; no puede dudarse despues de lo que del proceso resulta, despues de las pruebas que durante el juicio se han practicado, que el hecho de que se trata entraña la comision de un delito gravísimo: y si posible fuera dudarlo, observad, señor, no ya el espectáculo que ha ofrecido este sagrado recinto, sino el interés que este proceso ha despertado, y especialmente el constante clamor de la opinion que, desde el día 23 de Julio de 1883, está pidiendo castigo para los culpables que de la manera más cruel arrebataron la existencia de un honrado campesino, amparo de sus desconsoladas hermanas.

Porque, en verdad, señores magistrados, este triste convencimiento hay que formarse ante los hechos que el proceso arroja, y que, lealmente declaro, he examinado con el más vivo interés, con la mayor imparcialidad, con el noble y legítimo afán de buscar la verdad, y solo la verdad, huyendo de toda otra clase de pasiones que se agitan y que fácilmente nos conducen al error. Y en esta árdua y delicada empresa, superior á mis fuerzas — no debo ocultarlo — mi inteligencia ha sido en ocasiones presa de horribles dudas, porque, como decia un representante del ministerio público al sostener una acusacion, está en el orden de la naturaleza, una vez llegada á corromper, y entra esencialmente en el sistema odioso de la perversidad el que guarden proporcion entre sí la atrocidad de los crímenes y la dificultad de averiguar completamente sus autores. Siendo esto así, ninguna razon existia para que en este proceso sucediera lo contrario; su perpetracion, por tanto, no era de presumir se presentara desde luego con perfecta claridad, siquiera se lograra, como se ha logrado, correspondiendo una buena parte en este éxito á los dignísimos funcionarios que en este proceso han intervenido, y merced á cuyas gestiones y esfuerzos hoy la sombra del crimen rodea á los procesados, y les hace aparecer ante los tribunales de justicia como responsables de la muerte alevosa del desgraciado Juan Maza.

La acusacion privada, en cumplimiento de su delicadísima mision, confia llevar al ánimo de la sala el convencimiento que ella abriga y espera lograr demostrar que, cometido el delito de asesinato en la persona de Juan Maza, son responsables de él

los procesados Aurelio Pozas, Vicente Fernandez Ledo, Sebastian Gonzalez Uzal y Bráulio Mier.

No esperéis que mi peroracion vaya adornada de las galas brillantes de la oratoria. Carezco de las envidiables dotes que reconozco concurren en mis distinguidos compañeros los abogados defensores, especialmente en el señor Agüero, con quien tengo contraida deuda que jamás podré pagar; la de haberme guiado en los primeros pasos de mi carrera, y quien por su galana frase y elegante estilo se ha conquistado un honroso puesto en el foro. Pero si de alguna manera pudiera yo emplear ese lenguaje, propio de mis compañeros, capaz de seducir y cautivar por la belleza de sus formas oratorias, creedme, desde este puesto renunciaría á él, porque entiendo que, dado mi carácter de acusador, debo ser tan severo como la ley cuyo cumplimiento invoco y que no requiere para darse á conocer sino que se la presente con la sencillez y claridad con que ella misma se nos presenta.

Comprendo que la atencion de la Sala no puede menos de hallarse grandemente fatigada despues de los muchos dias que llevamos ocupados en este proceso; por esa circunstancia, y teniendo en cuenta que el dignísimo letrado que ejerce el ministerio público ha expuesto ayer cumplidamente la relacion de los hechos, la acusacion privada ha de ser concisa y breve en esa misma relacion.

Antes de entrar á ocuparme de los hechos punibles que resultan del proceso, siguiendo el orden establecido en la vigente ley de Enjuiciamiento criminal, entiendo la acusacion privada que debe dedicar dos palabras para dar á conocer el estado del pueblo de Miera en la época á que este proceso se refiere.

Público y notorio es, señores magistrados, no ya por confesion de los procesados, sino por la de todos los testigos que aquí han declarado á instancia de las acusaciones y de las defensas, que en el pueblo de Miera existen dos bandos, no con carácter político como ha dicho, equivocadamente en mi concepto, el ministerio fiscal, sino dos bandos de localidad, puramente de localidad, que se disputan la gestion administrativa en el distrito. Al frente de uno de esos bandos figuraban el alcalde de Miera y sus amigos, y al frente del bando opuesto Pedro Mora, Tomás Higuera, Manuel Lavin y otra infinidad de personas de aquel vecindario.

Estas agrupaciones, que sostenian entre sí tendencias y aspiraciones distintas, empeñáronse en la lucha electoral y sostuvie-

ron encarnizado combate disputándose el triunfo. De cuantos elementos pudieron disponer dispusieron declarándose la suerte de parte de don Aurelio Pozas, que al fin logró el triunfo.

Parecia natural, señores magistrados, que llegado ya este momento esas pasiones que de tal manera se habian agitado enmudiesen por completo; pero lejos de eso fueron tomando mayor incremento, hasta que al fin nos ofrecen por desenlace el triste suceso que todos conoceis.

Esta es, señores magistrados, á grandes rasgos trazada, la situacion del pueblo de Miera cuando aconteció el suceso de autos.

Corria el 22 de Julio de 1883. El alcalde de Miera, que, por efecto de esa gran sobreexcitacion de ánimos que en el vecindario reinaba, habia tenido ocasion de presenciar y de conocer los diferentes excesos que durante las noches venian cometiendo los jóvenes del pueblo, dirige una comunicacion al comandante del puesto de la guardia civil de Liérganes, cuya comunicacion se halla redactada en los términos siguientes:

«Ayuntamiento constitucional de Miera.—Sírvase V., para esta noche á las once en punto de la misma, mandar en mi auxilio una pareja de la guardia civil de ese puesto, que me es necesaria para hacer observar los bandos de buen gobierno dados por esta alcaldía, y para ver si puede sorprenderse alguno de los que casi todas las noches turban el reposo de este vecindario con gritos, canciones y disparos frecuentes de armas de fuego.

Dios guarde á V. muchos años. —Miera 22 de Julio de 1883. —Aurelio Pozas.

Señor comandante del puesto de la guardia civil de Liérganes.»

Llamo muy especialmente la atencion de la Sala sobre estas significativas palabras: «y al propio tiempo para ver de sorprender á algunos de los que por las noches, etc.»

Portador de esta comunicacion fué el empleado del ayuntamiento Daniel Gomez Higuera, que con este objeto salió de Miera á las tres próximamente de la tarde de aquel dia y llegó á Liérganes á las seis ó seis y media de la misma tarde; una vez en este último punto cumplió su cometido, haciendo entrega del oficio al comandante del puesto de Liérganes. Tan pronto como este funcionario se hace cargo de la súplica ó ruego de la autoridad de Miera, dispone que inmediatamente vaya á aquel pueblo una pareja compuesta de los guardias procesados.

Así se realiza, señores magistrados; las órdenes del coman-

dante del puesto de la guardia civil de Liérganes se cumplen como se cumplen generalmente las órdenes que emanan de la guardia civil; la orden, digo, del comandante del puesto se cumple, é inmediatamente despues, sin emplear más tiempo que el puramente necesario para que la pareja se pusiera en disposicion de emprender la marcha, se unen á la salida al guardia municipal de Miera y se dirigen á este pueblo, segun la autoridad del mismo lo reclamaba.

Nada de particular se observa, ni con relacion á las declaraciones de los procesados, ni con referencia á las de los testigos que han declarado en esta causa, desde que los guardias civiles y Daniel Gomez Higuera abandonan á Liérganes hasta que llegan á la Cuesta de la Hoz, ya dentro de la jurisdiccion de Miera, punto á que se dirigen. No me explico por qué razones los guardias indicaron á Daniel Gomez que les abandonase porque ellos no tenian necesidad de entrar en el pueblo á aquella hora.

Así lo verifica Daniel Gomez, que, segun veremos más tarde, llegó á su casa á las nueve y media de la noche del 22 de Julio, despues de haber cumplido las órdenes que se le dieran.

Ya me ocuparé despues de la relacion que los procesados hacen de los actos que ejecutaron en la noche del 22 y en la mañana del 23, pues entiendo que para seguir el método que me he impuesto debo presentar á la Sala la relacion de los hechos punibles, segun como, en concepto de la acusacion privada, se desprenden de las pruebas practicadas durante el juicio oral.

Una vez que los guardias se separan de su acompañante Daniel Gomez Higuera, diríjense á casa del alcalde, y en union de este, se disponen á patrullar y patrullan por los barrios del pueblo, llamando en casa del alcalde de barrio Ramon Gomez. Obedeciendo, sin duda alguna, el alcalde á los impulsos que habian motivado su comunicacion al comandante del puesto de Liérganes, patrulla con los guardias por los barrios de Pumares y La Matanza, entre otros, y sorprenden en el camino de Irias al desgraciado Juan Maza Samperio y le conducen preso por la calleja de Pereda á casa de Bráulio Mier. Allí le retienen, señores magistrados, hasta las dos y media ó tres próximamente de la mañana del siguiente dia, una hora ó media antes de amanecer. A esta hora, el alcalde de Miera, don Aurelio Pozas, y uno de los guardias procesados, salen de casa de Mier, y, atravesando la carretera, penetran en el Campo de la Iglesia y en el punto intermedio entre la Torre y la Celda dispara Pozas dos ó tres

tiros sobre el infeliz Juan Maza Samperio, que cae exánime a pie de aquella Torre.

Estos son, señores magistrados, expuestos con la brevedad y concision que me he propuesto, los hechos plenamente probados que arroja el proceso; estos son los hechos punibles que, en concepto de la acusacion, se desprenden del proceso.

Siguiendo, como al principio me propuse, el camino establecido en la ley de Enjuiciamiento criminal, despues de establecer la relacion de los hechos punibles, ocurre preguntar cuál es la calificacion legal de estos hechos y qué delito determinan.

En extremo sencillo ha de ser á la acusacion privada califica, esos hechos; tarea tan notoriamente fácil, que para realizarla tan solo es necesario leer el artículo 418 del Código penal, que dice clara y terminantemente:

«Es reo de asesinato el que sin estar comprendido en el artículo anterior—que trata del parricidio—matare á alguna persona, concurriendo alguna de las circunstancias siguientes:

Con alevosía.

Por precio ó promesa remuneratoria.

Por medio de inundacion, incendio ó veneno.

Con premeditacion conocida.

Con ensañamiento, aumentando deliberada é inhumanamente el dolor del ofendido.»

Es de advertir que el precitado artículo 418 no exige que en la comision del delito concurren todas las circunstancias que él enumera, sino que basta tan solo el concurso de una de ellas para que el delito pueda y deba calificarse de asesinato. No de otra manera puede y debe entenderse este artículo desde el momento en que termina en esta forma: concurriendo alguna de las circunstancias que despues consigna.

Sin perjuicio de demostrar cuando llegue el momento oportuno la existencia de otras circunstancias agravantes, la acusacion privada entiende que, concurriendo la de alevosía, la calificacion del delito está perfecta y extrictamente ajustada á las prescripciones del Código.

¿Qué es alevosía? ¿Cuándo se entiende que concurre la circunstancia de alevosía? El artículo 10 del Código citado en su párrafo 2.º nos dice que «hay alevosía cuando el culpable comete cualquiera de los delitos contra las personas, empleando medios, modos ó formas en la ejecucion que tiendan directa y especialmente

á asegurarla, sin riesgo para su persona que proceda de la defensa que pudiera hacer el ofendido.

Conforme con esta teoría del Código penal existen multitud de sentencias que no me detengo á citar, porque sobradamente las conoce la Sala, pero que sin embargome ha de permitir presentar una enteramente aplicable al caso que nos ocupa. Me refiero á la dictada por el Tribunal Supremo en 20 de Febrero de 1878.

Voy á citar el hecho de autos que motivó esta resolución del más alto tribunal de la nación española.

Herido Agustín Munguía por María Maldonado, y retirándose el Agustín del lugar de la ocurrencia, se presentó de pronto Juan Manuel Nieto, le persiguió y consiguió asestarle por detrás una puñalada en la nalga izquierda, de la que falleció á los pocos momentos.

Este hecho fué calificado por la Sala de asesinato, por concurrir en él la circunstancia de alevosía y el Tribunal Supremo, al confirmar esta resolución, establece en uno de sus considerandos. «Que habiéndose asestado la puñalada por detrás al Agustín cuando huía ya herido, y no le había provocado, y sin aparecer que tuviese con el agresor resentimiento alguno, calificó bien la Sala la muerte producida de alevosa, constituyendo así el delito de asesinato penado en el artículo 418, y no en el 419 de simple homicidio, pues se empleó un medio que tendía directamente á asegurar la ejecución del delito sin riesgo que procediera de la defensa que pudiera hacer el ofendido, lo que constituye la alevosía.

La acusación privada no puede menos de invocar y alegar esa teoría por las razones siguientes:

1.^a Porque es indiscutible que Juan de la Maza Samperio no se infirió por sí mismo las heridas.

2.^a Porque esas heridas se causaron con ánimo de producir el funesto resultado que produjeron.

3.^a Porque fueron inferidas por detrás, según el parecer de todos los facultativos que concurrieron á la prueba pericial.

Y 4.^a Porque han tenido participación en el delito cuatro personas que se apoderaron de Maza Samperio; y dos de ellas le condujeron al Campo de la Iglesia yendo armadas y él indefenso completamente.

Es, pues, evidente, señores magistrados, que en la comisión de este delito se han empleado medios, modos y formas para asegurar la ejecución sin riesgo que procediera de la defensa del

ofendido, defensa que por otra parte; no se concibe en un hombre inerme rodeado de personas armadas

Explicadas ya de una manera concisa ó expuestas ya á la consideracion de la Sala los hechos punibles que se desprenden del sumario, así como la calificacion de estos mismos hechos, y determinado el delito que constituyen, vamos á entrar en el punto más esencial del proceso, vamos á tratar de demostrar si los procesados han tenido participacion y cuál ha sido esta.

Aunque la acusacion privada al hacer la calificacion legal de los hechos punibles y determinar el delito que constituye se ha visto obligada á adelantar alguna idea acerca de este extremo, el más interesante del proceso, espera, sin embargo, demostrar que los procesados todos han tenido participacion en el hecho que se persigue, en el modo ó forma que he indicado al relatar los hechos punibles. Es, pues, llegado el momento oportuno de manifestar cuál es la relacion que los procesados hacen de los autos que realizaron en la noche del 22 y en la mañana del 23 de Julio. A la distancia de un kilometro próximamente antes de llegar á Miera, dicen los guardias, oyeron unos disparos de arma de fuego, y seguidamente se dirigieron á casa de Pozas, el cual, una vez tuvo conocimiento de que preguntaban por él, se decidió á salir en compañía de los guardias con objeto de ver quiénes eran los que perturbaban el reposo del vecindario. Juntanse el alcalde procesado y los dos guardias y se dirigen á casa de Daniel Gomez Higuera, á quien preguntan si habia oido tiros, encaminándose despues á la del alcalde de barrio Ramon Gomez Lastra. Este individuo, segun aquí se ha dicho ya y segun consta de sus declaraciones, habia asistido aquella tarde á no sé qué contratos matrimoniales, y con tal motivo á una merienda en la que sin duda, cometió algun exceso, encontrándose á la sazón en mal estado, por lo que, al llamar Pozas y ordenarle que abriese la puerta, contestó desde el interior que no abría á nadie «aunque fuera el demonio.»

Su hija Encarnacion Gomez, procediendo de distinta manera, y con el objeto de saber quiénes eran los que á aquellas horas llamaban á su casa, abrió la puerta, y se encontró con Pozas y los guardias civiles. El alcalde Pozas preguntóla si habia oido tiros, á lo que contestó Encarnacion negativamente; preguntóla despues por su padre, y, dirigiéndose á los guardias les dijo: «Vámonos, que en el estado en que se halla puede ser que nos perjudique;» y Encarnacion nos dice que le manifestó: «¿Qué ne-

cesidad tiene usted de compañía en la forma en que va? Si iban á patrullar, patrullen.»

Diríjense despues de esto á los barrios de Pumares y La Matanza, y—¡rara coincidencia!—tantos disparos, tantos escándalos, tantos excesos, y en la noche en que Pozas y los guardias recorren aquellos barrios, ninguna persona encuentran á su paso; y precisamente por no hallar á nadie de los que se creia turbaban el reposo del vecindario, los guardias acompañan al alcalde á su propia casa á las doce y media de la noche, hora en la cual Pozas les ordena que se vayan, en calidad de alojados, á la del juez municipal electo Bráulio Mier.

Indican los procesados Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, que inmediatamente se dirigieron á casa de Bráulio Mier, el cual, sin prévia presentacion de boleta ú orden escrita del alcalde, les facilitó alojamiento, proporcionándoles á la vez la bebida que solicitaron.

Son las doce y media de la noche próximamente; nada de particular ocurre, segun los procesados, hasta el amanecer del día 23. A las dos ó dos y media de la mañana de este día, Manuela Lavin, encargada del servicio de correos á Liérganes, al atravesar por las inmediaciones del Campo de la Iglesia desde el alto de la Cárcoba, oye quejidos, dirígese al sitio de donde parten, y cree conocer al desgraciado Juan Maza; le llama y no contesta, notando en él tan solo signos negativos, movimientos de la cabeza que indican que no puede hablar ó que no quiere hablar. En tal situacion, Manuela Lavin, la cartera, en vez de dirigirse á casa del alcalde, próxima, inmediata, al pié casi del punto desde donde aquella dice que vió al herido Juan Maza, dirígese por el contrario á casa de Mier y le da cuenta de lo que ella manifiesta haber visto y observado.

Señores magistrados: la acusacion privada se ve envuelta en un mar de contradicciones, contradicciones que no ya solo resultan de las declaraciones de los testigos, sino que tambien de las manifestaciones de los mismos procesados.

El procesado Bráulio Mier es avisado de lo que ocurre por Manuela Lavin, la cartera; pone aquellos hechos en conocimiento de los guardias Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, y, por orden de estos, va seguidamente á avisar al alcalde de barrio José Higuera Prado.

Oigamos á los guardias procesados. Nada nos dicen estos, ni en sus declaraciones, ni al contestar á preguntas de la acusacion

privada durante el juicio oral; nada nos dicen respecto de Manuela Lavin, para nada la mencionan. Dicen, por el contrario, que desde la ventana de Bráulio Mier vió este y oyó los quejidos del herido Juan Maza Samperio que partían del Campo de la Iglesia; y el mismo Bráulio Mier no se atreve á cumplir la orden que le dieran los guardias para que bajara al lugar donde el herido se encontraba; y este mismo Bráulio Mier, que así se conduce, no se atreve, segun él nos dice en su declaracion, á despertar á la guardia civil que duerme allí en su casa.

La acusacion privada, señores magistrados, no ha podido saber todavía cuál es lo cierto respecto de estos hechos contradictorios entre sí.

¿Oyó por sí mismo el procesado Bráulio Mier los quejidos que partían del Campo de la Iglesia, segun nos dicen los guardias civiles? ¿O es, por el contrario, que respecto de esos quejidos y de lo que en aquel momento ocurría en el Campo de la Iglesia, no tuvo Mier otras noticias que el relato que le hiciera Manuela Lavin la cartera?

— No sabemos tampoco por qué razon, por qué causa Bráulio Mier se resistió á vigilar el Campo de la Iglesia, como los guardias le ordenaban, y por qué tambien, y antes de esto, se resistió á despertarlos cuando le avisaron que un hombre se hallaba herido en repetido Campo.

Esta es, señores magistrados, la relacion que hacen los procesados de los actos que ejecutaron durante la noche del 22 de Julio y la mañana del 23.

Desde este momento ocurrió lo siguiente: los guardias y Bráulio Mier, en union del alcalde de barrio José Higuera Prado, penetran al mismo tiempo en el Campo de la Iglesia, y en un punto de este inmediato á la Fuente Sagrada, encuentran moribundo y exánime al desgraciado Juan Maza Samperio. Aquí entra una relacion de hechos de la que más tarde tendré ocasion de ocuparme, los cuales entrañan una série de contradicciones tan patentes, tan palmarias, como las que acabamos de examinar.

Al encontrarse en el Campo de la Iglesia, con el herido Maza, de dos y media á tres de la mañana, el guardia encargado de la pareja, Vicente Fernandez Ledo, dirige á aquel diferentes preguntas, todas las que la acusacion privada no puede retener en la memoria, pero sí recuerda que algunas de ellas eran las siguientes: «¿Cómo se llama V.?» A lo que el herido contestó: «Juan Maza.» «¿Quien le ha herido?—«Nadie, yo me he caído,

me he sentido muy mal, he tenido mucha sed y he venido aquí á beber agua.» — «¿Cómo tiene V. esa herida en la cabeza? ¿Quién le ha herido á V.?» — «Nadie, yo me he caído»

Concurren á este mismo sitio los testigos Manuel Barquin, Juan Lavin Samperio y algunos otros, y en vista de las especiales condiciones del terreno en que se hallaba Maza moribundo, acuerdan trasladarle á la ermita de San Roque; realizan esta operacion los testigos Juan Lavin Samperio y Manuel Barquin, y durante el corto trayecto que media desde la Fuente Sagrada hasta la ermita de San Roque, encontramos tambien algo que no acertamos á explicarnos, algo que está rodeado de las contradicciones más patentes y palmarias.

Dicen los guardias que el herido Maza, desde la Fuente Sagrada, desde el pié de esta fuente, al tratar de conducirle á la ermita de San Roque, anduvo algunos pasos por sí mismo, y el testigo Juan Lavin, que es el primero de los que han presentado las defensas, niega rotundamente que el desgraciado Maza desde este punto anduviera ningun paso y dice, por el contrario, que fué preciso é indispensable conducirle materialmente. Presento tambien á la consideracion de la Sala esta contradiccion para que ella, en su elevado criterio y superior ilustracion, deduzca las consideraciones á que se presta.

Ya tenemos al herido Maza en la ermita de San Roque, y en este punto tambien le interroga el guardia procesado, haciéndole las mismas ó análogas preguntas; y ya veremos tambien despues, cuando se trate concretamente de este punto, las contradicciones que en mi concepto aparecen respecto de este extremo.

Viendo la triste situacion de Maza, disponen los guardias que vayan inmediatamente á buscar al médico. á fin de que preste al herido los auxilios de la ciencia. Comparece efectivamente á los pocos momentos el alcalde don Aurelio Pozas, y seguidamente se persuade de la triste y angustiosa situacion del Maza, pulsándole y manifestando que ya estaba en el estertor de la agonia. Por esta causa, dispuso que sin pérdida de tiempo fuesen en busca de un sacerdote que prestara al herido los auxilios espirituales.

Con la celeridad que el caso requeria, se avisó á los sacerdotes don Cristóbal Samperio y don Francisco Higuera, los cuales realizaron su elevada mision, y á los pocos momentos, casi en aquel instante, deja de existir para siempre el desgraciado Juan Maza, no sin antes haber exhalado su último suspiro en los bra-

zos de su hermana Julita, que ya ante la desgracia, tuvo siquiera aquel triste consuelo.

Esta es, señores magistrados, la relacion que los procesados hacen de los actos que ejecutaron en la mañana del 23 de Julio, desde el momento á que antes me he referido.

Entiende la acusacion privada que para llegar al descubrimiento de la verdad, nada más conveniente, nada más lógico que comparar la relacion de los procesados y la relacion tal y como resulta del proceso y de las pruebas practicadas. ¿Es aquella, señores magistrados, la relacion exacta, la relacion que aparece comprobada en los fólíos del proceso y confirmada por las declaraciones de los testigos que han comparecido en el juicio oral?

Si de esta manera, señores magistrados, no se llega al descubrimiento de la verdad, cree la acusacion privada que no hay otro medio de buscarla. Compárense las relaciones de hechos; opóngase á un relato otro relato; adúzcanse los motivos ó fundamentos de cada uno, y así llegaremos fácilmente al descubrimiento de la verdad. Vamos, pues, á realizarlo. Hemos oido el relato de los procesados; escuchemos el que nos ofrece la lectura de las hicieron á páginas del proceso y de las pruebas.

A las diez, ó, mejor dicho, entre las diez y las once de la noche del 22 de Julio, declaran los testigos Antonia Samperio, Cristóbal Samperio, Cándida Maza, Leoncio Lavin Higuera y Marcos Gomez, que habian oido diferentes disparos de arma de fuego hacía el Campo de la Iglesia; los testigos Balbina Higuera Lastra y José Acebo manifiestan tambien haber oido esos mismos disparos, si bien no precisan el punto de donde procedian; y, por último, Valeriano Ruíz sabe por referencia que esos disparos se hicieron á las horas indicadas.

En la propia noche, y á la hora de las once y media próximamente, ven á los procesados, Ramon Gomez, su hija Encarnacion, Lucía Lavin y Agustin Higuera.

Para no incurrir en repeticiones que siempre molestarían la atencion de la Sala, no creo necesario volver á relatar lo que ocurriera en casa de Ramon Gomez cuando el alcalde se presentó en ella, ni tengo necesidad tampoco de referir nuevamente lo que sucediera entre Encarnacion Gomez y el alcalde Pozas: debo, sí, detenerme á indicar, siquiera sea ligeramente, lo que la testigo Cándida Maza manifiesta. Esta testigo, lo mismo en las declaraciones prestadas ante el juez instructor, que en el juicio oral, sostiene que en la noche del 22 de Julio se halló conver-

sando en su casa con Domingo Ortíz Cobo, y que este la manifestó que nunca había conocido, que nunca había estado el pueblo de Miera en tales condiciones, y además, que al salir de casa de Mier, la mujer de este, Balbina, le había seguido con intención, sin duda, de saber dónde se dirigía y cuál era el camino que iba á recorrer. Esta, Cándida Mier, nos dice también que á las once y once y media, próximamente, oyó que pasaban algunas personas y que se detuvieron á observar cerca de la casa donde ella se encontraba.

Veamos, señores magistrados, si encontramos algunos otros testigos que discrepen de la relación que hacen los procesados.

No uno solo, señores magistrados, para desgracia de los procesados; no hay uno, sino que hay muchos testigos que niegan en absoluto cuanto ellos nos manifiestan.

La testigo Antonia Samperio Lastra, refiriéndose á la noche del 22 de Julio, nos dice que minutos después de las once y de haber oído los disparos, vió desde la ventana de su casa á Pozas que vestía traje blanquizeco, acompañado de los guardias y armado de una escopeta, viniendo del Campo de la Iglesia y tomando el camino de Pumares y la Matanza.

¿Qué testigos, además de esta Antonia Samperio Lastra, se refieren á lo ocurrido en la noche del 22 de Julio? El testigo José Acebo Ruiz, conocido por el *Mantequero*, este testigo nos dice que á las nueve y media próximamente de la misma noche salió de su casa de Irias con dirección al barrio de Pereda, con objeto de tomar tabaco en el estanco de Lavin, emplazado en este barrio; que al pasar por la calleja de Pereda, que conduce á este mismo barrio, observó que por el inmediato y cerca de la casa de Anastasia Higuera venían, en dirección opuesta á la que él llevaba, una pareja de la guardia civil, el alcalde don Aurelio Pozas, otro hombre que se le figuró ser Bráulio Mier y el desgraciado Juan Maza que llevaba las manos como esposadas, á quien oyó decir: «pero, ¿por qué me llevan preso?»

La Sala me dispensará que me permita fijar la atención en las declaraciones de los testigos que tengo á la vista, con el único objeto de no incurrir en el menor error.

Todavía, además de este testigo, hay otros que se refieren á la misma noche.

El testigo Pedro Mora Higuera nos dice también que á las diez de aquella misma noche se le ocurrió ir á visitar á su prima Petra Higuera, que vive en el barrio de Pereda, y se halla

ba indispueta; que, dirigiéndose por Sobre la Corte, sintió el clamoreo y ruido hacia el camino de Irias, y, fijándose, vió pasar por la calleja al alcalde y en medio de los guardias civiles á Juan Maza, grupo que, segun el testigo, iba hablando y disputando por el camino de Pereda con direccion á casa de Lavin ó á la iglesia, deteniéndose en el Avellano de las ánimas, inmediato á la casa de Anastasia Higuera.

Esta declaracion de Mora guarda perfecta y exacta armonia con la declaracion de Domingo Gomez Maza. El testigo á que antes me he referido, Pedro Mora, encontró á su primo Domingo Gomez Maza, y este le preguntó quiénes eran los que por aquellas inmediaciones pasaban entonces. Veamos si este testigo evacua de una manera favorable la cita hecha por Pedro Mora.

Dice Domingo Gomez Maza que á las nueve y media ó diez menos cuarto, dirigiéndose por agua al Fontano, al cruzar la calle, notó que ladraban mucho los perros de los vecinos y que despues divisó, á unos quince metros, cuatro ó seis personas que se pusieron en marcha hacia la iglesia; que tomó el agua en el Fontano y al llegar á la esquina de la casa de Mier encontró á su primo Pedro Mora que le preguntó por su mujer Petra, y le refirió, además, quiénes eran las personas que componian el grupo, indicando á los procesados y al infortunado Juan Maza.

Las defensas han fijado muy especialmente su atencion en esta declaracion de Pedro Mora, con objeto de negar la posibilidad de que sean ciertos los hechos á que se refiere. Recuerdo perfectamente que al declarar el testigo Pedro Mora desvaneci6 un error en que habia incurrido la acusacion privada respecto del punto desde el cual dice que vió el grupo á que antes me he referido. Creia la acusacion privada que Pedro Mora habia visto el grupo desde la Castañera, punto que sin duda toma este nombre de los castaños que allí florecen en grupo considerable, bastante considerable para permitir que una persona se esconda y pueda ver á las personas que bajan por el camino de Irias, sin que estas noten la presencia del que vigila. Este creia la acusacion que era el punto desde donde Pedro Mora nos decia que vió á los procesados cuando conducian preso y maniatado á Juan de la Maza.

Es evidente, señores magistrados, que era perfectamente verosímil esta declaracion, mucho más dada la topografia del terreno; pero sin embargo este testigo, que pudo muy bien haber declarado en este sentido, con una nobleza que por sí sola revela la

verdad de su dicho, nos manifiesta que en vez de ocultarse en el sitio de la Castañera, se ocultó adosado á una pared del callejuelo de Sobre la Corte que forma ángulo con la calleja de Pereda, desde cuyo punto expresa además que vió al grupo referido, y que ese mismo grupo pudo perfectamente ver'e á él.

¿Es absolutamente necesario, no hay más solución posible que aceptar la de que los que transitan á las diez de la noche por la calleja de Pereda ó por el camino de Irias vean indefectiblemente á una persona que allí se oculta y desde allí los vigila replegada en el sitio que se acaba de designar? Señores magistrados: ocurre todos los dias con la frecuencia de que no es posible dudar, especialmente de noche en el punto antes indicado, que puede perfectamente pasar una persona, ó varias, sin ver y siendo vistas por otra que las vigila; y esto se explica de la manera más fácil teniendo en cuenta el sigilo y el cuidado con que estaría Pedro Mora y sobre todo por la ninguna sospecha que abrigaría entonces el grupo, y por las especiales condiciones del terreno, merced á las cuales, aun en el caso de recelarse ser observados, pudo adoptar Pedro Mora tal posicion en el momento de pasar que no les fuese dable notar la presencia del que cuidadosamente les observaba.

Todavía, señores magistrados, encontramos otro testigo cuya declaracion se refiere á esa misma noche del 22 de Julio. El testigo Tomás Gomez Higuera nos dice tambien que tuvo necesidad de acompañar á su hermana Emilia Higuera, que vivia en el barrio de Pereda, y que despues de haber fumado un cigarro y conversado con Pedro Mora frente á la casa de este, se dirigió por la calleja de Pereda que conduce al barrio del mismo nombre. Este testigo nos ha manifestado que sintiendo ruido de gente que venia por esa misma calleja, se ocultó en la alcantarilla que hay al pié de ella, desde cuyo sitio observó cómo aquel grupo pasaba por el punto inmediato y se dirigia á casa de Mier, en la cual penetró, á juzgar por el ruido que produjeron al subir la escalera que se halla al Oeste de aquella casa.

Muestran las defensas tenaz empeño en desvirtuar la declaracion de este testigo alegando lo propio que alegan respecto de la prestada por Pedro Mora, á saber: que colocado en el punto que el testigo indica, tuvó que ser visto necesariamente por las personas que pasaban por la calleja de Pereda. Tengo una verdadera satisfaccion al recordar en este momento que el dignísimo funcionario que hoy preside este acto, concurrió á la diligencia

de inspeccion ocular practicada en Miera, y no olvidará que, para no dar lugar á ninguna duda, para comprobar hasta la evidencia la posibilidad de la declaracion del testigo Higuera, el abogado fiscal de esta audiencia, en presencia de todos los que concurrieron á la inspeccion ocular, penetró por sí mismo en la alcantarilla, adoptando una posicion algun tanto violenta, y á un metro próximamenté de la boca de la atarjea se apreció podia verse perfectamente la parte superior de la escalera accesoria por la que penetraron los procesados cuando conducian preso á Juan de la Maza.

Es en extremo fácil, dadas las posiciones respectivas que el testigo y los procesados ocupaban, demostrar hasta la evidencia la posibilidad de la declaracion prestada por el primero y la certeza de sus manifestaciones. Es indudable que este testigo, al observar que por la calleja bajaba un grupo de gente, lo cual debió presumir por el ruido de los pasos, pudo, adoptando una posicion, siquiera algo violenta, ocultarse perfectamente en la alcantarilla, salir de su escondite inmediatamente que el grupo pasó, y puesto al descubierto, aunque no por completo, observar todos los movimientos de aquel y la direccion que llevase, sin temor de ser visto ni notado por las personas que le componian, y que ya iban delante, porque hasta ahora no se ha dado el caso de que los hombres vean por la espalda.

Como consta que la direccion que llevaba el grupo era bajando por la calleja de Pereda, al pasar por donde se hallaba el testigo oculto y favorecido por la alcantarilla, un instante despues ofrecia las espaldas á la atarjea, y, por tanto, al que en ella se ocultaba, y por esto, precisamente por esto, un solo paso que diera avanzando pudo y tuvo, el que en la alcantarilla se escondia, que ver á los que pasaban sin temor de que le vieran, y observar además á dónde se dirigian. Y este testigo, señores magistrados, que en tan favorables circunstancias se encontraba y pudo aprovecharse de ellas, no nos dice que el grupo penetrase en casa de Bráulio Mier; encontrándose, como se encuentra, en las mejores condiciones para hacer esta afirmacion, tan solo nos dice, sin embargo, que llevaban esa direccion y que debieron penetrar en casa de Bráulio Mier, á juzgar por el ruido de los pasos que perfectamente se oian por la poca distancia que mediaba y por las especiales condiciones de las escaleras de casa de Mier, cuyo pavimento es de piedra.

Tenemos, pues, señores magistrados, cuantos detalles impor-

ta conocer referentes á los actos que los procesados ejecutaron en la noche del 22 de Julio de 1883, víspera del día en que se cometió el horrible crimen que motiva este proceso.

Continuemos en esta relación seguros de que la Sala, que ya tiene motivos sobrados para fundar la criminalidad de los procesados, ha de encontrarlos todavía mucho mayores.

Recordamos, y téngase presente para no incurrir en repeticiones, lo que los procesados nos dicen que ejecutaron en la mañana del día 23, y vamos á comparar esa relacion con la que nos hacen los testigos de cargo.

Elías Gomez Acebo es el primero de los testigos que deponen acerca de lo que ocurriera en la mañana del 23 de Julio, y manifiesta que una hora antes de amanecer salió de su casa del barrio de Pumares al de Linto con intencion de buscar vino: que antes de llegar á casa de don Cristóbal Samperio oyó dos disparos de arma de fuego y otros dos cuando llegaba á casa de Pozas; que estos disparos partian, en concepto del testigo, del Campo de la Iglesia; que muy próximo á la escalera que da entrada á ese Campo vió un grupo de tres personas seguido de otras que venian como de la Fuente Sagrada; que conoció por el uniforme á una pareja de la guardia civil y que con ella venia otro hombre, que era don Aurelio Pozas, á quien conoció, y que este grupo cruzaba por enfrente de la casa ayuntamiento.

El motivo de su salida nos le explica este testigo, manifestando que, si bien acostumbraba á surtirse de vino en alguno de los establecimientos allí inmediatos, oyó decir en el pueblo que un tal Lavin lo tenia bueno y que iba á buscarlo con objeto de proporcionárselo á sus primos con quienes se había contratado para realizar unos trabajos de siega.

Alberto y Vidal Gomez, destruyen ó contradicen la manifestacion de Elías Gomez Acebo. Precisamente sucede todo lo contrario. Los testigos Alberto y Vidal Gomez evacuan favorablemente la cita del anterior y manifiestan que existia ese convenio para practicar los trabajos de siega, y que no pudieron realizarlos por tener que ausentarse á Santoña; que el día convenido fué á buscarles á su casa y su hermana le manifestó que estaban ausentes en aquella villa. Ruego á la Sala se sirva concederme unos breves instantes de descanso.

Presidente.—Se suspende la sesion por diez minutos.

Abierta de nuevo, continuó su discurso el señor García del Moral en los siguientes términos:

Al suspenderse por breves instantes este acto, acabábamos de exponer lo que nos dicen los primeros testigos de cargo acerca de los sucesos ocurridos en la mañana del día 23 de Julio; y siguiendo la relacion de los demás testigos que deponen acerca del mismo extremo, exigen desde luego nuestra atencion las dos declaraciones del procesado que revisten mayor importancia; nos encontramos con las declaraciones de los hermanos Anastasio y Santiago Lastra Mora.

Aunque la Sala las conoce, y aunque ya el señor fiscal de S. M. las expuso en el día de ayer perfectamente, permítase á la acusacion privada que tambien las relate, porque pareceria pálido este informe si prescindiera de esas dos declaraciones.

Dicennos estos testigos que antes del amanecer del día 23 de Julio salieron de su casa para recoger una red que habian tendido en la parte de abajo del puente, y que al pasar cerca de la iglesia, vieron salir un grupo de casa de Mier, que llevaba á uno preso, aproximándose al sitio donde se hallaban los testigos, y que el grupo le constituian Pozas y un guardia que conducian á Juan Maza por el Campo de la Iglesia, hasta llegar al sitio entre la Torre y la Celda, en donde observaron que el procesado Aurelio Pozas consumó el crimen que hoy le tiene postrado en el banquillo.

Los mismos testigos de que se trata añaden, que al llegar Pozas á un punto intermedio entre la Torre y la Celda, se detuvo, y haciéndose unos pasos atrás, disparó sobre Juan Maza, que cayó exánime exhalando un quejido. A este acto bárbaro del procesado Pozas, á este hecho que le coloca en la situacion del criminal más odioso, precedieron unas palabras que él mismo pronunció, cuya importancia he de someter á la consideracion de la Sala: «¡Tengo ganas de hacer un escarmiento en Mier!» exclamaba Pozas antes de consumir el delito.

Los mismos testigos manifiestan tambien, que tan luego como presenciaron el hecho que se acaba de relatar, se alejaron, oyendo durante su marcha decir á Bráulio Mier, no saben si desde la ventana ó desde la puerta de su casa: «¡Matar no, don Aurelio, no mate V.»

No he de extenderme en recordar las declaraciones de estos testigos, perfectamente conocidas de la Sala, porque seria un trabajo puramente de repeticion. So'o, sí, he de recordar una circunstancia que ocurrió al prestar declaracion estos dos testigos, circunstancia que no pudo pasar desapercibida para la acu-

sacion que tiene en estos momentos la honra de dirigir la palabra á la Sala. La Sala recordará cuál fué el interrogatorio, el sinnúmero de preguntas que se hicieron á estos testigos, formuladas especialmente por la defensa de Aurelio Pozas. Yo bien creo, y sinceramente lo declaro, que esas preguntas fueron dictadas por el buen deseo de la defensa; pero al propio tiempo, yo que conozco la gran habilidad de las defensas, conocia tambien que con aquellas preguntas, con muchas de aquellas preguntas se perseguia otro objeto; se procuraba que los testigos incurrieran en contradicciones, en las más ligeras contradicciones, si quiera estas fueran de detalle.

Acaso por esa habilidad se haya obtenido algun resultado; acaso haya logrado algo de lo que se proponia el defensor de Aurelio Pozas con ese sistema que empleó al formular las preguntas; pero seguramente, y esto lo sostiene la acusacion privada, no se ha conseguido que los testigos incurran en contradiccion alguna que afecte á la esencia de sus declaraciones; todas las contradicciones recaerán, en último término, sobre detalles insignificantes que no desvirtúan en nada las mismas declaraciones del sumario y del juicio oral.

Despues de las declaraciones de estos testigos, preséntase á nuestro exámen la de su tía Baltasara Gomez Lastra, declaracion que en un todo concuerda ó coincide con las de sus sobrinos.

Nos manifiesta que pocos momentos despues que sus sobrinos Santiago y Anastasio salieran de casa con el objeto por ellos indicado, oyó las detonaciones de dos disparos de arma de fuego, casi simultáneos, y que parecian provenir del Campo de la Iglesia; que al poco rato regresaron sus sobrinos, viendo ella desde el balcon que un grupo de personas llamaba á la puerta de la cochera de Pozas y penetraba por ella, cerrándose la puerta inmediatamente.

Si el fiscal de S. M. no hubiese en su informe demostrado de una manera concluyente la importancia y certeza de esta declaracion de Baltasara Gomez Lastra, ancho campo tendria para hacerio la acusacion privada, extendiéndose en las consideraciones á que ella se presta por la gran trascendencia que entraña; pero siendo mi deseo tan solo presentar á la ilustrada consideracion de la Sala los hechos segun y como resultan probados, y molestar lo menos que me sea posible su atencion, creo que es bastante haber expuesto los hechos tal y como se desprenden de las declaraciones de estos testigos.

Si aun no fueran bastantes, señores magistrados, los cargos que contra los procesados resultan, todavía tenemos otro testigo presencial del hecho; Eleuterio Gomez Lastra, que tiene la doble condicion de referirse á la noche del 22 y á la mañana del 23 de Julio. Dícenos este testigo que en la noche del 22 de Julio vió al alcalde y á la pareja de la guardia civil, y que conversando se dirigian estas ó parecidas palabras: «Ya hemos cogido un pájaro.» Asimismo manifiesta que á la mañana siguiente, desde una mies proxima al Campo de la Iglesia, vió de qué manera, atravesando ese mismo Campo Pozas y un guardia civil, se dirigieron al sitio entre la Torre y la Celda, cometiendo allí el mismo hecho que á los procesados imputan los testigos Santiago y Anastasio Lastra Mora.

Es una rara coincidencia, señores magistrados, que aquella manifestacion que Eleuterio Gomez Lastra pone en boca del grapo á quien sorprendió en la noche del 22, guarde tan sorprendente relacion y tan grande armonía con lo que se deduce del oficio, á que antes me he referido, pasado por el alcalde Pozas al comandante del puesto de la guardia civil de Liérganes. En ese oficio, señor, hay unas palabras de gran trascendencia, dignas de ser recordadas á la Sala; en ese oficio se pedia el auxilio de la pareja de la guardia civil «para ver de sorprender á alguno de los que por las noches turbaban el reposo del vecindario.»

Hé aquí, señor, realizado el objeto que se revela en el oficio suscrito por Pozas; y en esas palabras de Eleuterio Gomez Lastra vemos la demostracion de la idea que impulsó á Pozas para redactarle.

«¡Ya tenemos cogido un pájaro!» Sí, señores magistrados; este pájaro era el que Pozas queria sorprender, segun claramente se desprende del oficio dirigido al jefe del puesto de Liérganes.

La Sala ha oido la relacion de cargos gravísimos que abruma la conciencia de los procesados; no puede darse una prueba más acabada ni más concluyente de la criminalidad de estos, y así espero que ha de apreciarlo inspirándose, como siempre, en la más estricta justicia y dejándose guiar por las reglas de la más sana crítica.

En vano, señor, invócase por los procesados su inocencia; en vano forcejean por desasirse de los lazos del crimen en que el os mismos quedaron sujetos. La imponente voz de la justicia ahoga sus quejas, y solo se escucha la pena que aquella exige como justo castigo por el horrendo crimen cometido.

Inútil empeño el de las defensas al pretender que son nulas y de ningún valor las pruebas que las acusaciones ofrecen con la sencillez y claridad de la verdad, con la majestad y el poderío de la lógica más convincente.

Ambas soluciones se rechazan: luchan entre sí las exigencias ó aspiraciones de las acusaciones y de las defensas, y unas ú otras, en mayor ó menor grado, tienen forzosamente que prevalecer.

Pero este resultado, en el templo sagrado de la justicia no logra por el azar, no se consigue por el capricho y la influencia. No, y mil veces no; en este sagrado recinto impera la verdad, solo la verdad, y la misión augusta de los Tribunales es la de rendirla homenaje, es la de cumplir bien y fielmente cuanto las leyes establecen.

Y siendo esto así, ¿bastará, señor, que se niegue la certeza de las declaraciones de tantos y tantos testigos que en una y otra forma acusan á los procesados?

¿Y qué importancia hemos de dar á esa negativa, si vemos que se alega por los mismos acusados?

¿Destruye ella, por sí sola, la fuerza probatoria de las declaraciones de los testigos? ¿Es bastante para dudar de estas declaraciones que no exista entre las mismas perfecta y exacta armonía?

Pues qué, las contradicciones, suponiendo que existan, ¿son de esencia, ó son, por el contrario, simplemente de detalle?

Yo estoy bien seguro, dada la habilidad de los letrados defensores, que soy el primero en reconocer, que han de procurar ofrecernos una y mil contradicciones; pero, por muchas que estas sean, por mucho que sea el cuidado y el esmero con que nos las presenten, nunca tendrán ni tanta fuerza, ni tanto valor, como le tienen, sin duda alguna, las pruebas de las acusaciones en todas las que y en cada una de ellas resplandece la verdad.

Tenemos, pues, señores magistrados, cargos directos, cargos gravísimos que demuestran de bien evidente manera la criminalidad de los acusados, criminalidad solo por ellos discutida, solo por los mismos puesta en tela de juicio.

Y aquí bien pudiera la acusación privada dar por terminada su tarea, tranquila su conciencia y firmemente convencida de que no ha hecho más que rendir culto á los preceptos de las leyes; pero todavía hay más, todavía además de esos cargos hay una serie de consideraciones que merecen la calificación de indicios,

que vienen á robustecer más y más la prueba que se desprende de esos cargos.

Habeis escuchado, señor, de boca de los mismos testigos, de la inmensa mayoría, si no de todos los que han comparecido en este juicio, que la voz pública en Miera acusa á los procesados del horrendo crimen que motiva este proceso; y todavía hay un testigo que, con una naturalidad digna de encomio, con una espontaneidad que rebela franqueza y veracidad, ha dicho al referirse á este extremo que la voz del pueblo acusa á los procesados.

Vox populi vox Dei.

Esa frase bellísima puesta en boca del testigo, que la vierte con una espontaneidad que admira, dice más, señores Magistrados, que todo cuanto la acusacion privada pudiera decir desde este sitio.

Enfrente de esta manifestacion, las defensas han puesto las manifestaciones de sus testigos, algunos de los cuales no han podido resistir el grito de su conciencia. Estos testigos acusan tambien á los procesados, si bien para desvirtuar esta acusacion dicen que en el pueblo de Miera hay dos bandos, siendo el contrario á Pozas el que imputa á este y á los demás procesados del crimen que se persigue.

Pero es preciso notar que en estas dobles manifestaciones de los testigos de las defensas, á pesar de las reiteradas interrogaciones de una de ellas, á pesar de las interrogaciones de la defensa de Bráulio Mier, no ha podido lograrse que uno solo de los testigos manifieste que en Miera se culpa á otras personas. Han dicho, sí, que es el bando contrario á Pozas quien culpa á este; pero no se han atrevido á decir que naya en Miera una sola persona que impute el hecho á otros que á los procesados.

La conciencia pública les condena, y es muy significativo el fallo de esa opinion que de tal suerte se forma y que en nada discrepa, opinion que unánimemente está pidiendo castigo para los culpables.

Y esa opinion ha pasado ya los límites de Miera, llegando hasta esta ciudad de Santander, en donde ya, señor, las personas sensatas, el vecindario culto acusa tambien á los procesados como autores del horrendo crimen cometido en el pueblo de Miera.

Todavía, señor, tenemos más indicios: la defensa del procesado Pozas, que ha mostrado todo el empeño que su cargo requiera para presentarnos á su defendido como modelo de honrado ciudadano, nos ha ofrecido las declaraciones de sin número de tes

tigos que deponen que don Aurelio Pozas era un honrado y pacífico ciudadano lleno de ilustracion como médico, y que jamás hubo nada que tacharle ni en su vida pública ni en su vida privada. Yo no voy á discutir eso; no voy á presentar á don Aurelio Pozas como exento de esas condiciones en su vida pública ó privada anterior al crimen que motivó el proceso, sino que trato de don Aurelio Pozas con relacion al proceso mismo. Yo no dudo de su ilustracion; pero D. Aurelio Pozas, como hombre culto, como hombre ilustrado habrá abrigado en su pecho ódios y pasiones, á las que no habrá dado salida, gracias á esas condiciones de ilustracion, que ya antes he reconocido; pero esos sentimientos de odio y de venganza que forzosamente tuvieron que despertarse en él, han dado un resultado funestísimo. Esto nos lo dicen Julieta Maza, Tomás Higuera, José Acebo, y para no repetir nombres por nadie ignorados, todos, absolutamente todos los testigos de las acusaciones. Ellos nos refieren que Pozas ha procedido en cierto modo con infinidad de personas, dando rienda suelta á esos sentimientos que le inclinan al odio y á la venganza.

Julieta Maza nos dice que en el monte del Cagigal el pacífico y honrado ciudadano, modelo de vecinos, don Aurelio Pozas, la maltrató cruelmente, y este mismo Pozas, modelo de ciudadanos, fué el que, segun manifiestan todos los testigos de la acusacion, en un arrebato de su carácter violento arrojó á un calero á su convecino llamado Valerio Gomez, y además cierta noche hizo varios disparos contra Tomás Gomez Maza, á quien el miedo obligó á refugiarse y á pasar la noche escondido en el interior de un peñasco.

Este mismo Pozas no ha vacilado tampoco en amenazar al testigo José Acebo (a) *Mantequero*, porque este se resistiera á modificar la declaracion que habia prestado.

Además de estos indicios que resultan contra el procesado Pozas, aparecen otros contra los demás procesados.

¿Qué nos dice, si no, señor, la conducta que atribuyen haber observado Pío Lavin, amenazando con puñal en mano á Tomás Higuera, con objeto de que suprimiese la declaracion que habia prestado y no apareciera él comprometido en el crimen?

¿Qué nos dice, señor, la manifestacion del mismo Pozas atribuyendo al desgraciado Juan Maza un carácter discolo y turbulento, cuando todos los testigos convienen en que era un muchacho pacífico, en que era un hombre de buenas costumbres y en que no usaba armas de ninguna clase?

Y en estos particu'ares que constituyen otros tantos indicios hay una circunstancia digna de llamar la atencion de la Sala. Ninguno de los hechos atribuidos á Pozas, ya sea el que se refiere á Valerio Gomez, ya el que se refiere á Tomás Gomez Maza, ó ya el que se refiere á Juliita Maza, han sido negados por los testigos de las defensas, los cuales, cuando más, se han permitido decir que ellos no saben nada de esos hechos; y de no saber nada á negar los hechos hay inmensa distancia.

Creo, señor, que con estos datos que la acusacion privada ofrece á la consideracion de la Sala está perfectamente demostrada la participacion que á todos y á cada uno de los procesados corresponde en el hecho que se persigue, é importa ahora conocer el alcance de esa participacion y el concepto legal que por ella merecen los procesados.

Acerca de este particular la acusacion privada, por más que respeta mucho la opinion del dignísimo funcionario que desempeña el ministerio fiscal, siente mucho tambien discrepar de su ilustrada opinion acerca del concepto legal que merecen los procesados por la participacion que han tenido en el hecho que se persigue; y como consecuencia de esto ha sostenido esta acusacion las conclusiones formuladas al evacuar el traslado de calificación.

En este sostiene la acusacion privada que los tres procesados don Aurelio Pozas, Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal son autores del delito de asesinato, con sujecion á lo dispuesto en el artículo 13 del Código penal, y que el otro procesado Bráulio Mier es y debe considerarse cómplice del mismo delito.

Son autores, segun el artículo del Código penal á que me he referido, los que toman parte directa en la ejecucion del hecho criminal. No tenemos necesidad de invocar los dos preceptos posteriores. Este solo tiene aplicacion perfecta y en él se hallan comprendidos los procesados por la participacion que tuvieron en el hecho que motiva esta causa.

Establece la ley penal una division de las persona responsables, clasificándolas en autores, cómplices y encubridores. Y esta division constituye todo un sistema, y un sistema filosófico y completo, como dice Pacheco en sus comentarios al Código; estableciendo al propio tiempo que son responsables de un hecho penable todos los que á su comision concurren.

Pero esa concurrencia puede ser distinta, puede afectar diver

Las formas, y por tanto el crimen puede ser individual ó colectivo, y en este último caso la responsabilidad ha de ser de varios.

La concurrencia á la obra criminal puede ser de tres modos; directa, de accion, de efecto; indirecta, de cualquier suerte, pero anterior ó simultáneamente, é indirecta tambien, pero posterior, más bien, aunque concurrente, aprovechadora.

Esta distinta concurrencia, esta diferente participacion en la ejecucion de un hecho punible determina tres estados de responsabilidad. En el primero se comprenden los autores; en el segundo los cómplices, y en el último los encubridores.

Pero la participacion directa no ha de ser precisamente material, no ha de entenderse que solo el que asesta la puñalada es el delincuente, no; podrán considerarse tambien como autores aquellos que, sin ejecutar este acto, cooperan en otra forma.

Para más claridad, para que se comprenda el verdadero alcance de la accion directa, base de la calificacion de autores, citaremos el ejemplo que nos ofrece el criminalista repetido. Una cuadrilla de facinerosos recorre los caminos, y sorprende la diligencia, y despoja á los viajeros que esta conduce. No solo el que de hecho recogió las bolsas de cada cual es el autor del robo: lo son todos los que concurren á él. Eslo el que sujetó al postillon, el que detuvo los caballos, el que voceó para que se apartasen del camino, el que concurreó en silencio con su escopeta en la mano, aumentando el poder de la banda, el que se puso en tanto de centinela, siendo de ella, para que no la sorprendiesen. La participacion directa é inmediata es de todos: la concurrencia es de ese género que constituye agentes de la obra.

Vamos á aplicar este ejemplo al caso de que se trata. Tenemos como hechos probados que los procesados Pozas, Fernandez Ledo, Gonzalez Uzal y Mier aprehenden al degradado Juan Maza y le conducen á casa del último; desde esta casa, el procesado Pozas y uno de los guardias civiles se dirigen al Campo de la Iglesia, y allí consuman el hecho que motiva este proceso, disparando Pozas sobre el desgraciado Juan Maza, mientras que el guardia que le acompaña se desvía á corta distancia.

Ahora bien; si en el ejemplo que nos cita Pacheco se considera como autor, no solo al que recoge las bolsas de los viajeros, sino al que con su presencia contribuye á aumentar la fuerza de la cuadrilla y al que se coloca en un punto distante vigilando las avenidas, ¿cómo no hemos de considerar autor á quien acompaña al autor material del hecho hasta el acto mismo de ejecu-

tarle? ¿Cómo no hemos de considerar autor del mismo hecho al otro procesado que desde casa de Mier vigila las avenidas para que no sean sorprendidos los que en aquellos instantes perpetran el crimen?

Si estas teorías son comentarios lógicos del precitado artículo 13, los procesados Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, que acompañaron á Pozas, ó son autores del hecho que se persigue ó no son nada.

Es distinta, señor, en concepto de la acusacion privada, la participacion que en el hecho procesal tuviera Bráulio Mier. Son cómplices —nos dice el Código penal—los que no hallándose comprendidos en el artículo anterior—que se refiere á los autores—cooperan á la comision del delito con actos anteriores ó simultáneos.

Estos actos anteriores que la acusacion privada atribuye á Bráulio Mier, están perfectamente justificados: Bráulio Mier, como se ha visto al hacer la relacion de cargos, aprehende con los guardias y Pozas á Juan de la Maza, permite que en su casa le retengan prisionero; concierta en ella el asesinato que realizan únicamente Pozas y el guardia que le acompaña al Campo de la Iglesia, con el auxilio del otro guardia que vigila las avenidas.

Creo que he tenido suerte al dejarme guiar por la teoría que desarrolla el tratadista á que antes me he referido. Para que no quede duda alguna acerca de la participacion de Mier y se comprenda cuál es la línea divisoria entre la responsabilidad como autores y la responsabilidad como cómplices, nos dice el notable comentarista á que me vengo refiriendo: Que el Código considera como autores á los que directamente concurren á la accion y llama cómplices á los que concurren indirectamente á ella. Es decir: lo primero, cuando tienen parte en la obra misma del delito, ó bien han ejecutado un hecho moral ó material que, sin él, tal delito no habria tenido existencia. Lo segundo, cuando tambien han concurrido por algun acto coadyuvante, moral ó material, anterior ó simultáneo, pero sin el cual el delito habria podido existir. Hé aquí la línea que separa á la co delincuencia de la complicidad: hé aquí lo que coloca al coadyuvante, al concurrente, en la primera ó en la segunda categoria de la escala.

El procesado Bráulio Mier ejecutó actos anteriores que le colocan en la condicion legal de cómplice. Los guardias, por el contrario, tienen participacion directa en la ejecucion del hecho;

concurrer á él de tal manera, que sin ellos el delito no se hubiese podido consumir y Pozas no estaria procesado.

Claramente ha expuesto la acusacion privada cuál es su opinion acerca del concepto legal que merecen los procesados, por la participacion que tuvieron en el hecho que se persigue; y realizado ya cuanto directamente afecta á la misma acusacion, ha de intentar tambien desvirtuar ó aminorar, por lo menos, los esfuerzos realizados por las defensas en pró de sus defendidos.

Se ha intentado acreditar, en primer término, que los guardias civiles no llegaron á Miera hasta las once de la noche del 22 de Julio.

Veamos si esta afirmacion de las defensas aparece corroborada en el sumario y en las pruebas que hemos apreciado durante el juicio oral.

El primer testigo que destruye por completo esta afirmacion de los guardias respecto de su llegada á Miera á las once de la noche, es Daniel Gomez Higuera, testigo nada sospechoso para las defensas, portador del oficio dirigido por Pozas al comandante del puesto de Liérganes, portero del ayuntamiento de Miera, y por consiguiente, subalterno del alcalde don Aurelio Pozas. Este testigo, nada sospechoso, repito, nos dice que á las nueve de la noche dejó en la cuesta de la Hoz á la pareja de la guardia civil por indicacion de ella misma, y que penetró en su casa media hora despues próximamente. Si los guardias se separaron de él en la cuesta de la Hoz á las nueve, es de todo punto imposible que á las diez de la noche pudieran estar en Mortesante ó en Mirones. La manifestacion de este testigo la corrobora su padre político Agustín Gomez Higuera, que nos dice que el mismo Daniel llegó á su casa á las nueve y media, y que á las once de la noche llamó á su puerta el procesado Pozas.

Todavía hay más testigos que vienen á destruir por completo este supuesto hecho que se alegará seguramente por la defensa de los guardias. El alcalde de barrio Ramon Gomez Lastra y su hija Encarnacion, manifiestan que á las once de la noche llegó Pozas preguntando por el primero, á la puerta de su casa. Imposible es, por tanto, que habiendo llegado los guardias á las once de la noche, hubiesen tenido tiempo para estar á aquella misma hora en casa de Ramon Perez Lastra, despues de invertir el tiempo necesario esperando la salida del alcalde.

Recuerdo perfectamente que los testigos presentados por la defensa de los guardias civiles convienen todos, al declarar acer-

ca de este extremo, en que el tiempo que se tarda en recorrer la distancia que media desde Miera á Liérganes es de dos y media á tres horas. La acusacion privada va á apelar á las declaraciones de los mismos testigos propuestos por la defensa de los guardias, para demostrar cuán incierta es la afirmacion sostenida por estos procesados. Si se invierten dos y media ó tres horas en recorrer la distancia que separa á Liérganes de Miera, cálculo que admito como base, por más que proceda de los testigos de las defensas, fácil es averiguar la hora á que los guardias llegaron al pueblo de Miera.

Daniel Gomez Higuera nos dice que á las tres de la tarde partió de Miera, llevando el oficio dirigido por Pozas al comandante del puesto de Liérganes, á donde pudo llegar y llegó, segun el cálculo que hacen los testigos de las defensas, á las seis de la tarde. A su vez, Chaperó, comandante de aquel puesto, nos dice que tan pronto como se enteró de la comunicacion, dispuso que partiese la pareja de la guardia civil á prestar el servicio que se reclamaba. Suponiendo, pues, que los guardias invirtiesen un cuarto de hora en disponerse para emprender la marcha, pudieron salir á las seis y media de la tarde del 22 de Julio y aun media hora antes. Haciendo los mismos cálculos que hemos hecho respecto del viaje de Daniel Gomez Higuera á Liérganes, resulta que á las nueve de la noche pudieron encontrarse los guardias en la cuesta de la Hoz, dentro de la jurisdiccion de Miera y muy próximo á este pueblo; y es tanto más admisible este razonamiento, cuanto que, ni Daniel Gomez Higuera, ni los guardias civiles nos han manifestado que se detuvieran en ninguna parte, sino que dicen que se dirigieron directamente á Miera.

La Sala comprenderá despues de esto qué valor tienen las declaraciones de los testigos que afirman que los guardias pasaron por Mortesante á las diez de la noche. -

También nos dice mucho, señor, la actitud que en esa misma noche observaba Pozas. Infinidad de testigos nos han dicho que á las nueve y media ó diez de aquella noche sintieron diferentes disparos de armas de fuego, en distintos puntos, y algunos de ellos hacía las inmediaciones del Campo de la Iglesia. Los mismos guardias exponen que cuando venian á distancia de un kilómetro del pueblo de Miera oyeron uno ó varios disparos y algunos relinchos. Y sin embargo estos disparos, estas detonaciones oídas por los guardias y por multitud de testigos no son motivo su-

ficiente para que el alcalde esté vigilante, sino que, por el contrario, como si reinara la más absoluta tranquilidad, como si nada turbara el reposo de Miera, acuéstase en su lecho y en él permanece hasta que los guardias civiles vienen á avisarle.

No solo es incomprensible tal actitud en el alcalde por esta razon, sino que lo es tambien por otra razon más poderosa.

Si el alcalde, como él mismo nos dice en la comunicacion que dirigiera al comandante del puesto de Liérganes, necesitaba para aquella misma noche el auxilio de una pareja de la guardia civil, con objeto de hacer cumplir los bandos de buen gobierno y al propio tiempo para ver de sorprender á alguno de los que durante las noches turbaban el reposo del vecindario, ¿cómo se comprende, cómo se explica que aquella misma noche en que trataba de sorprender á los alborotadores se acueste tranquilo en su lecho y salga al balcon sorprendido cuando la pareja llega, como si de su venida no tuviese anterior conocimiento? ¿Es comprensible, dentro de la razon y de la lógica, esta actitud de Pozas, es comprensible su sorpresa cuando la pareja llama á su puerta?

Se ha intentado tambien atribuir la acusacion que pesa sobre los procesados á una horrible trama nacida de la profunda enemistad que existe entre D. Pedro Mora y D. Aurelio Pozas, y hacer ver al propio tiempo que todos los testigos de cargo obedecen á sugerencias y excitaciones del primero, explicando esta trama por razon de los lazos de amistad ó parentesco que á algunos de los testigos le unen; pero esta sospecha ó esta afirmacion es tan aventurada, que de consuno la rechazan la razon y la lógica.

Pues qué, ¿es la habilidad de un solo hombre, por muy hábil que le supongamos, tan fuerte y poderosa que así domine la conciencia y la intencion de tantos y tantos testigos que en una ú otra forma acusan á los procesados? ¿Es posible que Pedro Mora haya formado un plan tan admirablemente combinado, que en todo él resplandece la verdad, y que este plan no haya podido ser destruido por Pozas, hombre superior á Mora por sus relaciones, por su posicion y por su talento? Porque innegable es esa superioridad, como es innegable tambien que el procesado Pozas, adornado de tales cualidades y de circunstancias tan ventajosas, no ha podido destruir esa coalicion que se supone formada por Pedro Mora y que envuelve á los procesados en la infinidad de graves cargos que contra ellos resultan.

Es verdaderamente incomprensible y es racionalmente imposible que se sujete la voluntad de los testigos hasta el extremo de que jóvenes de quince años declaren y afirmen, ante el respeto que inspira el Tribunal, que han visto á Pozas en el acto de matar al infeliz Juan Maza.

Pero hay todavía en esta circunstancia un detalle importantísimo, acerca del cual voy á permitirme llamar la atención de la Sala. Los testigos Anastasio y Santiago Lastra Mora, al darnos cuenta de la consumacion del crimen y de los detalles de su perpetracion, ponen en boca de Pozas estas pa abras: «¡Tengo ganas de hacer un escarmiento en Miera!»

¡Ah, señor! estas palabras no se inventan; no las inventa un testigo de quince años! Esta espontaneidad es digna de crédito, y esas palabras cuadran tan bien al carácter de Pozas; que ellas revelan, mejor aun que las resultancias del proceso, el encono, el ódio, la enemistad que sentia y el vehemente deseo que tenia de hacer imperar su voluntad y castigar de una manera cruel al que le contrariase turbando por la noche el sosiego del vecindario.

No; esas palabras no se le ocurren á un testigo de quince años, ni se le ocurren á persona alguna que no se halle dominada por la pasion de la venganza que dominaba á Pozas.

Seguramente procurarán tambien las defensas desvirtuar las manifestaciones de José Acebo, el *Mantequero*, considerado por el mismo Pozas, en el careo que con él sostuvo, como el más importante de los testigos que han declarado en esta causa

Supónese que con este testigo sostuvo Pozas una entrevista en casa de la tía del primero, María Nieves Acebo, en la cual nos dicen que al increparle Pozas con extremada dulzura por los gravísimos cargos que le habia dirigido al prestar declaracion, contestó el *Mantequero* confesando que le habian engañado y que él no tendria inconveniente en volver á Santoña á decir la verdad modificando la declaracion anteriormente prestada.

En apoyo de este relato se nos ofrece el testimonio de la tía de José Acebo, María Nieves, y el de su sobrino Venancio Perez, que se dicen testigos presenciales de aquella entrevista, y que convienen en el modo y forma de celebrarse, manifestando lo que acaba de reproducir la acusacion privada.

No he de fijarme en el careo sostenido entre José Acebo y su tía, ni he de fijarme tampoco en que el Acebo mantuvo de una manera firme y resuelta las manifestaciones hechas por él ante

la Sala; pero sí he de procurar demostrar lo incomprensible de la afirmacion de Pozas. Es indudable que José Acebo, el *Mantequero*, era enemigo de Pozas, y lo era por la sencilla y única razon de ser amigo de Mora; es indudable que este jóven era de los que por las noches turbaban el reposo del vecindario, segun han dicho Pozas y algunos de los testigos presentados por las defensas, y sin embargo de ser el *Mantequero* enemigo mortal de Pozas; sin embargo de ser amigo íntimo de Pedro Mora, y no obstante ser además uno de los jóvenes que traian desasossegado é intranquilo al pueblo de Miera; á pesar de todo esto, señor, el alcalde le trata con estimada dulzura, le invita á que se marche á Vizcaya y se dispone á pagarle los gastos del viaje. Esta última circunstancia la ha declarado aquí Pozas respondiendo á preguntas de la acusacion privada.

¿Y con qué objeto, señor, dadas las circunstancias que concurren en el *Mantequero*, con qué objeto le trata Pozas con dulzura y le invita á que se ausente y le ofrece pagar los gastos del viaje...? Pozas nos dice que con el único objeto de que se apartase de malas compañías. ¡Ah, señor! no es posible una disculpa, una explicacion más deficiente tratándose de dos hombres colocados en las circunstancias en que se hallaban Pozas y el *Mantequero*. ¿O es quizás que en Pozas vamos á tener un nuevo Jesucristo? Porque despues de Jesucristo no sé yo quién ha habido que proceda de tal suerte.

Algo impulsó al procesado á proceder del modo y forma que procedió; y ese algo no puede ocultarse á la superior ilustracion de la Sala. La accion de Pozas no era una accion desinteresada; la accion de Pozas era una accion egoista, interesada; su propósito era que el *Mantequero* rectificase la declaracion prestada y alejar de seguida á aquel testigo que tan graves cargos le dirigia. El mismo Pozas que, cuando la acusacion privada, no sabiendo explicarse cómo siendo secreto el sumario, pudo averiguar el sentido de la declaracion prestada por el *Mantequero*, le preguntaba acerca de este extremo, dice que en la aldea es imposible que esas cosas permanezcan ocultas, que un hecho como ese no pasa desapercibido, sino que circula con la rapidez del rayo.

De manera que Pozas manifiesta que siendo secreto el sumario supo lo que el *Mantequero* habia declarado por ese rumor público que propala los hechos y las noticias; y al celebrar el careo con el testigo Pedro Mora, manifestó que el sentido de la misma

declaracion le supó por individuos de su propia familia, y que seguidamente se apresuró á avistarse con el *Mantequero* acompañado de Pío Lavin y Luis Acebo.

Despues de todo esto, creo que la Sala comprenderá, lo mismo que lo entiende la acusacion privada, la poca importancia que para la causa de los procesados tiene la entrevista de Pozas con el *Mantequero*.

Seguro que las defensas nos han de presentar tambien el hecho de que el herido Juan de la Maza, antes de exhalar el último suspiro, habló, pronunciando palabras tales que por ellas mismas se viene en conocimiento de que los procesados están exentos de responsabilidad por su muerte. Por eso nos dicen los testigos que han depuesto acerca de este particular, que el herido, á preguntas del procesado Vicente Fernandez Ledo, manifestó las palabras que la Sala conoce. Todos los testigos presentados por las defensas que declaran acerca de este hecho, se refieren á la declaracion del testigo presencial Juan Lavin Samperio. Al preguntarles las defensas si habló Juan Maza, nos dicen que sí, y al repreguntarles, explican la razon de su dicho, diciéndonos casi todos que lo saben por habérselo oido á Juan Lavin Samperio. Siendo tan sencillo el hecho de que un individuo hubiera hablado, no se concibe que acerca de él no haya una perfecta armonía, sino que, por el contrario, existe una palmaria contradiccion acerca de tan interesante particular. Juan Lavin Samperio, en el careo celebrado con Vicente Fernandez Ledo, manifestó que Juan Maza no articuló palabra alguna despues que fué trasladado á la ermita de San Roque, y Vicente Fernandez Ledo sostuvo, por el contrario, que el herido habia hablado en el Campo de la Iglesia y en la ermita de San Roque. ¿Cómo, señor, en un hecho tan sencillo no existe completo acuerdo y entera conformidad?

Pero se nos dice: «Esque ese testigo se ausentó, siquiera fuese por un momento; se ausentó con objeto de buscar un taburete para sentar al herido y para llamar al alcalde de barrio José Higuera Prado.» Mas no por eso deja de existir la contradiccion y esa desaparece; resalta otra más grave, que no acierta á explicar la acusacion privada. El mismo Vicente Fernandez Ledo está en contradiccion consigo mismo, pues sostuvo en ese careo que en la Fuente Sagrada y en la ermita habló el herido á instancias suyas, y en su indagatoria nos ha dicho que nada habló Juan Maza despues que le trasladaron á la ermita de San

Roque. Este es un mar de contradicciones, un abismo de dudas en cuyo fondo no puede descubrirse más que una verdad: que Juan Maza no pudo hablar y nada habló.

A ello contribuye la declaración del testigo Leoncio Higuera, que, hallándose en el Campo de la Iglesia, sostuvo con el guardia Vicente Fernandez Ledo una conversacion acerca de la posibilidad de que hablara el herido. Leoncio Higuera nos manifiesta que era imposible que Maza hubiera hablado despues de herido, y, para expresar esta imposibilidad, dijo: «Maza ha hablado como mi padre, que murió hace veinte años.»

Aquí desde el primer paso que se da en este proceso, no se ve otro interés por parte de las defensas que el de hacer constar que habia hablado Maza. Los guardias tampoco se ocupan de otra cosa; muestran marcadísimo empeño en hacer constar que Maza habló y que dijo que nadie le habia herido. Y no solamente los guardias, sino los demás procesados tambien muestran ese mismo interés. No se ve otro que ese desde el primer instante. Y si no, ¿cómo se explica que un hombre de las condiciones de Pozas, tratándose como se trataba de un crimen, al dar cuenta de él al señor gobernador civil de la provincia se concretara solamente á decir que Maza habia aparecido herido de gravedad, y que habia muerto despues de declarar que él se habia causado las lesiones? No aprecian otro dato más interesante que el de hacer constar que Maza habló.

¿Qué resultado es el que nos ofrece el juicio pericial? La acusacion privada, si no tuviera estos detalles, francamente decidiria con solo el resultado que nos ofrece el juicio pericial; pero con estos datos y con los que obran en el proceso, no cabe dudar que Juan Maza no articuló una sola palabra.

Los facultativos que primero han intervenido en este proceso nos dicen, en uno de sus informes, que las lesiones que observaron en Juan de la Maza eran mortales; que á consecuencia de ellas el interfecto debió sufrir una conmocion cerebral, bajo cuya influencia era imposible que hubiese hablado, ó cuando más que pudo emitir sonidos inarticulados, ó palabras sueltas; pero palabras sin coordinacion, que no expresaban ideas, por hallarse el herido sufriendo un trastorno intelectual.

Ese mismo perito ha alegado además que las heridas que se infirieron al interfecto Maza eran mortales por esencia, fundándose para sostener esta opinion en la herida del cuello que interesó la *apófisis espinosa del áxis*.

De todo lo expuesto, señor, se deduce que como resultado de la prueba pericial debemos concluir, en concepto de la acusacion privada, por establecer que las heridas que Maza sufrió eran mortales por esencia, y que á esta apreciacion, á este juicio, á esta opinion de los facultativos que corrobora, por desgracia, el triste fin de Maza Samperio, va unida la opinion de que estas mismas lesiones fueron inferidas por detrás, y que Maza, por efecto de la conmocion cerebral que experimentara á consecuencia de las heridas recibidas en el parietal izquierdo, no pudo articular palabras, ni menos sostener una conversacion, perturbada como se hallaba su inteligencia á consecuencia de esa misma conmocion.

Pero aceptando la hipótesis de que Maza hubiera hablado; admitiendo que fueran ciertas esas palabras que se le atribuyen, no se explica que el herido manifestase que él se habia caído cuando su cuerpo estaba atravesado por heridas de arma de fuego.

La invencion de esas palabras imposibles no puede ser más afrentosa para los que las han puesto en boca de Maza Samperio. Esas palabras puestas en boca del moribundo Maza son como el *Inri* colocado en la cruz del mártir del Gólgota.

Y en último término, si el herido dijo que se habia caído cansándose aquellas heridas, sus palabras no revelarían sino el trastorno que las mismas heridas produjeron en sus facultades intelectuales.

Entiende la acusacion que del juicio pericial resulta plenamente justificado, con el auxilio de los demás detalles del proceso, que Juan de la Maza no articuló palabras en el Campo de la Iglesia.

También por las defensas se ha tratado de reunir datos con objeto de demostrar que el hecho que nos ocupa aparezca casual y producido por una imprudencia, resultado de los desmanes que se venían cometiendo en Miera, resultado de los disparos que hacían durante algunas noches los jóvenes que rondaban por el pueblo. Si esto fuese cierto, señor, y el hecho hubiera sido puramente casual, si desde luego se hubiera atribuido á una imprudencia, ¿es posible que Pozas y la guardia civil no tuvieran conocimiento de quiénes habían sido los jóvenes que rondaban aquella noche, habiendo ellos patrullado por el pueblo?

¿Es posible, por otra parte, que siendo el hecho casual no hubiera algún testigo que de él tuviese conocimiento? Ninguno de los testigos de las defensas ha manifestado que la muerte de

Maza debe atribuirse á un hecho casual; el que más expresa la duda de esta apreciacion y expone que ha oido decir, sin manifestar á quién ni en dónde, que bien pudiera haber sido la muerte de Maza casual y producida por un disparo de los que por las noches hacian los mozos que rondaban por el pueblo.

Cree la acusacion privada haber expuesto á la consideracion de la Sala, con la posible sencillez, los hechos penales que se desprenden del sumario, y cree tambien haber calificado esos mismos hechos, determinando el delito que constituyen. Supone al propio tiempo haber demostrado que los procesados Aurelio Pozas Gomez, Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal han concurrido al delito como autores, y Bráulio Mier como cómplice; y siguiendo el camino que, sujetándonos á las prescripciones de la ley de Enjuiciamiento criminal, emprendimos desde el comienzo de este informe, ocurre ahora preguntar: ¿qué circunstancias han concurrido en la comision del delito? Con entera seguridad podemos afirmar que ninguna ni eximente ni atenuante.

Acerca de este particular, siento no estar conforme con la opinion sustentada por el ministerio público, que aprecia como circunstancia agravante la de abuso de superioridad. La acusacion privada, respetando mucho la autorizada opinion del dignísimo fiscal de S. M., no conceptúa que concurre esa circunstancia agravante, porque, segun sentencias del Tribunal Supremo, cuando se aprecia la circunstancia de alevosía, no puede apreciarse la de abuso de superioridad, que es inherente á la primera.

Respetando esas sentencias, cree la acusacion privada que solo han concurrido las circunstancias del artículo 10 del Código, en sus párrafos 11 y 15.

Por la concurrencia de estas circunstancias agravantes, no existiendo ninguna atenuante ni eximente, y con la cualificativa de alevosía, el delito de asesinato tiene que pensarse en su grado máximo.

Dado, pues, el delito de asesinato, en el cual no concurren circunstancias atenuantes ni eximentes y sí las agravantes de que acabo de hacer mencion, procede, con sujecion al Código, imponer la pena de muerte á los procesados Aurelio Pozas Gomez, Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, autores del delito, y al cómplice Bráulio Mier la de veinte años de cadena temporal con las accesorias consiguientes, en todas las cua-

les me ratifico y hago definitivas, segun y como aparecen en mi escrito de calificacion.

Antes de terminar, voy á decir dos palabras:

Me habeis oido que solicito las penas más graves de nuestro Código, la pena de muerte, cuya simple enunciaci6n extremece, para los procesados Aurelio Pozas, Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, y la inmediata para el cómplice Bráulio Mier.

Yo os ruego encarecidamente considereis esta mi pretension, como hija de mi más profunda conviccion; yo os suplico que en mis palabras no veais sino el más vivo interés, el más legítimo afán de que se cumpla bien y fielmente la ley.

Ahora, señores magistrados, medita6d si ese cumplimiento, tal y como lo solicita la acusaci6n privada, es procedente; y considerad que si aterra la idea de que sufra un inocente, extremece la de que quede impune un delito como el perpetrado en la persona del desgraciado Juan de la Maza Samperio.— HE DICHO.

Informe de la defensa de D. Aurelio Pozas.

E señor Cárabes: Señores magistrados: Vengo á intervenir en estos debates en defensa de D. Aurelio Pozas Gomez, doctor en medicina, vecino y alcalde de Miera, en la causa que contra él se sigue por supuesto delito de asesinato de Juan Maza Samperio, y suplico á la Sala que, no obstante las censuras y preces de las acusaciones, se sirva absolver libremente á mi defendido con todos los pronunciamientos favorables, pues así procede en justicia por el influjo de las observaciones y motivos que voy á someter, del modo más breve y sumario que me sea posible, á la recta é ilustrada consideraci6n del tribunal.

¿Por dónde comenzar este informe? ¿Qué exordio elegir para mi discurso? Son tantos los aspectos de esta defensa, que no sé cuál preferir para comenarla. Pero ya que en el camino recorrido por las acusaciones no queda más que sangre, desolaci6n y lágrimas, séame permitido sembrar algunas flores en ese camino.

Pocas cosas han sido más universal y constantemente celebradas que la belleza y atractivos de la vida del campo. Hace

veinte siglos que en medio del ruido de la populosa Roma, exclamaba un poeta:

¡Oh mi querida aldea,
cuándo volveré á verte!

Y desde entonces, desde Horacio y Virgilio hasta Fray Luis de Leon y Menendez Valdés, no cesa de repetirse de distintas maneras y en diversas rimas, unas veces:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido....!

Y otras veces:

De entonces la ciudad fuéme enojosa
y mis alegres días
gozo en las venturosas caserías.

¿Quién habrá, entre nosotros, que no haya codiciado los dulces y suaves placeres de la vida del campo? ¿A quién no alegró el sabroso y nunca aprendido cantar de las aves, ó el huerto plantado en la ladera del monte que cubre de olorosas flores la encantadora primavera y enriquece y regala el otoño con sazonados frutos, ó la fuente que se despeña de la cumbre de la montaña y se desliza entre los árboles del llano, vistiendo el suelo de verdura?

¿Quién será el que no haya admirado la candidez é inocencia de las alegres zagalas, y á quién no enterneció el dulce lamentar de los pastores, que, al son de las zampoñas y rabeles, daban al viento las tristes querellas de su amorosa pasión?

Pero nada de esto, señor, tiene existencia en la realidad. ¡Todo es invención de la fantasía de los poetas! Entre las hojas de la trepadora parra del campo de la aldea se esconde el escorpion emponzoñado: entre la yerba de los verdes prados se ocultan la culebra venenosa y la traidora vívora. Allí en la aldea, tienen su imperio las más bajas y ruines pasiones, los ódios, la venganza, la envidia y la calumnia. ¡Es mentira la candidez de las zagalas y mentira la sencillez de los pastores! No existen allí en el campo ni Arcadios, ni Batilos, ni Salicios, ni Nemorosos, ni Filis, ni Galateas.

Allí no hay más que Eleuterios, Santiagos y Anastasios, y Antonias, Encarnaciones y Baltasaras. Es mentira, señor, la paz tan decantada de los campesinos. Entre ellos dominan la intriga, la lucha y la guerra, en la cual suelen andar aliados de ordinario la superstición y la ignorancia contra la ilustración y la ciencia.

Si no tuviéramos de esta triste verdad dolorosas y amargas experiencias, la habríamos aprendido en el curso de este proceso.

Insiguiendo el ejemplo del fiscal de S. M., vamos á hacer una excursion, tan rápida como nos sea posible, al lugar que fué escenario de los hechos que motivaron este juicio.

Saliendo de Liérganes, lugar de todos conocido, con rumbo al Mediodía, y despues de dejar atrás un bosque de robles y castaños, empieza á subir por la orilla del río y en direccion opuesta á la de su acelerada é impetuosa corriente, un camino del cual pudiéramos decir lo que decia Dante de la senda por donde subieron al purgatorio el poeta y Virgilio:

*«La più rota ruina e una schalla
verso di quella ogevola ed aperta.»*

Alla, más arriba, donde concluye el camino y despues de dejar atrás los barrios bajos de Mortesante y de Mirones, sobre las blancas y calcáreas rocas, descansando en la falda de la montaña, está el pueblo de Miera.

Forman este pueblo varios barrios que se llaman el Tejuelo, Pereda, Irias, La Cárcoba, Sobre la Corte, La Solana, Cabardilla, La Matanza, Los Pumares y otros.

Don Aurelio Pozas Gomes no es natural de Miera, ni se crió ni se educó en sus cabañas; nació en Liérganes y frecuentó las universidades, en las que dió pruebas, no solo de su pundonoroso comportamiento, sino tambien de sus buenas facultades, ganando con brillantes calificaciones el título de licenciado en Medicina y Cirujía.

Más tarde contrajo relaciones con una jóven perteneciente á una de las más distinguidas y mejor acomodadas familias de Miera, casándose con ella al poco tiempo, y despues de cuatro años consagrados en Liérganes al cuidado de su esposa y de sus tiernos hijos, cedió á los naturales deseos de aquella y se trasladó á Miera, donde luego le brindaron, con general contentamiento, la plaza de médico titular.

Allí repartía el tiempo entre los tiernos cuidados de su familia y la asistencia de sus enfermos, consagrando el que no demandaban esas ocupaciones, al estudio de sus libros, que le conquistó bien pronto fama de médico excelente entre sus comprofesores, entre sus vecinos y en las comarcas inmediatas.

Pasaba el tiempo, deslizábanse los años sin que don Aurelio Pozas tuviera que sentir las penas y disgustos que de continuo afligen á los mortales.

Solo una pequeña nube vino á enturbiar el cristal purísimo de su vida venturosa. Allá por el año 76 sintió la noble ambicion de juntar á los títulos que ya tenia, la borla de doctor. Con ese propósito fué á Madrid y supo al regresar que, aprovechando su ausencia un Pedro Mora, natural de Miera, habia recorrido aquellos barrios solicitando de los vecinos que suscribieran una instancia á fin de despojar á Pozas de la plaza de médico municipal que venia desempeñando.

Don Aurelio Pozas que es altivo, pero altivo con la noble altivez de la honra, se sintió lastimado con la conducta de Pedro Mora y no tomó venganza personal alguna, no; hizo lo que hace el hombre que alberga en su pecho sentimientos de honor; dió de baja á Pedro Mora y su familia, haciendo pública su resolucio para que todo el mundo supiera cómo él castigaba la indigna conducta de aquel hombre.

Desde entonces Pedro Mora y su familia, ofendidos y lastimados, no solo en su susceptibilidad personal, sino en sus intereses, en el interés que el hombre tiene por más caro, que es el que afecta á la salud, desde entonces, Pedro Mora y su familia no cesaron un solo momento de pensar en la manera de deshacerse del médico Pozas, porque al deshacerse de Pozas habian de encontrar vacío un puesto que ellos anhelaban.

De aquí que en cuantas ocasiones les deparó la fortuna, próspera á Pedro Mora y su familia, pensaran en colocarse enfrente de Pozas. Enemigo este de toda otra ocupacion que el cuidado de su familia y de sus enfermos y el estudio de sus libros, nunca habia tomado parte alguna en las cuestiones de administracion municipal.

Pero llegó el año de 1883 y eran grandes los desórdenes y atropellos de todas clases que se cometian en Miera. Unas cuantas personas independientes, las de más arraigo y prestigio, acudieron á don Aurelio Pozas y le suplicaron que tomara sobre sí la pesada carga de la presidencia del ayuntamiento y la gestion de los intereses municipales, porque creian que él era por sus condiciones de posicion, de carácter y de ilustracion el más indicado para corregir tantos abusos.

En mal hora defirió á las instancias de sus amigos consintiendo en admitir que fuera inscrito su nombre en la candidatura para la presidencia del ayuntamiento.

Verificáronse las elecciones y sucedió lo que era natural que sucediese. Presentóse á la vanguardia de la oposicion, que si era

oposicion muy pequeña, extremaba, en cambio, todos los medios de vencer, presentóse, digo, el mismo Pedro Mora; pero contando ya esta vez con el concurso de otras dos familias; la familia de don Simon Remigio Perez, cura de los Barrios, y la familia de don Manuel Lavin Perez, vecino de Miera.

¿Qué suceso, qué motivo trajo á estas familias al lado de Mora? Fácil es explicarlo.

La familia de don Simon Remigio Perez —y este es un hecho incuestionable— cuenta entre sus individuos un sugeto que se dedica á la carrera de Medicina; y los de esta familia colocaban su principal mira en dejar vacante la plaza que desempeñaba Pozas para conferírsela á ese individuo, al médico su deudo.

¿Y cómo vino á colocarse la familia de Manuel Lavin Perez enfrente de don Aurelio Pozas? Todavía esto es de mayor notoriedad; todavía está más averiguado, por qué para combatir á Pozas hubo de colocarse don Manuel Lavin Perez al lado de su cruel y sangriento enemigo Pedro Mora.

Hace dos años que en esta misma ciudad de Santander venia siguiéndose pleito ruidosísimo entre la familia de Pozas y la de Lavin Perez, y ese litigio, ó diciéndolo con más exactitud, la inquina, los ódios, la animadversion que produjo en el ánimo de Lavin contra Pozas el triunfo alcanzado por una hermana de este, conforme resulta de la ejecutoria pronunciada por la audiencia de Búrgos, fué lo que colocó á esa familia al lado de Pedro Mora para conjurarse desde aquel momento contra el bienestar y hasta contra la vida de su adversario.

Venció este en las elecciones municipales, y fué con la oposicion tan tolerante, que aquí ha dicho el mismo don Simon Remigio Perez, que, á pesar de no ser vecino ni elector del distrito, habia estado dentro del colegio electoral, á presencia y con la tolerancia del que habia de ser elegido alcalde y tenia, como es natural, tanto interés en aquellas elecciones.

Verificadas estas y conferido dicho cargo á don Aurelio Pozas, presentóse ante su vista, á fuer de alcalde celoso á quien animaban el deseo vivísimo de normalizar la administracion municipal, y restablecer el orden y dar garantías á la seguridad individual, llenando por ese modo todos los deberes que deben cumplir las personas constituidas en aquella autoridad, presentóse ante su vista, repito, el estado de perturbacion de aquel pueblo, donde hacia tiempo que durante las noches se alteraban la tranquilidad y el sosiego público por los mozos del mismo, entre los

cuales la opinion señalaba muy especialmente á Tomás Higuera, Pedro Mora, José Acebo, Juan Maza Samperio y otros.

¿Qué medidas adoptó el alcalde D. Aurelio Pozas para corregir esos abusos en el pueblo de Miera? Recordó un bando que habia dictado su predecesor don Manuel Lastra, y, no contento con eso, dictó otro en uso de sus legítimas facultades, á pesar de lo que disponga el artículo 179 de la ley municipal, que citaba el ministerio público, porque para dictar esos bandos tenia bastantes facultades por sí mismo, de conformidad con el párrafo 3.º del artículo 73 de la expresada ley, que confiere á los alcaldes, como ejecutores de los acuerdos de los ayuntamientos, entre otros servicios sometidos á su accion y vigilancia, la policía de seguridad.

Disponia en ese bando, entre otras cosas, que los establecimientos, lugares generalmente de escándalos, permaneciesen cerrados desde las nueve y media de la noche, y que no se consintiera andar rondando y haciendo disparos por la poblacion durante la misma.

Es cierto, ante todo, que esos escándalos y alborotos se verificaban, y de ello ha dado buen testimonio, de una parte, Bernardo Maza, que dijo á la faz del Tribunal que, pasando una noche por cerca de casa de don Aurelio Pozas, habia sido acometido por quien, puñal en mano, le dejó exánime en las inmediaciones de dicha casa.

Buen testimonio es tambien, á este propósito, el de Luis Acebo, testigo nada sospechoso para las acusaciones, que dijo á su vez que al pasar por el sitio de Presoncillo, oyó silbar muy cerca de él una bala procedente, á su juicio, de un disparo hecho en el punto de Sobre la Corte, barrio en el cual solo existe otra casa además de la de Pedro Mora.

Varios testigos más hay que han depuesto ante la Sala afirmando que sus casas fueron ametralladas por proyectiles de armas de fuego; y dijo alguno que no solo fué atravesada de tal manera la puerta de la casa, sino el tabique de su propia habitacion, penetrando el proyectil hasta el lecho donde acostumbraba á dormir este testigo.

Luisa Lavin, con cuya hija sostenia relaciones amorosas Pedro Mora, segun confesion de la misma testigo, dijo tambien á este tenor que después de haber llamado una noche á su casa el mismo Pedro Mora, habia sido esta atropellada y desvencijada la puerta con un hacha.

Estos hechos que, singular y especialmente acabo de referir,

y que no son los únicos que entonces se verificaban en Miera, demuestran el estado de perturbacion de aquel pueblo.

Por eso sucedia que Pozas no pudiera salir de noche sino acompañado de muchas personas á prestar la asistencia facultativa á los enfermos, y por eso acontecia tambien que los curas don Cristóbal Samperio y don Francisco Higuera no pudieran acudir á prestar los auxilios espirituales que se les demandaba durante las noches, sino acompañados de igual manera, y por eso ocurría además que todos los vecinos se vieran precisados á cerrar las puertas de sus casas antes del oscurecer y no las abrieran despues por nada ni por nadie.

Tal era la situacion del pueblo de Miera y tal la actitud de Pozas, que no se revelaba en otros actos ni se manifestaba de otra manera que procurando la tranquilidad y bienestar del vecindario, mientras que la de los jóvenes á que antes me he referido no se revelaba en otros actos que el escándalo, los desórdenes, la intranquilidad del pueblo y los disparos que hacian de armas de fuego.

Importa mucho á esta defensa que se fije la Sala en que don Aurelio Pozas, ni durante las elecciones, ni despues, ni como vecino, ni como alcalde, ni como médico, ha sido acusado en otra ocasion, ni tiene la menor tacha en su nombre. Todos convienen en que, hasta la fecha á que vamos á referirnos, procuraba, con las medidas que adoptó como alcalde, llevar la tranquilidad y el sosiego al vecindario perturbado.

Llega el 22 de Julio de 1883 en estas condiciones y en estas circunstancias.

Era la tarde del domingo, y en una de las plazuelas que está inmediata á la casa de Lavin, en el barrio de Pereda, á la terminacion de la misma, y ya cerca de la carretera ó camino de la Cárcova, estuvieron durante esa tarde varios mozos y varias mozas holgándose en el baile y en otros entretenimientos.

Hallábase allí tambien Juan Maza Samperio, joven de veinte y tres años; bailó con Encarnacion Gomez y retiróse más tarde, no volviendo á ser visto por los testigos hasta las nueve y media próximamente, que se presentó á la puerta de la casa establecimiento de Manuel Acebo, que se encuentra instalado en la misma casa de Manuel Lavin Perez, manifestando al encargado del establecimiento que ya era la hora reglamentaria de cerrarle.

A la mañana siguiente supose, por el modo que más tarde hemos de exponer, que junto á una albardilla de la Fuente Sagra-

da, que forma uno de los ángulos, (el de SE.) se encontraba mal herido Juan Maza Samperio.

¿Qué era natural que sucediera? ¿Qué sospecha era la que primero debió acudir acerca de la causa que hubiese determinado la muerte de Juan de la Maza? No lo digamos nosotros: fué entonces rumor que por todas partes se extendia que Maza habia muerto á manos de sus propios amigos, no por voluntad de estos, sino por imprudencia temeraria ó por impericia en el manejo de las armas.

Tenia esta version grandes puntos de apoyo, y era por todos generalmente admitida sin repugnancia.

Pero con fecha 1.º de Agosto el fiscal y otras autoridades recibieron un anónimo en el cual se dibujaba con las más negras tintas el horrible asesinato de Juan Maza Samperio, y se designaba como autores de ese tremendo drama á Pozas, á los dos guardias civiles y á Bráulio Mier.

Hay un precepto terminante y categórico en la ley de Enjuiciamiento criminal á la que deben ajustar y acomodar todos sus actos los funcionarios de la administracion de justicia y muy especialmente los del ministerio público.

Ese precepto prohíbe que sean admitidas las denuncias que se hicieren por escrito, cuando no están firmadas por el denunciador, y si no pudiese hacerlo, por otra persona á ruego suyo. (*Lee el artículo 266.*) Pero, no obstante esa disposicion, y á pesar de ese precepto, el fiscal de S. M. acogió el anónimo, rubricó sus hojas y las remitió al juez de instruccion de Santoña con una comunicacion en la que, segun resulta del proceso, excitaba su celo para que procediera á la formación de las diligencias sumarias, toda vez que en ese anónimo se imputaba á personas determinadas la ejecucion de un gravísimo delito.

El mismo fiscal de S. M. partió despues para Liérganes, convocando previamente al juez de Santoña, y como este tardara en llegar, se trasladó á Miera sin esperarle.

Allí, segun noticias que tenemos por fidedignas, estuvo el señor fiscal sin hacer otra cosa que ver el terreno, y se volvió á Liérganes, donde sin la práctica de las diligencias necesarias, se dictó el auto de procesamiento contra Pozas, Mier y los guardias civiles.

Tal es el origen bastardo y espúreo del auto del procesamiento de Pozas, cuyo auto brotó de las entrañas de esa vil y execrable delacion anónima.

Pero no solo es bastardo y espúreo su origen, sino que es además sacrílego, porque ese anónimo, á pesar de haberle negado despues de jurar *in verbo sacerdotis* el cura de Los Barrios D. Simon Remigio Perez, resulta que fué escrito por él, segun el testimonio de los peritos calígrafos y revisores de letras que intervinieron en este juicio y cuyo dictámen junta, á la respetabilidad notoria de los peritos, la circunstancia de no haber sido ni discutida ni negada su certeza por las acusaciones.

Siempre es villano y ruin el anónimo, y cualquiera persona que á sí propia se estime honrada, le arroja lejos de sí con repugnancia y asco. Cuantas circunstancias puedan apreciarse agravan en este caso la culpa y la vergüenza de su autor. Fué una pasion ruin y mezquina la que movió á escribir el anónimo de que se trata. Fué el deseo, la miserable ambicion de dejar vacante la plaza de médico titular de Miera, deshaciéndose de Pozas, para colocar en ella á un hermano del cura don Simon Remigio Perez que estaba terminando la carrera de Medicina.

Habrà quizá quien se estremezca ante la gravedad de la imputacion que hacemos y quien se resistia á creer que pudo un sacerdote católico escribir esa infame delacion, ese anónimo sacrílego negado con escarnio del juramento, pero no hay que sorprenderse, que no es nuevo el caso ni el suceso inaudito. Hace diez y nueve siglos que un discípulo del Redentor del mundo le entregaba á sus enemigos por el precio de 30 monedas de plata, y el cura don Simon entrega ante los tribunales, para que le condenen á muerte, á don Aurelio Pozas por el vil precio de 30 pesetas, que poco más vale la titular de médico de Miera.

Y noto una circunstancia curiosa por extremo para que nada falte en el parangon que acabo de establecer.

Judas besa á su divino maestro en el momento de entregarle á sus enemigos. El cura de los Barrios tiene la avilantez de decir aquí que era amigo de Pozas, que le queria mucho, para que su testimonio no se liaga sospechoso al tribunal y pueda contribuir á que recaiga sobre aquel una sentencia de muerte.

¿Hay algo, señores magistrados, que no sea semejante entre la conducta del cura don Simon y la conducta del falso apóstol que vendió á su maestro?

Señores magistrados: es, sin duda, que, por desgracia nuestra y por desgracia de esa Religion sacrosanta que venero, no se ha extinguido aun en el mundo la raza vil de los Iscariotes!

En ese anónimo, origen ruin y miserable de este proceso, se

denunciaba como autores de un delito de asesinato, ¿á quiénes? Al alcalde don Aurelio Pozas y á una pareja de la guardia civil, compuesta de los individuos Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, que subieron á Miera en la noche del 22 á prestar los servicios de su instituto; y por último, ¿á quién más? Al juez municipal electo Bráulio Mier.

¿No es verdad que era absurda esa denuncia anónima y que desde luego repugnaba á toda honrada conciencia y á todo buen sentido prestar asentimiento á la idea de que hubieran podido concertarse la autoridad política y administrativa, representada por Pozas, la militar, encargada de velar por el orden y la seguridad de las personas, y la judicial que en breves días habia de estar desempeñada por Bráulio Mier?—Sí; repugnaba desde luego á todo comun sentido. Pero entonces, ¿por qué no cayeron en la cuenta los denunciadores? ¿por qué no les detuvo la consideracion de que lo absurdo y repugnante de la denuncia haria fracasar sus planes? ¿No les ocurriria esa consideracion? Sí; pero á pesar de ella, les arrastró otra consideracion más importante: para que en alguna manera prosperase su intento, necesitaban comprometer en el proceso á todas las autoridades; necesitaban comprometer al juez municipal y á la guardia civil, porque de otro modo el celo de estos funcionarios en el cumplimiento de sus deberes habria sido una garantía de salvacion para la inocencia de Pozas.

A esta idea capital obedecieron los denunciadores al señalar como reos del delito á los cuatro procesados, viéndose hoy el raro ejemplo de que ninguna de las acusaciones—ni la acusacion pública ni la acusacion privada—acierta á encajar esas cuatro personas en el molde que conviene á sus respectivos intereses disintiendo profundamente en la participacion que á cada una atribuyen en el delito.

Hubo incuestionablemente una víctima, y esta víctima inspiraba dolor, y esta víctima inspiraba prevencion contra los que voluntariamente hubieran causado su muerte, si esa muerte fué voluntariamente causada, y esa víctima debió tambien inspirar lástima y conmiseracion hácia su familia.

Tenia Maza Samperio dos ó tres hermanas; una de ellas Julita Maza. Julita Maza, que viene á representar más tarde triste papel en este horrible y execrable drama!

Julita Maza en los primeros momentos despues de la muerte de su hermano, no sospecha de nadie, ni tiene motivos para sos-

pechar; pero acaso pasaron pocas horas, cuando no faltó quien al oído la dijo que, comprometiendo á Pozas en un proceso, podia ser beneficioso para ella el término de la causa si, al fin, se le condenaba, obligándole á prestar una indemnizacion.

Hasta aquí, este estímulo á que obedeció Julita no tiene en la causa ningun fundamento, y se apoya solo en la autoridad que se concede á nuestra palabra; pero hay además en el proceso el fundamento de que, cuando más tarde se le ofreció á Julita la intervencion como acusadora, renunció terminantemente á ella, haciendo constar que no renunciaba, sin embargo, á la indemnizacion que pudiera corresponderle por los autores de la muerte de su hermano.

No herida en un amor fraternal, ni arrastrada de noble passion, sino tentada de torpe codicia, y pronta á aprovecharse y lucrarse á costa de la muerte de su hermano, hace su primera aparicion en este proceso la infeliz Julita Maza...! No la envidiamos la suerte de haber sido hermana de la víctima, ni la honra de haber hecho ante los tribunales la declaracion de que renunciaba á tomar parte en el proceso, pero de ninguna manera á la indemnizacion material correspondiente.

Más tarde, Julita Maza, la hermana del muerto Juan Maza Samperio, y que es la que hoy sostiene en este acto la acusacion privada, vuelve á comparecer haciendo rectificacion y enmienda en la conducta seguida en la declaracion anterior, y dice ya, teniendo en sus manos uno de los hilos de la horrible trama inventada por Pedro Mora, dice que tiene sospechas de que han sido don Aurelio Pozas y los guardias civiles los autores de la muerte de su hermano. ¿Y en qué funda esas sospechas? Fúndalas, segun ella misma afirma, en dos hechos paladinamente desmentidos por su propio dicho.

Cuenta que sus sospechas recaen en don Aurelio Pozas porque desde hace tres años venia tratando de privarles de la cartería, cuando es así que resulta perfectamente probado que hacia ya siete años que la familia de Maza no desempeñaba ese destino, porque desde esa época estaba encomendado por orden superior á la familia de Manuel Lavin Barquin. ¿Qué crédito, señores magistrados, puede tener una sospecha que se funda en un hecho falso?

Era el otro fundamento que inventó Julita para manchar la honra de don Aurelio Pozas, el de que su hermano habia tomado parte en las últimas elecciones municipales y que por esa cau-

sa pudo captarse la antipatía y el odio de aquel candidato para la alcaldía en dichas elecciones; y es falso, completamente falso, por cuanto de las diligencias practicadas durante el sumario y durante el juicio oral resulta que Juan de la Maza tomara parte directa ni indirecta en las elecciones municipales, porque no tenía voto, lo cual le privaba de intervenir directamente en aquel acto, y porque Juan de la Maza, á quien se ha presentado como defensor de su tío don Cristóbal, hacia diez ó más días que, según el propio testimonio de este sacerdote, habia salido de aquella casa disgustado y descontento del mismo don Cristóbal.

Es evidente, señores magistrados, que á la formación de esta causa y á la dirección de las investigaciones judiciales, contribuyeron de consuno dos motivos: uno de odios y animadversiones de Pedro Mora y las familias de don Simon Remigio Perez y don Manuel Lavin Perez, que supieron alhagar y tentar la codicia de Julita Maza; y otro... no sé qué palabras emplear para decirlo; no quisiera emplearlas tales que mortificaran la susceptibilidad del señor fiscal de S. M.; pero es incuestionable que el ministerio fiscal se apasionó desde los primeros instantes por determinados rumbos de la investigación en este proceso, y, sin quererlo, acaso por desconocimiento del carácter montañés, cosa que no debe extrañar, fué víctima de alucinaciones ó espejismos, y pudo consentir que se llevase el proceso por extraviados derroteros.

Don Aurelio Pozas Gomez se encontraba desde los primeros días de Agosto preso en Santoña; allí estaba también preso y aherrado el juez municipal, que habia de ejercer este cargo en Miera desde 1.º de Agosto y en un oscuro calabozo de uno de los cuarteles de aquella población estaban también, incomunicados ó separados completamente, los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal.

¿Qué sucedía en cambio con los acusadores ó denunciadores? ¿Cuál era su situación? ¿Es cierto que unos y otros disponían de iguales medios? ¡Ah, señor, eso es un sarcasmo; eso es un verdadero insulto; no es exacto que Pozas y los demás procesados dispusieran de los mismos medios y tuvieran las mismas armas que los que los delataban con infames y torpes anónimos. No, aquellos, cualquiera que sea su posición social, encerrados en un calabozo, no podían contar con los mismos elementos que sus calumniadores, el cura Simon Perez, Julita Maza y los demás que han cooperado á esta acusación, porque estos, completamente

libres, se agitaban en medio de la inmunidad más absoluta, porque habían desterrado del distrito á las autoridades y propalaban la sospecha contra la integridad con que pudieran ejercer sus funciones los que las reemplazaban.

A pesar de esta desigualdad, á pesar de que las acusaciones pudieron acumular cuanto su mala fé é insidia les aparejase contra los acusados, ¿es cierto, señores magistrados, que las acusaciones lograron demostrar que ellos son los culpables? ¿Es siquiera cierto que existan testimonios que acrediten que don Aurelio Pozas y los demás procesados tomaron parte alguna en la muerte de Juan Maza Samperio? Podemos afirmar que no, y vamos á demostrarlo.

Antes de nada debe esta defensa dirigir la atencion de la Sala hácia algunas manifestaciones que ayer oímos al señor fiscal de S. M.

Es imposible condensar los hechos, las ideas ó las observaciones del ministerio fiscal para convencer á la Sala de que Pozas era el autor del asesinato de Juan de la Maza. El fiscal de S. M., á quien somos los primeros en reconocer profunda erudicion y conocimientos extraordinarios, en fuerza de saber mucho no sabe lo que sabe, y los demás encontramos dificultades para entenderle. Pero en medio de ese cúmulo de doctrina, encontramos y recogemos una síntesis que tenemos por muy importante y trascendental, que es la que concretaba en estos ó parecidos términos:

«En este juicio existen más de dos testigos que afirman la participacion directa de Pozas en el asesinato de Juan de la Maza; y segun la ley 13, título 17 de la partida 3.^a, la declaracion de dos testigos produce evidencia: debe, por tanto, imponérsele la pena capital.»

Compulsemos, en vista de las manifestaciones del ministerio público, que considera esta afirmacion acaso como la más importante de cuantas hizo en la tarde de ayer, la ley á que se referia, citando, sin duda, por equivocacion involuntaria la ley 13 por la que lleva el número 32 del título 16, partida 3.^a, en la cual se establece que dos testigos «que sean atales y non se les pueda desechar por aquellas cosas que mandan las leyes de aquel libro, abundan para probar todo pleito en juicio.»

Y semejante teoría, ¿puede invocarse en el momento histórico actual como dice el fiscal de S. M.? ¿Es cierto que se encuentra vigente ni aquí ni en ningún país culto la doctrina que sostuvo ayer el ministerio público? ¿Es cierto esto? No, señores

magistrados, pese á la vasta ilustracion, al saber y á la ciencia insondable de ese ministerio.

Antes de terminar esta parte de mi informe, voy á convencer al fiscal de S. M., porque la Sala no ha menester que yo la convenza, de que en el presente momento, en el estado actual de nuestra legislacion es altamente anacrónica la cita de la ley 32, título 16, partida 3.^a

Allá en el año de 1786 siguióse en la vecina nacion de Francia causa ruidosa en la cual se impuso pena de muerte á tres procesados. Un notable publicista, Mr. Dupaty, escribió con aquel motivo un folleto titulado «Memoria para tres hombres condenados á muerte.» Esta Memoria fué bien acogida por el público que la dispensó su favor; pero excitó el odio del ministerio público y de la misma magistratura, porque en aquella Memoria se combatia el principio que consigna la ley de partida á que acabo de referirme Mr. Seguier, abogado general entonces de Paris, presentó al Parlamento una denuncia contra la Memoria de Mr. Dupaty, y entre los párrafos más salientes se encuentra el que me voy á permitir recordar á la Sala: «La declaracion de dos testigos, dice aquel abogado general de Paris, no es una presuncion, sino una prueba; y si se la rechaza todos los ciudadanos confiados á mi custodia estarán expuestos á ser degollados impunemente. La declaracion de dos testigos conformes debe considerarse como una prueba completa, segun todas las leyes divinas y humanas. Sin embargo, está en la naturaleza de las cosas que se hayan engañado dos testigos ó hayan engañado á los jueces; el magistrado más íntegro puede ser sorprendido; pero no pierde nada de su dignidad, cuando se ha conformado á la voluntad de la ley, regla única de sus fallos.»

Así se expresaba Mr. Seguier en su requisitoria hace cien años casi cabales.

Estas extraordinarias é inexplicables doctrinas fueron entonces aceptadas por el Parlamento de Paris y recayó sentencia, mandando que la Memoria fuera quemada al pié de la escalera principal de aquel palacio por el ejecutor de la alta justicia. Mas para esta doctrina habia sonado ya la última hora. Poco despues, allá por el año 1791, la Asamblea Nacional declaró completamente abrogada y sin uso en la legislacion francesa la doctrina de que la declaracion de dos testigos constituia, no una presuncion, sino una prueba completa, y más tarde se escribió la doctrina contraria, la de la íntima conviccion, en el artículo 342

del Código francés, que rige todavía. La doctrina ayer invocada por el ministerio público, no solo era absurda, no solo era inadmisible, sino que habia sido condenada por una frase célebre de un gran pensador, que fué tambien guerrero insigne. Cuentan, señores magistrados, que Napoleon I, despues de haber conquistado las provincias rinianas, en algunas de las cuales se hallaba en uso esa doctrina, exclamó de esta manera: «Valiente legislacion esa legislacion segun la que el testimonio de dos bribones basta para condenar á un hombre honrado, y el testimonio de un hombre honrado no sirve para condenar á dos bribones.» Así, con ese terrible anatema, se excluyó de la ley la teoría absurda que ayer osó proclamar aquí el ministerio público.

(Se suspende la sesion.)

Sesion décima cuarta, del 11 de Setiembre de 1884.

Continuacion del informe de la defensa de D. Aurelio Pozas

El señor Cárabes: Ayer dejamos nuestro informe exponiendo algunas consideraciones generales que sirvieran de preliminares al análisis y exámen de la resultancia de estejuicio; y resumiendo en concreta síntesis lo que ayer exponiamos, puede reducirse á los siguientes puntos ó conclusiones.

Lo primero que digimos fué que la situacion de Miera en 22 de Julio de 1883, estaba reflejada por la division en dos bandos que representaban dos tendencias y acusaban dos propensiones. Una de esas tendencias, la del bien, la del orden, representaba don Aurelio Pozas, y la otra, la del mal, la del escándalo, sostenianla Mora y sus parciales.

Deciamos que don Aurelio Pozas no tenia otra ocupacion ni otros cuidados que el mantenimiento del órden moral y material, verdad que afirman 36 testigos pertenecientes á otras tantas familias; que Pozas velaba por la paz y sosiego del vecindario, mientras que de otra parte Pedro Mora y sus amigos turbaban el sosiego, eran constante amenaza del órden y atentaban contra la seguridad de las personas y la inviolabilidad de las propiedades, verdad que afirman 23 testigos á los cuales se juntan 19 traídos aquí por las acusaciones, como afirman tambien

que Pedro Mora y sus amigos usaban armas de fuego del sistema moderno.

Era el segundo capítulo el procesamiento de Pozas, el cual ha tenido por origen, según ayer digimos, un villano anónimo; y añadíamos que si siempre el anónimo es cobarde, ruin y miserable, á estas condiciones que le hacen reprobado, reunia este la de que su autor, un sacerdote católico, tuvo la desgracia y la insolencia de negar su obra vituperable ante ese tribunal, demostrando así á los jueces la falsedad de su denuncia, probando evidentemente lo calumnioso de aquella imputacion, porque de otra manera, cuadraba á su carácter de sacerdote exponer ante la Sala las causas que hubieran movido su pluma al trazar aquellos villanos renglones.

Era la tercera observacion por mí expuesta al ilustrado juicio de la Sala, que repugnaba á todo buen sentido el concierto ó complot que es necesario establecer ó suponer al acusar juntamente del asesinato que se persigue al alcalde de Miera, al juez municipal del mismo pueblo, y á la pareja de la guardia civil.

Otra, la cuarta de las conclusiones que procurábamos establecer, era la afirmacion de que la familia de Maza no sintió en los primeros momentos sospecha alguna contra Pozas, y que si más tarde se mostró parte en esta causa, hizolo movida por la codicia que supieron estimular, de un lado los consejos de don Simon Remigio Perez, cura de los Barrios, y de otro el celo grande y la febril energía desplegada por el señor fiscal á fin de comprobar las afirmaciones contenidas en el infame anónimo tantas veces repetido y que no por eso dejaremos de execrar.

Otra, la quinta era, entre las conclusiones establecidas, que, por más que las acusaciones se hubiesen atrevido á hacer la afirmacion contraria, la familia de Maza habia estado en situacion ventajosa relativamente á la en que se encontraba Pozas y los demás procesados; pues mientras estos gemian en las cárceles y calabozos, los secuaces de Mora habian podido discurrir por todas partes preparando á su autojo la infame trama.

Y despues de esas ligeras consideraciones, concluimos ayer, que no obstante esa desigualdad de condiciones, la acusacion pública y privada no habia conseguido demostrar que Pozas fuera el autor de la muerte de Maza Samperio ocurrida en 23 de Julio de 1883, haciendo á este propósito algunas observaciones en contra de la teoría mantenida, con extrañeza nuestra, por el fiscal de S. M. en este juicio, cuando aseguraba que la declara-

cion de dos testigos conformes acerca de los principales hechos constituia una verdadera prueba, una completa evidencia que puede servir de fundamento á una sentencia condenatoria.

A este punto llegábamos ayer, señores magistrados. Hémos ya enfrente de los testigos traídos aquí por pedimento de las acusaciones; estamos enfrente de la prueba testifical presentada por las mismas acusaciones como exclusiva y única base de fundamento en que se apoyan para lanzar tan tremendos cargos contra don Aurelio Pozas, y deducir ante la Sala la pretension de que le imponga la pena de muerte.

Bien será que, ante todo, recordemos á este propósito lo que un eminente jurisconsulto dice en la exposicion de motivos del Código ginebrino, ocupándose de la importancia de la prueba testifical

«No habria prueba más acabada, más completa, más perfecta, que la declaracion de testigos, decia Mr. Bellota, si pudiera confiarse siempre en su inteligencia, en su probidad y en su imparcialidad; pero la debilidad y malicia humanas han convertido esta prueba en una de las más peligrosas, y los defectos de la legislacion aumentan sus riesgos é incertidumbres.»

Estas observaciones son perfectamente aplicables á la prueba testifical aquí en España, porque el estado de nuestras costumbres acusa, por desgracia, menos moralidad que la que fuera de desear y apetecerse. ¿Y qué ha de suceder sino eso, cuando vemos que los mismos que inventaron el juramento é hicieron de él un freno para contener á los falsos testigos, son los primeros que le escarnecen y le conculcan?

Hechas estas ligerísimas observaciones, no para prevenir el ánimo de la Sala contra las declaraciones de los testigos, sino para que se sirva tener en cuenta que no es obligacion tampoco prestar asentimiento expreso á lo que ellos afirman, cumple á esta defensa, despues de demostrar que la declaracion de dos testigos no constituye plena prueba ni puede llevar á la conciencia de los jueces la conviccion, la evidencia sobre que ha de descansar su fallo condenatorio, añadir eso, sin embargo; que no es menos cierto existen leyes que regulan esa prueba, que se derivan de la razon humana. de las leyes que presiden el desenvolvimiento del espíritu, inmutables como estas, porque inmutables han de ser las consecuencias ó corolarios y preceptos que de las propias leyes dimanen. Son estas de dos órdenes, de dos gerarquías, de dos categorías: refiérense unas á la persona del testigo,

y otras se refieren á la estructura, índole y naturaleza de los testimonios ó declaraciones.

Los requisitos y reglas que han de servir para apreciar el valor del testimonio, en cuanto á la persona, pueden comprenderse en tres términos: es la primera de estas condiciones la inteligencia, la capacidad del testigo. Si el testigo no es capaz de comprender, de discernir acerca de los hechos sobre los cuales depone, no ha de ser valedero su testimonio. La segunda es la probidad del testigo, porque si este no es probo y honrado, ¿cómo hemos de dar fé á su testimonio? ¿Acaso el hombre indigno, el hombre perdido, el que prostituyó su conciencia tiene derecho á que se le crea cuando afirma ó niega ante los jueces? No; la honradez, la probidad es condicion necesaria en todos los actos de la vida. Y es la tercera de las circunstancias ó requisitos la imparcialidad del testigo para que sean válidos y eficaces sus testimonios. Es tan débil, es tan flaca la naturaleza humana, que á veces en el choque de diversas pasiones, de diversos estímulos, no es el más generoso aquel á que se rinde tributo; y cuando el testigo siente, entre otros móviles, el aguijón del interés; cuando es perturbada su conciencia por otros estímulos que la propension á la verdad, hay que desconfiar de su dicho; porque acá en la vida, sobre este planeta, es necesario considerar al hombre contaminado de todas sus imperfecciones.

Ahora bien; haciendo de esta doctrina aplicacion práctica, ¿es cierto que todos los testigos de cargo, y principalmente aquellos que constituyen el núcleo de la acusacion, rennen estos requisitos necesarios ahora lo mismo que en tiempos de Chindasvinto?

No, señor. Y como no es nuestro ánimo fatigar la atencion de la Sala, vamos á otorgar de buen grado que los testigos traídos por las acusaciones son capaces, tienen inteligencia y tienen hasta probidad... ¡No han de decir que somos poco generosos! Pero hemos de negarles que sean imparciales. ¿Qué se necesita para convencerse de la verdad de esta afirmacion? Larga lista de testigos presentaron las acusaciones. Pasen todos por delante de nosotros, y preguntémosles de dónde proceden, de dónde vienen, quiénes son y á dónde van.

El primero de esos testigos es Pedro Mora, enemigo capital de Pozas; y así lo convencen las declaraciones de veinticuatro testigos, entre los cuales se cuentan más de una docena traídos aquí á instancia de las acusaciones. Pero no necesitamos siquiera de esos testigos, que de todos los fóllos del proceso y de todas las

palabras que aquí se han pronunciado surge y brota la afirmación de que Pedro Mora es enemigo capital de don Aurelio Pozas.

Con dolor profundo, con el alma angustiada escuchamos en este sitio las palabras pronunciadas á este propósito por el señor fiscal de S. M. Que Pedro Mora, para sorprender la buena fé del tribunal, para ocultar la falacia de sus afirmaciones, se fingiera amigo de Pozas, es un sarcasmo, pero le comprendemos. Que despues de cuanto aquí hemos oido y presenciado, afirmara el ministerio público que Pedro Mora es el amigo de Pozas, no lo entendemos, no queremos entenderlo, no lo entenderemos nunca. Mora es el enemigo capital de Pozas, señores magistrados, y yo invoco la buena fé y la hidalguía de las acusaciones.

Sigo, pues, examinando testigos acusadores y delatores de Pozas.

Es el segundo de ellos Domingo Gomez. Domingo Gomez es primo carnal de Pedro Mora, es deudor de los fondos municipales, votó contra Pozas en las elecciones.

No necesitamos más. Si es deudor de los fondos municipales y votó contra el alcalde, debía temer que este le exigiera la entrega del saldo en que resultaba alcanzado. Domingo Gomez Maza no podia ser amigo de Pozas, no podia querer que Pozas continuase al frente de la administracion municipal de Miera; tenia que hacer cuanto estuviese en su mano para no rendir las cuentas que el alcalde estaba dispuesto á exigirle, apremiándole á pagar las 2.500 pesetas que adeuda á los fondos municipales.

Pero no son estos solos los testigos de las acusaciones, y continuando nuestra tarea nos hallamos con Santiago y Anastasio Lastra Mora. ¿Y quiénes son esos Santiago y Anastasio? Dos desdichados jóvenes que tuvieron el infortunio de ser abandonados por su padre y de perder á su madre, siendo recogidos por la familia de Pedro Mora, tío suyo, en cuya casa de sempeñan, no el papel que corresponde á individuos de la propia familia, sino el de criados de Pedro Mora. A Pedro Mora tienen consagrada su voluntad, á Pedro Mora tienen unida su fortuna, todo depende de la voluntad de Pedro Mora. ¿Son imparciales estos testigos desde el momento que establecemos las condiciones de que vienen rodeados? Responda la conciencia de las propias acusaciones.

Aun hay más; Baltasara Gomez Lastra es otro de los testigos de cargo. ¿Y quién es esta mujer? Es cuñada de Pedro Mora,

vive en la misma casa de este; es mujer de otro Mora que estuvo en la guerra faccioso carlista peleando contra las libertades de su patria, y despues de vencido vino á Miera, pretendiendo ejercer la gestion municipal del distrito; pero, derrotado por Pozas en la lucha electoral, no tuvo otro recurso que hacerse á la vela para Méjico en busca de la fortuna que no halló en los montes de Navarra ni en las cabañas de Miera.

Pero hay más: Elías Gomez es otro testigo de cargo. ¿Y quién es Elías Gomez? Es un primo carnal de Baltasara Gomez Lastra.

Aun hay otros testigos ¿no es verdad? Hay alguno que vino á última hora, como viene el lobo en medio de la noche á sorprender al descuidado rebaño. ¿Cómo se llama ese testigo, quién es? Se llama Eleuterio Gomez Lastra, testigo presencial de una falsa escena, y es un hermano de Baltasara y un cuñado más de Mora.

Se han agotado ya todos los testigos de esta numerosa familia? ¿No falta ninguno que venga á deponer contra don Aurelio Pozas? Sí; aun falta Tomás Gomez Higuera, que inventa una nueva historia, y dice que allá, una noche, no sé cuándo ni en dónde, le habia asaltado Pozas, y que, medroso de que pudiera quitarle la vida, huyó de él, adoptando el peregrino recurso de cobijarse y pernoctar debajo de una peña.

Tales son, señores, los testigos que deponen contra don Aurelio Pozas y tales las relaciones y vínculos que entre sí les unen y los que les ligan á la familia de Mora. Pero aun restan más, dirán las acusaciones; la defensa de Pozas calla maliciosamente algunos nombres. No; la defensa de don Aurelio Pozas no teme á ninguno de esos testigos, segura, como está de la inocencia de los procesados; no la intimida ninguno de esos testigos y á todos les hará pasar por delante del Tribunal, para vergüenza de ellos mismos.

Lléglele el turno á Tomás Higuera. Es hermano de Manuel Higuera y cuñado de Manuel Lavin Perez. Con ambos sostuvo pleito empeñado y ruidoso, que en aquella ocasion se ventilaba, la hermana de don Aurelio Pozas, que los acusó en leal y justa lid ante la audiencia del territorio.

Resulta de las declaraciones aquí prestadas, que esta familia desde entonces, no solo interrumpió las relaciones que antes tuviera con la de Pozas, sino que declaró á este la más encarnizada guerra.

Otro testigo nada más estamos seguros que han de desear las

acusaciones que nombremos, porque en nombrando este testigo hemos nombrado á todos los testigos de verdadera importancia para las acusaciones. Este testigo es José Acebo (a) el *Mantequero*, cuyo nombre se ha hecho tan popular y célebre, ¿Y quién es José Acebo? ¿quién es el *Mantequero*? No he de citar ante la Sala antecedentes que no pueden ser comprobados; no vengo á difamar á nadie; vengo á defender á don Aurelio Pozas afirmando hechos comprobados. Pues bien; del juicio resulta que el *Mantequero* es un jóven recogido cuando niño por una tía suya que le meció cariñosamente en su regazo y le prestó todo género de solitudes y cuidados: á ella debe la escasa educacion que tiene; á ella debe la existencia; á ella debe el alimento y el vestido y hasta las alpargatas que calza. Pues este José Acebo que tanto debe á esa infeliz mujer, tiene la audacia, tiene el cinismo de escarnecerla, de calumniarla, afirmacion que está desmentida y cuya falsedad está fuera de duda desde el momento que la ha visto la Sala y sabe que esa pobre mujer cuenta cincuenta y ocho años de edad; y no cabe presumir que don Aurelio Pozas, si la pasion le hiciese quebrantar sus deberes conyugales, fuera á hacer sacrificios en ese altar tan viejo y repugnante. Quien olvida los deberes que ha olvidado el *Mantequero*, quien deja de pagar á esas obligaciones sagradas justo tributo; quien á la que, como madre cariñosa casi debe la vida, la escupe, la vilipendia y la difama, señores magistrados, yo apelo á vuestra conciencia preguntándoos: ¿puede ser buen testigo? Con gran confianza espero vuestra respuesta.

Pero es fuerza que avancemos en el análisis de los testigos de cargo, y no necesita esta defensa entretenerse en más consideraciones, aunque muchas, sin embargo, le vienen á la mente al entrar de lleno en dicho análisis.

Habíamos dicho que las cualidades que deben adornar las declaraciones de los testigos para que puedan llevar al ánimo de los jueces la conviccion íntima necesaria para que sus testimonios sirvan de fundamento á los fallos condenatórios, no solo se referian á los testigos mismos, sino á la urdimbre y estructura de los propios testimonios. ¿Cuáles son las cualidades, cuáles son los requisitos que han de reunir esas declaraciones para que puedan servir de base y fundamento á la conviccion moral?

A tres principalmente pueden reducirse. Es necesario, ante todo, que las declaraciones sean verosímiles, es necesario que sean uniformes y es necesario, sobre todo, que sean ciertas.

¿Cuáles son las cualidades que se oponen á estas mismas con-

diciones? Son la inverosimilitud, la contradicción y la falsedad. Pues bien; después de haber demostrado que los testigos no reúnen el requisito necesario de la imparcialidad, vamos á convenir al Tribunal de que sus testimonios no están adornados de los requisitos necesarios, porque ni son verosímiles, ni son uniformes, ni son ciertos.

A fin de hacer este estudio, análisis ó exámen con el mayor método que nos sea posible, porque de esta manera conseguiremos imprimir mayor rapidez á nuestro informe, vamos ante todo á reunir también en síntesis ó conclusiones los principales cargos que las acusaciones han formulado.

No tenemos miedo; hemos de empezar por aquellos que son más graves; no hemos de excusar la batalla, que si estamos ciertos de la debilidad de nuestras fuerzas, ciertos estamos igualmente de la bondad de nuestra causa y nada nos arredra. La inocencia es valerosa como Judit y no vacila en penetrar en el campo del enemigo. Y si aquella inerte, cortó la cabeza del jefe asirio, nosotros tenemos la confianza de cortar el nudo de la horrible trama urdida contra don Aurelio Pozas.

Es el primero de esos cargos el que puede resumirse en la siguiente fórmula: «La noche del 22 de Julio de 1883, entre las nueve y media á diez de la noche, el alcalde D. Aurelio Pozas, los guardias civiles, Bráulio Mier y otros conducian preso por el camino que desde Irias baja á la plaza de Lavin á Juan de la Maza.» Hé aquí el primer cargo, el primer fundamento en que se apoya y se levanta la acusación contra don Aurelio Pozas y los demás procesados. ¿Quiénes son los testigos que afirman este hecho tan importante de la acusación?

El primero, por el orden en que se colocaron en este sitio, es Pedro Mora. ¿Cómo cuenta la historia de lo que vió y observó? Aunque han de ser enojosas nuevas referencias á la declaración del testigo tantas veces repetida, esta defensa no puede creerse excusada de causar á la Sala esa molestia, haciendo de ella un breve estudio. Pedro Mora cuenta en el sumario lo mismo que en el juicio oral que sobre las ocho y ocho y media de la noche á que nos hemos referido salió del establecimiento ó tienda de casa de Lavin, situada en el barrio de Pereda, donde habia estado jugando durante la tarde, y se dirigió desde allí á su casa de Sobre la Corte, pasando más tarde Tomás Higuera por enfrente del portal, cuando allí se encontraba Pedro Mora. Tomás Higuera bajaba de su casa de Irias, detúvose é hicieron brevísima

conversacion que versó sobre asuntos amorosos, permaneciendo en el portal de Pedro Mora el tiempo preciso para fumar un cigarro. Despidióse Tomás y bajó por el camino de la Cárcova en direccion á casa de su cuñado Lavin y poco despues Pedro Mora, segun él mismo nos dice, tomó de improviso la resolucion de visitar, en aquella deshora, á una prima suya, mujer de Domingo Gomez, que asegura el testigo se encontraba enferma. Bajó por el callejuelo que desde el barrio de Sobre la Corte conduce á la carretera de Pereda, y en el momento de encontrarse en el punto que forma vértice el camino de Pereda y la pared de las tierras de maiz que baja á la orilla de ese mismo callejuelo, oyó Pedro Mora clamor de gente y vió que á los pocos instantes desfilaban por delante de él don Aurelio Pozas, una pareja de la guardia civil, Juan de la Maza y otros dos hombres que marchaban más adelante y á los cuales no pudo distinguir, notando que Pozas, que iba á unos cuantos pasos detrás, llevaba el siguiente traje, que describe con una precision admirable: sombrero blanco, chaquet blanquizo y zapatos blancos. Detuviéronse cerca de un avellano, delante de casa de Anastasia Higuera, y Pedro Mora, que los seguía á distancia de unos veinte pasos, tan pronto como se adelantaron algo más continuó su camino, yendo á bajar á la calleja de la Fragua; donde tuvo la rara fortuna de encontrarse á aquella hora con su primo Domingo G. Maza, que volvía del Fontano, á donde le habia llevado la faena de recoger un cántaro de agua que conducia hácia su casa. Pedro Mora fué interrogado por su primo acerca de quiénes fueran las personas que habia visto, á lo que contestó que no eran otras que el alcalde don Aurelio Pozas, una pareja de la guardia civil y otras dos que no habia conocido; y despues de preguntarle por la salud de su esposa, regresó á su casa de Sobre la Corte, y al poco tiempo de entrar en ella y siendo la hora de las diez próximamente, oyó dos disparos de arma de fuego que refirió hácia el sitio del Campo de la Iglesia.

Esta es la declaracion que prestó en el sumario y mantiene en el juicio oral Pedro Mora.

Es el segundo testigo que depone acerca de este particular—siguiendo el mismo orden, ó sea el de su posicion en el sitio á que nos referimos—Domingo Gomez, parte de cuya declaracion hemos adelantado. Salió aquella noche entre nueve y media y diez de la misma con un cántaro para buscar agua de la fuente llamada el Fontano, encontrándose casual y afortunadamente en

la misma esquina de la casa de Manuel Mier, único punto en que podía ver las personas ú objetos que pasaran por la calleja de Pereda en aquel preciso instante en que atravesaban Pozas y los demás á quienes no conoció. Fué al Fontano, recogió el agua, emprendió de nuevo el camino, y encontró en el sitio en que pocos momentos antes habia observado el paso de gente, á Pedro Mora, con quien sostuvo la conversacion que no he de repetir ahora. Domingo Gomez fuése á su casa inmediatamente, pensó en acostarse, y, lo que no habia dicho en el sumario, á pesar de repetidas preguntas, dícelo en el acto del juicio como una novedad digna de ser tenida en cuenta: al tiempo de acostarse sintió ruido de pasos en direccion al Fontano, y, asomándose á la ventana ó á la puerta de su misma habitacion, vió que corrian dos hombres, cerca uno de otro, con la circunstancia bien notada de que á uno de ellos se le cayó la boina y tuvo que detenerse á recogerla.

El otro testigo se halla en aquel instante muy cerca, á muy pocos pasos de allí; pasa por delante de casa de Antonia Mier; es José Acebo, es el *Mantequero*. Habia estado con Pedro Mora aquella tarde en el establecimiento de Manuel Acebo, instalado en la casa que habita Lavin Perez. A las siete y media, segun declara en el sumario, y á las ocho y media, segun dijo en el juicio oral, fuése á su casa con el propósito de cenar. Así como á las ocho, segun la propia declaracion, encontrándose el *Mantequero* no sabemos dónde, porque él mismo no ha sabido decir dónde se encontraba, notó que le faltaba tabaco, á pesar de haberse pasado la tarde y parte de la noche en el estanco; y aun constándole que el estanco se cerraba á las nueve y media, se fué á cenar á Irias, y aguardó á que fuese esa hora, la hora precisa en que debia estar cerrado el estanco, ó lo que es lo mismo, el momento crítico en que ya no pudiera lograr su propósito, y entonces bajó de Irias, veloz como un gamo, por el camino del Cagigal; llegó á casa de Lavin, dió golpes á su puerta y no le contestaron, y retornando á su casa, cuando llegaba delante de la de Pedro Mier, en el barrio de Pereda, el testigo oyó el rumor de gente que bajaba por las inmediaciones de casa de Anastasia Higuera, ó sea por delante del Avellano de las Animas. Esta gente no se detiene, en el concepto del testigo, quien afirma, sin embargo, que él permanece arrimado á la pared en las inmediaciones del camino por donde habia de pasar el grupo hasta cuatro minutos, asegurando al propio tiempo que antes de que este grupo llegara á

distancia de diez ó doce metros, tuvo que huir por el camino de la Fragua, porque sintió que le perseguían, y volviéndose á su casa oyó la detonacion de un arma de fuego hácia el barrio de la Cárcova. Este testigo, en el momento que bajaban por el callejo de Pereda las personas á quienes se refiere, las conoció: eran Pozas, Bráulio Mier, la pareja de la guardia civil y Juan Maza, que iban en el orden siguiente: el alcalde y Bráulio llevaban en medio á Juan de la Maza y detrás iba la pareja de la guardia civil.

Este testigo hace además otras declaraciones importantes respecto del traje que vestia don Aurelio Pozas y respecto de alguna de las prendas que llevaba el preso Juan de la Maza, en aquel mismo momento, llegando á establecer y afirmar que calzaba botinas de goma con los tacones ladeados. Tal es la declaracion del *Mantequero*.

Hay todavía otro testigo. Las acusaciones han querido que la prueba acerca de que don Aurelio Pozas y los guardias civiles estuvieran aquella noche en Pereda, viniese bien reforzada. Tenemos aun que examinar la declaracion que á este tenor prestó el testigo Tomás Higuera, hermano de Manuei Higuera y de la esposa de Manuel Lavin Perez.

Cuenta este testigo que habia estado tambien aquella tarde en el establecimiento de Manuel Acebo, y que durante el dia habia sido excitado y solicitado por su hermana á fin de que fuera aquella noche á dormir á su casa, porque se encontraba en Santander su marido y temia quedarse sola. Sin embargo de esta indicacion de su hermana y del deseo que mantuvo hasta última hora de complacerla, es lo cierto que, segun ha declarado, salió aquella tarde á la hora de las ocho de la misma, del establecimiento de Acebo, dirigiéndose á su casa de Irias en donde cenó pensando despues en ir á cumplir la promesa que hizo á su hermana de dormir en su casa aquella noche. Bajó por el sitio de la Castañera ó monte del Cagigal, cambiando ó torciendo el rumbo derecho hácia casa de su hermana, por Sobre la Corte. Encontró á Pedro Mora á la puerta de su casa, manteniendo con él la conversacion á que antes me he referido, mientras fumaron un cigarro, y se dirigió despues á casa de su hermana por la Cárcova sin detenerse en ningun punto, siguiendo una marcha regular.

Este testigo, cuando habia llegado á casa de José Gomez, observó que por el barrio de Pereda bajaban varias personas, de las cuales tuvo miedo, y medroso y asustado, en vez de hacer lo

que haria cualquiera en ese caso; en vez de huir, siguió adelante, arremetió contra los mismos á quienes temia, pasando á su vista para ir á esconderse en una alcantarilla, desde la cual vió que pasaban don Aurelio Pozas, los guardias civiles. Maza, Bráulio Mier y Pío Lavin. Iban, en el concepto de este testigo, guardando el siguiente orden: el alcalde tres ó cuatro pasos delante; la guardia civil en medio, llevando preso á Juan de la Maza, y detrás Bráulio Mier y Pío Lavin; y de tal manera se fija el testigo en este último y tan perfectamente le conoce, que describe en los siguientes términos su traje: dice que llevaba sombrero blanco de paja, chaqueta ablandada y zapatos blancos. Este testigo de vista se fija tambien en el traje de Pozas y dice que llevaba sombrero negro, traje negro y anda cerca de afirmar que eran tambien negros los zapatos que entonces calzaba don Aurelio Pozas.

Tales son las declaraciones de estos testigos, sin que me reste hacer notar más que una circunstancia acerca de la del último que he examinado, á saber: que despues que vió que las personas mencionadas entraban en casa de Bráulio Mier, dice que tuvo miedo, y encontrándose, como se encontraba, tan cerca de la casa de su hermana, no se refugió en ella, sino que siguió por el monte del Cagigal hasta el barrio de Irias, hasta su propia casa, á donde llegó, acostándose y durmiendo en seguida tranquilamente.

Así expuestas las declaraciones de los testigos, de cuyo examen voy á ocuparme, y segura esta defensa de que no han de rectificarlas en una sola tilde las acusaciones, porque ha sido severa, exacta y puntual la exposicion de cuanto comprenden, vamos á ver, señores magistrados, si estos testimonios reunen las condiciones exigidas para que puedan tener valor ante la conciencia de los jueces y establecer el fundamento de la conviccion íntima necesaria para dictar un fallo condenatorio.

Hemos dicho que la primera circunstancia necesaria en todo testimonio es la verosimilitud, que no es otra cosa que la conformidad con el orden regular y lógico de suceder las cosas. Cuando á este orden regular no se acomodan los acontecimientos se debe dudar de su certeza: no acomodándose á ese orden natural son inverosímiles. Recordamos á este propósito que en el año de 1776 hubo en Escocia un tribunal que admitió como buena la declaracion de dos testigos que decian les constaba quienes eran los autores de un delito de homicidio, porque se lo ha-

bia revelado un espíritu celestial. A fé de buen cristiano creo en la posibilidad metafísica de los milagros, y es más, existe una doctrina moderna que proclama en sus lucubraciones la comunicacion con los espíritus. Sin embargo, ¿hábrá algun tribunal español ni ninguno entre los tribunales de los países cultos, que admitiera por buena y eficaz una declaracion como la de los testigos escoceses? No, porque si bien es posible, es á la vez inverosímil la revelacion que se invoca. Y ¿hay inverosimilitud? ¿hay razon para desechar por este concepto las declaraciones de los cuatro testigos de que nos hemos ocupado, Pedro Mora, Domingo Gomez, José Acebo y Tomás Higuera?

Son, señores magistrados, las inverosimilitudes sin cuento y solo he de ocupar la atencion de la Sala con aquellas más salientes, de más bulto, con aquellas que pueda reunir en mi memoria en estos pasajeros y rápidos instantes.

La primera inverosimilitud que salta á los ojos, es la que se refiere al motivo ó causa que determina la presencia de los cuatro testigos en el sitio desde donde respectivamente ven el suceso de que dan testimonio. Pedro Mora dice que el motivo de encontrarse á la sazón en el sitio de la Castañera, desde donde vió á Pozas y á los demás que conducian preso á Maza, era el habersele ocurrido, estando con Tomás Higuera, ó despues visitar á su prima Petra. Esta vive en el barrio de Pereda; su casa, segun aparece del plano oficial que la Sala debe tener á la vista, se encuentra á muy pocos metros—á treinta ó cuarenta metros—del establecimiento de Manuel Lavín, donde habia parado toda la tarde Pedro Mora. Tiene este además para regresar á su casa, como camino más recto y seguro, el que por el barrio de Pereda conduce al sitio de la Castañera y desde allí al barrio de Sobre la Corte, donde Mora tiene su casa. Poco interés debia despertar en él la salud de su prima, cuando perdió aquella ocasion de saludarla y de preguntar por ella. Es inverosímil que despues de cenar, entre nueve y nueve y media de la noche y de haber hablado con Tomás Higuera, que se dirigia á aquel mismo punto, cuando se despidió de él, conciba este testigo el raro, caprichoso, extraordinario y casi imposible proyecto de ir á visitar á su prima Petra.

¿Cuál es el motivo que llevó á aquel sitio á Domingo Gomez? Domingo Gomez salió, dejando en casa á su mujer enferma, á las nueve y media con el propósito de ir á buscar un cántaro de agua. ¿No era aquella una hora desusada para semejante faena?

Además, no está justificada la necesidad del agua á aquellas horas. Caldos, más bien que agua, reclamaria la enferma.

El motivo que allí condujo á José Acebo, el *Mantequero*, no es menos peregrino ni menos inverosímil.

José Acebo pasa toda la tarde en el estanco hasta las ocho y media, fuma con frecuencia, á las ocho advierte que no tiene tabaco, sale de allí sin comprarlo y se dirige á su casa de Irias: permanece en ella, segun afirma, hasta las nueve y media; es ya la hora precisa en que, con arreglo á las prevenciones de la alcaldía, ha debido cerrarse el estanco y el estanquero Manuel Acebo ha debido retirarse á su casa del barrio de la Cabadilla, y entonces es cuando se le ocurre á José Acebo (a) *Mantequero* bajar precipitadamente desde Irias para comprar tabaco, esto es, para hacer lo que notoriamente no podia realizar; mas era preciso salir á aquella hora para situarse cerca de la casa de Pedro Mier, desde donde cuenta que vió á los procesados contra quienes declara.

Es por igual modo inverosímil la declaracion de Tomás Higuera á propósito de este mismo concepto. Este testigo está toda la tarde en casa de su hermana, ha sido rogado por esta para que aquella noche duerma en su casa, en la cual se hospeda tambien otra hermana del Tomás. Era natural que, si esta historia fuese cierta, Tomás Higuera, en vez de hacer el viaje á Irias, para cenar en casa de su madre, se hubiera quedado con su hermana; pero no sucede así; es necesario que Tomás Higuera salga de su casa, porque es necesario tambien que vuelva á hora determinada. Y no vuelve por el camino derecho; es preciso que se extravíe, es preciso que tuerza la direccion, la ruta, porque de otra manera habia de encontrarse con los demás testigos, y por eso pasa por delante de la habitacion de Pedro Mora y da fé de que este se encuentra en la calle ó á la puerta de la casa. Pero Tomás Higuera no llega tampoco á la de su hermana; cuando se acerca á esta tropieza con Pozas, que es lo que se pretendia demostrar. Y tan pronto como le ve, lleno de miedo, segun dice, en vez de cobijarse en casa de su hermana, á cuya intermediacion se encuentra, sube por el camino de Irias y se interna en el oscuro y espeso monte conocido con el nombre del Cagigal.

Otra, la segunda de las inverosimilitudes que recordamos en el testimonio de estos cuatro delatores de don Aurelio Pozas, es la que se podria formular de la siguiente manera: ninguno de estos testigos realiza, señores magistrados, el proyecto con el

cual salió de su casa, el propósito que le movió aquella noche. Es raro, es extraño, es inverosímil, ¿no es verdad? que cuatro hombres conciban cada uno distinto proyecto de facilísima ejecución y que ninguno la realice. Pero así era menester, así era necesario, porque si hubieran realizado sus propósitos, el salir de la red de su declaración era empresa superior á la fuerza de estos testigos. Pedro Mora va á visitar á su prima Petra y no la visita. Domingo Gomez va á buscar agua y es preciso suponer que no tuvo el capricho de moverse á aquella hora sin necesidad; pero nadie siente sed en su casa; nadie hace uso del agua; no se logra el propósito del testigo. José Acebo va á buscar tabaco y halla cerrado el estanco, como era de esperar, á aquella hora. Tomás Higuera va á casa de su hermana para acompañarla, y la hermana de Tomás Higuera hubiese tenido el disgusto de quedarse sola aquella noche si no hubiera ido á su casa su otro hermano Victor, porque Tomás llega á su puerta, y aunque todo conspira á aconsejarle que llame y entre, no lo verifica.

Otra de las inverosimilitudes que dañan y vician estos testimonios, es la que se refiere á algunos de los hechos que afirman estos mismos sugetos, y entre otras particularidades dignas de mencion, que no pueden menos de suscitar las dudas y sospechas y recelos del que mejores disposiciones sienta para creer cuanto aseguran esos testigos, voy á enumerar los siguientes: Pedro Mora dice que desde el sitio de la Castañera y encontrándose recostado contra la pared que forma ángulo con la calleja de Pereda vió como pasaban cerca de él el alcalde don Aurelio Pozas, la guardia civil, Juan Maza y otros dos á quienes no conoció porque iban delante; pero que conoció perfectamente al alcalde y á Maza por su fisonomía. Difícil es, señores magistrados, y muy inverosímil que el testigo, de noche, á tales horas y á aquella distancia pueda distinguir los rasgos de la fisonomía de una persona, por conocida que sea.

Todavía son más inverosímiles los hechos que á este propósito refieren otros testigos compañeros de Mora. Domingo Gomez asegura que pasaba por el ángulo que forma al NE. la casa de Manuel Mier, único punto desde el cual, en la extension de dos ó tres metros nada más, puede verse la gente que pase por la calleja de Pereda. Y con tal fortuna llega á aquel sitio Domingo Gomez que en el mismo instante, en el preciso momento en que él pasaba, sin detenerse, pasaban á su vez por delante del Avellano de las Animas varias personas que iban con la velocidad

del rayo, sin que él pudiera conocer á ninguno de los que después supo por Mora que eran el alcalde, la guardia civil, Bráulio Mier y Juan Maza.

Tomás Higuera, según del plano ya mencionado resulta, pudo también, estando en el sitio que designa, retroceder ó inclinarse hácia un lado y esconderse detrás de un derrumbamiento de tierras que se prolonga hasta delante de la misma alcantarilla, y no hace caso alguno de esto, sigue en la direccion que traian las personas por él tan temidas y va á esconderse en tal escondrijo que, si pudiéramos concederle capacidad para ocultar á Higuera, de ningun modo pudiera servir para acallar sus temores de que le descubriesen allí y haciéndose sospechoso le impusiera el castigo—que más parece andaba buscando—que trataba de impedir.

Pero entre todas estas inverosimilitudes, por lo que se refiere á los hechos contenidos en la declaracion de estos testigos, no hay ninguna tan peregrina, tan extraña, no hay ninguna que sobre inverosímil, sea tan extremadamente ridícula, como la afirmacion que vamos á poner en boca de José Acebo, porque suya es y no hay quien pueda disputarle la propiedad. José Acebo dice que colocado delante de la casa de Pedro Mier vió que pasaban el alcalde, la guardia civil, Juan Maza, Bráulio Mier y Pío Lavin, y añade que además de esto distinguió que Juan Maza llevaba botinas de goma, las cuales tenian los tacones ladeados. ¡Es observar, es ver y es fijarse, y se necesita gran propension á creer los absurdos más extraordinarios si ha de aceptarse este particular de la declaracion del *Mantequero*! Es verdad que José Acebo, en el juicio oral, porque alguno, sin duda, le habia hecho notar lo absurdo, lo increíble de esta afirmacion, quiso arrepentirse de ella y quiso decir que no lo recordaba; pero escrito está lo que dijo y no le es lícito á José Acebo borrarlo, porque siempre quedará que Acebo consignó en las declaraciones del sumario ese hecho ridículo, y esta duda siempre tiene que resolverse de una manera desfavorable para él.

Otro de los motivos ó razones que acusan de inverosímiles las declaraciones de estos testigos, es la circunstancia especial de que en un trayecto de 132 metros—y este dato es oficial, porque resulta del plano levantado á peticion del ministerio público—que en una extension de 132 metros, digo que es el trayecto que se recorre desde el sitio de la Castañera hasta la plaza de Lavin, se encontraban á una misma hora, en un mismo instante, Pedro Mora en uno de los extremos; en el centro José

Acebo, y en otro extremo Tomás Higuera. Todos ellos son amigos y andan juntos todas las noches. Pedro Mora, José Acebo y Tomás Higuera tienen perfectamente ocupada toda esa avenida en un mismo instante de la noche, y sin embargo no se han convenido para ponerse allí; salieron de sus casas respectivas y ninguno tuvo noticia de la salida de los demás. ¡Qué casualidad tan extraordinaria! En disposición tan admirable pueden ver á cuantos pasen, y sin embargo, manifiestan que ni se oyeron ni se vieron entre sí, habilidad de que usan para excusar las preguntas en que pudiera envolverse es y hacerlos sospechosos.]

¶ Pero no son estas las únicas causas todavía por que se hacen inverosímiles las declaraciones de estos testigos; aun hay otras, señores magistrados, de no menos importancia. Es una de ellas la que resulta del hecho notorio, del hecho indiscutible, apodictico, en este juicio de no haber practicado ninguno de estos testigos diligencias aquella noche para averiguar cuál era el paradero, el resultado de la prision de su amigo y compañero de ronda Juan de la Maza Samperio; y es de notar á este propósito señaladamente que Tomás Higuera y José Acebo viven próximos á la casa de Maza Samperio, y á pesar de que le ven preso y maniatado y temen por su suerte y son sus amigos y estiman á su familia, ninguno se acerca á ella para que pueda prevenir los peligros que le amenazaran, para que pueda evitarlos. ¡Raro caso; extraño suceso; inverosimilitud inexplicable!

Ya nos encontraremos—y no he de dejar pasar este argumento porque le tomo prestado de las acusaciones—ya nos encontraremos con otro testigo que por motivo más pequeño no duerme ni descansa aquella noche y sale en hora desusada curioso por ver quién era, no el amigo de ronda, sino un pájaro cualquiera que oyó que habian cogido el alcalde y la guardia civil. ¡Qué diversidad de criterios! El criterio ha de ser uno: ó con Eleuterio ó con Pedro Mora, Higuera y el *Mantequero*.

La última de las inverosimilitudes que he de señalar, porque me propongo molestar cuanto menos la atencion de la Sala, es la que resulta de la circunstancia de que los testigos que nos ocupan pudieron y debieron ser vistos, á su juicio, por don Aurelio Pozas y la guardia civil, y sin embargo, tan ciegos anduvieron aquella noche los que hoy se encuentran procesados, que siendo vistos de todos y pudiendo ver á los que les observaban, no notaron la presencia de ninguno, porque es seguro é indu-

dable que entonces no hubieran podido realizar el crimen por el que se les acusa.

Pero los testimonios de Pedro Mora, Domingo Gomez Acebo y Tomás Higuera, no solo son inverosímiles, sino que tambien son contradictorios y carecen por eso del segundo de los requisitos que al principio señalamos, como necesarios en las declaraciones, si estas han de llevar al ánimo de los jueces la conviccion que sirve de fundamento á los fallos condenatorios.

Los antiguos tratadistas ó prácticos del derecho criminal dividian las diferencias ó contradicciones que pudieran resultar de los dichos de los testigos en tres distintos grupos. Eran, segun estos prácticos, esas diferencias obstativas, diversificativas y acumulativas. Llamaban los prácticos diferencias acumulativas á aquellas que recaian sobre algunos detalles que no integraban la materia principal del suceso; llamaban diversificativas á aquellas que versaban sobre detalles integrantes del suceso, y denominaban, por último, obstativas, á aquellas contradicciones que versaban sobre el hecho sustancial, fundamento ó motivo de un proceso. Las contradicciones del segundo y tercer grupo producian la nulidad de los testimonios contradictorios.

No necesitábamos que nos lo dijeran aquellos prácticos, porque la sana razon demuestra que esas contradicciones, y muy especialmente las obstativas, producen en los testimonios el efecto de hacerlos ineficaces.

Vamos á examinar, del modo más breve y sumario que nos sea posible, si entre las declaraciones de estos testigos hay contradicciones de la segunda ó tercera de las categorías que acabamos de señalar, si hay contradicciones diversificativas y obstativas que se refieren y afectan al fundamento del suceso mismo. La primera de las contradicciones hácia las cuales hemos de llamar y dirigir la atencion de la Sala, atencion que ahora recordamos muy especialmente, es la que concierne al traje que, segun las manifestaciones de los testigos, llevaba aquella noche mi cliente don Aurelio Pozas Gomez. Pedro Mora y José Acebo afirman sin vacilacion que cuando Pozas pasaba por el camino de Pereda, conduciendo preso á Juan de la Maza, llevaba el vestido siguiente: sombrero blanco de paja, saco blanquizco y zapatos blancos. Tomás Higuera, que se encuentra en el extremo de esa misma avenida, que ve á Pozas en los mismos instantes, sin tiempo material para que se hubiese detenido en ninguna parte á cambiar de traje, recuerda y afirma á la vez que mi cliente lle-

vaba ya—¡raro suceso! caso extraño!—llevaba traje negro y sombrero negro. No puede ser más notoria la contradicción.

Ahora bien: ¿se refieren estas contradicciones á un detalle poco importante, ó á un detalle sustancial? ¿Son de las que, recayendo solo en detalles, desvirtúan, sin embargo, los testimonios en que se advierten? No cabe dudar, y respondemos de una manera afirmativa.

Fué ese, entre nuestros argumentos, el único que el ministerio fiscal tuvo la habilidad de prevenir, diciendo que las defensas se se fijarian en algunas contradicciones como las que conciernen al traje de don Aurelio Pozas en la ocasion á que los testigos se refieren; pero esto, añadía, no tiene importancia.

¡Cosa baladí y de poca monta el traje que Pozas vestía, cuando es así que los testigos mismos afirman que la causa en virtud de la cual ellos le distinguieron y le conocieron fué ese mismo traje! Pues qué, ¿no podemos asegurar que si los unos le reconocieron por Pozas, fundándose en el traje blanco y el sombrero blanco que llevaba, no pudieron los otros reconocerle á su vez por el traje negro y el sombrero negro, que llevaba también, según el testimonio de estos otros testigos, porque es imposible que á un mismo tiempo vistiese uno y otro traje?

Pero no necesitamos el testimonio de esos delatores de Pozas, ni hemos de invocarle nunca: la experiencia de todos los días, y la observación serena y atenta de los hechos que pasan delante de nuestros ojos á cada momento, bastan para convencernos de que la contradicción que examinamos en sustancial. ¿Qué habría sucedido si en vez de llevar Pozas cualquiera de los trajes que suponen los testigos, hubiese vestido el uniforme de un guardia civil? ¿Es posible que entonces le hubieran reconocido?... Pues hé ahí la demostración de que el traje es la razón en que pueden fundarse las afirmaciones del testigo en cuanto al conocimiento; y aquí sí que podemos decir con exactitud lo contrario de lo que pregonan el adagio, y asegurar que de noche el hábito hace al monge. De noche, y cuando la luz es débil, cuando es imposible percibir las delicadas líneas ó rasgos de la fisonomía que distinguen á un hombre de otro, el único medio que tenemos de discernir, el único medio de conocer á una persona es el traje que viste.

¡Cuántas veces cada uno de nosotros durante la noche habrá confundido á un amigo con otro si vestían un traje parecido!

La importancia del traje es esencial; el traje en aquella noche

es el motivo del conocimiento y de la afirmacion ó del dicho de los testigos, no solo porque ellos lo aseguran, sino porque así resulta tambien de diarias experiencias y observaciones.

☛ Otra de las contradicciones importantes y sustanciales, porque lo son todas aquellas que se refieren á este mismo cargo, consiste en la diferente version que hacen los testigos respecto á lo que ocurriese al pasar por delante de la casa de Anastasia Higuera.

Mora dice que Pozas y los demás se detuvieron junto al Avellano de la Animas por espacio de cuatro ó cinco minutos, plazo demasiado largo para que no lo advirtiesen los otros testigos, puesto que es el tiempo que se tarda en recorrer todo el trayecto desde la Castañera á la plaza de Lavin, y es más que suficiente, por lo tanto, para que todos ellos se fijaran en la estacion que habian hecho el alcalde y los que conducian preso á Juan de la Maza; y sin embargo, José Acebo, que se encuentra á muy pocos metros de Mora, afirma que los vió antes que pasaran por delante del Avellano de las Animas (habiéndolos descubierto él desde delante de casa de Pedro Mier, tan pronto como desembocaron por el camino de Pereda), y José Acebo afirma que no se detuvieron ni un solo instante, que no cambiaron el paso ni el orden en que iban.

Domingo Gomez es otro testigo que acerca de este extremo refuerza la afirmacion de José Acebo y se pone en abierta contradiccion con Pedro Mora. Domingo Gomez, tambien porque así importaba á su testimonio, necesita decir que los que pasaron por la calleja de Pereda no se detuvieron en el punto en que los vió el Avellano de las Animas, porque si se hubieran detenido y él los hubiera reconocido hacíase más complicada y difícil la estructura ó trama de su testimonio.

Hay otras contradicciones que no son de menor cuantía, como la de que la luna alumbraba en aquella noche, segun afirma José Acebo, y la de que la noche estaba oscura ó que se ocultaba la luna entre pardos nubarrones, segun la última declaracion con que quiso cohonestar el testigo Domingo Gomez su dicho anterior, porque aspiraba, sin duda, á entenderse con el otro testigo José Acebo.

Pero hay otra contradiccion que no cede en interés á ninguna de las que venimos enumerando, y es la siguiente: Pedro Mora es el primero que se retira de aquel sitio y el que por el camino de Pereda se dirige á su casa, y siendo esta la que está más cer-

ca, debe llegar tambien el primero. Tan pronto como penetra en su casa trata de acostarse, y en el momento en que se acerca á la cama oye dos disparos de arma de fuego.

José Acebo llega á su casa á las once de la noche, despues de correr jadeando como un venado por aquellos montes, y en el momento que llega oye tambien un disparo de arma de fuego que refiere al mismo sitio.

Todas estas detonaciones, las que oye Pedro Mora y las que oye José Acebo, son referidas al sitio de la Iglesia. Allí más cerca de ese sitio quedaron rezagados Tomás Higuera y Domingo Gomez, durmiendo este en el barrio de Pereda, y siendo aquel el último que abandonó el sitio referido. Y ¡cosa extraña! ¡contradiccion flagrante! Tomás Higuera y Domingo Gomez, que están más cerca del Campo de la Iglesia, donde los disparos se hicieron; que están allí en sus inmediaciones, nada oyen: están alerta los dos, porque temen que les persigan, y hasta los dedos se les tornaban huéspedes; aquella noche acechan y escuchan el rumor de la hoja del arbol, y sin embargo Domingo Gomez y Tomás Higuera, en el tiempo que tardó en recorrer la distancia desde la plaza de Lavin á su casa de Irias, tiempo superior al que hubo de emplear Mora en ir desde el mismo punto á su morada, no oyen tiro alguno. O miente Pedro Mora ó mienten Domingo Gomez y Tomás Higuera.

El trayecto en el cual están colocados los cuatro testigos es corto, no puede ser más reducido. Si esta historia, si esta fábula que cuentan hubiera sido exacta, seria imposible que don Aurelio Pozas y los demás que le acompañasen hubieran tenido tiempo en tan corto trayecto para variar el orden en que marchaban.

Sin embargo, cada uno de estos testigos ve en distinto orden y en distinta colocacion á Pozas, á la guardia civil y á Bráulio Mier.

Ya recordará la Sala, teniendo presente el ligero extracto que hace un instante expuse de las declaraciones de estos testigos, que Pedro Mora dice que cuando bajaban por el callejo de Pereda y por el Avellano de las Animas, ó sea cuando estaban á diez ó doce metros de José Acebo, la colocacion ú orden en que hacian el viaje por aquel camino era el siguiente: dos hombres desconocidos delante (debían ser Bráulio Mier y Pío Lavin); unos pasos más atrás la guardia civil llevando en medio á Juan Maza, y más atrás todavía don Aurelio Pozas. Pozas era la reta-

guardia, Mier y Lavin la vanguardia, y el centro de operaciones le formaban la guardia civil y Maza.

Otra es la táctica del testigo José Acebo, que se halla á diez metros, ó poco más, del sitio en que se coloca Pedro Mora. Según José Acebo, van delante Pozas y Mier llevando en medio á Juan Maza, y detrás la guardia civil.

Es, por consiguiente, distinta y muy diversa la colocacion y órden de los procesados en aquel mismo sitio, según la declaracion de uno ú otro de estos dos testigos; y para que nada faltara respecto de este punto, todavía dice Tomás Higuera, que se encuentra unos pasos más abajo, que advierte que esas mismas personas venian en el órden siguiente: don Aurelio Pozas delante; detrás, como á unos tres ó cuatro pasos, la guardia civil llevando en el centro á Juan Maza, y más atrás todavía Bránlio Mier y Pío Lavin. Tambien es completamente distinta la táctica de este testigo, y nótese que mientras Pedro Mora y Tomás Higuera, que están en los extremos, ven hasta siete personas, José Acebo, que se halla en el centro, solo ve cinco.

Es esencial esa contradiccion, es interesante, es importantísima, y si tal lo proclama sincera y lealmente esta defensa, es que se propone demostrarlo. Este es un detalle que se escapó, sin duda, á la prevision de los testigos, y la circunstancia extraordinaria de que ninguno de ellos esté de acuerdo ni conforme con los demás acerca del mismo, es la indicacion palmaria y flagrante, ante la lógica y ante la razon, de que son falsas, de que son una urdimbre execrable, una fábula infame sus declaraciones. Ved como no falta el más ligero detalle, el perfil más nimio en todos aquellos puntos que han podido ser materia de su prevision. En este los testigos se hallan en completo desacuerdo, cuando, si hubieran visto lo que dicen, era imposible que dejaran de verlo de una misma manera.

Reclamamos la atencion de la Sala y rogamos al Tribunal que medite acerca de esta falta de uniformidad, muy especialmente en lo que concierne, á las declaraciones de los testigos en este punto.

Larga, molesta y enojosa seria la tarea de la defensa de Pozas, si hubiese de enumerar todas y cada una de las contradicciones de estos testigos, que se presentan ante su crítica; pero no puede renunciar— aun sintiendo invertir en estos debates más tiempo que el que se habia propuesto— no puede la defensa de Pozas dejar de señalar algunas otras contradicciones, dejan-

do todavía muchas que sin nuestra indicacion apreciará el criterio de la Sala.

Una, á cuya enunciacion no puede renunciar la defensa de Pozas, es la que implica ó comporta la afirmacion hecha por el testigo Tomás Higuera, en sus primeras declaraciones, de que habia conocido perfectamente á Bráulio Mier y Pío Lavin, que acompañaban á los demás procesados, designando con la mayor minuciosidad todas las prendas de sus vestidos. Pío Lavin cuando pasaba por las inmediaciones de la alcantarilla al lado de Bráulio Mier, llevaba sombrero de paja, chaqueta blanca y blancos eran tambien los zapatos, dice Tomás Higuera. Este testigo está en completo desacuerdo consigo mismo: ha manifestado des pues en declaraciones careadas ante el juzgado de Santoña, que era completamente falso que hubiese distinguido las prendas del traje de Pío Lavin. Es verdad, señores magistrados, que ese testigo declaró en el juicio oral que para hacer aquella rectificacion habia cedido á terribles coacciones de que habia sido víctima por parte del mismo Pío Lavin, quien cuando prestó esa declaracion rectificada, sacó contra él un puñal, amenazando asestarle en el pecho.

✓ Pues bien; ó Tomás Higuera faltó á la verdad al principio ó faltó á la verdad ahora: si entonces no nos explicamos la conducta del ministerio público en este acto, que no ha pedido el encartamiento de Pío Lavin, y si el fiscal de S. M., obrando cuerda y acertadamente, no pidió, como no debió pedir, el procesamiento de Pío Lavin, es porque en el señor fiscal, como en todos, existe el convencimiento de que Tomás Higuera prestó un testimonio falso cuando dijo que habia conocido á Pío Lavin; y siendo su testimonio falso, cuando hace esa afirmacion, cuando dice que por allí, por Pereda, bajaba tambien Pío Lavin—cuyo traje reseña—¿por qué no ha de ser falso cuando dice que por allí bajaba Pozas con distinto traje que le suponen Mora y Acebo?

Aun hay más contradicciones, y esas contradicciones son tambien de la mayor importancia. José Acebo dice que salió de su casa á las nueve y media; que llegó al estanco, que está en la planta baja de la casa de don Manuel Lavin, y que llamó dos veces. Dice, además, que no le contestaron, siendo entre las nueve y media ó diez de la noche y estando esperando la familia de Lavin Perez á su hermano que debia ir á acompañarla, y no oye, segun las declaraciones de varios testigos, nada de esto, á pesar de que está despierta, y á pesar de que aguarda á su hermano.

Ninguno de esta familia oye los dos aldabazos que dice que dió en la puerta José Acebo. Pues bien; ó es falso todo lo que con estos testimonios se relaciona, ó es falso, completamente falso lo que dice y afirma José Acebo de que llegó al estanco, dió dos golpes y no le contestaron.

No acabaríamos de enumerar ó enunciar las contradicciones en que incurren los testigos que deponen ó declaran acerca de haber visto en la calleja de Pereda, entre las nueve y media y diez de la noche, á don Aurelio Pozas y á los demás procesados; pero nos duele en el alma fatigar el ánimo de la Sala, y estamos seguros, por otra parte, que se hallan presentes ante su memoria todas las contradicciones de los testigos que pudiésemos omitir en obsequio de la brevedad del debate. Una sola, sin embargo, hemos de hacer advertir para terminar esta parte de nuestro informe.

Pedro Mora dice que Tomás Higuera llegó á casa del primero sobre las nueve de la noche: Tomás Higuera dice que salió de su casa á las nueve y media.

Es importante la contradicción referente á la hora, por dos razones: 1.^a Porque estos testigos se han empeñado desde los primeros momentos en determinar hasta por minutos sus ocupaciones en aquella noche; y 2.^a Porque el pueblo de Miera está dotado de reloj público y les era fácil fijar ó determinar esa hora, y sin embargo, cuántas diferencias como estas tan esenciales; pues, según veremos en el curso de nuestro informe, de que sea una ú otra hora, depende el valor probatorio de las declaraciones testificales.

Cree esta defensa haber señalado algunas de las más importantes ó de entre las más importantes inverosimilitudes que resultan de los testimonios de que se ha ocupado, y cree, así bien, haber advertido algunas de las contradicciones que, aunque recaen en detalles del hecho, son estos detalles integrantes ó sustanciales. Pero no es esta la parte principal ni la más interesante de las que en estos momentos han de ocupar á la defensa de don Aurelio Pozas.

Habíamos dicho que para que fueran eficaces en juicio las declaraciones testificales, necesitaban estar adornadas de verosimilitud, uniformidad y certidumbre, y que la cualidad que se opone á la certidumbre es la falsedad.

Hemos llegado al punto más importante de los debates en lo que á estos testigos se refiere; ha llegado la ocasión de demostrar

y convencer que los testimonios de estos testigos son falsos de toda falsedad. Y para convencerlo vamos á oponer otros testimonios que no pueden ser rechazados por la sana crítica ó por la razon fria y serena.

Afirman estos testigos que vieron en la calleja de Pereda, de nueve y media á diez de la noche, y aceptamos y adoptamos la hora más avanzada porque, aunque hay testigos que refieren este suceso á las nueve de la noche, no hemos de escatimar condescendencias con las acusaciones; que vieron repetimos, de las nueve y media á diez de la noche, segun la version más favorable á las acusaciones, bajar de Irias en direccion á Pereda á don Aurelio Pozas, á los guardias civiles, á Maza y á otras dos personas. Pues bien, este testimonio está contradicho, en primer término por Eleuterio Pedraja y Aureliano Gonzalez, que afirman que los guardias salieron de Liérganes de siete á siete y media de la tarde. Es un hecho constante y punto de convenio en estos debates acerca del cual no se ha tratado de discutir, que de Liérganes á Miera se tarda, cuando menos, tres horas, caminando á un paso regular, y si alguna duda sufriese respecto á este particular ó extremo, esta defensa apela y recurre á la declaracion y testimonio irrefragable del mismo señor magistrado que preside estos debates, con el cual tuve la honra de subir á Miera al practicarse la inspeccion ocular solicitada por el ministerio público, á la cual, por cierto, no asistió el señor fiscal de S. M. que interviene en este juicio.

De Liérganes á Miera tardó la comision, como recordará, de seguro, el señor magistrado que iba presidiéndola, tres horas y diez minutos; íbamos á caballo; la marcha era regular porque al lado nuestro iba algun guardia civil á pié y no habrá entre los que nos acompañaron ninguno que niegue que los guardias civiles iban constantemente sudando y fatigados; les vimos muchas veces limpiarse el sudor que les caia por el rostro. No es de creer ni presumir que los guardias civiles que la tarde del 22 se dirigieron á Miera, llevasen una marcha más rápida que los que acompañaron á la comision encargada de practicar la diligencia de inspeccion ocular. Pues bien, si es cierto, y nadie ha puesto en tela de juicio la veracidad de los testigos Eleuterio Pedraja y Aureliano Gonzalez, si es cierto, segun ellos, que salió la pareja de la guardia civil del pueblo de Liérganes antes de las siete y media de la tarde el 22 de Julio, es tambien igualmente cierto que no pudieron estar, segun el orden regular de suceder las co-

sas, no pudieron llegar á Miera hasta las diez ó diez y media de aquella noche. Por fortuna de Pozas y de los demás procesados no fueron estos testigos los únicos que se fijaron en la marcha de los guardias civiles

Hay un barrio como á la mitad del camino que se conoce con el nombre de Mortesante; y al pasar por aquel barrio vieron á los guardias civiles Fulgencio Cobo y Francisco Cobo y eran las nueve de la noche. No pudieron, por consiguiente, encontrarse en Miera á las nueve y media ó diez, segun el tiempo que se tarda en ir de Liérganes á Miera, cosa que no debe inspirar sospechas á las acusaciones, puesto que los mismos testigos tan estimados por ellas repiten y sientan que si se encontraban á la mitad del camino á las nueve de la noche, era imposible que entre nueve y media y diez estuvieran en el barrio de Irias y bajaran desde Irias á Pereda.

No son estos tampoco los únicos testigos que acerca de ese extremo deponen. Cosme Acebo y Pilar Ruíz son de Mirones, que está más allá del barrio de Mortesante y al pié de la montaña en cuya falda descansa Miera. Por allí pasaban á las nueve y veinte minutos, segun estos testigos, añadiendo que muchas veces han andado ese camino, de Mirones á Miera, y que se tarda una hora, por lo menos, en recorrerle: antes de las diez y veinte minutos no pudieron, por tanto, estar en Miera y menos en Irias que, segun testimonios irrechazables para las acusaciones, dista de allí veinte minutos. Añádanse diez minutos, por lo menos, tiempo indispensable para que la guardia civil se encontrase de vuelta en Pereda y otros cinco minutos que necesitó siquiera para apoderarse de Juan Maza, y vea la Sala qué hora es ya. Dieron las once y cinco minutos de la noche, y es falso, por tanto, lo que dicen Pedro Mora, Tomás Higuera y José Acebo cuando afirman que á las nueve ó nueve y media vieron á don Aurelio Pozas y á la guardia civil que por el barrio de Pereda conducian preso á Juan Maza desde Irias.

Una sola circunstancia tiene que notar la defensa á este propósito, y es la de que no vinieran á declarar los testigos á que antes me he referido, buscados por el mismo Pozas. Los testigos de que esta defensa se ha valido son, como la Sala recordará, si recuerda sus testimonios, electores del bando de Pedro Mora, circunstancia que señaladamente demuestra que nosotros combatimos con las armas de nuestros adversarios; hagan ellos otro tanto y verán de quién es el triunfo y la victoria.

¶ (Se suspende la sesion por diez minutos, continuando despues en el uso de la palabra el señor Cárabes.)

Venia ocupándose esta defensa en demostrar la falta de certeza ó la falsedad de las declaraciones prestadas en el juicio por los testigos Domingo Gomez, Pedro Mora, José Acebo y Tomás Higuera, y habiamos dicho que el primero de los argumentos que se levantaba convenciendo la falsedad de estas declaraciones era el que resultaba de la imposibilidad material de hallarse la pareja de la guardia civil en el barrio de Pereda á las nueve y media, dada la hora en que salió de Liérganes; la en que pasó por Mortesante, la en que discurria por Mirones y la en que pudo llegar á Miera. Pero no es esta la única razon que demuestra la falta de verdad ó certeza en las declaraciones de estos testigos. Nosotros, que preferimos apoyar nuestros argumentos y nuestras afirmaciones en los testigos que aquí han traído las acusaciones, hemos de fundar ahora una importantísima en el testimonio de Domingo Ortiz, que declaró en el sumario por designacion de esas acusaciones y que citado más tarde para que compareciese en este juicio no lo verificó. Domingo Ortiz dijo, entre otras cosas, despues de haber manifestado que la opinion pública era contraria á los procesados, convenciéndonos así de su falta de estimacion respecto de los mismos, que estando la noche del 22 en casa de su novia Cándida Mier, en el barrio de Pereda, se habia apercibido de que otra persona escuchaba lo que ocurría ó pasaba en casa de Mier. Dijo este testigo — ó se le escapó, porque no era testigo que se dispusiese á decir lo que favoreciera á las defensas—que le habia oído á Pedro Mora al dia siguiente del suceso de autos, que José Acebo, segun referencia que el mismo Acebo le hiciera, habia visto la noche anterior pasar por la calleja de Pereda al alcalde don Aurelio Pozas y á la guardia civil. Ahora bien; si la acusacion no puede rechazar el testimonio de Domingo Ortiz, porque es testigo de las acusaciones y perjudica en lo demás á las defensas; si no puede negar la eficacia de este testimonio, resulta del mismo que Pedro Mora, lejos de haber visto la noche del 22 pasar por la calleja de Pereda al alcalde y á la guardia civil y á otras personas, fué de José Acebo de quien escuchó esta manifestacion, y si él los hubiera visto no habria podido decir que fuese José Acebo quien le hiciera esa referencia, porque cuando una cosa nos consta por conocimiento propio, no acostumbramos, ni es natural ni lógico, que invoquemos el testimonio de otros. ¿Tiene este detalle explicacion útil

en el presente caso? Sí; en los primeros momentos, cuando se empezaba á tejer la trama ó urdimbre en que querian que quedasen presos los procesados, pudieron creer que era bastante el testimonio de José Acebo, mercenario testigo; mas cuando vieron que ese testimonio flaqueaba, que habia que apuntalarle, fué menester que entrara en el complot Pedro Mora, y así se explica la manifestacion á Domingo Ortiz, y despues la intervencion de Mora como testigo presencial de estos hechos.

No tienen importancia, dirán las acusaciones, esos dos testimonios que hasta ahora cita y opone la defensa de don Aurelio Pozas. ¿No tienen importancia? Pues examinemos otros á ver si convencen á las acusaciones tan rebeldes á nuestros argumentos. La noche del 22 de Julio un vecino, no del barrio de la Cárcova, como afirmaba el ministerio público, sino del barrio de Sobre la Corte, del mismo barrio en que vive Pedro Mora, un vecino llamado Eusebio Higuera salió de su casa con direccion al barrio de la Matanza con propósito de comprar una res. Aguardó delante de la casa de María Cárcova,—que vive en aquel barrio y habia de vendérsela,—hasta la hora en que llega el ganado. Despues que llegó, al caer la noche, eligió la res que convenia á sus deseos y propósito: ajustóla, no sin que ocurrieran algunas diferencias entre vendedora y comprador, y por último, despues de haber conferenciado con una pariente suya, que vive en ese propio barrio, salió de él á las nueve y media llevando consigo la res comprada. Cuando bajaba Eusebio Higuera por el sitio del callejuelo, inmediato al barrio de La Matanza, encontróse á tres hombres que subian y eran Pedro Mora, Tomás Higuera y otro á quien no pudo conocer. Díjole Pedro Mora al pasar: «No arrastres esa res—arrastrábala, sin duda, Higuera,—«no arrastres esa res, que son malas las carnes arrastradas.» Continuó su viajé Eusebio Higuera y continuaron tambien el suyo Pedro Mora, Tomás Higuera y el otro desconocido.

A la mañana siguiente, despues de tener noticia de la muerte de Juan Maza Samperio, encontráronse delante de sus casas Pedro Mora y Eusebio Higuera, preguntando este al primero quién era el sugeto que la noche anterior les acompañaba hacia el barrio de la Matanza. Y como todavia en el ánimo de Pedro Mora no estaba todo el maquiavélico plan bien definido, contestóle que el que los acompañaba por aquellos sitios era José Acebo el *Mantequero*.

Es evidente, señores magistrados, que segun la declaracion de este testigo, aunque otra cosa opine el ministerio fiscal, quien afirmaba en su discurso que aun siendo cierto que á aquella hora estuviese José Acebo en La Matanza con Pedro Mora y Tomás Higuera, pudo haber estado en el sitio de Pereda, entre nueve y media á diez, es evidente, y se convence de ello cualquiera que tenga á la vista el plano y le repase con algun detenimiento, que si hacía las nueve y media estos testigos ótres de los cuatro de que tratamos subian por el Callejuelo con direccion al barrio de La Matanza, distando como dista media legua este sitio del barrio de Pereda donde se quiere colocar á los testigos, se hace completa y absolutamente imposible que se encontraran allí y en lugar opuesto á la direccion que llevaban casi á la misma hora.

Nos resta averiguar y determinar con precision si el testimonio de Eusebio Higuera es más aceptable, es más eficaz ante las reglas de la severa crítica y de la sana lógica; si la más recelosa suspicacia le oye con menos repugnancia, y si la razon le admite como más seguro y abonado que los de Mora, Higuera y el *Mantequero*. Independientemente de la firmeza con que este testigo sostuvo los careos con Pedro Mora y Tomás Higuera se demuestra y defiende además su testimonio por la declaracion de Agustina Gomez, que afirma que en la mañana siguiente, entre Eusebio Higuera y Pedro Mora, se suscitó y tuvo lugar la conversacion de que antes hice referencia. Juana Mier y Esperanza Casar, ambos aseguran tambien que Pedro Mora y Eusebio Higuera tuvieron esa conversacion á que me refiero, y á la faz del Tribunal han afirmado que es cierto que aquella mañana Higuera preguntó á Mora quién era el que con él subia hacía el barrio de la Matanza como á las nueve y media de la noche del 22, contestando Mora que era el *Mantequero*. ¿Qué han dicho las acusaciones que pueda poner en duda la veracidad de este testigo? ¿Qué imputaciones han dirigido á Eusebio Higuera que puedan hacer desmerecer su crédito? Que era amigo íntimo de don Aurelio Pozas. ¿Quién lo dijo? ¿De donde resulta? ¿Quién lo afirma, qué datos lo comprueban en el proceso ó en el juicio? Y es necesario que cualquiera afirmacion que aquí se haga tenga en el sumario ó en el proceso alguna base ó fundamento.

Es verdad que el testigo Eusebio Higuera es primo de Bráulio Mier; pero es de notar á este propósito la circunstancia especial de que este testigo, por las exigencias mismas del suma-

rio, se presentó á declarar y declaró en los términos expuestos antes de que contra Bráulio Mier ó contra Pozas se hubiese despertado sospecha alguna. No puede entonces desconfiarse de su testimonio, ni puede ser tachada de falta de imparcialidad su declaracion; y esta es la única tacha, el único vicio que podia atribuirse ó imputarse á la declaracion de este testigo.

Que Eusebio Higuera dijo verdad, que encontró real y verdaderamente entre las nueve y media y diez de la noche en el callejuelo de La Matanza á Pedro Mora, Tomás Higuera y José Acebo, es cosa tan patente y demostrada, que entiende esta defensa no existe nadie que dude de ella. Pero si alguna duda pudiera existir, si alguna desconfianza, si alguna sombra de la sospecha quedara acerca de este punto en la conciencia de los jueces, nos proponemos desvanecerla llamando su atencion hácia otro punto que sostenemos son datos traídos, no por las defensas, sino por las acusaciones, datos capaces de convencer, no solo al Tribunal, sino hasta los mismos acusadores.

Está fuera de toda disputa que el testigo Ramon Gomez, alcalde de barrio de La Matanza, y su hija Encarnacion Gomez, son testigos poco afectuosos y poco amigos de los procesados. Está demostrado y resulta de todas las diligencias practicadas, que Ramon Gomez militaba en el bando opuesto á don Aurelio Pozas, siendo adverso á todos los deseos de este, y está demostrado, además, que su hija Encarnacion, segun confesó ella misma, tiene relaciones amorosas con el testigo Tomás Higuera, y habia entablado dispensa de parentesco para llevarlas á feliz término. Pues estos dos testigos abonan y convencen la verdad y exactitud de la declaracion prestada por Eusebio Higuera.

A vuelta de muchas dificultades para decir lo que sabe, Ramon Gomez no tiene más remedio que confesar que en su casa reunianse los mozos del pueblo para rondar, y que entre esos mozos la frecuentaban más asiduamente Pedro Mora, Tomás Higuera y el *Mantequero*; y aunque en el juicio oral manifestó que solo rondaban en su casa durante el invierno, en el sumario habia dicho, ratificándolo despues aquí, que la última vez que estuvieron en ella habia sido del 19 al 20 de Julio, ó cuando más del 17 al 18 de dicho mes de Julio, y el día 23 murió Juan de la Maza.

Tenemos, pues, como datos indudables é incuestionados que era costumbre de los mozos, y muy particularmente de estos testigos, congregarse ó reunirse durante las noches en casa de Ra-

mon Gomez. Así lo afirma tambien la hija de este, no obstante su deseo de no perjudicar á su novio Tomás Higuera.

Pues bien, señores magistrados; si es verdad que se reunian ordinaria y habitualmente estos testigos, con motivo y ocasion de rondar, en casa de Ramon Gomez, ¿hay nadie que no crea — recordando además las declaraciones prestadas á este propósito — que allí estuvieron la noche del 22 de Julio, teniendo en cuenta que ese dia fué festivo ¿No es verdad que los dias que eligen los mozos preferentemente para rondar, son los festivos en que vacan de las tareas á que se dedican? Estos datos, que los tomamos prestados de las acusaciones, de los testigos que más se ensañan contra don Aurelio Pozas, nos llevan de una manera fácil y sencilla á tener por cierta y exacta la declaracion de Eusebio Higuera de que aquella noche se dirigian esos mozos, en efecto, al barrio de la Matanza, en cuyo barrio se encuentra la casa de Ramon Gomez.

Hay otro dato que viene á apuntalar y corroborar el testimonio de José Higuera, y este dato es la declaracion de Manuel Higuera, que á pesar de ser citado por las defensas no compareció en este juicio, y que dijo en el sumario que el dia 15 de Agosto, despues de la muerte de Juan de la Maza, estando Eusebio Higuera sentado sobre la pared de la cerca del Campo de la Iglesia, con ocasion de la fiesta que aquel dia se celebraba, le llamó aparte Tomás Higuera indicándole que se separaran de aquel sitio porque la gente les observaba, retirándose ambos en efecto á otro punto entre la Torre y la Celda. ¿Ha explicado Eusebio Higuera el motivo de esa conferencia? Sí. ¿Y para qué dice que fué llamado? Declara que fué llamado por Tomás Higuera para preguntarle este si al prestar declaracion en Santoña habia dicho que los encontró en el sitio del callejuelo, y que habiéndole respondido Eusebio que sí, le reconvino, mostrándose disgustado de la contestacion que le diera.

En el careo con este testigo se limita á manifestar que no habia tenido esa conversacion, ó conferencia con el Eusebio; sin dar explicacion, absolutamente ninguna, y en apoyo de aquella, no existe solamente el testimonio de Eusebio Higuera, sino tambien el de Manuel Higuera.

Suele suceder que la verdad se demuestre de muy diversas maneras, á diferencia del error, que no tiene más que una falsa demostracion. La verdad de la declaracion de Eusebio Higuera, que basta por sí sola para destruir el testimonio de los que dicen

que estaban en la calleja de Pereda á las nueve y media de la noche del 22 de Julio, está además defendida y acreditada por los testimonios de Daniel Gomez, María Cañizo y Rosa Mier.

Cuentan estos testigos que viniendo el primero y Ramon Gomez de la villa de Santoña, á donde habian ido con objeto de prestar declaracion, se encontraron cerca del pueblo de La Cavada con las otras dos testigos, que iban en direccion contraria. Preguntó les Ramon Gomez que á dónde se dirigian, que si iban á Santoña, y repusieron ellas que no tenian por qué ir á Santoña, pues que nada sabian de esta causa, que eso tocábale al Ramon, que habia tenido los mozos en su casa aquella noche. Ramon Gomez dicen que replicó en el momento que si hubiese denunciado á los mozos que se encontraban en su casa aquella noche, no solo habria comprometido á estos, sino que se habria comprometido á sí mismo, porque estaba ordenado que nadie saliera despues de las nueve y media de la noche, y, como alcalde del barrio de La Matanza, á nadie imponia mayor obligacion que á él aquel bando. ¿Es cierto que Ramon Gomez hizo esta manifestacion? No hemos de esforzar el argumento; para convencer de su exactitud, basta recordar á la Sala el careo celebrado entre el testigo Ramon Gomez y la testigo Rosa Mier. Esto es notorio, é invocamos el testimonio de las propias acusaciones: es notorio, decimos, que Rosa Mier es vecina del mismo barrio de La Matanza; que es de mucha menos edad que Ramon Gomez; que vive en las inmediaciones de la casa de este; que no tiene más remedio que conocerla, porque la ha visto nacer, porque la ha visto crecer, porque la ha visto casarse. Pues bien; Ramon Gomez estaba tan aturdido, tan trastornado, tan confuso en presencia de su careada Rosa Mier, que, no hallando otro camino para salir del paso en el careo, dijo á su convecina: «No sé quién eres; no te conozco.»

Es indudable que Pedro Mora, Tomás Higuera y el *Mantequero* se encontraban en la noche del 22 de Julio, entre nueve y diez de la misma, en el barrio de La Matanza y casa de Ramon Gomez, porque así lo comprueban las declaraciones de Eusebio Higuera, Agustina Gomez, Juana Mier, Esperanza Casar, Manuel Higuera, Daniel Gomez, María Cañizo y Rosa Mier, y así lo convencen la lógica y la razon, que nos llevan á afirmar que si era cosa convenida que los mozos se reunieran habitualmente en casa de Ramon Gomez para rondar, no debian faltar en las

noches de los días festivos, que son generalmente las que en los pueblos se consagran á esas rondas ó reuniones.

La falsedad ó falta de certeza de las declaraciones de los testigos que vienen ocupando en estos momentos á la defensa de don Aurelio Pozas, no solo se demuestra por los testimonios contrarios que acabamos de exponer, sino por el de Quintín Acebo. Este ha dicho en juicio oral, que hallándose á la puerta de su casa el día siguiente al 22, ó sea el mismo en que murió Juan de la Maza, vino hacia él, sin ser llamado, José Acebo (a) el *Mantequero*; preguntóle Quintín Acebo que á qué atribuía, á qué motivo pensaba el *Mantequero* podía atribuirse la muerte de Juan de la Maza, á lo que repuso José Acebo que lo ignoraba, que nada absolutamente sabia de tal suceso, porque aquella noche no habia salido de su casa. Hé aquí otro testimonio que se levanta enfrente de la declaración del *Mantequero*.

Toca ahora á esta defensa examinar, insiguiendo el método de que no quisiera apartarse, las declaraciones prestadas por María Nieves Acebo y Venancio Acebo, las cuales se encuentran en contradicción con las del *Mantequero*, sobrino y primo respectivamente de estos dos testigos, y de ser ciertas entrañan importancia decisiva, porque entonces el testigo José Acebo no se hallaba de nueve y media á diez de la noche en el sitio de Pereda.

María Nieves y de perfecto acuerdo con esta su hijo Venancio, dicen que un día despues de la muerte de Juan de la Maza, estando en su casa como de costumbre José Acebo, llegó á la misma don Aurelio Pozas, subiendo por una puerta excusada. Estaba el *Mantequero* recostado sobre un arca; se acercó Pozas y reconvínole ágríamente, porque habia llegado á su noticia que el *Mantequero* habia prestado declaración acusándole de haberle visto en la noche del 22 llevar preso por el barrio de Pereda á Juan de la Maza Samperio. Trató José Acebo de negarlo en los primeros momentos; pero despues, ante las severas reconvenciones de que era objeto, no tuvo más remedio que concluir declarando toda la verdad, diciendo, á presencia de María Nieves y de su hijo, que aquella noche no habian estado en Pereda, sino que habian rondado en casa de Ramon Gomez, y que á eso de las once se habian retirado á sus respectivas casas, marchándose juntos Tomás Higuera y el mismo *Mantequero* y bajando Pedro Mora al barrio de Sobre la Corte.

Este testimonio, este doble testimonio de María Nieves y de

su hijo Venancio, excluye desde luego la certeza y verdad del testimonio de José Acebo, sobrino de aquella, en cuanto se refiere á la manifestacion de que estuviera aquella noche en el barrio de Pereda. Solo nos resta averiguar acerca de este extremo cuál de los testigos es el que dice más verdad. María Nieves es una mujer de 58 años, á quien se culpa de mantener relaciones ilícitas con don Aurelio Pozas. Esto, además de ser infamemente calumnioso, es soberanamente ridículo. La Sala en su ilustrado juicio no ha de prestar á esta absurda especie ni asentimiento ni atención siquiera. La declaracion de María Nieves, por consiguiente, y la muy explícita de su hijo Venancio, que no ha sido ni siquiera tachado por las acusaciones, quedan en pié y el testigo José Acebo no puede menos de salir quebrantado del exámen de esta defensa y del que más tarde han de hacer con más brillantez y elocuencia las defensas de los otros procesados.

¿No existen más testigos que abonen la inocencia de Pozas y la falsedad de los dichos de Mora, Higuera, Gomez y el *Mantequero*? Sí; existen más todavía. ¿Quién los trajo á este juicio? ¿Acaso Pozas? ¿Son sus amigos? No: los trajeron los acusadores, son amigos de estos, son sus dependientes, sus deudos, desean la perdicion de Pozas; pero contra su voluntad sirven de instrumentos á las defensas y vienen á pregonar aquí que es una farsa execranda lo que Mora y sus cotestigos cuentan haber visto en el camino de Pereda.

Seremos muy breves en el exámen y análisis de estas nuevas pruebas.

Manuel Acebo Gomez, Alejo Gomez, Pedro Samperio y Juan Lastra Chaves: hé ahí otros tantos testigos á quienes apelamos para convencer la falsedad de lo dicho por Mora, Higuera, Gomez y el *Mantequero*.

Manuel Acebo Perez es dueño ó encargado del establecimiento que se encuentra en la planta baja de la casa de don Manuel Lavín Perez; come con este y tiene con su familia estrechas é íntimas relaciones.

Este testigo ha dicho en el sumario y sostenido en el juicio oral que, como á las nueve y media de la noche del 22 de Julio, estando él detrás del mostrador, se acercó á la puerta Juan Maza Samperio, diciéndole: «¿No es hora de cerrar ya?» Encontrábanse en aquella sazón dentro del establecimiento Alejo Gomez, Pedro Samperio, Juan Chaves y Simon Perez; dieron las nueve y media—hora que por la autoridad se habia señalado en

el bando de buen gobierno para cerrar los establecimientos — y queriendo y tratando de cumplir fielmente con las prescripciones de policía, el dueño, Manuel Acebo Perez, ordenó en seguida á los que dentro se encontraban, y que no eran otros que los que acabo de enumerar, que concluyeran de beber lo que tenian en las copas y se marcharan.

Salieron despues de dadas las nueve y media de la casa-establecimiento de don Manuel Lavín, Alejo Gomez y Pedro Samperio, vecinos de Irias; Juan Lastra Chaves, vecino del barrio de Pereda, y Simon Perez. Dice Manuel Acebo que despues de haber cerrado la puerta y acomodando antes las cosas de su establecimiento, y despues de apagar la luz, en todo lo cual debió emplear algun tiempo, salió á la calle encontrando delante de su casa ó en la plazuela de enfrente á los ya dichos Pedro Samperio, Alejo Gomez y Juan Lastra Chaves. Concuerta en esta parte perfectamente con el testimonio ó declaracion de estos tres testigos, sin que entre sus declaraciones haya la más pequeña diferencia, consignando además Alejo Gomez y Pedro Samperio, vecinos de Irias, que continuaron despues á paso regular hasta dicho barrio sin que en el camino que conduce á Irias por el barrio de Pereda, la Castañera y el Cagigal hubieran encontrado persona alguna, ni oido ruido de gente. Tambien afirman estos testigos que no oyeron en el camino, ni despues de llegar á sus casas, ninguna detonacion de arma de fuego.

Ahora bien; ¿ponen en duda las acusaciones la verdad y la exactitud de estos testimonios? ¿Ponen en tela de juicio la verdad de lo que afirman estos testigos, cuando entre ellos se encuentra Pedro Samperio, que es tío carnal del muerto Juan Maza y que es enemigo ó militaba en el bando contrario á don Aurelio Pozas? ¿Puede nadie, absolutamente nadie, poner en duda la declaracion de este testigo? No. Pues bien; con la declaracion de estos testigos, cuya exactitud considero innecesario demostrar, porque se demuestra á sí propia; con la declaracion de estos testigos pugna la afirmacion de los otros cuatro testigos en cuyo análisis y exámen nos ocupamos. José Acebo sale á las nueve y media, segun él mismo dice, del barrio de Irias, bajando por este camino, segun él tambien afirma, con direccion al estanco, al establecimiento de Manuel Acebo, y fija con tal precision la hora de las nueve y media, que dice que tuvo que bajar muy de prisa, temeroso de no encontrar abierto el estanco para que pudieran despacharle. Y ¿cómo es posible que por ese camino bajara José

Acebo á la hora de las nueve y media á las diez desde Irias á casa de Lavin, en el barrio de Pereda, y que subieran Pedro Samperio y Alejo Gomez, desde las nueve y media que salieron de casa de Lavin hasta las diez, hora en que llegaron á Irias, sin que se apercibieran ó notaran estos últimos la presencia de aquel, sin que sintieran sus pasos, sin que advirtieran el ruido que al pasar hiciera, siendo uno solo y estrecho el camino y la direccion contraria?

Es incuestionable que, ó mienten Alejo Gomez y Pedro Samperio, ó miente José Acebo. Elijan las acusaciones y elija el Tribunal entre esos testimonios. Son irreconciliables entre sí, y la eleccion no es dudosa en concepto de la defensa.

¿No bastan estos testimonios, no bastan estos datos para probar, para llevar al ánimo de las acusaciones la conviccion de la falsedad de las declaraciones de Pedro Mora y de sus compañeros?

Hé aquí otro testigo: Matías Maza, testigo del sumario, que no es amigo de Pozas, testigo á quien este citó, y que por presion acaso de los enemigos de Pozas no comparece en este juicio: Matías Mora dijo terminantemente que la noche del 22 de Julio, sobre las once de la misma, estando él en su casa de Irias, habia visto pasar por delante de ella, y en direccion á las suyas, á Tomás Higuera y á José Acebo. Hé aquí otro testimonio que convence de la falta de certeza completa de José Acebo é Higuera. Parece que por todas partes les salen á Higuera y el *Mantequero*—no obstante que Pozas se encontraba en la cárcel de Santoña—testigos que combaten su declaracion y demuestran su falsedad.

A la desgracia y el mal tino y la mala estrella que á estos testigos guió en el fatal camino de su infame fábula, solo la restaba una circunstancia, un fracaso; que fueran desmentidos por sus propias familias. Pues bien; la madre del *Mantequero*, Josefa Acebo, á quien no culpará este de tener relaciones ilícitas con don Aurelio Pozas, esta mujer sexagenaria, dice en su declaracion del sumario, que no hemos podido tener el gusto de que ratifique en el juicio, dice, repito, en el sumario que á las nueve de la noche habia estado en su casa de Irias Juan Maza Samperio preguntando por su hijo el *Mantequero*, el cual no se encontraba á esa hora en casa, á la que no fué hasta las once de aquella noche.

Solo esto le faltaba al *Mantequero*, que le desmintiera su propia madre. Despues de esto, ¿quieren las acusaciones que se apre-

cie como cierta la declaracion de este testigo? Es demasiado pedir y el tribunal no ha de otorgárselo.

Dadas las desventajosas condiciones en que se han encontrado las defensas durante este largo sumario, que bien puede decirse que más que piedra angular del juicio fué el verdadero juicio, y á pesar de ellas, ya hemos visto como de todas partes se levantan testimonios que desvirtúan esas declaraciones. Ahora veremos otras pruebas irrecusables de orden diverso que vienen tambien á ayudarnos en la tarea de combatir los dichos de Pedro Mora, José Acebo, Domingo Gomez y Tomás Higuera. Convencen de la falsedad de estos testigos hasta los sitios, y hasta los lugares que citan se revuelven y gritan contra ellos; proclamando la imposibilidad de sus declaraciones y la infamia de su torpe conducta.

Vamos á justificarlo y á demostrarlo así haciendo algunas ligerísimas observaciones acerca del plano oficial que se levantó á instancia del ministerio público y que la Sala ha de servirse tener á la vista.

Dice Tomás Higuera, señores magistrados, en su declaracion del sumario y lo ha repetido en este juicio de una manera categórica, segura y terminante, que estaba en el portal de Pedro Mora la noche del 22 de nueve y cuarto ó de nueve y media á diez; nos importa poco la diferencia; lo que nos importa es referir lo que este testigo afirma respecto á que despues de haber hablado algunos minutos con Pedro Mora, salió el Tomás Higuera de ese portal y se dirigió á paso regular y sin detenerse en ningun sitio por el camino de Sobre la Corte y la Cárcova hácia la casa de su hermana, ó sea á la de don Manuel Lavín Perez, y Pedro Mora afirma que despues que habia marchado Tomás Higuera salió él tambien del mismo sitio y se dirigió por el rumbo opuesto á la Castañera. Allí se detuvo algunos momentos mientras pasaba un tropel de gente que vió venir por el monte del Cagigal de hácia el barrio de Irias. Vió pasar á don Aurelio Pozas y á los demás procesados, segun él asegura, y vió tambien que se detuvieron cuatro ó cinco minutos en las inmediaciones del Avellano de la Animas. Vaya fijando la Sala su atencion en el tiempo que se necesita para recorrer esta distancia y para hacer esa estacion y vaya pensando, entre tanto, qué es de Tomás Higuera, que ha salido antes del barrio de Sobre la Corte, que no se ha detenido en ninguna parte, segun afirma; que marchaba á un paso regular y que sin embargo cuando llega á casa de José Gomez ya se encuentran allí los procesados á quienes Pedro

Mora ve en la Castañera y que además se han detenido cuatro minutos cerca del Avellano de las Animas, habiendo recorrido una distancia casi doble de la que recorrió Tomás Higuera. Porque, nótese bien, desde casa de Pedro Mora por el camino que siguió Higuera, á casa de José Gomez, donde este dice que se encontraba cuando bajaban el alcalde y los demás procesados, hay solo 200 metros de distancia, segun el mismo plano oficial, y el recorrido de Mora, más el que hicieron las personas que vió en el sitio de la Castañera desde este sitio, es de 380 metros, y juntando á esto el tiempo invertido en la estacion del Avellano de las Animas, resulta que, ó es falso que Tomás Higuera no se detuvo, ó no es cierto que pudiera encontrarse en el sitio donde se hallaba en el caso, que negamos, de que hubiesen bajado los procesados por Pereda de la manera que el testigo expresa.

Atendiendo á estos datos y atendiendo tambien á la relacion de los hechos, es evidente que Tomás Higuera habia tenido tiempo de sobra para encontrarse ya dentro de la casa de su hermana Emilia Higuera cuando hubieran podido pasar las personas á quienes acusa con su falso testimonio.

Pero no es esto solo. Dice Domingo Gomez que cuando pasaba por cerca de casa de Manuel Mier—y es este el punto obligado, porque es el único desde el cual puede verse en todo el recorrido á las personas que pasen por la calleja de Pereda—dice que cuando pasaba por ese punto vió á esas personas; que despues se dirigió á la fuente llamada del Fontano, que cogió agua, que volvió á su casa por el mismo sitio, que se detuvo en las inmediaciones de la casa de Mier, ó sea donde habia visto discurrir ó pasar á esas personas á que él mismo se refiere, encontrándose con Pedro Mora, con quien sostuvo la conversacion que no he de repetir, y despues se encerró en su casa. José Acebo está, en el momento en que Domingo Gomez pasa por la esquina de casa de Manuel Mier con direccion al Fontano, ó sea en el momento en que, segun ellos, bajan el alcalde y los guardias civiles por junto al Avellano, en el callejo de Pereda, José Acebo está delante de casa de Pedro Mier. Desde el punto en que les vió Domingo Gomez hasta el punto en que se encontraba José Acebo, apenas hay quince metros. Breve espacio de tiempo se necesita para recorrer esa distancia; José Acebo se aparta, se retira, y va por detrás de casa de Mier y por delante de casa de Domingo Gomez, siguiendo el único camino, el mismo que habia seguido Domingo Gomez y, sin embargo de la preci-

pitacion con que marcha, no ve á Domingo Gomez, no le encuentra como hubiera tenido que encontrarle si hubiera estado en el Fontano, si hubiera retornado hácia su casa. Hay que tener en cuenta que desde la casa de Domingo Gomez al Fontano hay una distancia de 69 metros, segun el plano oficial, qué 69 metros son 138 si se dobla la distancia, y doble fué porque tuvo que recorrerla dos veces: 138 metros tuvo que andar Gomez, y al tiempo gastado en recorrerlos hay que añadir el que empleó en conferenciar con Pedro Mora, más el invertido en coger agua; 132 metros hay desde la Castañera á la plaza de Lavin; 120 metros hay desde el sitio del Avellano, primer punto donde Acebo ve al alcalde, hasta casa de Bráulio Mier; ¿dónde estaban ya los procesados, si esto fuera cierto, cuando Domingo Gomez volvió á su casa?

Es evidente que en recorrer menos distancia debe emplearse menos tiempo; y siendo menor la distancia que el alcalde y la guardia civil tenían que recorrer, que la que tenía que recorrer Domingo Gomez, debian encontrarse ya dentro de la casa de Mier, conduciendo, preso á Juan de la Maza, como dicen las infames versiones que acerca de esto se han hecho, cuando Domingo Gomez llegó á ella, y sin embargo, ¿qué nos dice este Domingo Gomez? No contando con la demostracion del plano oficial, nos dijo que despues de dejar en casa el cántaro de agua, despues de haber pasado más que el doble del tiempo necesario para que Pozas estuviera en casa de Bráulio Mier, vió un hombre, que no pudo ser otro que el *Mantequero*, que venia por el camino de la Fragua; y trae este detalle para comprobar la manifestacion que á este propósito hizo aquel testigo, y añade que iba otro persiguiéndole, con lo cual aludia á Bráulio Mier, sin contar que este habia entrado ya en su casa, segun Tomás Higuera. Tiempo es ya de que esta defensa deje de ocuparse de las declaraciones prestadas por Pedro Mora y Tomás Higuera, por Domingo Gomez y José Acebo, creyendo y estando firmemente convencida de que el análisis que ha hecho con los datos que arrojan el sumario y el juicio, prueban la ineficacia de esos testimonios, porque se ha justificado que Tomás Higuera y sus compañeros no pudieron de ninguna manera encontrarse en la Calleja de Pereda á las horas que dicen; y porque se ha demostrado que sus testimonios son inverosímiles, contradictorios y falsos.

¿Mas es por eso que se agotaron ya todos los recursos de las defensas contra ellos? ¿es qué no existen otros datos? ¿es que

no quedan en nuestro arsenal otras armas para combatir sus declaraciones?

Pese á quien lo crea, acude en este momento á mi memoria el recuerdo de un suceso que basta por sí solo para demostrar que ni Pedro Mora ni José Acebo son dignos de crédito, que no pueden merecer fé de los tribunales en cuanto dijeron en este proceso.

Doloroso, profundamente doloroso es para mí tener que hacer en este acto ciertas referencias; pero estoy obligado á tratar en esta ocasion y en este instante algunos datos que ya fueron asunto de los interrogatorios durante el juicio.

Era la noche del 11 de Marzo, señores magistrados. Allá en Miera, en una casa conocida por la del Coturro, en el fondo de una habitacion oscura, está de rodillas postrada ante una imagen de la Virgen una mujer que reza y llora; rodéanla cuatro ó cinco tiernas criaturas, que tambien rezan y lloran, mezclando sus sollozos con los de aquella atribulada mujer. Son la esposa y los hijos de don Aurelio Pozas, que han recibido la fatal noticia de que la pena pedida contra este por el ministerio público es la pena de muerte, y lloran consternadas ante la imagen, y piden á la Virgen, llenas de fé, que Dios ilumine la conciencia de los jueces á fin de que vean que Pozas es inocente y le absuelvan para que torne á su casa y ellas le abracen y le estrechen contra su seno.

En aquellos mismos instantes se oye en la calle estentóreo ruido, entonan cantares insolentes y gritan procaces blasfemias. ¿Quién es el que así turba el recogimiento de aquella angustiada familia y aumenta su dolor y profana su oracion?... Es Pedro Mora, es el *Mantequero*, que, despues de infame orgía, vienen delante de la casa de Pozas, y cantan que ya le tienen cargado de cadenas, y gritan á su esposa y á sus hijos que no le volverán á ver! Así ofenden ¡malvados! á la desgracia, y así insultan ¡miserrables! al dolor.

Es menester borrar, señores magistrados, es menester borrar de una manera que ni señal ni vestigio quede, las declaraciones prestadas por los que así se conducen; es menester borrar hasta la última de las palabras que se escribieron en este proceso dictadas por esos testigos.

El segundo cargo, señores magistrados, ó el segundo hecho que las acusaciones han querido utilizar contra don Aurelio Pozas y los demás procesados, es bien extraño y es bien nuevo hasta cierto punto. No se contentaron con traer á esta causa testimonios d

la estofa y condiciones de aquellos que venimos examinando y analizando, sino que en justo parangon, en verdadero *pendant* con esos testimonios, trajeron tambien, como otros tantos cargos contra los procesados, los ladridos de los perros. Sobre si habian ladrado aquella noche los perros de Anastasia Higuerr y Pedro Mier; sobre si esos ladridos significaban ó anunciaban el paso por la calle de Pozas y la guardia civil; sobre si los perros querian ó no querian saltar alborotados por los balcones y acometer á las personas, hánse hecho cargos, interrogatorios y disertaciones interminables en este juicio.

Cuentan que allá los griegos asociaron á la diosa de la Mitología Hécate el perro; y cuentan tambien que esto nació de la supersticion; entonces existente, de que los perros ahullaban ó latian cuando esa diosa salia de las profundidades de la tierra, durante las noches, para asistir á los lugares donde se cometian asesinatos, para registrar las tumbas y los sepulcros y para presidir las ceremonias de la mágia. No sabemos con qué otra cosa pueden relacionarse más que con este recuerdo ó con una supersticion análoga de nuestra provincia los latidos de los perros. No le damos importancia, ni pueden tenerla estos detalles; y si alguna revelaran quedaria desvanecida con solo fijarse en que no hay razon para que los perros ladrasen de distinto modo cuando bajaran Pozas y los demás procesados que cuando subieran otros vecinos por aquellos sitios.

Estamos ya enfrente de lo que pudiera llamarse ó considerarse el eje, base ó fundamento de las acusaciones; estamos cara á cara y frente á frente de los testigos Santiago y Anastasio Lastra Mora y de su tía Baltasara. Hemos de hacer capítulo aparte de la declaracion prestada á última hora por Eleuterio Gomez Lastra, hermano de Baltasara y tío de los ya dichos Santiago y Anastasio.

Ante todo, importa á esta defensa llamar la atencion de la Sala acerca de que los hechos afirmados por Santiago y Anastasio Lastra Mora, lejos de completar, segun la intencion que abrigaron, de seguro, los que inventaran esta fábula, las manifestaciones ó declaraciones prestadas por Pedro Mora y otros testigos acerca del paso por Pereda de Pozas y la guardia civil, están en abierta contradiccion con ellas, si con recta y sana crítica se examinan uno y otros testimonios; si se tiene en cuenta que Santiago y Anastasio Lastra Mora afirman que vieron en la mañana del 23 de Julio, como media ó una hora antes del amanecer

cer, matar por la espalda con dos disparos de arma larga á Juan Maza Samperio, junto á la pared de la torre de la iglesia de Miera; y si se tiene en cuenta tambien que otros testigos afirman que vieron al alcalde, supuesto asesino, bajar con la guardia civil, entre nueve y media y diez de la noche del barrio de Irias por el camino del Cagigal, conduciendo ya preso á Juan de la Maza; si como las acusaciones entienden este fué el preliminar; si como ellas afirman este fué el gérmen de donde nació el terrible crimen del asesinato de Juan Maza, nosotros consideramos que obraron de muy absurdo modo los asesinos, exponiéndose á cuanto podian exponerles la más insigne y temeraria imprudencia á ser vistos y á ser denunciados, aplazando el asesinato y yendo á realizarle á la misma puerta de casa de Pozas, cuando pudieron dar muerte á Maza Samperio allá en el camino de Irias, arrojándole en inmenso precipicio ó barranco, á donde solo hubieran podido bajar los buitres.

La declaracion de estos dos testigos, lo mismo que la de su tía Baltasara, han de ser examinadas por esta defensa bajo los mismos aspectos que las de los otros cuatro testigos. A este propósito y siguiendo este método, lo primero que vamos á hacer notar es su inverosimilitud. ¿Cómo cuentan el hecho Santiago y Anastasio Lastra Mora? Ya lo sabe la Sala; pero no tengo más remedio que repetir, siquiera sucintamente, sus declaraciones. Son ellas, por fortuna, compendiadas y sumarias. Dicen estos dos testigos que en la mañana del 23 de Julio de 1883, media hora antes de amanecer salieron de su casa con direccion al puente de Linto, debajo del cual habian tendido una red. Dicen, además, que cuando bajaban desde Sobre la Corte, en vez de seguir el camino que por el prado del herrero conduce directamente al puente de Linto, camino que seguian de ordinario y especialmente de noche, siguieron el que acostumbraban recorrer de día y bajaron por delante de la casa de Pozas atravesando el Campo de la Iglesia. Dicen, además, que cuando se encontraban delante de la puerta de esta misma Iglesia, notaron que por la puerta de casa de Mier, que se encuentra en frente, salian varias personas que conducian á uno preso y entonces, á impulsos del temor y de la curiosidad, fueron á esconderse en la direccion que traian esas mismas personas que salian de casa de Mier, ocultándose detrás de la escalerilla que da acceso al Campo de la Iglesia; que allí, velados por la sombra de la luna, vieron y observaron cómo pasaban rozando casi con ellos—son textuales

sus palabras — don Aurelio Pozas, que llevaba en la mano izquierda una carabina ó escopeta; Juan Maza, que iba en medio, y á la derecha un guardia civil — que afirmaron que no reconocerian cual era; — que llegaron cerca de la pared de la torre de la Iglesia de Miera, y que arrimando á Maza á la misma pared, en el sitio debajo de las campanas, Pozas se echó dos ó tres pasos atrás, y apuntando su carabina sobre Juan de la Maza Samperio, hizo contra él dos disparos, cayendo al suelo Maza y haciendo una exclamacion que imitaron los testigos. Añadieron que en el momento que Pozas dirigia su escopeta hácia Juan de la Maza, pronunció las siguientes palabras: «¡Ya tenia ganas de hacer un escarmiento en Miera!» Ellos entonces huyeron por un bosque que está al E. de la Iglesia, y bajando cerca del puente de Linto, volvieron por el camino del prado del Herrero y siguieron hasta su casa, cuya puerta les abrió su tía Baltasara, contándole entonces á esta, segun una version, y más tarde, segun otra, lo que habian visto y observado.

La primera inverosimilitud que se advierte en estos testimonios ó declaraciones es la que resulta de la circunstancia, perfectamente acreditada en el proceso, de no haber comparecido á prestar su primera declaracion estos testigos hasta el dia 18 de Setiembre de 1883, ó lo que es lo mismo, cerca de dos meses despues de haber ocurrido la muerte de Juan de la Maza, cerca de dos meses despues de haberse empezado á practicar las diligencias del sumario, y cerca de dos meses despues de haber prestado su tío Pedro Mora, á quien sirven, declaracion en Santoña con visible interés contra los procesados.

¿Es posible, se comprende, se explica que estos niños, que viven en casa de Pedro Mora, que confiesan á su tía lo que vieron y notaron, se lo callen á aquel? ¿Es posible que esto suceda?

Repugna á toda conciencia, repugna á toda razon creer en la exactitud de tales afirmaciones.

Pero no es esta la sola inverosimilitud que resulta en la declaracion de estos testigos. Dicen ellos que cuando salieron de casa de su tía, en vez de seguir el camino del prado del Herrero se fueron por entre la iglesia y el cementerio.

¿Hay quien crea esto? Afirman redondamente los muchachos que abandonaron el camino que habitualmente seguian ó el del prado del Herrero y que siguieron el de la Iglesia que les hace pasar rozando con las paredes del cementerio, despues del cual se encuentra un bosque de castaños. Aun cuando lo afirmen los

muchachos, y aun cuando otros testimonios de mayor autoridad nos lo acreditaran, nos costaria gran trabajo creerlo. El cementerio, el lugar donde reposan los restos de nuestros padres y de las personas á quienes en vida quisimos ó temimos: el cementerio es un lugar que inspira recogimiento y respeto durante el dia; pero de noche y entre sus sombras, ese lugar á los chicos y á los grandes inspira miedo y en las aldeas entre los campesinos ese miedo está exaltado por la supersticion. ¡Cuántas veces, señores magistrados, Santiago y Anastasio, sentados al amor de la lumbré en las veladas del invierno habrán oido referir las mil consejas con que los viejos suelen entretener ó amedrentar á los niños! ¡cuántas veces habrán oido decir que el cementerio está poblado de expectros y que durante las noches y entre las sombras los cadáveres surgen de sus tumbas envueltos en largos sudarios; que las ánimas del purgatorio se deslizan por sus patios ó al rededor de sus paredes arrastrando pesadas cadenas con estridente ruido; que á veces se oye el misterioso rumor de los lúgubres cantos que entonan en aquella mansion de la muerte, y que sobre la puerta del cementerio se levanta enorme gigante, esqueleto armado de aterradora guadaña! Y estos fantasmas que asustan y amedrentan, viven en la memoria de los adultos y es imposible que los niños se acerquen á esos lugares, cuando les es fácil y más cómodo apartarse de ellos. Hé aquí por qué no podemos creer, de ninguna manera, en la relacion de esos muchachos Santiago y Anastasio Lastra Mora, en cuanto á este particular se refiere.

(Se suspende la sesion.)

Sesion décima quinta, del 12 de Setiembre de 1884.

Continuacion del informe de la defensa de D. Aurelio Pozas

El señor Cárabes: Señores magistrados: Abordando ayer el primer cargo que las acusaciones dirigen contra don Aurelio Pozas Gomez y los demás procesados, examinamos con severa é imparcial crítica las declaraciones de los testigos Tomás Higuera, Domingo Gomez, Pedro Mora y José Acebo, que son los que

afirman ese primer capítulo de la acusacion. Creemos haber demostrado suficientemente, de una manera completa los defectos de que adolecen esos testimonios, que son inverosimilitud, falta de uniformidad y falta de certeza ó falsedad.

Despues de haber examinado bajo estos tres aspectos las declaraciones de los antes dichos Pedro Mora, Tomás Higuera, José Acebo y Domingo Gomez, empezábamos á ocuparnos del segundo cargo que, en concepto de las acusaciones, resulta contra los procesados, y examinábamos con este motivo, á este propósito y bajo los mismos aspectos las declaraciones de los testigos Santiago y Anastasio Lastra Mora y el testimonio de su tía Baltasara, porque fuerza es que esta testigo, que viene á intervenir en el proceso como tutora de sus sobrinos, siendo su declaración complemento de las de ellos, sufra á la vez el análisis y la crítica de las defensas.

Baltasara Gomez Lastra cuenta que la mañana del 23 de Julio de 1883, salieron sus sobrinos antes de amanecer, con direccion al sitio del puente de Linto, donde habian tendido una red de pescar. Cuenta asimismo que al cuarto de hora volvieron á casa, refiriéndole con gran sorpresa de ella que en el Campo de la Iglesia don Aurelio Pozas y un guardia civil acababan de dar muerte á Juan Maza Samperio. Cuenta tambien que despues que oyó la relacion de sus sobrinos, salió al balcon y notó que entraban por la puerta cochera de la casa de don Aurelio Pozas varias personas, á las cuales vió llamar con la mano á aquella puerta, sin que pudiera conocer á ninguna. Añade que despues se acostó y no pudo dormir por la inquietud que le produjo la noticia que acababan de darla sus sobrinos. Más tarde, hácia las ocho ó las nueve de aquella mañana, salió con Anastasio, llevando en un cuévano la red para tenderla á secar.

Tales son, en resúmen, los puntos más esenciales de la declaración de Baltasara Gomez Lastra, complementaria de las de los sobrinos Santiago y Anastasio Lastra Mora.

Cuando ayer nos ocupábamos en el exámen y crítica de estos testimonios, habiamos empezado, siguiendo el método de nuestro informe, por anotar las inverosimilitudes que se advierten en ellos; habiamos empezado, señor, exponiendo de pasada que este particular ó cargo acerca del cual informaron en el sumario Santiago y Anastasio Lastra Mora y su tía Baltasara, y más tarde en este juicio un hermano de esta, llamado Euterio Gomez Lastra, se contradice abiertamente

con el que establecen contra los procesados las declaraciones de los cuatro testigos tantas veces repetidos Pedro Mora y sus compañeros. Habíamos también notado, aunque de prisa, que otra inverosimilitud de estos testimonios era la de que los muchachos Santiago y Anastasio Lastra Mora, sobrinos y á la vez criados de Pedro Mora, cuyo interés en este proceso no puede ponerse en duda, hubiesen dejado trascurrir dos meses sin prestar esa declaración que ponía en claro quiénes fueran los autores de la muerte de Juan de la Maza Samperio. Y habíamos notado asimismo, con igual rapidez y de pasada, que estos muchachos, Santiago y Anastasio, según su propio dicho, en vez de seguir, cuando se dirigían al puente de Linto en la mañana del 23 de Julio, el camino que ordinariamente seguían cuando bajaban de noche, ó sea el que antes de llegar á casa de Pozas se aparta del de la Cárcova y entra por el prado del Herrero, descendiendo por una mies abierta y franca hasta el río de Miera, habían continuado por la misma calleja de la Cárcova entrando á deshora por entre el cementerio y la iglesia; y notábamos que si el cementerio es un lugar que inspira veneración de día en todas partes, de noche, y entre los campesinos, inspira además miedo; porque el respeto á los muertos está exaltado por la superstición.

Hasta aquí, poco más ó menos, llegábamos ayer, señores magistrados; vamos á continuar por el modo más breve, rápido y acelerado que nos sea posible.

Vamos á continuar la sencilla enumeración de los hechos y accidentes que constituyen otras tantas inverosimilitudes imputables á las declaraciones de estos testigos.

Santiago y Anastasio Lastra Mora, según igualmente refieren, penetran en el Campo de la Iglesia por delante de casa de Mier y al Sur de la misma y en el momento que cruzan por las inmediaciones de la puerta principal de dicha Iglesia, notan que de casa de Bráulio Mier salen varias personas, llevando preso á Juan Maza Samperio; tienen miedo y á la vez tienen curiosidad; esto dicen los testigos; desean saber lo que ocurre y temen ser sorprendidos y castigados; tratan de ocultarse y, ¿cuál es el sitio que elijen para ello? Es precisamente aquel en que más riesgo corrían de no ver lo que pasara y de ser sorprendidos é incurrir en los castigos que temían y querían evitar. Se encuentran estos dos testigos delante é inmediatos á la puerta principal de la iglesia de Miera, en el momento en que salen de

casa de Bráulio Mier las personas á que hacen referencia; quieren ver y tratan de ocultarse; tienen dos ó tres caminos: pueden dirigirse en el mismo sentido en que caminaban, ó sea hácia el E; pero no siguen este camino que les aseguraba ambos fines; pueden retroceder en sentido contrario á la direccion que traian y tampoco lo verifican; pueden tambien inclinarse al O. y penetrar en el sitio que linda con la Fuente Sagrada, desde donde tambien pueden ver sin ser vistos; pero nada de esto hacen; hacen precisamente lo contrario de lo que, no ya la discrecion y el buen juicio, sino el instinto aconseja en aquellos momentos.

Esta es otra inverosimilitud que resulta de las declaraciones de los muchachos Anastasio y Santiago Lastra Mora.

Dicen estos además en su declaracion del sumario y confirmaron en el acto del juicio, que habian conocido al guardia civil por el traje que vestia, que no pudieron reconocerle de otra manera, y que desconocen todos los rasgos de su fisonomía; preguntóseles si podrian reconocer al que vieron en alguno de los dos procesados y contestaron, sin mirarlos, que no le habian conocido, que no conocerian nunca al guardia civil que acompañaba al alcalde sino por el traje.

Esta defensa les preguntó entonces si llevaba gorra ó tricorpio, si levita ó chaqueta, si el pantalon era de uniforme ó de paisano, y si llevaba las correas de su instituto; contestaron que nada de eso sabian, que nada de eso habian visto, que nada de eso podian decir. ¿Cuál fué entonces el traje por el que reconocieron al guardia?

Otra manifestacion que comprende la declaracion de estos testigos y de que importa á esta defensa hacerse cargo, es la de que Juan Maza Samperio era conducido sin resistencia al patíbulo, á una muerte segura, de ser cierta la relacion que hacen las acusaciones, muerte que por consiguiente debia haber sido temida por él, despues del cautiverio sufrido en la que llamaba mazmorra el fiscal de S. M. y que nosotros llamamos honrada casa de Bráulio Mier; debia haber notado Juan Maza á dónde le conducian; pero era tan dócil, llevaba con tal resignacion su desgraciada suerte que no hizo un solo ademan, que no hizo un solo gesto; no tuvo una sola palabra, ni de indignacion, ni de súplica; llegó al lugar del suplicio no de otra manera que Isaac pudo llegar al sitio del holocausto.

¡No es increíble, no es á todas luces extraño que Juan de la Maza Samperio, conducido preso por el alcalde y el guardia

civil, á quienes se coloca ya en actitud de asesinarle entre la torre y la Iglesia de Miera, no haga ningun gesto, no haga ningun ademan, no pronuncie una sola palabra? Difícil es que haya quien crea en esta parte de las afirmaciones de Anastasio y Santiago Lastra Mora.

Cuentan estos testigos en otra parte ó extremo de sus declaraciones, que tan pronto como llegaron á casa de sus tíos le refirieron á Baltasara lo ocurrido; se sentaron en un banco de la cocina y se quedaron profundamente dormidos, no despertando hasta que eran las siete ó las ocho de la mañana y tuvieron que ir en busca de la red y en busca de unas vacas que habian quedado por la noche pastando en los prados. Es inverosímil esta version; es contrario á lo que ordinariamente sucede lo que manifiestan esos muchachos, que despues de una emocion tan viva y profunda como la que experimentaron en el momento de presenciar la muerte de Juan Maza Samperio, se sentaron y se durmieron: no es posible que despues de esa escena, y bajo el influjo de esas impresiones, Santiago y Anastasio hubieran entrado en la cocina de su casa y al sentarse en uno de los bancos se hubieran quedado profundamente dormidos. No; porque si ellos, lo mismo que otro cualquiera, hubiera visto lo que cuentan, hubiera presenciado el horrible asesinato de una persona conocida y amiga, á aquella hora y de aquella manera, ¡ay! el sueño se hubiera alejado entonces de sus párpados durante largas horas! Pero está contradicha, además, esa manifestacion de los testigos por la de su tía Baltasara Gomez Lastra, la cual dice que volvió á acostarse y que no pudo dormirse, porque tan grande era la impresion que le produjo la noticia que sus sobrinos le dieron.

Ahora bien; ¿cómo es posible creer que los testigos Anastasio y Santiago, que presenciaron el suceso en el Campo de la Iglesia y que son más niños y más impresionables que su tía Baltasara, se duerman tranquilos, como ellos dicen, apenas se sentaron en la cocina, y la testigo que tiene más dura y encallecida el alma, que no asistió al suceso, se vuelva á la cama y no puede dormirse y está tan excitada que no logra conciliar el sueño?

Nunca acertaron los testigos de esta familia á ponerse de acuerdo en las cosas más importantes en cuanto á sus testimonios.

Continuemos enumerando las mil inverosimilitudes de sus declaraciones. Tienen Santiago y Anastasio Lastra Mora dos hermanas, alguna de las cuales, si no me es infiel la memoria, ha

de contar algunos más años que ellos. Son estas Clementina y María; viven en la misma casa, se dedican á las mismas faenas, se tratan como hermanos, hablan á todas horas hasta de los asuntos más triviales, y—¡cosa extraña!—en el transcurso de dos meses, los niños nada les dicen ni nada hablan con sus hermanas acerca del suceso de que habian sido testigos, nada refieren de aquella escena á Clementina y María.

Vamos á enunciar el último de los conceptos que acusan verdadera inverosimilitud en las declaraciones de estos dos testigos. José Acebo (alias) el *Mantequero*, de quien tenemos, por desgracia, que ocuparnos nuevamente, José Acebo, en una de sus declaraciones prestadas en los careos que hubo de sostener con tan mala fortuna por su parte, dijo, preparando ya el advenimiento de los dos testigos, como si fuera un profeta que preparara la venida de algun Mesías, que habia oído á Santiago Lastra Mora haber visto entrar en casa de Bráulio Mier al alcalde y á la guardia civil. Algo se preparaba ya; algo se pretendia que declararan esos testigos; pero Acebo no habia entendido bien la version ó la version no sirvió despues para el plan que infamemente se proponian realizar, y en vez de verlos entrar fué necesario se dijera que los habian visto salir. Hé aquí otra inverosimilitud examinada bajo el aspecto que acaba de hacerlo esta defensa.

En nuestro propósito de asociar cuanto sea posible las declaraciones de Baltasara Gomez Lastra y las de sus dos sobrinos, hemos de hacer notar tambien algunas de las inverosimilitudes más salientes de la declaracion de este testigo. Dice que vió desde su casa del sitio de Sobre la Corte, antes de amanecer, de noche todavía, como llamaban en la casa de don Aurelio Pozas varias personas á quienes no pudo distinguir ni aun por el traje. Cuéntase que entre esas personas estaba la guardia civil, y á pesar del uniforme que viste este instituto, no pudo reconocerlos ni descubrirlos.

¡Tales eran las tinieblas que reinaban! Y á pesar de todo, Baltasara ve y advierte á tan larga distancia, 200 metros desde el balcon de su casa, que hay uno que con la mano toca ó llama en la cochera de Pozas.

Baltasara Gomez Lastra está casada, su marido se llama Antonio Mora, hermano de Pedro Mora. Su marido fué presentado candidato á la Alcaldía en las últimas elecciones municipales de Miera; es el jefe de la familia, enemigo capital de Pozas; ha sido faccioso, ha militado en las filas carlistas; es hombre, por consi-

guiente que puede soportar las más rudas impresiones, hombre á quien no conmueve tanto la noticia de un asesinato; Baltasara su mujer, no se atrevió empero á comunicarle la que sus sobrinos la habian dado; calla por espacio de dos meses, sin dejar traslucir nada del secreto que la confiaran sus sobrinos, secreto que, como veremos más adelante, saben otros vecinos del pueblo que no son tan allegados á esa familia. Pero hay más: Antonio Mora se dispone á partir para Méjico y la mujer tiene la virtud extraordinaria de callar á su marido el secreto que hasta cierto punto debia interesarle al alejarse de Miera inopinadamente cuando se buscaba, sin encontrarle, al verdadero autor de la muerte de Juan Maza.

Examinadas las más importantes ó más salientes de las inverosimilitudes que resultan ó aparecen en los testimonios de que viene ocupándose esta defensa, vamos á tratar el segundo punto de los que expusimos al principio del informe, demostrando plena y satisfactoriamente á la Sala que entre las declaraciones de esos testigos existe grande, profunda y palmaria contradiccion.

Es la primera que se advierte la que resulta de la declaracion de Santiago Lastra Mora al afirmar que el dia 23 de Julio, al volver á su casa despues de haber presenciado entre la Torre y la Celda la horrible escena de que hace mencion, no le habia contado á su tía Baltasara Gomez Lastra quiénes fuesen los autores de aquel crimen, sino que se lo habia referido con posterioridad y en otro dia distinto. Notóse en el sumario esta contradiccion y acerca de ella se llamó la atencion de los testigos Santiago y Baltasara, la cual dijo que habia sabido inmediatamente el nombre de los autores del delito, y que en virtud de esa noticia, se habia asomado al balcon para ver si podia hacer algunas averiguaciones. Fueron careados Santiago Lastra Mora y su tía Baltasara Gomez Lastra, y explicó el primero la contradiccion manifestando que él acostumbraba decir «con posterioridad» ó «en dia distinto,» despues que habia dormido algun tiempo, aunque fuese en el mismo dia. ¡Qué cosas tan raras le pasan á ese muchacho! Solo porque habia dormido unos cuantos minutos, segun dice, despues de salir en busca de la red, creyó que ya se encontraba en otro dia, y sin más fundamento se atreve á asegurar que no fué entonces cuando le refirió todo el suceso á su tía, sino que lo hizo con posterioridad y en dia distinto. La Sala sabrá apreciar hasta qué punto las explicaciones de estos testigos pueden satisfacer á la conciencia de los jueces.

Hay otra contradiccion entre estos testigos, que no es de menos monta ni de menos importancia. Anastasio Lastra Mora habia dicho que, despues que despertaron, fueron al sitio del puente de Linto á recoger la red, la cual trageron á casa de su tío, conduciéndola en un cuévano, yendo él más tarde á tenderla al sol para que secara; y habia dicho que al ocuparse en esa faena no le acompañó nadie, ni su tía Baltasara, y que no habia hablado con esta acerca del particular á que la propia Baltasara se contrae en la relacion del viaje ó expedicion que asegura hizo con su sobrino para secar la red.

Haciendo notar al testigo la contradiccion, en el juicio oral contestó que no recordaba si habia ido ó no habia ido; pero es lo cierto que en el sumario habia dicho que no era exacto que su tía le hubiese acompañado á tender la red, mientras su tía afirmaba lo contrario.

Mas no son estas las principales contradicciones, y las hubiera dejado pasar desapercibidas, siquiera por lo que tienen ya de asendereadas, y por haberse tratado en el segundo período de la instruccion. Hay otras más importantes que resultan de las declaraciones prestadas en el acto solemne del juicio. Santiago dijo que en el momento en que habia visto pasar por el sitio del Campo de la Iglesia, bajando por la escalerilla del barrio de Pareda, en direccion á la torre de la misma Iglesia, á don Aurelio Pozas y á un guardia civil, se encontraban los dos hermanos escondidos en el rincon ó ángulo que forma la pared de la escalerilla con la del cementerio ó Campo de la Iglesia, que le cierra ese mismo punto. Excitámosle á que determinara la distancia á que se encontraban de esa escalerilla, y el testigo, que al declarar se hallaba donde ordinariamente se colocan todos los testigos, ó sea á medio metro, poco más ó menos, de esa balaustrada, indicó que la distancia entre los puntos que se señalaban era como la que mediaba desde el lugar por él ocupado hasta la misma balaustrada, es decir, 50 centímetros.

El otro testigo, interrogado de igual manera por la acusacion particular, dijo que la distancia á que se hallaban de la escalerilla á que vengo refiriéndome era poco más que la que media desde el sitio ocupado por él á la tribuna en que tan dignamente se sienta la acusacion privava, ó sea 4 metros. No puede ser más interesante, de más importancia ni de mayor trascendencia esta contradiccion, porque los testigos no podían equivocarse en asunto de tanta monta si hubieran visto los hechos que re-

latan. Por otra parte, aumenta el interés de ese señalamiento, de que se encontrasen en uno ó en otro de los dos puntos que fijan, la circunstancia, que he de advertir á la Sala, de que el sitio marcado por el segundo de estos testigos corresponde á otro ángulo, ángulo distinto, completamente diverso, como consta al Tribunal, y singularmente al dignísimo magistrado que asistió á la diligencia de inspeccion ocular; porque es muy distinto el ángulo que forma la pared del cementerio con la de la Iglesia, del que forma la pared del Campo de la Iglesia con la albardilla que se extiende á la izquierda de las escaleras ó pasos que dan acceso desde Pereda al mencionado Campo de la Iglesia.

Otra contradiccion que pone de relieve la falsedad de las declaraciones prestadas por Baltasara Gomez Lastra y sus sobrinos Santiago y Anastasio, es la que resulta de las apreciaciones y observaciones que voy á exponer. Dijo Baltasara que despues que habian llegado á casa sus sobrinos y le habian hecho relacion de lo que vieron en el Campo de la Iglesia, impresionada por lo que habia oido, salió al balcon y desde allí observó que llamaba y entraba en casa de Pozas un grupo de varias personas. Hay otro testigo, de cuya declaracion tendremos necesidad de ocuparnos, que es Elías Gomez, primo carnal de Baltasara, y cuenta que aquella mañana se encontró, por motivo que más tarde manifestaremos, en las inmediaciones de la casa de don Aurelio Pozas, entre esta y las escalerillas que dan acceso al Campo de la Iglesia por el NO. del mismo; y que despues de haber oido dos detonaciones primero y otras dos ó tres más tarde, á los cuatro ó cinco segundos de haberse escuchado las últimas, vió subir á Pozas, á la guardia civil y á otros con direccion á la casa del primero. Subian en aquel momento, se encontraban á la puerta de la misma casa. ¿Cuándo?—Cuatro ó cinco segundos despues de haberse escuchado los últimos disparos. ¿Qué hacia entonces Baltasara? ¿Dónde estaban sus sobrinos?—Segun ellos mismos refieren, oyeron aquellos disparos cuando huian por junto á la reja que se encuentra al E. del Campo de la Iglesia; desde allí subieron por el prado del Herrero, llegaron á casa, contaron á Baltasara lo que habia ocurrido, y entonces esta salió al balcon, y entonces era cuando, segun esta testigo, Pozas y los demás que dice le acompañaban se dirigian á casa del primero. Segun el testimonio de Baltasara, habian transcurrido de 10 á 15 minutos, porque no seria menester menos tiempo para que los muchachos vayan desde la reja, por el ca-

mino del prado del Herrero, hasta su casa, y cuenten á su tía aquel suceso que la mueve á asomarse al balcon; y en cambio, segun las declaraciones del pariente de esta testigo, Elías Gomez, cuando subieron á su casa don Aurelio, los guardias y otros, no habian trascurrido cuatro ó cinco segundos desde que se oyeron las últimas detonaciones.

Otra contradiccion de Santiago y Anastasio Lastra Mora. Han dicho estos testigos con tenacidad y empeño desde su primera declaracion, que á ninguno, á nadie absolutamente habian con tado lo que vieron en el Campo de la Iglesia, más que á su tía Baltasara, la cual les habia encargado que guardaran el más riguroso silencio sobre el particular. Pues estas manifestaciones de los chicos están completamente desmentidas por dos testigos, que no han de parecer sospechosos á las acusaciones, y á los cuales tenemos por desgracia que volver á nombrar: José Acebo y Juan Higuera Maza, que no es otro que aquel que presentó una falsa denuncia contra Pozas por supuesto disparo de arma de fuego, de cuya imputacion le absolvió la Sala primera de esta audiencia.

Juan Higuera Maza dice de un modo terminante en su declaracion, que á los cuatro ó cinco dias despues de la muerte de Juan de la Maza Samperio, fijando como límite la fecha en que fueron reducidos á prision Pozas y Bráulio Mier, (consta de autos fué en los primeros dias del mes de Agosto) dice que antes de esa fecha habian estado en su casa, con el objeto de referirle los detalles del suceso, los muchachos Santiago y Anastasio Lastra Mora, los cuales le hicieron historia exacta y puntual de cuanto habian visto y observado en el Campo de la Iglesia en la mañana del 23 de Julio, historia que no era otra que la infame que sirve de pretexto á este proceso.

José Acebo, el *Mantequero*, habia anunciado ya despues de los careos con don Aurelio Pozas y Bráulio Mier, en los que quedó tan mal parado, y despues que, segun cuentan, recibió ciertas instrucciones de Pedro Mora, que habia oído á Santiago Lastra algunas indicaciones á propósito del suceso en que se hacia figurar á Pozas y á la guardia civil. Este mismo testigo manifestó más tarde que no fueron esas indicaciones lo que oyó á los muchachos, sino que á tres ó cuatro dias, cuando más, de la muerte les oyó referir y contar de una manera igualmente puntual, detallada y exacta todas las circunstancias que concurrieron en el terrible drama de que se dicen testigos, eje-

catado en el sitio de la Torre de las campanas de la Iglesia de Miera.

La defensa de D. Aurelio Pozas juzga innecesario hacer consideraciones ú observaciones acerca de la importancia de la contradiccion que viene estudiando. Es de grandísima trascendencia, á los efectos de este juicio, la contradiccion de que se trata. ¿Cómo, señores magistrados, si es cierto lo que dice Juan Higuera Maza, testigo nada sospechoso para las acusaciones; cómo si este sabia lo que debió hacerse público, porque no hay razon para que este testigo lo supiese y lo ignorara el resto del vecindario de Miera; cómo si desde los primeros cuatro ó cinco dias se sabia de público que el caso habia ocurrido de esa manera y que le habian presenciado los testigos Anastasio y Santiago Las-tra; cómo se explica que estos testigos no compareciesen á declarar hasta el dia 18 de Setiembre siguiente, es decir, hasta cerca de dos meses despues de perpetrado el delito y comenzadas las diligencias sumariales, y nada sepa el Tribunal hasta esa fecha del crimen cometido en la mañana del 23 de Julio entre la Torre y la Iglesia de Miera?

Otra contradiccion más, señores magistrados: dijeron estos testigos en sus declaraciones del sumario, y lo repitieron de una manera categórica, afirmándose en su dicho al fijar el punto exacto y determinado en que se colocaron el alcalde don Aurelio Pozas y el guardia civil y su pobre víctima Juan Maza Samperio, que el crimen, que el delito de la muerte de este se habia cometido en un punto medio entre la Celda y la Torre. Ruego á la Sala fije su atencion en el plano. Estos testigos, al comparecer en el juicio oral, enmiendan de una manera expresa, clara y terminante, y no por sorpresa, sino por modo voluntario y espontáneo, este punto importantísimo de su relacion. No es ya junto á la Celda donde se comete ese asesinato; es junto á la misma Torre y debajo de las campanas; es en el ángulo que forma la Torre; es un punto distinto y separado algunos metros del que precisaron en su primera declaracion al señalar como punto en que se verificó aquel suceso un lugar intermedio entre la Torre y la Celda. Son dos sitios muy diferentes; los testigos se han confundido y se han equivocado tambien esta vez, porque es una fábula lo que cuentan, porque no vieron lo que denunciaban.

Adelantando cuanto nos sea posible en el análisis ó crítica que venimos haciendo de esas declaraciones, vamos á ocuparnos en el tercer lugar, por el influjo del método que nos hemos propuesto

al comenzar este informe, de la falsedad de estas declaraciones.

No solo son inverosímiles; no solo son contradictorias; son además falsas y están desmentidas por otros testimonios que no pueden contradecirse, dadas las leyes que presiden la inteligencia, la razón y los actos humanos.

Dicen Santiago y Anastasio Lastra Mora, refiriendo detalles del drama de que se suponen testigos, que don Aurelio Pozas, en el momento en que hubo colocado, con el auxilio del guardia civil desconocido, contra la pared de la torre donde están las campanas á su víctima Juan de la Maza, se echó dos ó tres pasos atrás—pasos que no solo marcó de esa manera el testigo sino que los marcó con los mismos movimientos que pudiera haber hecho Pozas—y retirado á esa distancia hizo dos disparos sobre Juan de la Maza exhalando este un grito y cayendo en el suelo, muerto, en concepto del testigo. Pues bien; esta afirmación tan decisiva está desmentida de una manera terminante y categórica por las declaraciones de todos los peritos médicos, porque ninguno, ni siquiera el señor Santamarina, cuya declaración no ha de ser tachada por las acusaciones, ha dudado en afirmar que, según la descripción que de las heridas se consignan en la diligencia de autopsia, la distancia á que se hicieron los disparos que sufrió Juan de la Maza, hubo de ser de diez á catorce metros. Y esta distancia es la mínima, aquella á que el señor Santamarina conceptúa que debían hallarse cuando menos los asesinos ó los que dirigieron sus disparos contra Juan de la Maza Samperio. Y si la Sala une á esta diferencia de metros, y á la importancia que su simple enunciación acusa, la que tiene esta diversidad entre las afirmaciones de los peritos médicos y las de los testigos Santiago y Anastasio, atendido el lugar que ocupan, aun es más notoria la falsedad de los testimonios que discutimos. Desde el sitio de la torre de las campanas, donde suponen estos testigos que se colocó á Juan de la Maza, hasta el sitio de las escalerillas, retrocediendo ó dando pasos atrás como cuentan que los daba Pozas, hasta la escalerilla detrás de la cual estaban los testigos, hay, según la medida del plano oficial, diez y seis ó diez ocho metros; de manera que si Pozas hubiera retrocedido en la forma que señalaron los testigos, desandando la distancia á que en concepto de los peritos—más dignos de crédito que esos muchachos—se hicieron los disparos, se hubiera encontrado frente á frente y tocando ya con los mismos testigos. ¿Y cómo no había de verles ni advertir su presencia? En el supuesto de que

Pozas hubiera retrocedido de espaldas, cosa increíble, era preciso que hubiera vuelto la cara hacia el sitio donde estaban esos muchachos para no tropezar con la pared.

Y si, como dicen, los iluminaba la luna, ¿es posible que no los hubiera visto don Aurelio Pozas? ¿Es posible que estos testigos se encuentren aquella noche á cuatro ó cinco metros de distancia de Pozas, cuando este, segun cuentan, disparó su carabina contra Juan de la Maza, sin que los hubiera visto, como forzosamente habia de verlos hallándose al descubierto, y que no hubiera desistido entonces de cometer el delito que de una manera infame se le imputa?

Pero si quedara alguna duda acerca de la falsedad de esos testigos, resultaria desvanecida con otra demostracion.

Todos, absolutamente todos los peritos médicos, lo mismo los de la acusacion que los de las defensas, han convenido en que si se hubieran hecho los disparos á la distancia de dos ó tres varas, los agujeros de las heridas hubieran sido mucho mayores que los que resultan descritos en la diligencia de autopsia. Es, por tanto, falsa la declaracion de los testigos Santiago y Anastasio Lastra Mora, porque está ante todo desmentida por el informe pericial de los médicos que concurrieron á este acto lo mismo por parte de las acusaciones que á pedimento de las defensas.

Razones y motivos sobran á estas para convencer la falsedad que preside á las declaraciones de estos testigos. La verdad puede esconderse; pero al fin y al cabo salta á la superficie y se hace notar de todos aquellos que de buena fé quieren conocerla.

Han dicho estos testigos en su declaracion que don Aurelio Pozas dirigió su carabina, á dos ó tres pasos de distancia, contra Juan de la Maza que estaba arrimado á la pared, disparándole dos tiros casi simultáneos; y dicen además que tambien debieron ser dirigidos contra Maza otros dos ó tres tiros que escucharon cuando ya se retiraban huyendo. Esta afirmacion está desmentida por los informes periciales, contra lo que el ministerio público sostuvo aquí al emitir su luminoso informe, estando contestes todos los peritos en asegurar que las heridas encontradas en el cuerpo de Juan de la Maza procedian de un solo disparo y no de dos; y es absurdo, completamente absurdo é increíble que siendo dos ó más los disparos hechos á boca de jarro, segun la frase vulgar, por Pozas contra Samperio debajo del sitio de las campanas, es imposible, digo, que en el cuerpo de Maza no hubiera

dejado huella ninguno de los proyectiles de alguno de los otros disparos.

El mismo fiscal de S. M., al hacer en su informe gala de notoria erudicion, viene á proporcionarnos un nuevo dato para demostrar la falsedad de las declaraciones de Anastasio y Santiago Lastra Mora. Dijo el señor fiscal con frase galana y brillantez de estilo, que varios hombres de gran ciencia, cuyos nombres no acertamos á repetir, habian llegado, en fuerza de sus experiencias, á descubrir que los disparos de arma de fuego producen quemaduras en las ropas y en la piel de las personas sobre quien se dispara de cerca. Pues bien: siendo exacta esta doctrina, que aceptamos bajo la autoridad de la palabra del señor fiscal, esas señales debieran encontrarse en las ropas que Maza vestia, y no se encuentra ni un solo vestigio de esas quemaduras.

Grande es, señores magistrados, la desgracia de estos testigos; por todas partes salen al encuentro de sus declaraciones otros testimonios que convencen la falsedad de aquellos.

Dicen que en aquella madrugada, que aquella noche—porque aun no habia despuntado el alba,—bajaron por la escalerilla del barrio de la Cárcova, ó sea la que por junto á la casa de Pozas da acceso al Campo de la Iglesia, y que cuando se encontraban delante de la puerta de la misma iglesia, vieron salir de casa de Bráulio Mier á varias personas que se dirigian hácia el Campo de la Iglesia. Pues bien, señores magistrados; coloquémonos, sobre el plano, en el sitio que designan los testigos, como punto en que se encontraban en la ocasion que dicen vieron salir de casa de Bráulio Mier á Pozas, á la guardia civil y á Juan Maza Samperio, esto es, en la puerta de la iglesia, en sus inmediaciones; allí dicen los testigos que se encontraban y no hemos de llevarlos á otro sitio. Desde el punto donde se encuentran los testigos, ó sea desde la entrada de la iglesia hasta la escalerilla hay una distancia de quince metros próximamente; desde la escalerilla donde se colocan los muchachos hasta casa de Bráulio Mier hay una distancia de veinte metros,—y este es un dato auténtico suministrado por las observaciones de los mismos ingenieros que levantaron el plano;—están en la misma línea y tienen que dirigirse desde la entrada de la iglesia hasta la escalerilla, ó lo que es lo mismo, por terreno franco y descubierto á la vista del alcalde y la guardia civil y de Juan Maza, que descenden de casa de Mier. Si andan al mismo paso, si llevan la misma marcha, es forzoso, es necesario que cuando lleguen los muchachos

á la escalerilla, donde pueden ocultarse, se encuentren á una distancia de cuatro ó cinco metros en frente de los mismos que salen de casa de Mier. ¿Es posible que no los hayan visto? ¿Es posible que pasen desapercibidos? Meditad, señores magistrados, sobre estas observaciones que se deducen de la inspección ocular y del plano oficial á que vengo refiriéndome.

Dos puntos han designado estos testigos, como digimos antes, para fijar el sitio desde el cual dicen que vieron la escena tantas veces contada y tantas veces maldecida por nosotros. Uno es el ángulo que forma la escalerilla con la pared del Campo de la Iglesia, y otro ángulo que mucho más abajo, al E., forma la pared del Campo de la Iglesia con la pared del cementerio. ¿En cuál de los dos puntos se quiere que coloquemos á estos testigos? Solo á una cosa no nos prestamos, que es á colocar á uno en un sitio y á otro en sitio diverso; pero en cualquiera de los dos sitios que se les coloque es imposible—y así lo hemos de demostrar—que vieran lo que aseguran. ¿Están real y verdaderamente, como dijo Santiago Lastra Mora, en el ángulo que forma la escalerilla con la pared del Campo de la Iglesia? ¿Están allí arrimados?

Voy á hacer un pequeño paréntesis para rogar á la Sala que se sirva fijar la vista en el plano que se levantó á instancia de ministerio público, que no solo tiene la importancia de haber sido hecho por los ingenieros que designó el mismo ministerio, sino que además tiene carácter oficial.

Y continuando las observaciones que venia haciendo, me ocurre preguntar: ¿está el testigo en el ángulo que forma la pared de la escalera con la pared del Campo de la Iglesia? ¿Está, como el mismo dice, arrimado, pegado á la pared? Si es cierto esto, es mentira, es completamente falso que viera lo que sucedió debajo de la Torre de las campanas, en el ángulo que forma la Torre al O. con la Iglesia de Miera: es completamente imposible que viera lo que dice, desde ese punto, no porque lo hayan afirmado aquí algunos testigos, sino porque las personas menos hábiles pueden comprobarlo con solo fijarse en el plano.

¿No quieren las acusaciones que estén los testigos ahí en ese sitio? ¿Quieren que los coloquemos en donde dice Anastasio? ¿Quieren que los llevemos más allá, como pretendía llevarlos, casi de la mano, la acusación privada?

¿Quieren que les llevemos al ángulo que se nota en el punto donde se unen ó adosan la pared del cementerio y la del Campo de la Iglesia? Pues coloquémosles allí, que las defensas pueden

otorgar estas concesiones á la acusacion, sin temor á que la acusacion prospere. Ya están Santiago y Anastasio Lastra Mora en el punto pretendido por el acusador privado. Desde este punto—invoco para sostener mi afirmacion el plano y las noticias oficiales suministradas por los ingenieros—desde este punto es imposible que se vea lo que pasa debajo de las campanas, y es más imposible todavía que se advierta lo que sucede en el lado ó lienzo de la Torre, que mira al O., ó sea el punto de la Torre que está en frente de la Celda, que es al que se refieren los testigos, determinándole como lugar de la catástrofe ó de ese terrible crimen.

De cualquiera de las dos maneras, la afirmacion de que parten estos testigos está desmentida por datos, que no se pueden rechazar, que podrán torcerse, pero que no pueden, de ninguna manera, ser rotos ni destruidos.

No son estas las únicas observaciones que hemos de exponer y someter á la consideracion ilustrada de la Sala, para demostrar y convencer la falsedad de los testimonios de estos testigos á cuyos méritos fía la acusacion el éxito de la misma. Es preciso establecer previamente lo que bien puede considerarse y ser establecido como un verdadero axioma de orden moral y racional: si hubiese sido cierto lo que cuentan Santiago y Anastasio Lastra Mora; si fuese cierto que Pozas, reunido al guardia civil, hubiera dado muerte, en la forma que los mismos testigos aseguran, á Juan de la Maza Samperio; si fuera cierto que este vivía en la mañana siguiente, y si fuera cierto que habló... no váyamos tan allá; si fuera cierto que estaba vivo, ¿puede admitirse, en cualquiera de los dos extremos, que el guardia civil, ni ninguno de los guardias civiles conocedores de ese suceso, se hubiera acercado al herido, en la posibilidad siquiera de que hablase, de que hiciera un gesto que le denunciara? ¿Es posible que hubiera llamado testigos desconocidos? ¿Es posible que si Samperio hubiese sido muerto de esa manera por Pozas y un guardia civil, en el momento que algun guardia se acercase á él, se presentase á sus ojos, si le quedaba un solo suspiro, no le hubiera empleado en maldecir y denunciar al que habria sido su asesino? Diremos que al contestar que es imposible, que es absurda una y otra suposicion, establecemos dos verdaderos axiomas, dos verdades que no necesitan demostrarse.

¿Qué es lo que nos queda ahora, en vista de esas dos verdades que no discutimos, porque no han menester debate ni dis-

cusion? ¿Qué es lo que nos resta? Convencer á la Sala de que Juan Maza, no solo sobrevivió y no solo se hallaba con alientos de vida, y no solo respiraba en la mañana del 23 de Julio, como á las cuatro y media de la misma, sino que pronunció palabras y sonidos verdaderamente articulados, y que lo hizo con inteligencia y diciendo lo que queria decir; y es menester que demostremos tambien que la guardia civil tuvo noticia de que Juan Maza, ó un hombre, se encontraba herido en el Campo de la Iglesia, y demostremos además con testimonios incuestionables que los guardias civiles, antes de comparecer á la presencia del herido que las acusaciones suponen muerto por ellos mismos, invocaron el concurso de otras personas que no eran amigos sino adversarios de don Aurelio Pozas á quien se mezcla y confunde en esta infame trama.

Que la guardia civil tuvo por la mañana noticia de que habia un hombre quejándose en el Campo de la Iglesia y de que ese hombre estaba vivo, no lo discuten siquiera las acusaciones y no hemos de discutir nosotros este punto, que además no encaja bien en el encargo que tenemos. Alguien habrá que de mejor manera que podemos hacerlo nosotros, lo haga en tiempo bien breve.

Que para presentarse la guardia civil en el Campo de la Iglesia reclamó el concurso del alcalde de barrio y que este es adversario de Pozas y votó en contra de su candidatura en las últimas elecciones municipales, y que por todos los medios ha tratado de excluir de su declaracion todo aquello que pudiera favorecer á don Aurelio Pozas, eso bien lo sabe todo el mundo, y como punto ni siquiera discutido por las acusaciones, no hemos nosotros de tratarle. ¿Qué es, pues, lo que nos queda por examinar y poner en claro y que, contra lo que esperábamos, ha sido negado por las acusaciones? Dos puntos, otros dos extremos que antes establecimos, á saber: que Juan de la Maza Samperio el día 23 de Julio, hacía las cuatro y media de la mañana, estaba vivo, y no solo estaba vivo, sino que tenia la facultad de hablar y que habló.

Estaba vivo Juan Maza Samperio aquella mañana, y apenas se concibe, despues de estos debates, cómo existe quien se atreva á negarlo; son innumerables los testigos que esto deponen y no son testigos de don Aurelio Pozas ó de las defensas, sino los mismos testigos traídos por las acusaciones, por las acusaciones pública y privada, para defender la tésis en que fundan sus afirmaciones y preces.

Manuela Lavin, la cartera, á quien tacha de sospechosa el ministerio fiscal por tener la cartería; pero está bien averiguado, y sin duda se escapó á la memoria del ministerio público, que hace siete años que tiene ese cargo, y no es posible tomar en serio que pudiera ser agradecimiento á don Aurelio Pozas ni disgustos con la familia de Maza Samperio, que hace los mismos siete años que perdió aquel destino, lo que la moviera á declarar en los términos en que lo hizo, diciendo á Bráulio Mier, en el momento en que pasaba por delante de su casa—y sin que tengamos por qué extrañarnos como se extrañó la acusacion privada, de que no lo denunciase en casa de Pozas, porque esta quedaba más atrás,—que hacía el Campo de la Iglesia se quejaba un hombre que le habia parecido allá entre las sombras del alba Juanin el correo. Si se quejaba es apodictico que estaba vivo, porque, señores, los muertos no se quejan.

José Higuera Prado, alcalde de barrio de Pereda, que, como tantas veces hemos dicho, es enemigo notorio de Pozas, no ha tenido más remedio que reconocer que estaba vivo Juan Maza Samperio la mañana del 23. Juan Lavin, tío de Juan Maza, no vacila tampoco en confesar que este estaba vivo; Juan Lastra Chaves, Domin Gomez, Manuel Lavin, Susana Higuera y el hermano del tantas veces repetido y famoso cura don Simon Remigio Perez, confirman lo mismo; don Cristóbal Samperio y don Francisco Higuera, venerable sacerdote este, aseguran tambien que estaba vivo; y, en fin, para que nada falte, hasta la misma acusadora, hasta la misma Julita Maza tiene que decir, tiene que confesar, mal que la pese, que cuando ella llegó al Campo de la Iglesia, en la mañana del 23 de Julio, aun estaba vivo su hermano, que llegó aun á tiempo de recoger su último suspiro ó su último aliento.

Pero si estaba vivo, ¿habló? Hé aquí una cuestion completamente distinta de la que venimos tratando. Pudo vivir y no ha blar.

Invirtiendo el orden lógico, vamos á tratar, porque así cuadra á nuestros propósitos, del hecho antes que de la facultad y porque—entre otras causas—así se desarrollaron los procedimientos en el juicio, siendo examinados antes que los peritos que habian de deponer acerca de la facultad de hablar, los testigos que depusieron acerca del hecho de haber hablado.

Perdóneme la Sala este método poco correcto que voy á seguir en el exámen de las declaraciones de Santiago y Anastasio Lastra Mora, en lo que á este punto concierne

¿Habló realmente Juan Maza á las cuatro ó cuatro y media de la mañana del 23 de Julio cuando se presentaron la guardia civil, Bráulio Mier y con estos el alcalde de barrio de Pereda? ¿Habló real y verdaderamente más tarde en la ermita de San Roque? Nos parecen tan claros estos antecedentes, y estos datos nos parecen tan acreditados, que no podemos menos de recordar con profundísima sorpresa que por las acusaciones se hayan puesto en duda estos particulares tan clara y perfectamente demostrados.

Y ya que los negaron; ya que, obligadas, sin duda, por la necesidad de sostener sus conclusiones, y alucinadas por su buena fé, no vieron lo que ve todo el mundo y discutieron lo que nadie discute, nos comprometen á demostrar una vez más que Juan Maza Samperio habló aquella mañana. ¿Quiénes lo aseguran? Varios testigos, y entre ellos, señores magistrados, ese mismo José Higuera Prado, que en la primera declaracion que prestó dijo que, presentándose al par que la pareja de la guardia civil en el sitio donde se hallaba Juan Maza, habia sido este interrogado por el que hacia de jefe de la pareja, preguntándole de dónde era, cómo se llamaba y quién le habia herido, á lo que contestó que era de allí, del pueblo de Miera; que se llamaba Juan Maza, y que no le habia herido nadie.

Es verdad que este testigo, despues, por el influjo de nuevos sucesos, ó más bien por animadversion hácia Pozas, y además porque entendió que, segun los peritos, no habia articulado más que monosílabos, palabra cuyo significado no comprendia el mismo testigo, manifestó que lo que habia pronunciado Maza eran monosílabos, es decir, manifestó que lo que le habia oído decir á Maza era una cosa que el testigo ni sabia ni entendia y que bautizó con un nombre completamente ignorado por él. Pero compareció José Higuera Prado en el juicio oral y aquí—el Tribunal lo recordará—no tuvo más remedio que confesar de una manera categórica que, al ser preguntado Juan Maza por el guardia civil quién le hirió, habia contestado una, dos ó tres veces: «Ninguno, ninguno, ninguno».

Ya lo han oído las acusaciones; y este testigo debia evitarnos traer aquí las declaraciones de otros testigos sobre ese particular; pero ya que ellas se empeñan en exigirnoslo, sufra la Sala que la impongamos esta tarea.

Manuel Lavin Barquin se encuentra allí por casualidad; habia madrugado para oír una misa por la memoria de una persona de

su familia, llegando despues su mujer, á quien guiaba el mismo propósito. Manuel Lavin Barquin, segun testimonio del mismo José Higuera Prado, es llamado á aquel sitio para que con los demás concurra á fijar los hechos que presencia. Pues bien; Manuel Lavin Barquin, que con ese motivo se encontraba allí y de cuya presencia nadie duda, afirma de perfecto acuerdo con Higuera Prado que oyó de una manera clara y distinta á Maza Samperio decir que no le habia herido nadie, añadiendo otras expresiones que no repito ahora, Juan Lavin Samperio es tío de Maza Samperio; se encuentra tambien en aquel sitio porque el día anterior habia perdido á su suegro, é iba á buscar las insignias parroquiales para la conduccion del cadáver al cementerio que se halla en el lugar que sirve de escenario al hecho del proceso. Juan Lavin Samperio asegura en su declaracion que su sobrino Juan Maza habló; que le oyó él hablar, y que dijo esas mismas palabras que le atribuyen los otros testigos; y aun añade otras muy importantes, no solo porque salen de los labios de una persona tan allegada á Juan Maza, sino tambien por otras varias y diversas consideraciones que notaremos. Añade este testigo que Juan Maza Samperio, en el momento que se trató de levantarle de la albardilla en que se encontraba sentado, le dijo, reconociéndole por su tío y dirigiéndose á él como á la persona más deseada en aquellos momentos: «La mi gorra ¿dónde está?» y entonces Juan Lavin Samperio recogió la gorrra y la colocó en la cabeza de su sobrino. ¿Qué significa esto y qué convence sino que el herido hablo con perfecto discernimiento, y que sabia lo que decia y se apercibia de cuanto pasaba en su derredor? y si todas estas cosas son ciertas, ¿cómo es posible dudar de que habló y de que se encontraba en la integridad de las funciones de la inteligencia y de la razon el mismo Maza Samperio?

La acusacion privada, que no desperdició ni un solo detalle en su atinado análisis de las declaraciones y para cuya vista perspicaz no pasa desapercibida, ni una sola línea ni un solo perfil, hizo notar una contradiccion en que á su juicio incurren Vicente Fernandez Ledo y este testigo Juan Lavin Samperio.

Note la Sala que esta contradiccion era completamente incierta, que no era tal contradiccion.

El guardia Vicente Fernandez Ledo habia afirmado, y así puede comprobarse, que Juan Maza habló, no solo en el Campo de la Iglesia, sino tambien en la ermita de San Roque, y Juan La-

vin Samperio niega que el herido hablara en este último punto; pero reconoce que mientras el herido estaba en ese mismo sitio, tuvo él que hacer dos salidas; una para pedir y traer un banco con objeto de sentar en él á Juan Maza, y otra en busca de estopa para administrarle los sacramentos. Pues si estuvo, aunque fuera durante poco tiempo, alejado de allí el testigo—y consta á la Sala que así lo reconoció el mismo Juan Lavín,—queda por completo destruida esa aparente contradicción, porque entre tanto pudo suceder que hablase Juan Maza Samperio, como ya sucedió en la Fuente Sagrada? ¿No es esto perfectamente correcto y accesible á la razón sana y á un criterio desapasionado?

Aun hay más testigos. José Gómez y Gómez, secretario del juzgado municipal, salió aquella mañana de su casa con dirección á la cabaña; y dice que llamado por unos guardias civiles acudió al sitio de la ermita, donde estaba Juan Maza Samperio, á quien habían trasladado desde la Fuente Sagrada, y nos dice también que Maza Samperio habló. Aquí se ha escuchado la declaración de este testigo y no pudo desvirtuarse su testimonio.

Pero, ¿á qué insistir más en afirmar la que es verdad tan demostrada? El venerable sacerdote don Francisco Higuera, que vive apartado de las luchas locales y ajeno á las discordias de los vecinos, que es el amigo de todos, siendo don Aurelio Pozas el único con quien no tiene cordiales relaciones, por motivos que él ha manifestado, este mismo testigo asegura que en aquella mañana, encontrándose en la iglesia él y varias personas, oyeron decir en la sacristía de la misma que Juan de la Maza había hablado y que esta noticia se publicó y se repitió por todos como un hecho. Allí se recogían las vibraciones de esas palabras y allí resonaban en las bóvedas del templo los ecos de las pronunciadas por Maza, acaso con el fin providencial de que ellas salvaran la honra de don Aurelio Pozas y de los demás procesados.

No hemos de añadir ni una observación más para demostrar que, según las declaraciones de estos testigos, Juan de la Maza habló.

Una advertencia como apéndice á este capítulo de nuestro informe, y es el correctivo que nos vemos obligados á poner á una afirmación del ministerio fiscal, completamente gratuita. Tratando de la declaración de José Higuera Prado dijo el fiscal, que José Higuera Prado era amigo íntimo de Bráulio Mier. ¿De dónde resuita esto? ¿Dónde lo oyó el fiscal de S. M.? Ni una sola palabra hay en el proceso que denuncie esta amistad. Por el

contrario, existen testimonios que denuncian la enemistad entre ambos. Fuera del proceso, en el juicio, no se ha escuchado una sola frase que demuestre esa amistad. Todos convienen en que el testigo militaba en distinto bando. ¿Cuándo, dentro de este templo de la justicia, ha resonado ninguna palabra de donde pueda deducirse que eran amigos? ¿De dónde lo dedujo el ministerio fiscal? Creemos de buena fé que el ministerio público, confundiendo los nombres, quiso referirse á distinta persona al hacer referencia á José Higuera Prado.

Vamos á examinar muy ligeramente la segunda cuestion que por sí misma se suscita, á este propósito, ó sea la de la facultad de hablar atribuida á Juan de la Maza Samperio. Este problema es de la competencia exclusiva de los peritos médicos. ¿Y qué dijeron estos? Solo uno, señores magistrados, solo el señor Santamarina fué el que disintió en este particular de la opinion de los demás peritos médicos. Los de las defensas, por conducto del competentísimo y muy ilustrado doctor en medicina don Juan José Zorrilla, sostuvieron en el acto de su informe, como conclusion terminante y categórica, que Juan de la Maza, dadas las heridas que se describen en la diligencia de la autopsia, habia podido hablar, habia conservado la facultad de hablar; ó de otra manera: que ninguna de las lesiones que habia sufrido, estorbaba, dificultaba ni impedía el órgano de la palabra, el órgano que preside las funciones del lenguaje.

Entre los peritos de las acusaciones solo hubo uno, ya lo dijimos, el señor Santamarina, que negó hasta la posibilidad de que Juan Maza, dadas esas mismas lesiones, hubiera podido sobrevivir algunos instantes al en que las recibió.

Los demás, el muy competente y muy ilustrado médico don Florentino Diaz, recordamos que decia que pudo muy bien, dadas todas y cada una de esas lesiones, Juan Maza recobrarse al poco tiempo, aun en el caso de haber sufrido la conmocion y volver, no solo á la vida orgánica, sino á la vida de relacion; que pudo formar juicios y emitir ideas; que se encontraba en condiciones á propósito para que sea cierto, para que sea verdad cuanto los testigos han asegurado, segun los testimonios que acabamos de exponer, confirmados por los informes periciales médicos.

No toca á esta defensa, no es nuestro encargo, ni nos compete entrar en más profundo análisis de los dictámenes emitidos por los peritos médicos. Basta á nuestro propósito hacer constar que

de ocho médicos, cuatro traídos por las acusaciones, uno solo está en desacuerdo con los otros siete, que afirman que Maza pudo hablar. Estamos contentos; nos basta la afirmacion de esos siete médicos, y dejamos para el señor Santamarina la gloria, la satisfaccion de disentir del parecer de todos sus compañeros.

Resumiendo este punto ó capítulo de nuestro informe, porque dada su extension y las diversas partes que abarca, bien merecen este resumen, diremos otra vez, señores magistrados, que si es cierto que Juan de la Maza Samperio pudo hablar; si es cierto que habló, y si es cierto que pudo hablar y habló á las cuatro y media de la mañana del 23 de Julio, en ocasion en que se presentaban delante de él la guardia civil, Bráulio Mier y el alcalde de barrio José Higuera Prado y otro sugeto, y si en aquel momento, interrogado por el jefe de la pareja, contestó que no le habia herido nadie, si contestó ninguno, ninguno, ninguno, como afirma el testigo José Higuera Prado, es incuestionable que no pudo ser muerto del modo y en la forma que afirman y describen los testigos Santiago y Anastasio Lastra Mora, porque es inconcebible, como al principio deciamos, que si Juan de la Maza hubiera sido herido de esa manera, al ver el uniforme de la guardia civil, si le quedaba un solo aliento, un solo suspiro, no le emplease para denunciar á su asesino; y es tambien increíble que en esas condiciones el guardia civil matador ó cómplice hubiese tenido la estupidez de acercarse á aquel sitio y á su víctima, que se quejaba y del cual no podia esperar otra cosa que la denuncia contra él como autor del horrible crimen que se habia cometido aquella mañana.

Vamos á terminar esta parte de nuestro informe oponiendo á la declaracion de Santiago y Anastasio y su tía Baltasara Gomez Lastra, el último de los datos ó antecedentes que sirven para convencer y que, en concepto de esta defensa, convencen y demuestran de completa é indiscutible manera la falsedad de sus testimonios.

Este testigo que traemos ahora en contra de Santiago y Anastasio Lastra, es, señores magistrados, testigo de mayor excepcion, es uno de esos testigos que jamás quebrantó la severa é inflexible ley que preside su existencia; que rige sus actos; que marca la órbita de sus eternos movimientos; que jamás traspasó esas misteriosas é infranqueables líneas trazadas por el dedo del supremo artífice para fijar el camino de su incesante carrera; que acude á denunciar con su luz melancólica la cita amo.

rosa de la apasionada niña; ó á disipar las tinieblas en que se esconde el autor del sangriento crimen; ó á herir con sus destellos, con sus resplandores, el rostro del falso, del infame delator..... Ese testigo..... ¿sabeis quién es? ¿Quereis saberlo?..... Es la luna que brillaba aquella noche en el azul del cielo.

Dicen Anastasio y Santiago Lastra que en aquella ocasion en que vieron bajar por la escalerilla á Pozas, á la guardia civil y á Juan de la Maza, se encontraban velados por la sombra de la luna que proyectaba la pared del cementerio....

Volvamos á fijar la vista en el plano.

En la pared del cementerio, en el sitio á que se refieren los testigos, cualquiera que sea el que se elija, ya el que designa Santiago, ya el que determina Anastasio, en uno y otro se encuentran colocados hácia el Sur. La luna aquella noche, el centro de la luna la noche del 22 de Julio de 1883 estuvo en el horizonte racional de Santander al Ocaso á las 8 horas 46' 30" de la mañana, tiempo aparente siendo en el mismo instante su azimut verdadero S. 85° 32' O. Llámase, ya lo sabeis, azimut de un astro el arco de horizonte contado desde uno de los puntos cardinales N. ó S. hasta el punto en que corta ese mismo horizonte un círculo vertical que pasa por el zénit y por el astro, y la fórmula del azimut se expresa fijando primero el punto cardinal desde donde se cuenta despues el valor del arco en grados y minutos tal como sucede en la que acabo de exponer respecto al azimut de la luna la noche del 22 de Julio de 1883: Segun las observaciones que dejo hechas la luna se encontraba á la hora que dicen esos testigos sobre el horizonte sensible hácia el O., hácia la Fuente Sagrada, como se demuestra y nota con mayor exactitud en un curioso plano que tengo á la vista y debo á la atencion, de un ilustrado profesor de este instituto: la luna, conforme á estos datos, enviaba á aquella hora sus rayos desde el O. por entre la Torre y la Celda, y esos rayos tenian que iluminar, que bañar de luz á los testigos, los cuales, dada la posicion que suponen, estaban mirando de frente el disco de aquel astro.

No es verdad, por lo tanto, que se hallaran, como aseguran, velados por la sombra que proyectaba la pared del campo ó del cementerio: para eso era preciso que la luna estuviera al E., y sucedió todo lo contrario.

No era entre las sombras de la luna donde se ocultaban Santiago y Anastasio Lastra: se ocultan en las espesas tinieblas del falso testimonio y entre las negras sombras de la calumnia y de

la vil delacion con que, sin conocer acaso las enormes proporciones de su infamia, sirvieron de instrumentos para perder á mi patrocinado D. Aurelio Pozas Gomez.

Se suspende la sesion por diez minutos, y abierta de nuevo, continúa el señor Cáraves:

Despues de haber examinado las declaraciones de Santiago y Anastasio Lastra Mora y de su tía Baltasara Gomez Lastra, pasamos á ocuparnos en el exámen y análisis de la declaracion de un testigo traído á última hora por la acusacion privada, de Eleuterio Gomez Lastra, á quien citó la misma acusacion y que por primera vez comparece á declarar en la causa de que nos ocupamos. Al encontrarnos cerca del testimonio de Eleuterio Gomez Lastra, sentimos algo semejante á la impresion que se experimenta ante un cuerpo en putrefaccion. ¡Es, sin duda, que existe la podredumbre del espíritu, la corrupcion de la conciencia, como existe la podredumbre y la corrupcion de la material...

Vamos á examinar ese testimonio, pese á nuestra repugnancia, y vamos á analizarle con la rapidez que exige nuestro propósito, y procediendo con el mismo método.

Eleuterio Gomez Lastra es, tenemos que repetirlo, hermano de Baltasara; Eleuterio Gomez Lastra, es, por consiguiente, cuñado, ó hermano político de Antonio Mora, y este á su vez hermano de Pedro Mora, cuya familia tiene iguales intereses en esta causa.

Pues bien: Eleuterio Gomez Lastra cuenta que en la noche del 22 de Julio bajó desde la cabaña de Noja, donde se encontraba, en direccion á su casa del barrio de la Matanza; que cuando el alcalde Pozas y una pareja de la guardia civil llamaban en casa de Daniel Gomez, del guardia municipal del distrito, (era aquella hora ya determinada por otros testigos, la de las once de la noche, la que, entre otros, habian fijado Ramon Gomez y su hija Encarnacion); á esa hora, bajando de la cabaña de Noja, dice Eleuterio Gomez Lastra que oyó expresarse al alcalde y á la guardia civil en el momento de pasar él, en estas ó parecidas palabras: «Ya está cogido un pájaro.»

Por secreto y misterioso motivo, fué tal la impresion que le causó esta frase, esta exclamacion escapada á Pozas ó á la guardia civil, que yéndose Eleuterio sobre las once y media á las doce á su casa del barrio de la Matanza, se acostó, pero sin duda no pudo dormir, puesto que eran sobre las dos de la mañana

cuando volvió á levantarse aguijoneado por el deseo de saber cuál era aquel pájaro y dónde habia caído preso.

Bajaba con oportunidad extraordinaria por el Campo de la Iglesia, y en el mismo momento en que acertó á llegar á las inmediaciones de casa de Pozas, cuando estaba á unos cinco pasos de esta misma casa y próximo al Campo de la Iglesia, distinguió y vió salir de casa de Bráulio Mier á los guardias civiles y al mismo Pozas conduciendo preso á Juan de la Maza Samperio.

Eleuterio Gomez Lastra en aquel momento, apercibido del grupo y de la direccion que llevaban, fuése, segun cuenta, por detrás de la huerta del alcalde, saltó al Campo de la Iglesia, y debió saltar otra vez por las inmediaciones de la Fuente Sagrada para salvar el muro que sirve de cerramiento al campo, y entrar en la mies, desde donde afirma que presencié la misma escena que vieron y presenciaron sus sobrinos, ó sea que Pozas, echándose atrás unos dos ó tres pasos, dejando á Juan Maza arremado contra la pared de la Torre, le hizo dos disparos de arma de fuego. Notó tambien la particularidad ó circunstancia de que Juan de la Maza no cayó al suelo despues de los disparos ó á consecuencia de las lesiones que debieron causarle. Huyó precipitadamente el testigo por entre los maizales, y volvióse á su casa. No vió por aquel sitio á sus sobrinos.

Esta es, poco más ó menos, sin omision ninguna importante, la declaracion que prestó por primera vez en este juicio Eleuterio Gomez Lastra. La inverosimilitud resulta, sobre todo, en no haberse presentado hasta la sazon en que compareció; trece meses habian transcurrido, trece meses durante los cuales preocupaba la atencion de todo el mundo lo que ya se conocia con el nombre de célebre causa de Miera; la intervencion de Pedro Mora en en esa misma causa, la de su hermana Baltasara y sus sobrinos Anastasio y Santiago, y la de toda su familia, porque estaban casi completamente agotados los testimonios de esta raza, era notoria para todos, porque todo el mundo sabia que Pedro Mora habia depuesto acusando á Pozas, y que el testimonio de este testigo y los de sus compañeros no eran bastante para sostener, para apuntalar la acusacion; se sabia, además, que habian declarado los sobrinos de Mora, y que tampoco se tenian por valederos y eficaces sus testimonios, porque se resentian de inverosimilitud, de contradiccion y de falsedad. Todo esto se sabia, todo esto se contaba, todo esto era objeto de las conversaciones cotidianas; y en tanto, Eleuterio, verdadero misterio, verdadero

enigma que no acertaremos á descifrar, qué nadie acertaria á comprender, permanece impasible, á nadie dice que él tambien es testigo de que se cometió ese crimen de la manera que sus parientes habian contado á la faz del Tribunal, aunque á su vez algo perezosos, porque tambien tardaron dos meses en descubrir su secreto al juzgado.

Para demostrar la inverosimilitud de la declaracion de Eleuterio Gomez Lastra no se necesita más que repetir lo que el mismo testigo refirió, y no hay nadie que, dotado de razon sana, pueda otorgar asentimiento á tan falso é inexplicable testimonio. ¿Pero son menester datos para convencer de verdadera falsedad las declaraciones de este testigo? ¿Existen esos datos?... Sí, señores magistrados, por fortuna de las defensas. Este testigo manifestó, segun la exposicion que acabo de hacer, que cuando vió salir de casa de Bráulio Mier al alcalde y á la guardia civil, él, para observar lo que pasaba, penetró por detrás de la Celda y bajó al Campo de la Iglesia, saltando despues á la mies que está al S. de la misma iglesia. Pues bien; fije la Sala su atencion en el punto á que el testigo se refiere en sus declaraciones. Desde tres ó cuatro varas más abajo de la casa de Pozas, donde el testigo dice que se encontraba cuando sacaron á Maza de casa de Bráulio Mier, hasta el Campo de la Iglesia, hasta las inmediaciones de la Fuente Sagrada, hay una distancia de 50 metros próximamente, que es la que el testigo nos asegura haber recorrido; desde el sitio donde dice el testigo que vió á Juan Maza, ó sea saliendo de casa de Bráulio Mier, hasta el punto á donde afirma que llegaron y cometieron ese supuesto asesinato, hay una distancia próximamente—cualquiera que sea el punto de los dos designados por Santiago Lastra Mora—de 30 metros. Es de suponer que marchaban al mismo paso, porque no hay razon ni indicacion alguna que otra cosa signifique ó demuestre. Es natural, lógico y sencillo que debe tardarse más tiempo en recorrer una distancia de 50 metros que en recorrer una distancia de 30 metros. Cuando hubiera recorrido 50 metros, Eleuterio Gomez Lastra se encontraba precisamente en el Campo de la Iglesia, á una distancia de 6 á 8 metros, en terreno descubierto, del punto que ocupaban el alcalde don Aurelio Pozas y los demás que se supone le acompañaban. No es posible—fijese la Sala—que habiendo tenido necesidad de recorrer una distancia mayor, pasara Eleuterio por las inmediaciones de la Fuente Sagrada en un momento en que, aceptando su propia version, tenian que es-

tar de una manera necesaria allí en el ángulo E. de la Iglesia el procesado Pozas, el guardia civil y Maza. Es completamente imposible; pero esta imposibilidad es todavía mayor y de más visible importancia, si se atiende á que Eleuterio, no solo tuvo que pasar por delante de la Iglesia, por delante del mismo rostro de los que supone cometieron ese crimen, sino que tuvo que hacer otra operacion á su presencia, de la cual es increíble que dejaran de apercibirse aquellos: tuvo que escalar una pared, que es la que todavía hoy separa ese mismo Campo de la Iglesia, para esconderse entre los maizales que están á la parte superior, en un plano inclinado, en las inmediaciones de la huerta de Pozas.

¿Cómo se explica, cómo puede creerse que á una distancia de 8 ó 10 metros—que no es mayor la que hay desde el punto en que dice que estaban Pozas, el guardia civil y Maza, hasta los maizales—pasara por delante de aquellos, escalera esa pared á la distancia de 10 metros, sin hacer ruido alguno que denunciara su presencia, y sin que Pozas, ni Juan Maza, ni el guardia civil vieran, ni oyeran, ni observaran nada?

Tenemos casi por excusado cuanto decir pudiéramos para notar las mil contradicciones en que incurre este testigo, los mil vicios que dañan su testimonio; pero es fuerza, señores magistrados, que llamemos todavía la atencion de la Sala hácia alguno de esos defectos que hacen completamente inestable, que hacen que se rechace de una manera decisiva la declaracion de Eleuterio Gomez Lastra.

Este testigo dice que despues que saltó á la mies y despues que se escondió entre los maizales, vió desde allí cómo Pozas, echándose dos ó tres varas atrás, hizo un disparo sobre Juan de la Maza, á quien arrimaron antes contra la pared de la Torre. Si esta pared de la Torre á la que se refiere el testigo, es la del lado Sur de la misma Torre, de las tres que dan al exterior, ó si es el lado por donde se adosan la Iglesia y la Torre, ó lo que es lo mismo, si es el lado Oeste al que arrimaron á Juan Maza Samperio, pudo verlo este testigo; pero entonces era completamente imposible, materialmente imposible que lo hubieran visto desde el punto que señalan, ni desde otro más próximo, sus sobrinos Anastasio y Santiago Lastra.

Si aceptamos la version establecida por los otros testigos, si fué en el sitio de las Campanas donde arrimaron á Juan Maza, entonces, señores magistrados, era necesario que la vista de Eleuterio Gomez Lastra tuviera la extraordinaria virtud de pe-

netrar la pared de la Torre y ver al través de ella, como en trasparente espejo, lo que sucedia más allá de esa misma Torre.

Eleuterio Gomez Lastra está en contradiccion con sus sobrios en un extremo importantísimo.

Dicen ellos que en el momento en que don Aurelio Pozas hacia dos disparos casi simultáneos sobre Juan de la Maza, cayó este al suelo, como herido del rayo, haciendo un ruido que ellos imitaron. Dice Eleuterio que al hacer don Aurelio Pozas los dos disparos no vió caer á Juan Maza. Hay en esto perfecta y absoluta contradiccion; se rechazan ambos testimonios, porque si aquel accidente se hubiese realizado, no pudo menos de verlo el testigo Eleuterio Gomez Lastra, á no ser que tuviera ojos para ver los movimientos todos de Pozas y no tuviera ojos para ver á la víctima, á Juan Maza Samperio.

Cuando se presentó este testigo á declarar en el acto del juicio, cuando oímos su testimonio, cuando oímos la forma en que exponia los hechos que pretende haber presenciado, confesamos con franqueza y hasta á alguno digimos que considerábamos aquel testimonio como de las defensas, y que no pudo la Providencia deparar mejor testigo á don Aurelio Pozas, porque si alguna duda hubiese quedado de la falsedad de los sobrinos de ese testigo, el testimonio de Eleuterio vino á convencer, no solo su propia falsedad, sino la de aquellos á que quiere servir de apoyo. Testigo de las defensas, decíamos, pero tenemos que declarar que nosotros le rechazamos, que no queremos que pase á este campo el testigo Eleuterio Gomez Lastra, porque para que eso pudiera verificarse era necesario que antes se sometiese á fumigación excrupulosa y á severa cuarentena.

Hemos terminado el exámen de las declaraciones de los testigos que se refieren al segundo de los cargos y quizás al único que constituia el fondo de la acusacion anunciada y sostenida contra don Aurelio Pozas y los demás procesados; hemos terminado el exámen de las declaraciones de Anastasio y Santiago Lastra Mora y de este otro inesperado testigo, los cuales refieren la fábula de lo ocurrido el 23 de Julio de 1883, una hora antes de amanecer, en el Campo de la Iglesia de Miera.

En esta urdimbre, en esta trama todo, es artificioso. Entre otras circunstancias y otros motivos revela y descubre ese artificio la declaracion de que vamos á ocuparnos seguidamente con la rapidez que nos sea posible. Era poco traer esos testimonios; era poco traer esas declaraciones: resentianse, en concepto de

los mismos que las presentaban, de algunos vicios y habia que apuntalarlas, habia que completarlas, trayendo otros testigos que, si no sobre el hecho principal, depusieran acerca de incidentes y detalles que sirvieran para perfilar la estructura, el cuadro de esas declaraciones. A esta categoría corresponden y pertenecen los tres testigos que vamos á examinar y son, Catalina Lavin, de oficio panadera; Elías Gomez, primo carnal de Baltasara y vecino del barrio de la Matanza, y Antonia Gomez Samperio (a) La Zorra, tía de don Simon Remigio Perez. Para dar algunos visos de verosimilitud á las declaraciones de los muchachos Anastasio y Santiago Lastra Mora, habia necesidad de apelar á estos otros testigos.

Catalina Lavin dijo en su primera declaracion prestada en Santoña, que la noche del 22 de Julio habia dormido en casa del secretario del juzgado municipal de Miera José Gomez, y que allí sobre las once de la noche habia oido algunos disparos; que más tarde, algunas horas despues, habia oido otro disparo; y que sin duda porque no habian acertado habian hecho seguidamente otros dos disparos. Cuenta, además, que en aquella madrugada habia oido á una hermana de Bráulio Mier, llamada Calixta, la cual se acercó á casa del secretario José Gomez, diciendo: «¡Ay, Dios mio, que mataron á mi hermano ó al alcalde don Aurelio!»

Esta declaracion de la testigo Catalina Lavin fué desmentida por ella misma en otra prestada ante el propio juzgado de instruccion, manifestando que no era cierto que hubiera oido por la mañana pronunciar aquellas palabras, sino que habia oido pasar una persona por delante de casa de José Gomez, diciendo: «¡Ay, Dios mio; qué ha sido eso de esta noche!» Y que por el llanto habia conocido que era una mujer. Esto lo notaba la testigo desde el interior de la habitacion en que dormia en casa de José Gomez.

Toda esta extraña urdimbre de incoherentes hechos se han querido hilvanar con la fábula que cuentan Eleuterio, Santiago y Anastasio Lastra Mora. Poco tiempo hemos de dedicar á la declaracion de Catalina Lavin, porque es ella de tal naturaleza, y de tal estofa esta testigo, que tuviéramos por tiempo mal invertido el que dedicásemos á una persona que, como ella, por su falta de capacidad, no tiene derecho á ser creida.

Catalina Lavin compareció ante la Sala, y la Sala recordará el efecto que produjo su comparecencia; recordará, además, la Sala algunas de las manifestaciones que hizo por primera vez.

Entre otras cosas, dijo que aquella tarde había sospechado que durante la noche se iba á cometer el crimen, el asesinato; y preguntada que en qué motivos fundaba esa sospecha, exclamó con cándida inocencia que era porque había visto junto ó delante de la casa de Bráulio Mier á varias personas que se reían. No entendemos la lógica de esta testigo, que dice que las risas de las personas que pasaban delante de casa de Mier la hicieron sospechar que se iba á cometer el asesinato. Esta testigo no merece que nos ocupemos más tiempo de ella.

Hay, sin embargo una circunstancia que notar, y es que aparece de su propia declaracion que en el juzgado de Santoña se la encerró en el calabozo de la villa mientras no declarara en ciertos ó determinados conceptos. Esto ha manifestado esta testigo; y entiende esta defensa que entraña grande y extraordinaria importancia este particular de la declaracion que examinamos y que merece llamar la atencion del Tribunal.

Elías Gomez es otro testigo que viene á completar, que viene á apuntalar, que viene á afirmar las declaraciones de Santiago y Anastasio Lastra Mora y de Eleuterio Gomez Lastra. Cuenta este testigo rara y peregrina historia; dice que en la mañana del 23 de Julio de 1883 salió de su casa, llevando en la mano una botella á la hora desusada de las tres, próximamente, con direccion, desde el barrio de La Matanza, donde vive, al barrio de Linto, á la casa ó establecimiento de Agustin Higuera, con objeto de comprar el vino con que había de regalar á dos segadores á quienes tenía comprometidos para que le ayudaran á segar en una de sus fincas, y dice que cuando pasaba por las inmediaciones de la casa de D. Cristóbal Samperio, que está muy cerca de la de don Aurelio Pozas, oyó dos disparos de arma de fuego; que despues, un poco más cerca todavía de la casa de Pozas, oyó desde el camino de la Cárcova otros disparos; que en aquellos momentos, y cuando apenas habían trascurrido cuatro ó cinco segundos despues de los tres últimos disparos, vió que subían por delante de la casa de ayuntamiento, llamada la Celda, el alcalde don Aurelio Pozas, la guardia civil y algunos otros. Entonces tuvo miedo, retrocedió y se volvió á su casa. Nada contó á su familia, ni nada dijo de lo que viera ú observara.

Ya hemos notado que este testigo salió en busca del vino para regalar á sus segadores; pero no hemos advertido que desde el punto donde se encuentra situada la casa de este testigo hasta el punto en que se encontró cuando vió á las personas que dice,

existen tres ó cuatro tabernas en las cuales acostumbraba á hacer el consumo de vino siempre que lo necesitaban en su casa; y dice tambien—¡cosa increíble!— que aquella noche iba á Linto á media legua de su casa, en busca de vino porque en su pueblo estaban las tabernas cerradas y cuando él llegara á Linto ya estarían abiertas las de aquel barrio, sin notar que esperando en su casa la venida del alba hubiera encontrado abiertos los establecimientos más inmediatos. Es muy inverosímil lo que dice este testigo; repugna á la más franca credulidad que teniendo costumbre de consumir vino de los establecimientos que estaban más próximos á su casa, hubiera ido aquella noche, por extraño modo y sin razon alguna, á buscar el vino al barrio de Linto, distante media legua.

Ya hemos notado, además, señores magistrados, al ocuparnos de la declaracion de Baltasara Gomez Lastra, tradición de esta con el mismo testigo al afirmar que de los últimos disparos, á los tres ó cuatro segundos reio Pozas y á la guardia civil, cuando nada vió ni observó, sino despo, que fué el que necesitaron sus po de la Iglesia á Sobre la Corte y cuentan habian visto y oído.

Este testigo está además contradicho, está además desmentido por sus propios primos y por una hermana de ellos llamada Cesárea. Vidal y Alberto Gomez, los segadores, se encontraban aquel dia en Santoña, á donde habian ido con objeto de prestar declaracion en una causa criminal, y no podia él desconocer este particular, porque eran vecinos suyos. Además dice este testigo que no habiendo encontrado vino aquella mañana, y por esta sola razon

de sus primos Alberto y Vidal, le advirtió que no fueran á no que darles. Cesárea Gomez hace este testigo, y á pesar de su parentesco y ninguna relacion con don Aurelio Pozas, le dio una manera terminante diciendo que no es cierto que esa advertencia de que no fueran á segar Alberto y Vidal porque no tenia vino que darles, sino que lo que sucedió fué diametralmente opuesto á la relacion del testigo; es decir, que habia dirigido Elías Gomez á la testigo la advertencia ó la amonestacion de que fueran sus hermanos á segar.

Falta á la verdad, y tenemos el derecho de creerlo así y de afirmar además que inventó esta patraña. ¿De dónde procede ese derecho?... Nos le otorga su propio padre. Mateo Gomez es el padre de Elias Gomez, y nos ha dicho al comparecer en este acto que la mañana del 23 de Julio en que supone su hijo haber ido en busca de vino para los segadores,—que se encontraban en Santoña,—de lo cual debía él tener conocimiento, que en aquella mañana no tenia yerba que segar, sino que tenia yerba segada y ocupó aquel dia en la recoleccion; y dice además que á ninguno de su familia habia dado orden para buscar segadores.

¿Quiere que despues que su padre le desmiente, den crédito las defensas á este testigo? ¿Insisten las acusaciones en apoyarse en este testimonio?

Antonia Samperio es mujer de Agustin Gomez, vive con él, y, segun declaracion de esta testigo, con él duerme. Con él durmió la noche del 22 de Julio, y entre ambos dormia un niño, hijo, nieto ó sobrino. Allá como á las diez ó las once de la noche, levantóse á beber agua y oyó dos ó tres disparos de arma de fuego; asomóse al balcon y volvió á acostarse. Dormia su marido y dormia su sobrino; ninguno despertó, y ni uno ni otro se apercibió de su salida. Pero Antonia Samperio, en el momento preciso de asomarse al balcon, porque aquí—nótelo bien la Sala, todos los instantes elegidos por los testigos son obligados y precisos—en ese instante preciso vió que pasaban por delante de su casa don Aurelio Pozas y los guardias civiles, que se dirigian hácia el barrio de Pomares. Despues de retirarse, ocurriósele hacer al niño lo que no he de decir en este lugar, y tuvo que salir la testigo al balcon á buscar ropas para limpiarle. Y—¡cuánta coincidencia!—en aquellos momentos oye dos detonaciones que refiere al Campo de la Iglesia, fija su atencion y advierte que sube humo entre la Torre y la Celda, con direccion á la Fuente Sagrada; ninguno de estos detalles pasa para ella desapercibido. Trascurren unos minutos, se oyen nuevas detonaciones, y Antonia Samperio permanece impasible en el balcon y nota tambien que vuelve á salir humo y que ese humo se dirige tambien hácia la Fuente Sagrada. Entonces siente miedo, se retira al interior de su casa, hace lo que tenia que hacer con su niño, se acuesta y duerme hasta la mañana.

Todo esto lo notó Antonia Samperio y á nadie lo contó hasta que el juez especial se encargó de las investigaciones de este su-

mario, ó lo que es lo mismo, hasta mediados de Setiembre, poco más ó menos. Es de notar, ante todo, que el testigo Agustín Gómez, marido de Antonia Samperio, declaró en los primeros momentos del sumario, y dijo que nada había visto ni observado y que nada de particular le sorprendió durante la noche del 22 de Julio.

Tampoco esta nueva Baltasara hizo constar que ella viera y observara. Pero, en esta importancia.

Hay un particular en su declaración, su testimonio. Ha dicho la testigo que una de entre la Torre y la Celda tan pronto como el primer disparo en la madrugada del 23 de Julio, y de nuevo vió humo á los pocos instantes de oír la detonación del segundo disparo.

A su tiempo solicitaron las defensas que se practicara, cuando se hizo la inspección ocular, un ensayo acerca de este extremo y que en la forma más adecuada se viera si era posible que haciéndose, no uno ni dos, sino varios disparos entre la Torre y la Celda, fuese visto el humo desde el balcón de la casa de Antonia Samperio, que es el mismo punto designado por ella en su declaración.

Nadie mejor que el que tan dignamente preside estos debates puede dar fé de lo que con ocasión de este ensayo sucedió. Hicieron, no uno, sino hasta cuatro disparos simultáneos, y resultó de las observaciones practicadas, que el humo no había subido más que unos 15 ó 20 metros, teniendo que subir, para que llegara al punto superior de la Celda, nada menos que 70 ú 80 metros. Si no se vió el humo de esos disparos, es imposible, es completamente falso que la testigo á que me refiero viera el humo que dice vió.

El ministerio fiscal ha querido quitar importancia á esta contradicción, suponiendo que el día en que se practicó esta operación era un día de temporal, y que la noche en que tuvo lugar el hecho que refiere la testigo, era una noche apacible y serena. La tarde—é invocó de nuevo el testimonio de la presidencia—la tarde en que se verificaron esos ensayos era una tarde apacible, tranquila y serena; no había humedad ni viento. No pudo hacerse el ensayo en condiciones más apropiadas para ver ó observar la subida del humo entre la Torre y la Celda de Miera.

Pero si alguna duda cupiera acerca de la inexactitud, acerca de

la falsedad de este testimonio, la misma testigo viene en el juicio oral á convencernos de que no merecen fé sus manifestaciones. Esta testigo habia declarado—porque es incuestionable y no puede dudarse de lo que aparece en su declaracion prestada en Liérganes ante el juez especial instructor de esta causa—habia declarado, decimos, segun clara y terminantemente aparece en el proceso, que vió el humo del primer disparo, y que despues volvió á ver el humo en el momento en que sonaron los otros disparos. Esta testigo que declaró de la manera expuesta, porque no hay más remedio que creerlo así, tuvo la audacia de decir aquí que ella no habia hecho semejante manifestacion ante el respetable juez especial, instructor de esta causa. Basta esta afirmacion para convencer de testigo falso á Antonia Samperio. Para conceder crédito á sus palabras seria preciso que pusiéramos en duda la exactitud en el cumplimiento de sus deberes, de dos funcionarios que hacen honor á la toga y á la magistratura española; y entre el juez especial instructor y entre el fiscal especial, ante los cuales se prestó esa declaracion, y los arrepentimientos de Antonia Samperio, ¿quién habrá que se atreva á poner en duda la rectitud de los primeros, para poder dar crédito á la declaracion de Antonia Samperio? Pues hay que resolver este fatal é inexcusable dilema; ó aquella mintió, ó aquellos funcionarios faltaron á sus deberes. A tales extremos nos ha conducido esta testigo con sus aseveraciones.

Tales son, señores magistrados, los tres testimonios que han venido á servir como de apoyo á las declaraciones de los testigos Santiago y Anastasio Lastra Mora, Eleuterio Gomez Lastra y su hermana Baltasara. No hemos de detenernos ni un instante más en el exámen de los mismos, porque huelgan consideraciones y sobran las que venimos exponiendo para persuadir la falsedad de sus términos. Hemos examinado todos los de los testigos que se refieren al segundo cargo hecho á los acusados, que es el único fundamento en que la acusacion se apoya.

Hay otros cargos de menor cuantía; hay otros cargos acumulados por la habilidad y destreza de las acusaciones para hacer resaltar más la responsabilidad imputada á los acusados: estos cargos se refieren más principalmente á mi defendido don Aurelio Pozas. Es verdad que á él, de una manera principalísima, se dirigen las enconadas censuras de las acusaciones.

El tercero de los cargos que me toca examinar es el que resulta contra don Aurelio Pozas, ó mejor dicho, la imputacion

que se le hace respecto de su comportamiento con algunas personas. Dícese que atentó contra la vida de Julita Maza; dícese también que don Aurelio Pozas sorprendió de noche á Tomás Gomez y le hizo algunos disparos; y dícese, por último, que un día atropelló cerca de un calero á Valerio Gomez, empujándole hasta caer en el fondo de ese calero. ¿Y quiénes son los que deponen acerca de estos extremos? En verdad que son contados los testigos que de conocimiento propio absuelven este particular. Solo han acudido á prestarle su apoyo los mismos interesados, fundándose, además, en el testimonio de quien no puede decir una palabra, porque está muerto, en el testimonio del cirujano don Domingo Fernandez Alonso.

Tomás Gomez Higuera cuenta, asegura y da testimonio del hecho que á él concierne. Tomás Gomez es hermano de Domingo Gomez, de aquel que en la noche del 22 de Julio fué en busca de agua á la fuente del Fontano, y es primo carnal de Pedro Mora. Pues bien; este hecho de tanta notoriedad, solo le presentó el mismo Tomás, y cuantos testigos vienen á deponer, y que no son de su propia familia, se refieren á una manifestacion de Tomás Gomez, con la rara circunstancia de que el único á quien no contó tan importante suceso, fué el único á quien desde luego debiera comunicarlo: el Tribunal de justicia.

Juan Higuera Maza dice que fué objeto de una agresion de Pozas, y se ha tenido por Julita Maza la audacia de traer estos antecedentes á la causa, no obstante saber que ellos fueron objeto de otra en la cual la Sala primera de esta audiencia dictó sentencia absolutoria. Y contra la santidad de la ejecutoria dictada por la Sala primera son completamente estériles y faltos de base los esfuerzos de las acusaciones para que aquella aseveracion prospere.

Ya veremos más tarde, que en contra de las manifestaciones hechas á este propósito por unos cuantos testigos, que todos son en mayor ó menor grado individuos de las familias de Pedro Mora, Simon Remigio Perez y Manuel Lavin, enemigos capitales y sañudos de Pozas, está el resto del vecindario, los otros 370 vecinos que proclaman que don Aurelio Pozas Gomez observó siempre conducta irreprochable; que de continuo sufría con calma las molestias de sus convecinos; que fué buscado por las personas de más arraigo y de mayor independencia, precisamente para poner coto á los desmanes de esas mismas familias contra las cuales dicen que cometió tantos atropellos.

Hay otro cargo que se ha hecho también á mi cliente don Aurelio Pozas Gomez. Este cargo consiste en la manifestacion que se atribuye á un joven Eduardo Fernandez, hermano de la señora de Pozas, del cual cuentan que subiendo un día por el monte de la Toba, dijo que Juan Maza no habia muerto indefenso, porque le habian encontrado un puñal y varias cápsulas, las cuales se hallaban depositadas en la secretaría. No encontramos ni comprendemos la importancia que en favor de las acusaciones pueda atribuirse á esa manifestacion. Si don Aurelio Pozas Gomez hubiera sorprendido cualquiera de esos objetos en poder de Juan Maza Samperio, ó hubiera tenido propósito de ocultarlos, natural es que no lo hubiera confiado al joven Eduardo Fernandez y más natural que, de haberlo confiado, el mismo Eduardo Fernandez no lo contara, de la manera que lo hizo, al primero dispuesto á oírlo. No damos importancia, creemos que no tiene interés este detalle de la acusacion y pasamos adelante, porque queremos ahorrar molestias á la Sala, á ocuparnos del resumen de los indicios rebuscados por las acusaciones pública y privada.

El ministerio fiscal —y hemos de seguir en el exámen de los indicios el mismo orden en que fueron expuestos— el ministerio fiscal, por motivos que nos causaron profunda extrañeza, como si presintiese que no eran bastante seguras y firmes las pruebas de testigos cuyo análisis venimos haciendo, fijóse á última hora en el exámen de los indicios.

Recogemos, entre estos, los que nos parecen de mayor importancia y aquellos que pudieran referirse más directamente á la causa de nuestro patrocinado don Aurelio Pozas Gomez. Pero antes de hacer el exámen crítico de estos indicios; antes de contestar á las apreciaciones que estos indicios merecieron del señor fiscal de S. M., vamos á dedicar dos palabras á una indicacion de carácter doctrinal.

Habló el señor fiscal de S. M. de los indicios, y dijo que no habia, en su concepto, ley alguna que prohibiese la admision de los mismos como fundamento para la aplicacion de penas afflictivas. Parecia como que el ministerio público excitaba á las defensas á determinar la data de alguna de esas leyes que prohiben la admision de estos indicios como fundamento para establecer sobre ellos una sentencia condenatoria.

No sabemos, ni nos hemos cuidado de averiguar si existen esos textos, porque aquellas cosas que son del comun sentido,

generalmente no se escriben en nuestras leyes. En el concepto de esta defensa basta abrir los ojos á la luz para convencerse de que una pena como la pena capital, que á otros varios inconvenientes reúne la circunstancia de no ser reparable, no puede de ninguna manera ser impuesta sino en virtud de pruebas que disipen hasta las más leves sombras, hasta el rumor de la duda que pudiera recogerse en los escondidos pliegues de la conciencia.

Es el primero de los indicios, — porque es fuerza examinarlos, mucho más cuando se pretende darles importancia que no tienen — el primero de los indicios que se invocan, es la enemistad de Juan Maza y su familia con la de Pozas á consecuencia del destino de la cartería de Liérganes á Miera.

Después de haberse dicho aquí en todos los tonos y de diversas maneras por los testigos de las acusaciones y de las defensas, por los unos y los otros, que hace nada menos que siete años que viene desempeñándose ese destino por la familia de Barquin, cómo es posible admitir el indicio de una enemistad que no tiene otro que ese trasnochado fundamento. De todas suertes, largo fué el período de incubación de este terrible crimen: ¡siete años necesitó Pozas para preparar su ejecución!

La idiosincrasia de don Aurelio Pozas fué otro de los indicios, otro de los motivos en que se funda la acusación fiscal para atribuir á este la muerte de Juan de la Maza; y trajo á tal propósito lo que aquí ocurrió cuando al declarar el testigo Pedro Mora, don Aurelio Pozas, que había sufrido con paciencia cuantas imputaciones le hacían á él, en un momento en que se convirtió la calumnia contra su virtuosísima esposa, estalló la indignación dentro de su pecho y protestó fuera de sí contra tanta infamia. ¡Y en esto funda el ministerio público un cargo contra Pozas, tachando su idiosincrasia, como el señor fiscal la llama, de altiva. Estamos conformes, sí, en que es altivo; pero es altivo, como ya tuvimos ocasión de decir, con la altivez del hombre de dignidad y de decoro; y esa altivez honrada, no es la que conduzca y arrastra, no, por los senderos lóbregos — siniestramente lóbregos de la arteria y de la perversidad á los abismos del crimen ó del asesinato: es esa altivez, esa levantada dignidad, vergüenza de los caracteres rebajados — que detesta la traición y la alevosía, que tiene el valor hasta de sus propias faltas, y que herida, profundamente herida, no busca las tinieblas para vengarse, sino que lanza un grito de indignación ante la misma majestad de los tribunales.

ciones, que este es un hombre de superior inteligencia. Apoyándonos en esto, tenemos el derecho de preguntar lo siguiente: si Pozas hubiera querido utilizar medios seguros para su defensa, ¿entiende la acusacion pública, entiende la acusacion privada que le hubiera sido difícil hacer una coartada, que no hubiera podido destruir la acusacion privada ni la del ministerio fiscal? Pues qué, ¿no podia haber acreditado que en aquella noche y á aquella hora se hallaba á gran distancia de Miera, en una cabaña, á donde podia suponer que habia sido llamado para prestar los auxilios de su profesion? ¿No pudo, en fin, haber inventado, con ese prestigio, con esa autoridad y con esos medios, una verdadera coartada, un alibi indestructible?

Y sin embargo, ¿ha traído aquí, ha intentado traer más testigos que los de las mismas acusaciones para arrancar de sus propios labios la manifestacion de su inocencia?... Contesten por nosotros las acusaciones.

Otro de los indicios, el más grave, sin duda, de los invocados por el ministerio fiscal, es lo que por tres veces llamó el mismo ministerio público «farsa, verdadera farsa de las diligencias instruidas por el juzgado municipal de Miera;» farsa —añadió una de esas veces— «constitutiva del delito de falsedad.» Si es así, señores magistrados, y si en el sentir del fiscal de S. M. las diligencias del juzgado municipal son tres veces una farsa, y una farsa constitutiva del delito de falsedad; si ese delito es uno de los que se castigan con penas afflictivas en el Código; si la ley de Enjuiciamiento criminal establece la obligacion de denunciar los delitos, y si esta obligacion cuadra, incumbe á los funcionarios del orden fiscal, no podemos comprender cómo han sido una farsa esas diligencias, y como todavía, en el solemne acto de formular la acusacion en esta causa, no se ha denunciado. No debe quedar impune un delito cuya existencia proclama el ministerio público desde esa tribuna y no debe proclamar el ministerio fiscal desde esa tribuna la existencia de un delito, sin haber ejercitado la accion que le compete, que está obligado á promover para su averiguacion y castigo.

No es á esta defensa á quien toca patrocinar las actuaciones del juzgado municipal de Miera, que para nada lo han menester, puesto que ratificadas están casi íntegramente en el juzgado de Santoña y en el especial que con posterioridad se constituyó en Liérganes. Pero no hay que hacer estas imputaciones gravísimas á funcionarios probos y dignos, que lo son todos

mientras por sentencia de Tribunal competente no se declare lo contrario. A ellos toca defenderse; pero cumple á esta defensa exponer, como acaba de manifestarlo, que entre las actuaciones de Liérganes y Santoña y estas, las de Miera, existen tan pequeñas diferencias, que de ninguna manera pueden servir de fundamento y de motivo para tan grave é inusitada acusacion.

Por otra parte, háse dicho tambien que esas diligencias no se remitieron al juzgado de instruccion hasta siete dias despues de ocurrida la muerte de Juan de la Maza Samperio. Resulta bien acreditado que esas actuaciones se remitieron el dia 26, ó lo que es lo mismo, á los tres dias de ocurrida aquella muerte, y tan pronto como pudo tener lugar la diligencia de autopsia, tan pronto como pudieron asistir los médicos encargados de practicarla; y consta más, señores magistrados, consta que á las ocho en la mañana del dia 23, del mismo dia en que se cometió el delito, se mandó, no ya un oficio confiado al correo, sino un propio conduciendo la comunicacion en que se daba conocimiento al juzgado de lo que acababa de suceder y pidiéndole instrucciones sobre el asunto.

Estos son los descargos que á esta defensa toca exponer en vindicacion del ultraje que por modo intempestivo se ha hecho aquí al juzgado municipal de Miera, siquiera para que ese ultraje no sirva de indicio contra la causa de don Aurelio Pozas, que patrocinó.

A estos principalmente se reducen los indicios á que, á última hora, recurre y apela el ministerio público, invocándolos para que sobre los mismos se funde la sentencia de la Sala, haciendo, entre otros pronunciamientos, el de imposicion de la pena de muerte.

Vamos á examinar ahora, con el mismo procedimiento sumario, algunos indicios expuestos por la acusacion privada, que tambien consagró capítulo aparte á este extremo de su informe.

Es el primer indicio que recogimos entre los expuestos por la acusacion privada, la sorpresa que dice experimentó Pozas en el momento en que llamaba á su puerta la pareja de la guardia civil que el mismo Pozas habia reclamado por oficio. No sabemos de dónde saca la acusacion privada que Pozas se sorprendió; no sabemos en qué funda su afirmacion. Lo único que resulta del juicio es que Pozas se encontraba en la cama, y no tenia para qué esperar á la guardia civil á quien habia comunicado ya el servicio que se le encomendaba, cuando además debia auxi-

liarse para ese servicio del alcalde de barrio. Don Aurelio Pozas estaba en la cama; le avisaron personas de su familia que la guardia civil estaba á la puerta; se levantó y preguntó á los guardias qué ocurría. Esto es tan sencillo, tan natural y tan correcto, que no hemos sabido comprender cómo pudo hacerse sospechoso á la acusación privada por tan trivial suceso, y menos comprendemos cómo pudo decirse que esos actos, esa sorpresa por parte de don Aurelio Pozas, son un indicio contra él, cuando, de ser cierta, constituiría un indicio á su favor, según los supuestos de las acusaciones.

Citó la acusación privada como otro indicio, que Pozas, á pesar de esos medios que le atribuyen ambas acusaciones, sin embargo de todo su predominio en la localidad, no ha podido defenderse de la trama urdida por Pedro Mora y sus amigos. Concediendo esa superioridad de medios á don Aurelio Pozas, hay un hecho, por desgracia innegable, y es que mientras Mora y sus secuaces estaban en libertad, Pozas ha gemido en las cárceles; y es también un hecho que se ha acusado por el fiscal de S. M. al mismo Pozas como autor del asesinato ó de la muerte de Juan de la Maza. Dadas estas condiciones, basta recordar que cuando los tiempos son adversos, cuando se nubla el cielo de la dicha, los amigos se apartan, se queda uno solo, y se comprenderá cómo Pozas hubo de encontrar grandes dificultades para destruir desde el fondo de un calabozo esa infame fábula forjada por Pedro Mora y mantenida sobre el falso testimonio. Pero no es cierto que no la haya destruido. Convencida está la misma acusación de que han quedado rotos, completamente rotos todos los hilos de esa horrible trama.

Otro de los indicios que halló el afán ó la habilidad de la acusación privada, fueron las palabras que suponen pronunciadas por Pozas al verificar los disparos que se le atribuyen. «Tengo ganas de hacer un escarmiento en Miera.» Acerca de esas palabras hizo interesante párrafo la acusación privada—diciendo que esa exclamación no se inventa—que brota al calor de las pasiones cuando estas estallan.

Ante todo, no alcanzamos las dificultades de que el autor anónimo y cobarde de toda esta fábula inventara también esas palabras que, por otra parte, parecen hechas para dar visos de verosimilitud al acto imputado á Pozas, para explicar sus causas, mucho más si se tiene en cuenta cómo se grabaron, cómo se estereotiparon en la memoria de los testigos; pero al revés que

las acusaciones, entendemos nosotros que esas exclamaciones no se exhalan en el instante de la ejecucion, cuando el brazo, instrumento mudo de la voluntad realiza las determinaciones de esta, sino en el instante que la voluntad consiente, en la crisis de la conciencia, cuando la razon es vencida entre las tempestades del espíritu por las pasiones, y el grito del triunfo conmueve las fibras de la materia y los labios repiten unísonos aquel grito, aquella exclamacion.

Y si es entonces, si es cuando se consiente en la ejecucion del crimen, ¿no dicen que Pozas consintió en el crimen antes de salir de casa de Bráulio Mier, antes de salir de aquella horrible mazmorra?

Los consejos para librarle de malas compañías que dió Pozas á José Acebo; hé ahí otro indicio. No puede de ninguna manera reconocer la acusacion privada tal bondad de afectos, ni que Pozas quisiera apartar de malas compañías al hombre que con él habia obrado mal, ni que quisiera favorecerle tan solo por un movimiento generoso de su corazon. No; ni ha dicho eso Pozas, ni ensalzamos tanto su virtud ni la bondad de sus afectos, por más que se albergan muy generosos y levantados en su alma; ha dicho que el *Mantequero* no podria dejar de servir de instrumento á Pedro Mora mientras estuviese á su lado, y que la única manera de que dejara de contribuir á las maquinaciones infernales de aquel, era apartarse de allí, huir de Miera, y por eso Pozas, llevado de un noble egoismo, le hizo la proposicion que se le atribuye. Es verdad y no tenemos inconveniente en reconocerlo. ¿Acaso esto perjudica á don Aurelio Pozas? ¿Acaso perjudica á la defensa tan íntegra y leal confesion?

Otro de los indicios apuntados por la acusacion privada, es el que se funda en la circunstancia—según la misma acusacion—de no haber oido Pozas ningun disparo durante aquella noche. Pozas dijo que estaba durmiendo; dijo, además, y con él lo han dicho innumerables testigos, que eran frecuentes los disparos y que los oídos de los vecinos de Miera estaban acostumbrados á escucharlos durante las noches; pero si llama la atencion que Pozas no oyese esos disparos estando dormido, ¿no la llama más que no los oyesen Tomás Higuera y Domingo Gomez que estaban despiertos, que andaban por la calle, allí cerca del Campo de la Iglesia?

Hay un indicio que es comun á las dos acusaciones; hay un hecho, hay algo, á lo cual se han referido una y otra atribuyén-

dole ambas extraordinaria importancia. Este dato, este indicio que se ha traído á contribucion en el juicio, es el último de que tengo que ocuparme; es la «opinión pública», á la que la acusación privada llamaba «la voz del pueblo, la voz de Dios». Y las acusaciones han dicho que la voz pública, la voz de Dios condena á don Aurelio Pozas, lo mismo en Miera que en Santander. No es exacto, señores magistrados. Vamos á examinar esa opinión pública y á fijar las verdaderas resultancias del juicio en cuanto á ella. La opinión pública en Miera y sus alrededores, aparece bien clara, puesto que treinta y nueve testigos —fijese bien esta cifra,— correspondientes á otras tantas familias, que llevan la voz y la representacion de treinta y nueve familias, han dicho que consideran á Pozas y á los demas procesados inocentes y que la muerte de Juan de la Maza se atribuía á una imprudencia temeraria de que eran responsables Mora y sus amigos. Solo cuatro familias, solo las familias de los mismos acusadores son los testigos que de una manera sañuda sirven de apoyo á esta acusacion: solo los testigos de esas cuatro familias son los que han oído decir que en Miera se considera á los procesados autores de la muerte de Maza. Y aun entre estos testigos hay algunos que vacilan, hay algunos que hacen excepciones y dicen que los amigos de Pozas, que los de su bando le consideran y tienen por inocente. Pero esta prueba que reclaman para sí, y cuya importancia no hemos de negar á las acusaciones, porque nos holgamos en concedérsela muy grande, esta opinión pública que ellas invocan y nosotros invocamos con mejor derecho, ¿no tiene más fundamento que las declaraciones de esos testigos que acabamos de citar? ¿no es favorable á los procesados? ¿no resulta de otros datos?

¿Quién no recuerda, señores magistrados, ¿quién pudo olvidar se de que á abonar la conducta de Pozas inocente, se presentaron aquí cuatro venerables ancianos que desde el borde ya del sepulcro, desde ese confin de la vida donde acaso el mismo Mora y sus deudos y el *Mantequero* no osaran mentir, han establecido sin vacilaciones que don Aurelio Pozas, no solo habia observado siempre una conducta intachable, sino que en concepto de la mayoría, de casi todo el vecindario de aquel distrito de Miera, excepcion hecha de tres ó cuatro familias, Pozas y los demás que se sientan en ese banquillo, son inocentes, sufren injustamente.

Nosotros invocamos el testimonio de aquellos viejos; el testimonio de aquellos venerables ancianos.

Pero no son solamente estos testigos y su calidad las pruebas en que descansan las afirmaciones de esta defensa, por lo que á la opinion pública concierne. Existen otros testigos que no votaron en favor de don Aurelio Pozas, que no tomaron parte en las elecciones y alguno que junta á su respetabilidad el carácter sacerdotal.

Tales son don Francisco Higuera, Luis Acebo, Darío Maza y Bernardo Maza.

A estos respetables ancianos, y á estos otros testigos imparciales, juntóse tambien el testimonio de otras dos personas que, por su ministerio, son dignas de crédito: los encargados de la educacion de los niños, los maestros de primera enseñanza de Miera, han venido aquí y han dicho con el tono severo y digno de sus elevadas y nobles funciones, que la opinion pública proclama de una manera decisiva que son inocentes los procesados.

Pero todavía hay más. Era necesario apartar de esta prueba todo aquello que pudiera sublevar la susceptibilidad de las acusaciones; era necesario apartar la idea de parcialidad, la idea de cualesquiera relaciones con alguno de los procesados; y con este objeto, desde las cárceles donde ha devorado su infortunio. Pozas solicitó que viniese aquí á decir la verdad, aunque no era su amigo, don Francisco Higuera, honorable sacerdote de Miera, quien rompió hace tiempo toda relacion con el mismo Pozas y dijo en este juicio que le consideraba inocente, que la voz pública le proclamaba inocente é incapaz de cometer el delito que se le imputa.

¿Y qué manifestó entre los testigos traídos por las acusaciones el único que vive fuera de ese valle? dijo que la fama en Riomiera, que allí todos á una voz repetian que los procesados sufren injusta persecucion de la justicia.

¿Cuál es entonces la opinion pública? Es la opinion que se transmite por boca de Pedro Mora, de Tomás Higuera ó del *Mantequero*? Esta es la fama que pregona y publica la participacion de los procesados en la muerte de Maza. Estos, y nada más que estos, y las acusaciones.

Pero dijo la acusacion privada.... (no sé hasta qué punto debe esta defensa inseguir su camino que está erizado de escollos y peligros, pero ha de serle lícito por lo menos ir hasta donde aquella fué, siquiera para que conste que no puede dejar pasar sin rectificacion este concepto) dijo la acusacion privada que en esta misma ciudad se ha pronunciado tambien la opinion pública

contra los procesados. Nadie tiene más derecho que esta defensa para contradecir esa afirmacion. Si la opinion pública se ha manifestado de alguna manera, siquiera no tuviese derecho para manifestarse aquí, lo hizo—fuerza es confesarlo—en favor de la inocencia de los que están sentados en ese banquillo.

He concluido, en la forma más breve y sumaria que ha sido posible á esta defensa, el análisis y exámen de todas las pruebas y de todos los cargos que, tanto el ministerio público como la acusacion privada, invocaron en contra de los procesados.

Creo esta defensa poder deducir, en virtud de la severa crítica con que ha venido haciendo este análisis, la conclusion de que todas esas pruebas adolecen de los vicios que hemos comprobado con demostraciones sencillas y evidentes, á saber: que adolecen del vicio de inverosimilitud, del vicio de contradiccion y del vicio de falsedad.

Tambien cree esta defensa, cree y espera de un modo seguro y confiado, que el Tribunal no ha de admitir como buenas esas pruebas para fundar sobre ellas los pronunciamientos solicitados por las acusaciones ni ningun otro condenatorio.

A estas alturas ya, á esta deshora, no hemos de detenernos en nuevas disertaciones sobre la inteligencia y valor del precepto contenido en el artículo 741 de la ley de Enjuiciamiento criminal acerca de la apreciacion de las pruebas, bien que tampoco la ilustracion de la Sala há menester que yo me extienda en disquisiciones á este propósito.

Pero acaso haya quien todavía me replique: están destruidas las pruebas de cargo; pero, ¿ha demostrado Pozas que es inocente? ¿ha justificado quién dió muerte á Juan de la Maza Samperio? Quien tal diga, desconoce los principios del Derecho criminal y tiene estrecha idea de los Tribunales.

Para que Pozas sea inocente, para que brillen las pruebas de los acusados, para que brillar un astro que se disipó, para que la justicia criminal sea una justicia que se inmole, que se sacrifique en sus aras.

Yo sé, señores magistrados, que despues de oir á los que más elocuentemente han de seguirme en el desempeño de la honrosa mision de defender la inocencia, os encerrareis en la sala de deliberaciones y preguntareis á vuestra conciencia si Aurelio Pozas y los demás procesados cometieron el delito que se les imputa: y estoy seguro, además, que si la duda surge en vuestras

conciencias y en ellas queda la sombra más ténue, la más ligera penumbra, desde ese momento reconocereis el deber en que estais de dictar esa sentencia absolutoria. Y si es verdad que acaso surja un grito que os diga: «¿Y el muerto? ¿y la vindicta?» si ese grito llega á vuestros oídos, recordad, señores magistrados, lo que decia un rey de Francia, justamente célebre, á los magistrados de su nacion:

«Cuando Dios no consiente que se esclarezca de una manera completa la comision de un delito y sus autores, es que no quiere haceros jueces de él; es que reserva la decision á su suprema justicia.»—He dicho.

Sesion décima sexta, del 13 de Setiembre de 1884.

Informe de la defensa de D. Bráulio Mier

El Sr. Colongues: Señor: Sentia ánsias porque llegara este momento, y sentia tambien temores de que llegara; sentia ánsias de que llegara este momento, porque era ya una necesidad de mi espíritu dar al exterior este cúmulo de ideas, de dudas, de pensamientos que viene agitándose en mi mente y perturbándola desde que me cupo la honra de que me confiara su defensa el procesado don Bráulio Mier. Y estas dudas y estos pensamientos y estas ideas me martirizan ya y me agujorean constantemente, como un enjambre de irritadas abejas, que diria el poeta.

Y sentia temores de que llegara este momento, porque comprendo que ante la magnitud del negocio que se debate, ante la grandeza del asunto puesto á vuestra resolucion, es pequeña, muy pequeña mi figura, y seguramente muy pequeñas, infinitamente más pequeñas mis cortas aptitudes.

Yo quisiera, en estos instantes supremos, poseer el estro magnífico del gran orador romano, para poder decir ahora uno de aquellos exordios insinuantes, por cuyo influjo cautivaba la atencion y el pensamiento de todo el auditorio, y conseguia llevarle con facilidad por el camino de las demostraciones que se proponia establecer.

Pero, en rigor de verdad, ¿necesito yo exordio más insinuante que la típica y bellísima oración forense de mi ilustrado compañero el defensor de don Aurelio Pozas? No, señor; que aun resuenan en mis oídos las últimas notas, y aun vibran en esta Sala las últimas palabras de aquel elocuente discurso:

«Cuando Dios no consiente que se descubran los crímenes de los hombres, y sus autores, es que no consiente que los hombres sean los encargados de juzgarlos; es que se reserva la decisión á su suprema justicia.»

Siempre—he de declararlo: algo es debilidad humana, pero que tiene disculpa en mí, porque realiza en la generalidad de los hombres—siempre que he tenido la satisfacción y la honra de sentarme en esta tribuna, siempre ha venido mezclado en mi alma el sentimiento del interés por la causa de mis patrocinados, y algo también del noble egoísmo por el prestigio, no de la toga que visto, que esa ya le tiene en sí misma, sino por el prestigio de mi propia personalidad. Mas no en esta ocasión, no; el debate es tan levantado; es el asunto tan grandioso que, por toda manera, olvido mi personalidad humilde, para entregarme con todas las facultades de mi espíritu y el menguado poder de mi palabra á la defensa de los cuatro procesados. Y digo á la defensa de los cuatro procesados, porque, aunque yo vengo en defensa de Bráulio Mier y Maza, del honrado industrial—como le llamaba hace tres días la acusación pública—vengo también en defensa de los demás procesados; porque es tal la solidaridad de los cargos que contra ellos se pretende acumular en el acto del juicio oral y lo mismo de los razonamientos que conducen á justificar esos cargos; es tal la solidaridad de intereses de las acusaciones contra los cuatro procesados, que también, señor, las defensas tienen que ser solidarias.

Nunca he sentido sobre mis hombros la inmensa pesadumbre que me agobia en estos momentos; nunca una impresión más grande y más profunda, y nunca esta emoción que hoy me domina. Y es, señor, que jamás he venido á informar ante Tribunales de justicia con una convicción más arraigada, con una certeza más íntima y más absoluta de la inocencia de los procesados; y nunca tampoco he encontrado confabulados, como ahora, el falso testimonio, el perjurio, el sacrilegio, la degradación moral, para sorprender á la inocencia en contra de los fueros de la justicia.

¡Ah! cuando contemplo este contraste que resulta entre la fal-

sa apariencia y la realidad práctica, entonces comprendo, señor, cuán grande y superior á mis fuerzas es la árdua empresa que me está encomendada, y seguramente renunciaría á ella si no me alentase la convicción que tengo de que la distinguida, ilustrada defensa de don Aurelio Pozas ha suplido ya la esterilidad de mis esfuerzos y que ha de continuar supliéndola también la defensa de los guardias civiles; el que fué mi maestro, el que supo iniciarme en la ciencia del Derecho, pero que no pudo enseñarme jamás la mágica elocuencia que brota de sus labios.

Yo recuerdo—y la Sala no lo habrá olvidado tampoco, seguramente, porque la Sala, en asuntos de esta importancia, fija toda su atención en los detalles, hasta en los más pequeños—yo recuerdo todas las escenas que se han presenciado aquí durante la prueba testifical, y yo diría, como el mejor razonamiento que se puede aducir en contra de esa prueba, que es falsa. Y esa falsedad no se demuestra; eso se siente, como se siente la evidencia que entra por los ojos de la cara y por los ojos de la razón, como se sienten en las ciencias exactas los axiomas, que no necesitan demostraciones.

Yo al meditar respecto del asunto que ocupa nuestra atención, no he podido menos de definir esta causa como causa célebre, como la han definido todos; pero no la he definido causa célebre por la importancia del hecho que se persigue, ni tampoco por la importancia y calidad de los procesados, no; he llamado célebre á esta causa, y tan célebre la considero, que veo que ha de pasar á los anales del foro, por la calidad y naturaleza de los testigos. ¿En dónde habeis visto una causa criminal en la que se persigue un delito de esos que dejan huellas indelebles de su perpetración, y en la que, presentándose ocho ó diez testigos que se dicen presenciales, no aparece, sin embargo, una prueba verdadera; y la opinión pública más adversa á los procesados vacila. ¿Qué fenómeno es este? ¿Es que vamos á decidir en estos debates la criminalidad de los acusados, ó es, acaso, que vamos á decidir la criminalidad de los testigos? Es que se trata de decidir entre dos afirmaciones, y no sabemos si es cierta la afirmación de los testigos que aquí han venido á declarar, ó si, por el contrario, es cierta la afirmación de los que se sientan en el banquillo, debiendo ocuparle los testigos.

Comprendo que por mucho que predomine en la defensa de Bráulio Mier la idea del laconismo y la brevedad, acaso tenga que molestar la ilustrada atención de la Sala por algún tiempo

más que el que esta defensa deseara; pero, en gracia á la importancia del negocio y á la trascendencia del asunto, y en gracia á lo muy grave de la resolucíon que haya de dictarse, necesario es que, siquiera signifiquen poco los argumentos que yo aduzca, los oigais todos con aquella benevolencia que siempre habeis usado con los que se sientan en esta tribuna.

En el curso de este proceso, en la génesis de este proceso, lo primero con que tocamos es con aquello que ayer, de propósito, trataba en último lugar de su elocuente informe la defensa de don Aurelio Pozas; lo primero, señor, que tocamos, es eso que se ha querido llamar la opinion pública, algo que es producto de esa opinion pública, pero de esa opinion pública que se forma sobre las bases de la prevencion que es, como decia el ilustre D' Aguesseau, el error de la virtud, el crimen de las gentes honradas, porque la prevencion en este proceso ha conseguido apriisionar y sorprender hasta aquellos espíritus, hasta aquellos corazones más rectos que no han podido evadirse á los efectos de esa misma prevencion, por más que no debieran dejarse dominar por ella.

¿Cuál es la opinion pública? ¿Qué ha hecho la opinion pública en este proceso? ¿Qué han dicho las acusaciones respecto de la opinion pública? Yo quisiera dar alguna eficacia á mis pa'abras; yo quisiera desentrañar con mano hábil; yo quisiera desentrañar lo que en rigor de verdad, hay en esa opinion, y cuál es ella, y cuáles son sus fundamentos; yo quisiera, yendo un poco más allá que donde han ido las acusaciones, entrar con el escarpelo de la crítica en la mano; con el juicio severo del moralista, con el criterio del jurisconsulto y con el raciocinio del sociólogo, y con la intencion, en fin, del hombre recto, á examinar qué es, qué significa la opinion pública. La opinion es una palabra que generalmente se repite y va de labio en labio; la opinion pública es una frase de que nos ocupamos en determinados momentos sin que en rigor comprendamos su verdadera significacion y alcance.

La opinion pública tiene dos aspectos: el uno cuando juzga las obras de los artistas en el teatro, en la pintura, en la música y en todas sus manifestaciones, y es en ese caso absoluta, porque juzga de hechos que conoce y presencia, formando juicios individuales para producir ese edificio indestructible del juicio comun; porque si las obras de los hombres son por todos encomiadas y conquistan los aplausos de la opinion pública, como su fin es con-

quistarlos, buenas son esas obras; y tal es el juicio y el concepto que tengo yo formado de la opinion en estas materias.

El otro aspecto, que es el utilizado aquí, se manifiesta cuando la opinion sirve para demostrar la existencia de los hechos históricos; mas en esa materia no es tan absoluta su competencia; está más expuesta al error, y de cualquiera manera es siempre preciso indagar, averiguar, escudriñar sus orígenes, para apreciar por ellos el valor de esa opinion.

Porque la opinion pública que juzga los hechos, que los presencia y viene á resolver sobre ellos, esa opinion es algo distinto del rumor que levantan diez ó veinte testigos abominables, que tienen un interés directo en el asunto; que vienen á deponer, no con el aspecto grave y severo del hombre recto é imparcial, sino dominados por aquellas pasiones pequeñas, que si en todas partes se desarrollan, toman cuerpo y se acrecentan más cuanto más reducidos son los lugares; porque allí, en los pueblos pequeños, son más gigantescas las pasiones.

¿Qué es aquí la opinion pública? ¿Es la opinion búplica de Miera? No, responde la defensa de Bráulio Mier. Los testigos todos que han venido á deponer en esta causa han reconocido paladinamente que la opinion pública, que la opinion general, la opinion sensata y severa, declara inocentes á los que se sientan en ese banquillo.

Tres familias son las únicas que se obstinan en hacer que una terrible inculpacion recaiga sobre los procesados.

No son los testigos de las defensas, no; son los testigos de las acusaciones; son treinta y nueve testigos de las acusaciones los que vienen á decir aquí que la opinion pública les declara inocentes; son todos los testigos de las defensas, y entre esos testigos—os lo decia ayer el ilustrado patrono de don Aurelio Pozas—está aquel dignísimo sacerdote, aquel sacerdote que tanto se distinguió de otros sacerdotes que han intervenido en este proceso. ¿Cuál es la opinion pública, la voz pública en Miera? Nos lo han dicho los maestros de escuela de aquel pueblo; nos lo han dicho tambien aquellos cuatro venerables ancianos, encanecidos y doblegados bajo el peso de los años; aquellos cuatro venerables ancianos, que no tienen otro estímulo ni otro atractivo en su existencia, más que el atractivo y el estímulo de su pureza y de su virtud; aquellos cuatro ancianos, señor, que parece—y esta frase estaba yo diciéndosela á mis compañeros mientras aquellos declaraban—que parece que la Providencia, próximos

ya á la tumba, quiso, por especial permission, concederles unos dias más de vida para que tuvieran ocasion de prestar, al fin de ella, un servicio inapreciable á la causa de la inocencia y á la causa de la verdad.

¿Y es esa la opinion pública que viene á invocarse aquí para prevenir el ánimo de las gentes, del Tribunal y de cuantas personas tengan intervencion en este negocio, para hacer que no pueda juzgarse con aquella imparcialidad que resplandece desde esas alturas, en donde las pasiones nunca dominan?

¿Qué opinion pública es esa invocada por las acusaciones? ¿La opinion que es en la vida la generatriz de los grandes errores? ¿Es la que lleva á Jesucristo á la crucifixion? ¿Es la que á Sócrates da á beber la cicuta? ¿Es la que lleva á Lesourques al cadalso? ¿Es la que lleva al patíbulo á Calax, por creerle autor de la muerte de su hijo? ¿Es la que hace morir entre cerrojos y cadenas al hermano Leotadio, por suponerle autor de la violacion y muerte de Cecilia Combetta? ¿Es, en fin, la opinion pública que proclama que el cólera morbo asiático está en la provincia de Alicante, ó es la que dice que el cólera no está en la provincia de Alicante?

Esa opinion pública no ha podido demostrarse, esa opinion pública no se ha sustentado tampoco en este sitio sino por los testigos á que antes me referia; y —nótelos la Sala— esos testigos son los mismos que tienen interés en el proceso; y entre esos mismos testigos de cargo, pertenecientes á las familias que acusan á los procesados, los que se han atrevido á decir que la opinion pública los inculpaba, preguntándoles la razon de su dicho, han contestado que, aunque se les diera una hora de término para pensarlo, no podrian recordar ni una sola persona á quien hayan oido la imputacion lanzada sobre los procesados.

¿Qué significa esto? ¿Qué significa una falta de memoria tan inexplicable, cuando se trata de un hecho de esa magnitud y de una repeticion de nombres que debieran serles tan conocidos? Pues significa que si esos testigos hubiesen querido citar los nombres de los que en el pueblo de Miera inculpan á los procesados por la muerte de Juan de la Maza, hubieran tenido que decir, porque no habia otro remedio, los mismos nombres de los testigos de cargo, y hubieran tenido que decir, que repetir los nombres de Pedro Mora, José Acebo y otros *ejusdem furfuris*.

La opinion pública, decia la acusacion privada, no es solo, ni

se limita á los confines de Miera; la opinion pública, con sus alas, ha traspuesto las alturas de aquellas montañas, y por encima de aquellas colinas ha venido aquí á Santander, enseñoreándose en la ciudad.

Ya dijo el patrono de don Aurelio Pozas, de qué manera tan elocuente respondió aquí en esta sala la opinion á las primeras palabras de la defensa; pero yo, invocando un acto que no tiene justificacion, porque fui yo solo testigo de lo que voy á consignar, diré á las acusaciones de qué manera se manifiesta. La opinion de las personas sensatas, la opinion de aquellos que no deciden ni forman una resolucion por levisimos motivos, sino que pesan, y analizan en el crisol de la critica cuantos detalles y cuantas noticias llegan á su alcance, ¿sabeis lo que dice? Pues yo lo pregonó aquí, yo lo diré aquí. Esa opinion pública, cuantos hombres severos han tratado de ese negocio conmigo, todos me han dicho: «Ahora es cuando comprendemos lo árduo y espinoso del puesto de los jueces; ahora comprendemos de qué suerte es dura y difícil de ejercer la mision de los tribunales; ahora, en fin, es cuando comprendemos que no es posible dictar una sentencia condenatoria, en una causa revestida de las circunstancias que concurren en esta causa, sin que las sombras de la duda puedan levantarse en las conciencias de los hombres justos.» Eso es lo que dice la opinion pública; y yo, haciendo un argumento *ad hominem*, diria, que esto mismo está pasando ahora por la imaginacion, por el pensamiento de cuantos me escuchan.

Es muy distinto juzgar esta causa en la mesa del café, en la tertulia ó en la plaza pública, que venir á juzgarla aquí y estampar una firma al pié de una sentencia. ¡Ah, cuánto más meditan entonces los hombres! ¡De qué manera reflexionan! Tanto meditan y tanto reflexionan, que á pesar de las garantías que ofrece la ilustracion é imparcialidad de la Sala, no tendria yo inconveniente en entregar la suerte de los procesados á las mismas acusaciones. Aquella fé que les faltaba para acusar; aquellas vacilaciones con que dudaban de su propio criterio se reflejarian en una sentencia absolutoria.

Vengan ellas á sentenciar este proceso; yo le encomiendo á su rectitud; ya vereis de qué manera entonces, todo aquello que utilizaban aquí como argumentos en contra de los procesados, se disiparia al calor de las vibraciones de la conciencia.

Señor: no pasaré adelante ni entraré en lo que ha de ser ver-

dadero cuerpo de mi informe, sin antes hacerme cargo de una indicacion del fiscal de S. M.

Haciendo el coronamiento de ese argumento de la opinion pública; haciendo algo en favor de esa misma prevencion, decia, de buena fé, — ¿por qué dudarlo? — decia con esa buena fé que preside á todos los actos de la persona que representa el ministerio público: «señor, yo expongo mi criterio á la consideracion de la Sala; aquí estamos en un palenque de discusion; puede haber dudas; puede haber vacilaciones.

Las defensas, con una elocuencia que soy el primero en reconocer, tratarán de retorcer los argumentos y las pruebas para hacer que prevalezca la duda; pero, tenedlo en cuenta, el criterio de la acusacion es superior al criterio de las defensas, porque la acusacion tiene el encargo de la defensa de la sociedad y la representacion de la ley, y de la misma manera tiene el encargo de amparar y defender la inocencia, y las defensas no; han de querer las defensas que, aun cuando fueran culpables los procesados, les abrais las puertas de la cárcel.»

He dicho al comenzar que esta afirmacion la hace el ministerio público con completa buena fé; pero esto, que ha podido decirse con completa buena fé, revela habilidad impropia de la ocasion, y creo que ha de rechazarlo el criterio de la Sala. Pudiera — ¡quién sabe! que allá, en esos movimientos del alma no hay humano sér que alcance á penetrar — pudiera haber acogido una teoria herética y absurda. Pero no; es increíble.

La acusacion pública tiene el encargo de defender á la sociedad y el encargo tambien de defender á la inocencia; pero las defensas tienen tambien el encargo de velar por la inocencia y de velar por la sociedad; el abogado es tambien sacerdote de la ley. Y juntas y unidas, acusaciones y defensas, porque no es cierto que estas tengan nunca el encargo de defender el crimen, ni es cierto tampoco que el interés comun esté en pugna ni sea contrario al interés individual y constituya el estado de progreso, juntas y unidas, repito, vamos á ver si la inocencia ha de salir triunfante.

Pues qué, teniendo este encargo las defensas, ¿habian de venir aquí á ofuscar la conciencia de los jueces? No; no es el abogado el retórico romano, ni es su mision la del sofista griego, cuyo arte consistia en sostener así el pró como el contra de una tésis; no, que es algo más severa esta toga y es algo más importante este cargo. Yo recuerdo, señor, que allá en la primera hoja

del primer libro de Derecho, sobre la puerta de la Universidad, leí aquel apotegma precioso: *Procul, oh procul esti profani*. «Vayan lejos de aquí los que no se sientan con grandeza de alma para cumplir los difíciles y espinosos deberes del juriconsulto.»

No; si nosotros supiéramos que los procesados habían incurrido en responsabilidad y que era verdadera la prueba practicada, nosotros diríamos al Tribunal: señor, tened compasión de ellos, que son unos desgraciados; imponedles el *mínimum* de la pena, apiadándoos de su infortunio; pero no vendríamos á decirlos, ponedles en la calle. Hoy venimos á decirlos, no les impongais pena alguna; no les condeneis, porque son inocentes, absolutamente inocentes.

Decía yo antes que la solidaridad de las acusaciones obligaba á la solidaridad de las defensas. Se trata aquí en definitiva de averiguar si un hecho ha ocurrido ó no. En ese hecho se envuelve como autor, con una participacion determinada, á mi defendido Bráulio Mier y Maza. Es, por tanto, necesario que el informe de esta defensa afecte dos aspectos distintos; un aspecto de carácter general que abrace todos los cargos que se dirijan á todos los procesados en conjunto; otro aspecto de carácter singular, de carácter únicamente personal, relativo á los cargos que se dirigen contra Bráulio Mier y Maza, porque si á este se le califica de cómplice ó encubridor, según las acusaciones, y esta defensa consiguiera demostrar...—¿qué conseguirlo, si ya lo ha conseguido mi ilustrado compañero, señor Cárabes?—pero, en fin, si se tratara de reforzar esa demostracion absoluta, que se hizo ya, de que el hecho no se ha realizado, probado que lo principal no existe, lo accesorio no podría existir tampoco; y si se declara que el delito no existe, claro es que no puede haber encubrimiento de un acto punible que no se ha realizado.

No se extrañe, pues, que la defensa de Bráulio Mier y Maza, en esta necesidad, pase, siquiera sea ligeramente, por muchos de los temas que trató con mayor acierto y elocuencia la ilustrada defensa de don Aurelio Pozas.

Quiso hacerse que esa opinion pública, de que yo hablaba antes, encontrara en las páginas de este proceso y en las resultancias del juicio oral algun fundamento que fuera como distinto de los cargos directos que se acumulan contra los procesados.

En tres categorías divide esta defensa los fundamentos ó motivos... pero hagamos antes una observacion que es preciso tener presente para que á la luz vivísima de ella podamos ir apre-

ciando el valor de todas las circunstancias que concurren en esta causa; hagamos la observacion de que todas las pruebas se han dirigido, por modo directo, á don Aurelio Pozas Gomez, queriendo hacer como una excepcion de los otros tres procesados. No será mucho que, por el mismo razonamiento que antes explanara, no será mucho, digo, que tenga yo que ocuparme de don Aurelio Pozas Gomez, porque si este no tuviera carácter violento y si no hubiese tenido enemistad con Juan de la Maza Samperio, en ese caso quedaria desvanecida la prueba que ha querido levantarse.

Porque, vedla, ved esa prueba en conjunto; ved de qué manera se ha preparado la prueba en esta causa; se ha hablado de asesinato, y se ha hablado de asesinos; habia cuatro hombres á quienes inculpar; en los labios de mi defendido, en los labios del honrado Bráulio Mier y Maza se ponen aquellas, que parecen palabras biblicas: «Matar no, don Aurelio, no mate usted;» y no queriendo yo agotar la materia, respecto de los guardias civiles, porque nada quedará entonces que decir á su brillante defensa, consignaré que se los coloca de una manera que no aparezcan ambos con participacion directa, presentando un problema jurídico irresoluble, para que la responsabilidad recaiga toda en don Aurelio Pozas Gomez, porque aquí el espíritu maléfico de los testigos y su única tendencia es deshacerse de Pozas, porque Pozas ha vencido en las elecciones municipales y es el que trata de corregir la conducta y las costumbres del vecindario de Miera, y de reprimir los abusos de los vencidos, que son á la vez los que en el pueblo perturban el orden público, y los testigos de cargo en este proceso.

Se ha supuesto ese carácter violento de don Aurelio Pozas para suponer tambien, partiendo de esa base, que ya que ello por sí solo no demuestre la existencia del delito, demuestra, al menos, la posibilidad del mismo delito. No he de hablar de lo que aquí ha dicho Valerio Acebo, ni de lo que ha dicho Tomás Gomez, ni he de entrar en detalles respecto de esa fábula que cuentan; ni he de hablar nada de las amenazas supuestamente inferidas á don Cristóbal Samperio, negadas por él mismo durante el juicio, ni de aquellos atropellos de que se supone fué objeto la delicadísima persona de Julita Maza. No, no quiero más que hacer una observacion en términos generales; ved el carácter de don Aurelio Pozas; examínadle sentado en el banquillo; examínadle tambien en todos los actos de su vida; es el carácter noble

y pundonoroso; puede ser el carácter que se arrebató; pero no es, no, el carácter cobarde y alevoso que medita el crimen y le prepara, no; eso no ha podido probarlo ningún testigo, ni se ha intentado probar siquiera con los mismos testigos de cargo, ni con las afirmaciones destituidas de todo fundamento de aquellas personas que se suponen ofendidas por don Aurelio Pozas.

Llego aquí á un punto del que no hubiera querido ocuparme, por la poca importancia que encierra; llego al punto de la declaración de Ramon Perez Gomez, hermano del presbítero don Simon Remigio Perez; á la declaración de aquel hombre que habia visto en el cuerpo de Juan Maza más agujeros, más balazos de los que en realidad existian, segun consta en la diligencia de autopsia; á la declaración de aquel que se atrevió á decir aquí que desde los primeros momentos se habia inclinado, sin género ninguno de duda, á creer que D. Aurelio Pozas y los guardias civiles eran los autores de la muerte de Juan Maza, porque conocia el carácter violento del don Aurelio; llego á la declaración de aquel hombre que se atrevió á decir que en el Campo de la Iglesia notó en la guardia civil y en don Aurelio Pozas, en la mañana del suceso, los signos característicos de haber pasado una noche de insomnio.

De este hecho sí que quisiera ocuparme, solo para citar en contra de tal afirmación los nombres de los testigos que acreditan lo contrario; y entre los nombres de los testigos que acreditan lo contrario, para no molestar la atención de la Sala, esta defensa ha traído de propósito los de aquellos que no pueden inspirar dudas ni desconfianzas, los de José Higuera Prado, Miguel Higuera, Juan Lastra Chaves. Esos tres testigos, que estuvieron también en el Campo de la Iglesia, y en la ermita de San Roque, y que presenciaron allí la escena representada entre Juan Maza y las personas que en aquel sitio se encontraban, dicen que hallaron á don Aurelio Pozas Gomez y á los guardias civiles con el aspecto tranquilo y sereno, como le tienen de ordinario.

Ese aspecto de la fisonomía de los procesados en aquella mañana; eso que ha querido levantarse como un indicio contra ellos, no puede demostrarse por la afirmación de Ramon Perez Gomez, porque, sobre conocer la Sala los vínculos de parentesco que le unen al cura don Simon Remigio Perez, sabe también cuáles son los instintos que guían su intervención en este negocio, y se halla, además, destruido su testimonio por estar en con-

tradiccion con los citados testigos de cargo, enemigos de don Aurelio Pozas.

Pero habia que decir que este y los demás procesados tenian alguna razon, alguna causa, algun estímulo, algun aguijon que les espoleara para poder cometer el horrendo crimen que se les imputa; era necesario buscar una causa de enemistad, y esa causa de enemistad se adujo y quiso fundarse, como antes empecé á decir, en tres hechos, dos de los cuales quedaron perfectamente contradichos por la elocuente defensa de don Aurelio Pozas, y otro de ellos fué tambien indicado y rectificado por la propia defensa; y yo, que tomé una parte activa en ese extremo del interrogatorio, he de rectificarlo más aun.

Se ha querido suponer esa enemistad, naciendo de tres causas, ó acreditándola bajo tres distintas fases ó aspectos: por ser Juan de la Maza Samperio individuo del bando contrario al de don Aurelio Pozas; por haberle quitado este el cargo de peaton-conductor de la correspondencia de Liérganes á Miera y de Miera á Liérganes, y por haber pegado á Julita Maza en el monte del Cagigal. No hablaré de esta historia; me referiré solamente á la enemistad que podriamos llamar de bandería, de partido.

Aquí hemos hecho la autopsia de Juan de la Maza Samperio por medio de las declaraciones de cargo; aquí les hemos preguntado si Maza Samperio era un hombre que por sus condiciones físicas, por sus condiciones morales, por sus condiciones intelectuales, por sus fuerzas, por su talento, si por algun motivo, por alguna razon, podia ser un hombre á quien temiese don Aurelio Pozas y desease deshacerse de él. ¿Y qué contestaron esos testigos? Contestaron que no: Juan de la Maza era un desgraciado que carecia de una inteligencia superior y carecia tambien, en absoluto, de toda fortuna; ganaba tres onzas de oro al año, con las que contribuia ó ayudaba al sostenimiento de sus hermanas, y queriendo estirar un poco esa cantidad, se dijo que eran mil reales los que ganaba al año. Ya podeis calcular ó comprender, por el premio de su trabajo, cuál seria su significacion ó representacion personal. Maza no tenia 25 años de edad y no gozaba, por tanto, del derecho electoral; no tenia educacion esmerada, y era un hombre de contestura aun más delicada que la misma defensa de Bráulio Mier. Examinad, ahora, si esos estímulos que han querido suponerse por la acusacion privada pueden ser razon suficiente para explicar la comision de ese delito.

y para demostrar la enemistad de don Aurelio Pozas hácia Juan de la Maza Samperio.

Al examinar ahora los fundamentos de esa prevencion, llegamos á un punto que ya tocó con una elocuencia superior á toda ponderacion la defensa de don Aurelio Pozas, y que la defensa de Bráulio Mier ha de tener necesidad de tocar tambien, aunque de paso, para sembrar una idea de horror, para dar una pincelada de execracion sobre la sombría figura de don Simon Remigio Perez, cura de los Barrios.

Ya sabeis que el origen de la prevencion fueron los anónimos escritos por ese sacerdote que se llama don Simon Remigio Perez; ya sabeis que lo negó aquí ante la faz del Tribunal bajo la fé del juramento prestado *in verbo sacerdotis*; pero no sabeis que para que la repugnancia, que para que la vileza del hecho traspasara los límites que pueda pintar la imaginacion más viva, era necesario hacer algo más repugnante, algo más vil, algo que pudiera dar lugar á la defensa de Bráulio Mier para repetir aquella frase tan gráfica como vulgar de que hay que separar los ojos con horror y el estómago con asco. Sí, señor, que al pié de uno de esos anónimos donde se calumniaba á los procesados; en uno de esos anónimos motivo de las prevenciones que se han levantado en contra de ellos; al pié de uno de esos anónimos, para revestirle de caracteres de verdad, se estampó el nombre—¿de quién creereis? ¿de quién?—Se estampó el nombre de Pedro Mier, el nombre del honrado padre de Bráulio Mier y Maza. ¡Ah! ¡Eso llega á la execracion! ¡Calculad cuál será el alma de esos seres que proceden y se conducen así! Esos han sido los motivos de la prevencion y de esa falsa opinion pública supuesta por los mismos testigos. Extremando más el argumento, porque al buen pagador no le duelen prendas, y nosotros que estamos en la firmeza de los hechos de esta causa y nos conocemos todos, conocemos tambien en dónde se hallan los pretextos más insignificantes de la acusacion, diremos que aun habia, que aun habia dos falsos motivos para defender las prevenciones de esa supuesta opinion pública.

Quiso suponerse, en primer término, que la prevencion contra los acusados se fundaba en el hecho de que las heridas producidas en el cuerpo de Juan Maza lo habian sido con arma del sistema moderno, y que don Aurelio Pozas poseia una escopeta de Lefauchaux, que tenemos á la vista como pieza de conviccion. Esto que pudiera haber sido en los primeros albores,

en el crepúsculo matutino de este proceso una causa de prevención, ha debido desaparecer á los ojos de la Sala desde el instante en que han venido aquí numerosos testigos, sin que se haya intentado prueba en contrario, afirmando que en el pueblo de Miera existen varias armas de ese sistema y que entre las distintas personas que las tienen se hallan Tomás Higuera, Pedro Mora, su hermano Antonio y otras que, como ya sabe la Sala, hacian sus excursiones nocturnas para turbar el sosiego público y llevar la alarma y la intranquilidad al seno de las familias.

Otro indicio ú otro motivo de esa prevención injustificada, porque todo se opone á esa falsa opinion pública que se quiso levantar, fué la circunstancia de suponer que Juan Maza Samperio, despues de herido, no habia pronunciado una sola palabra, y que se ponen en sus labios palabras de exculpacion para los procesados con el intento de desviar la accion de la justicia. Ya se ha dicho ayer de qué manera está acreditado todo lo contrario; ya se ha dicho tambien que la ciencia supone la posibilidad de que Maza hablara. Pues bien; yo diré que no solo han sido siete de los ocho médicos que comparecieron en el juicio los que tal afirman, sino que tambien el señor Santamarina ha afirmado, si la memoria de la defensa no es infiel, que el herido pudo hablar y que habló. Creo que allá, en los primeros informes que aparecen en el sumario, dijo el señor Santamarina que podía haber hablado si acaso monosílabos. Y ese informe que suscriben el señor Santamarina y don Florentino Diaz, respetable é ilustrado facultativo, ese informe que fué auténticamente reconocido é interpretado por el mismo señor don Florentino Diaz, que dijo aquí: «yo al suscribir ese informe empleé la palabra «monosílabos», significando que no pudo el herido seguir una conversación continuada; que pudo hablar palabras sueltas. He empleado la palabra monosílabo como sinónimo de palabras sueltas; y creo que lo mismo se dice por un enfermo «no» que «nada» ó «nadie»; «sí» que «sí, señor.» Tales fueron textualmente las palabras del perito.

La ciencia, pues, ha dictado su fallo, cuando los peritos vienen á resolver problemas científicos sobre puntos de hechos ciertos; cuando los peritos vienen á hablar con la voz de la ciencia deduciendo las consecuencias de hechos históricos conocidos, entonces los peritos no son testigos, son jueces, segun la sana teoría del derecho, y no hay tribunal ninguno en el mundo

que pueda levantarse en contra de las manifestaciones de los peritos en materia técnica, y en la forma y condiciones con que vienen á informar aquí.

Hay en este proceso un hecho conocido, cual es la descripción de la diligencia de autopsia, y de ese hecho han de deducirse las conclusiones científicas, y no hay nadie que no siendo perito pueda contradecirlas. Los peritos no atestiguan; los peritos no hacen más que informar para corroborar las afirmaciones de los testigos. Y pues la ciencia nos enseña que el herido Juan de la Maza pudo hablar, y si el testimonio de repetidos testigos está conforme con esa opinion de la ciencia, y tenemos entre esos testigos—renuncio á todos los demás—á José Higuera Prado, alcalde de barrio de Miera, enemigo capital de don Aurelio Pozas, que quiso rectificar su primera declaracion, en la que habia consignado las palabras que oyó pronunciar á Juan de la Maza; que quiso atemperarla despues al informe facultativo, y que luego, por inseguridad de su espíritu ó por falta de vigor para resistir el exámen que aquí se le hizo, tuvo la franqueza de declarar la verdad, esto es, que el herido habia dicho «ninguno, ninguno, ninguno», como ayer indicaba la defensa de don Aurelio Pozas; si dijo eso; si es enemigo capital de Pozas; si no es amigo de Bráulio Mier, como decia equivocadamente la acusacion privada; si votó en contra de Pozas en las últimas elecciones municipales; si ha tenido interés en ocultar la verdad en perjuicio de los procesados; y si hay, á la vez, una porcion de testigos de referencia, al mismo José Higuera Prado, que saben que le oyó hablar, entonces, ¿sostendremos todavía que eso puede ser un indicio ó motivo de prevencion contra los procesados? Y he hecho esta rectificacion á la acusacion privada, porque recuerdo que en su discreto informe decia que de referencia á lo que declaraban una porcion de personas se suponía que Juan de la Maza habia hablado y que nadie le habia oído hablar. Y yo recuerdo, entre otras referencias, la de Juan Lastra Chaves, la de Juan Higuera, aquel que denunció á don Aurelio Pozas, Agustín Cárcova y la del respetable y honrado sacerdote don Francisco Higuera, que todos declaran haber oído decir á José Higuera Prado que el herido Maza pronunció algunas palabras que él oyó.

Pues si esto es así; si se acredita de tal suerte que fué falso el fundamento del rumor contra una afirmacion hecha por la guardia civil y don Aurelio Pozas, han desaparecido todos los

motivos, todos los pretextos que tenia la prevencion de los vecinos del pueblo de Miera en contra de los procesados.

Por eso decia yo antes que en materia de opinion pública es necesario que el jurisconsulto se detenga á examinar los orígenes de esa misma opinion.

No puede acogerse como buena, ni menos, por consiguiente, como decisiva, sin saber si parte acaso de la afirmacion del último de los zapateros de viejo, vertida en un momento de embriaguez, que se oye y no se niega y que va propagándose hasta trasformarse en opinion general. Id, id á buscar los fundamentos, la base de la opinion, y cuando esa base sea justificada, entonces invocad la opinion pública; pero si no precede ese trabajo, cuando no hayais entrado en ese análisis del moralista y del observador, el jurisconsulto no puede invocar una opinion pública, que así puede ser el juicio recto y severo de la opinion que ensalza la inocencia, como puede ser la opinion pública que la escupe y la envuelve en el fango de las calies. No, es preciso distinguir; y si esa prevencion está combatida y se han destruido los cimientos en que se sustentara, esa opinion pública viene á caer por su base y viene á quedar la cuestion en el punto en que queria encontrarla esta defensa; en las alturas de la imparcialidad desde las cuales se juzga con el criterio de la ley y la ciencia del derecho, y no se busca el fallo en las oleadas de la opinion, que así lleva al cadalso á los criminales como arrastra á la hoguera á los inocentes.

Entro, señor, á examinar de ligero, á pasar por un segundo tamiz la prueba de los cargos que resultan contra los procesados segun la ficticia verdad que han querido levantar los testigos; entro á pasar por un segundo tamiz esas declaraciones, esos testimonios. siempre al calor de aquellos principios y de aquellas teo-

... conocia ya perfectamente y que ahora, evocados como han sido la defensa de don Aurelio Pozas; detalle y punto por punto, aque-

llas con... muchas inverosimilitudes que de una manera absol... y echan por tierra los mismos testimonios.

Yo no in... en mi apoyo los fóllos del sumario; yo veo, repitiendo aquí la frase de uno de mis compañeros en este colegio, que el sumario despues de la celebracion del juicio oral, es un libro cerrado, cuyas páginas no debemos mirar; yo creo, disintiendo en esto algo, mucho quizás, de la opinion del ministerio fis-

cal, que del sumario no hay para qué tratar aquí ni traer á cuento nada que no haya sido reproducido en el juicio, bien por la lectura de las diligencias ó ya por la lectura de las declaraciones prestadas; y creo, por tanto, que debo ajustarme á lo que la Sala conoce por audicion propia, como resultado del juicio oral, y creo tambien que debo prescindir de todo detalle que no haya sido reproducido en este acto, considerándole absolutamente nulo, y que el Tribunal debe prescindir del sumario, bastándole las impresiones del juicio oral y público y las de aquellos testimonios y diligencias que ha sido necesario leer entre las que existen en el proceso, para fundar y dictar la sentencia que en su alta ilustracion considere procedente y acertada.

Pues bien; concretándonos á lo que aquí hemos oido y sin entrar en otro género de consideraciones acerca de las contradicciones que se han hecho tan patentes en el juicio oral, voy á hacer un brevísimo análisis ó exámen de los testigos de cargo.

José Acebo (a) el *Mantequero*. Ese testigo, en quien tendré ocasion de ocuparme nuevamente dentro de breves instantes, para lanzar sobre él palabras de desprecio; ese testigo se ha contradicho en sus declaraciones leidas aquí, en el juicio oral. Se contradice, señor, en cuanto al punto de señalamiento de tiempo y en cuanto al punto de designación de personas. Ya sabemos lo que nos dice respecto á la salida de su casa con direccion al estanco y vuelta desde el estanco á su casa. Pues bien; dice en la primera declaracion que regresó del estanco á las diez menos minutos, y que fué en esos instantes cuando vió á los procesados bajar por la calleja de Pereda; y en la declaracion prestada por tercera vez, dice que eran las diez y dos minutos, constándole que era esa hora, porque acababa de oir el reloj del pueblo. Si le habia oido cuando prestó esta tercera declaracion, ¿cómo se explica que no lo dijera así cuando prestó la primera que aparece en el sumario, y cómo es posible creer que se hubiera borrado de su memoria en el día más próximo al suceso un detalle que recuerda perfectamente con posterioridad en el día más remoto?

Pero no bastaba esto á José Acebo para concluir de demostrar su falta de exactitud. En el careo posteriormente celebrado con don Aurelio Pozas, decia que aun no habian dado las diez. Serán de poca importancia estas contradicciones, como aseguraba la elocuente acusacion privada—ayer esperanza del foro y hoy realidad honrosa;—serán, como ella decia, detalles insigni-

ficantes; pero ciertamente, que, si al calor ó á la luz de la sana crítica se examinan, siempre vendrá á resultar que el testimonio acreditado de falso por esos detalles, no podrá tener crédito en otras cosas de mayor importancia.

En cuanto á las personas, manifestó el *Mantequero* en la primera declaracion que vió á don Aurelio Pozas y á la guardia civil conduciendo á un preso á quien no conoció; esto era en los primeros instantes, cuando aun no estaba bien tramada la urdimbre en que despues se ha querido aprisionar á los procesados. Pero en la segunda declaracion ya nos habla José Acebo de otra persona que parecia Bráulio Mier, y ya en esta segunda declaracion conoció al infortunado Juan de la Maza Samperio. Pero llegó la tercera declaracion, y aquello que antes era respecto de mi defendido una duda, una vacilacion, una simple sospecha, es ya una afirmacion categórica; yo ví á Bráulio, señor,—dice— yo le conocí.

Este testigo que, á juicio de la defensa de Bráulio Mier, habia quedado ya á los ojos de la Sala y á los ojos de las gentes destituido de toda fuerza y de todo vigor, mediante el acertado análisis que de su testimonio hizo la defensa de don Aurelio Pozas, tiene en la declaracion prestada durante el juicio oral un detalle importantísimo que por sí solo demuestra la imposibilidad de que el hecho de autos se haya realizado de la manera que se supone, al atribuirle á los procesados.

Nos ha dicho una cosa nueva que la Sala sabe, porque la puntualizó, conociendo la importancia que revela; nos ha dicho aquí que cuando vió á los procesados que venian por el Avellano de las Animas, los procesados le vieron tambien á él, y la defensa de Bráulio Mier preguntó con insistencia al testigo que si estaba seguro de que le habian visto los procesados, y el testigo contestó: «Tan seguro estoy, como que uno de ellos, que era Bráulio Mier, me siguió y huyendo me dirigí por el camino del Fontano á subir á mi casa por el barrio del Tejuelo.»

Señor, yo recuerdo las palabras de la acusacion pública y de la acusacion privada; yo recuerdo que entrambas ponderaban el talento, nada vulgar, de don Aurelio Pozas, y su habilidad extraordinaria; y yo os lo recuerdo para preguntaros si es posible imaginar que cometieron los procesados ese delito, despues de tener conciencia de que les habia visto el testigo José Acebo, el enemigo más encarnizado de todos ellos.

Este es un hecho de un alcance tan grande para mí, dadas las

facultades que tienen los tribunales de justicia, que esta prueba, por sí sola, me bastaría para decidir que el hecho no había podido cometerse en la forma y de la manera que se quiere suponer.

¿Pero quién es este testigo? ¿Quién es José Acebo, (a) el *Mantequero*? Este testigo, ya lo sabe la Sala, es sobrino de María Nieves Acebo, y ya sabéis los favores que la debe, y ya sabéis el mal trato y las ofensas que ha inferido á su tía.

Pero también sobre este extremo quiero puntualizar, porque conviene á los intereses de esta defensa hacer notar de qué manera el *Mantequero* ha traído al juicio oral una innovación que entraña, además, gran falta de firmeza. Ha traído, señor, una modificación en sus declaraciones, modificación que determina una astucia, una suspicacia, una habilidad, un estudio y una preparación criminales.

Allá en el careo que se celebró en el juzgado de instrucción entre don Aurelio Pozas y José Acebo, controvertiendo acerca de ese particular, que yo no he de tocar, relativo á si don Aurelio Pozas amenazó al *Mantequero* en casa de la tía de este María Nieves, el *Mantequero*, para desvirtuar la importancia de la afirmación de su propia tía, dijo... (señor, casi me da rubor y vergüenza repetirlo) dijo, señor, que aquella mujer anciana y valetudinaria que aquí visteis hace pocos días, que aquella mujer mentía, pero que mentía, no por mero capricho, sino porque había prestado á Pozas favores que solamente presta la mujer legítima á su legítimo marido.

Recordad ahora de qué manera depuso aquí el procesado don Aurelio Pozas Gomez, que no he de olvidar yo su serenidad y entereza en aquel acto; recordad cómo recogía el procesado ese cargo que había dirigido el *Mantequero* á su tía María Nieves Acebo, cómo le recogía don Aurelio el día de la primera apertura de estos debates. Decía Pozas: «Señor, yo tengo interés en demostrar á la Sala que es avilantez inaudita de José Acebo haber imputado á su tía y á mí cargos que repugnan á toda conciencia honrada, pero que repugna más todavía á todo sentido estético; se trata de una mujer que tiene hijos mayores que yo.»

A la apreciación de la Sala dejó que determine si no era verdad lo que decía don Aurelio Pozas. Pues bien; los periódicos de la localidad, como sabe la Sala, publican casi íntegras las sesiones que se vienen celebrando aquí, y en esos periódicos tuvo ocasión el *Mantequero* de leer lo que había dicho don Aurelio Pozas, y comprendió, ó le indicaron, que había de ser de buen

efecto modificar ese cargo, que habia de ser de buen efecto á los ojos de la Sala modificar tan vil y asquerosa imputacion. ¿Y qué hizo? La rectificó diciendo, al celebrar aquí otro careo con su tía María Nieves, que esta decia mentira, porque era una falsaria que estaba vendida al oro de don Aurelio Pozas.

Examinad ahora el concepto moral de este testigo; entremos en la apreciacion de sus condiciones morales, y decidme, ¿es ese un hombre sobre cuyo testimonio puede levantarse el edificio de una sentencia condenatoria?

Domingo Gomez Maza habia dicho que Pedro Mora le manifestó que las personas que bajaban por la calleja de Pereda eran el alcalde y otras, y dijo despues que se acordaba de haber oido que era el alcalde; pero no esas otras personas. Fíjese la Sala en que los cargos se dirigian todos contra don Aurelio Pozas Gomez, y que si, por casualidad, se comprometió á otras personas fué para dar á la fábula algun aspecto de verdad y para privar de eficacia á las declaraciones de aquellas en favor de Pozas.

Pues bien; este testigo, que cuando declaraba se hallaba colocado junto á la barandilla, á tres ó cuatro pasos de esta defensa, que le interrogaba acerca del estado de la noche del 22 de Julio, porque habia declarado que la noche estaba oscura, contradiciéndose con las afirmaciones de otros testigos, con los cuales era preciso ponerse de acuerdo; este testigo, conociendo que no habia término hábil para ese acuerdo, contestó á esta defensa mirándola con sonrisa cínica y burlona, que jamás olvidaré: «pues no digamos que era clara, ni digamos que era oscura.» Y recuerdo más; recuerdo que insistió esta defensa en obtener una respuesta, y que la presidencia la llamó la atencion diciendo que estaba contestada la pregunta; y recuerdo que esta defensa rogó que se la dispensara, porque no era fácil entender las respuestas ambiguas del testigo.

Cuando yo oia declarar á ese hombre, recordaba—permitidme esta herejía histórico-jurídica—recorba entonces con fruicion el tormento extendido hasta los testigos. ¡Pero no; por algo la ciencia y la civilizacion se imponen; no hace falta el tormento! ¿Qué más tormento que el decreto del legislador que deja á la buena apreciacion del Tribunal el valor de las pruebas? ¿Qué más tormento para ese vil testigo, qué más tormento que el de sus invenciones, que sus palabras, que sus falsedades no pueden conseguir que vayan al cadalso ó al presidio los procesados, sino que

antes bien, volverán á la libertad, dando gracias en adoracion á la divina Providencia que así va iluminando la conciencia de los jueces?

Pedro Mora, señor, habia dicho en todas sus declaraciones del sumario que se habia escondido en la Castañera—y aquí sí que llamo la atencion de la ilustrada acusacion] privada—en el sitio de la Castañera, entre los árboles que hay en una especie de plazoleta, y que desde allí vió á los procesados discurrir por la calleja de Pereda; vino al juicio oral, y por razones que no han de ocultarse á la penetracion de la Sala, rectificó el concepto, mudó tambien de sitio, hizo lo que hicieron aquellos mozaletes de quienes nos hablaba la defensa de don Aurelio Pozas y, en lugar de colocarse entre los árboles, se colocó arrimado á la pared que forma ángulo con la de la calleja de Pereda.

La acusacion privada decia: «Lo confieso; yo habia entendido mal, yo habia entendido que el testigo estaba entre los árboles.» No entendió mal la acusacion privada, no; Pedro Mora dijo y afirmó siempre, repetidas veces, que se habia escondido entre los árboles; y por eso cuando se verificó la inspeccion ocular, hubo especial cuidado en señalar aquel sitio y en demostrar si efectivamente entre los árboles, podia ocultarse una persona que, sin ser vista, viera á los que bajaran hácia la calleja de Pereda. Apelo á la memoria del dignísimo magistrado que ocupa la presidencia, que fué con nosotros á practicar esa inspeccion ocular. Mudó de sitio despues, siguiendo el método impuesto, porque comprendió lo extraordinario y excepcional y lo difícil que era acreditar que se hubiese colocado en aquel punto, primeramente señalado, y distinto del camino que el testigo seguia.

Tomás Higuera Maza, aquel hombre que decia, acaso presintiendo su destino, que se habia metido en una alcantarilla, Tomás Higuera Maza manifiesta que cuando estaba con Pedro Mora en el callejuelo de Sobre la Corte, se despidió de él para ir á ver á su novia. Aquí ya rectificó el concepto, y dijo que habia ido á ver á una doña María, cuyo apellido no recuerdo, y, nó-telo bien la Sala, se arrepintió de ir á ver á su novia, se arrepintió de ir á ver á esa doña María y luego se arrepintió de ir á acompañar á su hermana Manuela Higuera, que tenia á su marido ausente. ¡Qué extraños arrepentimientos!

Respecto de la actitud en que este testigo dice haberse colocado en la alcantarilla, no tengo más que llamar la atencion de la Sala acerca de un hecho que consta consignado en las actas de

estos debates, para rechazar una indicacion de la acusacion privada. No es cierto que cuando fuimos á esa inspeccion ocular se colocara el representante del ministerio fiscal, señor Polanco, en aquella alcantarilla en la actitud y de la manera en que Tomás Higuera Maza se colocó, y que gráficamente ha descrito aquí. Tomás Higuera Maza dice que colocó las rodillas en tierra, apoyando las palmas de las manos en el suelo, y que despues levantó la cabeza hácia arriba formando un puente con el cuerpo; y esa actitud, esa posicion ni la adoptó el representante del ministerio público, ni pudo, ni debió adoptarla, porque desde luego se comprendia que en aquella postura era imposible ver la gente que pasaba por el camino, y hubiera sido ocioso y hasta inconveniente, señores magistrados, meterse allí entre los productos de una letrina. La Sa'a recordará esa posicion; descrita está en el acta. Véase en el plano cuál es la desembocadura, talud y altura de esa atargea y luego se resolverá seguramente, como lo ha resuelto ya esta defensa con las observaciones hechas en su estudio, que es imposible que se vea á nadie que pase por la calleja de Pereda desde el punto donde desemboca.

No estaba de pié derecho; no estaba en el sitio que ocupó el representante del ministerio público; estaba allá en el fondo de la alcantarilla.

Tambien este testigo incurre en una contradiccion notoria respecto á la designacion de personas; tambien dice que conoció á Bráulio Mier y á Pío Lavin; y despues, en el careo sostenido con D. Aurelio Pozas, rectifica y dice que no tiene seguridad de haber conocido á Bráulio Mier y Pío Lavin. Nótese que los dos únicos testigos, José Acebo y Tomás Higuera, que manifestaron haber visto á Bráulio Mier, dicen que no tienen seguridad de haberle conocido.

Ya sabemos la historia, la novela que se ha inventado; ya sabemos lo que nos ha dicho Higuera de las amenazas que le dirigió Pío Lavin para que le eliminara de su declaracion; pero fácilmente se contradice esa afirmacion. En primer término, las amenazas de Pío Lavin no eran motivo suficiente para que excluyese de su declaracion á Bráulio Mier; en segundo lugar, si el terror, si el apocamiento de espíritu fué el motivo que hiciera á Tomás Higuera modificar esa declaracion ante el juez de Santoña; si fué el miedo, ese mismo miedo hubiera influido en él y se hubiera notado cuando aquí sostuvo el careo con Pío Lavin. Y estos testigos no tienen inconveniente en hacer toda clase de afir-

maciones, siempre que ellas perjudiquen á los procesados; no tiene inconveniente en decir Pedro Mora que es amigo íntimo de don Aurelio Pozas; no tienen inconveniente en decir que los amenazó el cabo Martiniano Chaperó y el capitán de la guardia civil, cuyo nombre ignoro, y que fué el encargado de la intrucción del sumario que corre unido al formado por la jurisdicción ordinaria.

Yo también excitaria aquí el celo de la acusación pública; yo también diría que no ya aquel juez y aquel secretario que hicieron, según el señor fiscal, la farsa de las diligencias instruidas en Miera; pero, ¿Pío Lavín? pero, ¿el cabo Chaperó y el capitán de la guardia civil? No puedo menos de extrañar en gran manera que no se sienten en ese banquillo, para servir de compañía y de consuelo á los cuatro procesados.

Ha llegado el momento oportuno de ocuparme en la declaración de Pedro Mora, y hacer algunas observaciones respecto á la circunstancia de encontrarse este testigo en el sitio que él designa, corroborando lo que dijo en su envidiable informe la defensa de don Aurelio Pozas, pues no tengo otro encargo, en este particular, que reforzar sus argumentos, haciendo algo á manera de segunda edición de su defensa. Tengo que decir el cúmulo de circunstancias extraordinarias que concurren aquí; tengo que decir que Pedro Mora mudó de sitio, colocándose en el único punto en que podía haber estado colocado para ver lo que cuenta.

Tomad el plano; vedle, examinadle y observareis que si Pedro Mora se hubiera colocado dos metros más atrás de donde dice que se hallaba cuando bajaban los procesados, Pedro Mora no los hubiera podido ver; y si se hubiera colocado dos metros más adelante, Pedro Mora se hubiera encontrado necesariamente con ellos.

Aquel, señor, aquel era el único sitio que podía ocupar Pedro Mora para distinguir, aun á trueque de ser visto por ellos, á los procesados.

¡Pero no es solo Pedro Mora: también los demás testigos tienen el don de la oportunidad!

Era, pues, necesario buscar el punto único, exclusivo y exacto desde donde se puede decir que se ve, cosa fácil esta para el testigo que vive en aquel pueblo y conoce perfectamente la topografía de aquellos sitios por donde pasa todos los días; y cosa fácil de ajustar la declaración á las exigencias de esas mismas condiciones topográficas.

estos debates, para rechazar una indicacion de la acusacion privada. No es cierto que cuando fuimos á esa inspeccion ocular se colocara el representante del ministerio fiscal, señor Polanco, en aquella alcantarilla en la actitud y de la manera en que Tomás Higuera Maza se colocó, y que gráficamente ha descrito aquí. Tomás Higuera Maza dice que colocó las rodillas en tierra, apoyando las palmas de las manos en el suelo, y que despues levantó la cabeza hácia arriba formando un puente con el cuerpo; y esa actitud, esa posicion ni la adoptó el representante del ministerio público, ni pudo, ni debió adoptarla, porque desde luego se comprendia que en aquella postura era imposible ver la gente que pasaba por el camino, y hubiera sido ocioso y hasta inconveniente, señores magistrados, meterse allí entre los productos de una letrina. La Sa'a recordará esa posicion; descrita está en el acta. Véase en el plano cuál es la desembocadura, talud y altura de esa atargea y luego se resolverá seguramente, como lo ha resuelto ya esta defensa con las observaciones hechas en su estudio, que es imposible que se vea á nadie que pase por la calleja de Pereda desde el punto donde desemboca.

No estaba de pié derecho; no estaba en el sitio que ocupó el representante del ministerio público; estaba allá en el fondo de la alcantarilla.

Tambien este testigo incurre en una contradiccion notoria respecto á la designacion de personas; tambien dice que conoció á Bráulio Mier y á Pío Lavin; y despues, en el careo sostenido con D. Aurelio Pozas, rectifica y dice que no tiene seguridad de haber conocido á Bráulio Mier y Pío Lavin. Nótese que los dos únicos testigos, José Acebo y Tomás Higuera, que manifestaron haber visto á Bráulio Mier, dicen que no tienen seguridad de haberle conocido.

Ya sabemos la historia, la novela que se ha inventado; ya sabemos lo que nos ha dicho Higuera de las amenazas que le dirigió Pío Lavin para que le eliminara de su declaracion; pero fácilmente se contradice esa afirmacion. En primer término, las amenazas de Pío Lavin no eran motivo suficiente para que excluyese de su declaracion á Bráulio Mier; en segundo lugar, si el terror, si el apocamiento de espíritu fué el motivo que hiciera á Tomás Higuera modificar esa declaracion ante el juez de Santoña; si fué el miedo, ese mismo miedo hubiera influido en él y se hubiera notado cuando aquí sostuvo el careo con Pío Lavin. Y estos testigos no tienen inconveniente en hacer toda clase de afir-

maciones, siempre que ellas perjudiquen á los procesados; no tiene inconveniente en decir Pedro Mora que es amigo íntimo de don Aurelio Pozas; no tienen inconveniente en decir que los amenazó el cabo Martiniano Chaperó y el capitán de la guardia civil, cuyo nombre ignoro, y que fué el encargado de la intruccion del sumario que corre unido al formado por la jurisdiccion ordinaria.

Yo tambien excitaria aquí el celo de la acusacion pública; yo tambien diria que no ya aquel juez y aquel secretario que hicieron, segun el señor fiscal, la farsa de las diligencias instruidas en Miera; pero, ¿Pío Lavín? pero, ¿el cabo Chaperó y el capitán de la guardia civil? No puedo menos de extrañar en gran manera que no se sienten en ese banquillo, para servir de compañía y de consuelo á los cuatro procesados.

Ha llegado el momento oportuno de ocuparme en la declaracion de Pedro Mora, y hacer algunas observaciones respecto á la circunstancia de encontrarse este testigo en el sitio que él designa, corroborando lo que dijo en su envidiable informe la defensa de don Aurelio Pozas, pues no tengo otro encargo, en este particular, que reforzar sus argumentos, haciendo algo á manera de segunda edicion de su defensa. Tengo que decir el cúmulo de circunstancias extraordinarias que concurren aquí; tengo que decir que Pedro Mora mudó de sitio, colocándose en el único punto en que podia haber estado colocado para ver lo que cuenta.

Tomad el plano; vedle, examinadle y observareis que si Pedro Mora se hubiera colocado dos metros más atrás de donde dice que se hallaba cuando bajaban los procesados, Pedro Mora no los hubiera podido ver; y si se hubiera colocado dos metros más adelante, Pedro Mora se hubiera encontrado necesariamente con ellos.

Aquel, señor, aquel era el único sitio que podia ocupar Pedro Mora para distinguir, aun á trueque de ser visto por ellos, á los procesados.

¡Pero no es solo Pedro Mora: tambien los demás testigos tienen el don de la oportunidad!

Era, pues, necesario buscar el punto único, exclusivo y exacto desde donde se puede decir que se ve, cosa fácil esta para el testigo que vive en aquel pueblo y conoce perfectamente la topografía de aquellos sitios por donde pasa todos los dias; y cosa fácil de ajustar la declaracion á las exigencias de esas mismas condiciones topográficas.

Tomás Higuera se olvida de ir á ver á su novia y se olvida de ir á casa de su hermana; pero llega á la alcantarilla en el instante oportuno, en el momento necesario para ver á los procesados, porque si hubiera llegado un momento despues no los hubiera visto, segun el plano, y un momento antes tampoco, porque hubiera ya estado en casa de su hermana, á la que se dirigia. Atraviesa, pues, en el momento exacto, preciso, y, por una boca calle, los ve en la misma sazon en que pasan por el Avellano de las Animas, único punto tambien en el que podian estar colocados para que les viera el testigo. ¡Qué casualidad tan rara, ó qué Providencia tan bienhechora!

Y José Acebo, el *Mantequero*, no va dos pasos más adelante, porque hubiera tenido que tropezarse con Pedro Mora, y estaba convenido sostener que aquella noche no se encontraron, ni va dos pasos más atrás, porque entonces tampoco él hubiera visto á los procesados.

Pero no son estos solos los testigos que la Providencia colocó en aquellos sitios para descubrir el crimen: tambien esos dos muchachos, Santiago y Anastasio Lastra Mora, esas dos buenas criaturas, que tan tristemente empiezan la carrera de su vida, esos tambien estuvieron allí para ver abrirse la puerta de la casa de mi defendido Bráulio Mier, desde la de la iglesia, por donde ellos pasaban, y que es el único punto, el único, desde donde se ve la puerta de Mier por el hueco de la escalerilla que da acceso al Campo de la Iglesia. Era necesario que pasaran por allí en aquel mismo instante. Dos pasos más atrás, desde otro punto; dos pasos más atrás, ó dos pasos más adelante, no hubiesen podido ver lo que cuentan, porque de un lado la ermita de San Roque y de otro los muros del cementerio, impiden ver la casa de Bráulio. Era necesario que estuviesen allí, en aquel mismo punto y ocasion ¿No parece extraordinario este concurso de circunstancias indispensables? ¿No parece extraordinaria tanta exactitud y tanta casualidad? Yo creo que sí, señor.

Y si en una causa de esta naturaleza, en la que, como luego oirá la Sala, aparece un problema, uno de cuyos términos es que la muerte de Maza ha podido producirse por una imprudencia, se presentan esas casualidades reunidas, ¿no merece detenerse en ellas? Pensadlo, meditaldo con la serenidad de juicio que os distingue, y decidme si, admitido el concurso de tantas coincidencias y de tantas casualidades, puede rechazarse la coincidencia y la casualidad única de que hubiera ocurrido la muerte por una

imprudencia entre Juan de la Maza y sus amigos, dado que esa noche, que la noche del 22 de Julio sonaron disparos desde las nueve á las once; pensadlo y decidme, dentro de la sana crítica y del orden natural de acontecer las cosas, cuál es más fácil que ocurriera, si el cúmulo de coincidencias y circunstancias extraordinarias que se desprenden de las declaraciones examinadas, ó solo una casualidad, única y desgraciada, para que, afortunadamente, no fuera la muerte de Juan Maza sino resultado de una imprudencia ó una desventura.

Voy á ocuparme ahora de Santiago y Anastasio Lastra Mora. No voy á hablar ya de inverosimilitudes, ni del silencio obstinado de uno de ellos; no voy á reproducir nada de lo que, para convencer de la falsedad de esas declaraciones—falsedad que se conoce, como se conoce la evidencia—dijo ayer la ilustrada defensa de don Aurelio Pozas. Voy á puntualizar un poco más una escena; la escena patética, dramática, trágica, de esta infame invencion.

Por la escalera que da acceso á la iglesia desde Pereda, desciende don Aurelio Pozas, un guardia civil que no sabemos quién es, y Juan de la Maza Samperio; llegan á la Torre debajo de las campanas; coloca Pozas á aquel hombre de espaldas, adosado á la pared, y el guardia se separa; Pozas, que le conduce, se separa tambien y queda el hombre abandonado á su libre voluntad; Pozas da dos pasos atrás; pronuncia aquellas fatídicas palabras: «Ya era hora de que yo hiciera un escarmiento en Miera,» amartilla los gatillos de la escopeta, y Juan de la Maza permanece como una estatua de bronce sin hacer una manifestacion, nada que indique que tiene nervios, que tiene alientos, que tiene instinto de conservacion. Nada; Maza Samperio es allí la víctima propiciatoria; la Providencia le habia destinado esa suerte; permanece quieto y callado como una estatua... Pero, ¿es creíble esto? ¿Qué razon ni qué motivo pudo hacer que Juan de la Maza Samperio permaneciese en esa actitud? ¿Sería tal vez el del miedo ó del terror? Pero, ¿qué miedo habia de tener posesion de su espiritu, qué miedo más grande que el miedo á lo que ya veia que iban á hacer con él? ¿Qué podia temer más que la muerte que le iban á dar, de una manera alevosa y cobarde? Quiero que no se moviera de miedo; quiero que el terror paralizase su pensamiento, anulase sus ideas y ahogase sus palabras; pero, ¿se paralizó el instinto de conservacion? ¿Falta este alguna vez al hombre? ¿No habeis visto cómo nuestros párpados se cierran

cuando amenaza algun cuerpo extraño herir nuestros ojos? ¿No habeis visto cómo cuando saltamos caemos de puntillas para no producir la conmocion cerebral? ¿Quién nos ha enseñado estas cosas? Nos las ha enseñado ese gran maestro que enseñó al hombre que tiene vida y que tiene obligacion de conservarla; nos lo ha enseñado la naturaleza. En Juan de la Maza Samperio, no solo no hay voluntad, no solo no hay pensamiento, sino que tampoco hay instinto: ¡está muerto antes de que le maten!

(Se suspende la sesion por diez minutos; reanúdase despues y continúa informando.)

El señor Colongues: Habiase suspendido este acto en el instante mismo en que esta defensa dejaba estereotipados en la mente de la Sala todos los puntos de inverosimilitudes flagrantes que resultan entre lo que acontece y ocurre siempre en la realidad de los actos de la vida, y lo que los testigos Santiago y Anastasio Lastra Mora, y otro además en quien luego he de ocuparme ligeramente, quieren suponer que ocurrió debajo de la Torre de las campanas de Miera en la noche del 22 al 23 de Julio de 1883.

Continuando en el exámen del valor de estas declaraciones, para tocar solo aquellos puntos que esta defensa cree interesantes, ha de lamar la atencion ilustrada de la Sala acerca de una contradiccion que, siquiera parezca de poca importancia, la tiene siempre grande, haciendo aplicacion de una teoría de la acusacion privada, segun la cual teoría las contradicciones tienen valor, importancia y eficacia cuando se refieren al hecho capital sobre que deponen los testigos.

Ya insinué antes, que en esta diabólica trama quisieron dirigirse los dardos exclusivamente contra el pecho de don Aurelio Pozas, y que se habian puesto en labios de mi defendido Bráulio Mier y Maza unas palabras de esculpacion absoluta. Pues bien; estas palabras, que pudiéramos llamar, y que lo son, parte integrante del suceso, las oyeron los testigos Santiago y Anastasio Lastra Mora en diversas ocasiones. Santiago Lastra Mora en el intervalo entre uno y otro disparo, y Anastasio Lastra Mora las oye cuando, despues de hechos los dos disparos corrian ambos hermanos allá, más abajo de la escalinata que da paso al barrio de Linto.

Observad esa contradiccion y decid despues, y diga la acusacion privada, si no tiene importancia, si es posible haber confundido de tal manera los términos. Esta defensa afirma que no hay

tal posibilidad, porque las palabras que se ponen en labios de Bráulio Mier, deberían haber quedado impresas con caracteres indelebles en la memoria de los testigos; son la nota saliente de esta escena dramática, que debieran recordar los testigos punto por punto, sin olvidar jamás el momento exacto en que se pronunciaron, porque son, como si dijéramos, la contestación en el diálogo que parece establecido entre ellas y aquellas otras que pronunciara Pozas antes de disparar el arma homicida sobre Juan de la Maza.

Tened en cuenta que no puede haber equivocación en este extremo por lo que se refiere al tiempo y á la situación, porque ambos hermanos convienen en que no escaparon antes de haber sonado los dos disparos, y si esto es verdad y no hay contradicción en ello, cómo pudo olvidárseles el lugar y el tiempo en que las oyeron, puesto que uno de ellos dice que fué cuando corrían más allá de la escalerilla que conduce al barrio de Linto, diciendo el otro que oyó esas mismas palabras cuando ambos estaban todavía en el Campo de la Iglesia?

Alguna virtud, alguna eficacia había de tener este adelanto de la civilización, representado por el establecimiento de los debates del juicio oral para la resolución de las causas criminales. Esa eficacia y esa importancia y alcance refléjanse, señor, bien claramente en este acto; y serviría por sí sola esta causa para santificar la institución, observando las declaraciones prestadas aquí por estos dos muchachos. Recordadlo bien, señor; recordad aquel momento de verdadera inspiración divina que tuvo la siempre ilustrada defensa de don Aurelio Pozas. Recordad aquel cúmulo de preguntas, más ó menos directas, pero siempre interesantes ó congruentes, que hizo la misma defensa. Y recordad de qué manera contestaron aquellos testigos: ¿Fuisteis al rosario aquella tarde?—No recuerdo—¿Quién pasó al otro lado del río para echar la red?—No recuerdo.—¿Cogisteis peces?—No recuerdo.—¿Ibais calzados ó descalzados?—No recuerdo—¿Cenasteis aquella noche?—No recuerdo..... En fin, no hemos de repetir ese interrogatorio que fué bautizado oportunamente por alguna de las personas que le oían, con el nombre de «letanía de los no recuerdo.»

Pero ved en la habilidad de estos testigos un indicio más, una prevención más que denuncia el espíritu que les domina, y hace comprender hasta dónde llega su astucia. El primero de ellos se encierra en una negación absoluta; todo lo que no sea refe-

rente al hecho principal, al hecho mismo, todo lo ha olvidado. El segundo ya recuerda algunos detalles, siquiera incurra en la misma deficiencia del primero.

Ved hasta dónde llega la astucia de esos aldeanos; ved cómo se manifiesta esa candidez que no existe más que en la mente de los poetas; ved de qué manera preparaban la escena para que no resultaran contradicciones. El primero no debía recordar ningún detalle; debía concretarse al hecho principal; el segundo ya podía aventurarse, soltar alguna prenda «No tengas temor, le dirían, que como tu hermano no habrá aventurado ninguna afirmación, no podrá haber contradicciones.»

No habían calculado ellos que la perspicacia de los tribunales descubriría sus ensayos; y que la proverbial inteligencia y la habilidad de los moradores de esa parte de la provincia, habían de quedar esta vez desacreditadas. ¡Eso ha sido torpe y grosero! No sabían ellos que los tribunales de justicia son más perspicaces que los testigos; no sabían ellos que los tribunales habían de recoger todo ese cuadro de síntomas para diagnosticar la enfermedad moral que padecen los testigos.

¿Es posible que esos chicos no recordasen ninguno de los detalles? ¿Es posible que con un descaro y un cinismo superior á toda ponderación, contestaran *no recuerdo* á aquel cúmulo de preguntas, y que cuando se veían asediados, salieran del paso con esa frase sacramental aprendida en las callejuelas de su aldea: «Yo lo ví y me basta con eso?»

¡Pensaban ellos que con decirlo descarnadamente, sin adornos, ni color alguno que garantice la verdad de su afirmación, habían de ser creídos. ¡No, no se les cree! Y aquí, señor, no quisiera yo herir la susceptibilidad del ministerio público, porque respeto y considero, como he dicho antes, al digno funcionario que le representa, y no han de salir de mis labios palabras que pudieran lastimar su honra ni su prestigio; pero yo he de hacer una observación á la Sala, á fin de que se vea de qué manera la casualidad ha traído á este proceso la conspiración de todas aquellas circunstancias necesarias, á fin de que la verdad no pudiera prevalecer.

Eran esos dos testigos el centro, el eje de estas pruebas. Dióse traslado del proceso al ministerio fiscal, y por un error—que yo creo que el ministerio fiscal obra siempre de buena fé,—acaso por un error de copia, que yo sé que el dignísimo fiscal de S. M. es suficientemente hábil para no incurrir en estos errores, por esa

causa ó por otra semejante, porque es un hecho y los hechos deben aceptarse como son, sucedió que al evacuar ese traslado el ministerio fiscal no propuso á los dos hermanos en su lista de testigos, sino que solo proponia que se recibiese declaracion á Anastasio Lastra Mora, solicitando despues la acusacion privada que se examinase tambien al otro hermano, de tal suerte que habia de mediar una laguna de 20 testigos entre ambas declaraciones; tiempo más que suficiente para que uno de estos hermanos pudiese aprender perfectamente las contestaciones del otro.

No dirijo cargo de ninguna naturaleza; ya he dicho antes que esto fué debido, sin duda, á la casualidad y únicamente hago esta observacion á la Sala para que aprecie de qué manera la casualidad y la fatalidad se asocian en este proceso para conspirar contra la inocencia de los procesados.

De tal manera era esto contrario á la lógica y al buen sentido, que la misma presidencia, la misma Sala, á excitacion de las defensas, acordó alterar el órden de la prueba á fin de que esos dos testigos viniesen á declarar en un mismo acto, seguidamente el uno del otro.

Eleuterio Gomez Lastra no merecia ni siquiera que mis labios pronunciaran su nombre; Eleuterio Gomez Lastra es para mí, y creo que para todas las personas de severidad de conciencia, el hombre más repugnante entre todos los hombres que se han presentado á declarar ante los Tribunales de justicia. Eleuterio Gomez Lastra, sobre haber incurrido y haber tenido que declararse convicto de falsedad, á impulsos de las magníficas observaciones hechas por mi compañero el señor Cárabes; Eleuterio todavía ha incurrido en otra inverosimilitud, que presenta de relieve aquella falsedad. Declara que vió el suceso, no he de repetir cómo; declara y afirma que no se lo contó á nadie; dice y asegura que cuando fué citado para declarar no sabia para qué se le llamaba. Yo interrogo ahora al entendimiento clarísimo de la Sala; yo interrogo al entendimiento de cuantos me escuchan, del mundo entero: si no se lo habia contado á nadie; si no sabia qué venia á declarar, ¿quién dió el amuleto milagroso para descubrir la existencia de ese testigo presencial? ¿Por dónde la acusacion privada—y no hago ningun cargo tampoco á la dignísima persona que la representa,—por dónde pudo averiguar que ese testigo existia, si él no lo habia dicho, si no habia contado á nadie lo que habia presenciado, si ni aun se le manifestó el objeto con que se le traia, si nadie le vió en el Campo de la

Iglesia? Si nadie le vió; si nadie sabia que él era un testigo presencial, ¿por dónde y cómo vino, señor? Creo que ha de llegar en breve plazo el instante oportuno para saberlo.

Elías Gomez Acebo es otro de los testigos de cargo. Dijo en el sumario que se habia levantado á aquellas horas para ir á buscar vino al barrio de Linto. Parecióle á este testigo mejor que otra alguna, esta excusa ó justificacion indigna de crédito. Pero comprendiendo más tarde que era increíble, procuró buscar una distinta y la dió en el juicio oral, en cuyo acto, sobre incurrir en flagrante contradiccion, cayó en lo que podriamos llamar una majadería, una estultez. Nos dijo que habia ido en busca de vino á Linto porque en aquellas horas estaban cerradas las tres tabernas que existen próximas á su casa, en alguna de las cuales acostumbraba surtirse de aquel género; y añadió que iba á Linto, porque en el trascurso del tiempo que habia de invertir en el camino, presumia que abrirían las tabernas de aquel barrio. Pues bien; ¿á quién no se le ocurre, señor, que lo mismo transcurre ese tiempo permaneciendo acostado en la cama, dando al cuerpo ese descanso, y á quién no se le ocurre aguardar la venida del día cómodamente para adquirir el vino, como de costumbre, en los establecimientos inmediatos, sin necesidad de molestarse caminando durante media hora para llegar á Linto y otra media en el retorno á su casa?

Pero este testigo tiene, además, un punto importante de contradiccion con todos los otros testigos; contradiccion que, á juicio de la defensa de Bráulio Mier, es de las que en verdad merecen una seria atencion de la Sala. Declaró este testigo haber oido disparos de arma de fuego, en el Campo de la Iglesia, entre dos y media y tres de la mañana. Dice que oyó primeramente dos detonaciones, hallándose un poco más arriba de ese Campo de la Iglesia, hacia casa de Pozas; que oyó despues otras tres á la parte de abajo del sitio designado, y que durante todo ese tiempo estuvo divisando ó viendo la casa de Bráulio Mier, sin que observara que de ella saliera persona alguna. Pues bien; dice este mismo testigo que á los cuatro ó cinco segundos de haber sonado los disparos, vió venir dos grupos que salian del Campo de la Iglesia hacia el sitio de la Cárcova; y que componian el primero de esos grupos don Aurelio Pozas y los guardias civiles, estando el segundo formado de otras personas, en número de dos ó tres, á las cuales no conoció.

En esos mismos momentos, segun la declaracion de Santiago

y Anastasio Lastra Mora, testigos que se llaman presenciales, no habia en aquel sitio más personas que un guardia civil y don Aurelio Pozas, puesto que Maza habia dejado de existir. ¿Cómo se hermana, cómo se compagina la declaracion de Elías Gomez Acebo, con las de esos otros testigos que se llaman presenciales? ¿De dónde venia ese segundo grupo? No habia salido de casa de Mier; porque esta defensa preguntó al testigo si desde el punto donde supone se encontraba veia la casa de Bráulio Mier, y contestó afirmativamente; le preguntó tambien esta defensa si veia la puerta de Mier, y tambien contestó que sí; y preguntándole, por último, si habia visto salir alguna persona de aquella casa, contestó negativamente. Pues si no estaban allí, si no habian salido de esa casa, ¿en dónde estaban y de dónde procedian esas personas que el testigo supone volvia[n] del Campo de la Iglesia?... ¡Ah, señor! es que este testigo no tuvo suficiente habilidad; es que sabia la primera parte de la trama, pero desconocia la segunda; es que sabia á quiénes se referian los testigos de la calleja de Pereda; sabia que se hablaba de Pozas, de una pareja de la guardia civil y de otras personas, y á todas ellas se refirió en su declaracion, y á todas las colocó en el Campo de la Iglesia, en el momento de realizarse el suceso.

Decia yo hace breves instantes que no habia de tardar el momento en que, ya que no de una manera perfecta y directa, ya que no por medio de pruebas documentales, hubiéramos de demostrar quién y cómo y por qué habia traído á este proceso la declaracion de Eleuterio Gomez Lastra. Ya sabe la Sala—y fíjese en esta observacion,—ya sabe la Sala que hay tres únicos testigos presenciales del hecho; ya sabe la Sala que estos tres testigos afirman que á nadie habian contado el suceso, como no fuera á su tía Baltasara Lastra Mora, quien á su vez afirma que á nadie lo refirió.

Pues bien; fíjese la Sala en estas observaciones; en los primeros dias de la instruccion de este proceso, aparecieron los anónimos; en esos anónimos, cuya apología no he de hacer, se presentaba la descripcion del crimen casi con las mismas líneas y detalles con que luego la hicieron estos testigos. Fijaos en que el autor de esos anónimos no podia conocer ningun detalle, puesto que los testigos presenciales á nadie habian referido el suceso; nadie se lo habia oido; fijaos y resolved despues este dilema en la forma que vuestra conciencia os aconseje. ¿Son los anónimos producto de la relacion hecha por los testigos, ó son los

testigos producto de los anónimos? ¿Se escribieron los anónimos para acreditar los hechos á que se refieren los testigos, ó se hicieron los testigos para convencer de la verdad de los anónimos?

Resuélvalo la Sala.

Era el presbítero don Simon Remigio Perez, cura de los Barrios, el autor de esos execrables anónimos. Tuvo la debilidad, la cobardía de negar aquí lo que era la obra de su inteligencia y la obra de su propia mano. Vino despues una prueba pericial á dar en tierra con esa negativa, y nos dijo que los anónimos habian sido escritos por la mano de don Simon Remigio Perez.

Una ligera observacion: sé que puede tacharse ó contradecirse el testimonio de los peritos; sé que los calígrafos no son infalibles; sé que pueden incurrir en error; pero en estos debates judiciales en que las acusaciones y las defensas luchan con iguales armas, hay que admitir como punto de convenio todo aquello que, habiéndose enunciado, no ha sido materia de controversia. Yo digo, pues, á la Sala: Oisteis, señor, el informe de los peritos calígrafos, y oisteis el silencio de las acusaciones ante ese informe, ante esa declaracion. ¿Hubo alguna de esas dos acusaciones, pública y privada, que durante el informe de los peritos calígrafos les dirigiera preguntas que tendiesen á acreditar, ó á suponer siquiera, que el fallo de aquellos podía ser un fallo equívoco ó erróneo? ¿O es, por el contrario, cierto, que las acusaciones permanecieron calladas y nada opusieron á aquel informe? Esto quiere decir que, tanto como las defensas, las acusaciones admitieron como incontrovertible el informe de los peritos calígrafos.

Pues bien; sabiendo ya que don Simon Remigio Perez es el autor de esos anónimos, preguntamos á la Sala: ¿Por qué no los reconoció el cura de los Barrios? ¿Por qué no lo declaró aquí bajo la santidad del juramento? ¿Por qué prefirió incurrir en el crimen religioso más grande que puede cometer un sacerdote? ¿Por qué hizo aquí que el juramento fuera vínculo de iniquidad contra los preceptos de la doctrina canónica? Lo hizo, señor, porque el hombre teme siempre más el mal próximo que el mal remoto; y aquí veia el mal próximo, inmediato, del concepto de falso calumniador, que siempre habia de pesar sobre él. Si él hubiera estado convencido de que denunciaba un hecho cierto, y hubiera tenido la conciencia serena y tranquila como un lago, no comprendo, señor, que negara su obra; no la hubiera negado, y hubiese dicho ante la Sala algo que borrara la iniquidad de esos anónimos; hubiera dicho: «Señor, los escribí, porque Eleu-

terio Gomez Lastra vino á contarme aquella escena; y como temí la impunidad de ese grande crimen, porque comprendí que no habia ninguna persona en Miera que presentara su nombre al pié de una denuncia, preferí manchar mis manos y mi pluma antes que consentir quedara impune un delito de esta clase. Entonces hubiera aparecido don Simon Remigio Perez con alguna prenda de verdad; entonces no hubiera resultado de esta prueba, que él negó porque sabia que no habia escrito los anónimos por inspiracion de los testigos; entonces hubiera resultado que los testigos eran anteriores á los anónimos.

No importa gran cosa á los intereses de esta defensa, pero ya que ha presentado á grandes rasgos la odiosa falsedad de las declaraciones de los testigos de cargo que han venido á deponer en este proceso, no ha de dejar pasar desapercibida la circunstancia que aquí ocurrió ó aconteció con Clementina Lastra Mora. Recuerde la Sala qué propicia se presentaba á contestar á las preguntas del ministerio fiscal; recuerde de qué manera, en cuanto el fiscal de S. M. la preguntaba si sabia algo del suceso, llena de gozo, como diciendo, «me proporciona V. oportuna ocasion de saciar mis ódios,» contestaba:—Lo supe al siguiente dia. Recuerde que cuando despues la defensa de Bráulio Mier la preguntaba si lo sabia ya cuando fué á declarar á Santoña en el mes de Setiembre, contestó que no, porque entonces recordaba sin duda que no habia declarado eso en Santoña. Recuerde que esto constituye un falso testimonio, que constituye un delito que debe ser perseguido de oficio. Porque señores, entre dos términos contradictorios, uno de ellos tiene que ser falso: séalo el segundo ó séalo el primero, es lo mismo.

Eso es lo que se nota aquí en la superficie apenas se dirige la vista á ese conjunto de odiosos y execrables testigos: lo digo con el alma; yo odio mucho, sí, ó mejor dicho, compadezco mucho al criminal que olvida sus deberes en la tierra y arrebatada la vida á un semejante, sea este criminal don Aurelio Pozas, ó sea el más pobre y humilde de los hombres; pero yo compadezco y odio mucho más, mil veces más, infinitamente más, al testigo que con un alma miserable, que con una pasion envenenada, comete el crimen jurídico de la falsedad, y viene aquí á pretender que vosotros, que los sagrados Tribunales de justicia sean cómplices inconscientes de su criminal, de su maldita invencion

Por eso odio yo con toda mi alma ese perjurio en que ha incurrido Clementina Lastra Mora. Y de esa gerarquía

son sus parientes, hermanos y tíos Santiago, Anastasio y Eleuterio.

Una observacion antes de entrar en el análisis que me he propuesto hacer de otras materias, por si en el curso de mi desaliñado informe puede servir de faro que guíe la investigacion judicial. Ya sabeis, señor, de qué manera han sido contradichos por otros testimonios los testimonios de esos testigos; ya sabeis de qué manera cuentan aquella relacion, referente á Ramon Gomez, cuando este venia de Santoña; ya sabeis cómo Tomás Higuera, Pedro Mora y José Acebo se hallan en el callejuelo de La Matanza; ya sabeis de qué manera otros testigos oyeron disparos entre nueve y media y diez de la noche del 22 de Julio; ya sabeis todo eso, y sabeis tambien de qué suerte quedaron desvirtuados, por el influjo del exámen analítico hecho por la defensa de don Aurelio Pozas, todos aquellos cargos sostenidos por los testigos de las acusaciones. Pero aun quiero yo llegar más allá en algo, que parece como una inspiracion divina que en este instante ha venido al fondo de mi conciencia.

Decia la acusacion pública que á las nueve y media ó diez de aquella noche Eusebio Higuera, José Acebo, Tomás Higuera y Pedro Mora se encontraron en el callejuelo de la Matanza, que él no tenia inconveniente en conceder que sí se encontraron porque eso demuestra que si se hallaban en la calle Tomás Higuera, Pedro Mora y José Acebo pudieron ver á los procesados como lo declaran.

No parece falto de lógica lo que decia el ministerio público; pero olvidaba—porque no puedo yo creer que emplee los argumentos á medias, sino que agota todos los que á su juicio favorecen la acusacion,—olvidaba las consecuencias de esa afirmacion; olvidaba que esa concesion suya daba ocasion á la defensa de Bráulio Mier para hacer una observacion atinadísima en su juicio, llena de importancia y de trascendencia en este laberinto de oscuridades; llena de elocuencia muda, pero que no dejará de ser escuchada en el juicio y en la conciencia de la Sala. Sí, tambien yo estoy conforme con el fiscal de S. M.; no negamos nosotros esa posibilidad; pero tened en cuenta la obstinacion con que aquellos testigos han querido negar que anduvieron juntos aquella noche.

Unid á eso que entre las nueve y media y las once de aquella misma noche sonaron disparos de arma de fuego en el Campo de la Iglesia; agregad á eso lo que, como un indicio, se quiso presen-

tar por las acusaciones, la circunstancia de que Juan de la Maza tenia la frente lavada, y recordad, por fin, que cuando en la mañana siguiente le preguntaron quién le habia herido, contestó que nadie. Unid todos estos antecedentes, estudiad los términos del problema, y acaso hallareis, señores magistrados, la incógnita de este proceso. ¡Ah, señores! Seguramente que los supuestos asesinos de Juan de la Maza no hubiesen ido á curar sus heridas con el paliativo de una gota de agua! Tened en cuenta, señor, que sonaron tiros entre nueve y media y diez de la noche, y tened en cuenta que el herido dijo que no le habia herido nadie!.....

No va á seguir la defensa de Bráulio Mier en el análisis más ó menos minucioso de otras declaraciones; no va á hacer mención de la falsedad de Antonia Samperio, falsedad doble que cumplidamente demostró la defensa de don Aurelio Pozas; no va á hacer observar que es muy grande la distancia de 197 metros que separa la casa de Antonia Samperio del sitio de la Fuente Sagrada, de donde declara que vió salir el humo de los disparos; no va á decir de qué manera tenia razon Manuel Lavin cuando declaraba que Catalina Lavin era falta de sentido, cuando con aquella sinceridad bñ de la buena fé y de la lealtad, que en Manuel ^{publicos que ha} ocupado, la pos^{os muestra-}ba lo que pod^{iones mora-}les y de intel^{cuad cómo nos} decia: «Yo creo que ^{un trato en que se cru-}cen dos duros, se la engañ^{o menos}». Se ha dicho muchas veces que los habitantes de esos contornos son los hombres más hábiles para la vida comercial; se ha dicho muchas veces que un pasiego engañaria siempre á un gitano. Si esto se dice de un pasiego de regulares facultades, buena razon daba Manuel Lavin para explicar la estûltez de esa testigo.

Ya dijo ayer la ilustrada defensa de don Aurelio Pozas, cómo era ridicula la presuncion, aquel prejuicio, aquella presciencia — que así la debemos llamar — de Catalina Lavin, cuando á las siete de la tarde del dia 22, porque se reian algunas personas que paseaban en frente de casa de Mier, adivinó que aquella noche se habia de perpetrar la muerte de Juan de la Maza Samperio.

Voy á entrar á examinar algunos indicios, distintos de los que ayer examinara la defensa de Pozas, ofrecidos por las acusaciones. Uno de los que parecian tener más importancia y más

fuerza era el que se fundaba en la circunstancia de no haberse oído por Bráulio Mier y los guardias civiles que en su casa se alojaban, los tiros que se dispararon de dos á tres de la mañana en el Campo de la Iglesia, y que fueron los que causaron la muerte de Juan de la Maza. Este sí que no es punto de convenio; este sí que es precisamente el extremo más digno de duda y que más en absoluto niegan las defensas, y que no se atreven á afirmar las acusaciones, sino con esos testigos de cargo. No; yo creo — sin que esto sea hablar ex-cátedra — que el indicio es cosa algo distinta de lo que entiende la acusacion pública al aducir este argumento. Es el indicio una señal que encontramos en el camino de la investigacion, por virtud de la cual averiguamos hechos desconocidos. Es, pues, preciso para que exista la prevencion, el indicio, que aparezca un hecho que, aunque no afecte directamente á la cuestion que se debate, pueda relacionarse con ella; pero que ese hecho sea un hecho probado. Ahora bien; ¿se ha probado aquí que sonaron esos tiros de dos á tres de la mañana?... La defensa de Bráulio Mier se atreveria á decir que sabe que no sonaron. Y si no sonaron, señor, si no los oyeron tampoco Emilia Higuera y su hermano Víctor, ni su criada, que viven próximos á la casa de Bráulio Mier, ¿por qué razon habian de oírlos los que en aquella casa de Bráulio Mier se hallaban?

Y si recordamos que han venido aquí numerosos testigos, entre los que pueden contarse algunos que no han de merecer duda ni sospecha á las acusaciones, entre los que se hallan Juan Lavin, Leoncio Higuera y Miguel Higuera, que en aquella noche, por un suceso desgraciado, se quedaron á velar el cadáver de un pariente; y si recordamos que esos testigos que velaban, no oyeron los tiros que se supone sonaron á las dos de la mañana, podremos deducir que sobre ser falsa toda la prueba de cargo, es absolutamente falto de fundamento que de dos y media á tres de la mañana sonaran tiros en el Campo de la Iglesia.

Si tenemos esta razon testifical para negar este hecho, porque hay que reconocer, cuando menos, que no está probado y que solo puede admitirse en el terreno de la hipótesis, en el terreno de la duda, es evidente que de un hecho que no consta más que envuelto en la duda no puede deducirse jamás, en buenos principios de derecho, un indicio en contra de los acusados.

Se han querido ver indicios en todas las manifestaciones, en todos los sucesos. Se ha dudado por las acusaciones, por esa misma razon que yo decia al principio, porque habia falta de conven-

cimiento; se ha dudado de que esa prueba directa pudiese ser eficaz y nacer efecto, y se ha querido apelar á la demostracion de indicios, porque se tenia el convencimiento de la deficiencia de la prueba directa. ¿Para qué os acogisteis á una prueba circunstancial, á una prueba de categoría inferior á la de la prueba testimonial directa? ¿Para qué acudisteis á la prueba indiciaria?... Acudisteis á ella por falta de seguridad, y tan inseguras estaban las acusaciones, que en todas partes quisieran encontrar indicios contra los procesados. Mirad, señor, en lo que ven un indicio: en que fuese Manuela Lavín, la cartera, la primera que avisase á Bráulio Mier que estaba quejándose un hombre en el Campo de la Iglesia. ¡De eso se ha querido sacar un indicio!..... Yo me abismo en reflexiones, y allá en el fondo del alma y en el fondo del pensamiento busco la razon en que se apoyan las acusaciones para hacer de eso un indicio de culpabilidad contra los procesados; no puedo explicármelo, y no hago más que enunciar ese pretendido indicio, porque creo que basta enunciarle para que la Sala haya de rechazarle de plano.

Las amenazas del cabo y del capitán de la guardia civil—otro hecho que no está probado—es una afirmacion que constituye una inconsecuencia. No es correcto admitir ese hecho como indicio ó como fundamento de indicio, cuando no se deduce la denuncia correspondiente contra las personas que le llevaron á cabo: eso no es debido. Señor, yo no debo tocar este punto de la acusacion, porque algo ha de quedar reservado á la ilustrada defensa de los guardias civiles. Pero se dice que un capitán, un pudenoso oficial de la guardia civil amenaza á los testigos para que mientan, cuando su prestigio, su honor, sus antecedentes y su historia, le hubieran inducido á obligarles acaso á que mintieran en contra de los guardias procesados, á fin de poder imponerles un castigo severo para que no quedase ni una mancha, ni el más leve borron en la historia de ese benemérito instituto.

Decia la acusacion pública:—«Aquí está la prueba circunstanciada; aquí está la prueba indiciaria. ¿Dónde hallareis, vosotros los defensores, dónde hallareis los contraindicios?»—No los habíamos menester; para nada eran necesarios, ni era necesario tampoco disertar acerca de esta materia; pero ya que así se nos provoca, y puesto que estamos decididos á aceptar la lucha en el terreno que las acusaciones elijan, enumeraré de una manera lacónica, enunciaré solamente algunos de los contraindicios, bastantes por si solos, despues de lo que ya he dicho, para destruir

fuerza era el que se fundaba en la circunstancia de no haberse oído por Bráulio Mier y los guardias civiles que en su casa se alojaban, los tiros que se dispararon de dos á tres de la mañana en el Campo de la Iglesia, y que fueron los que causaron la muerte de Juan de la Maza. Este sí que no es punto de convenio; este sí que es precisamente el extremo más digno de duda y que más en absoluto niegan las defensas, y que no se atreven á afirmar las acusaciones, sino con esos testigos de cargo. No; yo creo — sin que esto sea hablar ex-cátedra — que el indicio es cosa algo distinta de lo que entiende la acusacion pública al aducir este argumento. Es el indicio una señal que encontramos en el camino de la investigacion, por virtud de la cual averiguamos hechos desconocidos. Es, pues, preciso para que exista la prevencion, el indicio, que aparezca un hecho que, aunque no afecte directamente á la cuestion que se debate, pueda relacionarse con ella; pero que ese hecho sea un hecho probado. Ahora bien; ¿se ha probado aquí que sonaron esos tiros de dos á tres de la mañana?... La defensa de Bráulio Mier se atreveria á decir que sabe que no sonaron. Y si no sonaron, señor, si no los oyeron tampoco Emilia Higuera y su hermano Víctor, ni su criada, que viven próximos á la casa de Bráulio Mier, ¿por qué razon habian de oírlos los que en aquella casa de Bráulio Mier se hallaban?

Y si recordamos que han venido aquí numerosos testigos, entre los que pueden contarse algunos que no han de merecer duda ni sospecha á las acusaciones, entre los que se hallan Juan Lavín, Leoncio Higuera y Miguel Higuera, que en aquella noche, por un suceso desgraciado, se quedaron á velar el cadáver de un pariente; y si recordamos que esos testigos que velaban, no oyeron los tiros que se supone sonaron á las dos de la mañana, podremos deducir que sobre ser falsa toda la prueba de cargo, es absolutamente falto de fundamento que de dos y media á tres de la mañana sonaran tiros en el Campo de la Iglesia.

Si tenemos esta razon testifical para negar este hecho, porque hay que reconocer, cuando menos, que no está probado y que solo puede admitirse en el terreno de la hipótesis, en el terreno de la duda, es evidente que de un hecho que no consta más que envuelto en la duda no puede deducirse jamás, en buenos principios de derecho, un indicio en contra de los acusados.

Se han querido ver indicios en todas las manifestaciones, en todos los sucesos. Se ha dudado por las acusaciones, por esa misma razon que yo decia al principio, porque habia falta de conven-

cimiento; se ha dudado de que esa prueba directa pudiese ser eficaz y nacer efecto, y se ha querido apelar á la demostración de indicios, porque se tenia el convencimiento de la deficiencia de la prueba directa. ¿Para qué os acogisteis á una prueba circunstancial, á una prueba de categoría inferior á la de la prueba testimonial directa? ¿Para qué acudisteis á la prueba indiciaria?... Acudisteis á ella por falta de seguridad, y tan inseguras estaban las acusaciones, que en todas partes quisieran encontrar indicios contra los procesados. Mirad, señor, en lo que ven un indicio: en que fuese Manuela Lavin, la cartera, la primera que avisase á Bráulio Mier que estaba quejándose un hombre en el Campo de la Iglesia. ¡De eso se ha querido sacar un indicio!..... Yo me abismo en reflexiones, y allá en el fondo del alma y en el fondo del pensamiento busco la razón en que se apoyan las acusaciones para hacer de eso un indicio de culpabilidad contra los procesados; no puedo explicármelo, y no hago más que enunciar ese pretendido indicio, porque creo que basta enunciarle para que la Sala haya de rechazarle de plano.

Las amenazas del cabo y del capitán de la guardia civil—otro hecho que no está probado—es una afirmación que constituye una inconsecuencia. No es correcto admitir ese hecho como indicio ó como fundamento de indicio, cuando no se deduce la denuncia correspondiente contra las personas que le llevaron á cabo: eso no es debido. Señor, yo no debo tocar este punto de la acusación, porque algo ha de quedar reservado á la ilustrada defensa de los guardias civiles. Pero se dice que un capitán, un pundonoroso oficial de la guardia civil amenaza á los testigos para que mientan, cuando su prestigio, su honor, sus antecedentes y su historia, le hubieran inducido á obligarles acaso á que mintieran en contra de los guardias procesados, á fin de poder imponerles un castigo severo para que no quedase ni una mancha, ni el más leve borron en la historia de ese benemérito instituto.

Decía la acusación pública:—«Aquí está la prueba circunstancial; aquí está la prueba indiciaria. ¿Dónde hallareis, vosotros los defensores, dónde hallareis los contraindicios?»—No los habíamos menester; para nada eran necesarios, ni era necesario tampoco disertar acerca de esta materia; pero ya que así se nos provoca, y puesto que estamos decididos á aceptar la lucha en el terreno que las acusaciones elijan, enumeraré de una manera lacónica, enunciaré solamente algunos de los contraindicios, bastantes por sí solos, después de lo que ya he dicho, para destruir

todas las inverosimilitudes presentadas como indicios de culpabilidad, y aquellas en que incurrieron los testigos de cargo.

Indicio ó contraindicio es la circunstancia extraordinaria de que todos esos testigos se hallaran por casualidad colocados en los puntos desde donde única y exclusivamente podían ver esos sucesos que pretenden haber presenciado.

Indicio gravísimo es, ó contraindicio, esa afirmación gratuita que han traído aquí las acusaciones, para intentar acreditar la mala conducta de don Aurelio Pozas.

Ya sabemos que á las once y media de aquella noche salió de su casa don Aurelio Pozas acompañando á la guardia civil por los barrios de Pomares y La Matanza; ya sabemos que llamó en casa del alcalde de barrio Ramon Gomez. Y aquí conviene remarcar bien la frase, porque aquí hubo error de concepto; conviene recordar que Pozas llamó en casa de ese alcalde de barrio, que se hallaba beodo, segun frase vulgar borracho, y que despues que la hija de Ramon Gomez les enteró del estado en que se hallaba su padre, don Aurelio Pozas dijo: «Vámonos, porque si está así, más nos ha de servir de estorbo que de provecho.» No es que Pozas dijera eso en el sentido en que se pretende interpretar sus palabras, no; porque si tal supusiéramos, ¿para qué fué Pozas á despertarle? ¿Para qué fué allí? ¿Fué para tener más testigos presenciales? ¿Fué para comprometer á más personas en sus planes y en sus propósitos? ¿Es que tan magnética influencia ejerce y tan poderosos son los medios con que cuenta este procesado, que así consigue y arrastra al abismo en pos de sí á las personas más enemigas?... ¡Ah, señor! eso repugna á la razon; eso es un indicio de la inocencia, de la falta de premeditacion para cometer el supuesto delito; eso es un indicio de que en la conciencia de Pozas no habia surgido la sombra negra del crimen.

No hablaré ya más de ese maquiavelismo que se atribuye á Pozas. Segun las declaraciones de los testigos pasó conduciendo á Maza por el monte del Cagigal; atravesó aquella soledad escabrosa que parece puesta allí por la mano de la Providencia para que pudiera á su amparo cometerse los crímenes más horrendos; por allí cruzó, segun las acusaciones, con Juan de la Maza, y no se le ocurrió matarle de una puñalada que nadie hubiera oído, en vez de matarle de un tiro; no se le ocurre otra cosa sino traerle al centro del pueblo, en medio de las casas de amigos y enemigos, para que el pueblo entero pudiera apereibir.

se de su delito, como si por un sentimiento absoluto de justicia, dijera: «Ya que voy á cometer un crimen, comprendo que debo someterme á la justicia, y para que venga sobre mí el castigo merecido, al cometer el crimen daré medios para su descubrimiento.»

Ya se indicaba que nunca ocurre un suceso en la vida, ni ningún movimiento de la voluntad del hombre, que no reconozca por causa algun estímulo, algun fundamento. Yo quisiera que me dijeran las acusaciones pública y privada cuál fué la causa, cuál fué el estímulo, cuál fué la razón que indujo á don Aurelio Pozas á cometer el crimen, despues que se ha acreditado que no habia causa de enemistad, sobre todo de enemistad profunda.... ¿Cuál es esa causa por que se hizo desaparecer á Juan de la Maza, á aquel infeliz cuyas condiciones morales, físicas y civiles hemos examinado antes?... Si fueran las pasiones de la lucha electoral las que hubiesen inducido á los procesados á disparar sobre Maza, ¡cuánto mejor empleados esos disparos, dentro de círculo de la pasión supuesta, en otras de las personas que han venido á declarar aquí; en alguna de esas personas que era la base y la cabeza del bando opuesto; en esas personas que tenían algun influjo, algun poder; que podían ser más tarde ó más temprano obstáculo á los planes de don Aurelio Pozas! Pero con el último, con el más desvalido de los de este bando contrario fué don Aurelio Pozas á cometer ese acto de venganza. !

Suponed, si quereis, en el terreno de la discusión, en el terreno de la hipótesis que don Aurelio Pozas tuviera esos estímulos de venganza, ¡tan poderosa, tan mágica es su mirada, tan extraordinarias son sus facultades que arrastra al precipicio á los hombres honrados? ¿Qué estímulo tenía Bráulio Mier, qué estímulo tenía el honrado industrial, ese hombre cuyas condiciones son tan de relieve recomendables, que la acusación pública, en fuerza de repetir su nombre, ha tenido que calificarle con ese adjetivo de honrado?

No hago igual razonamiento respecto de los otros dos procesados, porque no quiero entrar en ese terreno para dejarle todo entero á la elocuente palabra de su defensor.

No hay crimen alguno, no hay acto en la vida que no reconozca una razón de ser. Viéneme á las mientes un caso extraordinario de que nos hablaba en su informe el ministerio público presentándonosle como ejemplo de crímenes que no reconocian causa. A este propósito nos hablaba el fiscal de S. M. del asesi-

nato ú homicidio del arzobispo de Paris, y nos decia que el que arrebató la vida al ilustre prelado se la arrebató sin una causa determinante... ¿No dijo ese fanático que habia cometido el crimen porque en un momento de exaltacion anti-religiosa habia creído que al herir al arzobispo concluia con el misterio de la Inmaculada Concepcion? ¿No habia dicho al hundir su puñal en el pecho de la víctima: «¡no más diosas!» ¿No dijo al ir á expiar arrepentido su culpa en el cadalso: «¡Viva Jesucristo!»

Sí; habia una razon; habia una causa. Buscadla siempre y la hallareis: siempre las pasiones que pueden dominar al hombre serán la causa del delito. Buscadla y la hallareis, ya sea en la pasion de la lujuria, ya en el vicio de la embriaguez, ó en la pasion del juego, ó en la avaricia, ó en la venganza... siempre en una pasion de las que suelen dominar al hombre. Pero así sin motivo surge el delito, como surge Vénus de la espuma del mar, sin padres, sin filiacion...? Esto es imposible; al menos mi razon no lo admite y mi conciencia lo rechaza.

¿Quién le mató?—decia ayer la defensa de don Aurelio Pozas—¿quién le mató...? No lo sabemos... Acaso sí; acaso lo sepamos; acaso lo podamos inducir; acaso el mismo proceso ofrezca á la penetracion de superiores inteligencias, elementos y motivos bastantes para averiguar esa verdad. Pero en este proceso no tengo otro ministerio que el de apadrinar á la inocencia; debo limitarme á sostener ante la Sala que no está probado el crimen de qué se acusaba á los procesados; que no se ha demostrado lo que se pretendia demostrar.

Yo en este sitio tengo que volver á recordar aquellos términos de la ecuacion; aquel detalle de tener el herido lavado la cara, el de aquellos tiros á las nueve y media, estar juntos en la calle á aquella hora Tomás Higuera, Pedro Mora y José Acebo, el *Manteguero*, y aquellas palabras de Juan Maza en sus últimos momentos, al extinguirse los destellos de la vida... En esos supremos instantes de la muerte, señor; en esos instantes en que el espíritu va á libertarse de las ligaduras del cuerpo, yo creo que no hay nadie que mienta, porque la verdad brota de los labios, ya por religiosidad ó respeto propio. ¡No se miente, no...! Y, sin embargo, señor, tenemos una frase, una afirmacion del moribundo, de que nadie le habia herido. Y ya hemos dicho que la ciencia autoriza á creer que habló, y los testigos aseguran tambien que habló. Luego tenemos que admitir como incontro-

vertib'les esas palabras de Juan Maza, y esas ¡palabras habrán de tener tambien una explicacion.

Recuerdo á este propósito que en mi escrito de conclusiones, al establecer la segunda de ellas, viendo que en el asunto que dió crígen á este proceso habia un cadáver, el cadáver de Juan de la Maza, que acusaba haber sido muerto violentamente, pensé que tenia que haber necesariamente una mano ejecutora, una mano autora, y dije: «Dentro de la conciencia, dentro de la razon hay tres maneras de explicar este hecho: hay el modo de explicarle por el asesinato que se supone; hay el modo de explicarle por el homicidio de que no se habla, y hay el modo de explicarle por la imprudencia, que ni siquiera se menciona. Todos los tres modos caben dentro de una sana lógica, son admisibles dentro de los principios de un recto raciocinio.

Esas palabras que el fiscal de S. M. decia que no habia pronunciado Juan Maza Samperio, porque creia que para que las pronunciara hubiese sido necesario que el que mandó ver al ciego; el que mandó levantarse á Lázaro, le mandara á él hablar, serán, si el fiscal de S. M. quiere que lo sean, inspiradas por Dios para que sobre todas las circunstancias que concurren en esa causa haya alguna que sirva de consuelo, para que podamos señalarla, diciendo: *Vere digitus Dei est hic*: ahí está el dedo de Dios; ahí está el dedo de la Providencia!

Maza pronunció esas palabras, sí; y no era necesario, como dice la acusacion pública, incurriendo en flagrante error, que para que el mismo Juan Maza hubiese hablado era preciso que las heridas que recibió no fuesen mortales por esencia. Yo recuerdo que el ministerio público decia: «No habló; eran mortales por esencia las heridas, y no pudo hablar. Si las heridas no hubieran sido mortales por esencia, Juan Maza hubiese hablado en esta Sala.» No, señores, no; Juan Maza murió, como todos los hombres que reciben una herida que no es mortal por necesidad, se mueren si en el momento oportuno no reciben el auxilio de la ciencia.

Siempre, en estos casos, hay un problema que resolver, hay una lucha de la ciencia y la naturaleza; hay un organismo que reintegrar, un desórden que ordenar, una pérdida que reparar.

Ese problema se resuelve, y vence la naturaleza, ó vencen los medios terapéuticos y patológicos.

No es necesario, no, que fueran mortales por esencia las heridas de Juan de la Maza; no era forzosamente necesario que pro-

dujeran la muerte; fueron mortales por accidente: y murió el herido, no por consecuencia fatalmente necesaria de aquellas heridas, sino á la manera que una sangría produce la muerte de un individuo si en tiempo oportuno no se impide la salida de la sangre.

Pues bien; esas palabras pronunciadas por Maza, tienen tres significaciones que yo he de afrontar, con la espontaneidad con que las invoco. Él dijo que nadie, y no hay más remedio que creer que, ó lo dijo porque no se acordaba; que lo dijo porque lo quería decir, sabiendo que quien le habia herido no tuvo intencion de causarle las heridas, ó que lo dijo por miedo á las personas que le rodeaban.

¿Lo dijo por miedo?... Responda por mí Juan Lavin Samperio, tío del muerto; responda por mí Manuel Lavin Perez, y respondan por mí José Gomez y José Higuera Prado que estaban á su lado y que eran sus amigos, y enemigos de don Aurelio Pozas. ¿Qué habia de temer Juan Maza Samperio? ¿Qué habia de temer en aquellos instantes, y cómo habia de creer que todavia le infligieran mayores males?... No; esa interpretacion de las palabras de Maza Samperio hay que desecharla por absurda.

Ya recordareis, señor, que no es muy largo el plazo, una causa que se promovió ante esta Sala, y que durante ella se suscitó un debate parecido á este que nos ocupa; ya recordareis que allí habia un herido que habló y que señaló. Hablo de este asunto porque es ya un hecho consumado. No habia ninguna razon para que no hablara y señalara Juan de la Maza.

¿Fué que no recordaba ó que no sabia quiénes le habian inferido las heridas?... Tampoco, en primer término, ningun motivo existe racional ni científico que admita como buena la suposicion de que no tuviera facultades intelectuales; y en segundo término, señor, habiendo ocurrido escenas como las que relatan los testigos, habiéndole conducido preso don Aurelio Pozas, hasta el sitio de la Torre, y habiendo pronunciado el mismo Pozas aquellas palabras que se le atribuyen, al hacer sobre él los dos disparos, ¿hubieran podido borrarse estos horrores, de la memoria del perjudicado, en el transcurso de cuatro horas? No, señor; tampoco esta razon es admisible.

No hay más explicacion racional, —sobre todo cuando nadie tiene autoridad bastante para dar á esas palabras una interpretacion distinta de su recto sentido, —que admitir que cuando una persona dice nadie, debe creerse que quiso decir lo que dijo: nadie.

Para sostener lo contrario sería preciso que demostrásemos que el que dijo nadie experimentaba en aquel instante una perturbación de sus facultades intelectuales. Nada de eso se ha demostrado; los peritos médicos opinan lo contrario, y los testigos corroboran esa opinión de los peritos.

¿Por qué dijo que nadie le había herido?... Quién sabe, señor, si Samperio recordaba allá en su memoria que á las nueve y media de la noche pudo, hallándose con sus amigos, recibir la muerte por imprudencia de alguno de ellos.... Ellos eran, señor, los que juntos con él andaban todas las noches rondando, y disparando armas de fuego contra las casas de los más honrados vecinos!

En la misión que voluntariamente se ha impuesto la defensa de Bráulio Mier y Maza, ha llegado al término de sus propósitos en cuanto á la primera parte de su informe.

No he de hacer resúmenes de los razonamientos que acaba de oírme la Sala; he de dejar así impresas en la mente de los señores magistrados todas las ideas que desordenadamente he expuesto en el curso de mi peroración, para que allá en su recto juicio, en su clarísimo entendimiento juzgue si ellas tienen alguna importancia y pueden representar algún papel interesante en este proceso.

Y voy á entrar ahora en la segunda parte de mi informe; voy á analizar la situación jurídica de Bráulio Mier y Maza en esta causa puesta á vuestra resolución.

Voy á decir, en primer término, que aun en el supuesto de que el delito se hubiese realizado, y se hubiese realizado de la manera que han querido suponer las acusaciones, supuesto que no concedo sino en hipótesis y por efecto de la discusión, no hay prueba bastante para atribuir ninguna participación en este delito á mi patrocinado.

Ya lo he dicho antes: solo dos de cuatro testigos que pretenden haber visto conducir á Maza por la calleja de Pereda, solo dos son los únicos que se atreven á indicar que vieron por allí á Bráulio Mier. Ya hemos visto cómo esa prueba no puede servir en manera alguna para acreditar el hecho principal, después de los defectos de que adolecen los testimonios de esos testigos, y ya vemos que una prueba de tal manera defectuosa, no puede servir de fundamento y base para probar hechos que pudieran perjudicar á Bráulio.

Pero es más; en el curso de este debate, y también con el ob-

jeto de preparar este razonamiento, la defensa de Bráulio Mier y Maza hizo gran esfuerzo por preguntar á sinnúmero de testigos de cargo si la opinion pública que ellos suponen atribuye el delito á los tres procesados, culpa de igual manera á Bráulio Mier; y ya sabeis tambien que hubo gran número de esos testigos que declararon que no; que de mi defendido nadie hablaba nada.

Dedúscense de aquí dos conclusiones: que esa opinion pública uniforme milita en favor de Bráulio Mier, pues ya veis de qué manera le excluye; y que á mi defendido no puede imputársele acto alguno punible, pues ya veis de qué manera no hay prueba alguna de que él le haya cometido.

Entre las personas á quienes pregunté, y contestaron no haber oido culpar á Bráulio Mier, se hallan Cándida Mier, aquella que declaraba que habia estado hablando con Domingo Ortiz cuando sus padres estaban ya acostados; Miguel Higuera, Eusebio Higuera, Ramon Gomez. Todos estos testigos que de intento he separado, por ser testigos íntimos de las acusaciones, todos estos testigos declaran que, en ese hecho, la opinion pública para nada mezcla á Bráulio Mier; que no se cita su nombre al hablar del delito de autos.

Pero concedamos por un momento que no son una novela infame los hechos que se suponen — porque aun así tiene la defensa razones invencibles en el terreno jurídico;—concedamos hipotéticamente esos hechos; creámos de buena fé que todo ha sucedido como lo cuentan los testigos, providencialmente situados en la calleja de Pereda. ¿En qué categoría se halla colocado Bráulio Mier y Maza? ¿Es cómplice del delito de asesinato, como dice la acusacion privada? ¿Es encubridor, como pretende la acusacion pública? ¿O es inocente, absolutamente inocente, como sostuvo en sus conclusiones y sostiene en este acto la defensa del propio Bráulio Mier y Maza?

Vamos á examinarlo.

Señor, son cómplices, segun la definicion del Código penal:

«Los que no hallándose comprendidos en el artículo 13, cooperan á la ejecucion del hecho por actos anteriores ó simultáneos.»

Es decir; puede tomarse parte en un acto criminal, en tres tiempos, á saber: antes de la ejecucion del hecho; en el momento mismo de la ejecucion, y despues de la ejecucion del hecho. Antes de la ejecucion del hecho, el que toma parte en un acto criminal, puede ser tanto autor como cómplice; el que toma parte en la ejecucion del hecho tiene que ser autor; despues del hecho,

puede ser encubridor, ó puede no ser nada. Es cómplice antes de la ejecucion del hecho, si los actos que realiza no son indispensables, no son absolutamente necesarios para que se perpetre el delito; si los actos que realiza son indispensables para la comision del delito, esos actos le colocan en la categoría de autor, y es autor dentro de las definiciones que el Código establece.

Lo mismo al hablar de los delitos que al hablar de la complicidad ó del encubrimiento, hay que tener presentes las teorías y los principios que la Sala conoce mucho mejor que la defensa de Bráulio Mier; es necesario tener presente que el encubrimiento y la complicidad no son otra cosa que manifestaciones ó formas del delito, y siendo delitos en sí mismos, necesitan para su existencia los mismos requisitos que son necesarios para que el delito, propiamente dicho, aparezca.

¿Cuál es el primero de esos requisitos? La voluntad, la voluntad en el sentido de intencion; la voluntad en el sentido de inteligencia. Es necesario que los actos que se realicen sean intencionados; es necesario que sean intencionados, no solo con relacion al hecho en sí mismo, sino con relacion al fin á que se dirigen, á los posteriores que han de producir el delito.

No quiero extenderme en estas consideraciones, porque la materia es harto sencilla y clara, y lo mismo que yo, la saben las acusaciones.

No podrá ponerse en tela de juicio esta verdad de que para hallar complicidad en esos actos es necesario, no solo la voluntad en cuanto al hecho en sí mismo, sino tambien con relacion á los posteriores que por él se produzcan, porque actos voluntarios son generalmente todos los que realiza el hombre. Y esto no necesita probarse: debe suponerse, porque es una presuncion de derecho, que todo hombre que realiza un acto tiene voluntad de realizarle. Pero, ¿puede decirse con la misma exactitud que en todo acto voluntario en sí propio se ha de suponer la voluntad de sus consecuencias si estas no son indeclinables del mismo acto?.. Esto ya no lo admite la moral, ni lo admite el derecho.

Invocaba la acusacion privada, para sostener los principios en que apoyaba este particular de su informe, aquellas teorías de uno de nuestros insignes tratadistas, y en esas teorías encontraba la defensa de Bráulio Mier modos de justificar su inocencia. En esos tratadistas hallarán las acusaciones que por manera absoluta, para que los actos puedan ser calificados de complicidad.

es necesario que hayan sido realizados con la intencion de preparar el hecho criminal, con voluntad de cooperar al delito.

¿Por dónde justificaria la acusacion privada la complicidad de Bráulio Mier? ¿En dónde hallaria esa voluntad necesaria para que la complicidad exista?

Supongamos que los hechos se realizaron como los presentan las acusaciones; supongamos que rondando los otros tres procesados, prendieron á Juan Maza y le llevaron á casa de Bráulio Mier. ¿Qué hay en todo esto?

Nos aseguraba la acusacion pública que Mier habia incurrido en responsabilidad legal por haber contribuido á una detencion arbitraria. Y me asombraba yo de oirla hablar en esos términos, porque sabe, como sabe todo el mundo, que en el terreno de la práctica vienen realizándose esas detenciones tan de continuo, que ya la costumbre ha adquirido fuerza de ley. Pues qué, ¿el fiscal de S. M. cree en esa teoría como en dogma de derecho, y no ha obligado á sentarse en ese banquillo á todos los alcaldes que han pasado por la alcaldía de Santander? Pues qué, ¿es nuevo que vayan al encierro todas las personas á quienes se encuentra en estado de embriaguez?... Si todos esos actos son ilegítimos, si son contrarios á las prescripciones del Código, hace mal el ministerio público en no deducir las correspondientes denuncias.

No hay detencion ilegal; y si la hay, no es materia discutible aquí, y no era en todo caso materia asequible á la capacidad é ilustracion de mi defendido; y por más que la ignorancia de las leyes no es razon que excuse su cumplimiento, es razon, sin embargo, digna de tenerse en cuenta en este caso en que la práctica viene á ser garantía de que no se realiza un acto indebido.

Pero supongamos que ese acto fuese arbitrario é ilegal. ¿Era de necesidad que ese mismo acto, único que se supone realizado por Bráulio Mier, fuera preparatorio de un crimen alevoso y cobarde? ¿quién hay que se atreva á sostenerlo en frente de la defensa de Bráulio Mier? Pues qué, ¿no ha visto la acusacion privada las obras de todos los tratadistas cuajadas de ejemplos; desde ese mismo don Francisco Pacheco, citado por ella, hasta Groizard y Silvela, desde este hasta cuantos han hablado de la materia; no ha visto que citan sinnúmero de ejemplos semejantes á este, en los que no hay delito. Pues qué, ¿el que presta, por ejemplo, una escalera de mano, sin saber que valiéndose de ella se va á realizar un escalamiento, ¿es autor ó cómplice del esca-

lamiento ó del delito á que dé lugar? Pues qué, ¿el que presta un arma de fuego ó una arma blanca sin tener conocimiento del uso que se va á hacer de ella, si despues resulta que esa arma de fuego ó esa arma blanca se ha empleado en arrebatar la vida á un semejante, será cómplice ó autor de homicidio? No, en manera alguna. Aquí nadie es responsable más que el autor del delito, el mismo que le realiza; los actos que ejecutó Bráulio Mier, no debían lógicamente producir un crimen; sus intenciones le exculpan y le justifican.

Señor, en esa horrible escena, en esa urdimbre grosera forjada por las declaraciones de los testigos, hay una circunstancia que ya conoce la Sala; aquellas frases puestas en labios de Bráulio Mier, que demostrarían su inocencia si ellas fuesen ciertas, y fuese cierta esa escena que relatan los testigos. ¿Qué otros actos posteriores realizó Bráulio Mier? Ninguno. Y aunque nada teníamos que averiguar, porque la presuncion de derecho está de nuestra parte, aun diremos: si en el momento de oír las detonaciones Bráulio Mier se asomó sorprendido á la ventana de su casa, exclamando: «¡Matar, no, don Aurelio; no mate usted!» fué porque no se le ocurrió que pudiera cometerse el crimen, y nada sabia de él hasta el instante mismo de su realizacion. ¡Ese es el cómplice del asesinato, señores magistrados! ¿Y tendrán todavía valor las acusaciones para pedir que se le imponga una condena?

Creo que he demostrado lo bastante esta tésis, puramente hipotética, y concedida únicamente para combatir á las acusaciones en el mismo terreno elegido por ellas.

Voy ahora al encubrimiento, y pasaré rápidamente sobre esta parte de mi informe.

No ha tenido la acusacion pública la amabilidad de decirnos cuál era la razon en que fundaba la calificacion de encubrimiento formulada contra mi defendido; no nos ha hecho más que una indicacion que está contestada por sí sola; solo nos ha dicho que Bráulio Mier era encubridor, porque sabia cómo se habia cometido el delito y no lo quiso decir cuando se le preguntaba. Error en que no concibo haya podido caer el representante del ministerio público, cuyas dotes de ilustracion y de talento reconocemos todos; error del que salieron nuestros legisladores, mucho tiempo hace; error, señor, que aquel mismo tratadista invocado aquí por las acusaciones, combatia diciendo: «Qué legislacion es esa que así pretende elevar á la categoria de virtud lo que á los ojos de

Los hombres, y en la conciencia universal es un crimen, el crimen de la delacion! No, por ese silencio no se castiga á nadie; no citará el ministerio público en toda la ley de Enjuiciamiento criminal un punto ó un artículo en que se apoye su teoría. No; no hay un solo punto que pueda servir de pretexto al fiscal de S. M. para sostener la acusacion de encubrimiento.

De cuatro maneras puede tenerse participacion en el encubrimiento de un delito, segun el Código penal. Estas son: primera:

«Aprovechándose por sí mismos ó auxiliando á los delincuentes para que se aprovechen de los efectos del delito.»

Como en el caso presente no habia nada de qué aprovecharse, no hay para qué hablar de esto.

Segunda: «Ocultando ó inutilizando el cuerpo, los efectos ó los instrumentos del delito, para impedir su descubrimiento.»

Tampoco hay aquí nada de eso; ni se ocultó el cadáver, ni el arma con que se realizó el delito, ni hubo ocultacion de ninguna naturaleza. Y aquí tocó, como de paso, una indicacion que Juíta Maza tuvo por conveniente hacer. Indicó que Bráulio Mier habia salido á cubrir la sangre derramada en el Campo de la Iglesia. No se ha probado este hecho, y sin embargo la defensa de Bráulio Mier no tendria inconveniente en admitirle como punto de convenio.

Ya sabe la Sala que si ese acto se hubiera realizado habria sido despues, mucho despues de haberse presenciado por los testigos, cuál era el sitio y en qué manera se encontraba allí lo que podia ser vestigio del delito; y era entonces una obra de caridad y de piedad y respeto, obra que se practica en todas partes, y que en las aldeas se practica casi como acto religioso; allí se cubre la sangre derramada, para evitar que los animales, especialmente los perros, lleguen á beberla, y para evitar el espectáculo repugnante que esto produce.

Cuarta: «Denegando el cabeza de familia á la autoridad judicial el permiso para entrar de noche en su domicilio, á fin de prender al delincuente que se hallare en él.»

He alterado el orden de propósito, porque siendo imposible que se quiera aplicar este caso de encubrimiento, por no haber hecho que lo legitime, he de hablar con alguna mayor extension, aunque siempre brevemente, de la tercera manera de encubrir.

Tercera: «Albergando, ocultando ó proporcionando la fuga al culpable, siempre que concurra alguna de las circunstancias si-

guientes: 1.^a La de intervenir abuso de funciones públicas de parte del encubridor. 2.^a La de ser el delincuente reo de traición, regicidio, parricidio, asesinato, ó reo conocidamente habitual de otro delito.»

¿Y podría decirse que Bráulio Mier ha albergado en su casa á la guardia civil?... Ya ve la acusacion pública si yo descubro horizontes!... Descubriré estos un poco más aun. En primer término, debo negar que el albergue á que la ley se refiere, sea ese albergue hospitalario que no tiene por objeto ocultar ni dar ocasion á que el criminal se repare y se refresque, á fin de poder contestar con aplomo á las preguntas que le dirija la autoridad. Ese albergue hospitalario á que se presta todo hombre que siente latir en su pecho un corazon noble y honrado; ese albergue que se presta constantemente con verdadera satisfaccion, ese albergue no puede condenarle la ley, porque la ley no tiene poder bastante para condenar lo que la opinion universal santifica.

Pero demos de barato que sea ese albergue. Vamos haciendo concesiones á la acusacion. Los guardias civiles—siempre en el supuesto de la fuerza legal de las pruebas—no se albergaron en esa casa. Comencemos por sentar que, segun la prueba, no habia más que un guardia que hubiera salido de casa de Mier; y convengamos en que la guardia estaba en casa de Mier sin boleta y por orden del alcalde. El albergue fué anterior á la comision del delito. Los guardias tenian perfecto derecho para entrar en aquella casa, y además, en último caso, señor, tenian la fuerza para entrar.

Pero aun iremos más allá. Si aquí estamos sosteniendo un debate durante quince ó diez y siete dias, discutiendo la existencia del delito, con el convencimiento, por parte de las defensas, de que el asesinato no se ha producido; si creemos que don Aurelio Pozas y los guardias civiles son inocentes, ¿cómo, mientras vosotros estais en el terreno de la duda, vais á suponer en Bráulio Mier un conocimiento más acertado del derecho? ¿Quién nos autoriza para suponer que Bráulio Mier sabia ni podia definir lo que es asesinato? Y en último caso, llegando hasta el extremo más exquisito de la suspicacia, diré más. ¿De qué califica el fiscal de S. M. los hechos ejecutados por la guardia civil? ¿Los califica de asesinato? No, en manera alguna. El ministerio fiscal califica de cómplices á los guardias que se alojaron en casa de Bráulio Mier; y el Código no prohíbe albergar al cómplice del delito, sino que prohíbe albergar al autor del delito.

No hay, pues, encubrimiento; no hay, pues, complicidad. Aun suponiendo que los hechos fueran ciertos, Bráulio Mier y Maza es completamente inocente.

Ya teneis aquí un indicio. Bráulio Mier y Maza sabe cuál es su posicion jurídica; sabe que no tiene responsabilidad alguna, y lo sabe, señor, desde los primeros instantes de la instruccion del proceso; desde que tuvo la fortuna de que le ilustrara otro de mis dignos compañeros, y desde que tuvo la desdicha de que yo me encargara de su defensa. El sabe que no tiene responsabilidad de ningun género; él sabe que puede decir: «Yo sé cómo se cometió ese delito; yo lo sé, y no hay hombre ni tribunal que en mi conciencia pueda condenarme.» Pues bien; ¡ahí le teneis! trece meses hace que está privado de la libertad querida, del cariño de su familia, de las caricias de sus hijos! Y sin embargo, Bráulio Mier enmudece; Bráulio Mier permanece silencioso, encerrado en las cárceles, cuando una sola palabra le abriria las puertas del calabozo! ¿Creeis que por amistad con don Aurelio Pozas; creéis que por ese poder satánico que á este han atribuido las acusaciones, Bráulio Mier habia de ser capaz de todos esos sacrificios; no solo del sacrificio del cariño de su familia y de su propia libertad, sino de otra cosa más alta, más grande, del sacrificio de su honra?..... ¡No y mil veces no!...

Si ese crimen se hubiera cometido; si se hubieran realizado los hechos de la manera que se ha intentado probar, Bráulio Mier y Maza seria el testigo de cargo más directo y más temible para los autores, y lo seria por un sentimiento de noble egoismo que le enalteceria.

Ahí teneis ese indicio poderoso. Yo quisiera que me le devolviesen las acusaciones.

Terminaré en breve, señor presidente, si la Sala estima que puede prorogarse este acto durante un cuarto de hora, que ha de serme necesario para terminar mi informe.

Voy solo á enunciar, para vuestra resolucion, los problemas que ayer indicaba la discreta defensa de don Aurelio Pozas Gomez.

La ley procesal ha suprimido toda medida de la prueba, dejando su apreciacion jurídica á la conciencia y á la ilustracion de los tribunales, y dejando tambien á su arbitrio determinar cuál es la fuerza probatoria de los testigos; pero lo que no ha podido suprimir la ley, lo que no ha podido suprimir ningun Código, y lo que nunca podrá suprimirse, es la necesidad moral y jurídica

que sienten todos los hombres y todos los tribunales de abrigar una certeza absoluta para dictar una sentencia condenatoria. La ley no ha dicho á los jueces: «tales pruebas debeis apreciar;» no, señor. Sed libres—ha dicho la ley—en vuestra conciencia y en vuestra apreciacion.

¿Y qué es la certeza...? ¿Es la certeza la síntesis resultante de este contexto de contradicciones é inverosimilitudes?... No; que así como el crimen tiene su génesis y su desarrollo, así también el criterio por el cual venimos á apreciar la existencia de un hecho, tiene su desarrollo y su génesis. Desde que el espíritu es tocado del primer síntoma de la presuncion, hasta que llega á la certeza absoluta, recorre una escala de distintos estados, de más ó menos probabilidad. Hallais el convencimiento cuando encontráis en un proceso razones bastantes; pero todavía ese convencimiento no es suficiente para fundar una sentencia. Y no hablo por propia inspiracion; hablo por inspiracion de todos los autores más eminentes, hablo por inspiracion de todos los tratadistas de derecho cuyas obras han podido llegar á mis manos, y cuyos nombres no he de citar en larga lista.

Es necesario algo más que ese convencimiento. Es necesario que ese convencimiento que se produce al calor de la prueba, se traduzca en certeza; y ese convencimiento no puede convertirse en certeza hasta que se hayan verificado todos aquellos movimientos del espíritu, ordenados y progresivos, en los cuales se desenvuelven y se aquilatan uno á uno todos los detalles y todas las circunstancias de la prueba. El convencimiento es el resultado afirmativo de la prueba. La certeza es el resultado del choque entre las pruebas de una y otra parte. Es preciso que después de ese convencimiento, la conciencia recta y el espíritu severo de los jueces, vayan con el escalpelo de la crítica sondando y apreciándole. Cuando no hay lugar á dudas dentro de la falibilidad humana, cuando se tiene la certeza absoluta, entonces es cuando se puede dictar una sentencia condenatoria.

En otro caso, no!... Cuando la sombra más ligera de la duda queda en el espíritu, levántase la prudencia y aconseja que no se sentencie declarando probado el hecho.

Ha habido tiempo y épocas en que se consignaba en nuestras leyes—y aun se sostiene en las de algunos estados de Europa—el principio de que en caso de duda, cuando hubiese el convencimiento moral de la criminalidad de un procesado, debia dictarse sentencia condenatoria, pero una sentencia que

entrañase la posibilidad de la compensacion; combinacion inadmisibile dentro de la razon y del derecho, En estos casos se dictaba sentencia por virtud de la cual se imponia una pena extraordinaria; cuando el hecho no estaba probado, y existia el convencimiento moral de los jueces, se imponia una pena de menor categoría que aquella con que se castigaba el hecho probado; y se decia que de esta manera se transigia con la justicia y con la inocencia Yo recuerdo á este propósito las palabras de un insigne magistrado francés; yo recuerdo que decia que no hay más que un dilema: esas pruebas que se han examinado son suficientes para llevar la certeza al ánimo del tribunal, y entonces es necesario tener seguridad y firmeza en el fallo, y fallar con el rigor de la ley; ó las pruebas suministradas no son bastantes para adquirir aquella certeza, y en ese caso no puede haber tampoco vacilaciones, y es necesario absolver.

Tambien, ya lo dije antes, tambien nuestra legislacion tuvo en cierta manera consignado ese principio.

Aquella ley provisional para la aplicacion del Código, estableció que cuando el convencimiento moral de la delincuencia existiese, se impusiera la pena en grado mínimo.

Esa ley y todas las leyes de procedimiento han sido derogadas por la de Enjuiciamiento criminal, que dice que el tribunal dictará sentencia absolviendo ó condenando á los procesados; nada más.

Nosotros no teniamos nada que probar. Aquí se estableció una afirmacion por las acusaciones. Ellas eran las encargadas de hacer esa prueba. En materia civil existe el principio de que cuando el demandante no justifica su demanda con las pruebas necesarias, esta se desestima; y en materia de derecho penal se sigue ese mismo principio, y debe observarse exculpatoria y exactamente, con lo que se produce y se haga.

Es por consiguiente, no necesita prueba al hombre, á menos que no

Yo llevaré las acusaciones, como antes dije, á dictar esta sentencia; yo encomendaré á su conciencia la suerte de los procesados Yo sé que llevadas á este terreno; puestas en ese sitio que tan dignamente ocupa el Tribunal, no hablarían como desde aquella tribuna, porque sé tambien cuál es la rectitud de su conciencia y la bondad de sus intenciones.

Aquí no hay más que dudas, señores magistrados. No hemos intentado demostrar de una manera directa la inculpabilidad de los procesados, porque no lo habíamos menester. Si tal prueba hubiesen intentado hacer los procesados, ya habeis visto que hay testigos procaces, y no les hubieran faltado medios ni testimonios para venir á demostrar que ni siquiera se hallaban en Miera la noche del 22 de Julio.

Pero no, no es esa la prueba que han tratado de hacer los procesados; no hemos querido nosotros discutir en ese terreno; no hemos querido más que contestar á los cargos de las acusaciones, con los mismos testigos de cargo, viendo la falsedad de todos ellos!

En la situacion, pues, y á la altura en que nos encontramos de la ciencia del derecho; con la vigente ley y el establecimiento de estos tribunales, no cabe ni es posible la imposicion de penas extraordinarias, ni ningun otro subterfugio que sea una excusa de cobarde esclavitud.

Es preciso absolver ó condenar. O se ha cometido con esos horrores, con esos repugnantes detalles el crimen, y son autores de él los procesados—en cuyo caso es necesario, y desde aquí os lo pide la defensa de Bráulio Mier Maza, que seais inflexibles en el cumplimiento de la ley—ó no se ha probado el delito ni la participacion en él de los procesados, y entonces es indispensable que escarceis á los inocentes, que les abrais las puertas del calabozo para que vuelvan con honra y con la frente levantada al cielo, al seno de sus familias.

No hay términos medios. La acusacion vacilaba; la acusacion, queriendo lavarse las manos, decia: «Si yo estoy equivocado, señor; si hay alguna duda, absolvedlos.» ¡Ah! ¡sí! ya lo comprendo; ya comprendo que es terrible pedir la imposicion de una pena cuando se duda! pero hay que tener el valor de las convicciones. Yo os emplazo. Si teneis la seguridad, si estais convencidos hasta la evidencia de que ellos son los autores del terrible crimen, penadles; lo exige la ley; condenadles, pero condenadles sin transacciones, condenadles con todo el rigor de la ley penal. El Código lo exige, lo exige la razon y lo exige la moral; y tambien lo exige la conciencia de los jueces á la que no necesito apelar, porque la Sala sabe cumplir con su deber, yendo en su cumplimiento más allá, si fuera posible, de donde el mismo deber la lleva.

Yo decia antes que la noble mision de la abogacia no era la mision falaz de aquellos sofistas griegos que demostraban así el

pró como el contra de una tésis; decia yo al principio de qué manera traia arraigada en mi conciencia la conviccion y la certeza absoluta de la inocencia de mi defendido y de la inocencia de los demás procesados; y he de decir, porque al decirlo, porque al declararlo no he de ser indiscreto ni traspasar los límites de la mision que me he impuesto, he de deciros que la ley penal por una parte, vínculos morales por otra y consideraciones de distinta índole que no he de indicar, pueden vedar, en ocasiones, que se esparza la luz sobre un proceso, que se vean los hilos de una trama; pero lo que nadie veda es que yo sea un testigo más de descargo en pró de los procesados; lo que no puede prohibir nadie, ninguno, es que yo diga aquí: Señor, estudiad este problema magnífico; buscad la evidencia, porque para condenar necesitais la certeza.

¿Teneis esa certeza? No la teneis; no podeis tenerla!

No la podeis tener; yo os lo digo, señor, en estos momentos supremos; yo os digo que acepteis mi palabra; yo os digo, bajo la fé del caballero, bajo la santidad de esta toga, yo os digo que son inocentes; que ellos no son autores de ese delito. Y si allá en alguna alma pequeña pudiera levantarse la duda contra la defensa de Bráulio Mier y Maza; si pudiera creerse que mi afirmacion es solo una habilidad, una habilidad indigna de esta toga, indigna de la santidad de este acto, yo concluiría este informe execrando á quien de tal manera me tratara; yo diría, repitiendo aquellas palabras de Eduardo III de Inglaterra: «¡Maldito sea quien piense mal de mí!»

Sesion décima sétima, del 15 de Setiembre de 1884.

Defensa de Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal.

El señor Agüero.—Señor: Defiendo á los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, y vengo con la pretension de que la Sala, administrando bien y fielmente justicia, como acostumbra á hacerlo siempre, ha de servirse absolver á mis defendidos, con todos los pronunciamientos favorables, declarando de oficio las costas del proceso.

Siempre, señor, en todos los momentos, en todas las ocasiones de mi vida profesional en que tuve la alta honra de dirigir mi voz á la Sala desde este sitio, mis primeras palabras significaron un ruego, importaron una súplica; pretendí en ellas la benevolencia y la indulgencia del Tribunal que me escucha, su benevolencia y su indulgencia toda, que no porque ellas fueran mucho, habian de parecerme sobradas, consultando la escasez de mis fuerzas. Y nunca como en estos instantes, nunca como en estos supremos momentos comprendí la importancia, el poderío, el ánsia viva de esa necesidad; que nunca tampoco como en estos supremos instantes de mi vida, como en estos solemnes momentos, advertí, para desgracia mia, mi propia flaqueza.

Vengo á este sitio en bien difíciles condiciones, por cierto; vengo á este sitio cuando debiera considerar agotados ya los términos todos de este debate; y al resonar mi humilde voz en esta Sala, ha de oirse en ella confundida con los ecos de otra palabra más elocuente, cuyo sentimiento palpita en mi corazón. ¿Y qué es, señor, la tibia luz de la aurora llamada á iluminar con pálidos reflejos los vastos desiertos de las regiones del Norte, naturaleza muerta que parece envolverse en un inmenso sudario de hielo, al lado del sol del Mediodía, reverberando sus luces en una naturaleza exuberante de vida, rica en colores, rica en armonía? ¿Y qué ha de ser mi pobre y desaliñado discurso al lado

de la palabra de las acusaciones, elocuentemente apasionada, y al lado de la palabra de las defensas, que precedieron á la mia humilde, elocuentemente razonadora, friamente lógica, severamente analítica?

En vano fuera que pretendiese yo apoderarme de alguna circunstancia, de algun incidente, de algun detalle que hubiera pasado desapercibido á ese frio análisis de mis ilustrados compañeros; en vano que pretendiese dar sabor de novedad á mi discurso; en vano que, á falta de ese sabor de novedad, aspirase á suplir la pobreza de mi palabra con las galas de una brillante oratoria.

Fáltanme dotes para esto; y mientras tanto, tan allá fueron mis distinguidos compañeros los defensores de don Aurelio Pozas y don Bráulio Mier en el estudio de este proceso, con tan detenido exámen analizaron una por una todas las circunstancias que en él aparecen, que, al llenar la noble mision que les estaba confiada, realizaron tambien, en el íntimo enlace que define la situacion de todos los procesados, la defensa de mis propios defendidos.

Yo, por lo mismo, señor, vengo á cumplir una fórmula del procedimiento más que á llenar una necesidad de la defensa; y tanto es esto así, que mañana, cuando una solemne sentencia venga á poner término á este juicio; cuando una sentencia ampliamente absolutoria venga á poner término á este cruel calvario que por espacio de largos meses recorren nuestros clientes; cuando suene la hora ansiada de la reparacion; cuando vibre en este sagrado recinto la magestuosa voz de la justicia, y abriéndose ante su imperio las puertas de la oscura prision donde gimen los procesados, les diga: «Sois inocentes; id en paz» yo no me creeré autorizado para recoger en mi mirada la lágrima que el agradecimiento arranque á sus ojos, porque esa lágrima, porque esa muestra de gratitud, pertenece única y exclusivamente á mis dignos compañeros, á mis queridos hermanos. Pero así y todo, señor; así y todo, olvidado de mí propio, de mí mismo olvidado, si las primeras palabras de mi discurso significan un ruego, importan tambien hoy una súplica, ese ruego y esa súplica mia no tienen, no, el propósito que otras veces tuvieron; no se mueven por el deseo en que otras veces se animaron; no se engendran en el propósito en que otras veces se engendraron; no alientan, no, en la aspiracion que otras veces les dió vida. Este ruego que brota de mi alma, envuelto en el perfume de

una santa oracion y bañado tal vez con las lágrimas de mi sentimiento, no va dirigido, no, á la Sala; se eleva al Dios de las justicias, para que el Dios de las justicias vierta un rayo de su justicia divina en el criterio del Tribunal que me escucha, ilumine su pensamiento, inspire su razon, envuelva su conciencia y aleje de su conciencia y de su razon, de su pensamiento y de su criterio las envenenadas sombras del error y de la prevencion, los negros fantasmas de la duda. Porque si la justicia ha de cumplir sus altos fines, su noble mision; si no ha de llorar un dia su derrota, triste y abandonada en las puertas de este templo santo, no basta, no, la absolucion de los procesados; es preciso que estos obtengan, al propio tiempo, todas aquellas declaraciones que exige y codicia su honra ofendida; es preciso, tambien, que sus infames detractores, comprendan que la difamacion y el perjurio no se ocultan á la serena razon de los Tribunales de justicia.

Y esto ha de ser así: me lo dice mi fé, mi esperanza lo aguarda; me lo dice esta fé que en mí palpita, esta fé que en mí vive animada por las garantías que me ofrecen la ilustracion notoria de la Sala, su rectitud indiscutible; me lo dice la esperanza que en mí alienta, que en mí palpita, fundida al rojo de este íntimo convencimiento que yo guardo de la inocencia, de la irresponsabilidad de mis defendidos; de este íntimo convencimiento tan arraigado en mí, tan íntimamente unido á mí, que en estos instantes pudiera decirse que es y forma parte de mi propio sér... Por eso, señor, yo miro de hito en hito el pavoroso problema planteado por la acusacion, sin que las negras sombras del siniestro cuadro que se dibuja detrás de sus palabras lleven el desaliento á mi ánimo: yo contemplo ese cuadro donde se cierne la fatídica figura del verdugo, sin que falte el aliento á mi alma: yo le miro firmemente convencido de que esa negra y medrosa noche, ha de convertirse, al fin, en clara y radiante aurora.

Pero es lo cierto, señor, que las más asquerosas pasiones se concitaron desencadenadas contra los procesados; el odio y el rencor, aprovechándose de la muerte desgraciada de Juan de la Maza, pidieron auxilio á la intriga y á la difamacion, para saciar sus locas ansias; y lenguas maldicientes fueron propalando por todas partes, por todos los sitios mentidas historias, inverosímiles fábulas, creadas en los antros del despecho; y manos alevés fueron esparciendo tambien por todos los sitios, las envenenadas semillas de la prevencion y del error, del mismo modo, de

igual manera que los mefíticos miasmas que exhalan los pantanos del Ganges, van esparciendo por todas partes el luto y el dolor, la desolacion y la muerte. Y aquí, señor, en este mismo sitio, en este sagrado recinto, aquí, casi al alcance de mi mano, en este santo templo, templo de la razon, templo de la verdad, yo oí el surgir de la calumnia, yo ví al mónstruo hacer desesperados esfuerzos paraprecipitarse sobre sus víctimas, sediento de sangre, y sepultar sus uñas aceradas en su pecho, y con sus aceradas uñas desgarrar sus entrañas; yo percibí en mi rostro su aliento cálido y húmedo, yo sentí en mi garganta la asfixia propia de esa envenenada atmósfera que se respira siempre en torno de la calumnia.

Toda razon imparcial, (pero Dios permite á veces que la más fria razon, el más alto criterio, la más superior inteligencia se nublen con las sombras del error) toda razon imparcial, señor, toda razon serena, apreciará en su justo valor los menguados testimonios de los testigos á que me he referido; de esos testigos, esclavos de la más repugnante pasion, que sirven de cimiento al edificio que la acusacion levanta; de esos testigos de cargo que, con el perjurio en los labios y el ódio en el corazon, realizan con miserable intento y cínico descaro, la tenebrosa intriga movida contra los procesados... ¡Oh! mi memoria no olvidará jamás la dolorosa, la funesta impresion que dejó en mi alma la contemplacion de tan horrible intriga, de tan odioso proceder! Sí; no olvidaré nunca á José Higuera Prado, haciendo desesperados esfuerzos por contener en sus labios la verdad que se escapaba de sus labios, impulsada por su propia conciencia. No olvidaré, no, á Julita de la Maza, esa desgraciada mujer que habiendo dicho en los primeros momentos de la muerte de su hermano, que no sabia quién fuera el causante de esa muerte, advierte luego que reconoció en los procesados, desde los primeros instantes, á los autores de ese crimen, porque si cárdeno y lívido estaba el rostro del cadáver, más cárdeno y más lívido todavía estaba el rostro de los procesados! No olvidaré tampoco á esos pobres é infortunados huérfanos, Santiago y Anastasio Lastra Mora, á quienes la caridad de su tío, ¡maldita caridad! ofrece un pedazo de pan moreno, que han de pagar ennegreciendo su conciencia con las sombras del crimen, y manchando sus labios con un horrendo perjurio. No olvidaré, no, á José Acebo, á ese testigo tristemente célebre, cuyo retrato se vende ya por las plazuelas de Santander como si fuesé el de un bandido; á ese testigo á quien

desmienten y contradicen sus parientes y hasta su propia madre! No olvidaré el testimonio de Tomás Higuera, el testigo de los arrepentimientos y de los contrasentidos. No olvidaré á Celestina Lastra Mora, hermana de Santiago y Anastasio, y que, como ellos, tiene que pagar, con miserable mentira, el pan moreno que le da su tío. No olvidaré á Esperanza Cárcova Lavin, criada de la mujer de Lavin, enemigo encarnizado de don Aurelio Pozas, que haciéndose eco de un falso rumor, nos dice que uno de los guardias, escondido detrás de una cruz de piedra, respondia á las preguntas que el otro guardia dirigia al herido. No olvidaré á Baltasara Gomez Lastra, á esa mujer, excepcion de su sexo, que oyó de labios de sus sobrinos la relacion del suceso, y no les preguntó siquiera quiénes fueron los autores de ese sangriento drama. No olvidaré á Antonia Samperio, convencida de falsedad por la prueba practicada en Miera la tarde en que tuvo lugar la inspeccion acordada por la Sala, en cuyo momento quedó demostrado que era imposible divisar desde los balcones de su casa el humo de los disparos que se hicieran en el Campo de la Iglesia, humo que la Samperio habia visto dos veces en la noche del 23 de Julio, segun así lo afirmó bajo juramento. No olvidaré á Eleuterio Gomez Lastra, cuyo testimonio de última hora, acogido con significativos rumores por el público que concurría á este juicio, fué perfectamente analizado por mis dignos compañeros. No olvidaré á don Simon Remigio Perez, á esa figura siniestra que se destaca en este proceso con un pié en la calumnia y con otro en el sacrilegio. No olvidaré á Ramon Perez, hermano del anterior y sobrino como este de Antonia Samperio, que vino mintiendo habia visto en el pecho del cadáver cinco heridas abiertas, cuando contradice esa afirmacion la diligencia de autopsia, y si se cree señor que esto es poco, el mismo cadáver del infortunado Maza, cuyas vestiduras revelan que este fué herido por un solo proyectil en la region torácica... ¡Oh, señor! qué idea tan triste de lo que puede llegar á ser la prueba testifical, bajo la impresion de las pasiones, nos dan estos testigos! ¡qué idea tan triste del ningun respeto que á todos ellos merece la religion del juramento! ¡qué idea tan triste de la negra confabulacion urdida contra los procesados! ¡Y qué repugnante, y qué doloroso es contemplar frente á frente á esos miserables, empeñados en levantar con sus testimonios las gradas de un patibulo! ¡Cuánto horror, señor!... ¡Cuánto horror y cuánta iniquidad!!

No se pretende, no, herir en medio del pecho para que por la

abierta herida salga la sangre á borbotones, y con la última gota de esa sangre los últimos alientos de una vigorosa existencia; no se pretende, no, clavar afilado puñal en medio del corazón que late lleno de vida, para que la mano del crimen sorprenda, en esos latidos de la vida, los secretos de la muerte; no se pretende, no, alevosa, traicioneramente, por la espalda, hacer saltar en pedazos el cráneo de los procesados bajo el peso de duro martillazo; ni es tampoco, señor, que la mano del adulterio, mintiendo vivas ansias, cariñoso afán, apasionado amor, prepare la copa de la cicuta y la acerque á los labios de aquel á quien infama, cuyo nombre escarnece, cuyo lecho mancha; no es, no, que el leon irritado sacuda con coraje sus melenas, y se apreste á la lucha; ni es que el chacal oculto en los jarales salte desde la espesura de los jarales, sobre su víctima indefensa.... No, señor, no; es más que esto; es más todavía que esto; es que esgrimiendo envenenados dardos, primero entre la sombra y bajo el velo del anónimo, y mintiendo luego acusaciones forjadas por la calumnia, se pretende arrebatar á la vez la honra y la vida, que son dos existencias en una; se pretende romper en girones honras hasta entonces inmaculadas; y como si esto fuese poco, como si esto no fuera bastante para que la iniquidad saciara su sed devoradora en ese torrente de lágrimas que lloran tanta y tanta desventura, se pretende más todavía, se pretende anatematizar la memoria de las víctimas escupiendo sangre y escupiendo lodo, en esta venganza de ultra tumba, sobre sus propios sepulcros. ¡Ay señor! sí; ¡sangre y lodo sobre sus propias sepulturas; que por más que el legislador, guiado por un sentimiento civilizador, borrase de nuestras leyes la palabra *infamia*; por más que el legislador declarase que no existen penas infamantes, sobre la declaración del legislador, sobre sus mandatos, sobre sus declaraciones, está, señor, otro legislador más alto; el sentimiento universal, que jamás doblegó su cerviz ante ninguno; y el sentimiento universal que enlaza íntimamente la pena con el delito; que define en aquella la existencia de este; que no ve en ella más que la sombra del crimen, sombra que se confunde en una sola existencia con el cuerpo que le da vida; que mira siempre en el sentenciado como asesino, en el acusado de crimen tan terrible, al hombre envilecido por el delito, al infamado, no ya por la pena, sino por su propio crimen...! Vivo, nadie le tenderá su mano amiga; muerto, nadie conservará un recuerdo cariñoso de su memoria. Su torba faz helará la sonrisa en el rostro de

los demás; y hasta las flores de su sepulcro parecerán tristes y sin aromas! «Allí vivió,» dirán los que de su crimen conservan memoria, y evitarán pasar al lado de las lúgubres paredes de su caso, ó pasarán huyendo de ella, siempre de prisa, porque aquella es la casa del maldito de Dios y de los hombres.... ¡Oh, señor, y esto sucederá por más que allí, detrás de aquellas paredes que tanto horror inspiran, se deshaga en lágrimas una pobre viuda, y confunda esas lágrimas amargas con las lágrimas de sus pobres é inocentes hijos; que el implacable destino parece escribir sobre la puerta del que manchó su mano con sangre de otro hombre, aquella terrible sentencia: «el castigo de los pecados de los padres, caerá sobre los hijos hasta la cuarta generación!»

¡Cuán grande, señor, cuán grande me parece la accion de la justicia cuando mueve un esfuerzo y ensaya su actividad para llegar al descubrimiento del crimen! Cuán grande me parece cuando merced á ese esfuerzo y merced á esa actividad, logra al fin realizar ese descubrimiento!.... Entonces, señor, la voz de la justicia me parece el eco de aquella voz potente y majestuosa, que al maldecir la tierra cuando la tierra se vió por primera vez manchada con la sangre de uno de sus hijos, y abrió su boca para beber en ella y recibir en sus entrañas esa sangre inocente, gritaba desde el espacio, envuelta en el celaje de las nubes: «Cain, Cain! ¿qué has hecho de tu hermano Abel!» Pero qué grande, qué noble me parece esa noble y grande accion cuando emplea su esfuerzo y ensaya su actividad para redimir al inocente, para salvar del suplicio al acusado no culpable!... ¡Ah! entonces la imagen de la justicia aparece ante mis ojos como excelsa matrona, que aplasta con su planta poderosa y redentorista la cabeza de serpiente de la calumnia!

Sí, señores magistrados, sí, dos son los caminos que en la administracion de justicia puede seguir el que tan alto cargo ocupa, el que tan alta mision desempeña: el uno, sembrado de peligros, tortuoso, envuelto siempre en las nieblas de una oscura noche; el otro, recto, franco, tapizado de flores, bañado por las luces de la aurora, oreado por aromas deliciosos; uno, señor, que concluye allá en la puerta sombría, llena de cerrojos, de un oscuro calabozo, ó en las gradas de un patíbulo; otro, que concluye en el hogar del infeliz que padece persecucion por la calumnia, que concluye allí donde la reparacion empieza, donde vienen á realizarse los más grandes y sagrados derechos del hombre.

Y bien, señor; tales son, en el humilde concepto mio, los destinos que ha de seguir la Sala en lo que á este proceso se refiere; tal ha de ser, en el humilde concepto mio, el proceder de la Sala en lo que se refiere á este proceso. Afortunadamente para ella, afortunadamente para la causa de los procesados, afortunadamente para la causa de la sociedad, que no es solamente nuestra causa, señores magistrados, la que ha de decidirse, sino que es la causa de todos por el interés que para todos afecta, afortunadamente, repito, para la Sala, para los procesados y para la sociedad entera, no se abre ante el Tribunal ese difícil y tortuoso camino que guía á la expiación, sino esa otra senda tapizada de flores, aromatizada por los más embriagadores perfumes y bañada por las hermosas luces de una risueña aurora.

La sociedad se siente herida—es cierto—con la muerte de Juan de la Maza; sus leyes se dislocaron, se faltó á sus reglas, se truncaron sus preceptos, y eso que estos preceptos y estas reglas y esas leyes eran la garantía de su existencia. Pero, ¿quién sabe, señor, quién sabe si ese desgraciado suceso constituye un hecho criminal, un verdadero delito cometido voluntariamente, ó es simplemente, como presentian mis elocuentes compañeros, la consecuencia de un accidente casual, de una imprudencia temeraria? ¿Y quién sabe dónde huye, dónde se esconde, dónde se halla en este momento la conciencia que extremecida se retuerce, y se retuerce convulsa, al solo recuerdo de ese doloroso y triste suceso? Todo calla en los primeros momentos, en las primeras horas, en los primeros días; todo calla, hasta que una denuncia anónima viene á sembrar la alarma y á difundir la prevención en el mismo templo de la justicia. Y en esos momentos en que la alarma presenta siempre en torno nuestro fantasmas amenazadores; en estos momentos en que la prevención presenta siempre á la contemplación de nuestros ojos algo que nos autorice á creer más y más en el prejuicio que hemos formado; en esos momentos que he de calificar de aciagos, porque ellos ofrecen grandes facilidades al error, grandes peligros para la verdad, es, señor, cuando comienza á dirigirse la acción investigadora contra nuestros defendidos; en esos momentos dolorosos, terriblemente dolorosos, en esos momentos de prevención y de alarma, es cuando comienzan á levantarse, sobre tan movedizos cimientos de arena, el pesado edificio de la investigación, en cuyos agrietados muros, agrietados, sí, al embate de las elocuentes palabras de mis compañeros, ante cuya lógi-

ca se convierten en polvoroso monton de ruinas, escribe la acusacion, es cierto, terribles cargos contra mis defendidos; pero en los que la mano de la Providencia señala, en vigorosas líneas, la falsedad de esos cargos.

La Providencia, sí, señores magistrados, que solamente la Providencia es la que llevó á Juan Lavin Samperio al Campo de la Iglesia la mañana del 23 de Julio, á Juan Lavin Samperio, enemigo mortal de Pozas, y testigo, por tanto, de mayor excepcion: la Providencia, que es la que hizo que José Higuera Prado y Juan Lavin, no solo acudiesen al Campo de la Iglesia para que dieran fé de lo que allí pasó, sino tambien que en los primeros momentos describiesen en la sacristía del templo, caliente todavia el cadáver de Maza, la escena en que habian intervenido, perfectamente conformes con las descripciones que de ella hacen mis defendidos en su respectiva declaracion, y que, á la vez, en diversas ocasiones y en diferentes puntos repitiesen este mismo relato, segun lo atestiguan, entre otros, el venerable sacerdote don Francisco Higuera y Eusebia Higuera, hermana del José, en los instantes en que toda confabulacion era imposible, y para que ni el Prado ni el Samperio pudieran oscurecer la verdad cuando así lo intentaran movidos por odiosas maquinaciones: la Providencia, que es la que hace incompatible la diligencia de autopsia con los testimonios de los principales testigos de cargo, con esas declaraciones en donde se advierte el perjurio, donde se toca y se palpa la falsedad, y que la Sala tendria que aceptar como buenas, dándolas autorizado crédito contra la unánime opinion de cuantos las oyeron, si hubiese de dictar una sentencia condenatoria: la Providencia, que es la que hace incompatible tambien la hora de la prision de Maza con la intervencion de los guardias en ese supuesto hecho, porque ni Ledo ni Uzal debian ni podian estar en Miera en aquellos momentos, ya por fuerza de la consigna que habian recibido desu jefe, ya teniendo en cuenta la hora en que salieron de Liérganes y el instante en que pasaron por Mortesante y por Mirones: la Providencia, en fin, que es la que confunde á los testigos de cargo, haciéndoles incurrir en monstruosas contradicciones, en ese cúmulo de inverosimilitudes y falsedades que revelan la odiosa obra de la iniquidad y de la falsía, tan magistralmente analizadas por la defensa de don Aurelio Pozas, y con tanta elocuencia apreciadas por mi otro distinguido compañero el defensor de Bráulio Mier.

Triste, tristísimo es, señor, el cuadro que de la situacion de

Miera nos pintan las acusaciones pública y privada; tristísimo y dibujado con negros colores, el cuadro que de esa situación nos pintaron también las defensas de Pozas y de Mier. La tea de la discordia refleja sus sombríos resplandores en aquellas montañas, iluminando las montañas, antes quizás apacibles y tranquilas, ahora con sus bandos distintos, vencedor el bando de la derrota lleva nuevos triunfos al odio, y el bando vencido mueve enconados rostros. Y allí donde el encono reside, el odio y el rencor se manifiestan en hechos. ¡De qué escenas más censurables fue teatro aquel pueblo, tan rudamente combatido por las pasiones! Agitadas las aguas de tranquilo lago, sube á la superficie el cieno que se oculta en su fondo, enturbando la limpia transparencia de esas aguas; y del mismo modo, señor, agitado aquel triste pueblo por el huracán de las pasiones, se traducen en hechos y salen á la superficie los sentimientos que le conmueven; hechos de los cuales tiene ya conocimiento la Sala; hechos que se definen en el atentado contra Luis Acebo, que, al retirarse á su casa, oye pasar silbando sobre su cabeza la bala de un disparo, cuyo fogonazo rasga en un punto las tinieblas de la noche, que envuelven el barrio donde se levanta la casa de Pedro Mora; y en la agresión de que fué víctima Tiburcio Lastra, allá en el escondido sitio del monte Cagigal, villana y alevosamente golpeado por tres miserables foragidos, entre los cuales conoció el Tiburcio al mismo Pedro Mora; y en los daños, en fin, causados en diversas moradas contra las que se hicieron repetidos disparos, por odio á sus dueños, penetrando en algunas varios proyectiles, como así ocurrió en las de Juan Gomez Samperio, Lavin Perez, Manuel Lavin, Aurelio Pozas y otros.

Así lo han declarado multitud de testigos; así consta hasta por el testimonio de los mismos que fueron llamados para apreciar la importancia de los daños causados en aquellas viviendas; así consta, en fin, por los testimonios de otras causas criminales que obran en este proceso.

Y es de observar, é importa mucho esta circunstancia, que ni José Lavin, ni Manuel Lavin, ni Juan Gomez, ni Tiburcio Lastra, ni Luis Acebo pertenecen al bando enemigo de don Aurelio Pozas; por el contrario, todos ellos son amigos de Pozas; todos le prestaron su apoyo en las elecciones; todos se hallaron unidos á él en la lucha sostenida en Miera; y, al propio tiempo, á aquella série de atropellos no hay que añadir uno solo de que pudie-

ra querellarse alguna de las personas que figuran en aquel bando. ¿Qué revela esto? ¿Dónde está la soberbia mal reprimida, dónde la ira que se manifiesta en estos excesos? Si el encono está en todas partes, ¿dónde está la manifestación de ese encono en la situación de Miera no es hoy mejor que en la situación de Pozas? ¿Dónde está esa soberbia que no responde a los hechos análogos?...

En la situación de Miera no es hoy mejor que en la situación de Pozas; aquellos envenenados cantares que, perturbando el silencio de la noche, suben desde la calle á la triste morada de la familia de don Aurelio Pozas á turbar allí la religión del dolor, que también el dolor tiene su religión, señores magistrados

El odio y el rencor parecen haberse aposentado en aquellas comarcas; y, en cambio, parecen haber huido de ellas para siempre,—¡tan lejos están de ellas!—la tranquilidad y el sosiego. Y los que nacieron para vivir como compañeros, para mirarse como hermanos; los que tal vez, en una misma pila recibieron, sobre su cabeza las purificantes aguas del bautismo; los que más de una vez, allá sobre la calva sierra, fueron sorprendidos con general contento en medio de sus juegos infantiles por las vo-cingleras campanas de su aldea, que anunciaban la fiesta del día siguiente, eco que jamás se borra de nuestra memoria; los que juntos vivían en una misma comarca, y juntos, por lo mismo, debían procurar el bien de todos, el tranquilo sosiego, la santa paz de aquellas montañas donde se mecían las cunas de sus hijos, y de aquella tierra querida donde reposaban en sueño eterno las cenizas de sus padres, esos, señor, se hallaban separados por un inmenso mar sin orillas, mar de turbulentas pasiones, donde rugen las más borrascosas tormentas. Y en la furiosa tormenta que en estos mares ruge; en el torbellino que esa tormenta mueve; en el turbio oleaje que ella levanta halla la acusación pública y halla la acusación privada algo, señor, que autoriza á creer las revelaciones de aquella denuncia anónima... ¡Así, á veces, se perverte la más privilegiada inteligencia; así, á veces, se nubla la razón más serena; así el criterio más sano se ofusca, confundido en medio del vértigo que le enloquece; así los ruidos del viento en noche tempestuosa, al pasar rodando por entre los árboles del monte de Irias, miente tristes quejidos, apenados gritos, ayes de

amargura y de dolor! La loca imaginacion da pavorosa forma al añoso y seco tronco desprovisto de ramaje y á las escuetas rocas que se levantan sobre la colina contigua, como apiñados espectros asomados en su cumbre para contemplar las aguas del río Miera que corre al pié de la montaña, les presta animacion y movimiento, les atribuye aquellos tristes gemidos, aquellos ayes de dolor y los presenta ante nuestros ojos atónitos como negros aterradores fantasmas!

Pero la afflictiva situacion del pueblo de Miera no autoriza á creer, ni mucho menos, que la muerte desastrosa de Juan de la Maza deba considerarse, ó pueda suponerse, un verdadero crimen. Para eso seria preciso hacer una larga série de suposiciones, y por tan aventurado camino antes se tropieza con los escollos del error, que no se llega á la posesion de la verdad. Para eso, para establecer lógicamente tan gratuita afirmacion, seria necesario suponer, en primer lugar, que todas las muertes violentas son resultado de actos esencialmente voluntarios y conscientes, sin que nunca puedan tener efecto por simple casualidad; y, por fortuna, si se registra la estadística de esta audiencia, se encontrará, seguramente, que han sido muchos más los casos de muerte violenta por imprudencia, que los que se realizaron con intencion de delinquir. Seria necesario suponer tambien, del mismo modo, que la pasion de partido dominaba la voluntad de todos los procesados, que todos tenían el mismo interés de bandería, que á todos alcanzaba la excitacion de aquellas luchas, y todos se agitaban por los mismos ódios, por los mismos rencores, y á todos seducia y esclavizaba el mismo deseo, la propia aspiracion; y yo pregunto á las acusaciones, yo pregunto á su honrada buena fé, á su ilustrado criterio: ¿qué interés podian tener, en lo que afectaba el pueblo de Miera, Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal? ¿Qué les importaba á ellos que en Miera triunfase el bando de Pozas ó el bando en que figuraban el cura Simon, Mora, la familia de Lavin? ¿Qué les importaba á ellos, ajenos á esas luchas, extraños á ese pueblo, que fueran unos ú otros los destinos de aquella localidad? Nada, absolutamente nada, señor; y por tanto, es necesario desechar desde luego esta idea. Pero fuera preciso suponer tambien algo más; fuera preciso suponer que ningun otro interés pudo ser causa bastante para decretar y ejecutar la muerte de Juan Maza; y si bien se nos ha dicho que Juan de la Maza era inofensivo, si bien se nos ha dicho que no tenia enemigos,

¡quién acierta á leer en el libro del destino, envuelto en las sombras del misterio!... Oh! si nos fuera dable flotar por el espacio y por virtud de mágico encanto desapareciesen ante nuestros ojos las cerradas techumbres, cuántos dramas desconocidos no habrían de sorprendernos! Y si nos fuese dable romper la envoltura de carne, que cubre el corazón del hombre y leer sus sentimientos al través de esta corteza que solo revela sus latidos, qué horribles convulsiones, qué dolorosos y cuán repugnantes estremecimientos no sorprenderíamos á veces en él! Y si nos fuera dable penetrar con nuestra mirada en el cerebro humano, ¡oh! ¡qué tormentas veríamos rugir allí, movidas muchas veces por la epilepsia y por la locura, que en muchas ocasiones no se manifiestan por signos ó señales externas, y prensan y combaten rudamente, sin embargo, el cerebro enfermo que sufre en constante vértigo la esclavitud y la tortura de sus imposiciones!

Pero todavía fuera necesario suponer, del mismo modo, que Juan de la Maza habia luchado en las últimas elecciones; fuera necesario suponer que Juan de la Maza era enemigo de Pozas; fuera necesario suponer que Juan de la Maza era alguien que pudiese ser temido por don Aurelio Pozas. Y sin embargo, en una sola palabra se define lo que era Juan de la Maza: esa frase la dijo aquí su tío el cura don Cristóbal Samperio: «Juan era un tonto, era un infeliz!» Pero, por otra parte, aunque Juan Maza hubiera formado en el bando contrario y aunque hubiera tomado parte activa en las elecciones; aunque el desgraciado Juan Maza representara algo en el pueblo de Miera, ¿qué importaba todo esto á Pozas ni á sus amigos, ni cómo en aquella situación habia de levantarse en su corazón ese deseo de venganza, esos negros sentimientos que persiguen la satisfacción de sus ansias locas, por medio de un mar de sangre, hasta el mismo sepulcro? No, señores magistrados; porque es necesario tener en cuenta que en aquellos momentos Pozas saboreaba la victoria, habia conseguido sus deseos, habia realizado sus propósitos, mientras el bando contrario tascaba el freno de los vencidos. No, no son los vencedores los que por lo general abrigan sentimientos de venganza: quédase eso para los que rugen envueltos en los girones de su soberbia derrotada y humillada. Oh! señor, la fiera, reina del bosque, dueña de su libertad, podrá dejarnos pasar á su lado sin herirnos; pero la fiera encarcelada se avalanza y se precipita sobre el hombre en el momento que este se acerca á los hierros de su cárcel. — ¿Quién era allí la fiera vencida y aprisionada?

¿quién era el que tenia agravios que vengar? ¿quién era el que debía sentir en su cerebro ideas malditas que el encono inspira? ¿quién era el que debía pretender luchar con la tentación para vencer sus impulsos? Esos hechos que yo mencionaba antes, esos hechos que conoce la Sala, esos atentados que repetidas veces escandalizaron á los hombres de orden en el pueblo de Miera, vienen á darnos la respuesta. Porque es lo cierto que de todos los excesos cometidos en Miera despues de las elecciones, ninguno se causó contra los que figuraban en el bando contrario á don Aurelio Pozas: los agresores, pues; los que tan torpes armas esgrimian, los que así revelaban sus miserables ódios, sus reprobadas intenciones, no eran los partidarios del bando vencedor.

Esta situación, lejos de eso, más autoriza á creer en la honda, en la tenebrosa intriga movida por esa gavilla que ensayó ya sus instintos con reprobadas hazañas, y que hoy da la verdadera medida de sus sentimientos, turbando el silencio de la noche con aquellos impíos cantares, que destrozan el corazón de una pobre mujer y arrancan lágrimas amargas á los párpados rojos por la vigilia de tristes é inocentes criaturas. Esa situación, señor fiscal, si bien se meditan las cosas, si con fría razón se examinan, lejos de autorizar la creencia á que antes nos referimos, nos presenta como sospechoso el testimonio de todos esos testigos de cargo, vomitados por el partido contrario al de don Aurelio Pozas; que no solamente proceden de ese partido, sino que son y constituyen la cabeza de esa insensata bandería, formando parte, respectivamente, de esas tres familias que llevan en su seno constantes rencores contra Pozas. Y esto parece más racional, más cierto, más evidente, esto salta á la imaginación con mayor claridad aun, desde el momento que hemos aprendido, á costa de una triste decepción del alma, á costa de un verdadero dolor, que la obra primera, el concierto de esta causa dirigida principalmente contra Pozas, es, señores magistrados, la obra de un sacerdote perjuró, de un sacerdote sacrilego. Sí, la Sala lo sabe, la Sala sabe que los anónimos que excitaron el celo laudable del ministerio público y llevaron la prevención y la alarma al juzgado instructor de Santoña, al gobernador civil de la provincia, á la presidencia de esta audiencia, al gobernador militar, á todas partes allí donde habia algo que pareciera autoridad, la Sala sabe, repito, que aquellos anónimos fueron escritos por la mano sacrilega de don Simón Remigio Perez, cura de Los Barrios. ¿Y cómo no he de recordar yo aquí

aquel inspirado dilema que nos presentó la ilustradísima defensa de Bráulio Mier? ¿Cómo no he de recordar yo aquí aquellas elocuentes frases, dichas con varonil entonación y amasadas por la indignación y el desprecio á la vez? — «¿Es que esos anónimos se escribieron para los testigos, ó es que los testigos se inventaron para los anónimos? Es que esos anónimos se escribieron para que á ellos se atemperaran las declaraciones de los testigos, ó se escribieron pura y simplemente para denunciar un hecho cierto? ¿Qué es, señor, lo que aquí ocurre?...» Desde luego debemos advertir que, tanto el cura Simon, como los testigos presenciales en esta causa, que dan testimonio de los hechos á que ella se refiere, dicen y manifiestan que á nadie hicieron sabedores de su secreto hasta muchos dias despues de la prision de don Aurelio Pozas. Santiago y Anastasio así lo afirman: Eleuterio sostiene á su vez que á nadie reveló su secreto. Pues bien, señor, si el cura Simon poseia ese secreto y nadie se lo habia revelado, ¿cómo lo sabia? ¿cómo habia llegado á esa posesion? ¿En dónde le halló, sino en su propia inventiva?—Forjóse, sin duda, la grosera urdimbre de esa miserable fábula, que tantas penalidades ha ocasionado á nuestros defendidos: escribióse sobre el papel ese siniestro drama, inspiracion de la calumnia, y repartieronse luego los papeles que habian de representar los principales testigos de cargo, distribuyéndolos numéricamente entre las familias de los Moras, de Simon Perez y de Lavin. Oh! al meditar tan maquiavélico pensamiento, al poner en ejecucion tan miserable obra, no pudieron presumir sus autores que habia de llegar un momento en que la fuerza de la verdad arrancase de su rostro su hipócrita careta; este momento codiciado en que el presbítero don Simon Remigio Perez reniega de lo mismo que sus manos hicieron; este momento en el que, al poderoso encanto de la razon y de la lógica, caen desacreditadas bajo la elocuente palabra de mis dignos compañeros, las mentidas afirmaciones de esos testigos, que en sus locas aspiraciones soñaron esclavizar la noble accion de los tribunales de justicia. El siniestro edificio levantado por don Simon Remigio Perez se viene al suelo: la opinion pública, extraviada un dia por los maldicientes, le mira con horror y con desprecio; y en medio del espeso polvo que levantan sus muros al desplomarse, se dibuja la odiosa figura de Perez, negando, sacrilego, que sus manos escribiesen los anónimos que obran en el proceso, cuando la prueba pericial practicada le convence de lo contrario.

¡Ah! señor; qué triste impresion produce en mi ánimo, qué triste impresion produce en mi sentimiento la contemplacion de la conducta del presbítero de Los Barrios! ¡Qué amargo dolor, qué honda pena deja en mi corazon é imprime en mi alma!.. Porque no es, no, que el ódio, que el rencor de don Simon Perez se satisfaga con tan poco; no es, no, que el ódio de ese hombre y de sus compañeros se sacie con esto. No se sacian con tan poco esos miserables vampiros. Sorben, chupan toda la sangre de sus víctimas, y en la última gota de esa sangre no encuentran satisfecho su famélico instinto, su sed devoradora! Pretenden más todavía. El ultraje, el agravio, la difamacion, todo es poco; son poco las lágrimas que esos anónimos han de producir. Es necesario coronar esa obra; pero coronarla con algo que sea digna cúpula de tan satánico edificio.

Y entonces brota en aquel cerebro, donde rugen las pasiones, la horrible idea, la idea maquiavélica, la idea satánica de escribir al pié de aquella denuncia el nombre de Pedro Mier. De Pedro Mier, señor, de Pedro Mier' de Pedro Mier, que es el padre de uno de los procesados... De Pedro Mier, de ese pobre viejo á quien la mano del infortunio y de la desgracia empujan hasta el sepulcro, y que ya dormiria el sueño de la muerte en ese sepulcro helado, si no prestase aliento á su ánimo el ánsia viva de ver alborear el dia de la reparacion! De ese pobre anciano que pasa las noches en constante, en eterna vigilia, y á la mañana siguiente llora y llora como un niño, viendo vacía y solitaria la casa de su hijo! ¡De ese pobre viejo que diera la sangre toda de sus venas, y rasgara sus venas todas para darla, si con la sangre de sus venas pudiera borrar la acusacion que pesa sobre su hijo inocente y encarcelado!

¡Oh! quien tal hizo, qué pena tan grande debe sufrir!

Nada como ese detalle, nada como esta circunstancia revela el ódio, el encono de que son capaces, de que es capaz, señor, esa turba infernal que se llama Simon Perez, Pedro Mora, Manuel Lavín é Higuerá. Ese detalle retrata al autor de esas miserables denuncias anónimas... sí, vedle, ahí está; viste la túnica del sacerdote cristiano; pero no se anidan, no, en su corazon las más preclaras y excelsas virtudes predicadas por Cristo. !!

¡Oh! señor, quien así amarga el corazon de su hermano, quien hace, señor, que palidezcan las mejillas de tiernas criaturas y enrojezcan los párpados de pobres mujeres; quien así aleja de las familias la felicidad y la alegría, quien así lleva el infortunio

al corazón de los demás, y rasga en pedazos la honra ajena, y siembra sombras tristes y fatídicas en el hogar de las familias, antes alegre, y no se conmueve ante la pena de una pobre octogenaria, ni se detiene ante el triste vagido del niño que llora en la cuna, ese no es, no, aquella noble y santa figura que yo soñé; aquella santa y noble figura, que en los primeros albores de la vida borra de nuestra frente las huellas del pecado que a la existencia traemos; no es aquel que con sus manos de ungido modela nuestro corazón para el bien, vertiendo en él semillas de la virtud; no es el que, realizando nuestras más dulces esperanzas, nuestras más bellas ilusiones, deja en nuestra mano la mano temblorosa de la mujer idólatra, de aquella que ha de ser nuestra constante compañera, la madre de nuestros hijos, el ángel bendecido de nuestro hogar; no es, no, aquel que en el momento supremo, en que el espíritu rompe los lazos que a la materia le unen, apareja nuestra alma para el largo viaje que la muerte la depara, y mezcla sus rezos al estertor de nuestra agonía, y ora sobre aquella tierra en donde nuestros huesos han de esperar el día de la resurrección de la carne...! No es, no, el que en aras de ardiente caridad cristiana cruza los valles, sube las colinas, trepa a las montañas, salva los abismos, avanza por el borde de los precipicios, surca los mares, atraviesa los tostados arenales del desierto desde el uno al otro confin, y allá, al recibir horrible martirio sobre el mismo duro tronco que sirvió de altar en sus predicaciones, envuelve a sus verdugos en una dulce mirada de amor y de perdón!

(Al terminar el señor Agüero este período, se siente ligeramente desvanecido, y el señor presidente suspende la sesión por diez minutos.)

Señor: en el orden psicológico, lo mismo que en el mundo físico, la existencia manifiesta de un efecto revela siempre la existencia de una causa, siquiera esta se oculte cuidadosa con el más tupido velo del misterio, ó en los más recónditos arcanos del secreto. Y esto, señor, significa una verdad tan cierta, tan positiva, tan indiscutiblemente cierta, que bien pudiéramos decirlo sin temer que alguno nos desmienta, siempre, en todas las ocasiones, en todos los momentos de la vida, nos será dable llegar desde el efecto hasta la causa, si nos es posible seguir, retrogradando, el camino que nos marcan las huellas del primero, así en

los hechos más grandes y potentes como en los hechos menos importantes; así en aquellos que más hondamente nos preocupan, como en los que pasan á nuestro lado sin rozar apenas nuestra apreciacion, cuando á nuestro lado pasan, para ir á confundirse en la indiferencia y en el olvido; así, señor, en el movimiento lento é imperceptible de ese microscópico sér, que tiene por vasto mundo una sola gota de agua, ó uno de esos átomos que flotan en el espacio, y halla en esa gota de agua inmensas llanuras que recorrer, ó en ese pequeño átomo suntuosos palacios que habitar, como en el movimiento lento y armónico del universo, de esa grande obra digna de ese grande artífice de cuyo buril brotan las estrellas y cuyo soplo anima la materia con la vida del espíritu; así, en fin, en la tormenta, que ruge en los mares levantando en ellos montañas de espuma que van á estrellarse sobre las descarnadas rocas de la ribera, como en esas otras tormentas, no menos borrascosas, que las pasiones ó el infortunio mueven en el corazon del hombre, dejando impresas en sus fibras más delicadas señales eternas de luto y desolacion.

En ese estrecho enlace que resulta entre los efectos y las causas, nunca, nunca hallaremos, un efecto sin causa que le determine. Bien se advierte, por lo mismo, bien se adivina cuánto importa para llegar á conocer perfectamente el efecto en todos su accidentes, en toda su extension, conocer la causa que le motiva, la fuerza que le da vida, para analizarla y medirla sujeta á un detenido exámen, á un cuidadoso análisis; que todo es necesario, todo es preciso, todo es indispensable para que el hombre llegue á apoderarse de la verdad, de esa conquista que huye veleidosa, las más de las veces, de las investigaciones de la ciencia y del raciocinio del sábio; porque todo es poco y todo es preciso y todo es necesario para que el entendimiento, que se pone en relacion con el mundo externo por medio de los sentidos, logre apreciar las cosas tales como son en sí, en su esencia y en sus accidentes, en su todo y en sus detalles. Que la razon del hombre sufre á veces, señor, grandes perturbaciones; y de la misma manera que ciertas y determinadas circunstancias en el órden de la naturaleza, producen ese maravilloso fenómeno que se llama espejismo, merced al qué el cansado caminante, próximo á rendirse en su fatiga sobre la candente arena del desierto, ve al alcance de su mano el fresco oasis con su mullida y verde alfombra tapizada de flores, con sus altivas palmeras, que sombrean la blanca choza techumbada de juncos, y con sus limpios

y bullidores arroyos, los sentidos, cristales del alma y cristales ahumados, como los llamó y dijo de ellos un sábio filósofo, sufren sus perversiones, y muchas veces presentan truncados y cambiados los objetos. Por lo mismo, señor, siempre que por razon de este noble ejercicio profesional que me distingue, tuve que intervenir de alguna manera en el conocimiento de un proceso de esta naturaleza, siempre, para llegar á conocer la persona responsable del delito que se perseguía, busqué, como importante indicador, el interés que pudo mover á la comision de aquel delito; y siempre, tambien, para graduar la mayor ó menor criminalidad del acusado, busqué, del propio modo, la medida de sus sentimientos en sus antecedentes y en su historia. Porque es lo cierto que el interés de uno ó de otro género, de uno ó de otro órden, es causa directa y determinante de todos nuestros movimientos y de todas nuestras acciones, y esta causa refleja sus efectos así en los hechos más grandes y más gloriosos, como en los pecados más repugnantes; así en aquellos sucesos que debieran esculpirse en la historia de los tiempos con letras de oro, porque su recuerdo se convierte en honra de los pueblos, como en los que, por lo contrario, debieran ser borrados de las páginas de la historia, porque deshonran y afrentan á la humanidad que intervino en su comision. Y de la propia manera, señor, la criminalidad necesaria para la comision de los grandes crímenes, no se funde en un solo instante, en un solo momento, sino que viene preparándose por una série de excesos, del mismo modo, de igual manera que la masa de agua que ha de formar luego espumosa catarata, resbala en un principio lenta y tranquila por su cauce, escondido entre juncos y espadañas, crece luego confundida con otras corrientes, y aumentando su celeridad por los declives del terreno, se precipita, al fin, hirviendo y atronadora en el fondo del abismo.

El interés es la fuerza suprema, el oculto resorte que pone en accion la voluntad del hombre; sin interés no hay deseo, sin deseo no hay voluntad, sin voluntad las facultades permanecen dormidas, ó se mueven pura y simplemente de un modo automático, por fuerza del instinto ó por las leyes de la materia.

Y bien, señor; en este momento, en este instante supremo en el que la triste historia del suceso de autos nos dibuja el desenlace de un drama sangriento; en estos instantes solemnes en que la voz de la acusacion fulmina su anatema contra nuestros defendidos; en estos supremos, en estos solemnes momentos en los

que dignísimos magistrados, severos, inflexibles y penetrados de la majestad y de la grandeza de la misión que están llamados á cumplir, abren su conciencia para recoger y aprisionar en ella todas las impresiones, todas las circunstancias que puedan aquilatar su convencimiento; en estos supremos instantes en que los latidos del corazón de mis clientes, impulsados por la agonía de la ansiedad, parecen repercutir en mi propio corazón, alentado por la bondad de mi defensa, temeroso por la pobreza de mi esfuerzo; en estos solemnes instantes en que va á realizarse uno de los más grandes actos sociales, yo vuelvo los ojos á mis defendidos, á su historia, á sus antecedentes, y me pregunto: ¿quiénes son? ¿de dónde vienen? ¿á dónde van? ¿qué interés pudo moverles para llegar á la realización de ese terrible crimen de que se les acusa? .

¡Pluguiera á Dios que el fiscal de S. M.,—cuyos buenos sentimientos conozco, cuya bondad es para mí tan notoria, cuya ilustración no he de poner en duda,—pluguiera á Dios, repito, que allá en el hogar de su casa, alegrado por las caricias de sus hijos, en el silencio de su gabinete, envuelto en las meditaciones de su estudio, elevando su espíritu sobre las nieblas de la prevención, cerrando sus oídos á las imputaciones de infames calumnias, sin otros estímulos que sus propios deseos, sin otro consejo que el de su propia reflexión, hubiese preguntado también una y más veces, en repetidas vigiliass, á su misma conciencia, analizando fría y serenamente una por una las páginas todas de esa historia, que revela el modo de ser y perfila con indeleble tinta el carácter de mis defendidos, «¿quiénes son? ¿de dónde vienen, qué fuerza pudo ser bastante poderosa para arrastrarles á intervenir de algún modo en el terrible drama, que se supone realizado en el Campo de la Iglesia?» Entonces, señor, la duda al menos —duda bendita!— se hubiese anidado en su recta conciencia, y hubiese llegado el señor fiscal á formar un juicio digno de su ilustración, digno de su elevado criterio.

¿Quiénes son mis defendidos?... Pero dice el ministerio público: «¿Qué importan sus antecedentes? Pues qué, Verger y Barthas, no fueron también buenos y honrados hasta que el primero asesinó en medio del templo, al arzobispo de París, y el segundo mató, en el sótano de su casa, al pobre peregrino á quien había dado hospitalidad?»

Oh! los términos de la comparación no pueden admitirse; si Verger formaba parte de esa milicia que halla sus armas en la

predicacion y en el ejemplo, y soldados son tambien mis defendidos. modelo de disciplina ofrece el proceder de estos, mientras que Verger, subyugado per el demonio de la soberbia, alzóse una y otra vez contra sus superiores, relajando, en múltiples ocasiones, la severidad de los lazos que le imponia su carácter sacerdotal.... Ah! la ofuscacion del ministerio público, que inspira palabras de elogio para Pedro Mora, bien puede convertirse en glorificador de los antecedentes de Verger, acusado de hurto, calumniador de su bienhechor el abate Legran, y cuyos excesos le hicieron abandonar, una despues de otras, las parroquias de Guercheville, Balli Canois, San German d'Auxerre y otras. Pero no es más oportuno en estos momentos el recuerdo de Barthas, porque su crimen fué la obra de un fanático. Barthas, tan respetado por sus conocimientos como por su caridad, vivia para la ciencia y solo le preocupaba sus misterios y sus arcanos: un pensamiento constante embargaba hacía largo tiempo su corazon: «será, se decia, que la sangre del hombre corra por su cuerpo, como corren las aguas de un arroyo por medio del campo, dando á las plantas y á las flores frescura y vida? ¿será que el corazon manda en oleadas la sangre á todas las partes del organismo?» El famoso médico de Carlos V, agitado por esta idea, prensado por esta duda, anhelando robar ese secreto al misterio, brindó hospedaje á un peregrino el Viernes Santo de 1364, dióle en la cena un narcótico, y en medio del silencio de la noche, ciego por su fanatismo, delirante, bajo la fuerza del vértigo que le arrastraba, hundió el afilado calpelo en el pecho de aquel hombre, queriendo sorprender en su corazon los misterios de la vida, que él mismo apagaba!— Pero esto es la obra de un loco, esto es la obra de un fanático, y aquí, señores magistrados, no se trata de locos, ni se trata de fanáticos.

El ministerio público incurre en manifiesta contradiccion al despreciar la importancia de los antecentes que constituyen una honrosa y distinguida historia, cuando, con diversa y contraria lógica, pretende robustecer los cargos que dirige al procesado Pozas, atribuyendo á este un genio vivo, un carácter violento; pues si esa condicion de carácter ha de servir para alegarla contra Pozas, ¿por qué no ha de alegarse en pró de mis defendidos historia nmaculada de veinticuatro años de honrosos servicios? Jesucristo, - es cierto, - para que más se apreciara la bondad de su doctrina, no escogió entre los sábios y los filósofos los apóstoles que habian de predicarla; buscóles entre la clase más po-

bre y falta de instruccion; pero si el encanto, si el prodigio se realizó, consecuencia fué del poder del Hijo de Dios. Nosotros que no hemos de realizar sus milagros, no busquemos, no, el crimen entre los hombres honrados; no pretendamos buscar la historia del vicio en la ejecutoria de los hombres de bien...: busquémosle en la casa del réprobo y del malvado; busquémosle en la casa del perjurio, y quién sabe si entonces pudiera encontrar la acusacion fiscal valiosas indicaciones, que nos llevaran á la resolusion del problema, al desciframiento de ese misterioso enigma....

¿Quiénes son mis defendidos, señor! ¿quiénes son y de dónde vienen...! Rojo fulgor brilla en el espacio iluminando con sinietros resplandores la lobreguez de la noche en un punto del horizonte: las llamas de un incendio amenazan consumir en breves instantes un lugar habitado. Juégase en aquel momento, no solo la hacienda de una familia, sino tambien su vida. Allá, entre el humo que sale en espesas nubes por uno de los balcones abiertos, se ve la imágen de una pobre, mujer mal cubiertas las formas de su cuerpo con blanca vestidura, que, anhelante y desgredada, corre por medio de aquellas habitaciones invadidas ya por el fuego destructor. Las llamas la persiguen, y cada vez amengua la distancia que de ellas le separa. Crujen las maderas, la pesada techumbre amenaza desplomarse y el ruido de las llamas flameantes, se mezcla y se confunde con los silbidos del viento. Un grito de horror se escapa de los labios de aquellos que presencian este terrible cuadro, al ver aquella aparicion fantástica; y á ese grito de horror responde en medio del incendio otro grito de desesperacion y de agonía. En estos momentos, que un instante despues fuera ya imposible, dos hombres atraviesan por medio de la multitud; llegan resueltos á la candente atmósfera; se abren paso por entre las llamas, como si fueran el génio del fuego y penetrando en aquella casa contribuyen poderosamente á dominar aquel voraz incendio y á la salvacion de los que, sin este auxilio, habrian perecido en él.... ¿Quiénes eran esos dos hombres que ante el peligro ageno despreciaban su propia vida? ¿qué tesoros querian conquistar á riesgo de su existencia? ¿No dejaban en sus propios hogares, cuando corrian á salvar el ageno, pobres niños cuya vida dependia de la suya? ¿No llevaban en su memoria el cariñoso recuerdo de la que, madre de sus hijos, sufriria el infortunio de triste y cruel viudez si el fuego del incendio sofocaba los latidos de su corazon? ¿Qué les arrastraba

á exponer así su existencia?... ¡Ah, señor! moviales solamente la fuerza de su honor: aquel honor por que preguntaba el ministerio fiscal dias pasados; ese limpio honor que se supone perdido en la noche del 22 de Julio; ese honor que volvió, sin embargo, sin manchas ni girones á Liérganes, limpio, como volvieron limpias las carabinas de mis defendidos; completo, como volvieron completos los cartuchos de sus cartucheras. ¡Ah! la gratitud hubiese venido aquí para revelarnos con lágrimas en los ojos, el nombre de los que realizaron tan noble y honrosa acción, si no lo revelase también las hojas de servicio que obran en el proceso; por que, con orgullo he de decirlo, esos hombres, señor, se llaman Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal!

En un momento de imprevision y de abandono, una pobre niña es arrastrada, en rápida carrera, por un brioso caballo enredada en las cuerdas de la montura. Caida de espaldas sobre las ancas del animal, golpéale con su cabeza sembrada de cabellos rubios, y el golpe de aquella ensortijada cabecita, movida al compas de la carrera, sirve de espuela al fogoso caballo. Las ligaduras que sostienen á la niña, van aflojándose poco á poco; su cuerpo se dobla, su cabeza resbala, su rubia cabellera cae destrenzada hasta tocar el polvo del camino. Y el caballo, estremecido por el espanto, aumenta la rapidez de su vertiginosa carrera... ¡Que horror! un instante más y el cráneo de aquella criatura quedará hecho pedazos en el suelo, su cuerpo magullado entre las piedras, sus miembros desgarrados por la aspereza del camino...! Una mujer, madre que durmió en sus brazos los primeros sueños de aquella niña, que depositó en su frente los primeros besos que esa frente recibiera, sigue con sus ojos atónitos aquel horrible espectáculo; eleva sus manos al cielo y ahoga en su garganta un ronco grito de horror y de angustia. Pero un hombre sereno ante el peligro se opone al paso del ciego bruto, pugna por detenerle, lucha con él, ¿qué digo con él? lucha, más que con él, con la muerte misma; y al fin le sujeta, y al fin vence, y al fin salva á aquella pobre criatura, y cargado con su precioso tesoro, corre á depositarle en los brazos de aquella infeliz madre, presa del dolor y de la desesperación. Un momento despues las tiernas manecitas de aquella pobre criatura, convulsas todavía por el espanto, acariciaban el tostado rostro del veterano Vicente. ¡Vicente fué, Vicente, sí, el que salvó de la muerte á aquella niña y del eterno dolor de amargo y martirizante recuerdo á aquella madre...! Vicente, que luchó

con heroísmo contra los que, renegando de la madre patria, pretendieron desgarrar sus entrañas y arrancarla una de sus hijas más queridas al grito fratricida de «Cuba libre»; Vicente Fernandez Ledo, que siente latir con entusiasmo su corazón ante el recuerdo santo de la gloriosa bandera que defendió con su pecho en la guerra de Santo Domingo; Vicente, que con Sebastian Gonzalez Uzal, hizo la campaña contra los carlistas, formando parte de las columnas que operaron en el Norte desde 1872 á 1875, batiéndose denodadamente, como este también, en múltiples ocasiones; Vicente, modelo de guardias, ejemplo de disciplina; Vicente, que después de veinticuatro años de servicios no tiene en su hoja la más leve mancha que la empañe. ¿Y se quiere saber, señor, lo que importa, lo que significa una hoja de servicios sin mancha en la guardia civil?... Dentro del proceso se halla la historia de mis defendidos. Sebastian Gonzalez Uzal—y siento que mis palabras hagan asomar el rubor á su rostro—ha sido reprendido dos veces en el largo período de catorce años: una, porque estando en el Astillero apartó bruscamente de sí á un borracho, sin causarle lesión alguna; otra, porque habiendo ordenado sus jefes que, bajo la multa de ocho reales, ningún guardia montase en los coches de línea, dijo: «pues por ocho reales, bien se puede ir en coche.» ¡Esos son los dos grandes pecados de Sebastian Gonzalez Uzal! Ved, señor, cómo se juzga en la noble institución de la guardia civil, villana y miserablemente escarnecida aquí por algún malvado testigo que, para encubrir su propia falta, quiso manchar de lodo tan honroso uniforme. Ved, por esto mismo, si importan algo los antecedentes de los guardias Ledo y Uzal. Pero ¿dónde está el interés que pudo moverles, que pudo arrastrarles á la comisión del delito que se les atribuye? ¿cómo, señor, hombres de este temple, de estas costumbres, de esta naturaleza, personas de estos antecedentes pudieron dejarse alucinar ante las dádivas, ante las promesas, ante los estímulos de cualquier clase que les ofreciera don Aurelio Pozas Gomez, ya que ningún otro interés directo puede definirse en ellos respecto del delito de que se trata? ¿Es presumible que don Aurelio Pozas—y perdóneme tan cumplido como desgraciado caballero semejante suposición,—es posible que si la idea del delito se albergó en su cerebro, fuera á buscar cómplices para su crimen en la guardia civil? ¿Es presumible que se atreviese á hacer semejantes proposiciones á Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal,

cuando jamás había hablado con el primero y solo conocia de vista al segundo? ¿Es esto posible? No; semejantes suposiciones se oponen á lo que es racional, y caen desprestigiadas ante la severa lógica de toda serena inteligencia. No es dable creer que Pozas, que pudo buscar auxiliares entre sus amigos, entre sus partidarios más acérrimos, que pudo muy bien concluir con Maza de un solo golpe, sin necesidad de ageno esfuerzo y sin que nadie pudiera verlo, allá en los salvages accidentes de aquella comarca, donde solo supieran el secreto de su crimen el Dios del cielo, cuya mirada lo abarca todo, y la tierra donde cayera el cuerpo muerto de Juan de la Maza, fuera á procurarse cómplices en personas extrañas, ajenas á su interés, que nada tenían de comun con él, y que, cabalmente, pertenecian á esa noble institucion pronta siempre á prestar socorro al amenazado y pronta siempre, tambien, á perseguir á los criminales. ¿Cuál seria el movimiento primero de esos hombres al oir semejante proposicion? Pozas hubiera comprendido desde el primer instante—si las acusaciones no le quieren presentar á nuestros ojos verdaderamente loco, despues de haber ensalzado su talento—que corria un gravísimo peligro, más aun, que habia de tropezar en un seguro peligro, al hacer tales proposiciones á los guardias, y nunca se hubiera decidido á ello aunque tan descabellada idea hubiese asaltado alguna vez su pensamiento.

Pero, así y todo, á pesar de esos honrosos antecedentes; á pesar de no existir interés ninguno, en los guardias para la consumacion de ese delito, las acusaciones, salvando el hondo abismo que esto significa, quieren hacerles responsables de él, sin indicar siquiera cómo ni por qué extraño modo pudo esclavizar don Aurelio Pozas la accion y la conciencia de Ledo y Uzal. Y no se diga, ni se sospeche siquiera, que el oro fué poderosa palanca para mover esa accion ó tupido velo para envolver esa conciencia; porque, cabalmente, las mismas hojas de servicio de esos guardias, rechazan esa inverosímil y calumniosa suposicion, puesto que en la de Fernandez Ledo consta, que habiendo encontrado una valiosa alhaja se apresuró á devolverla á su dueño, negándose á recibir la gratificacion que este le ofrecia, siendo causa su obstinada resistencia de que el director del cuerpo dispusiera, conocedor de este incidente, que se hiciese constar así en su hoja de servicios. Y si Fernandez Ledo rehusó recibir esa gratificacion, porque ningun otro premio anhelaba por su proceder más que la noble satisfaccion nunca negada por la propia

conciencia al hombre honrado que cumple bien y fielmente sus severos deberes, no es verosímil que, haciendo traicion á sus antecedentes de siempre, se dejase aprisionar con cadenas de oro, llegando hasta la realizacion del crimen, y cubriendo de negras sombras su inmaculada historia.

Pero, así y todo, volvemos á repetirlo, se culpa á los guardias. ¡Fatal destino el suyo, y fatal destino el nuestro, si no hubiéramos llevado ya el más íntimo convencimiento de su inocencia al ánimo de la Sala! Así y todo, se les culpa y se les hace intervenir en las escenas de la calleja de Pereda y en las más terribles del Campo de la Iglesia... No tema la Sala que vaya yo á ocuparme de una y otra escena: lo hicieron tan elocuentemente y con tanta lógica mis dignos compañeros, que, la verdad, es para mí su obra sagrado altar donde se redime la inocencia, y tanto es el respeto que esa obra me impone, que no me atrevería á tocarla con mis manos, temeroso de que mis manos profanaran lo que tanta veneracion me inspira. ¿Y cómo no, señor, si en ese preciado esfuerzo veo yo la aurora que ilumina la negra noche en cuyas sombras estuvieron envueltos hasta ahora mis defendidos? ¿Cómo no, si él anuncia á mi esperanza el momento codiciado de la reparacion, el término de tantos dolores, de tantas amarguras, de tantos infortunios como en pocos, pero en largos meses, pesaron sobre D. Aurelio Pozas y consortes? Solamente de paso me he de permitir hacer alguna ligera indicacion, no para completar aquella obra, magistralmente concluida, sino para añadir una nueva contradiccion y una nueva inverosimilitud á las cien inverosimilitudes y á las múltiples contradicciones notadas ya por mis dignos compañeros. Ciertamente es que las defensas de Pozas y de Mier trituraron y despedazaron los testimonios de cargo; cierto que hirieron de muerte esos testimonios, amasados por la iniquidad; pero permítaseme, al menos, escribir su epitafio sobre su odioso sepulcro.

El Mantiguero habia dicho en sus declaraciones escritas, que no conoció en la calleja de Pereda á Juan de la Maza por el rostro, sino que le conoció por la voz; y habia dicho en otra declaracion, que ha querido desvirtuar aquí, que le habia conocido, no solamente por el habla, sino tambien por la boina azul y por los botitos que calzaba; que, por más señas, añadió entonces, tenían los tacones ladeados. Acebo veia continuamente á Maza, era su amigo, sabia lo que vestia y lo que calzaba, y si no lo sabia pudo verlo recientemente cuando el día 23 de Julio estuvo velando el

cadáver. Y efectivamente, señor, los botitos de Maza tienen los tacones ladeados, y azul es la boina que usaba aquel infeliz; pero los colores negro y azul se confunden en la oscuridad de la noche. Sin embargo, José Acebo distinguió perfectamente el color azul de la boina de Maza! ¿Y cómo no pudo conocer por el rostro á su desgraciado amigo, cuando le fué dable apreciar esos otros detalles? Para salvar este mal paso, dijo el *Mantequero* en el juicio oral, nunca antes de entonces: «que Juan de la Maza llevaba la cara tapada y cubierta con un paño.» Pero, al hacer esta afirmacion, destruia lo declarado en el sumario por Pedro Mora, toda vez que Mora vió á Maza en la misma entrada de la calleja de Pereda, donde afluye el camino del bosque de Irias, y pudo reconocerle fijándose en su rostro. Pedro Mora, imitando el proceder de Acebo, y con tan cínico descaro como el que en este se advierte, no duda en hablar, tambien por primera vez en el juicio oral, del lienzo ó paño que cubria la cara de Maza; mas para salvar sus afirmaciones anteriores, en las cuales se olvida este detalle, que tanto debió llamar siempre la atencion de los testigos si él fuese cierto, añade: «que llevaba en el rostro algo, así, como si fuera amordazado.» Sin embargo, si antes de estas adiciones aparecia desprestigiada la declaracion de Acebo, despues de ellas no aparecen con mayor fuerza, ni esta declaracion, ni la de Mora. ¡Cómo! ¿era posible que Pedro Mora conociese por el rostro á Maza, si es cierto lo que dice Acebo? ¿Y era posible que le reconociese á su vez por el habla el *Mantequero*, si el desgraciado Juan iba amordazado?

Tomás Higuera podia decidir la diferencia que separa en este particular á Mora y Acebo: él podia resolver el enigma que aquellas declaraciones dejan en pié; pero, rara casualidad, Higuera que tanto ve desde la alcantarilla de la plazuela de Lavin, que ve lo que no han visto ni el juez de Santaña, ni el dignísimo magistrado á quien se encargó la continuacion del sumario, ni el fiscal, ni la acusacion privada, ni la Sala, pues ve la complicidad de Pío Lavin en la detencion de Maza, no advirtió si el supuesto detenido llevaba paños ó lienzos en la cara...!

Uno de los testigos cuyas declaraciones se han oido con mayor repugnancia en esta Sala, repugnancia significada con eloquentes rumores, lo es, señor, Eleuterio Gomez Lastra, hermano de Baltasara y cuñado de Antonio Mora. Eleuterio presenció, segun dice, el terrible drama del Campo de la Iglesia, descrito desde los primeros momentos en los anónimos del cura Simon,

guardó con cuidadosa reserva su secreto, y jamás habló con nadie de ese suceso, ni siquiera con sus sobrinos Anastasio y Santiago, testigos, como él, de aquella horrible escena. Preguntado por las acusaciones, dijo: «que cuando bajaba por el Campo de la Iglesia vió salir gente de casa de Bráulio Mier,» y si esto fuera cierto, y ciertas fueran las declaraciones de sus sobrinos, sería imposible que estos y aquel no se hubieran visto en ese momento, pues solo debía separarles una pequeña distancia... Yo ruego á la Sala fije su atencion en el plano que levantaron los ilustrados ingenieros señores Sanchez y Quevedo, porque el estudio de ese plano corrobora matemáticamente la verdad de nuestras observaciones.

Pero el mismo Eleuterio Gomez, desmintiendo luego su primera afirmacion, dijo, contestando á preguntas de la defensa de Pozas: «que cuando salió la gente de casa de Mier, se hallaba tres ó cuatro varas más abajo de la casa de Pozas.» ¡Pasmosa contradiccion que hace por sí sola la apología de este testigo! ¡cómo! será dable que Eleuterio Gomez Lastra tenga el poderoso don de hallarse á la vez en dos sitios distintos? ¡cómo explicar, si no, que discurriese por el Campo de la Iglesia en un instante dado, y se hallase en ese mismo instante fuera de ese Campo y separado de él por un espacio de no pocos metros? La falsedad se dibuja con negros colores en los labios de Eleuterio; y esto solo basta para que la Sala, condenando ese falaz testimonio, lea en la miserable arteria que él revela, una prueba más de la infuca intriga movida contra los procesados; de esa odiosa confabulacion forjada en el hirviente cráter de emponzoñadas pasiones; de esa obra satánica llevada á cabo con tenaz osadía por una horda de miserables calumniadores, capitaneados por un cura perjuró.

Preguntado por la distinguida defensa de Mier, añadió el testigo: «que bajó al Campo de la Iglesia por detrás de la casa de Ayuntamiento,» esto es, por la Fuente Sagrada, ó sea salvando el muro que se extiende desde la Celda á las paredes de la huerta de Pozas; y «que cuando él estaba en el referido Campo llegaban el mismo Pozas, un guardia civil y Juan de la Maza junto á la Torre de las Campanas.» Y es de advertir, señor, que desde la Torre de las Campanas al sitio por donde atravesó el testigo, para ir á esconderse, segun dice, en la contigua mies, hay una distancia que no excede seguramente de seis ó siete metros. ¡Cómo, pues, se explica que á tan corta distancia, teniendo

que atravesar el terreno que media desde la Fuente á la pared de la mies, donde nada existe que pueda estorbar la vista, no fuese advertida su presencia ni por Pozas, ni por el guardia que le acompañaba? ¿Y cómo ha de explicarse, tampoco, que ninguno de ellos oyese el ruido que necesariamente habia de producir Gomez Lastra al saltar el muro, que cierra en aquel punto el Campo de la Iglesia extendiéndose entre la Celda y la huerta de don Aurelio? Eleuterio Gomez Lastra corona dignamente su testimonio afirmando que presencié el fusilamiento de Maza, cuando, si este suceso tuvo lugar en el sitio que señalan sus sobrinos, se interponian los muros de la Torre entre Maza y el testigo; si bien es cierto que Anastasio y Santiago tampoco podian presenciar la terrible escena que mienten en sus declaraciones, por más que aseguren lo contrario, desde el punto en que suponen se hallaban escondidos.

No es dable, no, demostrar más palmariamente la falsedad y el perjurio. Nunca el perjurio se ostentó con más cínico descaro; nunca apareció más clara y más patente la falsedad... No combatimos las declaraciones de cargo, procurando otros testimonios, que pudieran ser tambien parciales, para desvirtuar la afirmacion de aquellas; en nuestras indicaciones no va envuelto el sofisma para oscurecer la verdad; no nos entretenemos en torturar las frases para pervertir el sentido de las palabras, no; esas declaraciones mal urdidas, esa farsa mal representada, no necesita el empuje de una fuerza agena para caer desprestigiadas ante el criterio de la Sala. Su propia pesadumbre basta para ello: basta, para denunciar su bastardía, su propia falsedad mal disfrazada... Ayer llevaron la indignacion y la alarma á la opinion pública: lejos de ellas, no era fácil medir su importancia. Hoy viven en la atmósfera del escándalo, y el sentimiento público las aprecia estremecido de horror. Mañana, señor, los Tribunales de justicia satisfarán las exigencias de ese sentimiento, que demanda indignado el castigo de los perjuros. La justicia así lo exige, así lo exige la sociedad alarmada. La correccion se hace necesariamente urgente y premiosa: ¿qué seria de la inocencia si la acusacion calumniosa, si el falso testimonio quedara sin castigo? Ah! señor, la pasion engendraría en todas partes Eleuterios, Acebos y Santiagos, como se engendran repugnantes gusanos en asqueroso pudridero.

No hablaré más de ellos, ni hablaré tampoco de los que aquí vinieron á peticion de las defensas; pero sí reclamo toda la aten-

cion de la Sala para esos otros testigos cuyo testimonio no se compra, ni se puede poner en duda: de esos otros testigos inmutables y severos, que no se quebrantan por el influjo de uno ú otro interés; de esos otros testigos que se llaman las distancias, los accidentes del terreno, la luna, las paredes del templo...; de ese templo, señor fiscal, que su señoría visitó como arquéolo, y que yo visité como cristiano y creyente. Sí, eran las últimas horas de la tarde; el cielo estaba triste y las nieblas precursoras de las sombras de la noche envolvían la cumbre de aquellas montañas. Nuestra mision en Miera habia terminado, una vez concluida la inspeccion ocular decretada por la Sala, y se aproximaba el momento de regresar á Liérganes. Algunos, más impacientes, habian emprendido ya la marcha, descendiendo por aquel camino que, al ceñir la falda de la montaña en sus variadas ondulaciones, sigue constante la bullidora corriente del río Miera. Mis compañeros y yo entramos por última vez en la casa antes alegre, hoy triste y sombría, que habita la atribulada familia de don Aurelio Pozas. Al separarnos de ella, yo estreché entre mis manos la mano de aquella desgraciada mujer; yo besé con labios temblorosos las frentes purísimas de aquellas pobres criaturas, que se apiñan en torno de su madre. Oh! señor, aun siento conmovido mi corazon por el recuerdo de aquella triste despedida! En aquel momento, al acariciar las pálidas mejillas de aquellos niños, vibró, más vivo aun, en las fibras más delicadas de mi corazon, mi amor de padre; y al estrechar aquella mano, y sorprender en los sedosos párpados de aquella infortunada señora dos lágrimas mal reprimidas, sentí que las mias acudían á mis ojos, y recordé que allá, en el pobre y santo hogar de mi familia, hay tambien una mano amiga que seca cariñosa las gotas de sudor que el trabajo hace brotar en mi frente...! Dejamos silenciosos aquella casa, y, al pasar por delante del templo dije á mis compañeros: «aguardad un instante» y atravesé las puertas de aquel recinto santo, y allí, postrado de rodillas ante sus altares, «¡oh Dios mio, exclamé, no permitais que prevalezca la obra de la iniquidad, la obra de la maldad!... ¡Haced que triunfe la causa de la justicia, y de la razon!... ¡Iluminad, Señor, el criterio de nuestros jueces: dadnos fuerza y aliento para cumplir la alta y noble mision que nos ha sido confiada!...» Y mi ferviente ruego, suspiro de mi alma, no se perdió, no, en el espacio; ¡gracias, Dios mio! no quedó, no, apelmazado sobre el suelo, como quedó apelmazado el humo de los disparos hechos aquella tarde,

momentos antes, por el dignísimo Secretario de esta seccion, para convencer de perjurio á la testigo Antonia Samperio!

Yo, señor, quiero olvidar completamente, como he dicho, el testimonio de los testigos presentados por las defensas de don Aurelio Pozas y don Bráulio Mier; quiero fijarme solo en esos monumentos indestructibles; quiero fijarme en esas imposibilidades que nacen de la condicion y de la naturaleza de las cosas, cuyas revelaciones no pueden ser negadas ni desmentidas por nadie, y contra las que no es dable, no escribir una sentencia, y menos una sentencia condenatoria; porque nadie puede hacer en este mundo, sin realizar un verdadero milagro, que sea lo que no es posible.—El imposible parece que Higuera, Mora, el *Mantequero* y Domingo Gomez viesen á la guardia civil, á la hora que ellos citan, en la calleja de Pereda, teniendo en cuenta la órden dada á Ledo y Uzal por el comandante del puesto de Liérganes, el momento en que estos salieron de aquel pueblo, la hora en que pasaron por Mortesante y por Mirones y su detencion en la cuesta de la Hoz, detalles todos de suma importancia y perfectamente justificados. Imposible que Tomás Higuera y Pedro Mora pudieran ver, el uno en el sitio de la Castañera, donde afluye el camino de Irias, y el otro al desembocar la calleja de Pereda en la plazuela de Lavin, á Pozas, Mier, los guardias y Maza, toda vez que, atendiendo á lo que uno y otro declaran, y apreciando las distancias recorridas por el uno y por el otro, Maza y los que le conducian debian hallarse ya en la casa de Mier cuando Higuera llegó á la plazuela antes citada. Imposible, de todo punto imposible, que José Acebo, el *Mantequero*, no se encontrase con Domingo Gomez en el Fontano, no seguido por este para tomar agua en el Fontano, que huyó precipitadamente por aquella senda, calleja de Pereda por Bráulio Mier, sobre recorra en pausada r le tiempo, una extension. otro, durante el mismo tiempo, por lo tanto, que Domingo pudiera haber llegado á la fuente desde el callejuelo contiguo á la casa de Manuel Mier, volver á este sitio, hablar con su cuñado Mora, subir á su casa y presenciar desde ella la huida de Acebo. Imposible que oculto Higuera en la alcantarilla de Lavin, en la postura que señaló al prestar su declaracion, esto es, apoyando las manos y las rodillas en tierra, viese á los que pasaban por el camino contiguo, por más que esto pueda

tener lugar agachándose simplemente, como así lo observó y consta de la diligencia de inspeccion ocular el digno representante del ministerio público señor Polanco. Imposible que llamase Acebo, por dos veces, poco despues de las nueve y media, en la casa de Lavin, y que ninguno de los que se hallaron en ella aquella noche hubieran oido los golpes dados en la puerta, no solo teniendo en cuenta las condiciones de dicha casa, sino que Emilia y Víctor Higuera esperaban en ella á su hermano Tomás y no se hallaban acostados todavía, como no lo estaba tampoco la criada Esperanza Cárcova Lavin. Imposible que Antonia Samperio viese salir el humo de dos disparos primero, y de otros tres seguidamente, por entre la Torre y la Celda, en la mañana del 23 de Julio, desde la ventana de su casa, porque así quedó plenamente demostrado en la prueba que se practicó en Miera con este objeto, á instancia nuestra y por acuerdo de la Sala. Imposible que Ramon Perez observara cinco agujeros en el pecho de Maza, adjudicando sin duda una bala á cada uno de los disparos que su tía Antonia Samperio supone haber oido, por que esa mentida afirmacion se destruye por lo que resulta de la diligencia de autopsia y por lo que revelan esas ensangrentadas ropas. Imposible que Santiago y Anastasio, lo mismo que su tío Eleuterio, pudiesen distinguir la pared de la Torre, ó sea el muro en que se hallan colocadas las campanas, desde el sitio que respectivamente designan, ya se acepte, en cuanto á los primeros, el que fijan en sus declaraciones del sumario, ya el muy distinto que señalaron en el juicio oral, desde cuyo punto solo puede verse uno de los machones de la puerta de la Iglesia en la fachada contigua á la de la Torre. Imposible, si ha de creerse la afirmacion de Santiago y Anastasio, que Eleuterio viera colocado á Maza de espaldas á la pared en el momento de ser este herido; é imposible si se pretende dar alguna importancia á la declaracion de Eleuterio, que sus sobrinos vieran al desgraciado Juan, en el momento de los disparos, colocado de frente á la misma pared; como es imposible que el herido cayese al suelo, y al propio tiempo quedase de pié recostado contra el muro, é imposible, de igual modo, que el fusilamiento ocurriese en el espacio que hay entre la Torre y la Celda, y debajo del muro de las campanas de aquella, si bien distintos, designados por Anastasio y Santiago, el primero en sus declaraciones del sumario, y el segundo en las prestadas ante la Sala, á no ser que hayamos de suponer que Juan de la Maza fué fusilado dos veces, solo para sal-

var las manifiestas contradicciones en que incurren estos testigos, cuya falsedad extremece y horroriza. Imposible, señor, que la sombra del muro en que se hallaban Anastasio y Santiago pudiera ocultarles, no ya por la poca fuerza de las sombras en noches alumbradas por la luna, sino porque esta, en el momento en que se dice ocurrió la sangrienta tragedia de que se habla, bañaba con su tibia claridad las piedras de aquel muro, que proyectaba su sombra en el lado opuesto, como así lo demostró la ilustrada defensa de don Aurelio Pozas en su brillante informe, advirtiéndole a la Sala la altura del astro de la noche en la mañana del 23 de Julio, ó sea en los momentos á que se refieren Eleuterio y sus sobrinos. Imposible, en fin, señor, que Juan de la Maza se dejase arrastrar resignado al matadero, sin ensayar un medio de defensa, sin producir una queja, sin procurar huir de sus asesinos, para lo que tan bien se prestan las condiciones de aquel sitio, y que, viendo ante su ojos los horrores de una muerte segura, se dejase colocar junto á las paredes del templo, de frente ó de espalda, como mejor se quiera, y con la serenidad propia solo de los mártires, que dan gustosos su vida por el amor de una creencia ó por el entusiasmo de una idea, permaneciera inmóvil al oír aquella terrible amenaza, «ya es hora de hacer un escarmiento en Miera!» y al sentir esa estridente ruido del arma que se amartilla, sin volver siquiera la cabeza, porque de otra manera, hallándose el agente colocado á la espalda ó al frente de Maza, la bala no hubiera pasado el cuero cabelludo, sino que hubiera penetrado en el cerebro por la region parietal.

Señor; que el cuerpo lanzado al espacio se quede suspendido en medio del espacio, al perder la fuerza impulsiva que determina su movimiento, y no caiga otra vez al suelo obediendo en ello las leyes de la gravitacion; que las copas de los árboles del monte de Irias no se inclinen entrelazándose las unas con las otras, cuando sobre ellas pasa rodando el huracan; que la fiera acosada en su guarida no trate de hacer valer sus garras para defenderse del que la acomete; que nuestro corazon no lata con dolor y con amargura cuando estrechamos en nuestros brazos la lívida cabeza de la persona querida, bañada en el sudor de la agonía, y confundimos nuestros suspiros con el ronco ruido de su respiracion entrecortada, y con nuestros besos tratamos de darle el aliento que le falta, y con nuestros labios, en el febril delirio de nuestro tormento, viendo aquella existencia idolatrada que se apaga, bebemos esas dos lágrimas silenciosas y cristalinas que

surcan siempre las mejillas del moribundo, último adios que la materia da al espíritu!—Y entonces, señor, cuando esto suceda, cuando así se trunquen y se disloquen las más inquebrantables leyes, podremos creer que todas esas declaraciones son ciertas; entonces podremos creer que puede verse, á través de esos muros, lo que pasa en la habitación contigua; y entonces creeré yo que Juan de la Maza pudo ver la espantosa imagen de la muerte, cara á cara, sin sombra de temor, sin que la idea de morir le produjese el más ligero estremecimiento;—y si lo primero repugna á las leyes físicas, lo segundo repugna á las leyes del instinto, á las leyes del sentimiento grabadas en la conciencia del hombre por la mano del mismo Dios.

La acusacion establece distintos cargos que afectan más directamente á mis defendidos, y, por esto, me creo en el deber de ocuparme de ellos, siquiera lo haga con la posible brevedad teniendo en cuenta la fatiga de la Sala y que esos cargos han sido destruidos ya en gran parte por las defensas de Mier y de Pozas. Advierte la acusacion que en el parte formulado por los guardias manifestaron estos que el herido Maza habia dicho, momentos antes de morir, «que se habia caído, que nadie le hirió;» y como de la autopsia resulta que las lesiones de aquel fueron hechas con arma de fuego y por una tercera persona, aprecia una significativa falsedad en mencionado parte. Sin embargo, la pareja de la guardia encuentra un hombre mal herido en el Campo de la Iglesia; le interroga acerca de su nombre, de su vecindad, y le pregunta quién causó sus lesiones. La contestacion dada á cada una de esas preguntas fué exactamente escrita en el parte dirigido á su jefe por Vicente Fernandez Ledo. ¿Procedia obrar de otra manera? ¿debía discurrir el jefe de la pareja acerca de sus propias impresiones? ¿no se atemperaba bien y fielmente á las exigencias de su deber, limitándose á relatar lo que sus ojos vieron y sus oídos escucharon?

No porque mis defendidos pudieran sospechar que Juan de la Maza ocultaba la verdad, debian ellos omitir aquellas manifestaciones en la comunicacion aludida. Pero si así lo hubieran hecho, ¿qué diria entonces el ministerio fiscal? ¿cómo apreciaria esta omision? ¿qué importancia no la concederia ante el testimonio de los testigos que escucharon á Maza aquellas afirmaciones?—«Oh, qué grave indicio!—exclamaria el ministerio público,—Juan de la Maza, temeroso de que sus asesinos acabaran con la poca vida que le dejaron, envolvía en sombras la verdad

al ser interrogado por los guardias, y estos, sobradamente cínicos para preguntar á aquel desgraciado quién le había herido, fueron sobradamente maliciosos para sospechar que habia de adivinarse la razon que movió á Juan de la Maza á velar en el misterio el nombre de sus verdugos!»

¿Pero es posible que los guardias diesen crédito, en los primeros momentos, á las extrañas manifestaciones de Maza?—El arzobispo de Paris, recordado en su acusacion por el señor Fiscal, recibe un rudo golpe en San Estéban del Monte. Verger, el autor de esta agresion, huye: monseñor Sibour cae desplomado sobre el suelo y es trasladado á la sacristía, presa, segun todos, de un desmayo. Nadie ve su herida: todos procuran con afan prestarle los oportunos auxilios para que cese el síncope: ¡el síncope, y Monseñor tenia atravesado el corazon...! Oh! de aceptar la lógica especialísima del señor Fiscal, á todos los que auxiliaron al arzobispo, así engañados, podia considerárseles cómplices de su muerte.

Pero es necesario apreciar las cosas como en sí son, sin prevenciones, sin prejuicios, fria y desapasionadamente; porque sean unos ú otros los términos de ese documento, la Sala sabe que fué escrito por indicacion del cabo Martiniano Chaperó, cuando este llegó á Miera, es decir, algunas horas despues de haberse constituido el juzgado municipal en el lugar del suceso; cuando ya se habia dado cuenta de lo ocurrido al juez de instruccion; cuando el pueblo entero habia visto el cadáver, y cuando prestaban sus declaraciones los primeros testigos. ¿Cómo suponer que en tales condiciones habian de pretender los guardias disfrazar la verdad, aunque esto les importase? ¿Cómo admitir esa suposicion teniendo presente que Chaperó, á quien iba dirigido el parte, se hallaba en el lugar del suceso tratando de rasgar el misterio en que se envuelve la muerte de Juan de la Maza?

«Que no instruyeron sumario—dice el Fiscal,—y que no pidieron certification de haberse entregado al juez.» Pero importa advertir que, segun las leyes especiales de este instituto, y véase el reglamento de la guardia civil de 2 de Agosto de 1875, en su artículo 41, la instruccion del sumario á que este cargo se refiere procede solo cuando el hecho á que ha de referirse se comete en despoblado; pero cuando se comete en poblado, los guardias no tienen otras atribuciones ni deben desempeñar otras funciones que las de simples auxiliares de la autoridad competente.

Por ello, con más razon, se censurara entonces el proceder de Vicente Fernandez Ledo si, aceptando el proceder que el señor fiscal señala como bueno, se hubiese propasado á instruir una verdadera sumaria, en cuyo caso se nos diria hoy, seguramente, que mis clientes habian tratado de desviar de su recto camino la investigacion judicial, usurpando atribuciones que no les correspondian. Tanto el cabo Martiniano Chaperó, como la pareja de la guardia civil, cumpliendo con lo que previene el art. 25 del reglamento citado por el fiscal de S. M., no solamente practicarón en los primeros momentos activas gestiones, sino que permanecieron en Miera varios dias, con el solo objeto de auxiliar á la autoridad judicial, llevando á término los servicios que esta les demandase.

Pero como si los procesados hubieran de ser responsables del proceder ageno, ó como si en todas partes donde no se alza una voz acusadora contra ellos, debiera verse sombras, y robustecer sospechas, y alimentar alarmas, búscase un nuevo indicio de su criminalidad en la conducta que se atribuye al juez municipal de Miera. Doloroso es que el cinismo de un testigo, para disculpar arrepentimientos significativamente tardíos, salte por encima de la honra de un respetable funcionario público; pero más doloroso que por fuerza de ese falaz testimonio, se diga ante la majestad de los tribunales de justicia, como aquí se ha dicho de las primeras diligencias formadas por el juzgado de Miera, que la obra de ese funcionario adolece de falsedad. Pero qué mucho, señor, si al propio tiempo, y con el mismo objeto, no faltó tampoco quien haya supuesto en las sesiones de este juicio, que el oficial encargado por la autoridad militar de instruir la sumaria que forma parte de este proceso, habia amenazado con la espada á algunos testigos! Cábele la honra de esta menguada gloria al célebre *Mantequero*, y participa de esa gloria Ramon Gomez, padre de la prometida esposa de Tomás Higuera. El *Mantequero*! perfectamente conocido de la Sala. Ramon Gomez! convencido de perjurio por el testimonio de tres testigos, y que con descaro sumó afirmó, en un careo, que no conocia á una de sus convecinas, al lado de la que vivió por espacio de veinte años ..

Dícese que el juez municipal de Miera andubo remiso en la práctica de las diligencias sumariales; dícese que prolongó indebidamente la autopsia del cadáver con daño de la investigacion; dícese que tardó largo tiempo en remitir al juzgado instructor

las diligencias por él practicadas; y dicese, en fin, que se cometieron graves omisiones en la declaración de algunos testigos;— pero por más que todo esto nunca pudiera convertirse, racionalmente juzgando, en daño de nuestros clientes, podemos afirmar, rindiendo severo culto á las exigencias de la justicia, que no hay razon ni pretexto para establecer tales suposiciones.

D. Alejo Gomez, juez de paz de Miera, vive en el barrio de Irias. Tuvo conocimiento de la desgracia ocurrida en las primeras horas de la mañana del día 23, hizo avisar seguidamente al secretario del juzgado; redactó el auto, cabeza de todas estas diligencias, tan pronto como se presentó, y sin pérdida de momento se constituyó en el lugar del suceso comenzando á las ocho de la mañana, despues de esto, la oportuna instruccion.

Pero la ley de Enjuiciamiento criminal dispone que las autopsias sean presenciadas por los jueces de instruccion ó por un delegado de la policía judicial; y ante este precepto de la Ley mal podia el juez municipal de Miera ordenar la práctica de esa diligencia. Por eso aquel dignísimo funcionario, que cumplia con su deber dando cuenta del suceso al juez instructor por medio del correo, lo hizo empleando en esto á una tercera persona, á quien satisfizo el servicio prestado á costa de su propio interés; y apenas recibió contestacion á su oficio dispuso la práctica de la autopsia, mandando citar inmediatamente para ello á los peritos residentes en San Roque de Riomiera y en Liérganes. Personados estos en Miera por virtud de esa citacion, la diligencia á que nos referimos quedó ultimada á las 55 ó 56 horas del fallecimiento. Poco despues de esto, y tan pronto como se terminaron otras diligencias indicadas por el juez instructor, se remitió á Santoña todo lo obrado; esto es, mucho antes del tiempo que indicá el señor fiscal. Así consta en el proceso escrito, y si no aparece en él la práctica de otras diligencias tan pronto como debió recibirse en Santoña las formadas en Miera, no es justo que se haga responsable de esto al distinguido funcionario cuyos sacrificios, cuya actividad y cuyo celoso afan se paga hoy con censuras y recriminaciones tan injustas como injustificadas.

No tienen mayor fundamento, en verdad, las omisiones atribuidas á aquel juzgado. Julita de la Maza y el *Mantequero* hablan de ellas; pero ambos se ratifican ante el juez instructor en las declaraciones que allí prestaron, y ambos excusan la omision por circunstancias ajenas al juez municipal de Miera.

¡Así, señor, se aleja, llevando la tempestad en su seno, la

nube amenazadora levantada contra este honrado funcionario! Pero en nuestra imparcialidad convendremos en la existencia de una falta señalada por el señor fiscal. «El juez municipal de Miera no dió cuenta al señor fiscal de esta audiencia de la formacion de aquel proceso:» es cierto... La nueva ley de Enjuiciamiento impone esa obligacion á los jueces municipales; pero estos, por lo general, son profanos á la ciencia del Derecho, y más bien que á su propia accion fian á la actividad de sus secretarios mucho de lo que importa al buen desempeño de su cargo. Hasta ahora solo se daba noticia de la instruccion de un sumario á los jueces de partido, y apegados los juzgados municipales á las prácticas antiguas, son muchos los que dejan de cumplir aquel mandato de la Ley. Yo apelo á la sinceridad del señor fiscal, y estoy seguro que no ha de rectificar mis apreciaciones si digo que ni en la tercera parte de los casos, recibe la fiscalia oficio de los jueces municipales dando cuenta de haber comenzado á instruir las primeras diligencias de un sumario.

Otro de los cargos que la acusacion dirige á mis defendidos, los guardias Ledo y Uzal, es «que no oyeron tiros á las dos y media de la mañana del 23 de Julio, hallándose alojados aquellos en la casa de Mier, contigua al Campo de la Iglesia» No me detendré á rebatir este cargo, que no considero de importancia. Y más; si este detalle pudiera tener alguna significacion, ¿cómo explicar que no se oyesen las detonaciones á que se alude en otras casas vecinas tambien al Campo de la Iglesia? Pero creo firmemente que no se oyó disparo alguno de fuego en Miera á las altas horas de la noche; porque es bien extraordinario, por cierto, que los únicos testigos que dan cuenta de tales disparos sean los que, como Eleuterio, la Samperio, Santiago y otros están convictos de falsedad, y que todos los demás vecinos, más próximos á la Iglesia, no oyeran semejantes detonaciones, entre los cuales se cuentan algunos que, lejos de tener amistad con los procesados, son enemigos irreconciliables de don Aurelio Pozas... Y más todavía: la noche antes pasó la muerte por uno de los barrios de Miera, y tocó con su descarnada mano la puerta de una pobre cabaña. ¡Noche triste para la familia que allí habitaba: noche de duelo y de vigilia! Al través de las ventanas de aquella casa brillaba la roja luz de los cirios benditos colocados al lado de un cadáver. Deudos y parientes velaron aquel sueño sin despertar; y una triste y acongojada viuda, contó las largas horas de aquella noche, junto al lívido cadáver de su esposo.

Pues bien; ni aquellos, ni estos tampoco oyeron los tiros de que habla Eleuterio, y cuyo humo vió subir por entre la Torre y la Celda Antonia Samperio... Tiros que no solo oyó la célebre panadera Catalina Lavin, sino que, con prodigioso don de adivino, supo desde luego, según ella nos dice, que los segundos fueron disparados, «porque no acertaron bien con los primeros».

El ministerio fiscal halla inverosímil, fundando en esto un nuevo cargo contra mis defendidos, que la pareja de la guardia civil no llegase á Miera hasta las once de la noche del 22; y la acusacion privada sostiene que debió llegar á las nueve teniendo en cuenta que salió de Liérganes á las seis de la tarde. Yo no veo la razon de aquella inverosimilitud, y menos veo la certeza de esta afirmacion. Olvida el señor fiscal que en el oficio dirigido al comandante del puesto de Liérganes se indicaba, que con objeto de sorprender á los alborotadores, retardara la pareja su llegada á Miera hasta las once de la noche. Lo inverosímil, pues, sería que los guardias, faltando á las órdenes que se le habian comunicado, hubiesen entrado en Miera antes de aquella hora. Y nada más fácil para nosotros que demostrar la imposibilidad de que los guardias Ledo y Uzal llegasen á las nueve á Miera. Tres horas tardó el digno presidente de esta seccion en recorrer la distancia que separa á Liérganes de ese pueblo; tres horas la distinguida defensa de Julita Maza; tres horas nosotros. Y sin embargo, los guardias salieron de Liérganes á las siete y media de la tarde, según las declaraciones de don Eleuterio Pedraja y don Aureliano Gonzalez; llegaron á Mortesante á las nueve, hora y media despues, como lo atestiguan don Francisco Lavin y don Fulgencio Cobo, y pasaron por Mirones despues de las nueve y cuarto, conforme á lo declarado por don Cosme Acebo y doña Pilar Ruíz Gomez... ¿Es, pues, posible que Ledo y Uzal se hallasen en Miera á las nueve de la noche, aunque no se hubiesen detenido en Puente Nuevo, más allá de Mirones, en cuyo punto se separó de ellos el guardia municipal de Miera...?

«Maza no habló,» dice el ministerio fiscal; «Maza no habló,» repite con notable insistencia; «convence de ello el juicio de los peritos ante cuya importancia no son nada las declaraciones de los testigos que afirman lo contrario, testigos parciales por la íntima amistad que les une á Pozas.» «Maza no habló: falto ya de vida, solo Aquel que resucitó á Lázaro hubiera podido hacer

que Maza hablara...» Pues bien, señor fiscal; si el ruego de una mujer, movido por su fé, bañado en su esperanza, fué bastante para que el Hijo de Dios pronunciase una sola palabra, y esta palabra bastó para que el cadáver de Lázaro, sacudiendo y rompiendo sus ligaduras tornase á la vida, y Lázaro cobrase nueva existencia, y volviese á sentir como nosotros sentimos, á pensar como nosotros pensamos, á amar como nosotros amamos, á leer toda la omnipotencia divina en ese gran libro escrito con caracteres de estrellas sobre el manto de la noche en el azul oscuro de los cielos, ¿por qué la razon, que es hija tambien de Dios, que se deriva de su razon infinita, que es, aunque pálido, destello de ella, no ha de poder realizar, movida por nuestro ruego, el mismo encanto, el mismo milagro, el mismo mágico prodigio, aquí en el templo de la justicia, donde la verdad se depura, donde la verdad se aquilata, donde la justicia tiene sus altares, y en donde ilustres, sabios y severos magistrados se convierten en torno de esos altares en sacerdotes de ella?

Pero ni el juicio de los peritos, ni el testimonio de los testigos consienten la afirmacion establecida por el ministerio público: aquel juicio nos dice «Maza pudo hablar;» este testimonio nos asegura que Juan de la Maza habló en la Fuente Sagrada y en la ermita de San Roque, la mañana del 23 de Julio... De todos los facultativos que declararon en este juicio, uno solo, el señor Santamarina, negó la posibilidad de que Maza hablase: ninguno de sus compañeros se adhirió á esta absoluta opinion. Yo recuerdo, señor, las palabras pronunciadas aquí por el distinguido profesor don Florentino Diaz, cuyos razonamientos, depuestos con sencillez, sin afectaciones ni petulancias ridículas, revelaban á la vez que al ilustre cirujano, al hombre empeñado en contribuir con sus conocimientos á la realizacion de la justicia. Yo recuerdo aquella fácil y correcta palabra del doctor Zorrilla, siempre severa como lo son las condiciones rectas de su notorio carácter; y tanto el primero como el segundo, á cuyo juicio se unieron los Sres. Pelayo, Sainz, Cortiguera y sus otros compañeros, creyeron que Maza habia podido hablar. ¡Solo el señor Santamarina, vuelvo á repetirlo, sostuvo resueltamente que no! ¿Y por qué? Porque, segun él, la herida de la region cervical, descrita en la diligencia de autopsia, era por necesidad mortal, y precisa y necesariamente habia ocasionado una conmocion tan fuerte, tan poderosa en sus efectos, que habia determinado la muerte de Maza... Pero qué es lo que autoriza á establecer esta

conclusion? ¿Es acaso que en las declaraciones de los facultativos que practicaron la autopsia, se observase algun trastorno en la médula, algo en el cerebro que pueda servir de fundamento al juicio emitido por el señor Santamarina, juicio de que tan pagado anda el ministerio público?

No, señor; lejos de esto, mientras que los señores Diez, Centeno y Sotorriño no aprecian que las heridas de Maza fueran aisladamente consideradas mortales por necesidad, y creen que solo pudieron ser consideradas así por la importancia que á su reunion debe atribuirse; mientras que los señores Pelayo, Sainz, Zorriila y Cortiguera juzgan que ninguna de estas heridas fuera mortal por necesidad y que por ello se pudo llegar hasta su curacion, ocurriendo la muerte por accidente hemorrágico, mientras que llegan á calificar de fácilmente curable la herida de la region cervical, los facultativos de la autopsia no hallan en el cerebro y cerebelo del cadáver de Maza más que una gran congestion en el lóbulo inferior izquierdo de aquel y de este, simple imbibicion cadavérica, propia y natural por la postura del cadáver en las 55 horas que corrieron desde la muerte hasta la autopsia. El Sr. Pelayo, cuya autoridad está perfectamente garantida por la honrosa y justificada opinion de que goza, explicó lo que era conmocion; hizo mérito de los tres grados en que la ciencia dividia las conmociones por su mayor ó menor importancia, y nos advirtió que la conmocion, cuando llega á producir la muerte, deja muchas veces rastros de su existencia, cuyas señales no se observaron en el cadáver. Esto, por sí solo, bastaria para excluir una afirmacion absoluta como la sostenida por Santamarina. ¿En qué, pues, se apoya este perito? Oh' señor, Santamarina busca amparo en las leyes de la balística, leyes que nosotros no rechazamos seguramente; pero su extravío no puede ser más patente desde el momento que acogiendo á esas mismas leyes, trata de llegar á un hecho conocido modificando los efectos que de ese hecho se desprenden, por otro desconocido. «La fuerza del proyectil, dice, al chocar con un cuerpo, puede medirse con exactitud, teniendo en cuenta la masa y la velocidad del mismo; y como nos es conocida esta masa y esta velocidad, es preciso convenir en que el choque fué tan poderoso, que necesariamente conmocionó en tal manera el cerebro de Juan de la Maza que este ni pudo hablar, ni pudo moverse desde que fué herido...» Oh' no hace mucho que la Providencia puso en mis manos una Revista médica, en la que se hacia mérito de un herido que sufrió la fractura del

apófisis del áxis por un proyectil, cuyo herido obtuvo una completa y radical curacion; y yo preguntaria al señor Santamarina, ¿no seria siempre mayor la fuerza de un golpe que rompiera en pedazos esta tribuna, que no la de otro golpe sobre una tribuna colocada en idénticas condiciones, que no causara en ella desperfecto alguno? Porque la conclusion es lógica; si un proyectil que fractura el apófisis del áxis, no produce la muerte por conmocion, ¿cómo hemos de suponer que el choque, menos poderoso, del proyectil que no hiere, que no deslaminas el hueso, ha de producir necesariamente la muerte por conmocion?

Pero el señor Santamarina quiso caminar, como hemos dicho antes, de lo desconocido á lo conocido, y, en este torcido camino, hallar materia para apreciar efectos que solo tienen vida por el esfuerzo de una suposicion; porque si el proyectil que hirió á Maza en la region cervical no causó el trastorno que hubiera causado atribuyéndole la fuerza que Santamarina supone, claro y evidente es, señor, que este proyectil no llevaba semejante fuerza. Y por eso decia yo antes que aceptaba desde luego las leyes de balística á que se amparó el perito, porque la conclusion cierta y positiva, perfectamente lógica, perfectamente científica, no seria, no, la que deduce el señor Santamarina: esa conclusion seria otra, otra muy distinta, otra muy diferente: la de que la bala aquella habria sido disparada á cincuenta, ciento ó más metros, esto es, á la distancia necesaria para que el proyectil, al chocar en la region cervical del desgraciado Maza, hiriese los tegumentos, quedándose implantada en el apófisis del áxis, sin causar en el hueso la más pequeña alteracion. Y en este caso, ¿qué es de las declaraciones de Eleuterio Gomez Lastra y de sus sobrinos Santiago y Anastasio? Esto solo bastaria para demostrar su falsedad, si de antemano no estuviésemos convencidos de ella; si no la demostrasen, á mayor abundamiento, las declaraciones de todos los peritos perfectamente unánimes en que el disparo de una arma cargada con proyectil aglomerado, á la distancia que aquellos dicen se hizo el disparo, hubiese dejado señales indelebles del fogonazo, ya que no en las ropas, al menos, sí, en el cuerpo de Maza; en que no hubiera penetrado uno solo de los proyectiles en el cuello de aquel infeliz, sino todas las porciones del conglomerado; en que el agujero abierto por este hubiese sido notablemente mayor; y, finalmente, en que la oblicuidad de la herida del pecho, con relacion al plano del cuerpo, revela una posicion distinta de la que ocupaban el supuesto

agresor y el agredido, según las declaraciones de Eleuterio, Anastasio y Santiago, cuyo perjurio es evidente. No comprendemos, pues; no podemos explicarnos la afirmación del perito Santamarina, y menos todavía al recordar que en el informe que obra en autos, por él suscrito, se dice que Maza pudo proferir solamente monosílabos. ¡Oh! ¿qué razón científica poseerá la ilustración de Santamarina, para decidir que el herido solo pudo pronunciar monosílabos, y, siendo esto así, no palabras de dos, tres ó más sílabas? Pero el señor Santamarina, por no revelar quizá esa razón, que él guarda orgulloso en el caudal de sus conocimientos, para que no se descifre ante los ojos de los demás el enigma, el misterio de ese fenómeno afásico, recogió en el acto del juicio oral aquella afirmación, y ¡con sorpresa lo oímos! esos monosílabos á que aludía quedaron reducidos á la categoría de simple ruido espiratorio.

Para la ilustrada conciencia judicial no pasa desapercibido ni la actitud de los testigos, ni el espíritu que se advierte en sus declaraciones, ora definiendo la pasión, ora revelando el deseo de ocultar ó disfrazar la verdad. Todo lo que puede llevar al conocimiento de esa verdad que se busca y se persigue, de esa verdad consoladora que devuelve honra y libertad al procesado inocente, ó de esa verdad terrible que levanta el tablado de un patíbulo, todo es recogido, todo es examinado y todo es apreciado por el recto criterio, por la sana razón de los jueces. Pues bien, señor, yo me atrevo á excitar la memoria de la Sala ante un recuerdo que asalta á mi propia memoria, digo mal, que llevo en mi memoria envuelto en amargo sentimiento. Cuando el señor Santamarina veía cómo los señores Díez, Sotorrio y Centeno, penetrados de la grande misión que desempeñaban en el solemne acto de sus declaraciones, rendían severo culto á las exigencias de su deber, modificando esencialmente los términos limitados de las conclusiones que consigna la declaración pericial escrita; cuando el señor Santamarina escuchaba la razonadora palabra del doctor Zorrilla, inspirada en los consejos de la ciencia; cuando veía que todos sus compañeros desfilaban por delante de ese dictámen apartando los ojos de lo que él afirma, el señor Santamarina, como si obedeciese á una imposición inexplicable; como si se considerase esclavo de aquellos términos; como si, enredado en ellos, no pudiera desasirse de ellos, y esto fuera su fatal destino, nos repitió dos veces seguidas esta frase: «yo debo ser consecuente con mi anterior dictámen.» ¡Oh! y sin embargo, señor

momentos despues, o'vidando esa consecuencia, apostata de lo que él creia ser una religion sagrada, renegaba de e'la parade-finir los monosílabos de que habla su dictámen, en simples ruidos espiratorios...!

Seis peritos dicen al ministerio público que Juan de la Maza pudo hablar; uno solo sostiene lo contrario, y este fundado en el falaz razonamiento á que antes nos referimos. ¿Podrá decirse ques Juan de la Maza no habló despues de herido? ¿Podrá sostenerle todavía que no pudo hablar?

Pero pudo hablar, señor, y hab'ó! Habló, como así lo confirman los testigos presenciales, no todos amigos de don Aurelio Pozas, segun el señor fiscal supone con lamentable error, sino, por lo contrario, enemigos algunos de ellos, y enemigos verdaderamente encarnizados, como lo son José Higuera Prado y Lavin Samperio. No recordaré las declaraciones de Manuel Lavin y de José Gomez: bastan las de Samperio y Prado. Mis compañeros se han hecho cargo detenidamente de las de estos y de las de aquellos, y ellas serian suficientes para probar que Juan de la Maza habló en la mañana del 23 de Julio. Y la importancia de las confesiones de Higuera Prado y de Samperio, lo que ellas significan ha de apreciarlo la Sala, recordando el afan con que Samperio, despues de haber convenido en que Maza dijo en la Fuente Sagrada «que nadie le habia herido, que se cayó, que pidió su gorra...» sostuvo, en el careo con Ledo, que el herido no volvió á decir cosa a'guna en la ermita de San Roque—en donde le oyeron hablar Manuel Lavin y José Gomez.—por más que Lavin Samperio no estuvo constantemente en dicha ermita, segun él mismo confiesa, y por más que en el sumario añadió haber oido decir á Maza que estaba caliente el té que allí le sirvieron.

José Higuera Prado, enemigo de Pozas como Lavin Samperio, y que como este atribuye la muerte de Maza á los procesados, acompañaba á los guardias cuando estos y Bráulio Mier encontraron al herido en la Fuente Sagrada, y, en la primera declaracion que este testigo prestó, dijo resueltamente que Maza habia hablado en la forma y del modo que declararon Ledo, Uzal, Mier, Samperio y Manuel Lavin; pero en otra declaracion posterior, á pesar de ratificarse expresa y solemnemente en la primera, dijo que el herido solo pronunció algunos monosílabos y aquí, señor, en el acto del juicio oral, la Sala lo recuerda, Higuera Prado, luchando conocidamente entre la fuerza de su deseo y el imperio de la verdad, convino en que al preguntarle

quién le había herido, dijo: «ninguno, ninguno,» expresando también que se había caído...

No es posible, señor, que la defensa pudiera ofrecer más cumplido testimonio que el de estos testigos, afiliados en el bando de los Moras, Lavin y Perez; que el de estos testigos que, en su saña fiera hacia Pozas, se revuelven contra los procesados; que el de estos testigos que pugnan y se revelan contra la verdad pretendiendo disfrazarla, ya que no les sea dable renegar abiertamente de ella, para hacer más difícil la situación de nuestros defendidos. Que Dios quiso, que aquella misma mañana, caliente aun el cadáver de Maza, destilando sangre sus heridas, Prado y Samperio repitiesen en la sacristía de la iglesia y en otros sitios, como antes indicamos, lo mismo que acababan de oír al desgraciado Maza.

Pero si todo esto tiene grande y poderosa importancia, si todo esto destruye uno de los cargos formulados con mayor energía por la acusación pública, no la tienen menor para nosotros, no la tendrán, seguramente, para todo criterio desapasionado, las palabras que los testigos oyeron á Maza y hasta la actitud misma del herido en la Fuente Sagrada y en la capilla de la ermita de San Roque. Las sombras del delirio, precursoras de las más negras sombras de la muerte que se acercaban á él, podían ennegrecer su inteligencia, envolver su razón; pero la sensación del ultraje recibido algunas horas antes, cuando su razón y su inteligencia no se hallaban perturbadas sino por el terror de la amenaza, debió quedar grabada en su cerebro bajo la forma de recuerdo, y para que este recuerdo se manifestase, no necesitaba más que un motivo, una chispa, un impulso, lo que en física se llama fuerza de desprendimiento; y ese impulso, y esa fuerza hubieran sido poderosos con la sola presencia de los guardias. Y al ver que se aproximaban á él aquellos fatídicos tricornos; aquellas correas amarillas; aquellos siniestros fusiles, y que aquellos hombres, los que esas horribles prendas vestían, los que esas armas de muerte llevaban, le preguntaban con cínico descaro, «¿quién te ha herido?» no es posible, no, que Juan de la Maza no hubiese sentido revivir su apagado recuerdo, y que no se hubiese reflejado en su memoria aquella escena sangrienta, y que no hubiera visto pasar ante sus ojos, como en fantástica procesion, su propia figura conducida por Pozas y un guardia al Campo de la Iglesia, alumbrado por la luz de la luna, y cómo aquellos tres monstruos sin piedad en el corazón, sin duelo para sus quejas, le

arrimaban á las paredes del templo; y cómo dictaban su sentencia de muerte; y cómo luego se aprestaban á ejecutarla; y cómo, después de sentir el seco y estridente ruido del arma que se amartilla, había sentido en su cabeza el ruido de cien truenos y en su pecho el fuego del rayo! Y no es posible, señor, que este recuerdo avivado así por ese impulso, por esa fuerza, no se manifestase en la palabra de Maza ó en su actitud, ora repeliendo horrorizado á los que pretendían prestarle auxilio, ora gritando ante ellos «infames!... asesinos!» Oh' sí, la escena á que me he referido no podía menos de haber impresionado vivamente la inteligencia del herido: allí dormiría su recuerdo, pero este recuerdo tendría que resucitar ante el poder del impulso, de la fuerza poderosa de esta suprema sensación... Ved, señor, ese monton de cenizas apagadas: están pálidas, están frías, no dan luz ni dan calor; pero el soplo del hombre, fuerza aquí de desprendimiento, las remueve; las ascuas se enrojecen y brota la llama iluminando la oscuridad del hogar.

Así, sin esfuerzo alguno, obedeciendo las indicaciones de una razón serena é imparcial, se destruyen los cargos que la acusación hace á los guardias Uzal y Ledo. Pero el ministerio público, como si ello pudiera condenar de algún modo á mis defendidos, añade: «es que no existe ni prueba directa, ni siquiera indicios favorables á los guardias.» Sin embargo, la ilustración suma del representante de la ley olvida que á él incumbe probar la existencia del delito y la participación que en el delito pudieron tener los acusados, y que, cuando esa prueba falta, ó cuando no es bastante poderosa para establecer una conclusión, los procesados deben ser absueltos. Mas aunque esto no fuera así, ni es cierto que no exista una prueba directa en favor de los guardias, ni es cierto, tampoco, que no se aprecien en el proceso distintos indicios de alta importancia, que alejan de mis clientes las sombras de una sospecha. --Se ha presentado aquí la detención de Maza, como un acto preparatorio del delito que se persigue; y en esta detención, realizada sobre las diez de la noche, se ha encontrado un indicio de culpabilidad tan grave, de tan reconocido interés, que bastaría por sí solo para escribir la condena de los procesados. Y bien, nosotros preguntamos: ¿es posible que la pareja estuviese en Miera antes de las diez de la noche? Ninguno la vió entrar en el pueblo antes de esta hora: solo un testigo, enemigo de Pozas, dijo, no de ciencia propia, sino de referencia, que los guardias entraron en Miera á las nueve; y tan

importante creyó el ministerio público esta afirmacion, que pidió se hiciese constar en acta. Sin embargo, este testigo no pudo decirnos el origen de aquella referencia. Y ni los que permanecieron las primeras horas de la noche en los establecimientos públicos, que existen contíguos á la carretera; ni los vecinos del Tejuelo; ni los que á esas horas se retiraron á sus casas por aquel camino, vieron á la guardia civil. Pero nosotros hemos demostrado antes que Ledo y Uzal, á los que se habia dado la consigna de no entrar en Miera hasta las once de la noche, pasaban por el barrio de Mirones á las nueve y veinte minutos, y esto nos autoriza á afirmar la imposibilidad de que la pareja concurriese á la detencion de Maza.

Por otra parte, ¿es presumible siquiera, que viviendo Juan de la Maza en las primeras horas de la mañana del 23 de Julio, se hubiese buscado el auxilio del pedáneo José Higuera Prado? Ah! señor, esto repugna á todo criterio imparcial. Si Bráulio Mier y la pareja hubiesen contribuido de algun modo á la comision del delito que se les atribuye, si hubiesen tenido interés en que ese delito permaneciese envuelto en el misterio, otro y muy distinto hubiera sido su proceder. ¡Qué pensamientos tan horribles se hubieran apoderado de su razon, excitada por el miedo, al saber que Maza, á quien creian muerto, vivia y se quejaba en el Campo de la Iglesia! ¿Cómo creer que lejos de dejarse arrebatar por esos pensamientos, habian de buscar testigos para su perdicion? Pero si esto no es creible, no lo es menos que Vicente Fernandez Ledo mandara avisar á la familia de Maza cuando este vivia; y la Sala recuerda la declaracion de Prado á quien Vicente encargó diese este aviso: «corra usted, le dice, corra usted.... *volando*, que este hombre se muere!»

No haré mérito de que no hay un solo testigo que conociera á los guardias Ledo y Uzal, ni en la calleja de Pereda, ni en las demás terribles escenas del sangriento drama escrito en las denuncias anónimas del cura Simon; pero sí repetiré como un contra-indicio más, que no es creible buscarse Pozas en la guardia civil asociados para cometer el crimen de que se trata, aun en el supuesto de que don Aurelio, cegado por desconocida pasion, proyectase semejante delito. ¿Qué misterioso sortilegio podia emplear para convertir en dóciles instrumentos de sus deseos á nuestros defendidos? ¿Cómo apagar en los guardias ese sentimiento, tradicional en ellos, que aprecia toda la odiosidad del crimen; y cómo, truncando ese sentimiento, ligar su accion y su

conciencia con vínculos que no se dibujan ni en las diligencias del sumario, ni en las pruebas practicadas en el juicio oral...? Pero aun en este caso, ó es preciso dar á la casualidad nueva intervencion en este asunto, ó es preciso suponer que el comandante del puesto de Lierganes se prestó dócilmente tambien á servir los deseos de Pozas; porque ó la casualidad hizo que don Martiniano Chaperero designase á Ledo y Uzal para cumplir el servicio que demandó el alcalde de Miera, ó esa designacion se hizo meditadamente y con perfecto conocimiento de lo que habia de ocurrir.—La Sala apreciará, sin duda alguna, la fuerza de estos contra indicios, cuya importancia no pasará desapercibida para su criterio, por más que nada diga á la ofuscada razon del ministerio público, ni nada signifiquen para este.

Antes de pasar más adelante debemos rectificar dos errores en que incurre la acusacion privada, tan dignamente representada en aquel sitio por quien, cumpliendo en ello augurios de la defensa de Mier, tantas y tantas glorias ha de alcanzar en el noble ejercicio de la honrosa profesion que le distingue. Creyó ver nuestro compañero una contradiccion en las declaraciones de Ledo, toda vez que este recordó en el juicio oral, conforme en ello con varios testigos, las palabras pronunciadas en la ermita de San Roque por Maza, cuando en el sumario habia dicho, despues de advertir las manifestaciones hechas en la Fuente Sagrada, que el herido no habló más en dicha ermita. Y como quiera que Maza repitió en la ermita lo que primero habia dicho en la Fuente Sagrada, sin añadir cosa alguna que alterase la significacion de sus primeras declaraciones, claro y evidente parece que no existe la contradiccion de que se trata.—Hizo observar tambien la acusacion privada, que Manuela Lavin habia declarado oyó y vió al herido Maza en el Campo de la Iglesia, cuando ella pasaba en la mañana del 23 por el camino que baja á la casa de Bráulio, y que no podia distinguirse desde este camino el sitio en que pareció el herido. Sin embargo, es de tener presente que Manuela Lavin determinó en su primera declaracion, dónde estaba Maza en el momento á que ella se referia, «sobre una albardilla adyacente al cementerio é inmediata á dicha Fuente Sagrada;» sitio en que se notaron, como en otros varios, manchas de sangre; y que en la diligencia de inspeccion ocular, llevada á efecto por el señor juez instructor de Santoña, se señala y fija el punto «desde donde Manuela Lavin pudo ver á Juan Maza y oir sus quejidos.»

Pero aun aceptando los hechos como los expone la acusacion; aun dando fuerza de historia á lo que rechazan la razon y la verosimilitud, ¿qué digo la razon y la verosimilitud? la posibilidad misma; aun admitiendo como ciertos testimonios viciados por las más pasmosas contradicciones; aun apreciando como verdad probada lo que más bien parece monstruoso engendro de la calumnia y del error; aun concediendo, en fin, luz á las sombras, ambiente al vacío, voz al silencio, vida á los sepulcros, ¿cuál es la responsabilidad que caso pudiera afectar á mis defendidos? Se ha dicho aquí que dos ó más personas pueden concurrir á la comision de un delito, y que, por lo mismo, todas ellas quedan sujetas á la responsabilidad que del delito dimana. Pero si esto bastó para que en los primeros albores de la ciencia pudiera establecerse la imposicion de igual castigo á los responsables del delito, el adelanto de aquella, movido por filosófico sentimiento, advirtió más tarde, que si los actos realizados en la esfera de la delincuencia no tenian siempre la misma importancia, ni acusaban igual inmoralidad, ni significaban la propia perversion en las intenciones, no debian tampoco ser corregidos de igual modo y por la impresion de un mismo castigo. Que la accion penal no obedece, no, á un sentimiento de venganza, y, lejos de esto, atiende con doloroso, pero necesario remedio, á prevenir, por medio de la correccion, la comision de los delitos. La sociedad, que eleva asilos benéficos para el que, enfermo del cuerpo, carece de medios para atender á la curacion de sus males, alza tambien otros asilos en donde, atendiendo á la curacion de los enfermos del alma, prepara su regeneracion. Y si con dolor y amargura cierra detrás del recluso las ferradas puertas de su prision, con ansia viva y con los brazos abiertos espera la vuelta del hijo pródigo, purgado ya de sus culpas. ¡Solo en la aplicacion de una terrible pena falta la sociedad á las exigencias de este sentimiento!

No es dable, no, á la limitada inteligencia del hombre descender al abismo de la conciencia del delincuente, rasgar su misterio, profundizar sus arcanos, sorprender sus palpitaciones y sus estremecimientos, medir matemáticamente, dentro de esa misma conciencia, ó sea en la esfera moral, los grados de culpabilidad de cada uno. Si esto pudiera ser, la justicia humana ascenderia en ráudo vuelo un paso de gigante por esa línea que el derecho traza desde Dios hasta la razon humana, y el castigo del hombre, impuesto por el hombre mismo, guardaria íntima

relacion, no ya con el hecho punible en la esfera material, sino con la importancia del pecado dentro de la esfera moral. Pero ante la inmensa muralla, que en estas materias abstractas aparta para la razon humana la verdad absoluta de la verdad relativa, el legislador tiene que limitar su crítica á los actos externos, midiendo y calculando por estos la voluntad del agente y renunciando á medir, de un modo directo, la voluntad en sí misma. Loco empeño fuera el suyo si otras aspiraciones halagara: ciego, sin guía, se aventuraria á recorrer un camino erizado de escollos y de peligros; falto de sostén, pretenderia descender á un abismo sin fondo; sin brújula y sin timon, se aventuraria en medio de un mar desconocido, donde los huracanes alzan inmensas montañas de espuma, cubiertas por las sombras de una noche sin término.

Pero, del mismo modo, huiria de la justicia pretendiendo acercarse á ella, si aferrado su criterio á aquella primitiva consideracion, que debió surgir en la razon humana tan pronto como se realizó dentro de la sociedad el primer delito, cometido en ella por dos ó más personas, pretendiese imponer á todos los que intervinieron en la obra del mal el mismo castigo, la propia correccion, idéntica pena.

Por eso, pues, y dando á los actos externos la importancia indicadora que en sí tienen, con relacion á la culpabilidad del que los ejecuta, se comprendió, en dos grupos distintos, á los que de un modo ó de otro concurren á la comision de un delito, llamando á los primeros autores, y cómplices á los segundos. En el primero de esos dos grupos coloca la acusacion privada á mis defendidos, y en el segundo la acusacion pública; pero aun en la hipótesis en que venimos discuriendo, ni Vicente Fernandez Ledo, ni Sebastian Gonzalez Uzal, serian responsables, en este caso, ni como autores, ni como cómplices.

No en la teoría que separa al autor material del autor moral; no, de la misma manera, en la division entre los actos realizados antes del delito y los que significan su inmediata ejecucion, ha de buscarse la línea de separacion que aparta á los autores de un hecho punible de los que solamente merecen ser calificados de cómplices, pues es lo cierto que la mayor perversion se halla no pocas veces en el autor moral, como se halla otras en esos actos que anteceden al delito y no constituyen su inmediata ejecucion. Por eso, pues, creemos siempre acertada y más próxima á la razon y la verdad, la teoría en que se fundan las prescripciones del

Código, ó sea la relativa á los actos directos ó indirectos, necesarios ó no necesarios para la comision del delito.

Pero así como en todos los actos, para que entrañen responsabilidad, es preciso apreciar la voluntad del agente, porque sin voluntad no hay delito, preciso y necesario es apreciar tambien la malicia de las acciones; porque la falta de esta, siquiera la voluntad exista, aleja no solo la idea del delito, sino que aleja, del propio modo, hasta la idea del pecado. Y ahora bien: ¿hay una sola circunstancia, un so'lo motivo que consienta suponer en Ledo y Gonzalez, ó sea por los actos que se les atribuyen, el propósito de contribuir á la ejecucion de un delito? ¿Nos han demostrado las acusaciones algo que permita suponer esa malicia? Que la pareja de la guardia civil concurrió á la detencion de un hombre, prestando auxilio al alcalde de Miera; pero este acto, en todo caso, no significará nunca más que el cumplimiento de un deber. Ni excederia la línea de ese deber el hecho de haber custodiado á Maza, por espacio de algunas horas, en la casa de Bráulio. Ni traspasaria tampoco sus más severos y rigurosos términos, la circunstancia de acompañar uno de los guardias al alcalde, cuando Maza fué conducido al Campo de la Iglesia. Por lo contrario, la resistencia por parte de los guardias á realizar uno ú otro de estos actos, constituiria en ellos una verdadera falta, un hecho verdaderamente punible. Solo en el caso, repetimos, de que nuestros clientes hubiesen obrado maliciosamente, esto es, sabiendo que esos actos lícitos se convertian en actos preparatorios de un delito, pudiera ser definido su proceder del modo que la acusacion lo define.

La vacilacion y la duda, sombras del error, aparecen en las conclusiones del ministerio público y de la acusacion particular en lo que se refiere á la participacion que se atribuye á los guardias en este soñado delito. «Porque concurrísteis á la detencion de Maza, porque de esta manera indirecta tomásteis parte en la comision del crimen, dice el ministerio público, sois cómplices.» «Porque concurrísteis á esa comision con actos directos, calificados por aquella detencion, sois autores,» añade la acusacion privada. Pero, por las mismas poderosas razones, concluye aquel ministerio llamando encubridor á Mier, mientras que la acusacion particular le apellida cómplice!—Sin embargo, se añade, es que uno de los guardias acompañaba á Pozas en el momento de ser herido Maza; mas esta circunstancia no destruye la fuerza viva de las consideraciones anteriores, en tanto que, como hemos

dicho, no se demuestre la malicia de esta accion. Y hasta que esto suceda, hasta que pueda definirse en tal acto ese elemento necesario para la culpabilidad, la responsabilidad del guardia comenzará en este momento mismo, ó sea en el instante de la agresion, porque no procedió á la de tencion del delincuente: pero esta responsabilidad no es traducible ni en la forma que sostiene la acusacion privada, ni en la forma que acepta la acusacion pública. Otros serán los artículos del Código aplicables á este caso, no los que citan ambas acusaciones para corregir y castigar el lamentable olvido, que esa lenidad significa, más lamentable todavia en quien, por su instituto, ha de considerarse siempre «pronóstico feliz para el afligido, y constante perseguidor de los infractores de la ley.»

Pero, así y todo, ¿cuál de los dos guardias es aquí culpable? ¿ha de castigarse en los dos la culpa de uno solo? ¿ha de penarse, del propio modo, al que se supone acompañando á Pozas, y al que quizá dormia tranquilo en aquellos momentos, sin tener noticia alguna del horrible drama ocurrido en el Campo de la Iglesia? ¡Terrible problema, si su solucion exigiese siempre la condenacion de un hombre! Pero ese problema terrible no preocupa á las acusaciones; y no tiemblan al fijar su vista en él, y no reparan que al saltar el abismo que él entraña, ha de condenarse á un inocente. ¡Oh, qué dolorosa obcecacion! ¡Oh, si esos hombres fuesen hijos vuestros! Ah! entonces vuestra extraña lógica, en los labios de otro, os haria rugir de sentimiento; maldecir de la justicia, si de este modo habian de cumplirse los fines de la justicia! Entonces, lejos de pretender buscar una solucion á ese problema, á esa gran duda, cortando el nudo con la espada de la fria y helada indiferencia, sentiriais latir en vuestra conciencia y en vuestra razon, ese sentimiento humanitario que resuelve siempre, en estas materias, los problemas de la duda...

Pero inconsideradamente fatigo la ilustrada atencion de la Sala y detengo el codiciado momento de la reparacion. Todos mis esfuerzos son ociosos, despues de los informes de mis compañeros. A la altura en que nos hallamos no es posible siquiera la vacilacion. Las luces de la aurora hicieron huir los fantasmas de la noche: la obra de la iniquidad rueda por el suelo, y entre el polvoroso monton de su ruina se levanta la verdad: esa verdad consoladora, por cuyo triunfo hemos luchado sin descanso; esa verdad subyugada antes por la calumnia, y que hoy pisotea triunfante el perjurio de los Perez, de los Moras y de los que

con ellos realizaron tan torpe obra. La conciencia judicial busca su inspiracion en los hechos que declara probados, ¿y cómo ha de otorgar semejante importancia al testimonio de esos testigos, que llevan el odio en el alma y la mentira en los labios? ¿cómo ha de declarar probado, no ya lo que es inverosímil, lo que es contradictorio, sino lo que es imposible? Muchas veces, señor, á la caída de la tarde yo ví sobre esas montañas que cierran nuestro horizonte, fuertes murallas guardadas por espantosos monstruos, inexpugnables baluartes, altísimas torres cuyos almenados muros se perdian en el espacio. El sol poniente, llegando al término de su carrera, hundía un rojo disco en las aguas del mar. Yo le ví sepultarse en esas aguas, y ví teñido el cielo por sus últimos reflejos. La brisa, dormida hasta entonces, parecia despertar en aquel momento suspirando por su ausencia. Y entonces, tambien, al volver mis ojos otra vez á esa cordillera, ví limpias sus altas crestas, iluminadas por aquel reflejo. Baluartes, murallas, monstruos, almenadas torres... todo habia desaparecido. Bastó para ello un solo rayo del sol y un solo soplo de la brisa. Y bien, señor, las acusaciones, alucinando el criterio con su habilidad y su talento, alzaron tambien ante mis ojos murallas, baluartes y torres almenadas; pero las defensas de don Bráulio Mier y don Aurelio Pozas, destruyeron su obra. La brisa de su elocuencia y los rayos de su lógica bastaron para disipar esos fantasmas de la niebla.

La fuerza probatoria del testimonio se aguilata y resuelve por dos condiciones apreciables siempre para el criterio judicial: si el testigo ha podido observar lo que cuenta, y si su deseo, su propósito, es rendir tributo á la verdad, podrá creerse autorizada su declaracion; de otro modo debe suponerse sospechoso ó falso su testimonio. Y aquí, señor, no solo se advierte la pasion en los testigos de cargo, no solo se aprecia el loco vértigo que les precipita, no solo se ve pintado en su rostro el rojo del odio y del encono, no solo se ven manchados sus labios con el perjurio, sino que, ¡más todavía! la razon serena aprecia muchas veces en sus declaraciones hasta la imposibilidad misma. Jamás, señor, se ostentó más cínica y más descarada la iniquidad: jamás, tampoco, quedó más claramente resuelta la falacia y la mentira.

Pero si estuviese escrito que la calumnia ha de dejar siempre su huella maldita allí por donde ella pasa; si su fuego abrasador ha de destruir, siempre tambien, algo que nunca pueda reparar

es: si á pesar de todo la duda agita aun con las últimas convulsiones de su agonía, el ánimo de la Sala; si tanta fué nuestra desgracia que no hemos podido borrar por completo las sombras de esa negra y miserable calumnia, aun en este caso, cuya sola suposición contristó mi ánimo y prensa mi sentimiento, procederá la absolucion de los procesados. Que sobre el movedizo terreno de la duda no ha de levantarse nunca una sentencia condenatoria. Y así, señor, solo así se rendirá tributo de respeto á esa gran máxima escrita en el sentimiento universal, y que, para honra del sábio rey autor de las Partidas, fué escrita en su inmortal Código; sábia y santa máxima que tantas lágrimas economizó al infortunio y á la desgracia; que tantos dolores evitó al inocente perseguido; que tanto contribuyó, por lo mismo, al prestigio de los Tribunales: sábia y santa máxima segun la que vale más absolver á un culpable que condenar á un inocente; sábia y santa máxima que debiera estar esculpida con letras de oro en todos los Tribunales, pero que, si esto no es así, está grabada, para honra y gloria nuestra, en la conciencia de todos nuestros jueces.

Despues de esto, el ministerio público cuyos ojos ven constantemente el cadáver ensangretado de Maza, y cuyos anhelos no se calman sino ante la perspectiva del castigo, dirá todavia: «¿pero quién mató á Maza...!!» Ah! señor, no es á nosotros á quien incumbe llegar al esclarecimiento de este misterio; pero, así y todo, los ilustrados defensores de Pozas y Mier han señalado algunas circunstancias, que pueden tener grande interés para la investigacion judicial. No acusamos á nadie; pero creemos que no debieran pasar desapercibidas y que merece fijar la atencion en ellas por la importancia de sus indicaciones... «La existencia de armas de fuego en poder de los amigos de Maza:» «los tiros que se oyeron en las primeras horas de la noche, y el silencio y sosiego, no esperados en las horas que á estas siguieron:» «el deseo de dirigir desde un principio la investigacion judicial por un rumbo determinado, por medio de anónimos y rumores inverosímiles:» «el haberse prestado algunos socorros á Maza, como lo demuestra el hecho de aparecer lavada la herida de la cabeza, lo cual no puede atribuirse racionalmente al asesino, que sácia su rencor en la víctima de sus iras:» «el hallazgo de la llave que Maza debia llevar consigo, y que fué colocada en un sitio perfectamente visible desde su propia casa:» y, finalmente, «aquellas huellas de alpargatas ó chátaras, que obser-

vó Julita Maza en la mies contigua al Campo de la Iglesia, salpicadas de sangre...» ¡Quién sabe si alguna, ó todas estas circunstancias, señalan un camino en cuyo término duerme la realidad! Pero si esto no es así, si el drama de Miera ha de quedar envuelto para siempre en el misterio; si nunca con perfecta convicción hemos de conocer sus autores; si las sombras de eterna noche han de cubrir siempre tambien la historia de ese sangriento suceso, tened presente, señor, las palabras recordadas, al terminar su brillantísimo informe, por la ilustrada y elocuente defensa de don Aurelio Pozas...: «cuando Dios no consiente que se esclarezca de una manera completa la comisión de un delito y sus autores, es que Dios reserva la decisión á su justicia suprema.»

¡Terrible justicia, terrible justicia, señor, que empieza en el remordimiento y solo Dios sabe dónde concluye! ¡Terrible justicia, que tortura y prensa la conciencia del delincuente y clava en ella dagas afiladas, que no matan como mata la mano del verdugo! ¡Terrible remordimiento, que es un hilo de fundido estaño, cayendo constante y lentamente sobre la conciencia dolorida y perturbada, sumida siempre en sombra de eterna noche de tristezas...!

Oh! sí, señores magistrados; ¡qué triste debe ser llevar en la memoria el recuerdo de un crimen sangriento; ver á todas horas delante de nuestros ojos el pálido espectro de la víctima, mostrándonos con su mano huesosa y descarnada, la honda herida abierta en el corazon... cerrar los ojos para huir de ese espectro, y con los ojos cerrados ver nuestras manos salpicadas de sangre! Pero qué horrible, tambien, la duda y la vacilacion, no más que la duda y la vacilacion en la conciencia judicial; pero la duda y la vacilacion sentidas tardamente, despues de un fallo ya ejecutoriado...! Qué triste debe ser sufrir aquella eterna condenacion, y oir á todas horas, así despiertos como dormidos, el ay! desgarrador de la víctima al caer desplomada á nuestros piés, falta de aliento y de vida! Pero qué horrible sufrir esa otra eterna condenacion, y oir á todas horas, en todos los momentos, así en agitados sueños como en un despertar más agitado todavía, el triste adios de despedida del inocente que paga con su existencia la culpa del error ajeno....! Qué triste llevar en nuestra frente, humeante, caliente, una gota de sangre, que no se borra, que no se limpia nunca! Pero qué horrible llevar en la conciencia, humeante, caliente, abrasadora, la lágrima de aquel adios, que revela el sacrificio de un mártir....

Dios, en su infinita misericordia, en su bondad infinita, aparte de mí la tentacion del delito: Dios me dé fuerza para luchar con ella, si es que esa tentacion llega hasta mí; y si esa fuerza ha de faltarme, si han de extinguirse en el alma mia los ecos de la voz del deber, falte primero luz á mis ojos, voz á mi garganta, poder á mi inteligencia, y el aire del sepulcro lleve el hiel de la muerte á mis venas y apague los latidos de mi corazon... Pero Dios, en su infinita misericordia, en su bondad infinita, quiera alejar siempre el error y la ofuscacion del criterio de la Sala: Dios haga que nunca el dolor de un arrepentimiento tardío, venga á latir en vuestra conciencia, señores magistrados...! Dios haga que nunca haya de escribirse allí, en esas paredes, como en el Tribunal de Venecia, aquellas horribles palabras: ¡ACORDAOS DEL POBRE PANADERO!!

El señor fiscal de S. M. pide la palabra para rectificar.

El señor presidente.—La tiene S. S.

El señor fiscal.—Hubiera deseado dejar á la Sala bajo la grata impresion de los elocuentes informes de las defensas; pero ni mi deber ni mi dignidad permiten que se realicen aquellos caritativos sentimientos, pues, aunque muy brevemente, precisa rectificar hechos y conceptos que si dejara pasar sin contestacion parecerian signos de abdicacion.

1.º No es cierto que el origen de este proceso sea espúreo (*sine patre*, hijo de padre no conocido); incoadas las diligencias por el oficio que el juez municipal de Miera dirigió al de instruccion de Santoña en 23 de Julio, que obra como cabeza de proceso, y mientras se practicaban las sumariales por el juzgado municipal remitidas al de instruccion en 30 de Julio, acusó el recibo de las mismas; el gobernador civil de la provincia me llamó reservadamente la atencion sobre la contradiccion.

(El señor presidente agita la campanilla.)— Señor fiscal, rectifique S. S.

El señor fiscal.— Precisamente para ese objeto he pedido la palabra: decia que el gobernador civil de la provincia me llamó reservadamente la atencion sobre la contradiccion manifiesta que existe entre las dos comunicaciones que el cabo segundo de la guardia civil de Liérganes le remitió con fecha 24 y 27 de Julio, contradicciones que despertaron en su ánimo la sospecha de ser más ó menos responsables los guardias Vicente Fernandez Ledo y

Sebastian Gonzalez Uzal de la muerte violenta de Juan de la Maza Samperio, sospecha que oficialmente me comunicó tambien. Coinciden con esta sospecha el recibir por el correo esta fiscalía una denuncia que venia á confirmar aquella, la que envié en 1.º de Agosto al juez de Santoña con el objeto que se indica en un oficio que obra en los autos, ó sea con el de que, con la prudencia que reclamaba la gravedad del caso, y siendo doctrina legal que el juez, tribunal, autoridad ó funcionario á quien se hiciere una denuncia podrá mandar proceder ó procederá por sí mismo á la averiguacion de los hechos denunciados, hiciera el juzgado instructor (que ya habia incoado el proceso) de la denuncia anónima y de la firmada por Pedro Mier y Pedro Maza, recibida igualmente en esta fiscalía por el correo, el uso que estimara más conforme á la recta administracion de justicia.

2.º Falso es tambien que el fiscal se apasionara y que por equivocados rumbos dirigiera la justicia, no; este concepto, altamente ofensivo, yo lo rechazo con doble energía porque viene á recaer casi exclusivamente sobre nuestro dignísimo compañero el magistrado señor Lavaca, juez instructor de la segunda pieza de este proceso, base principal de la acusacion, funcionario que aquí no puede defenderse.

3.º El fiscal citó dos leyes de partida, no falsas, sino muy verdaderas y como doctrina legal, no recurriendo, como la defensa del procesado Pozas, á la doctrina legal establecida en Códigos extranjeros para intentar combatir lo que yo habia expuesto respecto de la evidencia á que se refiere la ley XII, título XII de la tercera partida, que empieza con las palabras «a como el pleito criminal non se puede prouar por sospechas sinon e cosas señaladas» (ó sea la ley 3, título 8, lib. 2.º del F. R.) y la ley XXVIII, título XVI de la misma partida (es decir, las leyes 11, título 12, lib. 11 de la Nov. Rec.) que trata: «En que guisa denen ser preguntados los testigos e como deue valer el testimonio que dixerén;» leyes citadas como verdadera doctrina legal al ocuparme de las fuentes ú orígenes del criterio racional que exige la conciencia á que se contrae el artículo 741 de la ley de Enjuiciamiento criminal.

4.º Se ha permitido la defensa del procesado Pozas decir irónicamente que cuando el fiscal estuvo en Miera no hizo más que ver el terreno.

Cuando el fiscal estuvo en Miera vió mucho más de lo que afirma el señor letrado. Cumpliendo con los deberes de su mi-

nisterio estuvo en Liérganes y en Miera con el objeto de cumplir en lo preceptuado por el art. 306 de la ley de Enjuiciamiento Criminal, y á consecuencia de mi visita logré, no solamente que el crimen no quedara sepulto con el cadáver de Juan Maza, sino que en virtud de cuanto expuse ante la Sala en mi acusacion oral, se practicaran cuantas diligencias motivaron el auto de 9 de Agosto, y me convencí, por haber recorrido á pié el trayecto de Liérganes á Miera y de Miera á Liérganes, que solo se tardan dos horas y media para llegar de un pueblo á otro.

5.º Respecto á si los testigos de cargo reúnen las condiciones de inteligencia, honradez é imparcialidad ó no, la Sala es la llamada á resolver muy pronto sobre la negativa sostenida por las defensas de los procesados ó la afirmativa que proclama el fiscal de S. M.

6.º Que el ministerio fiscal no asistió á la práctica de la diligencia de inspeccion ocular verificada en Miera. No es cierto; el ministerio fiscal estuvo dignamente representado por el abogado fiscal don Ramon Polanco, quien cumplió á satisfaccion mia con su deber. El fiscal de S. M. no asistió personalmente porque precisamente en el mismo dia de realizarse la práctica de la inspeccion ocular, tuvo que sostener desde esta misma tribuna la acusacion oral en causa criminal sobre homicidio consumado en Pontejos.

7.º Respecto á que debe exigirse la responsabilidad á los testigos que en concepto de las defensas se han contradicho en el juicio oral en las declaraciones prestadas en el sumario, no cabe derecho á exigir tal responsabilidad. El tribunal podrá conceder mayor ó menor fuerza probatoria á sus declaraciones, pero exigirles responsabilidad criminal, nunca ningun artículo de la ley procesal la reclama, antes por el contrario, ha previsto las contradicciones, se ocupa del caso y nada habla de responsabilidad.

8.º Que el fiscal ha debido proceder á exigir la responsabilidad criminal contra los funcionarios ó particulares que en concepto del ministerio público han infringido la ley. No reconozco en las defensas, ni aun en el Tribunal mismo, el derecho para hacer semejante reconvencion; nadie puede imponer al ministerio fiscal su criterio. El fiscal procederá contra los funcionarios ó particulares que directa ó indirectamente hayan incurrido en responsabilidad criminal por razon de este proceso

cundo lo estime por conveniente ó se lo ordenen los excelentísimos señores ministro de Gracia y Justicia ó fiscal del Tribunal Supremo.

9.º Se ha dicho en relacion á los peritos médicos que estos son jueces y no testigos. Aquí no hay más jueces que los magistrados.

* *

El Sr. Cárabes.—Al primero de los extremos que abarca la rectificación del señor fiscal de S. M. suponiendo que esta defensa atribuyó al proceso un origen espúreo, solamente me toca replicar que, no al proceso, sino al procesamiento de don Aurelio Pozas me refería, é insisto en las mismas apreciaciones puesto que al procesamiento dieron lugar los anónimos de que nos hicimos cargo en nuestro informe.

Es el segundo, que el ministerio fiscal se apasionó en la investigación y en la acusación. Esta defensa nada tiene que rectificar, pues corrobora sus apreciaciones en este mismo acto el señor fiscal, que no ha podido quitar á su palabra el calor de la pasión.

Nada tiene que decir esta defensa respecto de los errores imputados al señor fiscal en cuanto á la cita de las leyes de Partida que no han sido enmendados.

Que el señor fiscal no estuvo en Miera cuando la inspección ocular. Es cierto que no dominando bien la palabra esta defensa, se expresó acaso en forma que pudiera atribuírsele un concepto erróneo. Quiso decir la defensa, y ahora afirma, que no estuvo en aquel pueblo el representante del ministerio fiscal que ha actuado en estos debates, creyendo además que la importancia del asunto exigía que hubiera concurrido el mismo señor fiscal, jefe en la provincia del ministerio público.

Que el ministerio público no hizo nada en Miera en su expedición de los primeros días de Agosto, díjolo esta defensa y lo ratifica y sostiene ahora. De lo que hiciera el señor fiscal no hay aquí más testimonio que el proceso y el acto del juicio. ¿Resulta del juicio ó del proceso que haya hecho algo el ministerio fiscal en aquella visita? Dígalo el ministerio público y rectificaremos.

* *

El Sr. Colongues.—Esta defensa fué la que expuso aquí la teoría de que los peritos, cuando vienen á informar sobre puntos

de ciencia, son considerados, no como testigos, sino como jueces respecto del particular sobre que informan.

El señor fiscal ha encontrado herética esa teoría. La defensa de Bráulio Mier no la inventó, sino que se atrevió á exponerla apoyado en la autoridad de todos los tratadistas, desde Bentham á Mittermaier.

El señor fiscal pide la palabra, así como el señor acusador privado.

El señor presidente levanta la sesion, despues de preguntar á los procesados, segun fórmula legal, declarando terminado el juicio oral.

SENTENCIA.

Señores

D. Manuel Herrera Pascual.

» Emilio Fernandez Carranza.

» César Hermosa y Muñoz

En la ciudad de Santander á diez y ocho de Setiembre de mil ochocientos ochenta y cuatro.

Vista en juicio oral y público la presente causa instruida por muerte violenta de Juan de la Maza Samperio, en la que han sido partes, como actor particular, Julita Maza Samperio y en su representacion el procurador D. Leocadio Reguera; como público, el ministerio Fiscal; y en concepto de procesados, D. Aurelio Pozas Gomez, de 35 años de edad, casado, natural de Liérganes, vecino de Miera y Doctor en Medicina y Cirujía, su Procurador D. Marcelino Aparicio; Vicente Fernandez Ledo, de 49 años, natural de Pedroso, provincia de Orense; Sebastian Gonzalez Uzal, de 35 años, natural de Mesia, provincia de la Coruña, ambos casados y guardias civiles adscriptos á la sazón al puesto de Liérganes en esta provincia, su procurador D. Gregorio Fernandez; y por último, Bráulio Mier y Maza, de 28 años de edad, casado, natural y vecino de Miera, de oficio industrial, representado por don Fernando Alvarez, siendo magistrado ponente D. Manuel Herrera Pascual.

1.º Resultando: Que el vecindario de Miera, por cuestiones locales, desde hace bastante tiempo viene dividido en dos bandos

ó partidos, los cuales sostienen entre sí una lucha constante y tenaz, extremando para ello los recursos de que disponen, y ejecutando recíprocamente cuantos actos puedan dar por fruto perjuicios ó molestias á los individuos que figuran en una ó en otra de las parcialidades aludidas; estado de division que ha engendrado entre sus habitantes ódios y enemistades consiguientes al grado de apasionamiento que de ordinario se apodera de las poblaciones pequeñas tan profundamente perturbadas como aquella, siendo uno de los realizados á los fines de la indicada lucha que se atribuía á Juan de la Maza Samperio y á otros jóvenes del bando opuesto al que capitaneaba D Aurelio Pozas Gomez, el de alterar con frecuencia el sosiego público, haciendo disparos de arma de fuego por las calles de la población durante las noches, y sobre las casas de sus contrarios, penetrando los proyectiles en el interior en algunas de ellas, despues de horadar las puertas ó estrellándose en las fachadas y señaladamente en la que habita el mismo D. Aurelio Pozas: Hechos que declaramos probados.

2.º Resultando: que el 22 de Julio de 1883, el último sugeto indicado don Aurelio Pozas, como alcalde, temeroso de que se alterara el sosiego público por ser día festivo, conforme acontecia otras veces, y con objeto de vigilar en la noche, por medio de una comunicacion de que fué portador Daniel Gomez, dependiente del municipio, reclamó al comandante del puesto de la guardia civil de Liérganes una pareja para hacer cumplir y guardar los bandos de buen gobierno publicados y sorprender á los que cometieran excesos; que dicho comandante, para prestar el servicio que se le reclamaba, designó de entre los diferentes individuos de su puesto, á Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, los que con el Daniel Gomez salieron de Liérganes sobre las siete de la tarde, llegando de nueve á nueve y media al sitio titulado Puente Nuevo, que se halla al principio de la cuesta denominada de la Hoz, donde se detuvieron, indicando los primeros al último que podia continuar el camino, como lo hizo, el cual regresó solo á su casa de Miera, media hora más tarde próximamente: Hechos probados.

3.º Resultando: Que no ha podido puntualizarse la forma y la hora en que la mencionada pareja de guardias civiles volvieron á ponerse en marcha desde el sitio de su detencion en la cuesta de la Hoz, ni tampoco la forma y la hora en que verificase su entrada en el pueblo de Miera la propia noche del 22 de Julio

si bien parece acreditado que estuvo patrullando acompañada del alcalde Pozas y de una ó dos personas más desconocidas, para lo que iba provisto aquel de la escopeta de dos cañones, sistema moderno, que comunmente usaba: Hechos probados.

4.º Resultando: Que como consecuencia de uno de los fines que se habia propuesto al patrullar el alcalde don Aurelio Pozas Gomez con el otro ú otros dos desconocidos y la pareja puesta á su servicio, sobre las diez de la noche indicada, conducian detenido al Juan Maza Samperio por la calleja nombrada de Pereda y en direccion á la casa de Bráulio Mier y Maza, situada á las inmediaciones del Campo de la Iglesia y Fuente Sagrada; debiéndose tener presente que para entonces, poco antes, se habian oido ya disparos de armas de fuego hasta por los mismos guardias civiles, como los que otras noches se hacian para alterar el reposo público: Hechos probados.

5.º Resultando: Que sobre las dos y media á tres de la madrugada del dia siguiente 23 de Julio, en el Campo de la Iglesia dicho y terreno que media entre la Torre y la Celda, destinada esta, entre otros usos, para encerrar detenidos, á una distancia que no ha podido determinarse, pero que cuando menos tuvo que ser de diez metros, el don Aurelio Pozas disparó sobre el Juan de la Maza la escopeta de dos cañones que llevaba, causando con los proyectiles las lesiones que demuestra la diligencia de autopsia y á consecuencia de las que cayó al suelo herido, sin que tampoco haya podido acreditarse con precision y de un modo bastante las condiciones en que se hallaba este último y lo que hiciera al verse acometido para recibir como recibió por la espalda la descarga, y que los guardias civiles mencionados Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, así como Bráulio Mier Maza, tuvieron conocimiento del suceso referido desde los momentos de su realizacion: Hechos probados.

6.º Resultando: Que no se ha averiguado así bien lo que hiciesen, ni el Maza, ni el Pozas, ni la pareja de guardias, ni el Mier desde el momento en que ocurrió el suceso de autos hasta las cuatro de la mañana del mismo dia, hora en que Manuela Lavin, por razon de su cargo de cartera, se dirigia hacia el Campo de la Iglesia, donde observó que se quejaba un hombre, por lo que, y pareciéndola fuese el Juan Maza Samperio, dió parte de lo observado á Bráulio Mier, vecino el más inmediato al sitio; que este último estaba levantado de la cama á la hora re-

herida de las cuatro, y acto continuo puso el recado recibido de la Lavin, como una novedad, en conocimiento de los guardias civiles alojados en su casa, saliendo luego de ella para llamar á José Higuera Prado, alcalde de barrio que habitaba en la calle de la Cárcova á mayor distancia que el Pozas, con preferencia á llamar ó avisar á este último, á quien parece más natural lo hiciera, puesto que además de vivir más cerca reunia mayor autoridad como alcalde, era médico del pueblo, y le constaba al mismo Mier que había patrullado con los guardias aquella noche: Hechos probados.

7.º Resultando: Que reunidos los guardias civiles con el Mier y alcalde de barrio en un punto que no se ha fijado si fué de la casa de aquel ó del trayecto al Campo de la Iglesia, se encaminaron los cuatro, sin pérdida de tiempo, al sitio del suceso, y vieron junto á la Fuente Sagrada al Juan de la Maza Samperio herido mortalmente, el cual tenia la frente manchada de sangre y mojada de agua como de haberse querido lavar, procurándole desde entonces los auxilios posibles á su estado, reducidos á trasladarle á la ermita próxima de San Roque, proporcionándole en ella una taza de té y á llamar al Pozas que, como queda sentado, reunia á la vez los caracteres de alcalde presidente y médico del pueblo, quien llegó al poco tiempo, pulsó al lesionado y ordenó se le administraran precipitadamente los auxilios espirituales, lo cual ejecutaron *sub conditione* los sacerdotes que, con distintas personas, habian acudido ya al sitio de la ermita, dejando de existir el Maza en esos instantes, que eran las cinco de la mañana, á consecuencia de las heridas recibidas, ó sea como dos horas despues de la agresion; y, finalmente, que al ser trasladado su cadáver se le reconocieron los bolsillos de la ropa, y, entre otros efectos, le fueron halladas unas cuantas cápsulas de revolver: Hechos probados.

8.º Resultando: Que el cadáver expresado presentaba una herida debajo de la escápula hecha con arma de fuego, que correspondia á otra de salida del proyectil situada junto á la tetilla izquierda con perforamiento de la base del pulmon del propio lado; otra de tres pulgadas en el parietal izquierdo, causada, lo mismo que la anterior, con igual clase de arma; otra en la region cervical con implantacion del proyectil en la apófisis del áxis, de dos pulgadas de profundidad, y otras dos heridas en la parte media posterior del muslo izquierdo, en las que se encontraron un pedazo de plomo de forma indeterminada en cada una;

todas las que se advertia tenian una misma direccion, sin que ninguna de ellas se haya calificado de mortal por esencia y sí por accidente ó *ut plurimum* apreciadas colectivamente, habiendo sido causadas por detrás con uno ó dos disparos de arma de fuego, de las que se cargan por la recámara con proyectiles aglomerados y sin que el lesionado pudiera inferírselas á sí propio, permitiéndole vivir como dos horas, segun antes se ha indicado, y poder pronunciar algunas palabras, sin otra progresion más que la pronta caída al suelo, ni serle dable el lavarse la sangre de su frente; que la falta de quemaduras en las ropas ú otras señales demostrativas de haberse hecho el disparo ó disparos próximos, así como las condiciones especiales de los proyectiles aglomerados, confirman la distancia calculada arriba de diez metros á que, como minimum debieron hacerse aquellos para herir: Hechos probados.

9.º Resultando: Que al encausado Pozas le fué ocupada la escopeta de su uso, que como pieza de conviccion se ha tenido á la vista, la cual es de dos cañones sistema Lefauchaux de diez y seis milímetros de calibre, que sirve para cápsulas de proyectiles aglomerados del mismo tamaño que tienen los extraídos del cadáver, y que por último, ni estos se lanzaron con los fusiles de los guardias, por ser de menos calibre que la escopeta antedicha, ni á mayor abundamiento hicieron uso de la dotacion de los que sacaron de Liérganes que completos presentaron á su jefe, estando por otra parte acreditado que el arma de Bráulio Mier, tambien ocupada, hacia mucho tiempo no se habia usado, siendo de advertir, por el contrario, que la de la pertenencia del Pozas se encontraba bien lavada desde que se hicieron con ella los últimos disparos: Hechos probados.

10. Resultando: Que desde los momentos en que se empezaron á instruir diligencias municipales de Miera, parece de ellas, y se tanto en las declaraciones referidas, y Bráulio Mier, cuanto por aquellas y el alcalde rigidas como casual ó producto de haberse en el Maza á sí propio; siendo de extrañar que no se haga figurar en dichas diligencias al Pozas como perito facultativo, no obstante la intervencion notoria que tuvo al auxiliar en la ermita de San Roque al lesionado Maza en sus últimos momentos: Hechos probados.

11. Resultando: Que la casa del procesado Bráulio Mier en

la que se alojó la pareja de la guardia civil la noche del 22 al 23 de Julio precipitado, dista veinticinco metros del Campo de la Iglesia lugar del suceso y en el que para realizarlo se dispararon diferentes tiros de arma larga de fuego, sin embargo de lo cual, ni el Mier, ni los guardias, ni los demás que pernoctaron en aquella, según expresan los primeros, oyeron las detonaciones, ni se apercibieron del menor ruido ni detalle relativo á lo ocurrido en aquel punto, á pesar del objeto principal de su idea y estancia en el pueblo de Miera: Hechos probados.

12. Resultando: Que no se ha intentado justificar siquiera la afirmación que también se desprende de las manifestaciones hechas por los mismos encausados, referente á que la patrulla ó vigilancia durante la noche se redujese únicamente á una hora sola, ó sea desde las once y media á las doce y media; los cuales de igual modo aseguran que estuvieron esperando sobre una hora y media para entrar en Miera con las precauciones convenientes al objeto del servicio que se había encomendado á los guardias, con la circunstancia de haber oído estos detonaciones de armas de fuego á su llegada á dicho pueblo, manifestando además que de la hora dedicada especialmente á patrullar y vigilar invirtieron el tiempo necesario para llamar á las puertas de las casas de Daniel y Ramon Gomez, vecinos de los barrios de Pomares y Matanza; todo lo cual hace sumamente dudoso que tan corto espacio de tiempo se dedicara á un objeto que tanto empeño se demostraba en realizar: que la pareja de guardias y Bráulio Mier con las tres primeras personas, que unas llamadas y otras por casualidad acudieron al Campo de la Iglesia, indican que el Maza Samperio habló contestando á preguntas que le hiciera el guardia Vicente Fernandez, acerca de quiénes fuesen los individuos que le habían herido, no estando conformes en los detalles de la conversacion, ni si esta se repitió en la ermita de San Roque, después de haberse sostenido en la Fuente Sagrada, por más que luego hayan convenido los tres procesados principalmente en que la esencia de las palabras pronunciadas por el moribundo fueron las de «Nadie me hirió,» «yo me caí,» «me vino mal y me acerqué con objeto de beber agua»

13. Resultando: Que Santiago y Anastasio Lastra Mora, hermanos de diez y siete y quince años respectivamente, han expresado en sus declaraciones, que el día 23 de Julio, antes de romper el alba, con el fin de recoger una red tendida bajo el puente de Linto, salieron de su casa, y que al pasar por el Cam-

po de la Iglesia, como notaran que se abria la puerta de la casa de Bráulio Mier y gente que de ella descendia en direccion al dicho Campo, se acercaron á una de sus paredes, quedando dentro de él, viendo pasar junto á ellos á un guardia civil, que no conocieron, y al D. Aurelio Pozas, que conducian preso á Juan de la Maza, los cuales se pararon á unos ocho ó diez metros de distancia, arrimándole al lienzo de la torre bajo de las campanas, y echándose el Pozas dos ó tres pasos hácia atrás, dijo á media voz: «Voy á hacer un escarmiento en Miera,» y disparó dos tiros uno detrás de otro sobre el Maza, sin que este, ni al ser llevado al Campo, ni al ser colocado en la pared pronunciara frase alguna, ni hiciera movimiento ni resistencia de ningun género; que los dichos Anastasio y Santiago, al presenciar la escena relacionada regresaron huidos á su casa, sintiendo entonces á Bráulio Mier que desde su puerta ó balcon exclamaba: «Matar no, D. Aurelio, matar no; no mate V.» y finalmente, que Eleuterio Gomez Lastra, que tambien dice presencié oculto en un malzal la escena relacionada, lo confirma en todas sus partes, á excepcion de haber oido la exclamacion del Mier.

14.º Resultando: Que en la noche de autos D. Aurelio Pozas Gomez desempeñaba el cargo de alcalde presidente del ayuntamiento de Miera; Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal eran guardias civiles del puesto de Liérganes y se hallaban prestando el servicio de su instituto en aquel pueblo; y que Bráulio Mier Maza, nombrado juez municipal, aun no habia tomado posesion del cargo ni aparece desempeñase funciones públicas de otra índole: Hechos probados.

15.º Resultando: Que el ministerio público en su escrito de conclusiones provisionales, despues de referir el hecho de autos, le aprecia como constitutivo del delito de asesinato, por concurrir á su comision la circunstancia cualificativa 1.ª del artículo 418 del Código penal, considera autores del mismo á los procesados D. Aurelio Pozas y á los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, y como cómplice á Bráulio Mier Maza, con las circunstancias agravantes de abuso de superioridad, la de prevalerse los tres primeros del carácter público oficial propio de sus respectivos cargos, la de nocturnidad y la de premeditacion conocida, 7.ª, 9.ª, 11.ª y 15.ª del artículo 10 del Código; pidiendo en su consecuencia la imposicion de la pena de muerte para el Pozas y los dos guardias civiles, y la de 17 años, 4 meses y un día de cadena temporal al Mier, indemni-

zacion por los cuatro procesados á la familia del finado Juan de la Maza de la cantidad de 2.700 pesetas, decomiso de las armas recogidas al Pozas y Mier con devolucion al cuerpo de la guardia civil de los fusiles recogidos á los Fernandez y Gonzalez y pago de costas por iguales partes; que á su vez la acusacion privada en su escrito de igual género relaciona el hecho del juicio haciendo las mismas pretensiones que el ministerio fiscal, con solo la variacion de no estimar la circunstancia agravante de superioridad como concurrente á la ejecucion del delito.

16. Resultando: que las defensas de los procesados en sus escritos de conclusiones conforman en calificar el hecho como constitutivo de delito de homicidio simple ó por imprudencia, sin que sus representados tengan en la comision participacion alguna por lo que interesan la absolucion libre de los mismos y se declaren las costas de oficio.

17. Resultando: Que durante las sesiones del juicio las partes han mantenido como definitivas sus conclusiones provisionales, excepto el ministerio fiscal que las modificó en el sentido concreto de considerar autor único del delito de asesinato á don Aurelio Pozas Gomez, de cómplices á los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, y de encubridor á Bráulio Mier, dando por no probada la circunstancia 7.^a del artículo 10 del Código y pidiendo en su consecuencia las penas de 17 años y 4 meses de cadena temporal con sus accesorias para los referidos guardias, y la de 10 años de presidio mayor con sus accesorias para Bráulio Mier.

1.º Considerando: Que el estado de perturbacion del vecindario de Miera, al cual eran ajenos los guardias civiles encausados, la circunstancia de haber sido estos llamados por un alcalde para reparar el orden público efectivamente alterado; la de ser designados por el comandante á tal fin entre los demas individuos del puesto, y obrar al lado de dicha autoridad; la de existir una razon fundada para patrullar y vigilar justificativa tambien de la detencion del Juan de la Maza; la coincidencia de ocurrir la desgracia del último precisamente en el sitio próximo á donde se hallaba la celda destinada á cerrar detenidos; el no haberse reunido en el juicio datos para determinar el espacio de tiempo que precediera á la idea del delito y su ejecucion, por lo que se deben suponer inmediata una á la otra; el no tener interés conocido los guardias en la muerte violenta que nos ocupa; y finalmente el no existir la menor sospecha para conjeturar con-

cierto entre los mismos y el culpable y sí únicamente la certeza de hallarse convenido el propósito único de restablecer el orden; son otros tantos antecedentes que permiten apreciar con separacion la legitimidad que revisten los actos anteriores al momento de ser herido el Juan Maza y la naturaleza de punible que corresponde al mismo acto de herir y demás posteriores.

2.º Considerando: Que de los hechos que se han declarado probados y de las precedentes reflexiones surgen razones atendibles para presumir con fundamento y sentar como exacto que el suceso de autos se redujo á que el Pozas en un arranque de sobreexcitacion descargó su escopeta contra el Maza Samperio cuando este iba conducido en direccion á la celda destinada á reclusos, el dia 23 de Julio cerca del amanecer, sin saberse si en algun movimiento de huida ó en otro cualquiera fué cuando le alcanzaron los proyectiles que luego le privaron de la vida, lo cual es más lógico y racional, dados los hechos conocidos, que su poner á los guardias civiles y al Mier obrando de concierto con el Pozas para acordar y ejecutar la repetida muerte, en un caso como este en que tenemos por evidente ser el propósito de la reunion de Miera, el de restablecer el orden público perturbado: así como tampoco es racional y lógico dar al suceso de autos el carácter de accidental ó casual, segun parece pretendian los procesados, por ser inadmisibile tal version, fundada principalmente en haberse oido varios tiros la noche del 23 y en las palabras que se ponen en boca del herido poco antes de espirar, toda vez que si fueron las subrayadas de «Nadie me hirió,» «yo me caí,» «Me vino mal y me acerqué con objeto de beber agua,» de ser ciertas, no es lo regular las pronunciara para excusar á sus amigos de ronda con los cuales ninguna consideracion le ligaba, discurrendo bajo la hipótesis de que aquellos le hubiesen maltratado, desde el instante que esos amigos le habian herido mortalmente y abandonado durante la noche; y por otra parte, para juzgar el hecho como propio del herido, las contradice y niega el estado mismo de su cuerpo, el resultado de la autopsia, y el informe de los peritos facultativos, por todo lo cual, cuando más, merecerian ser estimadas como vertidas sin conciencia de su significacion por el que las pronunciaba; y de no ser ciertas, ellas acusan la falsedad con que deliberadamente las llevaron á sus declaraciones los procesados y cuantas personas aseguran haberlas oido.

3.º Considerando: que son reos del delito de homicidio casti-

gado con la pena de reclusion temporal los que sin estar comprendidos en el artículo 417 mataren á otro no concurriendo alguna de las circunstancias numeradas en el 418, segun se dispone en el 419 todos del Código penal.

4.º Considerando: Que no pueden apreciarse los hechos probados como constitutivos del delito de asesinato porque para ello no consta suficientemente las distancias á que se hicieran los disparos, ni las condiciones en que se hallara el Maza cuando fué herido, para poder estimar como cierta la circunstancia cualificativa de alevosía, que en ningun caso por su naturaleza puede suponerse ni presumirse, sino que ha de basarse siempre en hechos justificados, no bastando para ello únicamente el conocido de haberse causado las lesiones por la espalda, teniendo por otra parte que rechazar el testimonio de los testigos que se dicen presenciales Santiago y Anastasio Lastra, y Eleuterio Gomez, en cuanto es inverosímil su relacion por la resignada posibilidad que suponen en el finado, y haber cuando menos apreciado mal la distancia de dos ó tres pasos á que aseguran se hicieron los disparos, hallándose demostrado por informes periciales y fuera de toda duda que el minimum de aquella fué de diez metros, requisitos que debilitan dichos testimonios en estos extremos para hacer descansar en ellos la circunstancia de alevosía; que la otra cualificativa de premeditacion conocida tampoco puede tenerse como concurrente á la comision del delito, para lo que basta recordar que queda sentado para la apreciacion legal de los hechos anteriormente la falta de datos para no presumir la idea del delito como inmediata á su ejecucion, lo cual aleja la posibilidad de la meditacion detenida y reflexiva que caracteriza la circunstancia de que se trata.

5.º Considerando: Que es autor responsable criminalmente del delito de homicidio mencionado el procesado don Aurelio Pozas Gomez, por haber intervenido en su ejecucion con el acto directo y material de disparar su escopeta la noche de autos sobre el Juan Maza Samperio y causarle las lesiones que le produjeron la muerte en la mañana del 23 de Julio, conforme lo dispuesto en los artículos 11 y 13 del Código citado, cuyo acto directo de disparar y herir, aun cuando se prescindiera por completo del dicho de los que figuran como testigos presenciales los hermanos Santiago y Anastasio Lastra Mora, y Eleuterio Gomez Lastra, aparece suficientemente acreditado con las justificaciones que se desprenden de los hechos que se

fijan como probados, y de las reflexiones á que se prestan los entresacados de las propias aseveraciones de los encausados, tambien arriba expuestos, aunque no ya con tal carácter.

6.º Considerando: Que para distinguir bien la responsabilidad criminal que en el delito de homicidio cometido corresponde á los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, es preciso recordar en este lugar las observaciones apuntadas en el primer considerando, y repasar cuidadosamente los hechos llevados á cabo por aquellos sin confundir los anteriores y simultáneos al delito con los posteriores, los cuales, así analizados, dejan ver de un modo incuestionable la responsabilidad de encubrimiento que alcanza á los expresados guardias, determinada en el número 3.º, art. 16 del repetido Código, puesto que los hechos averiguados suministran pruebas bastantes para apreciar como justificado que ambos tenian conocimiento de la perpetracion del delito, y que con abuso de las funciones públicas de que se hallaban revestidos como guardias civiles, ocultaron al autor del homicidio, callando advertidamente el nombre que sabian y debieron decir desde los primeros momentos, faltando además de un modo evidente al cumplimiento de sus deberes, por no proceder en seguida á la detencion del culpable y omitir la ejecucion de las obligaciones imprescindibles que debian llenar en la comision de un delito para ellos flagrante, sin que por otra parte resulte hayan tenido participacion como autores ni como cómplices, atendido á que á sus hechos simultáneos y anteriores no puede dárseles más valor ni otra intencion que la que los mismos revelan, relacionados con el objeto que se habian propuesto de restablecer el orden, viéndose claramente nacer su responsabilidad criminal de encubridores desde el instante en que, por consideracion al alcalde ó por otra causa desconocida, procuraron ocultar el delito y el nombre de su autor, ya que no pudieron evitar la comision de aquel, debido á la manera rápida con que se desenvolvieron los actos constitutivos del mismo.

7.º Considerando: Que Bráulio Mier ejecutó actos análogos á los llevados á cabo por los guardias civiles; y como ellos ocultó callando advertidamente el nombre del autor del delito, y sin embargo no puede exigírsele la responsabilidad de encubridor, por no darse en él como en aquellos el requisito esencial al encubrimiento de haber intervenido con abuso de funciones públicas que se exige y especifica en el núm. 3.º del art. 16 antedicho, en

atencion á lo cual y á no existir méritos para imponerle cualquiera otra responsabilidad, procede acordar su absolucion

8.º Considerando: Que rechazadas anteriormente las circunstancias de alevosía y premeditacion conocidas como calificativa del suceso de autos, no hay por qué hacer aquí especial mencion de ellas en el concepto de genéricas; y que, dado el modo de tener lugar el delito, no pueden tomarse en consideracion las circunstancias agravantes aducidas de existir abuso de superioridad, y de haberse realizado el hecho durante la noche, 9.ª y 15.ª del art. 16, siendo únicamente de apreciar con relacion á don Aurelio Pozas la 11.ª del mismo artículo, por haber obrado prevalido del carácter público de que le revestia su cargo de alcalde, sin que tal circunstancia estimada de agravacion surta efecto respecto á los guardias civiles, más que el expresado en el artículo 74 del Código penal, que determina la pena de inhabilitacion perpétua especial para los encubridores, cuando, como ocurre al presente, estos lo son por haber abusado de funciones públicas y ser el delincuente encubierto reo de delito grave.

9.º Considerando: Que toda persona responsable criminalmente de un delito lo es tambien civilmente y está obligada á indemnizar los daños y perjuicios producidos, como lo están aquellos respecto al pago de costas procesales causadas por su culpa como impuestas por la ley.

Vistas las disposiciones anteriormente citadas y los artículos 1.º, 22, 26, 28, 47 al 51, 60, 64, 74 al 79, reglas 1.ª y 7.ª del 82, 92, tabla demostrativa del 97, 121 y 124 del Código penal; 239, 240, 241, 741, 742 de la ley de Enjuiciamiento criminal en ambos cuerpos legales;

FALLAMOS: Que debemos condenar y condenamos al procesado don Aurelio Pozas Gomez, como autor único del delito de homicidio perpetrado en la persona de Juan de la Maza Samperio, con la circunstancia agravante de haberse prevalido del carácter público que tenia para cometerle, á la pena de 17 años, 4 meses y 1 día de reclusion temporal y accesorias, de inhabilitacion absoluta temporal en toda su extension durante el tiempo de la condena; á los guardias civiles Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal, como encubridores del mismo delito, á la pena de inhabilitacion perpétua especial, indemnizacion á la familia del finado Juan de la Maza de la cantidad de 2 000 pesetas, que satisfarán mancomunada y solidariamente los tres condenados, y pago por igual de las tres cuartas partes de costas,

quedando sujetos los guardias civiles á la responsabilidad personal subsidiaria por dicha indemnizacion y costas del acusador privado, á razon de un dia por cada cinco pesetas, con las limitaciones establecidas en el artículo 50 del Código penal: absolvemos al procesado Bráulio Mier y Maza, declarando de oficio la cuarta parte restante de las costas, ordenando sea puesto este, como los guardias civiles, á su tiempo, en libertad, librándose en su caso al efecto los oportunos mandamientos; se acuerda el decomiso de las armas recogidas al Pozas y Mier á los efectos del artículo 61 del propio Código, y devuélvanse los fusiles al gobernador militar de esta plaza, pertenecientes á los guardias procesados, así como las ropas, dinero y efectos de la propiedad del interfecto á su propia familia; se alza el embargo practicado en bienes de Bráulio Mier y devuélvase al juzgado de instruccion la pieza separada de embargo con la carta-orden correspondiente para que tenga lugar lo acordado y resuelva lo procedente acerca de la insolvencia de Sebastian Gonzalez Uzal.—Pues así por esta nuestra sentencia, lo pronunciamos, mandamos y firmamos.-- *Manuel Herrera Pasual, Emilio Fernandez Carranza, César Hermosa y Muñoz.*

INDICE

	Páginas.
Introduccion.....	5
Comunicacion dirigida por el juez municipal de Miera al instructor de Santoña.....	11
Declaracion de Aurelio Pozas.....	12
Id. de Bráulio Mier Maza	18
Id. del guardia civil Vicente Fernandez Ledo.....	20
Id. del id. id. Sebastian Gonzalez Uzal.....	21
Id. de José Higuera Prado.....	23
Id. de Venancio Perez Acebo.....	24
Id. de Anastasio Lastra.....	25
Id. de Santiago Lastra Mora.....	27
Id. de Tiburcio Lastra Mora.....	29
Id. de María Nieves Acebo y Ruiz.....	30
Id. de José Acebo (a) el <i>Mantequero</i> y su ampliacion...	31
Diligencia de careo entre María Nieves Acebo y José Acebo	34
Otro careo entre el mismo José Acebo y Venancio Perez Acebo	34
Declaracion de Leoncio Higuera Acebo.....	34
Id. de Eusebia Higuera Prado.....	36
Id. de Julita de la Maza Samperio.....	36

Primeras diligencias.—Sumario

Declaracion de Baltasara Gomez y Lastra.....	37
Id. de Vicente Fernandez Ledo, guardia civil.....	39
Id. de Sebastian Gonzalez Uzal, id. id.....	42
Id. de Bráulio Mier Maza	42
Id. de Pedro Mier Gomez, padre de Bráulio Mier.....	43
Id. de Clementina Lastra Mora.....	43
Id. de Crisanta Lavin Ruiz.....	43
Id. de Miguel Lavin Lastra.....	43
Id. de Ramona Lavin Gomez.....	43

Declaracion de Ramona Gomez y Perez.....	43
Informe pericial de don Severino Sotorrío, médico-cirujano, y de don Domingo Fernandez, cirujano.....	43
Informe de los facultativos don Domingo Fernandez, don Severino Sotorrío, don Florentino Diaz, don Mariano Centeno y don Agapito Santamarina.....	45
Ampliacion de la declaracion de los facultativos don Severino Sotorrío Coterio y don Domingo Fernandez Alonso.....	46
Denuncia al fiscal de la Audiencia.....	50
Anónimo.....	51
Anónimo al fiscal de la Audiencia.....	52
Otro al juez de la Audiencia de Santander.....	52
Otro al juez de primera instancia de Santoña.....	53
Denuncia firmada por Julita Maza Samperio.....	54
Anónimo recibido por el magistrado señor Lavaca.....	55
Ampliacion de la declaracion de Juan Lavin Samperio...	56
Inspeccion ocular.....	57

Preparacion del juicio oral

Conclusion del fiscal.....	63
Id. del acusador privado.....	65
Id. de la defensa de don Aurelio Pozas.....	67
Id. de la defensa de don Bráulio Mier.....	68
Id. de la defensa de los guardias civiles Ledo y Uzal...	70

Juicio oral

Sesion primera.—25 de Agosto 1884.

Piezas de conviccion.....	71
---------------------------	----

Declaraciones de los procesados

Declaracion de don Aurelio Pozas.....	74
Id. de don Bráulio Mier.....	83
Id. de Vicente Fernandez Ledo.....	89
Id. de Sebastian Gonzalez Uzal.....	98

Prueba testifical

Testigo don Daniel Gomez Higuera.....	104
---------------------------------------	-----

Sesion segunda.—26 de Agosto.

Testigo don José Higuera Prado.....	107
Id. don Cristóbal Samperio, sacerdote.....	118
Id. don Juan Acebo Higuera.....	123
Id. don Manuel Lavin (a) Carriles.....	123
Id. doña Encarnacion Gomez Higuera.....	123
Id. doña Julita Maza.....	125

Sesion tercera.—27 de Agosto.

Testigo doña Cándida Perez Mier.....	128
Id. don Leoncio Higuera Acebo.....	131
Id. doña Manuela Lavin Perez.....	133
Id. doña Antonia Perez Mier.....	135
Id. don Alfonso Cárcoba Higuera.....	137
Id. don Juan de la Lastra Chaves.....	138
Id. don Manuel Lavin Barquin.....	140
Id. don Eusebio Higuera Maza.....	142
Id. Martiniano Chapero Arroyo.....	144
Id. doña Eusebia Higuera Prado.....	151

Sesion cuarta.—28 de Agosto.

Testigo doña Susana Perez Higuera.....	152
Id. don Juan Higuera Maza.....	153
Id. don Fermin Gomez.....	156
Id. don Tomás Gomez Maza.....	157
Id. don Agustin Cárcoba Gomez.....	159
Id. doña Agustina Gomez.....	161
Id. doña Balbina Higuera.....	162
Id. doña Manuela Gomez Perez.....	163
Id. don Manuel Acebo Perez.....	164
Id. doña Esperanza Cárcoba Lavin.....	167
Id. doña Celestina Lastra.....	168

Sesion quinta.—29 de Agosto.

Testigo don Santiago Lastra Mora.....	172
Id. don Anastasio Lastra Mora.....	184
Id. don Elías Gómez Acebo.....	191
Id. don José Acebo Ruiz (a) el Mantiguero.....	194

Sesion sexta.—1.º de Setiembre.

Testigo don Pedro Mora Higuera.....	204
Id. don Domingo Gomez Maza.....	216
Id. don Agustín Gomez Higuera.....	219
Id. don Tomás Higuera Gomez.....	220

Sesion sétima.—2 de Setiembre.

Testigo doña Anastasia Higuera Maza.....	223
Id. doña Catalina Lavin	225
Id. doña Antonia Samperio Lastra.....	231
Id. doña María Gomez Perez.....	234
Id. don Eleuterio Gomez Lastra ...	235
Id. doña Dominica y Gilberto Gomez y Gomez.....	240
Id. doña Baltasara Gomez y Lastra.....	240

Sesion octava.—3 de Setiembre.

Testigo don Pedro Samperio Gomez,	242
Id. doña Eleuteria Revuelta Fernandez.....	242
Id. doña Eugenia Puente Palacios.....	242
Id. don Ramon Perez Gomez.....	242

Prueba de la defensa de Aurelio Pozas

Testigo don Juan Lavin Samperio.....	245
Id. don José Gomez y Gomez.....	248
Id. don Manuel Higuera Ruiz	250
Id. doña Esperanza Casal y Gomez, Juan Mier Gomez y Ramon Gomez Lastra	251
Id. doña Rosa Mier y María Gomez Cañizo.....	253

Sesion novena.—4 de Setiembre.

Testigo doña Luisa Lavin Higuera y María Higuera Maza.....	254
Testigo doña María Cárcoba y María Nieves Acebo....	255
Id. don Venancio Perez Acebo.....	257
Id. don Alejo Gomez.....	258
Id. don Juan Gomez Lavin, Manuela viuda de Pedro Acebo, y Márcos Gomez Ruiz.....	260
Id. don Juan Gomez Samperio, Juan Cobo Lavin y José Lavin Perez.....	261
Id. don José Acebo Fernandez, Mateo Gomez y Francisco Gomez y Gomez.....	262
Id. don Francisco de la Higuera y Luis Acebo.....	263
Id. don Daniel Maza Gomez, Fernando Maza Acebo y Manuel Lastra Gomez.....	264
Id. don Pío Lavin Perez.....	265
Id. don Tiburcio de la Lastra, Simon del Cañizo y Juan Cobo Gutierrez.....	266
Id. don Epifanio Gomez Higuera, Antonio Gomez Cañizo y Agustin Perez Lastra.....	267
Id. don Gabriel Sainz Maza.....	268

Sesion décima.—5 de Setiembre.

Prueba de la defensa de Bráulio Mier

Testigo don Luis Gomez Maza.....	269
----------------------------------	-----

Prueba de la defensa de los guardias civiles

Testigo don Eleuterio Pedraja y Aurelio Gonzalez.....	269
Id. don Francisco Cobo Lavin, Fulgencio Cobo y Cosme Acebo Higuera....	270
Id. doña Pilar Ruiz Gomez y don Simon R. Perez, sacerdote.....	271
Testigos que no comparecieron y resolucion sobre una protesta.....	277
Prueba documental fiscal.....	277

Sesion undécima. —6 de Setiembre.

Prueba documental.....	278
Prueba pericial médica.....	279
Prueba pericial de los armeros.....	291
Prueba pericial de los sastres.....	293
Reconocimiento de letra y prueba pericial caligráfica...	293
Prueba documental de la defensa de Pozas.....	294

Sesion duodécima. —9 de Setiembre.

Acusacion fiscal.....	295
-----------------------	-----

Sesion décima tercia. —10 de Setiembre.

Acusador privado... ..	353
Defensa de Aurelio Pozas.....	388

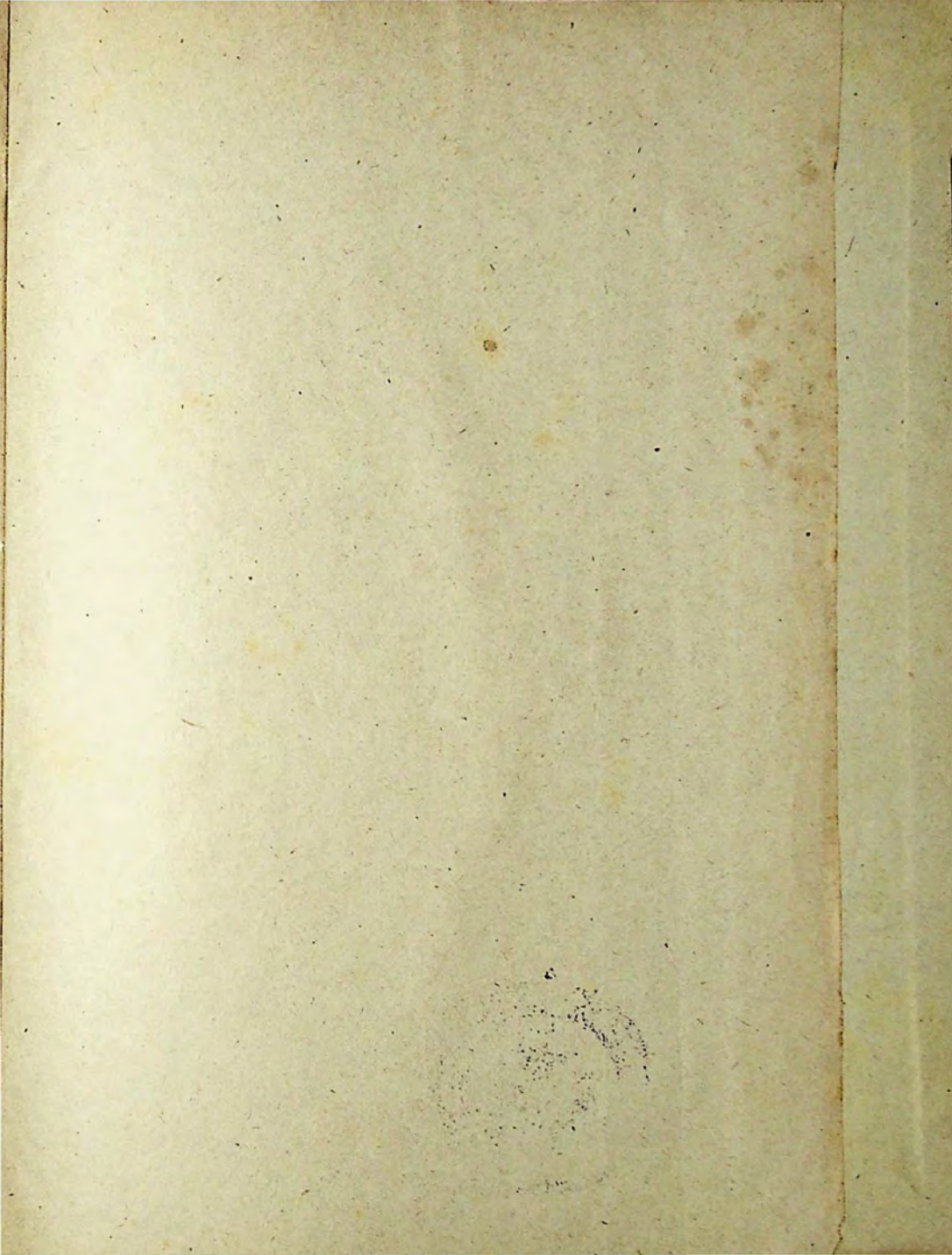
Sesion décima sexta. —13 de Setiembre.

Defensa de Bráulio Mier.....	491
------------------------------	-----

Sesion décima sétima. —15 de Setiembre.

Defensa de Vicente Fernandez Ledo y Sebastian Gonzalez Uzal.	545
Rectificacion del fiscal de S. M.	600
Id. de la defensa de don Aurelio Pozas.....	603
Id. de la defensa de don Bráulio Mier.....	603
Sentencia.....	604
Plano del sitio de los sucesos.....	623





ANO 1883

PROCESO
DE
MIERA

14.13 (f.a.)

10

